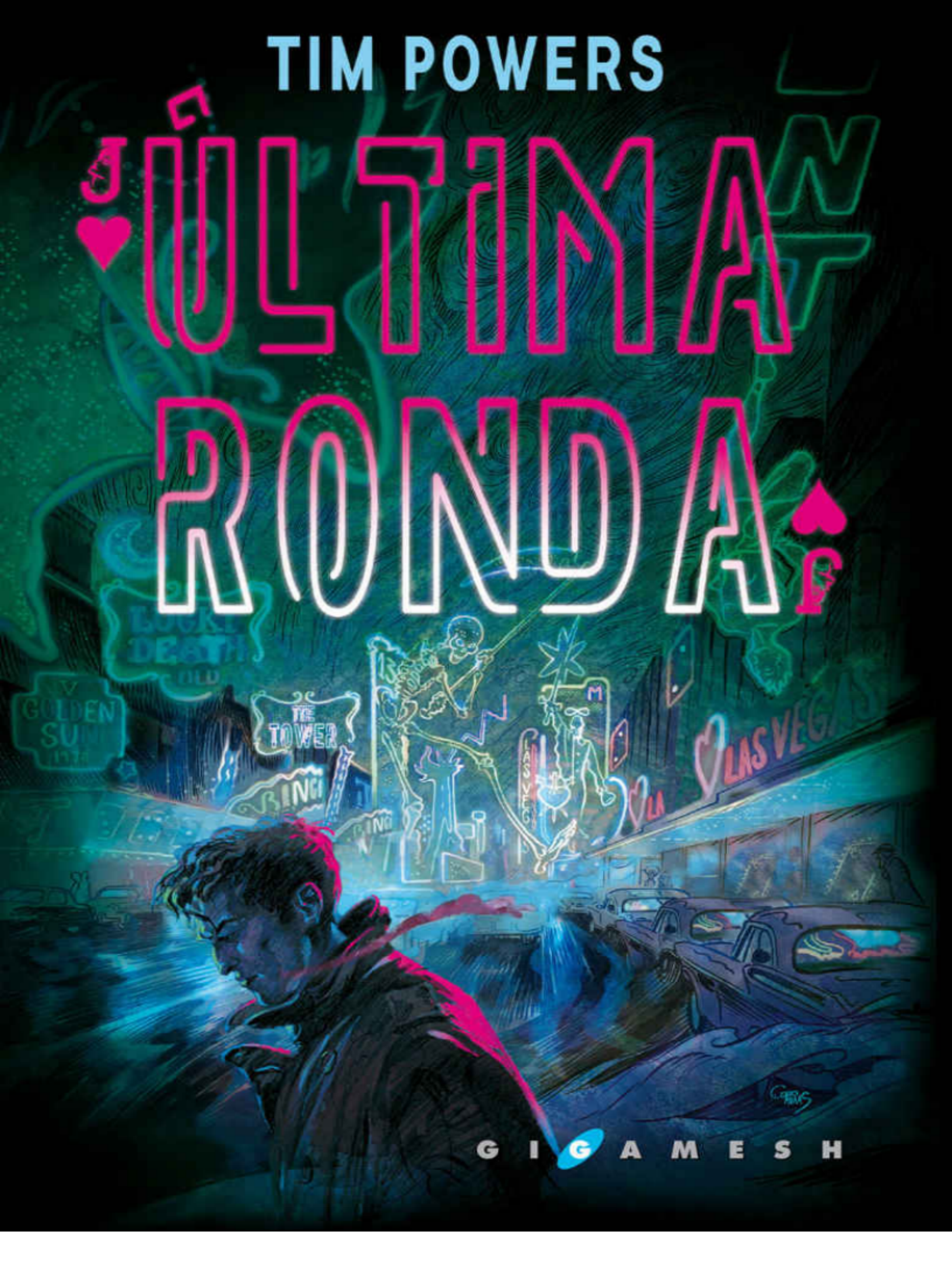

TIM POWERS
ÚLTIMA RONDA
GIGAMESH

Última ronda

Gigamesh Digital 19

TIM POWERS

Última ronda

GIGAMESH

Título original:
Last Call
Primera edición en Gigamesh Ficción: febrero del 2018
Primera edición en esta colección: marzo del 2019
©1992, Tim Powers
Published in agreement with the author, c/o
BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, USA

Traducción del inglés:
© 2013, Cristina Macía
Nihil obstat:
© 2018, Grupo Andén, Irene Vidal, Alejo Cuervo
Ilustración de cubierta:
© 2018, Corominas

Derechos reservados en lengua castellana:

© 2019, Gigamesh, S. L.

Ediciones Gigamesh
C/ Aribau, 26, entlo. 1.ª
08011 Barcelona

Composición digital:
Pablo Barrio

ISBN: 978-84-17507-04-6

PRESENTACIÓN

Este libro está escrito por Tim Powers.

Puede que, como para mí hace unos años, el nombre no entrañe ningún significado para ti, pero después de que lo leas no te resultará fácil de olvidar. Tim Powers es uno de esos autores que dan grandes alegrías y producen momentos mágicos en todos sus libros. La primera vez que terminé una obra suya le juré amor eterno. Ya era adulta, así que ya que no puedo achacarlo a un arrebato juvenil: tendré que culpar al autor.

Powers es uno de esos escritores que siempre dan más de lo que esperas; en cada libro suyo hay imaginación y originalidad y sistemas de magia y ciencias ocultas, que son fundamentales en la fantasía, sí, pero también hay un detalle muy poco común: un ingente trabajo de documentación histórica. Powers dedica años a documentarse sobre multitud de detalles para enhebrar el argumento de cada uno de sus libros, y lo hace muy bien. Se lo considera el rey de la fantasía histórica porque mezcla de forma magistral ambos géneros, como ocurre en *Las puertas de Anubis* o en *La fuerza de su mirada*, o en la que tienes entre las manos, que presentan como secundarios de lujo a personajes históricos notorios, siempre situados en su entorno real… o lo que creemos conocer de él. *Última ronda* es una novela sobre partidas de cartas y está ambienta en la ciudad del juego por excelencia, Las Vegas, que gana un creciente y cada vez más poderoso protagonismo narrativo. Porque, si hay una ciudad de fantasía en Estados Unidos, esa es la joya de Nevada. Y ya el propio título, que se refiere al cierre de las apuestas, sugiere algunas cosas.

Powers suele sacar a sus personajes de la zona de confort para zambullirlos de lleno en el carrusel fantástico al que da vida en cada una de sus novelas. En *Última ronda*, el personaje toca fondo para descubrir que el sótano de su desgracia esconde un nivel aún más profundo, un nivel que no comprende y que está teñido de octarino (ya saben: el color de la magia). En general, los protagonistas de las novelas de Powers no están bendecidos con dones especiales ni tienen demasiado carisma. No son ni tipos duros ni aguerridos. Son personajes ordinarios que se ven arrastrados por sucesos extraordinarios, y al acompañarlos en su periplo es cuando descubrimos, a través de pequeños detalles, los usos del mundo en el que se van adentrando. Y en cada libro del autor, las pruebas y los retos a los que se enfrentan son progresivamente más duros y van forjando su carácter.

La cualidad fundamental de Powers es la manera única en la que consigue fundir fantasía y realidad para crear un todo creíble. Usa mitos, misticismo y supersticiones tradicionales para lograr que el conjunto resuene en el lector como algo familiar, y a continuación lo retuerce sin que deje de resultar convincente. Logra arrastrarnos a esa otra realidad que ha creado para nosotros, otra realidad que acechaba escondida dentro de la nuestra, solo que no la veíamos. Los mundos fantásticos a los que nos lleva acaban volviéndose extrañamente familiares, y su pasaje deja atrás la sensación de haber transitado por un sueño compartido. Podemos o no creer en la magia del antiguo Egipto, en las cartas del tarot o en el vudú, pero Tim Powers se encarga de hurgar en las tradiciones más variopintas para construir la verosimilitud de escenarios que, en el transcurso de su carrera, han ido acercándose más y más en el tiempo a nuestros días. Es decir, ha ido aplicando su personalísima receta en territorios más cercanos y reconocibles. Y más inquietantes también: otra prueba de que sabe salir airoso.

A Powers le gusta cruzar referencias entre sus libros, y este no es una excepción. Los lectores de *Esencia oscura* podrán reconocer la tradición (de raíz artúrica) del Rey Pescador, que entronca con elementos de muchas mitologías y que, también, reaparece una y otra vez en la historia de la literatura. Powers recoge el poema *La tierra baldía*, de T. S. Eliot, y lo entrelaza en su historia al enfatizarlo en la narración. La tradición poética es otro elemento recurrente de Powers para construir sus ficciones: las citas con las que abre los capítulos y todo aquello que sugieren son otro elemento del que se vale para preparar el terreno y que parezca que todo encaja con todo de la forma más natural.

Hace unos años me propuse leer todos los libros de Powers. ¿El motivo? La presencia del autor en el festival Celsius 232, de Avilés. Oírlo hablar consiguió que me gustase incluso más como escritor, e intenté leer todo lo que se había publicado de él. Por suerte, había bastantes cosas, aunque algunas ediciones tenían más de veinte años y eran muy difíciles de conseguir. A pesar de ello, logré encontrar un ejemplar de *La última partida*, que es como se titulaba esta novela en la antigua edición de Martínez Roca. Aún recuerdo mi emoción: era uno de los pocos que me faltaban. Cuando casi inmediatamente me enteré de que Gigamesh planeaba reeditarlo, supe que acabaría teniéndolo repetido. En cualquier caso, lo leí con avidez, y aquel libro me enamoró de nuevo del autor. Han pasado más años, y aquí está finalmente, estrenando una nueva y flamante traducción de Cristina Macía.

Cuando empieces a leerlo, yo ya tendré mis dos ediciones en la estantería. La más reciente, con estas líneas. ¿Te doy un poco de

envidia? Pues que sepas que tú a mí me das más: están a punto de presentarte a Leon y a Scott y a Diana. Y todos ellos están a punto de arrastrarte a uno de esos carruseles increíbles de Tim Powers que te atrapan sin remedio.

ESTER CUENCA, *Istel*

Para Gloria Batsford: de todo corazón, gracias por más de una década de ayuda, consejos, cenas estupendas y afable amistad. Ojalá vengan muchas décadas más.

Gracias también a Chris y Theresa Arena, Mike Autrey, Beth Bailey, Louigi Baker, Jim Blaylock, Lou y Myrna Donato, Don Ellison, Mike Gaddy, Russ Galen, Keith Holmberg, Don Johnson, Mike Kelley, Dorothea Kenney, Dana Kunkel, Scott Landre, Jeff Levin, Mark Lipinski, Joe Machuga, Tim McNamara, Steve y Tammie Malk, Dennis Meyer, Phil Pace, Richard Powers, Serena Powers, Randal Robb, Betty Schlossberg, Ed Silberstang, Carlton Smith, Ed y Pat Thomas, y Marv, Carol y Rex Torrez.

PRÓLOGO

1948: Un castillo en la tierra baldía

En marzo de 1951, cuando testificó ante el Comité Kefauver para la Investigación del Crimen Organizado, Virginia Hill afirmó que Siegel le había dicho que el hotel Flamingo estaba «del revés», aunque no supo explicar a qué se refería.

COLIN LEPOVRE, *Los agonistas de Siegel*

Y en el aire había torres invertidas
campanas reminiscentes que tañían las horas
y voces que gemían desde pozos exhaustos y cisternas vacías.

T. S. ELIOT, *La tierra baldía*

Más de un bajel ya vi subir bien alto,
la quilla para arriba, sobre el mástil,
torretas en el aire y panza abajo…

LORD ALFRED TENNYSON, *Los idilios del rey*

UNO

«A ti siempre te tendré, Sonny Boy»[1]

Georges Leon cogió a su hijo de la mano con demasiada fuerza y alzó la vista bajo el ala del sombrero. La oscuridad del cielo de mediodía no era natural.

Sabía que allí fuera, en el desierto, los conductores que recorriesen la soledad de la autopista Boulder verían caer la lluvia en largos embudos desgarrados que se retorcían bajo las nubes. Seguramente ya se habían anegado los dos carriles de la autopista 91, así que el hotel Flamingo estaría aislado de la ciudad. Y al otro lado de la tierra, bajo sus pies, brillaba la luna llena.

«La Luna y el Loco —pensó, desesperado—. Mal asunto, pero ya no puedo parar.»

A un par de manzanas ladraba un perro en algún callejón o aparcamiento. A Leon le vinieron a la cabeza, muy a su pesar, el perro que aparecía en la carta del Loco del tarot y los que acompañaban a Artemisa, diosa de la luna, según la mitología griega. Y, por supuesto, en la carta de la Luna solía aparecer la lluvia. Habría dado cualquier cosa por emborracharse, pero no podía.

—Tenemos que irnos a casa, Scotty —le dijo al chico, esforzándose por disimular la urgencia. «Acabemos de una vez», pensó.

Las hojas de las palmeras se agitaron y dejaron caer gruesas gotas en la acera.

—¿A casa? —protestó Scotty—. Pero si me habías dicho que…

—Te he llevado a desayunar y a comer a sitios bonitos —dijo en un gruñido. La sensación de culpa lo volvía arisco—. Y tienes un montón de fichas agujereadas y centavos aplastados. —Siguieron andando entre los charcos hacia la calle Center; cuando llegaran, girarían a la derecha para regresar al bungalow. El cemento mojado olía a vino blanco seco—. Mira, se me ocurre una cosa. Esta noche, cuando pase la tormenta, podemos meter el telescopio en el coche y salir de la ciudad para ir a ver las estrellas. —Se detestaba a sí mismo por hacer aquellas promesas huecas.

—Vale —dijo el niño con un suspiro. Tenía que ir al trote para seguirle el paso a su padre mientras jugueteaba con los centavos y las fichas inutilizadas que llevaba en el bolsillo—. Pero va a haber luna llena, no veremos nada.

«Dios, cállate», pensó Leon.

—Qué va —dijo, como si el universo estuviera escuchándolo y fuera a obedecer—. Qué va, eso no importa lo más mínimo.

Leon necesitaba una excusa para pasar por el hotel Flamingo, a diez kilómetros de la ciudad por la 91, de modo que había llevado a Scott a desayunar allí.

El Flamingo era un hotel grande de tres pisos y ático, de un incongruente color verde que destacaba contra el desierto pardo, y estaba rodeado de palmeras que habían transportado en camiones hasta allí. Aquella mañana, el brillo del sol en el cielo despejado daba una apariencia desafiante al césped, de color verde vivo.

Leon dejó que un mozo aparcara el coche y, con Scott de la mano, recorrió el camino de cemento hasta la escalera de entrada al casino.

Mucho tiempo atrás, Leon había hecho un agujero en el estuco, debajo de los peldaños y al lado izquierdo de la escalera, detrás de un arbusto, y había grabado unos símbolos alrededor. Se agachó al pie de la escalera para atarse los zapatos, se sacó un paquete del bolsillo de la chaqueta y lo embutió en el agujero.

—¿Otra cosa que puede hacerte daño, papá? —susurró Scott.

El niño, a su espalda, miraba los rudimentarios garabatos tallados en el estuco, en forma de soles y palotes, que habían hecho saltar la pintura verde.

Leon se levantó y lo miró. ¿Cómo se le había ocurrido confiarle aquello? Pero ya daba igual.

—Exacto, Scotto —dijo—. ¿Y qué es?

—Nuestro secreto.

—Exacto, y van dos. ¿Tienes hambre?

—Hambre de lobo.

Se había convertido en un diálogo habitual entre ellos.

—Pues vamos.

El sol del desierto se derramaba por las ventanas y centelleaba en las cazuelitas de cobre donde servían los huevos fritos y los arenques ahumados. El desayuno había sido «a cuenta de la casa», pese a que no se alojaban en el hotel, porque era bien sabido que Leon había sido socio de Ben Siegel, el fundador, al que las camareras ya se tomaban la libertad de llamar Bugsy Siegel.

Aquello fue lo primero que le había incomodado: comer a cuenta de aquel muerto en particular.

Pero Scotty se lo había pasado en grande, tomando Coca-Cola con sirope de cereza en un vaso de whisky y mirando a su alrededor con gesto de entendido.

—Ahora esto es tuyo, ¿no, papá? —comentó mientras salían por la estancia circular que era el casino.

Las cartas se giraban con movimientos seguros y los dados rodaban por el tapete verde con un repiqueteo amortiguado, pero Leon no reparó en los palos ni en los números que definían aquel momento. Al parecer, ningún crupier había oído al niño.

—No se… —empezó Leon.

—Ya, ya —fue la respuesta rápida del chiquillo, avergonzado—. No se habla de cosas importantes delante de las cartas.

Tras salir por la puerta que daba a la 91, tuvieron que esperar a que les llevaran el coche desde el otro lado del hotel; el lado cuya única ventana, en el ático, le daba el aspecto de un rostro tuerto escudriñando el desierto.

«El Emperador, la carta del Emperador —pensó Leon mientras tiraba de Scotty por la acera de la calle Center, oscurecida por la lluvia—. ¿Cómo es que no me llegan señales de ella? El anciano de perfil, sentado en el trono y con las piernas cruzadas a causa de una herida. Es mi carta desde hace más de un año. Lo demuestra Richard, mi hijo mayor, y pronto lo demostrará Scotty.»

Muy a su pesar, se preguntó en qué clase de hombre se habría convertido Scotty de no ocurrir lo que estaba a punto de ocurrir. Cumpliría veintiún años en 1964; ¿había ya en el mundo una chiquilla que, si las cosas fuesen de otro modo, habría acabado casándose con él? ¿Conocería esa niña a otro hombre? ¿Cómo habría sido Scotty de mayor? ¿Gordo, delgado, honrado, un truhan? ¿Habría heredado la facilidad de su padre para las matemáticas?

Bajó la vista y lo miró. ¿Qué encontraba el chico tan fascinante en los detalles difuminados por la lluvia? ¿En los jeroglíficos de neones, azul intenso y rojo chillón, de las ventanitas redondas de un bar? ¿En los toldos empapados sacudidos por el viento y la lluvia? ¿En los coches que emergían como submarinos en medio de la luz grisácea y mortecina?

Le vino a la memoria una imagen de Scotty sacudiendo las ramas de un rosal, hacía unos meses, durante un paseo soleado por los alrededores del Flamingo.

—¡Mira, papá! ¡Estas hojas son del color de la ciudad de Oz! —le había dicho.

A Leon le habían parecido de un verde oscuro y polvoriento, casi negro, y le había preocupado que el niño tuviera algún problema de percepción… Hasta que se había acuclillado junto a él, a su altura, y había visto que el envés de las hojas era de un esmeralda vivo, invisible a cualquier transeúnte que levantara más de un metro del suelo.

Desde aquel día, había prestado más atención a las observaciones de su hijo. Muchas veces eran graciosas, como cuando había señalado que el montón de puré de patatas que tenía en el plato era igualito que Wallace Beery. Otras, como en el almuerzo, le resultaban aterradoras.

Después de desayunar, cuando el sol aún brillaba y las nubes cargadas de lluvia eran solo velas ondulantes que hacían

empequeñecer las Montañas Spring, allá en el oeste, habían cogido el Buick nuevo hasta el club Las Vegas, en el centro, donde Leon trabajaba como crupier de blackjack por ocho dólares al día.

Al cobrar, sacó cincuenta centavos en calderilla y pidió al supervisor que le diera a Scotty un montón de fichas viejas, las que el casino inutilizaba perforándolas en el centro. Luego fueron hasta las vías, al oeste de la estación de la Union Pacific, y Leon enseñó a su hijo a poner centavos sobre los raíles para que los aplastaran los trenes con rumbo a Los Ángeles.

Se pasaron una hora corriendo entre las vías: colocaban monedas brillantes en los raíles de acero calientes y se escabullían hasta que pasara el tren; después, cuando salía aullando de la estación como una nave espacial y se perdía hacia el oeste, volvían con cuidado tras los pasos del gigante a buscar los óvalos lisos de cobre. Al principio estaban tan calientes que no había manera de cogerlos, de modo que Leon los metía en el sombrero con un movimiento rápido y los tiraba en la arena para que se enfriaran. Cuando por fin decidió que ya era hora de comer, las nubes se arremolinaban al oeste.

Dieron una vuelta en coche y encontraron un casino nuevo, el Moulin Rouge, en el barrio negro que había al oeste de la 91. Leon ni siquiera sabía que lo habían construido, y no le gustaban las personas de color, pero Scotty se moría de hambre y él estaba impaciente, de manera que entraron. Cuando Scotty aceptó que los centavos aplastados no harían girar las ruedas de las tragaperras, pasaron al restaurante y pidieron sendos platos de un guiso de langosta que resultó sorprendentemente bueno.

Scotty comió hasta que no pudo más, y luego se dedicó a jugar con la salsa y empujarla hacia el borde del plato. En el revoltijo del centro quedó al descubierto el dibujo de un arlequín, que por lo visto era el logotipo del Moulin Rouge. El niño se quedó mirando la cara blanca unos segundos y alzó la vista hacia su padre.

—Es el Joker —dijo.

Georges Leon mantuvo el rostro impasible mientras seguía la mirada del niño. La andrógina figura del arlequín parecía un joker normal de la baraja, y él sabía muy bien que era el único arcano mayor que había sobrevivido a la conversión del tarot de setenta y ocho cartas en la baraja moderna de cincuenta y tres.

En siglos anteriores, aquella figura había recibido otro nombre: el Loco, al que se representaba bailando al borde de un precipicio, con un palo en la mano y perseguido por un perro; pero el Joker y el Loco eran, sin duda, la misma Persona.

Un trocito de langosta tapaba un ojo de la figura sonriente.

—Un Joker tuerto —añadió Scotty entre risas.

Leon pagó a toda prisa y sacó a su hijo a la calle bajo la tormenta,

que había comenzado a descargar sobre la ciudad mientras comían. Cogieron el coche hasta el club Las Vegas, pero una vez allí tuvo la sensación de que llamaban demasiado la atención en ese vehículo tan grande, de modo que insistió en aparcar, calarse los sombreros y recorrer a pie, bajo la lluvia cada vez más ligera, las pocas manzanas que los separaban de su casa, el bungalow de la avenida Bridger.

Cuando llegaron, el hermano de Scott, Richard, de dieciocho años, escudriñaba las calles y las fachadas desde el tejado. No los miró cuando abrieron la puerta.

La esposa de Leon estaba en la entrada de la cocina; lucía en el rostro, enjuto y ajado, una sonrisa que parecía forzada.

—Qué pronto llegáis.

Georges Leon pasó junto a ella y se sentó a la mesa de la cocina. Tamborileó en la superficie de formica con los dedos; le temblaban, como si hubiera tomado demasiado café.

—Es que se ha puesto a llover. ¿Me traes una Coca-Cola? —Se contempló la mano y se fijó en el vello gris de los nudillos.

Donna, obediente, abrió la nevera, sacó una botella y quitó la chapa con el abridor de la pared.

Alentado por el tamborileo, o tal vez en un intento de disipar la tensión que gravitaba sobre la estancia, Scotty corrió hasta su padre.

—Sonny Boy —pidió.

Georges Leon bajó la vista hacia él y se planteó, sencillamente, no hacer lo que había planeado.

Le había costado casi veinte años alcanzar la posición que tenía, y durante todo ese tiempo había conseguido ver a los demás tan ajenos a él como los números y los datos que había utilizado para ascender. Pero aquel día, por primera vez, con aquel niño, había empezado a vislumbrar fisuras en su determinación.

Debería haberlas visto antes.

Los paseos en barca por el lago Mead, por ejemplo, formaban parte de su estrategia, pero en ese momento se dio cuenta de que había disfrutado con el entusiasmo del niño por los cebos y los anzuelos, por los remos. Además, debería haber advertido que, cuando le enseñaba lo que tanto le había costado aprender sobre los naipes y los dados, no estaba adoptando simples y frías precauciones, sino más bien la actitud de un padre que compartía conocimientos con su hijo.

Donna le puso la botella delante con un golpe. Leon la cogió y bebió un trago, pensativo.

—Siéntate en mi regazo, Sonny Boy —dijo al cabo, imitando la voz de un cantante al que habían visto actuar una noche en el club Las Vegas. El niño obedeció de buena gana—. Si el cielo se pone gris… —entonó Leon.

—¿Qué importa un bledo? —recitó Scotty.

—Qué importa que sea gris…
—¿Y qué pasa conmigo?
—Contigo vuelve el azul…
—¿Cómo me llamo?
—Sonny Boy.
—¿Qué harán los amigos?

¿A qué amigos se referiría? Se detuvo antes de cantar la siguiente frase.

Podía no seguir. Podía volver a la costa y esconderse de las jotas que sin duda irían en su busca. Podía vivir el resto de su vida, veintiún años más si llegaba a la media de setenta, como un hombre cualquiera. Su otro hijo, Richard, tal vez se recuperaría.

—¿Qué harán los amigos? —insistió Scotty.

Leon lo miró y se dio cuenta, con cierta angustia, de que en los últimos cinco años había llegado a quererlo. Durante un momento, la letra de la canción pareció envolver una promesa: tal vez Scotty pudiera volver azul aquel cielo gris. ¿Le habría ofrecido el Loco una última oportunidad?

Tal vez.

Pero…

Pero no importaba. Ya era tarde. Leon había llegado demasiado lejos en la búsqueda de aquello cuya forma difusa, cuyo velado potencial, había empezado a descubrir en sus cálculos estadísticos a los veintipocos años, en París. Había muerto demasiada gente, había invertido demasiado de sí mismo. Para cambiar tendría que empezar de nuevo, ya viejo e indefenso, y con las cartas en contra.

—Hay amigos que se van —recitó más que cantó. «Que se vayan, qué más da. A ti siempre te tendré, Sonny Boy», pensó. Se levantó y aupó al niño a hombros sin esfuerzo—. Ya vale de canciones, Scott. ¿Tienes tu dinero? —El niño hizo sonar las fichas y los centavos sin valor en el bolsillo—. Pues vamos a la guarida.

—¿Para qué? —preguntó Donna, con los pulgares metidos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Cosas de hombres —dijo Leon—. ¿A que sí, Scotto?

—¡Cosas de hombres! —confirmó Scott mientras se mecía, alegre, a hombros de su padre.

Leon atravesó la estancia e hizo como si fuera a golpearle la cabeza contra el dintel de la puerta, pero en el último momento dobló las rodillas y pasó. Repitió la broma en la puerta de la guarida, lo que hizo reír al niño a carcajadas; luego lo bajó y lo sentó en el sillón de cuero, el sillón de papá. La llama de la lámpara tembló con el movimiento y proyectó sombras monstruosas contra los lomos de los libros, acumulados sin orden ni concierto en las estanterías que ocupaban la pared entera.

Scotty tenía los ojos como platos. Leon sabía que estaba sorprendido de que, por primera vez, se le permitiera sentarse en el asiento de la copa, la punta de lanza y la corona, suspendidas encima del sillón mediante unos cables.

—Este es el sillón del rey —susurró el niño.

—Exacto. —Leon tragó saliva; cuando volvió a hablar ya tenía la voz más firme—. Y el que se sienta en él… se convierte en rey. Vamos a jugar a las cartas. —Abrió el escritorio con la llave y sacó un puñado de monedas de oro y una caja de madera pulida del tamaño de una biblia. Dejó caer las monedas sobre la alfombra—. Falta en el bote. Hay que igualar.

Scotty se sacó del bolsillo las fichas agujereadas y los centavos aplastados, y los tiró al suelo, frente al sillón. Sonrió a su padre, inseguro.

—No falta en el bote.

«Moneda sin valor contra oro. Vaya si no falta», pensó Leon.

Se acuclilló ante el niño, abrió la caja y cogió una baraja de cartas de gran tamaño. Las extendió sobre la alfombra para cubrir las apuestas.

—Mira —dijo en voz baja, señalando las cartas.

Un olor a incienso y a metal caliente invadió la estancia. Leon no miró las cartas de tarot, sino el rostro del niño. Recordó la primera vez que había visto aquella versión de la baraja, la suprimida de Lombardía Cero, en una buhardilla de Marsella iluminada con velas, una noche de 1925; recordó hasta qué punto le habían resultado inquietantes las enigmáticas imágenes, cómo había oído mil voces dentro de él, cómo había tenido que luchar para no dormir en toda la semana siguiente.

El niño entrecerró los ojos; su respiración se tornó lenta, profunda. Una terrible sabiduría pareció envejecerle sutilmente el rostro infantil, y Leon trató de adivinar, por cómo movía los labios, qué carta estaba mirando en cada momento: el Loco, que en aquella versión aparecía sin el perro, al borde de un precipicio escabroso y con una expresión estúpida y maligna; la Muerte, también al borde de un abismo, más parecida a una momia partida en dos que a un esqueleto, con un arco que recordaba extrañamente el de Cupido; el Juicio, donde el rey hacía salir de una tumba a hombres y mujeres desnudos; las diferentes figuras de copas, bastos, espadas y oros… Y todos envueltos en aquella orla repugnante, en apariencia inocente, de ramas entrelazadas, lianas floridas, hiedra… Todos en vivos colores oro, rojo, azul océano…

Scotty tenía los ojos llenos de lágrimas. Leon consiguió contenerlas antes de recoger las cartas y ponerse a barajar.

La mente del niño ya estaba abierta, desconectada.

—Ahora —dijo Leon en voz baja, ronca— quiero que elijas ocho

car…

—No —interrumpió Donna desde la puerta.

Leon alzó la vista, furioso, pero adoptó una expresión pétrea, impasible, al ver la pequeña pistola que empuñaba con ambas manos.

Dos cañones, gran calibre, probablemente del 45. Una Derringer.

En cuanto vio el arma, llegó un sonido retumbante del tejado; Richard se había levantado y gateaba sobre la cubierta. Pero no se oyó nada más.

—No, a él no —dijo Donna. Tenía la respiración acelerada, la piel de los pómulos tensa, los labios blancos—. Está cargada con cartuchos del 410 para cazar pájaros. Sé lo que hiciste con Richard, lo he averiguado. Supongo que ya es tarde para él. —Respiró hondo y soltó el aire—. Pero no te llevarás también a Scotty.

«Primero pasa y luego me mete esta subida —se dijo Leon—. Estaba tan concentrado en mi mano ganadora que no me he fijado en los ojos de los otros jugadores.»

Abrió las manos como si admitiera la derrota… y, con un movimiento resuelto, saltó a un lado, levantó al niño del sillón y se lo puso ante sí como un escudo, cubriéndose la cara y el pecho. «Para que sepas qué es subir una apuesta», pensó.

—Y el niño —dijo, confiado—. Tu turno.

—Lo veo —respondió ella. Apuntó bajo y disparó.

DOS

No olía a rosas

La llamarada azul la ensordeció y la deslumbró; aun así, vio como el hombre y el niño salían despedidos hacia delante. Este se estrelló contra sus rodillas y la derribó sobre la estantería. Tenía las manos entumecidas. Con una aferraba todavía la pequeña pistola; con la otra agarró a Scotty por el cuello de la chaqueta.

Leon había quedado a cuatro patas sobre la alfombra salpicada de sangre, pero de pronto se incorporó con el abanico de naipes en la mano, pálido por el esfuerzo.

—¡Mira! —gritó con fuerza.

Ella miró y Leon le lanzó las cartas.

Algunas le pasaron silbando junto a la cara y dieron contra los lomos de los libros; sin embargo, sintió estremecerse a Scotty, al que aún tenía sujeto.

Dio media vuelta y avanzó a trompicones por el pasillo gritando algo que, con suerte, convencería a Leon de que aún le quedaba una bala en la recámara. Cogió las llaves del coche del gancho, junto a la puerta de la cocina, y trató de pensar, trató de recordar si el Chevrolet tenía gasolina en el depósito. Entonces oyó los gemidos de Scotty.

Bajó la vista… y el zumbido que le rondaba los oídos pareció aumentar cuando se dio cuenta de que el niño tenía una carta clavada en la cara, incrustada en el ojo derecho.

En el segundo interminable que siguió, en el que nada más pareció moverse, Donna se guardó la pistola en el bolsillo con la mano entumecida, agarró la carta con dos dedos, se la extrajo y la tiró al suelo de linóleo, donde cayó bocabajo.

Forcejeó con la puerta y arrastró al niño, rígido por la conmoción, hasta el coche por el patio de gravilla. Abrió la puerta del conductor, subió al chiquillo a pulso y lo empujó hacia el otro asiento para poder entrar. Metió la llave en el contacto y pisó el acelerador a fondo al tiempo que giraba el volante.

El coche arrancó y Donna metió primera bruscamente. Encendió los faros mientras las ruedas traseras derrapaban en la gravilla y, en cuanto vio la puerta de la valla, enderezó el coche y aceleró. Salieron a la calle sin más daño que una abolladura provocada por un poste en el lado del conductor.

—Tranquilo, Scotty —iba farfullando—. Te vamos a ayudar, hijo, aguanta…

«¿Adónde? —pensó—. A Boulder, tengo que ir a Boulder, al viejo

hospital Six Companies. En esta ciudad estaríamos demasiado cerca; Georges nos encontraría enseguida.»

Giró a la derecha en Fremont.

—Es rico —dijo; parpadeó deprisa, deslumbrada por las luces del tráfico entre los neones de los casinos, que transformaban la calle mojada en un centelleante arcoíris—. Siempre pensé en ti, te lo juro… Dios, ¡él te apreciaba de verdad, estoy segura! Ya no se puede hacer nada por Richard, era demasiado tarde para él; pero nunca pensé que fuera a necesitar a otro…

Maniobró para adelantar a una ranchera que iba demasiado lenta y Scotty dejó escapar un gemido. Tenía la cabeza apoyada contra la puerta; se agarraba al tirador con una mano y con la otra se cubría el ojo destrozado.

—Lo siento. Llegaremos a Boulder en quince minutos, te lo prometo; solo debemos salir de aquí. Pero él tiene mucho dinero. Solo trabaja en el club para seguir en contacto con las cartas. Y con las olas, dice, para seguir en contacto con las olas, como si viviera en la costa y tuviera que estar al tanto de las mareas o algo así.

—Aquí también hay mareas —dijo el niño en voz baja. El movimiento del coche lo mecía en el asiento—. Y las cartas son para vigilarlas.

Su madre lo miró por primera vez desde que habían girado en Fremont, rumbo sur.

«Dios, estabais muy unidos, ¿no? Tu padre compartía muchas cosas contigo. Entonces, ¿cómo pudo querer eliminarte? Eliminarte a ti, no a tu cuerpecito, claro. Tu cuerpo iba a acabar en el tejado, junto al de Richard. Uno mirando al oeste y el otro al este, me imagino, para que él pudiera sentarse en su guarida y tener una especie de estereopticón que le proporcionase una imagen de trescientos sesenta grados.»

Por delante del Chevrolet, un Packard descapotable con dos pasajeros salió de la calle Siete para meterse por Fremont.

—Mierda —masculló Donna con voz distraída.

Levantó el pie del acelerador y redujo la velocidad hasta que pudo confirmar que los faros que veía por el retrovisor venían siguiéndolos desde hacía varias manzanas, cambiando de carril cada vez que ella cambiaba. Y en ese coche también viajaban dos personas.

Se le hizo un nudo en el estómago y tuvo que contenerse para no lanzar un aullido de desesperación.

«El del Packard es Bailey —pensó—, va con alguien; y los de atrás pueden ser dos tíos cualesquiera de los diez o doce que trabajan para él, que cometen crímenes por él, que lo adoran. Seguro que también hay coches en la 91, al este y al oeste, para detenerme si intento llegar a Los Ángeles o a Salt Lake City.»

El Chevrolet seguía reduciendo velocidad, así que pisó el acelerador

lo justo para mantener la distancia con el coche que los seguía. De repente, en la calle Nueve, metió segunda, pisó a fondo y giró a la derecha con un chirrido estrepitoso de neumáticos. Mientras luchaba con el volante, unos transeúntes le gritaron desde la acera; las ruedas se aferraron al asfalto y enfiló a toda velocidad la calle Nueve, rumbo sur. Buscó a tientas en el salpicadero y apagó las luces del coche.

—De verdad, creo que más te valdría estar muerto —dijo en un susurro agudo, sabiendo que Scotty no la oiría con el rugido del motor—, pero veamos si hay otras opciones.

Más adelante se veían las luces de una gasolinera Texaco. De un vistazo al retrovisor descubrió que, por el momento, había despistado al coche que los seguía, así que pisó el freno, vio que aún iba demasiado deprisa para entrar en el aparcamiento de la gasolinera y, derrapando, terminó por detener el coche más adelante, junto a la acera, en una nube de humo. Con el frenazo, Scotty se estampó contra el salpicadero y se cayó del asiento.

Donna abrió como pudo la puerta abollada de su lado, saltó del coche y trató de recuperar el equilibrio en el asfalto mojado, con la pistola aún en la mano. En aquel momento salió de la gasolinera un camión que remolcaba una barca y empezó a girar a la derecha pesadamente. Iba a pasar junto a ella.

Llorando ya la pérdida de su pobre hijo, soltó el arma y sacó del coche al maltrecho Scotty tirando de él por los tobillos. Solo pudo atisbar su rostro ensangrentado antes de cogerlo por el cinturón y el cuello de la chaqueta y, con un último esfuerzo desesperado que pareció desgarrarle todos los tendones de la espalda, los hombros y las piernas, lanzarlo tan alto como pudo justo cuando pasaba la barca remolcada por el camión.

Durante un momento fue como si el niño quedara suspendido en el aire, agitando débilmente brazos y piernas a la luz blanquecina. Luego desapareció. Habría caído sobre la cubierta o dentro de la embarcación, o quizá habría rodado hasta la calle por el otro lado.

Dejó que la inercia la precipitara de espaldas contra el Chevrolet. Controló la caída lo justo para desplomarse en el asiento del conductor. La mano derecha, casi por voluntad propia, giró la llave en el contacto.

La barca se alejaba sin demora. No vio ningún cuerpecito en la carretera.

Tras ella se advertían ya los faros de un coche procedente de Fremont. Donna introdujo las piernas en el vehículo, cerró la puerta, metió primera y giró en redondo con un derrape ensordecedor para ir directa hacia los faros que se acercaban. En cuanto pudo, cambió a segunda.

Los faros se apartaron a su paso; oyó tras ella un chirrido de frenos

y un portazo muy pesado, pero no volvió la vista. Una vez en Fremont, aminoró la marcha, giró a la derecha y volvió a acelerar en dirección a Boulder, a cuarenta kilómetros de allí. Notó en la mano el frío de la palanca al cambiar de tercera a cuarta.

Se sentía en paz, casi feliz. Ya había terminado todo: los momentos que le quedaran serían un regalo, una propina. Bajó la ventanilla y respiró hondo el aire fresco del desierto.

El Chevrolet recorría a toda velocidad el bulevar Las Vegas, y ante ella solo se extendía el desierto. Más allá, inalcanzables, las montañas, la presa, el lago.

A su espalda divisó unos faros que se acercaban deprisa. El Packard, sin duda.

«Aquellas navidades blancas en Nueva York, en 1929… —pensó mientras la autopista del desierto siseaba bajo las ruedas—. Yo tenía veintiún años, y Georges, treinta. Era un joven francés, guapo y brillante, recién salido de la École Polytechnique y el club Bourbaki, con los conocimientos de economía internacional para hacerse rico (¡rico!) cuando llegó la Depresión. Y quería tener hijos. ¿Cómo habría podido resistirme?»

Recordó el destrozo que la descarga del cartucho del 410 le había causado en la entrepierna hacía solo unos minutos.

La aguja del velocímetro marcaba más de ciento ochenta.

Estaba a punto de pasar a toda velocidad junto a un chamizo cualquiera de cemento, a la derecha.

«Dios, Georges —pensó mientras lo enmarcaba entre los faros—, cómo nos hemos destruido el uno al otro.»

Leon colgó el teléfono y se desplomó de nuevo en el sillón del rey. La sangre caliente le había formado un charco bajo las nalgas; las perneras del pantalón se le pegaban, pesadas.

«Vale, vale, vale… Esto va mal, muy mal, pero no todo está perdido aún.»

El último al que había llamado era Abrams; le había jurado que llegaría en cuatro minutos con un par de hombres más para acarrearlo hasta el coche y conducir hasta el hospital Southern Nevada, ocho kilómetros al oeste por el bulevar Charleston. Había estado a punto de pedir que antes lo llevaran al hospital, pero le había bastado un vistazo a la entrepierna para darse cuenta de que tenía los genitales destrozados, de modo que lo crucial era recuperar a Scotty, el último hijo que podría engendrar.

«No todo está perdido aún», se repitió.

Sentía como si se le estuvieran saliendo las tripas; tenía el bajo vientre ardiendo, húmedo, roto. Como ya no estaba al teléfono, podía sujetárselo con ambas manos, mantenerlo en su sitio.

«Esto no es todo —se dijo—. No vas a morir de un simple disparo:

tu sangre está en el lago Mead y estás en Las Vegas, y el Flamingo sigue en pie en la 91, bajo la lluvia. No todo está perdido.»

El Loco y la Luna. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos; contempló las cartas tiradas por el suelo, junto a las estanterías y la puerta, y pensó en la que había salido de la estancia, clavada —la sola idea le oprimía el corazón— en el ojo de Scotty.

«Mi reinado no ha llegado a su fin.»

Cruzó las piernas. El gesto le alivió un poco el dolor.

Echó la cabeza atrás y olfateó el aire, pero no olía a rosas en la habitación. Se sentía débil y mareado, pero al menos no olía a rosas.

Medio en sueños, recordó que había tenido la cara a un palmo de un rosal en flor la noche en que había matado a Ben Siegel. Las ramas y los tallos se retorcían abrazando la celosía y dibujaban un diagrama de venas, de relámpagos, de deltas fluviales.

Leon había acechado a Siegel casi diez años antes de matarlo.

Los jefes gángsteres de la Costa Este habían empezado a percibir el tipo de realeza que nadie había llevado aún a Estados Unidos. Joseph Doto adoptó el nombre de Joe Adonis e hizo lo imposible por conservar un aspecto juvenil, mientras que Abner *Longy* Zwillman mató a su rival Leo Kaplus a tiros en los testículos, y no en el corazón. En 1938, Tony Cornero fletó un barco casino que fondeaba pasado el límite de tres millas de la costa de Santa Mónica; lo bautizó con el nombre de *Rex*, «rey» en latín, y Siegel llegó a ser propietario de un quince por ciento. Al final, el fiscal general lanzó una redada a gran escala, y las máquinas tragaperras, las ruletas, las mesas de dados y las de blackjack, con los números que tanto habían apasionado a tantos jugadores, acabaron en el fondo del mar.

Una noche, pocas semanas antes de la redada, Leon fue hasta el barco en una lancha motora pequeña, de esas que funcionaban como taxis acuáticos, y recorrió la parte de la cubierta que estaba abierta al público; desde un lugar alto divisó a un hombre en la popa que sujetaba una caña de pescar sobre las aguas negras. Le preguntó a un camarero quién era el pescador solitario y este le explicó que uno de los propietarios, un tal Benjamin Siegel.

Le resbaló el talón en la alfombra empapada de sangre y el dolor le atenazó el abdomen como si se lo anudaran con alambre. Apretó los dientes y soltó un gemido. Cuanto más tardara Abrams en llegar, peor sería el traqueteo del trayecto hasta el hospital.

«¿Dónde te has metido, Abrams?»

El dolor cedió un poco, lo justo para que volviera a pensar en la carta que había salido de la habitación. Luego se concentró de nuevo en su victoria del pasado; en cómo había llegado a ocupar el trono del oeste.

Leon se había mudado de Nueva York a Los Ángeles en 1938,

acompañado por su mujer, de treinta años, y su hijo Richard, de ocho. No tardó en descubrir que Siegel lo había precedido en el peregrinaje hacia el oeste. Tras la inquietante visita al *Rex*, Leon se inscribió en el club Hillcrest Country de Beverly Hills, y allí fue donde por fin lo conoció en persona.

Por aquel entonces, Siegel solo tenía treinta y dos años, pero ya irradiaba poder. Al igual que Joe Adonis, estaba obsesionado con mantenerse en forma y conservar la juventud, como correspondía al rey, pero Siegel había comprendido que hacía falta algo más que pose, virilidad y derramamiento de sangre.

Se conocieron en el bar, y el hombre que los presentó señaló que eran los únicos que bebían solo agua con gas. A raíz de aquello, Siegel prestó más atención a Leon.

—George, ¿no? —preguntó con una sonrisa matizada por los ojos entrecerrados. Llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás con brillantina y la frente amplia le quedaba al descubierto.

—Casi —respondió Leon.

—¿Juegas a las cartas, George? —El acento de Brooklyn de Siegel casi apagaba las erres.

—Claro —respondió Leon, bajando la cabeza hacia el vaso para disimular que se le aceleraba el pulso del cuello—. ¿Te apetece jugar al póquer un día de estos?

Siegel se quedó mirándolo.

—No, creo que no —respondió finalmente—. Me aburro de muerte, las jotas siempre me ven los reyes.

—A lo mejor los reyes los tengo yo.

Siegel se echó a reír.

—No si yo reparto las cartas. Y siempre reparto las cartas.

Leon hizo ademán de pagar las bebidas, pero Siegel lo rechazó con un gesto. Le guiñó un ojo y le dijo que allí su dinero no era de curso legal.

«Centavos aplastados y fichas agujereadas», pensó Leon.

No le había perdido la pista. El verano de aquel mismo año, Siegel organizó una expedición en busca de un tesoro a la isla del Coco, varios cientos de millas al oeste de Costa Rica. Regresó a mediados de noviembre y siempre negó los rumores de que había encontrado una estatua de oro, supuestamente de la Virgen, a tamaño natural.

Sin embargo, Leon se hizo con una fotografía de la estatua gracias a un viejo borracho, un tal Bill Bowbeer, que había proporcionado a Siegel el mapa original del tesoro. La foto estaba borrosa y manchada, pero Leon vio de inmediato que la figura metálica lucía una corona en forma de luna creciente ceñida a un disco solar, así que era mucho más semejante a la Isis de los egipcios que a la María de los cristianos.

Poco después, Siegel viajó a Italia con la condesa que había

financiado la búsqueda del tesoro, y unas semanas más tarde Leon recibió una misiva de un colaborador de Milán.

Una de las cincuenta y nueve cartas de la colección del castillo Sforzesco había desaparecido. El informador no conocía la colección lo suficiente para decir cuál.

Leon compró un billete para el primer avión a Milán.

Las cartas Sforza habían aparecido en las cisternas medievales del castillo Sforzesco, vacías desde hacía mucho tiempo, durante la restauración de principios de siglo. Eran una mezcla de cartas de distintos estratos, pertenecientes a once barajas incompletas; las de la parte superior eran bastante recientes, porque representaban los palos franceses: corazones, diamantes, tréboles y picas. En cambio, las de abajo formaban parte de una baraja de tarot pintada en 1499, y Leon estaba seguro de que el naipe desaparecido sería uno de esos. Los había catalogado con todo lujo de detalle en 1927, de modo que seguramente era la única persona capaz de identificar cuál faltaba.

Al llegar a Milán confirmó que la carta desaparecida pertenecía a la baraja más antigua: era la Torre. La buscó en sus notas de hacía once años: la carta estaba casi entera, y en ella se veía una torre golpeada por un rayo, con dos figuras humanas que salían despedidas por los aires junto con algunas piedras.

Leon tardó ocho años en averiguar por qué a Siegel le interesaba esa carta.

Llamaron a la puerta de casa. Unos segundos después, Leon los oyó entrar por la de la cocina, que Donna se había dejado abierta.

—¿Georges? —preguntó Guillen; Leon lo reconoció por la voz—. ¿Dónde estás?

Leon, demasiado débil para responder, se recostó en el asiento y se concentró en respirar hasta que lo encontraran. Oyó a Guillen descorrer el cerrojo de la puerta principal para abrirle a Abrams y percibió como andaban nerviosos por la sala de estar.

Al final, Abrams lanzó una mirada cautelosa a la guarida.

—¡Dios, Georges! —gritó, y corrió hacia el sillón donde estaba desplomado—. Dios, te han… te han dado bien. No te preocupes, los médicos te sacarán de esta. ¡Guillen! ¡Que vengan los chicos, corre!

A los pocos segundos, media docena de hombres transportaba a Leon a la cocina. Abrams mantenía la puerta abierta y daba órdenes, alterado; se agachó a recoger la carta que había quedado bocabajo en el suelo.

—No —gruñó Leon—. Déjala ahí.

Abrams condujo deprisa, pero consiguió evitar los peores baches y las maniobras bruscas. Aun así, Leon estallaba en gruñidos de dolor a cada rato; le resultaba humillante. Se aferraba la entrepierna con las manos resbaladizas por la sangre; en un momento dado se incorporó

para mirarse y se las vio negras, surcadas por los reflejos multicolores de las luces de neón.

«No todo está perdido —se recordó, febril—. Siegel lo perdió todo. Yo no.»

Leon también empezó a pescar en 1939. Las noches sin luna, iba al final del muelle de Santa Mónica para atrapar enormes peces luna, nocturnos y de cuerpo deforme, y comérselos crudos allí mismo, en los tablones deteriorados. También cultivó calabazas gigantescas con lóbulos extraños en el jardín de su casita, en Venice Beach: las más grandes y brillantes las quemaba en presas y embalses varios de los condados de Los Ángeles, San Bernardino y Orange. Jugó al póquer en un centenar de partidas privadas, y se ganó reputación de excéntrico y desprendido hasta límites increíbles. Llenó el garaje de mapas, gráficos y diagramas dibujados por él mismo, en los que iba marcando puntos nuevos según sus observaciones meteorológicas y lo que leía en periódicos de todo el mundo. Y, al igual que Siegel, empezó a cultivar la amistad de la aristocracia adinerada de Beverly Hills. «Plutón era también el dios de la riqueza», se decía.

No tardó en ver los primeros resultados: la posición de Siegel empezó a tambalearse. Lo arrestaron dos veces por el asesinato de un matón neoyorquino llamado Harry Greenbaum y en abril del 41 lo detuvieron por dar refugio al gángster Louis *Lepke* Buchalter.

Siegel consiguió librarse de todos los cargos, pero, como un rey a la defensiva en una partida de ajedrez, tuvo que darse cuenta de que lo estaban atacando.

Antes de que Leon le asestara el golpe definitivo, el bombardeo de Pearl Harbor a manos de Japón metió a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, y los frágiles patrones y las imágenes abstractas que Leon había ido extrayendo de los gráficos quedaron ocultos bajo el empeño de la industria, la sociedad y la economía en la empresa de la guerra. Sus pautas no eran más que voces fantasmales en las ondas, que se perdían al sintonizarse una buena señal; algunos factores, como el tiempo atmosférico, seguían mostrando la sutil aleatoriedad que necesitaba, pero los cuatro años siguientes se los pasó concentrado en conservar el asiento en la partida, como un jugador de póquer que se dedicara a tirar mano tras mano con la esperanza de que las apuestas obligatorias no le comieran el resto de las fichas.

Al final, el presidente Truman regresó de la Conferencia de Potsdam en 1945, tras jugar al póquer día y noche con los periodistas, enfebrecido, la semana que duró el viaje de vuelta. Para cuando llegó a Washington, había tomado la decisión de arrojar la bomba atómica sobre Japón. El avión de reconocimiento del portador de la bomba, el *Enola Gay*, tenía por nombre *Straight Flush*, «escalera de color».

Una vez terminada la guerra, Leon se centró en renovar las

maniobras agresivas.

Y en 1946, de nuevo como un rey de ajedrez asediado, Siegel percibió los ataques y se enrocó.

Cuando Siegel construyó un hotel de lujo y un casino disparatadamente caros en el desierto, once kilómetros al sur de Las Vegas, la gente del mundo del juego pensó que era un megalómano…, pero Leon, alarmado, entendió enseguida el objetivo de aquella torre.

El juego era legal en Nevada desde 1931, el mismo año en que habían empezado las obras de construcción de la presa Hoover; para 1935, la presa estaba terminada y el lago Mead, la masa de agua artificial más grande del mundo, había llenado ya los valles de detrás de la presa. El nivel del lago subía y bajaba según las reservas almacenadas aguas arriba y la demanda existente aguas abajo. El Flamingo, que así había llamado Siegel a su hotel, era un castillo en la tierra baldía, cerca de una enorme masa de agua mansa.

El Flamingo era de una magnificencia demencial, con palmeras trasplantadas, gruesos muros de mármol, costosos acabados, una piscina gigantesca y fontanería individual para cada una de las noventa y dos habitaciones; pero Leon comprendió que era el tótem de su fundador y, como tal, tenía que compartir su perfección física.

Leon sabía ya por qué había robado Siegel la carta de la Torre: ese naipe, basado en la torre de Babel, simbolizaba una ambición orgullosa hasta la locura, pero no era solo una alerta contra la ruina potencial, sino también el camino que conducía a ella. Y si se le daba la vuelta y se ponía cabeza abajo, se suavizaba un poco, y sus aspectos destructivos resultaban algo más remotos.

Si se le daba la vuelta, permitía al rey construir una torre amenazadora y defenderla.

Y para consolidar por completo su identificación con el edificio y afianzar su posición como la encarnación actual de Dioniso, de Tammuz, de Atis, de Osiris, del Rey Pescador, de todos los dioses y reyes que habían muerto en invierno para renacer en primavera, Siegel inauguró el hotel al día siguiente de Navidad. Cerró («murió») dos semanas más tarde y volvió a abrir el 27 de marzo.

Fechas bastante cercanas a la Navidad, al Viernes Santo y a la Pascua de Resurrección.

Al abrir la puerta trasera de la ranchera, una brisa con olor a artemisa le refrescó el rostro húmedo a Leon.

—Con cuidado, con cuidado; le han pegado un tiro y ha perdido mucha sangre. Guillen, métete en el asiento trasero y empuja; nosotros tiraremos desde el maletero.

Los médicos con batas blancas se movían con premura en torno a la camilla de ruedas en la que lo habían tumbado, pero, antes de que cruzaran las puertas de la sala de urgencias, Leon agarró a Abrams por

la manga.

—¿Sabes si han encontrado ya a Scotty?

Dondequiera que se encontrara, el niño seguía con la mente abierta, desconectada.

—No, Georges —respondió Abrams, nervioso—. Pero tampoco me habría enterado. He salido de casa en cuanto me has llamado.

—Averígualo —insistió Leon mientras un médico lo obligaba a soltarse y empujaba la camilla—. ¡Y dímelo! ¡Encuéntralo!

«Para que yo también vaya a adorarlo», pensó con amargura.

Al sudoeste, por la autopista 91, el camión que remolcaba la barca recorría el desierto con rumbo a la lejana ciudad de Los Ángeles. La luna llena hacía innecesaria la luz de los faros.

TRES
Buenas noches. Que duerma bien…

Al cabo de un mes, Leon estaba en el asiento del copiloto del coche de Abrams. Este conducía por las calles soleadas de vuelta del hospital, esa vez mucho más despacio. Las colinas eran del color de la tierra seca y los aspersores lanzaban deslumbrantes espirales de agua en los jardines imposiblemente verdes.

Leon iba vendado como un bebé con pañales. Los médicos le habían extirpado la próstata y medio metro de intestino, y tenía los genitales tan destrozados que prácticamente se le habían desprendido al cortarle los pantalones.

«Pero no todo está perdido —se repitió por milésima vez—. Siegel lo perdió todo. Yo no. Aunque ya no tenga huevos.»

—Avisa si te doy mucho meneo —dijo Abrams.

—Vas bien.

En el papel de Rey Pescador, el monarca sobrenatural de la tierra y su fertilidad, Ben Siegel, entre otras cosas, había cultivado una rosaleda en los terrenos del Flamingo. Las rosas eran un símbolo poderoso de la naturaleza transitoria de la vida y Siegel había pensado que, si controlaba una rosaleda, controlaría simbólicamente la muerte. Con el tiempo, las flores se convirtieron en una ocupación rutinaria que ya no requería el nivel de atención psíquica que Siegel, como Rey Pescador, era capaz de prestarles.

Leon tenía entendido que habían florecido de manera incontrolada en junio de 1947, antes de que matara a Siegel; que habían esparcido pétalos por el sendero de la piscina, e incluso que habían echado brotes en las rendijas de los bloques de hormigón.

Cuando aún vivía en Los Ángeles, Leon se había dedicado a atacar los puntos débiles que le quedaban a Siegel, los aspectos de su vida que no había ocultado tras los muros de su castillo en el desierto.

Tenía dos puntos débiles: la agencia de noticias Trans-America y la mujer con quien había contraído matrimonio en secreto, en el otoño del 46.

El negocio de las apuestas era imposible sin una agencia que comunicara al instante los resultados de las carreras de una punta a otra del país, y Siegel, como representante de la banda de Capone, introdujo la Trans-America en el oeste de Estados Unidos para romper el monopolio de la Continental Press de James Ragen, con base en Chicago.

La Trans-America prosperó y Siegel ganó una fortuna… hasta que

Georges Leon fue a Chicago en junio del 46 y mató a James Ragen. De inmediato, la banda de Capone arrebató el mando de la Continental a los hombres de Ragen, con lo que la Trans-America se volvió superflua. Por supuesto, esperaban que Siegel la cerrara y transfiriera todos los clientes a la Continental, pero Leon se las arregló para que presentaran la petición en los términos más arrogantes imaginables. Tal como esperaba Leon, Siegel rehusó cerrar la agencia y respondió a la junta directiva que tendrían que comprársela por dos millones de dólares.

El Flamingo ya se estaba edificando y Siegel tenía que luchar contra las restricciones a la construcción propias de la guerra, aún vigentes, y hacer frente a la escasez de materiales. Leon sabía que necesitaba los ingresos de la Trans-America.

Y se había buscado la manera de conocer a Virginia Hill, que seguía viajando con frecuencia a Los Ángeles, pues tenía una mansión en Beverly Hills. A ojos del mundo era la novia de Siegel, pero Leon se había fijado en el anillo que llevaba, en cómo aullaban los perros cuando andaba cerca y en que durante la luna llena se pasaba la noche asistiendo a fiestas, así que había deducido que era la esposa secreta de Siegel.

Tuvo que contenerse para no desvelar su entusiasmo ante aquella oportunidad: como el jugador que levanta una esquina de las cartas y ve una escalera de color servida, procuró que su comportamiento cotidiano no cambiara en absoluto.

Pero, si estaba en lo cierto con respecto a Virginia Hill, Siegel había cometido un error estratégico. Una novia, presente o ausente, no tenía demasiado valor; pero si el rey había sido tan idiota o sentimental como para dividir su poder tomando esposa por voluntad propia y, por tanto, era posible privarlo de la parte correspondiente de ese poder…; si fuera posible separarlo de ella con una gran cantidad de agua…, quedaría profundamente debilitado.

De modo que Leon hizo llegar a Virginia Hill la idea de que Lucky Luciano quería matar a Siegel, cosa que era verdad, y de que tal vez podía impedirlo si hablaba ella en persona con Luciano, en París.

Hill voló a París a principios de junio de 1947.

Leon vendió algunas propiedades, se cobró favores y susurró ciertas amenazas, y se las arregló para que la agencia de noticias Trans-America sufriera problemas graves de personal y contabilidad.

De manera que, la noche del 13 de junio, Siegel voló de Las Vegas a Los Ángeles para investigar los supuestos problemas de la agencia.

El avión privado de Siegel aterrizó en la pista del aeropuerto de Glendale a las dos de la mañana del 14 de junio.

Georges Leon no podía hacer nada hasta el 20, así que se pasó varios días aparcado en el paseo North Linden de Beverly Hills, en la

acera de enfrente de la casa de Virginia Hill, vigilando. Tal como esperaba, Siegel se alojaba allí.

La tarde del 20 de junio, Leon cogió el coche por las calurosas calles de Los Ángeles, a la sombra de las palmeras, hasta una tienda con cabina telefónica, para lanzar el imprescindible desafío final.

Siegel cogió el teléfono.

—¿Sí?

—¡Qué tal, Ben! ¿Has tenido ocasión de pescar mucho en el desierto?

Hubo una pausa.

—Ah, eres tú —respondió Siegel, impaciente.

—Claro. Es que te quería comentar una cosa… Ya sabes, te lo tengo que decir. Voy a asumir el Flamingo.

—Hijo de puta. —El tono de Siegel era de una rabia cansada—. ¡Por encima de mi cadáver! ¡No tienes agallas!

Leon dejó escapar una risita y colgó.

Aquella noche supo que las estrellas estaban de su parte, porque Siegel fue a cenar con tres amigos al restaurante costero Jack's at the Beach. Leon los siguió y, cuando le daban las gracias al gerente antes de marcharse, ofreció diez dólares a un camarero para que le entregara a Siegel un ejemplar del *Los Angeles Times* del día siguiente. Llevaba un clip con una nota que decía: «Buenas noches. Que duerma bien, cortesía del J». Siegel cogió el periódico sin siquiera mirarlo.

Una hora más tarde, Leon aparcó frente a la mansión de estilo colonial de Virginia Hill. Apagó el motor, que chirrió como una cigarra en la oscuridad de la calle.

Se quedó un rato sentado en el coche, contemplando la casa iluminada y las columnas que la sostenían, pero, sobre todo, pensando en cómo había sido hasta entonces vivir en un único cuerpo, experimentar solo las cosas que podía vivir una persona, y trató de imaginarse cómo sería tener una conexión vital con las imágenes eternas y terriblemente poderosas que, en secreto, animaban y guiaban a la humanidad; esas imágenes que el psicólogo Carl Jung había denominado arquetipos y que los pueblos primitivos, temerosos, habían llamado dioses.

Era imposible siquiera imaginarlo, así que salió del coche con la carabina 30-30 y subió por la pendiente de césped. Se detuvo ante la celosía cubierta de rosales que protegía el salón de las miradas de la calle. El chirrido de los grillos en la maleza disimuló el chasquido del primer cartucho entrando en la recámara.

Leon apoyó el cañón entre los listones de la celosía y permaneció allí unos minutos, acuclillado en un banco de madera. Ajustó la mira y examinó el escenario.

La ventana del salón quedaba tan cerca que resultaba intimidante;

al otro lado del cristal estaba Siegel, sentado en un sofá con estampado de flores, leyendo la sección de deportes del periódico que le había hecho llegar. Al lado tenía a un hombre medio dormido, con los brazos cruzados sobre el pecho. El mobiliario de la estancia era recargado, lleno de cupidos, mármoles y lámparas con bases de estatua. En el piano de cola se veía una figurilla de Baco, el dios del vino, y de la pared colgaba un cuadro de una mujer desnuda con una copa en la mano.

La ventana se desintegró en una explosión deslumbrante. Los dos primeros disparos hicieron pedazos la estatua y atravesaron el cuadro; Ben Siegel había empezado a incorporarse, y las dos balas siguientes le destrozaron el rostro. Los cinco tiros restantes fueron a ciegas, pero tuvo la impresión de que al menos dos más acertaban a Siegel. Resonaron por toda la calle, y aun así oyó el sonido de los casquillos al rebotar contra el banco de madera.

Luego corrió de vuelta al coche, tiró la carabina al asiento trasero, arrancó y salió de allí a toda velocidad, recreándose en la sensación de contemplar lo que acababa de hacer desde el punto de vista de veintidós personalidades nuevas, prístinas.

Era 20 de junio: en tiempos previos al cristianismo, el primer día del mes de celebraciones por la muerte de Tammuz, dios babilonio de la fertilidad, que había dominado una zona desértica donde el sol de verano imponía al ciclo vital una especie de muerte de invierno cálido.

Al final de la celebración, el 20 de julio, reinaría un nuevo rey.

Esa misma noche, en el inhóspito corazón del desierto de Mojave, una tormenta de arena azotó el hotel Flamingo. Los parabrisas de los coches aparcados a la intemperie quedaron paralizados para siempre y saltó la pintura hasta dejar el metal al descubierto.

Más adelante, Leon se enteraría de que Siegel había recibido cuatro de los nueve balazos; uno le había arrancado limpiamente el ojo derecho, que había salido despedido hasta la habitación contigua.

Georges Leon, de vuelta ya en el bungalow, fue de estancia en estancia apoyado en las muletas y vigiló la calle, aletargada y sofocante, a través de los ojos de Richard, en el tejado. Escuchó la radio, leyó los periódicos e hizo marcas a lápiz en los diagramas. En ningún momento entró en la cocina, donde aún yacía bocabajo la carta en el suelo de linóleo.

Al principio le dijeron que Scotty había muerto con Donna en el accidente de coche; luego, que la policía no había encontrado los restos del niño en el bastidor quemado del Chevrolet. Abrams habló con Bailey y los demás, y dedujo el lugar donde Donna había sacado al niño del coche, pero para entonces ya era imposible rastrear qué otros vehículos habían pasado por la calle Nueve aquella noche.

Ni con anuncios ni con peticiones de ayuda por radio ni denunciando la desaparición a la policía consiguieron dar con el niño, y en el proceso de búsqueda Leon descubrió, alarmado, que en Las Vegas no había ningún casino llamado Moulin Rouge.

Desesperado, se buscó nuevas aficiones. Empezó a coleccionar sellos y monedas: compraba piezas y examinaba las imágenes y las inscripciones para tratar de averiguar su significado. Solo dormía cuando caía rendido de agotamiento, y no prestaba atención alguna al teléfono.

Se pasó horas sentado en el suelo de la guarida, en postura harto dolorosa, para inventar una nueva modalidad de póquer, porque tenía que idear otra manera de convertirse en padre.

Llegó un día en que ya no pudo seguir esquivando el tema: a medianoche, salió a gatas del dormitorio y se acuclilló en el suelo de la cocina con un encendedor en la mano.

La carta seguía donde la había soltado Donna tras arrancársela a Scotty del ojo. Leon se quedó largo rato en la oscuridad con los dedos temblorosos en la carta.

Al final le dio la vuelta. Haciendo caso omiso del viento que azotaba el bungalow, giró la ruedecita del encendedor y miró.

Como se había temido, la carta mostraba el perfil de la sota de copas, el equivalente moderno de la jota de corazones. Una jota tuerta.

El viento que sacudía las persianas endebles procedía del oeste, del valle de la Muerte y aún más allá, y había cruzado silbando el desierto de Mojave. Georges Leon se quedó más de una hora en cuclillas mirando en esa dirección, con la certeza de que de allí llegaría algún día su adversario, la jota tuerta.

LIBRO PRIMERO
La gente de Ciudad Maldita

Ya sabéis cuánto hace que mi casa
no alberga ni casorio ni consorte:
la Razón, repudiada de mi lecho,
y la Hija de las Viñas, mi conforte.

OMAR JAYAM, *Rubaiyat*

¡Stetson!
¡Tú, que estabas a bordo conmigo en Mylae!
El cadáver que plantaste hace un año en el jardín
¿ha logrado germinar? ¿Llegará a florecer este año?

T. S. ELIOT, *La tierra baldía*

La vi marchar a Las Vegas, sí,
y saludé al avión que partía.
Intenté volver a casa sin parar en ningún bar, y casi
lo logré, me fue de poco.
Sentado entre sombras con tejanos que llevaban
allí toda la noche,
me encontré trémulo ante una copa fría,
malherido de miedo.

WILLIAM ASHBLESS

CUATRO

Una imagen muy clara

Crane despertó despavorido; al instante le alivió ver que el sol brillaba en la calle. El corazón le golpeaba el pecho como un martillo mecánico contra el asfalto. Supo que había vuelto a soñar con la partida del lago y que se había despertado con algún movimiento del mundo real.

Las noches eran aún frías en marzo y, aunque el sol había salido hacía ya rato (debían de ser al menos las nueve o las diez), la lata de Budweiser que tenía en el suelo, junto a la cama, seguía fresca. Crane la abrió, se bebió la mitad de cuatro tragos y se limpió distraído un reguero de cerveza que le corría por la barbilla sin afeitar.

La lata había dejado un círculo blanquecino en el parqué. Susan nunca lo había criticado por beber, pero no le gustaba mucho que bebiera en el dormitorio; solía recoger las latas con indiferencia, como si fueran revistas o ceniceros, y llevarlas a la sala de estar. Cuando Crane se dio cuenta, empezó a dejar la Budweiser en la mesilla de noche a propósito, pero la persistencia de Susan lo hizo sentir como un mezquino, y ya solo se la dejaba por despiste.

Sonó el timbre de la puerta; dio por hecho que era la segunda vez. Abandonó con esfuerzo la cama de matrimonio, se puso unos vaqueros y una camisa de franela, y se arrastró hasta la sala de estar. Abrió la puerta mientras se abotonaba la camisa; ya no se molestaba en echar un vistazo por la mirilla.

El vecino de al lado, Arky Mavranos, estaba en el porche.

—¡Ey, ey, ey, Pogo! —dijo este, agitando dos latas de Coors—. ¿Qué problema tenemos hoy?

Era su saludo habitual, así que Crane no respondió; salió al porche, se sentó en una silla y cogió la cerveza que le ofrecía.

—Aaah —dijo Crane dócilmente al abrir la lata fría y burbujeante y llevársela al oído—, oigo cómo se hace el desayuno.

—¿El desayuno? —Mavranos mostró una sonrisa bajo el descuidado bigote castaño—. Ya es mediodía; la comida, dirás.

Crane entrecerró los ojos y miró la torre de la sucursal del Fidelity Federal Savings, que se recortaba contra el cielo gris casi un kilómetro al norte por la calle principal, pero no consiguió enfocar las letras y los números centelleantes del rótulo luminoso del tejado. Por lo lleno que estaba el aparcamiento del Norm's, ya era la hora de comer, y los cuervos de pleno día habían sustituido a los loros salvajes de la mañana en los cables telefónicos. Mavranos tenía razón.

—Te he traído el correo. —Su vecino se sacó un par de sobres del bolsillo trasero y los dejó caer en la mesa destartalada.

Crane les echó un vistazo. Uno era del Banco de América: gris, alargado y con la ventanilla transparente para la dirección; el saldo, seguro. Nunca estaba actualizado. Si quisiera saber cuánto le quedaba en la cuenta de ahorros, solo tendría que mirar el papelito que le escupiera el cajero la próxima vez que fuera, al devolverle la tarjeta. Tiró a la basura el sobre sin abrir.

El segundo tenía la letra de la madre de Susan. Se apresuró aún más a tirarlo.

—Publicidad —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Apuró la cerveza y se levantó. Abrió la puerta de casa, entró y al poco regresó a la silla del porche con la media lata de Budweiser que, sin darse cuenta, había vuelto a dejar en el suelo del dormitorio.

—Y la señora, ¿qué? ¿De compras? —preguntó Arky.

«De compras», pensó Crane.

A Susan le gustaban tanto las tiendas de saldos, esas grandes como hangares… Siempre volvía a casa con bolsas llenas de cachivaches: pinzas de plástico en forma de tiburón para que no se volara la toalla en la playa, perritos graciosos de cerámica o uno de esos cacharros con muelles que se ponían en la lata de café y que, al presionar una palanca, dispensaban la cantidad exacta que cabía en una cucharilla. Sus compras habían llegado a ser un chiste recurrente entre los vecinos.

Crane respiró hondo y apuró la Budweiser. Por lo visto, iba a ser otro día de beber en serio.

—Sí —respondió, expulsando el aire—. Tierra para macetas, tutores de tomatera en forma de jaula… La primavera se nos echa encima; hay que plantar.

—Ha madrugado mucho.

Crane bajó la cabeza y miró a su vecino, impávido.

—¿Sí? —dijo al cabo.

—Sí. La he visto aquí regando las plantas, antes de que saliera el sol.

Crane se levantó, aturdido, y examinó la tierra de la maceta más cercana. Parecía húmeda; ¿había regado él las plantas hacía un día o dos? No lo recordaba.

—Vuelvo ahora mismo —dijo con voz inexpresiva.

Entró de nuevo en casa y atravesó el pasillo hasta la cocina, donde reinaba un calor incómodo desde hacía trece semanas. Pero no miró el horno: se limitó a abrir la nevera y sacar una lata fría de Budweiser.

Se le había vuelto a disparar el corazón. ¿A quién había visto Archimedes en el porche? Susan, tal como Crane era capaz de reconocer si tenía una cerveza fría en la mano y el alcohol le

embotaba las ideas, estaba muerta. Había muerto de un ataque al corazón, de una fibrilación, hacía trece semanas.

Estaba muerta antes de que la ambulancia llegara como una exhalación, con las luces centelleantes y la sirena en marcha, y se detuviera frente a la casa. Los médicos entraron con los maletines metálicos y el olor a goma, a desinfectante, a loción para después del afeitado y a tubo de escape, y trataron de reactivarle el corazón con una especie de palas eléctricas, pero ya era demasiado tarde.

Cuando se llevaron el cadáver, Crane se fijó en la taza de café aún caliente que había en la mesita, frente al sofá en el que había muerto, y, aturdido, se dio cuenta de que no soportaría que se enfriara, que fuera quedándose tibia poco a poco como una lata a medias de refresco olvidada por un invitado distraído.

Con sumo cuidado, llevó la taza a la cocina, la puso en el horno y lo encendió a temperatura baja. A los vecinos, preocupados, les dijo que Susan se había desmayado; más tarde les contó que había vuelto del hospital y estaba descansando.

Ella le había cubierto las espaldas más de una vez, telefoneando a su jefe para decirle que estaba con gripe cuando solo tenía un poco de «ebriedez pasajera», como llamaba él a las resacas.

En los noventa y un días transcurridos desde su muerte, había sido el turno de Crane de buscar excusas para explicar cada una de sus ausencias: «Ha ido a ver a su madre», «Se está bañando», «Se ha acostado ya», «Su jefe le ha pedido que vaya temprano hoy»… Él llevaba ya un tiempo bebiendo en vez de ir a trabajar, así que, a media tarde, solía creerse un poco las excusas y, al salir de casa, se detenía un instante antes de cerrar la puerta, a la espera de que Susan saliera también: imaginaba que se había quedado atrás, rebuscando algo en el bolso o dándose los últimos toques al pelo con el cepillo.

Pero no había vuelto a mirar el horno; sabía que no resistiría ver la taza reseca.

Era solo la tercera cerveza y ya pasaba de mediodía, así que bebió un trago largo.

¿A quién había visto Archimedes «antes de que saliera el sol»…? A esas horas, Crane aún estaba soñando con la partida del lago de hacía tanto tiempo. ¿Había conjurado el sueño un frágil fantasma de Susan?

¿O tal vez la casa podía generar una réplica de ella?

En aquel momento, mientras se tambaleaba en la cocina, no le pareció tan imposible; al menos, no era inconcebible. La personalidad de Susan estaba grabada en cada habitación. A Crane le había cedido la casa su padre adoptivo en 1969, diez años antes de que Susan se fuese a vivir con él, pero ni el joven Crane ni su padre adoptivo habían pensado nunca que una mesa fuera algo más que un mueble en el que dejar cosas, ni habían imaginado que una silla pudiera ser

mejor que otra; las imágenes que adornaban las paredes habían sido siempre fotos o recortes de libros de arte fijados con chinchetas al cartón yeso.

En ese momento había alfombras y cortinas, paredes inmaculadas y estanterías barnizadas que no parecían compradas en tiendas de segunda mano, aunque la mayoría lo fueran.

Olfateó el aire cálido de la cocina, que aún parecía oler a café.

—¿Susan? —musitó.

Se oyó un crujido sordo al final del pasillo; seguramente venía del dormitorio.

Dio un salto, perdió pie y cayó sentado en el suelo. La cerveza fría salpicó las baldosas.

—No pasa nada —dijo en voz baja. No se atrevía a pensar que pudiera estar hablando con alguien que no fuera él mismo—. Ya lo limpio.

Se agachó y secó las gotas de espuma con la manga de franela.

Sabía que era imposible que existieran los fantasmas…, pero últimamente le estaban pasando muchas cosas imposibles.

Una noche lluviosa, hacía poco, estaba sentado en su sillón, en el rincón de la sala de estar (porque las noches de lluvia no podía dormir), contemplando distraído el filodendro seco que colgaba inerte de la maceta, al otro lado de la estancia, y de repente perdió el sentido de la profundidad, de la proporción… O, para ser precisos, comprendió que tamaño y distancia no eran más que ilusiones. Tras la aparente diversidad que diferenciaba las raíces de las plantas de cosas como los deltas de los ríos, las venas del cuerpo o los arcos voltaicos, había formas siempre constantes, apenas perceptibles en la neblina del verdadero azar; formas que constituían el esqueleto invisible e impalpable del universo.

Tenía un vaso de whisky en la mano; tomó un trago y el líquido pareció convertirse en un remolino que lo arrastró hasta las profundidades de un pozo sin más existencia física que la forma abstracta del filodendro; luego la perspectiva se amplió y su individualidad desapareció, y supo, porque saber formaba parte de estar en aquel lugar, que se encontraba en el nivel compartido por todos: el estanque inmenso y profundo; el nivel freático común que se extendía bajo cada uno de los pozos individuales que eran las mentes de los hombres.

Allí abajo, en las regiones más profundas, también había formas universales y animadas, grandes figuras inmutables y vivas a la vez, como el Satán incrustado en hielo del *Infierno* de Dante. Iban cambiando ritualmente las relaciones que mantenían, como planetas moviéndose en torno al Sol, en una danza que ya era antigua mucho antes de que los primeros homínidos encontraran algo que temer en

los patrones de las estrellas y la luna en el cielo nocturno.

Y de pronto Crane no era más que una oleada de terror en busca de la superficie, en busca del consuelo de los límites estrechos, de la luz activa y reluciente que era la conciencia.

Al resurgir, sin saber cómo, estaba en un restaurante de iluminación azulada, llevándose a la boca un tenedor cargado de *fettuccine* Alfredo. El aire acondicionado transportaba un aroma a ajo y a vino, y alguien desgranaba lánguidamente las notas de «The Way We Were» al piano. Algo fallaba en la configuración de su cuerpo: bajó la vista y descubrió que tenía pechos.

Notó que se le abría la boca.

—Vaya, hay uno bien maduro —dijo con voz de anciana—. Me está llegando una imagen muy clara.

«He subido por el pozo que no era», pensó Crane; se obligó a regresar a la oscuridad y, cuando volvió a ser consciente del entorno, estaba de nuevo en el salón de su casa, la lluvia azotaba la ventana a oscuras y se había derramado el whisky en la camisa.

Hacía unos días, sentado en el porche con Mavranos, este señaló con la lata de cerveza la multitud de Hondas y Toyotas que subían y bajaban por la calle principal.

—Encorbatados que van a la oficina. ¿No te encanta no tener que levantarte cuando suena el despertador, no tener que salir disparado a pasarte el día entre papelajos?

Crane, borracho, asintió.

—*Di bene fecerunt, inopis me quodque pusilli finxerunt animi* —dijo.

Mavranos se quedó mirándolo.

—¿Qué problema tenemos hoy?

—¿Eh?

—¿Qué acabas de decir?

—Eh… He dicho que los dioses acertaron al crearme falto de ideas y espíritu.

—Anda, ¿sabes latín? Eso era latín, ¿no?

Crane bebió un largo trago de cerveza para acallar el pánico.

—Ah. Bueno, sé un poco. Es que fui a un colegio católico.

No era católico ni lo había sido nunca, y no sabía más latín que los pocos términos legales que se le habían quedado de las novelas de misterio. Y lo que había dicho no le sonaba que formara parte de la misa.

Sentado en el suelo de la cocina, dejó la cerveza y se preguntó si no estaría volviéndose loco. Y si tenía alguna importancia.

Pensó en volver al dormitorio.

«¿Y si hay alguna manifestación de ella tumbada en la cama? —La sola idea le resultaba a la vez aterradora y excitante—. No, aún no —decidió—. Sería como abrir el horno antes de que hubiera subido el

suflé. La casa necesita tiempo para exudar la esencia que ha acumulado de Susan. Los fósiles solo se forman con el tiempo.»

Se puso en pie como pudo y se apartó el pelo gris de la frente.

«Y si no es del todo ella, tampoco me importa —pensó—. Solo tiene que parecerse lo suficiente para engañar a un borracho.»

Betsy Reculver se detuvo a pleno sol en la acera del bulevar Las Vegas, al otro lado de las fuentes y la columnata del Caesars Palace, y olfateó el aire que llegaba del desierto. Las arrugas de las mejillas y las sienes se le acentuaron al entrecerrar los ojos. El anciano que caminaba junto a ella siguió andando con paso inseguro; tuvo que agarrarlo por la manga.

—Quieto ahí un momento, doctor —ordenó.

Varias turistas vestidas de colores alegres la miraron con los ojos muy abiertos y se apresuraron a adelantarlos.

El anciano, al que llamaban doctor Meados, no parecía haberla oído. Trató de seguir avanzando, antes de darse cuenta de que algo lo retenía. Giró lentamente la cabeza, calva y llena de manchas sobre el cuello nervudo, y abrió los ojos de par en par, asombrado al ver que Betsy lo había cogido por la manga.

—¿Eh? —dijo con voz ronca—. ¿Eh?

Vestía un traje gris de corte caro, pero siempre se subía demasiado los pantalones; en aquel momento llevaba la hebilla de plata del cinturón por debajo del pecho. Y, por supuesto, era incapaz de levantar la mandíbula inferior y cerrar la boca.

—¿Es que ya ni lo hueles, vasija inútil? ¡Huele! —La mujer inhaló hondo.

—¡Son ellos! —exclamó el doctor Meados con voz aguda como el graznido de un pájaro.

Ella lo miró esperanzada, pero el viejo señalaba las estatuas que se alzaban al otro lado de la calle, bajo el rótulo del Caesars Palace: unos hombres a tamaño natural, con toga. Un turista con un cigarrillo en la boca le había colocado a uno un mechero Bic en la mano y se inclinaba hacia él como para pedirle fuego mientras le sacaban una foto.

—No, no son ellos. —Betsy sacudió la cabeza—. Vamos.

Unos pasos más adelante, cuando pasaron ante la fachada oeste del casino Holiday, en forma de barco del Misisipi, el doctor Meados volvió a alterarse.

—¡Son ellos! —chilló mientras señalaba.

En la cubierta del pretendido barco había unas estatuas vestidas con atuendo del siglo XIX, y en el estanque vallado que separaba la acera del edificio flotaba una balsa amarrada con dos estatuas de Huckleberry Finn a bordo. En la valla, un cartel rojo alertaba:

¡PELIGRO! PRODUCTOS QUÍMICOS

—Imbécil —bufó Betsy.

El doctor Meados soltó una risita y ella observó que una mancha oscura se le extendía por la entrepierna de los pantalones.

—Genial. A veces no sé ni para qué te conservo.

En medio de la multitud de la acera, levantó la mano, y un Jaguar XJ-6 gris frenó y aparcó en doble fila.

Betsy guio al viejo hasta la puerta de atrás. El conductor, un gordo calvo con traje de Armani de lana, había salido para abrírsela.

—Mi cadáver se ha meado en los pantalones, Vaughan —dijo la mujer—. En fin, vamos a casa.

—Claro, Betsy.

El gordo cogió al doctor Meados por el brazo sin prestarle atención.

—¡Son ellos! —chilló de nuevo el viejo.

Betsy volvió a olfatear el aire. La resonancia seguía flotando en la brisa calcinante.

—¿Quiénes, doctor? —preguntó, armándose de paciencia, pero con un atisbo de esperanza.

—La gente de Ciudad Maldita. La mujer del coche, la mujer del refugio del sótano y todos los demás. Y los niños.

Comprendió que hablaba de la ciudad falsa que había construido el Gobierno a principios de los cincuenta en el desierto, cerca de Yucca Flats, para probar la bomba atómica, cuando en el cielo nocturno aparecían soles artificiales más allá del club Horseshoe y el Golden Nugget. Para hacerlo todo más realista, el Ejército había colocado maniquíes en las casas y los coches que había en el lugar de las pruebas. Betsy recordaba haber ido a ver la ciudad falsa, que los habitantes de la zona llamaban Ciudad Maldita.

—No, doctor, métete en el coche, no son ellos. Esos eran de mentira.

El doctor Meados logró meter un pie en el coche con sumo esfuerzo.

—Ya lo sé —respondió, asintiendo con pausada dignidad—. Lo malo es que les faltaba realismo…

—No como a las estatuas de yeso del Caesars, claro, claro. Venga, al coche.

—Para servir como ofrenda, como sacrificio, les faltaba realismo —insistió con voz trémula el anciano—. No engañaron a las cartas.

Vaughan se inclinó para ayudarlo a sentarse y Betsy atisbó la semiautomática SIG de 9 mm que llevaba al hombro en una pistolera, bajo la chaqueta.

Antes de entrar en el coche, Betsy alzó la cabeza para oler la brisa de nuevo. Sí, al menos un pez había crecido casi hasta conseguir mantener el tamaño. Tal vez el hombre que se había asomado a su mente la otra noche, en el Dunes. «¿Quién será la bebida para él?», pensó.

El ciclo duraba veinte años, pero acababan por madurar. «Ahí fuera hay alguien pasándolo muy mal.»

El Sábado Santo, el día previo a la Pascua, habría una nueva resurrección.

CINCO

A la caza de la línea blanca

Crane se puso en pie y salió al porche con otra cerveza.

—¿Qué?

—No pretendía leer tu correo, Pogo —dijo Mavranos—, pero si no pagas a esta gente te van a quitar la casa.

Tenía en la mano un papel desdoblado lleno de texto y cifras. El sobre gris y alargado estaba en la mesa, rasgado.

—¿Qué gente? ¿El banco?

—Sí. Dicen que van a ejecutar la hipoteca. —Mavranos tenía el ceño fruncido—. Más vale que pagues, tío. Aún me tocará un vecino al que no le guste vivir al lado de un vago borracho. —Se inclinó hacia delante, y Crane supo que iba en serio porque lo llamó por su nombre —. Scott —dijo vocalizando con claridad—, esto no es ninguna broma. Búscate un abogado, declara la casa patrimonio familiar, declárate insolvente y acógete al artículo 13… Lo que sea, pero tienes que hacer algo.

Scott Crane se acercó la carta al ojo que le quedaba y trató de desentrañar qué decía. No podía perder la casa; no cuando parecía que el fantasma de Susan estaba allí.

—Supongo que tendré que volver a lo mío —masculló.

—¿Sigues trabajando en el restaurante? —preguntó Mavranos, sorprendido.

—Pues… creo que no. Me han llamado unas cuantas veces, pero… hace semanas que no voy. No, eso ya está. Tendré que volver a… mi antiguo trabajo.

—¿Y cuál es? Más vale que te dé mucho dinero, y rápido.

—Cuando sale bien, sí. Lo dejé hará… ocho o nueve años. Cuando… cuando me casé con Susan y empecé en el Villa. Ella nunca me dijo nada, pero me di cuenta de que era hora de cambiar de profesión. Sí, volveré a lo mío, todo irá bien.

—Pero ¿qué era lo tuyo? Esta gente quiere su dinero para ayer.

Scott Crane se había derramado un poco de cerveza en los pantalones; la restregó en vano intentando limpiarla.

—Eh… ¿No te lo he dicho nunca? Yo era jugador de póquer.

—Tendrías que haberlos visto hoy —le había dicho a Susan una noche a las tres de la madrugada mientras se sacaba fajos de billetes de veinte dólares de los bolsillos del pantalón—. Estaban todos la mar de callados, de mala leche porque no tenían anfetas, y cada vez que se oía la puerta de un coche saltaban con los ojos como platos, porque un

amigo suyo que conduce una grúa les había dicho que les pasaría un poco si tenía que trabajar por la zona. Podía echarles un farol cuando me diera la gana: subía cinco dólares y se tiraban. Lo estaban pasando fatal; le preguntaron al dueño de la casa si estaba seguro de que no tenía ningún espejo viejo donde hubieran molido anfetas antes, para chuparlo; hasta pensaron en machacar mis cápsulas de cafeína y esnifarlas. Por fin su amigo llama a la puerta y les da una papelina, un rollito minúsculo con un cuarto de cucharilla de meta, y ni te imaginas lo contentos que se ponen: se ríen, echan el polvo en un espejo, hacen rayas con una cuchilla de afeitar y las esnifan con un tubito de metal. Y de repente todo es felicidad; venga a reír y hacer el payaso. A partir de entonces juegan cada mano, igualan cualquier apuesta y les importa un rábano perder. Ha sido genial. Pero entonces uno va y abre los ojos como platos, así, se pone de pie a toda leche y sale corriendo al baño. Y al momento están todos igual, dando saltitos por la habitación con las piernas dobladas como Quasimodo, aporreando la puerta del baño y gritándole al de dentro. Resulta que las anfetas estaban mezcladas con laxante para bebés.

Susan se rio desde la cama, pero lo miró con el ceño fruncido mientras él se quitaba los pantalones y la camisa.

—No quiero criticar, Scott, pero esos tíos parecen idiotas.

—Son idiotas, cariño —repuso él mientras apartaba la colcha para meterse en su lado de la cama—. Jugar al póquer con genios no es rentable. —Alargó una mano y apagó la luz.

—Pero este es el tipo de gente que… que tú buscas, con el que te juntas en cuanto lo encuentras —susurró ella en la oscuridad—. Es la gente, no sé, con la que trabajas…, o gracias a los que tienes trabajo. Ellos son tu trabajo, ¿entiendes lo que quiero decir? ¿No hay jugadores de póquer a los que admires?

—Claro que sí, pero no soy tan bueno como para derrotarlos, y tengo que ganarme la vida. Y admiraba a mi padre adoptivo, pero, desde que se largó, no he encontrado a nadie con quien trabajar.

—Tiene que ser raro buscar siempre a gente más tonta que tú y esquivar a los que son igual de listos o más.

—Nos da de comer a ti y a mí —replicó él, cortante.

Crane dejó a Mavranos en el porche y entró en casa.

Consiguió distraerse un par de horas con las recetas, los consultorios y los tests de personalidad de una pila de ejemplares atrasados de *Woman's World* y *Better Homes and Gardens*; bebió las cervezas despacio y tuvo buen cuidado de dejarlas siempre en posavasos. Luego se dedicó a ver la televisión.

Cuando estaba tan oscuro que tuvo que levantarse a encender la luz, hizo café de mala gana y fue al baño a afeitarse y a darse una ducha. Las persianas de la sala estaban bajadas, así que, unos minutos

después, fue directo de la ducha a la silla que había junto al teléfono.

Era jueves. Buena cosa. Una de las partidas fijas de nivel medio que había creado a lo «mancha roja» tenía lugar la noche de los jueves en la zona de L. A. Sacó la guía telefónica de Los Ángeles y el condado de Orange, y trató de recordar los nombres de los jugadores más habituales de hacía una década.

Dio con uno: Budge, Ed Budge, que aún vivía en Whittier, en la calle Beverly. Rondaría los sesenta. Marcó el número.

—¿Diga?

—¡Hola, Ed! Soy Scott Smith, Smith el Espantapájaros. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Dios mío, Smith el Espantapájaros! ¿Dónde te habías metido? ¿Cómo anda Ozzie?

—No sé, tío, no lo he visto en veinte años. Te llamaba…

—También tenía una hija, siempre hablaba de ella. ¿Cómo se llamaba…?

—Diana. No sé, la última vez que hablé con ella fue en el 75 o así, un momento nada más, por teléfono. Soñé…, quiero decir, me enteré de que se había casado.

Crane dio un trago a la tercera taza consecutiva de café. Ojalá se le pasara más deprisa la borrachera…

Recordó la llamada de Diana, después de haber estado de pesca submarina en Morro Bay y haberse clavado el arpón en el tobillo. Al día siguiente, al volver del hospital Hoag Memorial, estaba sonando el teléfono. Diana se negó a decirle dónde vivía, o dónde vivía Ozzie, pero parecía preocupada, y le alivió mucho enterarse de que Crane estaba bien. Por aquel entonces no tendría más de quince años. Tres años más tarde, Scott soñó que se casaba.

No habían vuelto a tener contacto desde entonces. Por lo visto, a ninguno le había pasado nada grave, al menos en lo físico, en los últimos quince años. O eso o la conexión psíquica había ido desvaneciéndose.

—Bueno, qué, ¿todavía sigue la partida? —le preguntó a Budge.

—Pues no sé, Scott, dejé de jugar hace unos años. Un buen día me di cuenta de que me estaba dejando diez mil al año en ese puto juego.

Crane contuvo un suspiro. Si él hubiera seguido como impulsor de la partida, Ed jamás habría abandonado. Sabía muy bien cómo cuidar a los perdedores valiosos: los adulaba cuando ganaban, nunca se aprovechaba al máximo de sus debilidades, hacía que las partidas parecieran un acontecimiento más social que económico… Así conseguía que volvieran una y otra vez. De la misma manera, sabía cómo echar a los jugadores buenos, los ganadores: criticaba sus modales en el juego, se negaba a prestarles dinero, los hacía enfadar y animaba a los demás a imitarlo.

—Vaya —dijo Crane—. Bueno, ¿y sigues en contacto con alguno de los chicos?

—¿En contacto? ¿Fuera de la partida? Scott, ¿no te acuerdas de los desayunos soporíferos?

En esa ocasión no contuvo el suspiro. A veces las partidas duraban dieciocho horas o más y los jugadores hacían una pausa al amanecer para tomar algo en una cafetería. La conversación insulsa y entrecortada en torno a la mesa dejaba bien claro que, aparte de las cartas, no tenían nada en común.

—Vale, Ed, pues que te vaya muy bien.

Colgó y buscó otro nombre en la guía.

«Era una partida sólida —pensó—. Seguro que sigue en marcha en alguna parte. El viejo Ozzie me enseñó a montarlas para que durasen.»

Su padre adoptivo se llamaba Oliver Crane. Bajo el nombre de Ozzie Smith, había sido uno de los jugadores de póquer de nivel medio más respetados del país entre los años treinta y finales de los sesenta. Nunca llegó a estar en la cima, con Moss, Brunson, Preston (alias Amarillo Slim) y las demás superestrellas, pero los conoció a todos y jugó con ellos.

Ozzie le había explicado a Scott que una buena partida de póquer tenía vida propia, como un huracán a cámara lenta, y le había enseñado a montarlas y a insuflarles vida por todo el país para poder echar mano de ellas en caso de necesidad, como si fueran una cuenta bancaria para emergencias. «Son como esa gran mancha roja del planeta Júpiter —decía el viejo—. Solo un montón de gas dando vueltas, girando, pero siempre allí.»

Si Ozzie aún estaba vivo, habría cumplido… ochenta y dos años. Crane no tenía manera de contactar con él. Ozzie se había encargado de ello.

Jube Kelley aparecía en la guía; se había mudado a Hawthorne. Crane marcó el número.

—¿Jube? Soy Scott Smith, Smith el Espantapájaros. Oye, ¿sigue en marcha la timba?

—¡Anda, Scott, cuánto tiempo! ¿La timba? Claro, una partida así no hay quien la mate. Yo solo voy de cuando en cuando, pero ahora es en casa de Chick. Hoy es jueves, ¿no? Pues estarán allí esta noche.

—En casa de Chick. Era en Venice, ¿no? En la calle Washington.

—Exacto. Entre los canales antiguos y las dársenas de Marina del Rey.

Crane frunció el ceño. ¿Por qué estaba tan intranquilo de repente? Se dio cuenta de que no le gustaba nada la idea de tener el mar tan cerca, de estar tan rodeado de agua. E ir tan al oeste se le antojaba… un poco difícil, como juntar dos imanes por los polos positivos. ¿Por qué no habrían trasladado la partida al este?

—¿Sigues ahí? ¿Espantapájaros?

—Sí, sigo aquí. ¿De qué nivel son las apuestas?

—Lo último que supe fue que eran de diez veinte.

Perfecto.

—Vale, Jube, tengo que salir pitando. Gracias.

Crane colgó y se dirigió al dormitorio a paso lento. La brisa fresca del anochecer susurraba en la ventana, y no vio fantasma alguno.

Se relajó y dejó escapar el aliento; lo había contenido sin darse cuenta. No habría sabido decir si estaba decepcionado.

Aún no se había secado, pero se puso unos vaqueros limpios, unas deportivas viejas y otra camisa de franela. Se metió en los bolsillos un encendedor y tres paquetes de Marlboro sin abrir, y cogió la tarjeta de crédito. Podía sacar trescientos dólares del cajero, y tenía cuarenta más en la estantería. No era mucho, pero tendría que bastarle: jugaría la primera mano con desenvoltura y luego se contendría un rato.

«Y las llaves del coche están en la sala», pensó mientras se dirigía a la puerta del dormitorio… Y allí se detuvo.

«Si llevas una pipa, nunca te hará falta —le decía siempre Ozzie—. Es como tener un extintor en el maletero del coche. El día en que lo dejas en casa es cuando lo necesitas.»

«No puede ser —se dijo Crane—. En una partida de diez veinte en casa de Chick, imposible.» Se rio en voz alta y salió de la habitación. Pero volvió a detenerse.

Se encogió de hombros y regresó a la cómoda, junto a la cama.

«No es momento para dejar de hacer caso al viejo», pensó. Abrió el cajón superior y hurgó detrás de los calcetines y los sobres llenos de fotos antiguas hasta dar con el pesado Smith & Wesson del 357, de acero inoxidable.

«A la mierda. Al menos estoy bastante sobrio.»

Abrió el tambor. Las seis recámaras seguían cargadas. Empujó la varilla de eyección para sacar un cartucho. Sí, eran de ocho gramos y punta hueca, tal como recordaba. Volvió a colocar el cartucho en su sitio, cerró el arma y se la metió en la cintura. Las balas tintinearon en las recámaras.

Al abrir la puerta de la calle, se detuvo un instante en el zaguán.

—¡Esta noche igual vuelvo tarde! —gritó a la casa desierta.

Paró en un 7-Eleven de los alrededores a comprar bocadillos, un par de paquetes de doce cervezas, una caja de cápsulas de cafeína y una docena de barajas. Luego salió a la autopista.

«Otra vez a la caza de la línea blanca —pensó al ver las marcas de carril de la 5, que pasaban como luciérnagas bajo los neumáticos del viejo Ford—. Recuerdo cien noches como esta, mil, con el viejo Ozzie, por la 66, por la 20, por la 40, atravesando Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma. Siempre con una partida por delante y siempre

dejando una partida atrás.»

Vivían, como decía Ozzie, «semijubilados». Se pasaban los tres meses de primavera viajando y jugando, y el resto del año vivían de las ganancias en la casa de Santa Ana.

Scott tenía cinco años cuando Ozzie lo encontró, metido en una barca remolcada por un camión, en un aparcamiento de Los Ángeles. Al parecer, había pasado una infancia dura: tenía un ojo partido en dos y la cara llena de sangre seca. Ozzie habló con él un rato, lo metió en su camioneta vieja y lo llevó a un médico que le debía un montón de dinero.

El anciano doctor Malk le puso al pequeño Scott su primer ojo de cristal. En los años cuarenta aún eran de cristal de verdad y para los niños los hacían redondos, como canicas grandes, para que les llenaran la cuenca del ojo y que el hueso les creciera correctamente. Al día siguiente, Ozzie llevó a Scott a la casa de Santa Ana; dijo a los vecinos que era el hijo ilegítimo de su prima y que iba a adoptarlo.

Corría el año 1948 y Ozzie rondaría los cuarenta. Pronto empezó a enseñar a Scott todo lo que sabía sobre póquer, pero nunca le permitió jugar con nadie más, y menos con dinero de por medio; hasta el verano del 59, cuando el muchacho cumplió dieciséis años y salieron juntos en uno de sus viajes anuales.

—En casa nunca se juega por dinero —le explicó Ozzie—. No te interesa que las cartas sepan dónde vives.

A Scott empezaron a llamarlo Smith el Espantapájaros porque, hasta 1980, los médicos no sabían cómo acoplar los ojos de cristal a los músculos oculares, así que, para mirar algo, le resultaba más natural girar la cabeza que mover solo un ojo en esa dirección. Según algunos jugadores, parecía que tuviera los ojos pintados en la cara y el cuello más flexible de lo normal. Además, «Espantapájaros» encajaba con el apodo de su padre, quien, cada vez que alguien le preguntaba dónde vivía, daba la misma respuesta: «En Oz».

De hecho, Ozzie nunca había dejado que nadie del mundo del póquer supiera dónde vivía. Se hacía llamar Smith cuando jugaba y obligaba a Scott a hacer lo mismo, y la dirección de registro del coche era siempre un apartado de correos.

—Nunca te arriesgues a que el trabajo te siga hasta casa —decía.

Para ponerlo aún más difícil, compraba siempre neumáticos nuevos y ponía a punto el Studebaker antes de salir de viaje, y nunca fue a una partida sin el depósito lleno. Además, tenía una escopeta de corredera del 12 en el asiento trasero, bajo una manta, para complementar la pistola que llevaba en la cintura.

También se aseguró de que Scott entendiera cuándo había que retirarse de una partida.

Ese era el consejo que Scott había desoído en la partida del lago, en

el 69.

—Si la bebida se te inclina en el vaso y deja de estar nivelada; si el humo del cigarrillo se arremolina sobre las cartas y se queda allí, suspendido; si las plantas de la habitación empiezan a marchitarse sin más, o si notas de pronto el aire seco y abrasador en la garganta, y huele como a piedras calientes expuestas al sol, deja la partida. Cuando llegue el momento de enseñar las cartas, no sabrás qué estás comprando o vendiendo.

Al terminar la primavera de 1969, Ozzie tenía unos sesenta años; Scott, veintiséis.

Los dos se morían de ganas de volver a Santa Ana. Scott tenía una novia a la que no había visto en tres meses y Ozzie echaba de menos a su otra hija adoptiva, Diana, de nueve años, que había quedado al cuidado de una vecina; pero decidieron parar en Las Vegas antes de seguir a toda marcha por el desierto de Mojave de camino a casa, al sur de California.

Se metieron en una partida de póquer de cinco cartas que empezó por la noche en el Horseshoe, en la calle Fremont, y se trasladó a una habitación del piso superior al amanecer. A media tarde, cuando ya no quedaban en juego más que Ozzie, Scott y un hombre de negocios rechoncho llamado Newt, hicieron una pausa para comer y descansar.

—Esta noche hay partida en una casa flotante del lago Mead, ¿sabéis? —comentó Newt con parsimonia, casi de mala gana, mientras se aflojaba por fin el nudo de la corbata. Había perdido más de diez mil dólares.

—Nunca juego en el agua. —Ozzie sacudió la cabeza y se metió un fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta. En las últimas veinte horas, sus fondos habían pasado de doce mil a casi veinticuatro mil—. No fui ni cuando tenían los barcos a tres millas de Santa Mónica.

Scott Crane iba perdiendo. Al llegar a Las Vegas llevaba diez mil y en aquel momento tenía unos siete mil quinientos. Y sabía que Ozzie estaba a punto de dar por concluida la temporada y volver a casa.

—¿Qué clase de partida? —preguntó.

—Bueno, es de lo más raro. —Newt se levantó y se dirigió a la ventana—. El tío, Ricky Leroy, suele ser de los mejores jugadores de la ciudad. —Les dio la espalda mientras hablaba—. Pero lleva dos o tres días jugando a una cosa que llama asunción, un juego raro con una baraja extraña, todo imágenes… Y no para de perder. Y por lo visto no le importa.

—Asunción —repitió Ozzie, meditabundo—. Hace veinte años hubo un tipo que organizó una partida de eso en un barco, en el lago Mead. Pero no se llamaba así, sino… George no sé qué. Tengo entendido que también perdió mucho.

—Aquí no estoy teniendo suerte —comentó Newt, volviéndose hacia

ellos—. Yo voy a ir esta noche. Si queréis venir, a las ocho estaré en el Horseshoe, bajo el escaparate del millón de dólares.

—Que te vaya bien —fue la respuesta de Ozzie—. Esta ha sido nuestra última partida de la temporada. Vamos a dormir doce horas seguidas, y luego, de vuelta a casa.

Newt se encogió de hombros.

—Ahí estaré, por si cambiáis de idea.

De vuelta en la habitación del hotel Mint, Ozzie no podía creerse que Scott dijera en serio que quería ir con Newt y meterse en la partida del lago. Se quitó los zapatos negros y lustrosos de sendas patadas, se dejó caer en la cama y se echó a reír con los ojos cerrados.

—Claro, Scott, cómo no. En el agua; en agua mansa, encima, con un tipo dispuesto a pagar con cada mano y que salta a la vista que juega con una baraja de tarot, por el amor de Dios. Joder, ganarás unas cuantas manos importantes y al cabo de un mes te enterarás de que tienes cáncer, te detendrán por crímenes de los que ni has oído hablar y verás que no se te levanta. Y el día menos pensado irás a coger el correo y te encontrarás tu puta cabeza en el buzón.

Scott había cogido un vaso de cerveza de camino al ascensor y bebió un trago largo.

Casi todos los jugadores de póquer tenían supersticiones; siempre se había plegado a las de Ozzie por respeto, aunque supusiera tirarse de una buena mano porque no le gustaba cómo se movía el humo de los cigarrillos o porque alguien había dado un golpe en la mesa y las bebidas se sacudían.

Sí, Ozzie también había tirado algunas manos buenas, por supuesto; seguramente cientos, en los cuarenta años que llevaba de jugador profesional. Pero él podía permitírselo: había ganado mucho dinero a lo largo de la vida y, aunque rara vez jugaba partidas de apuestas muy altas, los mejores jugadores del país lo trataban como a un igual.

Y en aquel momento tenía veinticuatro mil dólares enrollados y embutidos en el mango hueco de la brocha de afeitar, en el del calzador y en el asa de la cafetera.

Scott tenía menos de ocho mil y, al volver a casa, lo esperaban los plazos del coche y una novia a la que le gustaban el solomillo, la langosta y los vinos *premier cru* de Burdeos.

Además, había oído que al año siguiente Benny Binion, el propietario del Horseshoe, iba a celebrar la Serie Mundial de Póquer: los jugadores más destacados acudirían allí para decidir quién era el mejor. Scott recordaba al viejo Binion; lo había visto una vez en un restaurante llamado Louigi’s, en el bulevar Las Vegas. Él solo tenía tres o cuatro años y su verdadero padre lo había dejado quedarse despierto hasta tarde, pero aún recordaba que Binion había pedido el mejor solomillo de la carta y luego lo había bañado en kétchup.

Crane estaba seguro de que podía ganar el campeonato… si conseguía llegar a la ciudad con dinero suficiente para extender una buena red.

—Tengo que ir, Oz. No es que tenga muchos fondos, y ya se ha acabado la temporada.

—¿Te quejas de tus fondos? —Ozzie levantó la cabeza y lo miró; ya no sonreía—. Llevas en el bolsillo casi el veinticinco por ciento de los nuestros: tuyos, míos y de Diana. Tenemos treinta y un mil quinientos, y si con eso no se puede vivir bien un año, ya no sé qué…

—Tengo que ir, Oz.

Ozzie, agotado, se puso en pie con esfuerzo. Tenía el pelo gris alborotado e iba sin afeitar.

—Es en el agua, Scott. Con cartas de tarot. Si quieres seguir jugando, coge el dinero y ve a cualquier partida de la ciudad; las hay a cientos. Pero ahí no puedes jugar.

«“Ahí no puedes jugar” —pensó Scott mientras la cerveza le intensificaba la fatiga—. Es lo que se les dice a los niños cuando quieren ir en triciclo por un parque donde puede haber gamberros.

»Tengo veintiséis años y soy un jugador de póquer hecho y derecho, no el chaval de Ozzie.»

La culata de madera del 38 sobresalía entre las camisas sucias de la maleta, que estaba encima de la cama. Lo cogió y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Voy a ir —dijo.

Abrió la puerta, salió al pasillo y lo cruzó a grandes zancadas hasta la escalera.

Cuando salió de la fría oscuridad del casino a la luz cegadora de la tarde, tenía los ojos llenos de lágrimas; lo había estado persiguiendo varios pisos el sonido de las pisadas de Ozzie bajando las escaleras en calcetines, llamándolo y suplicando con voz débil mientras trataba de darle alcance, agotado.

SEIS

Ya somos trece

—Asunción —dijo Newt. Hablaba deprisa, encorvado sobre el volante del Cadillac, mientras se sumergían en la calurosa oscuridad del desierto—. El tal Leroy se niega a jugar a menos que haya otros doce jugadores sentados a la mesa. La apuesta obligatoria es de cien dólares. A cada jugador se le reparten dos cartas bocabajo y una bocarriba; luego hay una ronda de apuestas, doscientos por apuesta. Luego otra carta bocarriba y otra ronda de apuestas a doscientos.

Scott abrió una botella de cerveza.

—Con eso van cincuenta y dos cartas —dijo con voz pastosa—. Ya no te quedan más; un joker como mucho.

—No, no se juega con joker, y quedan cuatro cartas más, porque cada palo tiene una figura extra, el caballo. Además, los palos también son diferentes: bastos, copas, oros y espadas. Pero da igual, porque no se reparten más cartas.

Las luces de los bares y burdeles de Formyle pasaron como centellas. Estaban ya a seis kilómetros de Las Vegas y Scott calculó que irían a unos ciento cincuenta por hora.

—Luego —siguió Newt—, cada mano de cuatro cartas puede pujar por turnos. Esto se llama emparejar. Pongamos que tienes dos reyes bocabajo, y un tres y cualquier otra cosa bocarriba, y ves una mano con un rey y un tres. Te va a interesar pujar por ella, porque, si te la llevas, tendrás un full en la mano de ocho cartas… Y si una de las cartas que hay bocabajo resulta que es el rey que falta, tendrías póquer de reyes, ¿lo pillas? Cuando juntas las dos manos, la tuya y la que has comprado, la mano de ocho cartas que consigues se dice que está concebida, en vez de completada o lo que sea. En la puja, al final por una mano acabas pagando unos cien dólares más de lo que había puesto el jugador en el bote. Hay un montón de gente que no juega para quedarse hasta el final; lo único que quieren es vender su mano en la puja, en el emparejamiento. Al final, cuando solo quedan tres jugadores que no han comprado ninguna mano ni vendido la suya, la cosa se pone al rojo vivo, porque nadie quiere quedarse colgado con una mano de cuatro cartas imposible de vender y de jugar, una mano inconcebible.

Scott asintió, con la mirada fija en la cordillera McCullough, la mole sombría que se alzaba contra el cielo oscuro al otro lado del parabrisas polvoriento.

—Así que al final de la mano puede haber hasta… seis jugadores —

calculó.

—Sí. Y aunque no juegues, sigues mirando, porque has invertido en la mano a la que has vendido tus cuatro cartas. Se dice que eres progenitor de la mano y, si gana, te llevas el diez por ciento del bote; otro motivo por el que muchos quieren vender la mano y salirse de la partida: sacan un buen beneficio en el emparejamiento y aún les queda una posibilidad entre seis de llevarse una décima parte de un bote considerable.

Scott Crane apuró la cerveza y tiró la botella por la ventanilla, a la oscuridad que se extendía en el exterior.

—¿Así que tú has jugado ya?

—Pues claro. —Newt parecía enfadado por la pregunta—. ¿Crees que traería a alguien si no? También he jugado mucho al póquer con Leroy.

De pronto, Scott comprendió que Newt también había perdido mucho con Leroy y que probablemente le debía algo, dinero como mínimo. Se le pasó por la cabeza pedirle que parase en la cuneta, salir del coche y volver al Mint a dedo.

Los relámpagos dibujaban zigzags silenciosos sobre las montañas, como raíces de un árbol gigantesco, incandescentes durante un instante, cuyos brotes fueran las estrellas.

—Y luego está la opción de la asunción —dijo Newt, inclinado sobre el enorme volante. Por la voz, parecía tan cansado como Scott—. Si eres el progenitor ausente de la mano ganadora, tienes la opción de igualar la cantidad que haya en el bote, pedir que barajen y cortar para jugarlo todo a una carta.

Scott frunció el ceño y trató de poner en marcha el cerebro fatigado.

—Pero, si ya te llevas una décima parte del bote, ¿por qué arriesgar el cincuenta y cinco por ciento para ganar el cuarenta y cinco en una jugada a cara o cruz?

No habría sabido decir si lo que oyó fue un suspiro o el susurro de los neumáticos contra el asfalto de la autopista Boulder.

—No lo sé, tío, pero a Leroy le encanta esa apuesta.

El aparcamiento del puerto deportivo de la cuenca de Boulder estaba lleno de coches. El barco blanco del muelle era enorme, y estaba tan iluminado que impedía ver las estrellas que empezaban a salir. Faltaba un día para la luna nueva; en aquel momento apenas se veía.

La gravilla crujió mientras se dirigían al barco, y la brisa procedente de los lejanos meandros del Colorado le agitó a Scott el cabello; se le había encrespado con el sudor.

En la cubierta bañada de luz se alzaba una figura: el anfitrión, sin duda. Era un hombre corpulento y bronceado, vestido con traje blanco de seda. Scott le echó cuarenta años por las arrugas de la cara, pero en

el pelo, castaño, no tenía ni rastro de canas y, al menos con aquella luz, no parecía un peluquín. Llevaba una cadena al cuello con un gran disco solar de oro.

—Aquí hay un joven que quiere jugar, señor Leroy —dijo Newt mientras subían a la cubierta de madera de teca por la rampa—. Smith el Espantapájaros, te presento a Ricky Leroy.

Leroy le dedicó a Scott una sonrisa ausente, con la cortesía de un anfitrión distraído, pero Scott estuvo a punto de preguntarle: «¿Qué tal te va todo?». Tenía la sensación de que en algún momento lo había conocido muy bien. Leroy se percató de su expresión y arqueó una ceja, intrigado, pero Scott advirtió que no recordaba de qué lo conocía y, a un tiempo, reparó en el portalón abierto que había detrás de Leroy.

«Nunca hables de nada importante delante de las cartas», pensó.

—Bonito barco —acertó a decir.

—Gracias, señor… ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Smith.

—Gracias, señor Smith. ¡Espero que usted también llegue a tener barcos así de bonitos!

Newt guio a Scott los dos metros de cubierta que los separaban de la gran puerta de doble hoja. Las pisadas quedaron de pronto amortiguadas por una moqueta roja y gruesa.

—¿Lo conocías ya?

—No lo sé —murmuró Scott, mirando alrededor, sin fijarse en la gente que estaba de pie en el bar del rincón ni en la que había sentada a la mesa larga del tapete verde.

Habrían derribado uno o dos tabiques para lograr que la sala central fuera tan grande (al menos seis metros de ancho por doce de largo), y los oscuros paneles de palisandro brillaban a la luz amarillenta de las lámparas de pared.

Newt contaba para sí apuntando con el dedo.

—Por los pelos —dijo en voz baja—. Ya somos trece. Siéntate.

Los motores arrancaron y el barco se sacudió.

—Antes quiero otra cerveza.

Zarparon mientras Scott se dirigía al bar, y estuvo a punto de caer hacia atrás. La persona que lo agarró por el brazo hasta que recuperó el equilibrio fue Ricky Leroy.

—¡No se me caiga aún! —le dijo en tono jovial—. Smith, ¿verdad? No tendrá nada que ver con Ozzie, ¿no?

—Pues sí. —Scott dio otro paso y se apoyó en la barra del bar—. Sí, es mi padre. Una Miller, por favor —le pidió al grueso camarero.

—¿No ha podido venir esta noche?

—Gracias. —Scott cogió el vaso que le tendió el camarero—. ¿Eh? No… No le gusta apostar en el agua.

Leroy dejó escapar una risita indulgente.

—Bueno, a su edad se entiende que se haya vuelto supersticioso.

Cuando Leroy extendió la baraja bocarriba formando un abanico sobre el tapete verde, Scott contuvo la respiración.

Las vivas imágenes rojas, azules y doradas de las cartas de gran tamaño parecieron abrírsele paso a la fuerza hasta el cerebro por la retina que le quedaba para dinamitar todos los recuerdos, opiniones y convicciones que conformaban el andamiaje de su madurez, de modo que los dibujos de las cartas encajaran a la perfección en las hendiduras que se habían creado mucho antes a tal efecto.

Lo asaltó un olor a metal caliente y a perfume. De repente le pareció que había empezado a llover y que alguien acababa de cantar «Sonny Boy». Y por un instante le vino a la memoria el rostro sonriente de un Joker que lo miraba desde el fondo de un plato de guiso de langosta.

Sintió como si se desbloqueara un mecanismo en su interior; solo se desbloqueó, sin llegar a abrirse, y le vino una imagen de una noche de hacía nueve años y de la niña, todavía un bebé, que había llevado en brazos ocho horas mientras Ozzie conducía de vuelta a casa por el desierto de Mojave.

Respiró hondo varias veces, encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y bebió un trago de cerveza.

Miró al resto de los jugadores sentados a la mesa. Todos parecían afectados; un hombre se pasó un pañuelo por los ojos.

Leroy recogió las cartas, las puso bocabajo y empezó a barajar.

—La apuesta obligatoria es de cien dólares, caballeros.

Scott ahuyentó los viejos recuerdos y se metió la mano en el bolsillo.

En el juego de la asunción primaba la acción. Nadie quería retirarse antes del emparejamiento y perder así la ocasión de vender sus cuatro cartas o de comprar otras cuatro que pudieran interesarle.

Cuando llegó el emparejamiento de la primera mano, en el bote había nueve mil cien dólares. Era un veinte por ciento más de lo que Scott llevaba al llegar, y solo había apostado setecientos.

Tenía un caballo de copas y un seis de espadas bocabajo; mostraba un caballo de espadas y un seis de bastos. Cuando su mano de cuatro cartas salió a subasta, la puja subió a ochocientos, pero había otra mano con un caballo a la vista, así que optó por esperar y pujar por ella.

«Full fulero, ven, que aquí te quiero», se dijo.

Pero el hombre que tenía el caballo compró una mano antes de que a Scott le llegara el turno de pujar. La mano había quedado concebida: ya no estaba en venta.

Quedaban cinco más por subastar, pero ninguna tenía nada que le interesara, y se preguntó si no habría hecho mejor en aceptar los

ochocientos cuando podía.

Esperó demasiado, hasta que su mano acabó siendo una de las tres que quedaban sin emparejar.

—Quiero vender —dijo a los otros dos jugadores.

Ellos lo miraron y observaron las cartas que tenía bocarriba.

—Te doy doscientos —dijo uno, un hombre flaco con sombrero vaquero.

El otro sonrió al que había pujado.

—Yo te doy trescientos por las tuyas.

Pareció que el del sombrero vaquero consideraba la oferta.

—Acepto cien —intervino Scott a toda prisa.

El vaquero le dio un billete de cien dólares a cambio de la mano; Scott cogió el vaso vacío y se dirigió al bar.

Estaba apoyado en la barra bebiendo otra cerveza cuando Leroy se le acercó y dejó caer un fajo de billetes junto a su vaso.

—¡Felicidades! —dijo alegremente—. Eres progenitor.

Scott cogió los billetes y los desplegó formando un abanico. Había diez de cien y tres de veinte.

—El bote ha llegado a diez mil seiscientos y el vaquero tenía escalera de color. No es raro en este juego. ¿Quieres igualar y cortar para asunción?

—Eh… No, no, gracias. —Cogió la cerveza—. Esta vez me lo quedo. ¿Empieza ya la siguiente mano?

Leroy hizo un gesto hacia la silla.

—Tu trono aguarda.

En el emparejamiento de la siguiente mano, Scott tenía un dos y un seis bocabajo, y dos reyes a la vista; cuando salió a subasta, dos jugadores que tenían cada uno un rey a la vista pujaron hasta llegar a los dos mil dólares antes de que uno se retirara.

Scott se embolsó los dos mil y se volvió al bar. Tenía nueve mil trescientos sesenta dólares en total: llevaba ya mil ochocientos sesenta más que al llegar y solo había jugado dos manos. ¡Y ni siquiera había ganado aún!

Pero en la tercera mano fue cuando empezó a jugar de verdad.

Hizo lo que Ozzie le había enseñado: examinó rápidamente las cartas descubiertas de los otros doce jugadores y trató de leerles la expresión cuando miraban las que tenían bocabajo. Uno se sonrojó un poco y empezó a respirar más deprisa; otro se apresuró a apartar la vista y se puso a juguetear con las fichas.

«Los dos tienen mano», se dijo Scott.

El primero tenía a la vista una dama; seguramente bocabajo tendría otra y un as, porque en la mesa se veían otras dos damas y tres reyes. El segundo jugador mostraba un as. Debía de tener otro bocabajo.

Por último, examinó sus cartas. Tenía un cinco y un seis bocabajo, y

un siete a la vista, de distinto palo. Proyecto de escalera.

Igual que los demás, vio una apuesta y dos subidas. El bote ascendía ya a nueve mil cien dólares.

El humo del tabaco inundaba la habitación, pero parecía que se espesaba más sobre el bote.

Se repartieron las siguientes cartas bocarriba; observó los rostros de los jugadores, pero no pudo leer nada. Bajó la vista hacia la suya: un seis.

A la izquierda tenía a Ricky Leroy, el hombre de blanco, con un seis y un cinco descubiertos. Si conseguía comprar su mano, se haría con un full.

La siguiente ronda de apuestas arrojó otros dos mil seiscientos dólares al bote.

Leroy aceptó venderle la mano por mil doscientos dólares. Cuando tuvo las cartas delante, todas bocarriba según mandaban las reglas, se afanó en limitarse a parpadear con lentitud, como si estuviera demasiado cansado o borracho para enfocar la vista en ellas.

Las cuatro cartas de Leroy eran el seis y el cinco que habían estado descubiertos, y luego un dos y otro seis. Crane tenía póquer de seises.

Cogió el vaso con mano firme y bebió un trago. Notó que el nivel de la cerveza estaba ligeramente inclinado.

«Vale, el barco de Leroy escora un poco, ¿y qué?»

El resto del emparejamiento se le hizo eterno, pero al final quedaron en juego seis hombres con ocho cartas cada uno, dos bocabajo y seis a la vista. Leroy se había ido al bar.

—Hablan los tres seises —dijo el jugador que repartía.

—Eh… —Scott examinó sus cartas ocultas—. Paso.

El hombre que tenía a la izquierda apostó doscientos, el siguiente se retiró, los dos que iban luego vieron la apuesta y el último subió otros doscientos. Los billetes del centro de la mesa parecían un montón de hojas verdes a la espera de que un jardinero las metiera en un saco y se las llevara.

—Van cuatrocientos a los tres seises —dijo el que repartía.

—Los veo —respondió Scott mientras sacaba seis billetes del fajo— y subo doscientos.

—Los seises en pase suben —apuntó el que daba las cartas. Se retiraron todos menos el jugador que había subido antes la apuesta, que miró a Scott un buen rato. Tenía a la vista dos caballos, dos dieces y dos cartas sin valor—. Y dos más —dijo al final.

«Cree que solo tengo trío de seises o como mucho full bajo —pensó Scott—. Él tiene full alto, seguramente de caballos y dieces, y sabe que los ases, las damas y los reyes se han retirado del juego.»

—Y otros doscientos. —Scott tiró los billetes a la mesa.

El otro jugador no se movió, pero pareció irradiar luz.

—Voy. —Puso doscientos más sobre el tapete.

Scott mostró las dos cartas ocultas. El otro agachó la cabeza y tiró la mano al montón de descartes.

—Póquer gana a full —sentenció el que repartía.

Scott extendió los brazos para abarcar el montón de dinero, pero Leroy, que había abandonado la mesa tras venderle la mano, había regresado.

—Pero puede que a mí no —intervino. Y sonrió, mostrando unos dientes grandes y blancos—. En la mesa hay trece mil seiscientos cincuenta, ¿no?

Se sacó una billetera de piel del bolsillo interior de la chaqueta; con sumo cuidado, contó trece billetes de mil dólares, seis de cien y uno de cincuenta, y los puso encima del montón de dinero.

El aire cálido y seco del desierto entró por las portillas, y a Scott le abrasó la garganta el olor a piedra quemada.

—Reclamo la asunción —dijo Leroy.

SIETE
Es toda tuya

Scott se recostó en la silla, apoyó las manos en el borde de la mesa y observó a su nuevo rival con una sonrisa de curiosidad. ¿Cómo había podido olvidar lo que le había dicho Newt? A Leroy le encantaba aquella apuesta.

Scott había metido tres mil cincuenta dólares en el bote, contando los mil doscientos que había pagado por la mano de Leroy. Si perdía en el corte, pasaría de los más de veinticinco mil que creía tener hasta la intervención de Leroy (casi el triple de lo que llevaba antes de subir al barco) a menos de doce mil. Pero, si ganaba, se pondría casi en treinta y ocho mil. Y las probabilidades estaban a su favor.

El repartidor se encogió de hombros, recogió los naipes y barajó varias veces; le pasó el mazo a otro jugador para que cortara y luego lo empujó, sólido como un ladrillo, hasta Scott.

El humo de los cigarrillos formaba un embudo fino, vertical, en el centro de la mesa, como un diminuto tornado moviéndose a cámara lenta.

Sin dejar de sonreír, Scott deslizó los dedos por el borde del mazo, cortó por el medio, levantó la mitad superior y enseñó la carta que salió. Vio las miradas compasivas antes de bajar él la vista a la carta.

Era el tres de copas. En todo el mazo solo había cuatro cartas de menor valor, los doses, y tres que pudieran igualarlo. Siete cartas de entre cincuenta y cinco. Una probabilidad de uno contra ocho y medio, aproximadamente.

Sin dejar de enseñar la carta, Scott apuró la cerveza, orgulloso de que la mano no le temblara ante la derrota casi segura. Apenas tuvo que inclinar el vaso para beber.

Volvió a poner las cartas en el mazo y lo empujó hacia el repartidor, que volvió a barajar, lo dio a cortar y lo deslizó hasta el sitio de Leroy.

Este se inclinó hacia delante y llevó la mano, morena, a las cartas; durante un momento pareció que las acariciara con suavidad y Scott tuvo la certeza de que estaba haciendo trampas, de que buscaba un borde cortado o marcado. Ozzie le había enseñado hacía mucho tiempo que a los tramposos había que utilizarlos o evitarlos, pero nunca desafiarlos, sobre todo en una partida con desconocidos.

Leroy cortó y levantó. La carta que mostró fue el dos de bastos.

Algunos dejaron escapar el aliento y otros silbaron entre dientes, pero Scott solo oía un zumbido. Al final, había ganado.

Alargó los brazos para recoger los billetes y se puso a ordenarlos en

montones. En aquel momento agradecía infinitamente el peso del revólver contra la cadera.

Leroy se sentó junto a él.

—Gracias —dijo Scott, mirándolo.

Leroy tenía las pupilas dilatadas y el pulso le latía rápido en el cuello.

—Sí, sí —dijo con voz inexpresiva, sacudiendo la cabeza—. No sé cuándo aprenderé que es una estupidez de apuesta.

Scott dejó de contar y ordenar.

«Es todo cuento —pensó—. Leroy está fingiendo consternación.»

—Te llevas el dinero de la mano —observó Leroy.

—Eh… Pues sí. —De nuevo fue muy consciente del peso del metal contra la cadera.

—Pero la has vendido.

—Supongo que se puede decir así, sí.

—Y yo la he comprado —dijo Leroy—. La he asumido.

Le tendió la mano derecha. Scott, desconcertado, dejó los billetes en la mesa y le estrechó la mano al hombretón moreno del traje blanco.

—Es toda tuya —dijo.

«Es toda tuya.»

Veintiún años más tarde, mientras conducía el viejo Ford Torino por la oscuridad de la interestatal 5 hacia la 10, hacia Venice, al norte, Scott Crane recordó el consejo de Ozzie sobre las partidas en las que el humo y los niveles de la bebida se comportaban de manera extraña: «Deja la partida. Cuando llegue el momento de enseñar las cartas, no sabrás qué estás comprando o vendiendo».

No había vuelto a ver a Ozzie después de la partida del lago. Cuando Scott regresó al Mint, ya se había ido. Tuvo que alquilar un coche y cruzar el desierto hasta Santa Ana, en el condado de Orange; al llegar, se encontró la casa vacía y un sobre clavado en el marco de la puerta. Contenía una copia certificada de la escritura de renuncia de la casa en favor de Scott.

En los años que siguieron habló por teléfono unas cuantas veces con su hermana adoptiva, Diana; la última fue en el 75, cuando se atravesó el tobillo con el arpón. Pero a ella tampoco había vuelto a verla, y no tenía la menor idea de dónde podían estar viviendo ni Ozzie ni ella.

Crane añoraba aún más a Diana que al viejo Ozzie.

Tenía diecisiete años cuando había ido con Ozzie a Las Vegas a recogerla. Era 1960. Aún faltaban nueve años para la partida del lago.

Ozzie y él volvían a casa después de ver una película (*Psicosis*, recordó), y en la radio sonaba el «Are You Lonesome Tonight?» de Elvis Presley cuando Ozzie detuvo el Studebaker en el bulevar Harbour, junto al bordillo.

—¿A qué dirías que se parece la Luna? —le preguntó.

—¿La Luna? —Scott miró al viejo preguntándose si sería una especie de adivinanza.

—Mírala bien.

Scott se acercó al salpicadero para mirar al cielo; al momento, abrió la puerta y saltó a la acera para verla mejor.

Las manchas y zonas grises de la Luna le daban aspecto de calavera gimiente. Venus estaba muy cerca: un punto brillante donde la Luna tendría la clavícula.

Oyó aullar a unos perros… y, aunque no había nubes a la vista, la lluvia empezó a repiquetear contra la acera, que se llenó de manchas oscuras. Subió al coche y cerró la puerta.

—Bueno, parece una calavera —reconoció.

Ya estaba cansado de la manía de Ozzie de ver presagios en las cosas más corrientes; ojalá no le diera por ir a bañarse en el mar ni por subir en coche a la cima del monte Wilson, como ya había sucedido en ocasiones como esa.

—Una calavera que sufre —convino Ozzie—. ¿Llevamos alguna baraja en el coche?

—¡Estamos en noviembre! —protestó Scott. Eran las normas de Ozzie: las cartas, solo en primavera.

—Sí; y, en cualquier caso, es mejor no asomarse por esa ventana —musitó el viejo—. Algo podría devolvernos la mirada. ¿Y monedas de plata? Necesito… tres. En las que aparezca una mujer.

La guantera estaba abarrotada de registros antiguos de matrícula, cigarrillos rotos y fichas de a dólar de una docena de casinos. En medio de ese batiburrillo, Scott encontró tres dólares de plata.

—También debe de haber un rollo de cinta adhesiva. Pega centavos en el reverso de los dólares. Una mujer medio bruja me dijo una vez que el cobre es el metal de Venus.

Scott, lleno de envidia por sus amigos del instituto, a los que sus padres no los obligaban a hacer cosas así, localizó la cinta y pegó los centavos a los dólares de plata.

—Ahora nos hace falta una caja donde meterlos —siguió Ozzie—. En el asiento de atrás hay una de galletas de vainilla sin abrir. Tíralas por la ventanilla… Pero ahora no, cuando crucemos Chapman. Será mejor en una intersección, en un cruce de caminos.

Volvió a arrancar y siguieron avanzando. Scott abrió la caja, tiró las galletas cuando pasaron por el cruce y luego puso dentro las monedas de plata.

—Agítalas como si fueran dados —pidió Ozzie— y dime qué dicen. ¿Cara o cruz?

Scott meneó la caja y rebuscó de nuevo en la guantera hasta dar con una linterna.

—Eh… Una cara y dos cruces —informó, sujetando la linterna junto a la oreja para ver el contenido de la caja.

—Y vamos al sur —dijo Ozzie—. Voy a dar algunas vueltas. Sigue agitando la caja y dime cuándo salen todo caras.

Acababa de girar hacia el este por el bulevar Westminster cuando Scott vio en la caja tres caras: tres perfiles femeninos en bajorrelieve, tallados en plata. No pudo evitar estremecerse.

—Todo caras —dijo.

—Pues al este —sentenció Ozzie, y pisó el acelerador.

Las monedas los habían guiado fuera de la zona de Los Ángeles, por San Bernardino y Victorville, antes de que Scott reuniera el valor para preguntarle a Ozzie adónde iban. Le apetecía pasarse la tarde terminando de leer un libro de Edgar Rice Burroughs.

—No estoy seguro —respondió el viejo con voz tensa—, pero parece que a Las Vegas.

«Adiós a *Los hombres monstruo*», pensó Scott.

—¿Y por qué? —inquirió, tratando de no sonar muy impaciente.

—Ya has visto la Luna —dijo Ozzie.

Scott se obligó a contar hasta diez muy despacio antes de volver a abrir la boca.

—¿Y en qué va a cambiar la Luna cuando estemos en Las Vegas en vez de en casa?

—Alguien está matando a la luna, a la diosa. Parece que una mujer ha adoptado…, cuál sería la palabra…, el papel de la diosa, y la están matando. Creo que ya es tarde para ella, y desconozco las circunstancias, pero tiene una niña. Un bebé, a juzgar por lo cerca que estaba Venus de la Luna.

«Y aquí estoy yo —pensó Scott—, con una caja de galletas de vainilla con tres dólares en el interior, cada uno con un centavo pegado y todos cubiertos de migas, rumbo a Las Vegas en vez de leer a Edgar Rice Burroughs. Y todo porque, esta noche, Venus está cerca de la Luna. Seguro que Venus siempre está cerca de la Luna.»

—Papá —empezó Scott—, no quiero faltarte al respeto, pero… esto es de locos. Para empezar: puede que una mujer muera asesinada en Las Vegas esta noche, pero eso no se descubre mirando la Luna. Y, si es madre, no tiene nada que ver con Venus. Lo siento, no quiero… Y aunque fuera así, ¿qué vamos a hacer nosotros? ¿Qué pintan dos tíos de California en vez de alguien de Las Vegas?

Ozzie se echó a reír sin apartar la vista de la autopista, que se deslizaba hacia ellos a toda velocidad.

—Te parece que a tu viejo le falta un tornillo, ¿eh? Bueno, a mucha gente de Las Vegas le encantaría intervenir, ya lo creo. Esta niña es hija de la diosa y, por tanto, una a-me-na-za para ellos. Y menuda amenaza. Podría expulsar al rey si llegara a hacerse mayor… y cierta

gente preferiría que no ocurriera. Otros quieren que se haga mayor, pero para dirigirla, ¿entiendes? Para ser sus amos, para utilizarla. Para escalar hasta lo alto de la torre por sus trenzas de Rapunzel. Sí, señor, directos a la torre.

Scott suspiró y cambió de postura en el asiento.

—Bueno; pero, si no encontramos a la niña, ¿aceptarás…?

—Claro que la encontraremos. A ti te encontré, ¿no?

—¿A mí? —Scott abrió los ojos con asombro—. ¿Fue así como me encontraste?

—Sí.

—¿Agitando monedas en una caja de galletas? —preguntó Scott después de un silencio.

—¡Vaya, vaya, y ahora, sarcasmo! —Ozzie lo miró y le guiñó un ojo—. Te parece que a tu viejo le falta un tornillo, ¿verdad? Pues mira, una tarde, en el 48, estaba nadando en Laguna y el oleaje traía peces y más peces. ¿No te ha pasado nunca que te chocan sin parar contra las piernas y debes salir cuanto antes porque sabes que atraen a las barracudas? Pues fue igual. Y el cielo estaba lleno de nubes blancas que parecían querer decir algo en un idioma para el que nadie tiene una piedra de Rosetta. Y Saturno brillaba en el cielo como una cabeza de cerilla. Si llego a tener un telescopio, habría visto desaparecer todas sus lunas detrás del planeta, devoradas como dicen los mitos que Saturno devoró a sus hijos. Hay un cuadro de Goya que trata de esto; te deja muerto de miedo. —En los letreros de la autopista comenzaba a aparecer Barstow, pero Scott no le pidió que pararan a cenar—. Así que cogí un mazo —siguió Ozzie— y empecé a barajar y a sacar cartas para ver adónde tenía que ir. Me llevaron directo a Lakewood, y allí te encontré, dentro de aquel barco. Crucé el aparcamiento muy despacio, con la mano en la vieja pistola del 45 que tenía por aquel entonces, porque sabía que no era el único que te buscaría. Siempre hay algún rey Herodes al acecho. Y para llevarte al doctor Malk di muchas muchas vueltas.

Scott sacudió la cabeza; no quería creer aquellas historias tan extrañas y macabras.

—Así que soy el hijo de una diosa, ¿eh?

—Eres el hijo de un rey. Un rey malo, un Saturno honorario. Te recogí por la misma razón por la que vamos a recoger esta noche a esa niña: para que pudieras crecer fuera de la red y, cuando seas mayor y conozcas las reglas del juego, decidas qué quieres hacer.

Al llegar a Las Vegas, alrededor de la medianoche, Ozzie le ordenó a Scott que agitara la caja y mirase las monedas continuamente mientras él conducía por las calles iluminadas. Cuando empezaban a agotarse las pilas de la linterna, al doblar una esquina, vieron las ráfagas de luz roja de varios coches de policía, que estaban parados

junto a una puerta lateral del Stardust.

Aparcaron y se mezclaron con la multitud apelotonada alrededor de los coches patrulla. El aire nocturno era abrasador y soplaba un viento seco de las montañas pedregosas del oeste.

—Le han pegado un tiro a una mujer —dijo alguien en respuesta al «¿Qué ha pasado?» de Ozzie.

—A esa tal lady Issit, la que ha estado haciendo morder el polvo a todo dios en las mesas de póquer —añadió otro—. He oído que un tío alto y gordo le ha disparado dos o tres balazos en la cara.

Ozzie se alejó sin dejar de agitar la caja de galletas. Scott lo siguió.

—Se ha deshecho de la niña; si no, Venus estaría detrás de la Luna —dijo Ozzie—. La Luna sigue arriba y Venus abajo, así que tiene que seguir viva en alguna parte.

Se pasaron una hora recorriendo el bulevar Las Vegas arriba y abajo mientras Ozzie agitaba la caja y consultaba las monedas. Scott se sentía cada vez más impaciente e incómodo. Y, para colmo, ni siquiera se sorprendió cuando oyeron el llanto de un bebé tras una hilera de arbustos, en el lado sur del Sands.

—Cuidado—dijo Ozzie. Se llevó la mano bajo la chaqueta; Scott sabía que tenía agarrada la culata del Smith & Wesson del 38—. Toma. —Se volvió hacia él y le tendió el arma—. No la saques a menos que alguien se me acerque.

Estaban a pocos pasos de los arbustos, y Ozzie regresó enseguida con un bebé en brazos, envuelto en una manta de color claro.

—Al coche —dijo Ozzie con voz tensa—. Y no nos mires a nosotros, mira a tu alrededor.

La niña ya no lloraba; estaba chupándole un dedo a Ozzie. Scott lo siguió sin dejar de mirar a derecha e izquierda; a veces incluso caminaba de espaldas para tener un campo de visión de trescientos sesenta grados. Ya no dudaba de su padre adoptivo.

En cinco minutos estaban en el coche. Ozzie abrió la puerta del copiloto y volvió a coger el arma; Scott entró y Ozzie le entregó al bebé…

… y, durante un momento, Scott no solo sintió al bebé que tenía en brazos, sino también la manta de color claro que lo envolvía y los brazos protectores que lo cobijaban. En su mente o en su alma, había algo que llevaba mucho tiempo desconectado, agitado de un lado a otro por las brisas psíquicas, y en aquel momento por fin se conectó. Scott compartía lo que sentía la pequeña y supo que ella compartía lo que sentía él.

En la mente percibió una personalidad formada únicamente por miedo y desconcierto.

«Ahora estás a salvo —pensó—. Vamos a cuidar de ti. Vamos a llevarte a casa.»

La conexión que había compartido con el bebé estaba desvaneciéndose, pero aún le dio tiempo a percibir una oleada tenue de alivio, esperanza y gratitud.

Ozzie se había sentado al volante. Arrancó el coche.

—¿Estás bien? —le preguntó a Scott, mirándolo de reojo.

—Eh… —La cabeza le daba vueltas. La conexión había desaparecido o se había debilitado hasta resultarle imperceptible, pero estaba tan conmocionado que no sabía si se echaría a llorar de un momento a otro, o a reír, o a temblar sin control—. Claro —consiguió articular—. Es que nunca… nunca había tenido en brazos a un recién nacido.

Ozzie lo miró de nuevo; luego metió primera y enfiló la calle.

—No lo había pensado —dijo, con la mirada fija al frente pero sin perder de vista el retrovisor—. Es algo que… que no había… tenido en cuenta. —Echó un vistazo a Scott con gesto preocupado—. ¿Seguro que estás bien?

«Eso pregúntaselo a ella», pensó Scott.

—Claro.

En el largo camino de vuelta a casa, Ozzie fue unos tramos a toda velocidad y otros muy despacio, y no dejó de pedirle a Scott que vigilara los faros que tenían detrás. Cuando llegaron a las calles conocidas de Santa Ana, se pasó una hora entera dando vueltas en círculos, apagando y encendiendo las luces, antes de detenerse por fin delante de casa.

Hicieron pasar a Diana por otra hija ilegítima de la prima de Ozzie. La prima inexistente estaba ganándose una buena reputación.

Scott Crane aparcó el Torino frente al bungalow de Chick Hurzer, en la calle Washington. Apagó el motor y las luces, y se quedó unos minutos en el coche a oscuras. Era la primera vez en trece semanas que pensaba en una pérdida que no era la de su esposa.

Ozzie, Diana y Scott.

Habían sido una familia, su familia, en aquella casa vieja. Scott había dado de comer a Diana, la había ayudado a aprender a leer, había admirado los dibujos a cera que traía del colegio cuando estaba en primero y en segundo. En 1968, la niña le había hecho un retrato como regalo de Navidad. En cierta ocasión se había roto el brazo al caerse del columpio; en otra, un niño del barrio le había dado una pedrada en la cabeza y le había provocado una conmoción. Pese a que las dos veces estaba a muchos kilómetros, Scott lo había sabido al instante y había vuelto a buscarla.

«No debí haber ido a la partida en el lago —pensó mientras contenía las lágrimas, impaciente—. Y Ozzie no debió abandonarme.»

Abrió la puerta y salió del coche. «Despeja la mente para las cartas», se dijo.

OCHO

Acaba de volver de entre los muertos

Cuatrocientos treinta y siete kilómetros al nordeste, en un sofá del salón del barco, Vaughan Trumbill y Ricky Leroy contemplaban, jadeantes, el cuerpo flaco, mojado y desnudo del doctor Meados, al que acababan de sacar del baño a rastras.

Trumbill, que ocupaba más de un tercio del sofá, se pasó un pañuelo de seda por la enorme calva. Se había quitado la camisa, y el torso gigantesco en forma de pera mostraba un retorcido arcoíris de tatuajes.

—La luz del baño, el ventilador y la bomba de agua —gritó para hacerse oír con el rugido del generador—. Creo que ha muerto a la vez que la batería.

—Da gracias a que no se haya ahogado, o habrías tenido que vaciarle los pulmones otra vez, como hace dos años en la cuenca de Temple. —Leroy se desperezó—. Seguramente volverá a ponerse en marcha al mismo tiempo que la batería. Yo ya estoy en el taxi, saliendo del aeropuerto. Pongamos que media hora.

El cadáver de la moqueta se estremeció.

—¿Ves? —señaló Leroy mientras se ponía en pie—. Ya empieza a percibirme. —Cogió una toalla del baño y la tiró sobre la pelvis amorfa y llena de cicatrices del anciano. Después se acuclilló y le pellizcó la mejilla y la frente—. Ojalá no se haya caído sobre el mismo lado que la última vez. Tuvieron que reconstruirle el cráneo con coral.

—¿Con coral? —Trumbill arqueó las cejas—. ¿Como el de las conchas…? ¿Como el de los arrecifes? ¿Ese coral?

—Sí. Tengo entendido que ahora utilizan una especie de cerámica porosa… Nada, parece que la vieja vasija no se ha roto. —Se levantó.

—Ojalá alguna vez estuvieras lejos el tiempo necesario para que muriese del todo.

—Le llevaría mucho; ese cuerpo tiene protecciones de las buenas. Además…

—Ya sé, ya sé, criogenización y clonación.

—Cada día están más cerca. Y esta… vasija personal de mi ADN sigue entera.

El viejo cuerpo desnudo bostezó, se frotó los ojos y se incorporó. La toalla se deslizó a un lado.

—Pero con una pinta de mierda —apuntó Trumbill.

—Bienvenido otra vez, doctor —dijo Leroy, cansado.

—¿Han entrado bien? —preguntó el doctor Meados.

—Todo el mundo está perfectamente, doctor.

—Buen chico —dijo el viejo desnudo. Miró a los dos del sofá y se rascó el vello blanco del pecho, que tenía hundido—. Una vez, en el lago… Debía de ser el 47, porque aún no tenía el Buick… O puede que… No, sí, en el 47… se clavó un anzuelo en el dedo y… —Les lanzó una mirada incisiva—. ¿Y creéis que lloró? —Rechazó las respuestas con un gesto—. ¡Ni una lágrima! Ni cuando tuve que introducirle más la… la parte que… la traba, sí, la traba, ni siquiera cuando tuve que empujar la traba hasta el fondo para cortar el anzuelo por el otro lado. Cortarlo. —Blandió en el aire unos alicates imaginarios, y miró a Trumbill y luego a Leroy—. Ni… una… lágrima.

Leroy tenía el ceño fruncido; estaba abochornado.

—A tu habitación, viejo idiota. Y ponte la toalla; no hace falta que me lo recuerdes.

Crane salió del coche con la bolsa del 7-Eleven y enfiló el caminito de piedra que llevaba a la puerta del bungalow. El césped y los arbustos parecían bien cuidados. Buena cosa: el concesionario de automóviles de Chick debía de darle para contratar a un jardinero.

Cuando llamó al timbre, se oyó un parloteo estridente al otro lado de la puerta. Chick abrió.

—¡Anda, la hostia! ¡Smith el Espantapájaros! Me alegro de que hayas vuelto; esta partida necesita un buen perdedor.

Crane sonrió. Siempre se había ocupado de no ganar de manera notoria en ninguna velada.

—¿Tienes sitio en la nevera para unas cervezas?

—Claro, pasa.

En la claridad del vestíbulo comprobó que a Chick le había ido muy bien en esa década. Había ganado peso, tenía el rostro hinchado y surcado de venillas, y las joyas de oro que lo caracterizaban eran más grandes y ostentosas.

En la sala de estar había cinco hombres a una mesa y estaba en marcha una partida de póquer de siete cartas.

—¿Nos has traído a uno vivo, Chick? —preguntó un jugador.

—Entro en la próxima —comentó Crane alegremente.

Se recostó en la pared y observó el final de la mano. Jugaban con dinero, mientras que él siempre había insistido en usar fichas, pues coartaban menos las apuestas; además, era un póquer de siete cartas clásico, no a la alta y a la baja, y jugaban sin comodines ni rondas especiales, y con apuestas limitadas y un máximo de tres subidas.

¿Sería capaz de sacar algo aquella misma noche? Había creado la partida hacía ya un cuarto de siglo, con los restos de otra que se jugaba las noches de los martes y que había empezado a atraer a demasiados jugadores de calidad para resultar rentable, y le había dado un aire relajado para entretener a los buenos perdedores y

granjearse unos ingresos fijos.

La mano terminó y un jugador recogió el bote.

—Siéntate, Scott —indicó Chick—. Tíos, este es Scott Smith, el Espantapájaros. La siguiente mano es de póquer cubierto.

Crane se sentó y, cuando se repartieron las cartas, observó a los demás mientras examinaban las suyas. Iba a ser su primera mano de póquer en once años.

Después de tomar nota mental de ciertos gestos que podía que le fuesen de ayuda cuando conociera mejor a los jugadores, levantó las esquinas de las cinco cartas y las miró.

El doctor Meados había conseguido atarse la toalla a la cintura, pero, a medio camino de su habitación, se paró a olisquear la brisa nocturna procedente del lago, que se filtraba por la portilla abierta.

—Hay uno —anunció.

Trumbill se levantó y echó a andar hacia él, pero Leroy hizo un ademán para que se detuviera.

—Acaba de volver de entre los muertos. Puede que sienta algo. ¿Qué pasa, doctor?

—En el anzuelo.

—Joder, que ya nos has dicho lo del anzuelo. Haz el favor de…

—Hay uno en el anzuelo; acaba de morderlo. Cartas en las manos, sangre en el agua. Las jotas lo van a oler. Pero ahora está en el anzuelo, vosotros también podéis olerlo. Tenéis que encontrarlo antes que ellos; hay que ponerlo a salvo en la pecera.

Leroy clavó los ojos en el viejo, que abría y cerraba la boca y los ojos con un gesto zafio de terror, como si pensara que sus enemigos iban a ascender nadando desde las profundidades del lago. Lo cierto era que había un enemigo en las profundidades del lago, o al menos la cabeza.

Al cabo, Leroy se volvió hacia Trumbill.

—Será mejor que le hagas caso.

Un jugador se había quedado fuera de la mano para llamar a su mujer; estaba en la cocina americana con el teléfono apretado contra la oreja. Las voces de los jugadores le llegaban con claridad.

Tras una docena de timbrazos, una voz de varón respondió repitiendo el número que había marcado.

—Hola, nena —dijo el jugador, nervioso—. Voy a llegar tarde. Estoy jugando al póquer.

—Hola, cariñito —respondió la voz en tono agudo, burlón—. Al póquer, ¿eh? —Se oyó el sonido de un teclado—. En esa lista me salen muchos. ¿Alguna referencia cruzada? ¿Algún nombre?

—Venga, nena, no puedo ponerme cariñoso; aquí solo hay un teléfono y me están oyendo.

—Entendido. Pues dame una categoría o algo, a menos que quieras

que recite unos cien nombres.

—Sí, típico de tu padre —respondió el jugador con una risa forzada —. Siempre sale de pesca y nunca trae nada.

—Pesca y póquer —dijo la voz—. ¿Tiene que ver con ese campeón de póquer de Gardena que se pasa el día de pesca deportiva en Acapulco? Tengo entendido que nunca pilla nada. —Se oyó como pulsaba teclas de forma acompasada—. Lo sabré cuando lo vea… Aquí lo tengo. El tipo se llama Obstadt, Neal.

—Exacto, nena, y vale cincuenta mil dólares. —Miró la sala de reojo —. El valor de la casa, ya sabes, después de poner la habitación de invitados…

—Y el revestimiento de aluminio y las putas figuritas de ardilla para el jardín, ya, ya. —Más sonido de teclas—. Con Obstadt solo me sale uno así de valioso, un jugador de póquer visto por última vez en 1980, Scott Smith, conocido como el Espantapájaros, hijo de Ozzie Smith, visto por última vez en 1969. Veo que Obstadt ha estado repartiendo fotos por Los Ángeles, San Diego, Berdoo y Las Vegas desde enero del 87. ¿Te basas en ellas?

—La verdad es que no, la foto tenía ya tiempo. Ha sido sobre todo por el nombre.

—¿Juega como Smith el Espantapájaros?

—En el clavo.

—Apúntate una, cariño. A ver, estatura: alta…, media…

—Ajá.

—Estatura media. Peso: gordo…, normal…

—Exacto.

—Espero que la ropa sea algo más característica. Pelo: negro…, castaño…, rubio…, canoso…

—Eso.

—Chaqueta…

—No.

—Así ahorramos tiempo. Camisa: de cuadros…

—Sí, está de temporada.

—Entendido, de franela. ¿Vaqueros?

—Claro, y lo que ya te imaginas.

—Di algo si no son zapatillas deportivas… De acuerdo. ¿Algo más?

—Nada más —respondió el jugador, volviéndose hacia la mesa y mirando al resto—. Oye, nena, no te preocupes. Estamos en casa de Chick Hurzer, en Venice, en la calle Washington.

—Esa iba a ser la siguiente pregunta. —Más sonidos de teclado—. Muy bien, sale en la guía. No me hace falta la dirección. ¿Me dices tu código?

—Cuatro, seis, tres, tres, dos, cero.

La voz lo repitió despacio.

—¿Correcto?

—Eso es.

El jugador oyó como pulsaban las teclas, esa vez muy rápido.

—Ya te tengo. Llama al número de pagos dentro de una semana. Si es quien dices, te ganas cuarenta y cinco mil pavos.

A Crane le fue bien en la partida. La docena de barajas que había comprado animaba a los jugadores a pedir un cambio de baraja cuando perdían, lo que favorecía la reintroducción de supersticiones en el juego, y los bocadillos que sacó a medianoche los distrajeron y les hicieron cometer varias torpezas. En la mesa había un par de médicos, que tenían dinero de sobra e iban a todas; no tiraban ninguna mano. No había nadie del todo sobrio y, al parecer, Scott era el único que tenía problemas económicos. Cuando dejaron de jugar, a las dos de la madrugada, había ganado más de dos mil dólares. Eran dos plazos de la hipoteca, y no le costaría nada encontrar otra partida en un par de días.

Chick Hurzer había ganado aún más y estaba bebiendo whisky.

—¿Qué ha sido de tu vida, Espantapájaros? —preguntó con jovialidad mientras los demás se levantaban y se desperezaban. Uno encendió la televisión—. Tendrás tiempo para tomar algo, ¿no?

—Claro. —Scott cogió un vaso de chupito—. Pues ya ves, he ido de acá para allá. Unos cuantos años de trabajo honrado.

Todos se echaron a reír, aunque uno con cierta tensión.

El hombre de Obstadt se disculpó por teléfono por la premura, pero Al Funo le respondió con una carcajada y le aseguró que no era molestia. Y, cuando abordó el tema del pago, Funo alegó que entre amigos no se hablaba de dinero.

Sentado en el Porsche 924 de color blanco, a la espera de que Scott Smith saliera de casa del tal Chick Hurzer, Funo bajó el retrovisor y se peinó. Le gustaba causar buena impresión a la gente que conocía.

Había quitado la luneta del Porsche, pero con la calefacción encendida no hacía frío. El motor no echaba humo, y ronroneaba tan bajito que un transeúnte ni se daría cuenta de que estaba en marcha.

Tenía ganas de conocer a Smith. Funo era sociable y se enorgullecía de tener muchos amigos.

Se puso alerta al ver que seis hombres salían de la casa a la luz de las farolas, y no tardó en identificar al del pelo canoso que llevaba vaqueros y camisa escocesa de franela. Los demás le estrecharon la mano por turnos y Funo deseó haber sido partícipe de la camaradería de la partida.

Bajó del coche y echó a andar por la acera a paso tranquilo, con una sonrisa, sin importarle el frío húmedo de la brisa salina. Los jugadores ya se habían dispersado y cada uno se dirigía a su coche.

Smith pareció advertir la presencia de Funo cuando aún estaba a

varios metros; se llevó la mano a la hebilla del cinturón como si fuera a remeterse la camisa. ¿Iría armado? La sonrisa de Funo se hizo aún más amplia.

—¡Eh, amigo! —dijo cuando estaba lo bastante cerca para hablar en un tono tranquilo, de conversación—. ¿Tiene un cigarrillo?

Smith se quedó mirándolo.

—Claro —dijo al fin, y se sacó un paquete de Marlboro del bolsillo—. Solo hay tres o cuatro, quédeselo.

Funo se sintió conmovido. «¡Pero bueno, el tío conduce un Torino destartalado y polvoriento, y aun así me regala los últimos cigarrillos!», pensó.

—¡Vaya, gracias! Hoy en día es raro encontrarse con alguien genuinamente generoso. —Se sonrojó, pues tuvo la sensación de que habría parecido descuidado al utilizar dos palabras que empezaban con *gen* en la misma frase—. Tome —dijo a toda prisa mientras se rebuscaba en el bolsillo de los pantalones de Nordstrom—. Quiero que se quede mi mechero.

—No, no hace falta…

—Por favor —insistió Funo—. Tengo por lo menos cien, y usted es la primera persona gen…, eh…, considerada que me he encontrado en esta puñetera ciudad en veinte años. —En realidad, Funo tenía veintiocho años y se había mudado a Los Ángeles hacía cinco, pero en ese tiempo había descubierto que alguna que otra mentira ayudaba a hacer amigos. Se dio cuenta de que estaba sudando—. Por favor.

—Vale, hombre, gracias —dijo Smith.

¿Se habría incomodado?

—Doscientos, tengo doscientos.

—Está bien, gracias… ¡Dios! ¡Es un Dunhill de oro! No puedo…

—No me lo desprecie.

Pareció que Smith se encogía un poco.

«¿Habré sido demasiado brusco? —pensó Funo—. Pero bueno, ¿cómo se puede rechazar un regalo tan sincero?»

—Gracias —dijo Smith—. Muchas gracias. Bueno, tengo que irme, que se hace tarde.

—¡Y que lo diga! Tendremos suerte si nos metemos en la cama antes del amanecer, ¿eh?

—Sí, tendremos suerte —convino Smith, ya de camino al maltrecho automóvil.

Cuando advirtió por tercera vez la presencia del Porsche, Crane recordó otro consejo de Ozzie: «Trescientos sesenta, en todo momento. Tan pronto los tienes delante como detrás».

La luna se había puesto hacía rato y, en la oscuridad que precedía al amanecer, rumbo al este por la autopista de Santa Mónica, con las siluetas de los rascacielos de Los Ángeles recortándose a la izquierda

como columnas humeantes del palacio quemado de un dios, le había tentado seguir conduciendo en la misma dirección, hasta que el nombre de la autopista cambiaba a Pomona, y continuar, pasando por Ontario y Mira Loma, hasta la autopista que confluía con la 15 en una de esas zonas residenciales medio desiertas, raras, polvorientas, con nombres como Norco o Loma Linda, y de allí directo a Las Vegas.

«Te plantas en Las Vegas a tiempo para un desayuno tardío, y con dos mil en el bolsillo», pensó.

Sabía que no quería ir a ninguna parte que no fuera su casa, y mucho menos a Las Vegas, pero le costó reprimir el impulso y tuvo que concentrarse para tomar el desvío sur a la autopista de Santa Ana.

Entonces vio el Porsche por tercera vez.

A aquellas horas había pocos coches, así que iba trazando las largas curvas oscuras con solo tres dedos al volante; pero, en cuanto lo vio, se puso el cinturón de seguridad y agarró el volante con las dos manos.

En ese momento, al pasar por la intersección con la autopista de Long Beach, el Porsche iba delante. Tenía la sensación de que el coche llevaba al menos diez minutos detrás de él, o a punto de adelantarlo. Si Ozzie hubiera estado al volante, se habría pasado al carril rápido, habría cruzado los tres carriles con un chirrido de neumáticos para salir por Atlantic, y habría emprendido el camino a casa con largos rodeos.

Pero Crane estaba agotado.

—No, Ozzie, no —dijo en voz alta—. No puedo asustarme con cada coche que siga la misma ruta que yo. —Suspiró—. Mira, voy a estar atento a ese, ¿vale?

Las luces de la autopista centelleaban contra la carrocería del Porsche, pero no contra la luneta. Crane forzó la vista: no, el coche no tenía luneta.

«¿Una noche fría y un Porsche en perfecto estado, pero sin luneta?»

Se imaginó a Ozzie sentado a su lado. «Atento», le habría dicho.

—De acuerdo, Ozzie —respondió Crane, con la vista fija en el Porsche.

Y así fue como vio que el conductor se giraba y extendía el brazo por encima del respaldo, con un brillo metálico en la mano.

Crane se echó de costado en el asiento en el momento en que le estallaba el parabrisas, con un impacto ensordecedor. Una lluvia de daditos de cristal le cayó encima, y el viento helado irrumpió en el coche mientras giraba el volante a la derecha. Apoyó los pies y se incorporó. Aferró el volante con una mueca.

Se metió por el arcén, arrancando la vegetación mientras los viejos amortiguadores cedían con un chirrido. El Torino se hundió un instante y salió disparado como un muelle con la inercia de su propio

peso. Nada más detenerse, Crane metió marcha atrás, pisó a fondo el acelerador y bajó en zigzag la cuneta para volver al carril lento, afortunadamente desierto, que recorrió marcha atrás hasta la última salida.

Después de tomarla, bajó a toda velocidad por el bulevar Atlantic, con los ojos entrecerrados para protegerse del viento que venía de frente, y siguió una ruta laberíntica por las calles oscuras antes de meterse en el aparcamiento de una gasolinera cerrada. Apagó las luces, se sacó el revólver de la cintura y clavó los ojos en la calle.

El corazón le galopaba y las manos le temblaban de manera incontrolable. Llevaba en la guantera una botella de bourbon Wild Turkey a medias. Dejó pasar un par de minutos y la buscó a tientas, desenroscó el tapón y bebió un buen trago.

«Dios, nunca había estado tan cerca. Nunca había estado tan cerca.»

Al final volvió a arrancar y fue hacia el sur hasta la autopista Pacific Coast, y luego por Brookhurst hasta Westminster. Notaba que el coche se inclinaba hacia la derecha: ¿qué les había hecho a la suspensión y a la alineación de las ruedas?

—¿Qué problema tenemos hoy? —susurró Archimedes Mavranos.

Estaba sentado a oscuras en el porche de Scott Crane, escuchándose los latidos del corazón. Había leído un artículo de Isaac Asimov que decía que la vida de los hombres duraba una media de dos mil millones de latidos; calculaba que él llevaba solo mil millones.

No era justo, pero la justicia había que buscársela. No te la llevaban a casa como el correo.

Alargó el brazo y cogió la lata de Coors. Había leído que la Coors era anticancerígena, porque no tenía nitrosaminas o algo así, y se pasaba el día bebiendo esa marca.

A saber por qué Crane prefería la Budweiser. Mavranos no había leído nada sobre ella.

«Te escupes en la palma de la mano y luego le das un puñetazo con la otra, a ver en qué dirección va la saliva —pensó—. Así sabes adónde tienes que ir.»

Mavranos había dejado el instituto cuando su novia se había quedado embarazada, y durante casi veinte años se había ganado bien la vida comprando coches incautados por la policía de Huntington Beach, reparándolos y vendiéndolos con un beneficio razonable. Solo llevaba desde abril estudiando ciencias, matemáticas y mitos.

«Abril es el mes más cruel», pensó.

El abril anterior había ido al médico porque se pasaba el día cansado, había perdido el apetito y le había salido un bulto bajo la oreja izquierda.

—¿Qué problema tenemos hoy? —le había preguntado el médico en tono jovial.

El problema había resultado ser un linfoma. Cáncer del sistema linfático.

El médico le había explicado algunas cosas y Mavranos había leído mucho por su cuenta. Había aprendido sobre la naturaleza aleatoria de las células cancerígenas, había estudiado los procesos aleatorios… y había empezado a discernir los patrones ocultos bajo el azar: las ramificaciones, las pautas repetidas, el hombre gordo del plano complejo.

Un coche dobló en la 17 para meterse por la calle principal, pero no era el Torino de Crane.

Si alguien quisiera medir la costa de California, no le serviría de nada poner una regla en la página del atlas para determinar el largo de los diez grados de longitud que abarcaba; pero sería aún más inútil recorrer la costa a pie con un palito de un centímetro para tener en cuenta cada poza de marea y cada península del tamaño de un zapato. De hecho, el resultado de una medición demasiado precisa se aproximaría al infinito. En un cálculo de precisión absoluta, el charco más diminuto tenía una línea costera virtualmente infinita.

Esas cosas había que abordarlas de otro modo.

Había que alejarse un poco.

Las turbulencias en una tubería o el desorden en las señales que los nervios enviaban al corazón (o la histeria celular llamada cáncer) eran resultado de procesos aleatorios. Y si pudiera… si pudiera localizar las pautas en el caos, tal vez podría manipularlas. Cambiarlas. Restaurar el orden.

«Te escupes en la palma de la mano y le das un puñetazo», pensó.

Y había encontrado aquel barrio, aquella casa, a Scott Crane.

Crane nunca lavaba el Torino, y Mavranos había advertido las pautas que dejaban el rocío y las cagadas de pájaro en el polvo: círculos, líneas perfectas y ángulos rectos en las superficies inclinadas, y, en cierta ocasión, una salpicadura que parecía un cúmulo de caritas que gemían, como la del cuadro de Munch. Un día, en el porche, mientras Crane se hurgaba el bolsillo, distraído, en busca de una moneda de veinticinco centavos para comprar el periódico, se le había caído al suelo un montón de calderilla. Mavranos lo había ayudado a recoger las monedas y había advertido que todas habían caído de cara. Y los relojes que llevaba Crane adelantaban.

Alrededor de aquella casa morían animales. En una ocasión, Mavranos había observado una hilera de hormigas muertas que llevaban hasta un resto de hamburguesa con queso abandonado en el porche, y el gato de unos vecinos, que acostumbraba a dormir en el tejado de Crane, también había muerto. Mavranos fue a ver a la vecina con el pretexto de decirle cuánto lo sentía y así se enteró de que el veterinario atribuía la muerte a un cáncer.

En todo el vecindario, los zumos de fruta fermentaban a una velocidad anormal, como si un dios del vino visitara aquella calle de Santa Ana a altas horas de la noche e insuflara su aliento a las casas, con los jóvenes furtivos que salían a robar baterías y equipos de música de los coches como únicos espectadores.

Ya que era el azar el que se disponía a matarlo, Archimedes Mavranos había optado por ir a buscarlo, por dar con su castillo, con su capilla peligrosa.

De modo que, hacía ya un año, había sacado del banco cinco mil dólares en billetes de veinte, se los había guardado en el bolsillo, les había dicho a su mujer y a sus dos hijas que volvería cuando recuperara la salud, y se había alejado calle abajo. Al llegar a la esquina, se escupió en la mano, dio un puñetazo a la saliva con la otra y echó a andar en la dirección indicada.

Pasó dos días andando sin parar, comprando ternera seca en tiendas de licores y meando entre los arbustos, sin afeitarse, cambiarse de ropa ni dormir un solo instante. Al final empezó a dar vueltas a la manzana y, cuando vio una casa que se alquilaba, llamó al número del cartel y le pagó al casero mil quinientos dólares en efectivo. Y dedicó todos sus esfuerzos a prepararse.

Enseguida sospechó que Scott Crane era el mejor guía hasta el castillo del azar, pero no había tenido ninguna prueba hasta aquella noche, cuando Crane le había mencionado su pasado como jugador profesional de póquer. El juego era el lugar donde las estadísticas y las consecuencias humanas más profundas se encontraban sin camuflajes; y las cartas, más aún que los dados o los números de la ruleta, parecían capaces de definir, tal vez incluso de dictar… la suerte de un jugador.

La ventana de la sala de estar de Crane estaba abierta, y Mavranos notó que había alguien de pie tras la mosquitera, a su espalda. Se dio la vuelta en la silla.

—¿Scott? —oyó decir en un susurro—. Ven a la cama.

—Soy yo, Susan. Arky —respondió Mavranos, avergonzado—. Scott aún no ha vuelto de… de donde sea.

—Ah. —El susurro de la mujer fue aún más débil—. Aún no estoy bien de los ojos. No… no le digas que he hablado contigo, ¿de acuerdo?

Agregó algo más, pero tan bajo que no la entendió.

—¿Cómo dices?

La oyó respirar hondo, como si el viento suspirase entre las ramas de un árbol sin hojas, pero, cuando volvió a hablar, fue en un tono apenas perceptible.

—Dale algo de beber —susurró, y añadió algo de lo que Mavranos solo entendió «apóyanos».

—Claro, Susan —respondió, incómodo—. No te preocupes.

El siguiente coche que giró por la calle principal fue el Ford de Crane; Mavranos se levantó, porque en vez de parabrisas tenía una telaraña blanca con un enorme agujero en el lado del conductor.

NUEVE
El único hombre gordo que conozco

—Lo único que me apetece es meterme en la cama, tío —dijo Crane. Había cogido la botella al salir del coche—. Venga, vale, una cerveza para acompañar al whisky.

Cogió una lata fría y se dejó caer en una silla destartalada del porche.

Mavranos le había dicho algo.

—¿Qué? ¿Ahora? —respondió Crane—. ¿Un hombre gordo en el desierto?

Mavranos cerró los ojos y volvió a empezar.

—Es una canción sobre un hombre gordo que conduce por las autopistas que cruzan el Mojave. La 40, la 15 e incluso la 127 a su paso por Shoshone. Yo la he oído cantada al estilo country, pero creo que también hay versión rock. El hombre es calvo y tiene la cabeza llena de verrugas, y como un millón de retrovisores en el coche, como los que ponían los mods de Inglaterra en las scooters.

Scott Crane apuró la botella y la dejó en la mesa con cuidado.

—¿Y la cosa es si he oído hablar de él? —Sacudió la cabeza—. No. No he oído hablar de él.

—Es que no es real. Es una… leyenda, ¿sabes? Como el holandés errante y el judío errante. El coche se le avería sin parar porque el carburador está lleno de manguitos extra, válvulas, flotadores y clips de más.

Crane frunció el ceño y asintió como para indicar que entendía.

—¿Y dices que es verde?

—No, joder, no. Antes era verde y corpulento, no llegaba a gordo, pero en algún momento se diluyó esa versión. Dejó de ser necesaria, y ahora solo la vemos en seres como Hulk o el Gigante Verde de las latas, que cultiva hortalizas. Ahora ya no es el Caballero Verde con el que se encontró sir Gawain, porque el agua es malsana, y la tierra, estéril, como dice el Segundo Libro de los Reyes. Ahora es gordo de verdad, y por lo general lo representan negro o gris, o hasta metálico. ¿Te acuerdas de Tik-Tok, el robot pequeño y redondo que sale en los libros de *El mago de Oz*? Pues es él; su vivo retrato. —Mavranos miró a su compañero, que estaba muy borracho. ¿Para qué se molestaba en explicárselo?—. Pero tú no has oído hablar de él.

—No. El único hombre gordo que conozco es… —Crane se detuvo a media frase para beber un trago de cerveza—. Es el que disparó a la luna a la cara en 1960.

—Háblame de ello, cuéntame.

Crane titubeó y negó con la cabeza.

—Estoy de broma; no es más que… más que una canción de John Prine.

Se oía a gente intercambiando gritos en el aparcamiento del Norm's; luego vieron como se metía cada uno en su coche, encendían las luces, salían a la calle principal y se perdían en la noche.

—Una barra de hierro, decías. —Mavranos lo miraba fijamente.

—Sí, una barra de hierro, una puta barra de hierro. Se ha caído de un camión. Si no me llego a apartar, me abre un boquete en la cabeza. Debería haberme fijado en el nombre de la empresa: así podría demandarlos.

—Y la has tirado.

—Hombre, claro. No podía conducir con una barra de hierro atravesada en el coche.

—El hombre gordo del que te hablaba —siguió Mavranos tras una pausa—, como te he dicho, no es real. Es un símbolo.

—Claro, claro —dijo Crane, distraído—. Un símbolo de los balones de baloncesto, de Saturno, de algo.

—¿Por qué mencionas Saturno?

—Por Dios, Arky, no lo sé. Estoy agotado. Estoy borracho. Saturno es redondo y los hombres gordos también.

—Es el hombre de Mandelbrot.

—No sabes cuánto me alegro, tenía miedo de que fuera el muñeco de Michelin. Oye, en serio, me voy a la…

—¿Sabes qué es el hombre de Mandelbrot? ¿No? Te lo voy a contar. —Mavranos dio otro trago a la cerveza para ahuyentar el cáncer—. Imagínate que dibujas una cruz en un papel y al punto de intersección lo llamamos cero. Luego vas haciendo marcas hacia la derecha y las numeras: uno, dos, tres, y así; y hacia la izquierda: menos uno, menos dos, menos tres… Luego hacia arriba desde el cero: raíz cuadrada de menos uno, dos veces la raíz cuadrada de menos uno, tres veces… Y luego, hacia abajo, menos la raíz cuadrada de menos uno, menos dos veces la raíz cuadrada de menos uno, etc. Al final lo que tienes es un plano, y cualquier punto del plano se puede definir con dos números; o sea, lo mismo que definir un lugar por la latitud y la longitud. Luego…

—Arky, ¿y qué tienen que ver con esto los hombres gordos?

—Pues mira, si aplicas cierta función a tantos puntos del plano como te sea posible, una y otra vez (tienes que usar un ordenador potente), algunos se disparan hasta el infinito y otros tienden a un valor finito. Si pintas de negro los finitos, te sale la silueta de un hombre gordo lleno de verrugas. Y si vas asignando colores a los otros puntos según la velocidad con que tienden a infinito, ves que el

hombre está rodeado de formas de todo tipo que nacen de él, semejantes a tentáculos de calamar, colas de caballito de mar, helechos, cajas torácicas y otras cosas. —Crane iba a decir algo, pero Mavranos no se detuvo—. No siempre hace falta la ecuación de Mandelbrot. El hombre gordo aparece en muchas otras funciones del plano complejo, como si su figura fuera un… un papel a la espera de que algo lo asumiera. Es una figura constante, igual que otras formas lobulares y geométricas que parecen… Pues mira, lo que viene a cuento esta noche: corazones, tréboles, diamantes y picas. A veces, claro.

Crane se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Y has dicho algo de… *El mago de Oz*. ¿Cómo es que sabes estas cosas?

—Es una afición que tengo, estudiar matemáticas raras.

—Entonces, ¿el hombre gordo se llama Mandelbrot?

—No, igual que el monstruo de Frankenstein no se llamaba Frankenstein. Mandelbrot fue quien desarrolló la ecuación: un tal Benoît Mandelbrot, un francés. Formaba parte de un grupo de París, el club Bourbaki, pero se separó de ellos porque empezó a comprender la aleatoriedad y a los otros no les hizo gracia. Eran los típicos que preferían seguir las normas para todo, y él estaba descubriendo normas nuevas.

—Bourbaki —repitió Scott, borracho—. École Polytechnique y el club Bourbaki.

Mavranos hizo un esfuerzo por respirar con calma. Mandelbrot había asistido a la École Polytechnique. Crane sabía algo al respecto, o algo que tenía que ver con eso.

—Te estás tomando muy bien que hayan intentado pegarte un tiro —dijo con cautela.

—«Si el cielo se pone gris —cantó Scott—, qué importa que sea gris… Contigo vuelve el azul, Sonny Boy.»

—¿Tienes un hijo? —repuso Mavranos, sorprendido.

—No, pero soy hijo de alguien.

Mavranos presintió que aquello era importante, así que siguió hablando como si nada.

—Ya, claro, ya me imagino. ¿De quién eres hijo?

—Según mi padre adoptivo, de un rey malo.

—¿Por eso juegas al póquer? —preguntó con toda la indiferencia de que fue capaz.

Scott respiró hondo y esbozó una sonrisa; a Mavranos le pareció como si se pusiera una armadura.

—Ya no juego al póquer. De hecho, esta noche he ido a buscar trabajo. Creo que voy a ser comercial de… Yoyodyne. Son fabricantes de… cosas. A nivel local. Igual los conoces.

—Sí —dijo Mavranos, rindiéndose—. Me suena.

—Bueno, me voy a la cama. —Scott se levantó de la silla apoyándose en los codos—. Mañana tengo otra reunión con ellos.

—Claro. Susan preguntaba por ti.

Curiosamente, a Scott pareció afectarle la noticia.

—Ya —dijo al final—. Bueno, hasta mañanita.

—Buenas noches, Pogo.

Cuando Scott entró en casa, Mavranos, pensativo, dio unos tragos a la Coors.

«Es él, no cabe duda —pensó—. Scott Crane es mi conexión con el lugar donde las matemáticas, las estadísticas y el azar confluyen con la magia. Y yo necesito la magia.»

Se tocó el bulto de la oreja.

Scott Crane volvió a soñar con la partida del lago.

Como siempre, el juego se desarrollaba igual que en 1969 en la vida real… Hasta que ganaba en el corte y empezaba a recoger el montón de dinero.

—Te llevas el dinero de la mano —dijo Ricky Leroy con voz tranquila.

En la amplia estancia reinaba la tensión, como un sonido inaudible; Scott lo notaba en los dientes y en el vientre.

—Eh… Pues sí.

—Pero la has vendido.

Scott miró a su alrededor. En algún lugar se movía o se transformaba algo profundo, pero la mesa verde y los otros jugadores, igual que los paneles de las paredes, tenían el mismo aspecto.

—Supongo que se puede decir así, sí.

—Y yo la he comprado. La he asumido.

Leroy le tendió la mano derecha. Scott se la estrechó.

—Es toda tuya.

Y al momento salió de su cuerpo; flotaba sobre la mesa en medio de los torbellinos de humo. Tal vez se había convertido en humo. La realidad estaba cambiando de proporción: la mesa que tenía debajo era una enorme explanada verde, y los jugadores, gigantes inexpresivos que habían perdido todo rastro de humanidad en la pequeñez de las distancias comprensibles. Las paredes ya no existían y el lago Mead era inmenso como el cielo nocturno; tres torres de captación de la presa habían desaparecido, y la que quedaba se erguía sobre el agua como si amenazara a la luna, que en el sueño era llena y brillante.

Algo se movía en la noche. En los acantilados distantes danzaba una figura; parecía lejana como las estrellas, pero Scott advirtió, con la claridad que otorgaban las pesadillas, que llevaba una pértiga y que un perro daba saltos a su alrededor. El bailarín levantó la vista hacia

el cielo oscuro, sonriente, sin prestar atención al precipicio que se abría a sus pies.

Y aunque no alcanzaba a verlo, Scott sabía que en el lago, bajo las aguas negras, había otro gigante; un gigante que solo tenía un ojo, al igual que él.

Bajó la vista, presa del vértigo. Se miraba a sí mismo desde abajo, y Leroy lo miraba también; tenían rostros idénticos, anchos como nubes. Uno de los dos, no habría sabido decir quién, abrió el cañón que tenía por boca e inhaló, y la conciencia de Scott, un simple jirón de niebla, se precipitó en espiral a la negrura del abismo.

—Scott —decía Susan—. Scott, no es más que un sueño. Estoy aquí. Soy yo, estás en el dormitorio.

—Oh, Sue —dijo con un jadeo. Trató de asirla, pero ella se retiró a su lado de la cama.

—Todavía no, Scott —replicó con voz anhelante—. Pronto, pero aún no. Ve a por una cerveza; te sentará bien.

Scott se levantó. Se dio cuenta de que había dormido vestido; aún llevaba el fajo de dinero en el bolsillo del pantalón. No se había quitado ni los zapatos.

—Lo primero, café. Duérmete, tranquila.

Se dirigió a trompicones a la cocina oscura, caldeada por el horno; llenó una taza con agua del grifo, la metió en el microondas y lo programó dos minutos a máxima potencia. Luego fue a la ventana e hizo un redondel en el vaho.

La calle principal estaba en silencio: pocos coches y camiones pasaban ronroneando bajo las farolas, y la figura solitaria que cruzaba el aparcamiento tenía un aire de buen propósito, como si fuese a entrar en el primer turno del Norm's en vez de huir de la escena de un crimen sórdido. Aún faltaba más de una hora para el amanecer, pero ya trinaban algunos pájaros en los viejos y grandes algarrobos de la acera.

«En realidad, Susan no está aquí —pensó, abotargado—. Está muerta. Lo sé.

»Tengo cuarenta y siete años. No debería haber vivido tanto.

»Es como estar en la selva, cambiándote las vendas y comiendo latas de conserva, o lo que sea que coman los soldados, sin dejar de mirar al cielo, en plan: "Los helicópteros ya tendrían que haber llegado".

»O como montar en bicicleta con los pies encadenados a los pedales. Se puede aguantar largo rato, pero al final empiezas a preguntarte cuándo vendrá alguien a parar la bici y a soltarte para que te puedas bajar.

»¿De verdad tengo que seguir así?»

Le pareció oír una respiración acompasada procedente del dormitorio.

Por más vueltas que le diera, no conseguiría nada. Se concentró en las seis u ocho cervezas que tenía en la nevera. Las había puesto en la balda más fría antes de acostarse, como un artillero que dispusiera la munición para el asedio del día siguiente.

El microondas pitó cinco veces con suavidad; Scott sacó la taza, añadió una cucharada de café instantáneo, removió y lo enfrió con un chorrito de agua del grifo.

Volvió junto a la ventana con el café y, de repente, recordó que había cantado un fragmento de «Sonny Boy» delante de Arky. ¿Qué más había dicho o hecho? No se acordaba. No le preocupaba decir ni hacer nada estando sobrio, pero la noche anterior no lo estaba. Ni ninguna de las últimas semanas.

Se dirigió a la puerta trasera y observó la casa de Mavranos. Las luces estaban apagadas; seguro que dormiría hasta pasado el mediodía, como de costumbre. A saber cómo se ganaba la vida.

El revólver del 357 estaba en el estante de los libros de cocina, donde lo había dejado hacía un par de horas, cuando había tenido que agacharse a coger el cartón a medias de cervezas.

Una barra de hierro. Arky se había fijado en el boquete del parabrisas. Scott recordó que Ozzie siempre registraba el coche con la dirección de un apartado postal, por si alguien rastreaba el número de matrícula. Él había olvidado la costumbre en 1980, al dejar el póquer y casarse con Susan. Tenía el coche registrado en su domicilio.

Dejó la taza de café.

De pronto tuvo la certeza de que la persona que le había disparado había anotado su número de matrícula y en ese mismo instante aguardaba fuera, en el Porsche o en cualquier otro coche, sin perder de vista la casa. Quizá había puesto una bomba en los cimientos. Sería lo más fácil.

El pánico mortal que había sentido en el sueño arremetió de golpe contra él; cogió el arma y respiró hondo unas cuantas veces, alegrándose de no haber encendido la luz de la cocina. Descorrió la cadena en silencio con dedos temblorosos y abrió la vieja puerta con cautela.

El aire fresco de la noche le acarició el pelo y el rostro, sudorosos. Barrió el patio oscuro con el cañón de la pistola, cerró la puerta y bajó las escaleras con sigilo. Se quedó allí unos segundos con la boca abierta, respirando y escuchando, y echó a andar despacio por el césped descuidado hacia los tablones sueltos de la valla. Al otro lado estaba el callejón, el capilar secreto de la ciudad, que conducía a un centenar de calles oscuras y desiertas.

«Lo ha encontrado una jota y lo ha matado —pensó Vaughan Trumbill cuando los faros del Jaguar barrieron el aparcamiento de la calle Dos y revelaron un brillante campo nevado en el cristal

destrozado del Torino—. Si seguimos así, el guardarropa de Pascua de la señora va a ser escaso.»

Pasó de largo, mirando a derecha e izquierda para ver si el asesino o los asesinos seguían por allí, pero los coches aparcados estaban vacíos y a oscuras.

«Podrían estar en cualquier parte. En un porche tenebroso, en un tejado… Pero lo más probable es que se hayan ido.»

Dio una vuelta rápida a la manzana y se detuvo en el aparcamiento, junto al Torino. Se quedó un minuto sin moverse, con el motor en marcha. La trucha que llevaba en la pecera, en el asiento del copiloto, saltaba al azar. Eso quería decir que la presa de Trumbill había muerto o que el puto *poisson sympathique* estaba mareado por el trayecto.

Se apeó del coche con la torpeza propia de un hombre de su peso y fue a echar un vistazo al Torino, por el lado del conductor. Suspiró de alivio: no había ningún cadáver, ni rastro de sangre en la tapicería ni en el caleidoscopio del parabrisas.

«Lo han intentado, pero no», pensó mientras volvía al coche para salir del aparcamiento. Iluminó el Torino con los faros y anotó el número de matrícula; después aparcó en la calle y llamó desde el teléfono del coche para preguntar los datos del registro. Su contacto prometió devolverle la llamada enseguida.

Luego llamó para pedir refuerzos: una furgoneta vacía y un par de hombres.

Por último, se acomodó en el asiento de cuero y abrió la bolsita de cierre hermético, llena de palitos de apio y de zanahoria.

Había recorrido un buen trecho desde el lago Mead. Primero la puñetera trucha lo había llevado a Las Vegas y lo había tenido media hora dando vueltas al Flamingo Hilton en sentido contrario a las agujas del reloj (de la calle Flamingo a la calle Paradise, luego a la avenida Sands, de ahí al Strip y vuelta a Flamingo), pero al final se había decidido y lo había enviado al sudoeste. Había seguido apuntando en esa dirección mientras Trumbill cruzaba el desierto hasta Baker por la I-15, que era como una oscura línea recta, y seguía por Barstow hasta llegar al laberíntico condado de Orange. A partir de ahí, las autopistas se habían vuelto demasiado rápidas para que el pez fuera fiable, así que Trumbill había tenido que tomar una salida y circular despacio por las calles para darle tiempo a reorientarse.

Durante el viaje, Trumbill se había terminado la bolsa de algas y peces tropicales que se había preparado a toda prisa, y el apio y las zanahorias ya habían volado. Observó las hojas del jengibre que crecía en el césped, junto al bordillo.

«Todavía no», se dijo.

Echó un vistazo al vecindario. Al otro lado de la calle se alzaba una casa pareada de los años treinta, de estilo colonial, con estuco blanco

y cubierta de tejas, y había otra parecida en la esquina con la calle principal, además de los dos bloques nuevos y anodinos de cinco plantas que Trumbill tenía detrás. El propietario del Torino debía de vivir en una de las casitas pareadas, seguramente de alquiler.

«Necesito algo de comer, pero ya», pensó.

Abrió la portezuela, cruzó la acera en dirección a las plantas y, mientras arrancaba unas hojas, se preguntó con qué ganador de la última partida se encontraría y por qué no había vuelto a jugar a las cartas hasta esa noche.

Regresó al coche y cerró la puerta.

La razón de que hubiera vuelto a jugar no era ningún misterio, claro. Muchos peces de Betsy habían regresado al juego el año anterior; Trumbill ya había localizado y recogido a dos, que en aquel momento estaban bien sedados en una casa recóndita de las afueras de Oatman, río abajo, cerca del lago Havasu, adonde habían trasladado el puente de Londres. Faltaba poco más de una semana para el comienzo de la tercera gran serie de partidas de asunción. La persona a la que buscaba debía de estar ya muy deteriorada, obsesionada con los recuerdos de la partida del 69 y hasta arriba de alcohol: la viva imagen de la decadencia. En resumen, se habría puesto muy madura, como decía Betsy Reculver. La propensión a desplazarse hacia el este, a alejarse del detestado mar, sería pronto una pulsión irresistible. Y Trumbill lo pondría todo de su parte para ayudar.

Betsy querría que la persona, quienquiera que fuese, estuviera a salvo hasta después de la partida, cuando se consumaran por fin las asunciones de veintiún años atrás, cuando empezaran sus resurrecciones.

«No te pares, ternerita, no te pares —pensó, recordando la vieja canción country—. A mí no me mires, tú eres la desafortunada.»

Sonó el teléfono. Tomó nota de los datos que le dictaron: Scott Crane, nacido el 28/2/43, con domicilio en la calle Dos Este, 106, de Santa Ana. Era la casa vieja de la esquina.

Encendió la luz del techo y repasó los seis sobres marrones. Seguramente se trataba de Scott Smith, el joven que se hacía llamar el Espantapájaros en la partida del 69.

Trumbill abrió el sobre correspondiente y examinó las fotos de hacía veintiún años. Mostraban a un joven de pelo negro y rostro enjuto, a menudo en compañía de un señor mayor identificado a bolígrafo en los márgenes como Ozzie Smith; a todas luces, su padre. Sujeta con un clip, había una copia de una factura del hotel Mint de Las Vegas, a nombre de Scott y Ozzie. Constaba una dirección de Montebello (California) y alguien había escrito encima: «Dirección falsa».

Montebello era una de las ciudades que conformaban el condado de Los Ángeles, cerca de Santa Ana. El tal Smith debía de ser el pez al

que buscaba Trumbill. De los otros cinco, el más cercano vivía en Sacramento.

En el sobre encontró también la foto de una mujer rubia embarazada saliendo de un coche. La habían tomado justo cuando se volvía hacia alguien de fuera de la escena, y tenía un rostro firme, duro.

«Issit —decía una nota pegada al reverso con cinta adhesiva—. Nacida alrededor del 35. Retirada el 20/6/60. Hija nacida el 19(¿?)/6/60: se cree que sigue con vida. “Diana Smith”, puede que viva con Ozzie Smith. Domicilio desconocido. RETIRAR con urgencia.»

Trumbill examinó la foto y recordó, distraído, cómo le había cambiado la expresión cuando le había metido tres balazos, hacía ya treinta años.

Diana Smith. Contempló el número 106, que se levantaba como una mole oscura. ¿Viviría también allí? Estaría muy bien.

Guardó las fotos en el sobre, se sacó la cartera y miró la acreditación plastificada que lo identificaba como agente del FBI. Era la versión más reciente, con la franja dorada en la parte superior. Nadie iba a creerse que acababan de contratarlo, con lo obeso que estaba, pero lo más probable era que el tal Crane no supiera nada de acreditaciones del FBI.

«Será mejor que deje el coche aquí, por si hay jotas vigilando la casa —pensó—. Más vale que vaya a pie.»

Abrió la puerta, se metió la cartera en el bolsillo, se palpó la SIG automática de 9 mm que llevaba en la cartuchera bajo la chaqueta y, con toda naturalidad, echó a andar hacia el número 106.

Crane estaba detrás de uno de los coches incautados de Mavranos, observando por encima del capó. Respiraba rápido, con un jadeo entrecortado.

«Mierda —pensó—, no es el tío del Porsche, pero seguro que trabaja con él.»

Estaba tiritando. «Mierda», se repitió, abatido.

Tras él, al este, el cielo empezaba a tornarse gris. Había recorrido unas doce manzanas y, al final, el frío, el cansancio y el recuerdo de la cama lo habían convencido de que se equivocaba con respecto al hombre del Porsche. «Seguro que solo ha sido un tiroteo de esos que pasan a veces en las autopistas, sin más —se dijo—; le habré cortado el paso sin darme cuenta, se habrá cabreado y habrá decidido matarme…» No parecía extraño en un tío que iba por ahí sin luneta.

Pero el de allí era un hombre de aspecto serio, que acababa de examinar el coche de Crane mientras hablaba por el móvil y en aquel momento se dirigía hacia su casa. Era tan espantosamente cierto e innegable como un diente roto, como una hernia. Aunque fuera un policía de paisano, allí pasaba algo; algo que Crane no quería que

pasara.

Recordó las cervezas que tenía en la nevera. Qué imbécil había sido; debería habérselas llevado en una bolsa.

El gordo debía de estar ya casi a la altura del porche; por puro impulso, Crane arrancó a correr hacia el Jaguar, aparcado al otro lado de la calle. A la luz de las farolas, distinguió unos sobres marrones en el asiento.

Lanzó una mirada a su casa. El gordo había subido ya los peldaños del porche y, si se acercaba a la puerta, no tendría ángulo para ver el Jaguar.

El gordo siguió avanzando y desapareció de la vista.

Crane se puso de espaldas al Jaguar y, con el codo, rompió la ventanilla del conductor; el cristal saltó hacia dentro en mil pedazos, sin más ruido que una botella haciéndose añicos en una bolsa de papel. Crane se giró, se metió hasta la cintura para coger los sobres y cruzó corriendo hasta la puerta de Mavranos, oscura y oculta en su mitad del pareado. La aporreó con el puño que le quedaba libre.

Nada. Volvió a aporrearla.

«Vamos, vamos, Arky —pensó—. Te voy a contar qué problema tenemos hoy.»

Oyó pisadas al otro lado.

—Ábreme, Arky —susurró con apremio—. ¡Soy yo, Scott! —Oyó que se deslizaba la cadena y caía con un traqueteo; la puerta se abrió y Crane se precipitó en la casa—. Cierra, echa la llave y no enciendas las luces —dijo en un jadeo.

—Vale, vale. ¿Qué pasa? ¿Ahora te dedicas a repartir el correo?

Mavranos iba en camisa, calzoncillos y calcetines.

—Dios, espero que tengas una cerveza.

—Tengo cervezas para Dios y para todos los santos. Espera, voy a ponerme los pantalones.

DIEZ
Irrigar la cavidad

—Tu hombre gordo está ahí fuera —se quejó Crane, fingiendo valor, tras echar un buen trago a la Coors en el salón a oscuras. La casa olía a jaula de animal—. Lo he visto haciendo no sé qué con mi coche, ha empezado a comerse los arbustos de enfrente y ahora ha ido a mi casa. ¿Cómo se llamaba? ¿Mandela?

Crane se había sentado en el sofá. Mavranos, de pie, escudriñaba entre las persianas.

—Supongo que te refieres a Mandelbrot. Es el tío que lo dibujó. Lo único que veo es un Jaguar con la ventanilla rota.

—Se la he roto yo. El muy cabrón estaba comiéndose los arbustos.

—¿Qué hay en los sobres?

—Dios, y yo qué sé. Se los he cogido del coche. No puedo volver a casa.

—¿Susan sigue ahí?

—No, se ha… se ha ido a casa de su madre. Nos hemos peleado. Por eso he salido; estaba dando un paseo cuando he visto a ese tío.

—Te puedes quedar aquí, pero tenemos que hablar.

—Claro, venga. Hablemos.

—¿Este hombre gordo es el que disparó a la luna a la cara?

Scott Crane suspiró y trató de pensar con claridad.

—Dios santo, no lo sé. Podría ser. No lo vi en el 60. Llegamos después. —Se frotó el ojo bueno y bebió otro trago de cerveza—. Joder, espero que no tenga relación con esta mierda, pero puede que sí. La primera noche que salgo a jugar. Las putas cartas.

Mavranos seguía junto a la ventana.

—Tienes que hablarme de las cartas, Pogo.

—Debería saber qué pasa con las cartas, pero no sé una mierda. Es como dejarle jugar a un niño con detonadores.

—Ahí viene tu hombre gordo.

—Es el tuyo, no el mío.

—Acaba de ver que tiene la ventanilla rota. Está mirando alrededor. Voy a aguantar las persianas para que no se muevan.

—Tengo un arma —dijo Crane.

—Y yo, Pogo, pero no nos embalemos. Se ha metido en el coche. Está arrancando. Bonito coche; no creo que lleve el motor original. Se va, pero seguro que no muy lejos. —Mavranos soltó la persiana y se dio la vuelta—. Nadie se dará cuenta si encendemos la luz de la cocina. Coge los sobres.

—Mejor los dejo aquí. Oye, si no te importa que duerma un rato en el sofá…

—Ya dormirás luego; ahora trae los sobres a la cocina. Me estoy jugando el tipo en este asunto.

Crane se quedó mirando la nota pegada al reverso de la foto de lady Issit mientras Mavranos repartía las demás por la mesa de la cocina y leía las notas que llevaban.

—¿Quién es esta gente? —Alzó la vista hacia Crane y le chasqueó los dedos—. ¿Eh? ¿De qué va esta… categoría a la que perteneces?

—Pues… —dijo Crane, saliendo del ensimismamiento. Levantó la mirada—. Hay dos a los que reconozco. Jugadores de póquer. Con uno coincidí en el 69 en una partida en un barco, en el lago Mead. Ganó un bote de los gordos, lo que en este juego se llama asunción. Se… —Crane suspiró—. Se llevó el dinero de la mano. Igual que yo. Seguro que los demás participaron en otras partidas en el lago esa semana. Me juego lo que sea a que ellos también ganaron asunciones.

Crane leyó la nota de la foto de lady Issit por enésima vez. «Diana Smith, puede que viva con Ozzie Smith. Domicilio desconocido. RETIRAR con urgencia.» Notó que el corazón le latía a toda velocidad y que tenía las palmas sudorosas.

—Eh… Tengo que ponerme en contacto con alguien —dijo.

—Ahí tienes el teléfono.

—No sé dónde está, ni sé de nadie que lo sepa.

—Pues no tengo tablero de ouija, Pogo.

«RETIRAR con urgencia.»

Recordó con qué asombro y cuidado la había llevado en brazos en el largo viaje de vuelta a Las Vegas, en 1960, y pensó en el retrato que le había dibujado ella. Trató de rememorar qué había dicho cada uno la última vez que habían hablado, después de que se arponeara el tobillo; ella lo había llamado. Tenía quince años.

Scott había soñado que se casaba. ¿Tendría hijos? Ya habría cumplido treinta años, así que era lo más probable. Tal vez ya no compartía la conexión psíquica con él, sino con sus pequeños.

Mavranos había vuelto al salón.

—Acaba de llegar una furgoneta azul —le dijo a Crane con voz queda—. Se han bajado tres tíos y van a tu casa.

«Lo que hay en el bote está perdido, ya no es tuyo —decía siempre Ozzie—. Puede que lo ganes, pero, mientras tanto, da por hecho que te lo has gastado; no lo persigas.»

—Están en el porche.

«Pero, claro, si las ciegas o las apuestas obligatorias han sido muy altas, tan altas que equivalen a lo que te dejarías en una docena de manos, tendrás que jugar más manos.»

—Han encendido las luces del salón —continuó Arky—. Ahora, las

de la cocina. Y las del dormitorio de invitados. Seguramente, las del grande también, pero desde aquí no se ve.

«Y si las apuestas obligatorias son tan altas que hay quien está en la mano solo por eso, a veces puedes apostarlo todo y ganar con una mano de mierda.»

Crane dio la vuelta a la foto y contempló a la mujer embarazada. Se levantó y se dirigió al salón, junto a Mavranos, para observar las siluetas que se movían por su casa. Una era, por supuesto, la del hombre gordo; debía de haber quedado con los de la furgoneta por ahí cerca.

—Tengo que ir a casa —dijo.

—Esta noche, imposible. Y seguro que esos tíos la vigilan un par de días. ¿Qué tienes allí que no podamos conseguir en otro sitio?

—El teléfono.

—Joder, ya te he dicho que llames con el mío.

—Tiene que ser el de mi casa.

—Pues ya me dirás por qué.

Mavranos seguía mirando por la ventana. Crane observó su silueta esbelta y cómo se le reflejaba en los ojos entrecerrados el brillo de las farolas de la calle. Parecía un pirata.

«¿Puedo confiar en él? Es obvio que se juega algo en esto, pero juraría que va por libre, que no tiene nada que ver con esos… tronos tenebrosos, esos poderes y esos asesinos. Hemos sido buenos vecinos, y se llevaba muy bien con Susan.

»Y, joder, me vendría genial un aliado.»

—De acuerdo —empezó, despacio—. Si los dos le contamos al otro qué sabemos… Quiero decir, qué sabe cada uno de esto…

Mavranos le sonrió.

—¿Quieres decir que pongamos las cartas sobre la mesa?

—Exacto.

Crane le tendió la mano. Mavranos se la estrechó con firmeza, dos veces; la tenía callosa y llena de cicatrices.

—Vamos allá.

Al cabo de dieciocho horas, Crane se dirigía a gatas al teléfono por la sala de estar de su casa; le escocía el párpado derecho y tenía la mejilla húmeda y salada.

Los intrusos habían apagado las luces al salir, pero las persianas estaban subidas, y los neones, las farolas y los semáforos de la calle principal arrojaban a la estancia un titileo crepuscular en la medianoche del viernes.

Diez minutos antes, Mavranos había aparcado frente a casa de Crane y había llamado a la puerta para atraer la atención de quienes estuvieran vigilando. Al no obtener respuesta, había vuelto al coche, había metido la cabeza por la ventanilla y había hecho sonar el claxon

tres veces: dos toques cortos y uno largo.

En ese momento, Crane estaba detrás de la casa.

El primer toque corto sonó mientras cruzaba la valla del patio trasero, toda desvencijada; el segundo, mientras atravesaba a oscuras, como alma que lleva el diablo, el césped descuidado; cuando sonó el largo, reventó la ventana del dormitorio con el puño enguantado, quitó las esquirlas de cristal de la base inferior del marco, se lanzó al interior y gateó por el colchón.

Cuando el claxon enmudeció, estaba de pie junto a la cama. La temperatura era cálida, casi demasiado: la calefacción había estado en marcha toda una noche, un día y la mitad de otra noche; y el horno seguía encendido, claro.

Se quitó el guante de trabajo de Arky y lo dejó caer al suelo.

Habían saqueado el dormitorio. Las mantas y las sábanas estaban por el suelo; el colchón, rajado, y los cajones del escritorio, volcados.

Recorrió el pasillo en penumbra con cautela, palpando las paredes, porque el suelo era una carrera de obstáculos a base de libros, revistas y ropa tirada. En el baño, la oscuridad era total. Buscó a tientas en el lavabo, entre el cúmulo de cajas y frascos que habían tirado del armarito.

Era incapaz de contener los bostezos y tenía las manos húmedas de sudor.

En el lavabo encontró la pera de goma y el frasco de suero fisiológico. Se encogió de hombros.

«Ya que estoy aquí…»

Se las arregló para verter un poco de suero en la taza de café, que seguía en el lavabo de milagro. Se llevó un dedo a la cara y se presionó hacia dentro la comisura del ojo derecho. La semiesfera de plástico se separó de la anilla de teflón que llevaba entre dos músculos de la órbita ocular, con un sonido interno de succión. «El recto medial y el recto lateral», recordó. Le habían puesto la anilla en 1980. Hasta entonces había llevado un ojo de cristal y tenía que ir una vez al mes al oculista para que se lo sacara y lo limpiara. Con el nuevo sistema podía limpiárselo en casa a diario, como unas lentillas.

Con sumo cuidado, depositó el ojo artificial en la taza. Extrajo un poco de suero con la pera y se lo echó en la órbita ocular vacía.

Como por la mañana no había podido, se la roció a base de bien. Según el médico, aquello se denominaba irrigar la cavidad.

Se dio cuenta de que estaba alargando la maniobra sin necesidad. ¿Para qué había entrado allí?

«Ah, ya —pensó—. Para coger alcohol, un apósito estéril y un rollo de gasa, también estéril…»

Se puso otra vez el ojo artificial, bostezó de nuevo y echó a andar a tientas en la oscuridad. No era capaz de respirar hondo.

«Seguro que la han cortado —pensó a cuatro patas en la sala de estar. Parpadeaba deprisa para expulsar el exceso de suero—. Seguro.»

Llevaba a rastras la gasa y la botella de alcohol, hechas un hato con una camisa que había sacado del cesto de la ropa sucia.

Bajó el teléfono de la mesa y descolgó el auricular; tomó aliento y soltó el aire muy despacio al oír el tono de llamada. No habían cortado la línea.

«Vaya», pensó.

Colgó con cuidado.

Se pasó los dedos temblorosos por el pelo y miró alrededor.

Los listines telefónicos habían desaparecido. No solo la maltrecha libreta de espiral en la que anotaba números, sino también las páginas blancas y amarillas de la Pacific Bell.

«Será porque la gente también escribe números en los márgenes y las tapas de las guías, o marca con un asterisco los que vienen impresos para identificar, por ejemplo, a un Jones en concreto entre todos los que aparecen. ¿Qué llamadas recibirán ahora mis viejos amigos?»

Desenrolló un par de metros de gasa estéril y se la metió por debajo de la pierna.

Se echó hacia atrás y levantó la vista. Se pasó casi un minuto contemplando las hojas enmarañadas de la palmera, que se mecían al otro lado de la calle con la brisa nocturna. No se atrevía a levantar mucho la cabeza por si lo detectaban desde fuera, pero al menos ahí agazapado veía la palmera.

«Está fuera del agujero en el que estoy metido —pensó—. Solo tiene que ocuparse de absorber nutrientes y prepararse para la sesión de fotosíntesis de mañana, como todos los días.»

Dejó escapar un suspiro, se sacó del bolsillo la navaja automática de Arky y la abrió. La hoja ancha de diez centímetros tenía marcas de humo, porque Arky la había puesto al fuego en el hornillo de la cocina; pero le había aconsejado que, si era posible, le echara también alcohol.

Desenroscó el tapón de la botella y roció la hoja por las dos caras. Despedía un olor penetrante; se echó dos chorros generosos en la pernera izquierda de los vaqueros y se le congeló el muslo. Estaba tiritando, con el corazón encogido, y sentía los latidos como golpes huecos.

Se repitió para sus adentros que llevaba dieciocho horas dándole vueltas a la idea y que no había encontrado otra solución.

Sujetó el cuchillo sobre el muslo izquierdo y apoyó la punta a un par de centímetros de donde se imaginaba que estaba el fémur. Levantó la mano izquierda y la sostuvo en el aire, abierta, mientras hacía acopio de valor.

Estaba jadeando. Al cabo de unos segundos, percibió un matiz diferente en el olor del alcohol, más dulce y añejo. Apartó la vista de la navaja…

… y se encontró con una botella abierta de whisky Laphroaig encima de la alfombra y, al lado, un vaso de whisky a medias. Estaba seguro de que ni la botella ni el vaso estaban allí hacía unos minutos, cuando había llegado a cuatro patas.

—Scott. —Era la voz de Susan, queda, que salía de entre las sombras, más allá de la botella.

Levantó la vista y le pareció verla. La luz difusa, parpadeante, le transformaba el vestido estampado en una prenda de camuflaje; ella no lo miraba, pero Scott entreveía la cascada de pelo negro y el contorno de un hombro y una pierna.

—No, Scott, no —siguió—. ¿Por qué hacerte daño para llegar a ella si puedes beber y tenerme a mí?

—¿Eso eres? —preguntó él con los dientes apretados. El sudor frío le perlaba el rostro—. ¿Bebida? ¿Delirium tremens? ¿He sacado yo esta botella? ¿Estoy hablando solo?

—Ella no lo vale, Scott; tómate una copa y déjame que te…

«No —pensó—, no puede ser una alucinación. Arky vio ayer dos veces a esta… a esta criatura.»

—Ven al dormitorio. Trae la botella.

Le pareció oír un crujido quitinoso mientras se alzaba la figura difusa del rincón. ¿Iría al dormitorio o se le acercaría?

«No es Susan —se recordó, nervioso—. Susan ha muerto. Esto no tiene nada o casi nada que ver con Susan. Como mucho, será un fósil psíquico con su forma y algunos recuerdos, pero estará hecho de otra cosa.»

Se acercaba a él. La luz trepó por la figura: piernas esbeltas, caderas, pechos… Un momento más y le vería el rostro. El rostro de su esposa muerta.

Como si cerrase de golpe la puerta a algo aterrador, Crane estampó la mano contra el mango de la navaja.

El aire le entró siseando entre los dientes apretados; la estancia entera resonó con un quejido metálico. El dolor le atenazó la pierna como un pozo hirviente, pero tenía frío, se helaba, y la sangre, veloz, ya había empapado el puño de la navaja. Scott lo tanteó, frenético, pero las manos le resbalaban en la madera caliente y pegajosa. Por fin consiguió asirlo con firmeza y tirar, pero los músculos de la pierna parecían retener la hoja; tuvo que reunir todas sus fuerzas para arrancársela, y abrió la boca como un pez al notar que el filo seguía cortando carne mientras salía.

Contempló la penumbra con los ojos entrecerrados. Aquello que se asemejaba a Susan había desaparecido.

Sentía las manos torpes y pesadas mientras se ponía el apósito en los vaqueros empapados. «Tendría que habérmelos quitado», pensó, aturdido. Cogió la tira de gasa y ató el apósito con toda la fuerza que fue capaz de reunir.

Antes de clavarse la navaja, el corazón le latía a toda velocidad, pero se le había acompasado y le palpitaba con un eco de engranaje de hierro, de viejo cansado jugando a lanzar herraduras a un palo. Casi le llegaba el olor del polvo que levantaba.

«Estás conmocionado —se dijo—. Túmbate y pon los pies encima del sofá; que la herida quede más alta que el corazón. Intenta relajar el tórax y respirar hondo, despacio. Vamos, sujétate la pierna tan fuerte como puedas.»

El compresor de la nevera se puso en marcha; al cabo de un minuto se detuvo. Se oyó una sirena por la calle principal. Prestó atención con la vaga esperanza de que se detuviera cerca. No se detuvo.

«Vamos, vamos, llama», pensó.

La sangre se le seguía escurriendo bajo la venda, le subía por el muslo, le empapaba los fondillos del pantalón.

«La alfombra no tiene arreglo —pensó—. Susan se va a…

»Basta ya.»

Miró el vaso de whisky. Le llegaba el olor ahumado, la acogedora calidez que desprendía el alcohol, que desprendía ella…

«Basta ya.»

El timbre del teléfono lo despertó con un sobresalto. ¿Cuánto llevaba sonando? Intentó cogerlo a tientas y tiró el auricular.

—¡Espera! —gritó con voz ronca mientras lo buscaba con las manos pegajosas de sangre—. ¡No cuelgues, espera!

Por fin lo alcanzó con las yemas de los dedos, lo agarró y lo arrastró por la alfombra mojada para llevárselo a la oreja.

—¿Sí?

—¡Scott! —Era una voz de mujer—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? Si no dices nada, llamo a urgencias.

—Diana —consiguió decir. Respiró hondo y se esforzó en pensar—. ¿Estás en casa?

—No; Ozzie me hizo prometer… No importa, ¿qué te…?

—Bien —la interrumpió—. Escúchame y no cuelgues. No llames a urgencias. Dios… Dame un minuto, no cuelgues.

—¡Tienes una voz horrible, no puedo darte un minuto! Dime qué te ha pasado en la pierna.

—Me he clavado una navaja…

—¿Es grave? ¡Deprisa!

—No, creo que no; la he esterilizado y he intentado no dar en la arteria…

—¿Lo has hecho adrede? —preguntó Diana, con alivio y enfado a

partes iguales—. ¡Estaba en el trabajo y me he caído redonda! El encargado ha tenido que fichar por mí en la caja y ordenar a un mozo que me llevara a casa. ¡Y no tengo baja porque no llevo un año trabajando ahí! ¿A qué jugabas, al póquer de amputación?

—Tenía que ponerme en contacto contigo urgentemente —dijo Crane con un profundo suspiro.

Le pareció que Diana carraspeaba.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? No puedo…

—¡Que me escuches, joder! —la interrumpió con brusquedad—. Puede que me desmaye, y no creo que vuelva a tener acceso a este teléfono. Alguien quiere matarnos a todos: a Ozzie, a ti… y a mí. Tienen recursos para encontraros, igual que me han encontrado a mí. ¿Ozzie sigue vivo?

Un instante de silencio.

—Sí —dijo Diana al final.

—Tengo que hablar con él. Es sobre aquella partida que jugué en el lago Mead en el 69. Ozzie sabía algo…

—Dios, llevo más de un minuto. Me voy de aquí… No te apartes del teléfono… Estoy loca, pero voy a llamarte desde otra cabina.

Scott hizo malabares con el teléfono y consiguió colgar. Se quedó tumbado en el suelo, concentrado en respirar. Por suerte, hacía calor. Empezaba a notar unas punzadas intensas por debajo de la quemazón constante de la pierna.

El teléfono sonó de nuevo.

—¿Eres tú? —preguntó Scott.

—Sí. Ozzie me hizo prometer que no hablaría contigo por un teléfono localizable; y menos ahora, después de veinte años. Dime.

—Los que mataron a tu madre quieren matarte a ti. Y a Ozzie, y a mí. No sé por qué. Ozzie lo sabe; si no, no me habría dejado tirado. Si queremos estar a salvo, tengo que hablar con él.

Diana respiró hondo.

—Estás condenado, Scott. —Tenía la voz cargada de lágrimas—. Si es que sigues siendo Scott. ¿Qué te regalé en el 68 por tu cumpleaños?

—Un retrato mío hecho a cera.

—¡Mierda! —sollozó—. ¡Ojalá ya no fueras tú! No, lo siento; no lo decía en serio. Te quiero mucho, Scotty. Adiós.

Oyó un clic; luego, silencio; luego, el tono de marcado. Colgó con suavidad y se quedó allí, mirando el teléfono.

Tenía la certeza sombría de que no volvería a llamar aunque se apuñalara la otra pierna o el vientre. Las lágrimas de autocompasión se le mezclaron con el sudor y el suero fisiológico.

«Tullido tuerto de casi cincuenta años —pensó, riendo entre lágrimas—, ¿qué te hizo pensar que podías ayudar a nadie? Ha sido lista al largarte. Como haría cualquier persona en su sano juicio.

Cualquier persona real.»

Ya casi no le sangraba la pierna, aunque seguía palpitándole de dolor, y la alfombra estaba esponjosa y resbaladiza por la sangre coagulada.

Estiró la mano y cogió el vaso de whisky.

Se quedó largo rato inhalando el aroma embriagador. Si iba a bebérselo, se lo bebería. No había prisa. Lo que esperase en el dormitorio seguiría esperándolo. De todas formas, para entregarse al engaño necesitaría estar muy borracho. Para alcanzar la suspensión de la incredulidad.

—«No puede haber amor si no es plantado —susurró, citando a Thompson—. ¿Cómo os lo habéis ganado?»

«El sabueso celestial» siempre fue uno de los poemas favoritos de Susan. Y siguió:

> ¿Quién de los hombres es fango más bajo?
> ¡Temo que no sabéis
> ser amado cuán poco merecéis!

Soltó una risa entrecortada e inhaló el aroma ahumado.

> ¿A quién encontraréis que os ame a vos,
> salvo yo, y solo yo?

En el poema hablaba Dios, pero Scott sospechaba que los dioses eran relativos.

Contempló el vaso.

Sonó el teléfono, pero no se movió. Volvió a sonar. Sacudió la cabeza bruscamente y se derramó el whisky en la venda. Dejó escapar un quejido siseante ante aquella nueva clase de dolor y descolgó.

—Aaah… ¿Eres tú?

—Sí. —Diana sorbió por la nariz—. Si te digo esto es porque creo que él lo haría, si lo hubieras localizado. ¿Te acuerdas de adónde nos llevaba muchos domingos por la mañana a tomar «bodónuts»?

—Claro, claro.

«Esto es importante; vuelves a estar en la partida, presta atención.»

—Voy a llamarlo: le diré que quieres reunirte con él allí mañana a mediodía. Nosotros hemos quedado un par de veces allí; se negaría a hablar en otro sitio. ¿De acuerdo? Lo más seguro es que no vaya. Oye, y una cosa: si… —Estaba llorando. Cuando retomó la frase, tenía la voz cargada de miedo—: Si se presenta y te preguntan amigos peligrosos, diles que él no sabe dónde estoy ni cómo localizarme, por favor. Y que te crean; te juro por mis hijos que es verdad.

—Ahí estaré. —Se frotó la cara—. ¿Tienes hijos, Diana? ¿Estás casada? ¿Cuánto tiempo…?

—¡Esto no es una conversación familiar, Scott!

—Yo también te quiero, Diana. Me mataré antes que dejar que me

utilicen para llegar a ti, te lo juro. —Soltó una risotada ronca—. Se me da muy bien clavarme navajas, acabo de descubrirlo. Por Dios, pequeña, que soy yo, Scott, tu hermano. Por favor, dímelo: ¿dónde estás?

La oyó sorber por la nariz.

—Estoy sobrevolando la hierba.

Aquello no le decía nada.

Volvió a oírse el clic cuando colgó.

Rodó sobre sí mismo con cuidado y se puso a cuatro patas entre muecas, palabrotas y goterones de sudor, porque flexionó sin querer los músculos desgarrados.

«No puedo salir por la puerta principal —pensó—. Y, según Arky, también estarán vigilando la trasera por la mira telescópica de un fusil.

»Tendré que salir por la ventana del dormitorio.

»Y más vale que vaya a cuatro patas, al menos hasta el pasillo, para que no me vean desde fuera.»

Sabía que en la casa no había nadie más; al menos, nadie humano. ¿Qué demonios era aquello que se hacía pasar por Susan? Tenía algo de real, porque Arky lo había visto. ¡Si hasta habían hablado! Y era lo bastante sólida para haber llevado una botella y un vaso a la sala de estar.

Se fijó en la silla que tenía delante. Susan, la Susan de verdad, le había cambiado la tapicería hacía dos veranos. Había movido la librería al rincón para que no se inclinara y había pintado los suelos. El día anterior, Scott aún se preguntaba si su impronta era allí tan clara como para proyectar una imagen tangible de ella.

No le había parecido un pensamiento tan espantoso.

En ese momento, sin embargo, la sola idea de tropezarse con aquella cosa en el pasillo, cara a cara, quizá también ella a cuatro patas, le provocaba escalofríos.

Se la imaginaba con el rostro pálido y los ojos blancos y sólidos como los de una antigua estatua griega. ¿Qué le diría a él? ¿Se parecería su sonrisa a la que recordaba de Susan?

Contuvo las lágrimas, estremecido.

«Susan, Susan, ¿por qué has tenido que morir? ¿Por qué me has dejado aquí? ¿Cuánto de ti hay en esa cosa?»

A gatas, enfiló hacia la boca oscura del pasillo. Ozzie no les había enseñado a rezar ni a Diana ni a él, así que susurró las letras de unos villancicos cristianos… Pero de pronto se dio cuenta de que estaba recitando la canción de «Sonny Boy» y se mordió los labios.

Una vez en el pasillo, se puso en pie; trató de descargar todo el peso en la pierna sana. Por la puerta del dormitorio se veía el rectángulo gris de la ventana rota, al otro lado de la cama, e hizo un esfuerzo por

avanzar hasta allí.

El armario tenía la puerta abierta y ella estaba dentro, acuclillada sobre el montón de ropa arrancada de las perchas.

—Así que me dejas para irte con tus amigos —susurró.

Scott no la miró.

—Estás… —Se detuvo, incapaz de decir: «Muerta». Se arrodilló en la cama y se arrastró hacia la ventana—. No eres Susan —dijo, vacilante.

—Me estoy convirtiendo en ella. Pronto seré ella. —De repente, la habitación olía a café caliente—. Llenaré el hueco…

—Me… me tengo que ir —contestó Scott, aferrándose a lo cotidiano de la frase.

Con cuidado, sacó la pierna herida por la ventana; luego pasó la otra y se agarró al marco. La brisa nocturna era fresca.

Se oyeron golpes y gemidos, apagados pero violentos, procedentes del armario: por lo visto, le había dado un ataque. Scott se dio impulso para saltar a la hierba seca y cruzó cojeando el patio oscuro hasta el hueco de la valla.

ONCE

¿Cómo me maté?

Crane entrecerró los ojos, cegado por el resplandor de la mañana en el asfalto de la autopista.

Cuando habían salido por la puerta trasera de Mavranos, a hurtadillas, un par de horas antes del amanecer, la lluvia repiqueteaba contra los canalones y siseaba entre las hojas de los árboles. Después de desayunar en una cafetería de la otra punta de la ciudad, mientras regresaban al aparcamiento (Mavranos, con un palillo entre los dientes), brillaba el sol en el cielo despejado, y solo el frío de la manija le recordó a Crane que aún no había llegado el verano.

El vehículo era una furgoneta incautada que había comprado Mavranos el otoño pasado en un depósito municipal: una Suburban del 72, grande, cuadrada, con el parabrisas agrietado, neumáticos enormes y chapa azul erosionada por el desierto. La furgoneta se sacudía y protestaba al trotar por la autopista Newport, pero Mavranos conducía relajado, con una mano al volante y, en la otra, una lata de Coors envuelta en una funda de plástico con el logo de la Coca-Cola. Un «disimulador», según él.

Crane iba en el asiento del acompañante, tomando café tibio en un vaso de cartón e intentando mantener el equilibrio pese a los zarandeos del vehículo, con las piernas flexionadas para no pisar la cantidad de libros, herramientas y ropa vieja del suelo. Mavranos le había vendado el corte del muslo con la eficacia de un antiguo boy scout; le había asegurado que no se le infectaría, pero la pierna le dolía y le palpitaba. Al darse un golpe contra un reposabrazos, había visto las estrellas; había tenido que mirar al suelo y respirar hondo para no desmayarse.

Llevaba unos vaqueros viejos de Mavranos con los bajos enrollados en los tobillos, como un crío, porque le quedaban muy largos.

Apoyó la cabeza contra la ventanilla y sintió el frescor en la frente caliente; hacía mucho que no viajaba por aquella autopista. Recordaba vastos regadíos de fresas y judías verdes a los lados, pero en ese momento había concesionarios gigantescos y edificios inmensos de cristal color bronce con carteles en los que se leía UNISYS o WANG, y un centro comercial de dos plantas, el South Coast Plaza, todo mármoles, tragaluces y helechos, en torno al cual se agrupaban bancos nuevos y relucientes, bloques de pisos y hoteles.

En el condado de Orange, los naranjos brillaban por su ausencia; lo habían conquistado los urbanizadores, que lo habían vuelto tan estéril

como increíblemente caro, y la adinerada autocomplacencia de la zona parecía excluir por definición a personas como Arky o como él, igual que había excluido a los granjeros.

—Encorbatados —gruñó Mavranos, que había apartado la vista del tráfico un momento. Hizo una pausa para beber un trago de cerveza —. Se… reproducen. Las autopistas están atascadas casi siempre, no se puede hacer ejercicio con este aire, lo que pescamos en la bahía es incomestible y la gente como nosotros no puede ni comprarse una casa, aunque las han construido a miles en las colinas y los cañones. Además, ¿te has dado cuenta de que no hacen nada? Son todos intermediarios. Venden, especulan, promueven, gestionan… Pero no hacen nada.

Crane, recostado contra la ventanilla, esbozó una sonrisa cansada.

—Alguno habrá que haga algo, Arky.

—Ya me imagino, pero a esos los echan rápido de sus filas. Los que te digo crecen y se reproducen a costa de todo lo demás, hasta de la tierra y el agua.

Un BMW flamante los adelantó a toda velocidad por la derecha.

—Susan está muerta —dijo Crane de sopetón—. Mi mujer.

Mavranos giró la cabeza y lo miró. Levantó el pie del acelerador.

—¿Cómo? —ladró—. ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo te has enterado?

—Fue hace trece semanas. ¿Te acuerdas de cuando vino la ambulancia y dije que se había desmayado? —Crane apuró el café y tiró el vaso de cartón a la parte trasera de la furgoneta—. En realidad, había muerto. Fibrilación. Un ataque al corazón.

—Y una mierda trece semanas, pero si yo…

—No era ella. Viste algo, hablaste con algo, pero no era ella. Era… no sé, una especie de fantasma. Te lo habría contado antes, pero hasta anoche no me di cuenta de que… debe de ser cosa de las cartas.

Mavranos frunció el ceño y negó con la cabeza una y otra vez.

—Pero… pero… ¿estás seguro? ¿Seguro que ha muerto? ¿No estarías borracho, por decir algo…, y te dejó o algo así?

—Arky… —Crane extendió las manos en un gesto de impotencia—. Estoy seguro.

—Joder. —Mavranos miraba al frente sin parpadear, pero tragaba saliva y tenía los ojos brillantes—. Me lo vas a tener que contar todo, Pogo.

Crane le cogió la lata de cerveza y bebió un buen trago.

—Estaba tomándose un café, por la mañana… —empezó.

Se apearon en un aparcamiento al oeste del muelle de Balboa, y se alejaron de la espuma y el retumbar de las olas hacia la sombra de los árboles que flanqueaban la estrecha calle principal. A Crane le dolía la pierna; tuvo que pedir varias veces que se detuvieran para poder respirar hondo y apoyar el peso del cuerpo en la otra pierna.

Todo era calma en aquella mañana primaveral. Los coches pasaban zumbando por el asfalto mojado del bulevar de Balboa, pero había sitio para aparcar junto a la acera, y los únicos transeúntes parecían residentes en busca de la panadería, atraídos por el aroma a café que transportaba la brisa helada.

—¿Dónde solíais tomar los… godónuts? —preguntó Mavranos, con las manos hundidas en los bolsillos de la andrajosa chaqueta caqui.

—Bodónuts —lo corrigió Crane—. El nombre se lo inventó mi hermana pequeña. Viene de dónuts de Balboa. No era aquí; era en la isla.

«Era en la isla.» Sintió una punzada de incomodidad; no le gustaba saber que tenía tanta agua cerca: el canal por delante, el océano detrás.

—«Teme la muerte en el agua» —recitó Mavranos.

Crane le clavó la mirada.

—¿Cómo?

—Es de *La tierra baldía*. Ya sabes, T. S. Eliot. Es del principio del poema, cuando madame Sosostris está echando las cartas del tarot.

> Hete aquí al mercader tuerto, y este naipe,
> que está en blanco, es la carga que soporta
> y no se me permite ver. Mas no hallo
> al Ahorcado. Teme la muerte en el agua.

Crane se detuvo en seco y lo miró. Una gaviota se paseaba por la acera, muy erguida. Se oyó el graznido de otra que pasaba volando.

—Vas por ahí leyendo a T. S. Eliot —comentó.

Mavranos entrecerró los ojos con gesto beligerante.

—Oye, yo estudio. Vale, no me he leído todo Hemingway ni Fros ni H. Escote Fitzgerald, pero saco muchas cosas de todo tipo de libros: todo lo que tiene que ver con encontrar una cura. Y si no ves que también tiene relación con lo que te está pasando…

—No, no, claro que lo veo. Tienes que contarme más cosas de Eliot y de *La tierra baldía*. Lo que pasa es que es raro que alguien se te ponga a citar a Eliot así como así.

—¿No te habías dado cuenta de que soy raro, Pogo?

Crane guio a Mavranos calle abajo medio cojeando. Pasaron junto a una elegante marisquería y siguieron hasta la acera del fondo. Al otro lado de la baranda, las embarcaciones recreativas se mecían en el oleaje verdegrisáceo. El atracadero del transbordador estaba a la izquierda, más allá de las máquinas de videojuegos, los quiromantes y los puestos de polos de plátano helado de la feria de atracciones; hasta aquello tenía un aire más sofisticado que en los tiempos en los que iba por allí con Ozzie y Diana. Las casetas desvencijadas de madera pintadas de colores chillones y la acera sucia por la que deambulaban hippies y borrachos se habían transformado en escalerillas con

pasamanos relucientes que llevaban a las terrazas de los restaurantes (todas con sus sombrillas), a los destellos de las máquinas recreativas y a un tiovivo en el que sonaba una chocante versión swing de «Ain't We Got Fun».

Crane se sintió aún más fuera de lugar que en la autopista.

En el atracadero había un transbordador con el portalón de hierro abierto, del que en ese momento salían tres coches chirriando por la rampa de madera. Otro transbordador se alejaba, ya a medio camino del canal, de mil quinientos metros de ancho. Con las tablas erosionadas y la pintura roja y blanca desvaída, aquellas embarcaciones eran lo único que no había cambiado desde los tiempos de Crane.

Subió a bordo y sintió como la cubierta se mecía. No le gustó.

«Teme la muerte en el agua.»

Crane y Mavranos pagaron dos monedas de veinticinco centavos a la chica del impermeable amarillo que llevaba la riñonera con el cambio; los bancos de madera estaban encharcados por la lluvia, así que se quedaron de pie en la cubierta de tela asfáltica gris. El motor se puso en marcha y se adentraron en las aguas, y se quedaron allí viendo acercarse las palmeras, los mástiles de los barcos y los edificios bajos de la isla de Balboa.

Mavranos se echó hacia atrás el pelo negro y desaliñado, y lanzó una mirada al mar.

—Dios, mira cuántos peces… Lubinas, caballas… Joder, hasta un tiburón tigre. Aquí se puede pescar con escopeta.

Crane escudriñó las formas difusas que se movían bajo la superficie del agua.

—Me juego algo a que Saturno brillará esta noche —dijo en voz baja—. Y a que tendrá todas las lunas detrás.

Se bajaron del ferry en el muelle de la isla y se dirigieron al este por el paseo marítimo, entre las carísimas casas sin patio de la izquierda y la franja de playa de la derecha, salpicada de embarcaderos privados. Crane avanzaba a ritmo constante pese a la cojera, pálido y sudoroso.

Unas nubes oscuras se aproximaban de nuevo por el norte y el oeste, muy vivas contra los retazos de cielo azul. Crane alzó la vista: a gran altura volaban en círculos las gaviotas, de un blanco encendido por el reflejo del sol contra un fondo de nubarrones negruzcos.

Al extremo sur de la calle Marine, una enorme tubería sobresalía de la duna de arena y se adentraba varios metros en el agua. Encima se veía un cartel que rezaba: ¡PELIGRO! BOCA DE TORMENTA.

«Más agua —pensó Crane—. Y agua peligrosa.»

—Es aquí a la izquierda —dijo, nervioso—. Hay un mercado ahí delante; venden verduras, pan… Es donde comprábamos los dónuts. Es un lugar antiguo, de los años veinte. Espérame aquí.

—Puedo ayudarte.

—Pareces Gengis Kan. Confía en mí, es mejor que esperes.

—De acuerdo, Pogo, pero si ves al viejo acuérdate de todo lo que te diga.

—Oye, que estoy sobrio, ¿te enteras?

Crane se alejó cojeando calle arriba, aún al sol, pero de camino a la oscuridad que arrojaban las nubes. A ambos lados se sucedían las casas angostas; no vio más que a mujeres arrodilladas en los diminutos jardines y a hombres que dedicaban la mañana del sábado a actividades incomprensibles en los garajes abiertos, con herramientas chirriantes.

Le habían cambiado el nombre: ya no era el mercadillo de Arden's Milk, sino el mercado de Hershey, y la tienda de ultramarinos de la otra acera se había transformado en una inmobiliaria. Sin embargo, las siluetas de los edificios eran las de siempre. Trató de acelerar el paso.

—No te muevas ni un milímetro, Scott.

La voz era tan autoritaria como recordaba, y Crane obedeció en el acto. Miró a un lado, titubeante, y vio una figura alta y delgada a la sombra del toldo del viejo restaurante Village Inn, a cinco metros por la calle encharcada.

—¿Oz?

—Tengo un arma cargada con balas de punta hueca apuntada directa al corazón —dijo el anciano con voz tensa—. ¿Quién es tu amigo, el que se ha quedado abajo?

—Mi vecino; tiene el mismo problema que yo. Me…

—¿Qué mierda de coche es ese para ir por el mundo?

—¿Coche? ¿Te refieres a la furgoneta? Es suya, una Suburban. Se dedica a comprar coches incautados…

—Déjalo. ¿Qué libro estabas leyendo cuando fuimos a buscar a Diana?

—Joder, Oz, no es justo que esperes que lo recuerde, pero era *Los hombres monstruo*, de Edgar Rice…

—Vale, aún no ha celebrado la siguiente partida. Pero seguro que será en Pascua. —El anciano salió de entre las sombras ayudándose de un bastón ortopédico de aluminio con cuatro patas en la base. El pelo blanco como el algodón le raleaba, y vestía un traje gris oscuro que le quedaba grande, con camisa blanca y corbata azul. Sin sacarse la mano del bolsillo de la chaqueta, se acercó despacio a Crane por el asfalto mojado—. ¿Qué quieres de mí?

—¿No me preguntas ni qué tal estoy? —dijo este con los ojos llenos de lágrimas—. Cometí un error, por Dios. Era un crío idiota; ¿a cuántos críos conoces que no lo sean? ¿No me vas a perdonar ni ahora, veinte años después? Esto va a acabar conmigo, y tú como si…

—Tienes una pinta de mierda —replicó el viejo con tono brusco—. Bebes demasiado, ¿a que sí? Y ahora que ya es tarde vas por ahí con un pelagatos en una furgoneta de chiste a ver si se te ocurre cómo detener el chaparrón. Mierda. —Dejó el bastón de pie, dio unos pasos hacia Crane y lo rodeó con el brazo libre—. Te quiero, hijo, pero eres hombre muerto —dijo, con la voz ahogada contra su cuello.

—Dios, Oz, yo también te quiero. —Crane le estrechó con fuerza los hombros flacos—. Y aunque sea hombre muerto, me alegro de verte una vez más. Pero, por favor, tienes que contarme qué pasó. ¿Cómo me maté jugando en… en aquella puñetera partida?

Ozzie retrocedió unos pasos y agarró el puño de goma del bastón. Crane se dio cuenta de que los años le habían marchitado el rostro, en otro tiempo recio, y le habían apagado todo rastro de emociones que no fueran la ansiedad… y tal vez una chispa del humor de siempre.

—Asunción —dio Ozzie—. Aquel hombre, el tal Ricky Leroy, te asumió: te embargó el cuerpo. Por ahora lo retiene, pero al final será suyo. Leí mucho sobre esto después de perderte, caray; hice indagaciones… y ya antes conocía bien los peligros de las cartas. Sí, todas esas cosas que a ti te parecían supersticiones tan tontas como tocar madera. —Bajaba un coche por la calle estrecha, así que Crane y Ozzie se subieron a la acera—. Por ahora sigues siendo tú mismo —siguió Ozzie—, aún eres tú el que mira con tus ojos, pero tras la próxima partida del lago será él. Y también tendrá a los otros que se llevaron dinero por las manos asumidas en la partida del 69; en esa serie de partidas. Para Leroy seréis como una colección de circuitos cerrados de televisión, móviles y controlables a distancia. No te empieces ningún libro largo, hijo. —El anciano sacudió la cabeza; tenía los ojos húmedos—. No te creas que disfruto diciéndote esto.

Crane apretó los puños y notó los músculos de las palmas. Los dedos le hormigueaban.

—¿Y no puedo… no puedo hacer nada? ¿Se acabó? ¿Ya está? ¿No puedo… matarlo o lo que sea?

Ozzie, entristecido, negó con la cabeza.

—Vamos con tu amigo. No, no puedes matarlo. Podrías matar a uno de los cuerpos en los que está, o a un par, pero siempre tendrá al menos otro escondido en un lugar del que no habrás oído hablar ni por asomo, del todo inaccesible. Además, ya ha empezado a matarte; está dejando escapar el alma para el desahucio. Dioniso te tiene agarrado por el gaznate con el alcohol, y tu familia y tus mascotas van a empezar a morir de las enfermedades del azar: cáncer, problemas coronarios…

«Problemas coronarios —pensó Crane—. Problemas coronarios.»

Siguió caminando.

—¿Por mi… culpa? —dijo con la voz más neutra que pudo poner.

Ozzie lo escudriñó con la mirada.

—Joder, lo siento, soy un bestia. Ya ha sucedido, ¿verdad? Claro. ¿Quién?

—Mi mujer. Se… —Tuvo que sentarse en el bordillo—. Tuvo un ataque al corazón. —Se sentía vacío y movía las manos sin tino, como si palpara una forma desconocida en la oscuridad.

«De las enfermedades del azar —repitió la voz de Ozzie en su mente. Y luego la suya decía—: ¿Por mi culpa?»

—Levántate, Scott. —Ozzie lo zarandeó con la mano libre y Crane se puso en pie despacio, sin esbozar siquiera una mueca cuando apoyó el peso en la pierna herida—. No es… no es culpa tuya, de verdad; es como si hubierais tenido un accidente contigo al volante y ella hubiera muerto. Eso sí, tu amigo el hippy… Sería mejor que fuerais amigos por teléfono.

Crane miró alrededor, aturdido. No había cambiado nada: los transeúntes que paseaban entre las tiendas seguían como si nada… Pero había un zumbido en el aire, una vibración en el asfalto, como si acabara de suceder algo.

«Por mi culpa…»

El viejo y él reanudaron la trabajosa marcha por la acera.

—Mi amigo el hippy… —dijo con tono ausente. Se interrumpió para bostezar—. Para mi amigo el hippy ya es tarde. Ya tiene cáncer, desde antes de que me encontrase.

Crane estaba muy cansado. No había dormido nada la noche anterior, pero el corazón le latía a toda velocidad; estaba cubierto de sudor húmedo y sentía náuseas.

—Tiene que ser horroroso verlo comer con esos bigotes.

Ozzie miraba al frente. Crane tendió la vista y advirtió a Mavranos sentado en el borde de una jardinera.

—Sí, menudo espectáculo —dijo sin pensar.

Agitó la mano y Mavranos se bajó de un salto desgarbado.

—Dices que te encontró —comentó Ozzie—. ¿Por qué te buscaba?

—Cree que lo llevaré adonde vive el azar. —Hablar le suponía un verdadero esfuerzo. Se detuvo y respiró hondo—. Quiere engañar al azar para que le revierta el cáncer.

Ozzie, con el ceño aún fruncido, dejó escapar una risita.

—No está mal. Es como subir hasta el límite y luego tirar las cinco cartas y pedir otras nuevas. Es una idiotez y no puede salir bien, pero me gusta ese estilo. —No se había sacado la mano del bolsillo de la cazadora—. Anda, ve y dile que llevo un arma.

DOCE
A la Capilla Peligrosa

Los tres se sentaron en el borde de la jardinera de ladrillo. Ozzie estaba en un extremo, a medio metro de Crane. Miró el reloj.

—Tengo diez minutos, muchachos. Después no volveré a veros en este mundo. —Le apretó la mano a Crane, sin mirarlo—. Anoche, después de la llamada de Diana, me puse en contacto con unos amigos; han estado vigilando el transbordador y los coches que aparcaban, y desconfían de vosotros desde que os habéis bajado de la furgoneta. Si no nos separamos a la media hora de haber empezado a hablar contigo, Scott, un par de ellos vendrá a sacarme de aquí. Y si se me ocurre alejarme de este mismísimo punto con vosotros, os matarán a los dos. Por supuesto, si se nos uniese alguien con pinta autoritaria, y hasta a un helicóptero le costaría llegar hasta aquí, lo más probable sería que nos matasen a los tres al instante.

Mavranos miró un momento a Ozzie y soltó una risotada.

—Qué cabrón, el viejo. Me cae bien, Scott —comentó arrastrando las palabras.

—¿Cómo me embargó Ricky Leroy el cuerpo en aquella partida en el agua, en el lago Mead? —preguntó a toda prisa, intentando concentrarse.

Ozzie se pasó la mano libre por el escaso pelo blanco.

—La adivinación con las cartas funciona, a veces, pero es más prescriptiva que descriptiva. Cuando funciona, si te llevas el dinero de una mano, la has vendido. Vendes lo que representaran las cartas: la suerte con el dinero, la mala suerte con las mujeres… Si pagas, en cambio, la estás comprando: compras esos atributos, esa suerte. Y una mano de póquer es un conjunto de atributos. La suma de las cinco cartas puede significar que eres rico pero impotente, o feliz pero vas a morir joven, o cualquier otra combinación de factores. Y compras o vendes las cinco a la vez, las siete si estás jugando al póquer de siete cartas. Todo esto te lo conté hace años.

—Sí, pero…

—Silencio. Así es como se compran o se venden… consecuencias con las cartas. En el caso de los cuerpos es más complicado. Para comprarle el cuerpo a alguien, primero hay que convertirse en su progenitor. No sé muy bien cómo funciona. Tiene que ver con que tanto los genes como las cartas sean unidades cuantificables, discretas, y con el hecho de que el individuo resultante venga definido por una selección aleatoria de esos elementos, procedente de dos fuentes

distintas. Hubo una mano que combinaba las cartas de dos personas: esa mano te definía y te la llevaste. Eras tú, era tu esencia, tan tuya como el patrón de tus genes, y permitiste que Ricky Leroy la asumiera, que la hiciera suya. Que te comprara el cuerpo. Te ha dejado ir por ahí veinte años, pero después de la próxima partida, cuando compre al siguiente lote de imbéciles, tomará posesión de los antiguos, ya maduros. —No había levantado la mirada del suelo mientras hablaba. Al terminar, apretó los labios con firmeza.

—¿Y no puedo hacer nada? ¿Ni siquiera para… para frenarlo un poco? —dijo Crane.

Ozzie alzó la vista y dejó escapar el aire.

—Bueno, para frenarlo…, sí. No bebas alcohol. Dioniso no es buena compañía ahora. También se lo conoce como Baco, dios del vino, y está de parte de Leroy. Incluso se podría argumentar que Leroy es Dioniso. Quédate cerca del agua; si puedes, en ella, aunque pronto la detestarás como un perro con hidrofobia. No juegues a las cartas; te detectaría. Pero después de Pascua ya no importará lo más mínimo. —Sacudió la cabeza—. No sabes cuánto lo siento, hijo.

Crane tomó una bocanada de aire fresco marino.

—Voy a combatirlo —dijo, sorprendido, pues se dio cuenta de que lo decía en serio—. Voy a luchar contra él.

Ozzie se encogió de hombros y asintió.

—Está bien que tengas algo con que mantenerte ocupado.

—¿Alguna posibilidad de que me libre del cáncer? —preguntó Mavranos, inclinándose hacia Ozzie.

—Claro. —Ozzie esbozó una sonrisa amable que le acentuó las arrugas y, aun así, le dio un aire más joven—. Una posibilidad infinitesimal, pero igual que cuando juegas a la lotería. Si consigues estar en un… lugar, en un foco, donde una pauta estadística recurrente se vuelva aleatoria, o viceversa… Como cuando una mesa de dados pasa de caliente a fría. Si consigues estar en mitad de una partida de apuestas vertiginosas justo cuando cambia… Tendría que ser en Las Vegas, casi seguro, porque te haría falta que las probabilidades zumbaran a tu alrededor como una nube densa de moscas, que hubiera un montón de partidas en marcha… y que todas pasaran a la vez de estar sincronizadas a desincronizadas: un cambio de fase en el que tú participaras. Al salir, podría ser que tus células hubieran olvidado que querían volverse cancerosas.

—Como lo que hizo Arthur Winfree con los mosquitos —apuntó Mavranos. Ozzie parecía perplejo, así que se explicó—: Los mosquitos comen y duermen en ciclos regulares; lo que marca los tiempos es la salida y la puesta del sol. Se les puede acortar o alargar el ciclo, y reajustar los tiempos, si se los tiene en un lugar cerrado y se cambian los periodos de luz y oscuridad. Al hacer un gráfico con las posibles

pautas, se ve que contienen una cosa matemática llamada singularidad: si les metes una luz potente en el momento adecuado, pierden el ciclo, y se ponen a dormir, a volar y a holgazanear sin sentido ni pauta alguna. Otra ráfaga de luz bien calculada vuelve a meterlos en el ciclo.

—Sí. Muy bien. —Ozzie se quedó mirándolo—. Ese ejemplo es mejor que el de la mesa de dados, aunque sigo pensando que tendrás que intentarlo en Las Vegas. Es donde tendrás un mayor flujo de números y probabilidades a tu alrededor, y también de factores psíquicos, te lo aseguro. Tampoco estaría de más que te acompañara algo o alguien con un orden fuera de lo común; así, cuando embistiese la oleada de redistribución, habría un incentivo para que todo cayese por el lado del orden. Como un cristal semilla. —El anciano bostezó y se encogió de hombros—. Eso creo.

Crane se estremeció y se metió la mano en el bolsillo.

—¿Y qué podemos hacer para salvar a Diana?

—¿De qué hay que salvarla? —Ozzie se puso alerta de pronto.

—Mira. —Crane le tendió la fotografía de lady Issit—. Doy por hecho que «retirar» significa «matar».

—Así es. —El anciano miró la foto y leyó la nota del reverso—. No creo que corra ningún peligro. A algunos les gustaría utilizarla, o matarla, pero Diana no llama la atención. No es ella la que ha jugado a la asunción. Además, aunque nos capturasen a ti y a mí ahora mismo y nos pusiesen ciegos de pentotal sódico, no conseguirían nada, porque ninguno de los dos sabe dónde está. —Le devolvió la foto—. No, hijo. Lo mejor que podemos hacer por ella es no entrometernos. —Ozzie miró el reloj y se bajó de la jardinera—. Se acabó el tiempo. —Con una especie de formalidad triste, tendió la mano derecha y Crane se la estrechó—. Me voy a disfrutar de lo que me queda de vida —dijo, con la falta de naturalidad de quien recita un discurso memorizado—. Os recomiendo que hagáis lo mismo los dos. Visto lo visto, parece que voy a vivir más que vosotros, y no sabéis cuánto lo siento. Me alegro de haber vuelto a verte, Scott… Y me alegro de que te casaras. A veces desearía haberme casado yo. Suerte para ti, Archimedes.

Crane se bajó también.

—Diana no dijo dónde vivía, pero sí que estaba… ¿cómo era?

—Sobrevolando la hierba —aportó Mavranos.

Ozzie agachó la cabeza ligeramente; se le desenfocó la mirada. Tomó aire, lo soltó, se irguió y agitó tres veces el puño en el aire.

Calle arriba sonaron dos toques de bocina.

Ozzie le lanzó a Crane una mirada tensa.

—Eso significa «Confirma, por favor».

Volvió a agitar el puño tres veces.

Sonó otro bocinazo y, tras ellos, la sirena de un barco en el canal.

—De acuerdo. —Fue el primer momento en que a Ozzie le tembló la voz—. Habéis conseguido una prórroga. Contadme todo lo que dijo.

Crane recapituló y contó todo lo que le había dicho Diana, y Mavranos le recordó un par de detalles que le había comentado la noche anterior mientras le vendaba la pierna. Ozzie se recostó contra la jardinera y se quedó mirando el cielo, cada vez más oscuro. Pasaron un par de minutos. Cuando Crane iba a decir algo, Ozzie lo mandó callar con un ademán.

Por fin bajó la cabeza y lo miró.

—Quieres salvarla de verdad —dijo.

—Es… prácticamente lo único que me queda por querer —respondió Crane.

—Pues tendremos que volver adonde está tu teléfono. Tendrás que clavarte otro cuchillo, o meter la mano en el triturador de basura si hace falta. Y, cuando llame, le diré que se largue de donde está. Si se queda ahí, está perdida. Se puede dar por muerta o algo peor; es tan inocente en todo lo que respecta a las cartas… Pensé que así estaría a salvo, pero mira dónde ha ido a meterse la muy tonta. Le diré que se vaya y le explicaré cómo. A mí me hará caso. ¿De acuerdo?

—Meter la mano en el triturador de basura.

—No literalmente, pero haremos lo que sea necesario, ¿vale?

—Claro, Oz. —Trató de decirlo con ironía, pero hasta a él mismo le pareció que sonaba débil, asustado, ansioso por agradar.

—Antes de que te hagas picadillo la mano, Pogo —intervino Mavranos con una amplia sonrisa—, antes de volver siquiera a casa, vamos a llamar a tu número. No vale de nada que volvamos, y mucho menos que acabes hecho cachos, si te han cortado la línea o han puesto a alguien ahí.

—Bien pensado —convino Crane.

Habría dado cualquier cosa por una copa.

Calle arriba, a la entrada del Village Inn, había un teléfono público. Ozzie metió una moneda en la ranura, descolgó y marcó el número de memoria.

Contestaron a los dos timbrazos.

—¿Sí? —dijo un hombre joven con ahínco—. Domicilio de Scott Crane; ahora no… Perdone, ¿puede esperar un momento?

—Claro. —Ozzie, sombrío, hizo un gesto de asentimiento a Mavranos.

Se oyó como dejaban el teléfono en la mesa; de fondo ladraba un perro y sonaba la alarma de un coche. El joven regresó a los pocos segundos.

—¿Dígame?

—¿Me puede poner con Scott Crane, por favor?

—Vaya, Scott ha tenido un accidente —dijo la voz—. Se ha… Espere, acaba de llegar Jim, estoy viendo el coche. Ha ido a ver a Scott al hospital. Jim es amigo de Scott; ha dicho que era su hermano para que lo dejaran pasar. ¿Quiere esperar a que venga? Él se lo explicará todo.

—Llamo del *Orange County Register* —dijo Ozzie—, era por lo de la suscripción. Siento haberos cogido en mal momento. —Colgó.

—Guau. Han puesto a un tío en mi casa —dijo Scott.

—No digas nada durante un minuto —ordenó Ozzie, y se apartó del teléfono. Contemplaba la luz amarillenta de la calle bajo el cielo negro, al otro lado del cristal—. Puedo poner un anuncio en el periódico, pero es imposible que le llegue o que lo vea si no uso su nombre, y no me atrevo… Además, ni siquiera sé su apellido de casada… —Meneó la cabeza, con el ceño fruncido—. Salgamos.

Crane y Mavranos lo siguieron a la avenida Marine y se acoplaron a su paso lento, de nuevo rumbo al agua. A los dos lados de la calle, los tejados se cocían al sol, aunque la lluvia, silenciosa, ya empezaba a dibujar lunares en el asfalto.

—No he tocado las cartas desde la partida del Horseshoe del 69 —dijo Ozzie—. No podía correr el riesgo de que me reconocieran y te llegara la noticia. Tenía sesenta y un años, un coche, veinticuatro mil dólares y una hija adoptiva de nueve años, y no tenía oficio ni beneficio. —Crane iba a decir algo, pero Ozzie lo mandó callar—. Ya has dicho que lo sientes, y fue hace mucho tiempo. El caso es que me la llevé a un lugar barato y al poco tiempo conseguí trabajo, mi primer empleo. Diana empezó a ir al colegio. Hice algunas inversiones acertadas, y estos últimos… diez años, pongamos… he vivido con comodidad. Sé lo suficiente del mundo para conseguir ayuda, como esta mañana, y si es solo una vez cada cierto tiempo hasta me lo puedo permitir. —Soltó una carcajada—. ¿Sabéis a qué me dedico ahora? Hago ceniceros, tazas y vasijas de arcilla. Tengo un horno de alfarería en el patio trasero. Se los vendo a tiendecitas exclusivas, de esas dedicadas casi solo a turistas, y siempre los firmo con nombre falso. En cuanto sube la demanda, dejo de fabricarlos un par de años, hasta que la gente se olvida de que los quería. Una vez el periódico local quiso escribir un artículo sobre mí y estuve seis años sin tocar una gota de barro. Si hay algo que no quiero es publicidad.

La lluvia comenzaba a arreciar y el día se apagaba.

—¿Habéis estado alguna vez en la cárcel? —preguntó Ozzie. Los dos asintieron—. Lo que más odio es ese retrete enano sin asiento que hay que compartir con seis tíos más. Y odio pensar que puede que algún día viva detrás de un contenedor, con cuatro camisas sucias y tres pares de pantalones estrambóticos puestos a la vez… y la sola idea de que me den una paliza de las de verdad, ¿sabéis?, de esas en las que

notas que se te está rompiendo algo y ni aun así dejan de patearte. Y aborrezco la idea de estar en un hospital, lleno de tubos y catéteres metidos por todas partes. Mear en una cuña. Que me laven con una esponja. Que me salgan llagas.

»Lo que me gusta es mi casa —continuó con un suspiro—, la casita estilo colonial en la que vivo, con la hipoteca pagada, con mis gatos, mis novelas de Louis L'Amour, mi copa de Ballantine's y mi pipa Kaywoodie cargada con Amphora Red. Y tengo todos los casetes de Benny Goodman, Glenn Miller y Bing Crosby.

—Esas son las cosas que te gustan —dijo Mavranos con voz amable.

—Exacto —convino Ozzie sin apartar la vista del agua—. A Diana la quiero. —La lluvia le corría por el rostro arrugado—. Pero… no sé si puedo hacer nada. Aunque, claro, son los gatos, los libros y los casetes los que hablan. «No hay nada que pueda hacer un viejo de ochenta y dos años… Es una pena, pero bueno, quédate en casa con nosotros.»

—¿Qué significa «sobrevolando la hierba»? —preguntó Crane, algo incómodo.

—¿Eh? —Ozzie parpadeó y volvió la vista hacia él—. Ah, es jerga de pilotos; lo dicen cuando vuelan muy bajo, a ras de suelo, para no aparecer en los radares. Pasan a toda velocidad entre las colinas, a la altura de los cables de la luz o poco más, y así se confunden con el contorno del terreno. Ya pueden estar ante las mismísimas narices del enemigo, que llaman tan poco la atención que ni se los ve.

Cuando llegaron junto al cartel que advertía sobre la boca de tormenta, Ozzie los guio a la derecha por el paseo marítimo, en dirección al transbordador. Mavranos, impaciente ante la lentitud de sus compañeros, iba delante y avanzaba de espaldas en zigzag.

—¿Tenéis lo necesario para viajar? —preguntó el anciano—. No creo que sea inteligente acercarnos a la casa.

—Llevo dos mil encima —dijo Crane, palpándose el bolsillo.

—Yo también tengo algo de pasta —aportó Mavranos—. Scott lleva un revólver del 357 en el coche, y yo, uno del 38 especial en la guantera. Por lo que he entendido, tú también tienes un arma. Por el camino podemos pillar una escopeta y munición. Y una caja con cerradura para guardarlo todo y cruzar la frontera de manera legal.

Ozzie asintió.

—¿La frontera? —inquirió Crane—. ¿Adónde vamos?

—Adonde está tu hermana adoptiva —dijo Mavranos, impaciente—. A la Capilla Peligrosa de la Tierra Baldía. A Las Vegas.

—Sí. —Ozzie temblaba. Aceleró el paso—. De vuelta a Las Vegas. Será mejor que nos demos prisa, caballeros —añadió en tono vivo, casi alegre—. ¿Esa furgoneta ridícula tiene calefacción, Archimedes? Se me olvidaba deciros que el frío es otra de las cosas que detesto.

—Tiene calefacción como para cocerte huevos en los bolsillos de la

camisa —le aseguró Mavranos—. Aire acondicionado, no. Eso lo notaremos cuando estemos en pleno desierto de Mojave, en medio de la nada.

Llenaron el depósito y el radiador, comprobaron los neumáticos y pararon en el Grant Boys del bulevar Newport, donde se gastaron doscientos dólares en una escopeta Mossberg y una caja de cartuchos del número 6. La escopeta era de corredera, del 12, con cañón de 43 centímetros y sin culata, con una simple empuñadura negra de plástico. Crane compuso una mueca al imaginarse el retroceso contra la palma de la mano. Si Ozzie la disparaba, se destrozaría la muñeca. También compraron un estuche de más de un metro acabado en plástico naranja, con asa, bisagra y textura de piel de cocodrilo. En el interior había dos planchas grises de gomaespuma con un relieve de pirámides redondeadas. Mavranos dijo que parecían átomos de cristal vistos con un microscopio electrónico, y Ozzie le espetó que ya se había dado cuenta de que era listo, que no hacía falta que se lo recordara.

Scott iba despacio, tratando de no apoyarse demasiado en la pierna herida; Ozzie dejó que los jóvenes cargaran con las compras. Al llegar a la furgoneta, subió con cuidado al asiento trasero y se acomodó. Mavranos arrancó y se incorporó al bulevar.

Hacía un calor sofocante en la furgoneta; Crane bajó la ventanilla para mitigar el olor a aceite de motor, a calcetines sucios y a bolsas arrugadas del Taco Bell.

Cuando el bulevar Newport se ensanchó para convertirse en autopista, Ozzie se inclinó hacia delante y le dio unos golpecitos en el hombro a Mavranos.

—Sal por la 405 norte, como si fueras al aeropuerto de Los Ángeles.

—Creía que íbamos a Las Vegas —dijo Crane, girándose—. Por la 55, directos hasta la 91 este.

—Sal por donde te he dicho, Archimedes, por favor —insistió Ozzie.

Mavranos se encogió de hombros y se desvió hacia el norte para tomar la 405. Dio un trago a una Coors recién abierta.

—Eh… ¿Este no es el camino largo a Las Vegas? —preguntó Crane.

—Te parece que a tu viejo le falta un tornillo —dijo Ozzie con cansancio, meciéndose en el asiento trasero junto a un hornillo maltrecho de hojalata. Dejó escapar un suspiro—. Mira, ¿a que no se te ocurriría ir ni a Catalina en barco sin echar un ojo al parte meteorológico y saber cómo van las corrientes y las mareas? Y de aquí a Catalina no hay nada que quiera verte muerto. Total, son solo cuarenta kilómetros. Pues ahora vas a conducir más de trescientos, con un tiempo atmosférico y unas mareas de los que no sabes nada, y un montón de tipos malos que van a por ti. —Sacudió la cabeza—. Primero hay que registrar las mareas, hijo. —Mostró los dientes

amarillentos en un intento de sonrisa—. Tenemos que ver qué tiempo hará: chuparnos un dedo y sostenerlo al viento para ver por dónde sopla y saber qué jarcias nos harán falta. Tenemos que ir a Gardena.

—¿A Gardena? —Mavranos le lanzó una mirada inquisitiva por el retrovisor.

—En Gardena hay clubes legales de póquer —dijo Crane—. Igual que en muchas otras zonas de Los Ángeles, por aquí cerca. —Se dio la vuelta en el asiento—. Pero siempre decías que no había que jugar en esos sitios.

—No por dinero —replicó Ozzie—, pagando para entrar en la partida y jugando con gente que no sabes cómo apuesta. Pero hoy no vamos por dinero, ¿verdad? Y lo peor de tratar de ganar dinero en estos emporios del póquer, donde hay cincuenta o cien mesas activas a la vez, es que el efecto adivinación se desencadena mucho más a menudo y, cuando comienza en una mesa, hay muchas posibilidades de que se extienda.

—Otra vez lo del cristal semilla —apuntó Mavranos.

—Eso es. Los jugadores más espabilados siempre tienen un cigarrillo encendido aunque no fumen, para ver cómo se comporta el humo. Si empieza a concentrarse en el centro de la mesa, se salen y van a tomar algo (por lo general, agua o una Coca-Cola), solo para comprobar si el líquido está nivelado. Pero yo quiero ver las… las mareas de la fortuna. Me meteré en alguna partida en la que el humo se concentre y, si las manos que me dan se pueden aplicar a nuestra situación, intentaré comprarnos buena suerte o vender la mala.

—¿Qué quieres que hagamos nosotros? —preguntó Mavranos.

—¿Tienes cigarrillos?

—Hay medio cartón de camellitos ahí detrás.

—Podéis jugar los dos, siempre que tengáis un cigarrillo encendido y echéis un ojo al humo. En cuanto se mueva de forma extraña, retiraos. Ahora que lo pienso, no estaría de más que jugaras un poco, Scott. Si te perciben, darán por hecho que estás en Los Ángeles, y no vas a seguir ahí mucho tiempo. O podéis hacer de mirones: vigilar, comer algo, lo que os dé la gana. —Ozzie escudriñaba la autopista por el parabrisas agrietado—. Ahora, al norte por la 605. Toma la 5 y sigue hacia el norte: nos llevará directos al centro, y no nos vendrá mal estar cerca del río de Los Ángeles, aunque siempre esté seco.

Pese a los veintiún años transcurridos, Crane conocía bien la voz de Ozzie, y se dio cuenta de que estaba asustado: iba a correr riesgos que había evitado hasta en sus años mozos, y había tenido que abandonar la cómoda rutina sin tiempo para prepararse, sin haber cogido siquiera un traje de repuesto, ni objetos personales, ni libros, y sin tener la menor idea de dónde pasaría esa noche ni la siguiente. Pero Crane percibió algo más: la emoción apenas disimulada.

Había vuelto a la caza de la línea blanca.

TRECE

Ven el día de Año Nuevo; no verás más que tierra

Al Funo pasó despacio frente a la antigua casa de estilo colonial que ocupaba el número 106 de la calle Dos Este. Había vuelto a poner la luneta en el Porsche, y la calefacción mantenía el interior cálido pese al viento gélido que sacudía las palmeras.

Pasó de largo. Al ver el viejo Torino verde con el parabrisas destrozado en el aparcamiento, junto a las casas pareadas, esbozó una sonrisa. Había dado con él.

Le había pasado la dirección un amigo que tenía acceso a información sobre números de matrícula. Había tardado más de veinticuatro horas, pero, por lo visto, Smith el Espantapájaros (o Scott Crane, que era su nombre real) seguía allí.

Al otro lado de la calle había una furgoneta azul con las ventanillas tintadas; al pasar, se fijó en que el neumático de atrás tenía una marca borrosa de tiza en la parte delantera. Era la marca de los vigilantes de parquímetros, y aquella era muy reciente, tanto que la furgoneta solo se había desplazado unos metros antes de volver a aparcar. ¿Estaban vigilando la casa de Crane? El hombre de Obstadt ya le había advertido que la misión podía ser disputada.

Observó con más atención los otros coches aparcados bajo las ramas de los algarrobos: una vieja camioneta vacía; un Honda, también vacío, y un Jaguar gris ocupado por un hombre gordo y calvo.

Funo giró a la izquierda por la calle Bush y luego a la derecha por la Tres. Continuó una manzana más y se detuvo en una gasolinera Chevron que disponía de teléfono público. Estaba junto a los surtidores de agua y de aire, al borde del asfalto. Llamó a información, pidió el número de Crane y marcó. El teléfono sonó dos veces al otro lado.

—Domicilio de Scott Crane, ¿puede esperar un momento? —dijo un hombre joven, jadeante.

—Claro, amigo —respondió Funo con calma.

Miró el segundero del Rolex. Tenía por lo menos tres minutos hasta que pudieran rastrear la llamada, aunque hubieran conseguido que la compañía Pacific Bell interviniera la línea.

—Lo siento —dijo la voz apenas diez segundos más tarde—. Scott ha tenido un accidente; está en el hospital.

«Pues resulta que sí lo han pillado.»

—¡Dios mío! —exclamó Funo en tono de sorpresa—. ¿Qué ha pasado? ¡Pero si el martes por la noche estuvimos jugando al póquer!

—¿Sí? Oiga, está semiconsciente y no deja de preguntar por dos personas, Ozzie y Diana. ¿Sabe quiénes son, por casualidad?

—¡Claro que conozco a Ozzie y a Diana! —respondió Funo al instante—. ¿En qué hospital está? Yo los llevaré.

En el aparcamiento del Norm's se disparó la alarma de un coche, monótona: ¡piii!, ¡piii!, ¡piii! Un par de hombres mal vestidos se alejaron a toda prisa por la acera.

«Malditos vagabundos», pensó Funo.

—En el… —empezó la voz al otro lado de la línea—. Mierda, no me acuerdo del nombre. Jim lo sabe. Ya viene para acá, tiene que estar al caer. Oiga, ¿por qué no recoge a Ozzie y a Diana y los trae a la casa? O deme sus números y yo los…

—Ahora mismo no puedo —interrumpió Funo—. Volveré a llamar en un rato, cuando haya llegado Jim, ¿le parece? —Hablaba muy alto, porque oía la alarma del coche por duplicado: desde la cabina y, amortiguada, al otro lado de la línea.

—¿Me da sus números? —insistió el joven, nervioso—. ¿Dónde viven? Sobre todo, Diana; Scott tiene que verla sin falta.

—No lo sé con exactitud, son amigos de un amigo. ¿Cuándo tendría que llamar para hablar con Jim?

—Vaya, pues no sé cuánto rato podremos quedarnos. Oiga, ¿me da su número? Jim le llamará.

Funo recorrió la gasolinera con la mirada.

—Estaré aquí como media hora. ¿Tiene para apuntar? —Le dictó el número del teléfono público.

—Vale —dijo la voz—. Ya lo tengo. Le llamaremos enseguida.

—Muchas gracias, de verdad —respondió Funo.

Le rondaba una inquietud, y él siempre prestaba atención a los presentimientos. ¿De qué se trataba? Aquel sonido, el pitido impertérrito de la alarma…

Había sonado ahí y al otro lado del teléfono, así que el joven también lo habría oído dos veces y sabría que lo había llamado desde una cabina cercana.

Funo se metió a toda prisa en el Porsche, cruzó la calle Tres y aparcó tras un Pioneer Chicken. Entró en el local y ocupó una mesa junto a la ventana de cristal tintado para poder vigilar la gasolinera. Si no ocurría nada en media hora, iría a otra cabina y volvería a llamar.

No habían pasado ni cinco minutos cuando el Jaguar gris aparcó en la gasolinera y el gordo levantó su asombrosa mole del asiento. Examinó la cabina y escudriñó a los transeúntes y los coches más cercanos. Al cabo de un rato se dirigió a la ventanilla de la gasolinera y habló con quien hubiera al otro lado.

A Funo le martilleaba el corazón; mostró los dientes en una sonrisa nerviosa.

«No está mal —pensó—. Sabían que estaba hacia el norte. ¿Qué tendrán al sur? ¿Otro tipo de alarma, con un tono o una cadencia diferentes? ¿Un perro ladrando? ¿A alguien haciendo de chiflado y cantando himnos religiosos?»

Funo observó al gordo por la ventana tintada mientras volvía al Jaguar. Se quedó varios minutos al volante, sin moverse; luego arrancó y giró a la izquierda para volver a la calle Tres, hacia casa de Crane.

El Jaguar tenía matrícula de Nevada; Funo anotó el número.

El primer casino que vio Crane fue el Commerce, un edificio cúbico, gigantesco, que de frente parecía una especie de templo clásico, con la entrada abovedada, columnas doradas y largas paredes sin ventanas. Visto desde el aparcamiento de la parte trasera, donde tuvieron que dejar el coche, se asemejaba más a una cárcel; tenía hasta una torre de vigía. En el lado sur del casino discurría una línea de postes de alta tensión, de cuyos esqueléticos hombros de metal pendía una docena de cables. En la estrecha franja de tierra que había bajo los postes crecían hileras densas de abetos de medio metro, como alimentados por los campos electromagnéticos.

Mientras se dirigían al edificio, Ozzie contempló los cables y la vegetación, y masculló algo sobre árboles de hoja perenne con energía hidroeléctrica.

Mavranos le explicó que las franjas de tierra bajo los tendidos eléctricos no valían para mucho y que se usaban sobre todo para plantar árboles de Navidad.

—Ven el día de Año Nuevo; no verás más que tierra.

Ozzie asintió con el ceño fruncido.

El casino era una única sala grande. Al cruzar una de las muchas puertas de cristal, el mundo se transformaba en un amplio corredor con barandillas alrededor de una planta de cuatro mil metros cuadrados, ubicada cinco peldaños más abajo, dedicada al juego por entero. Junto a la barandilla se alineaban mesas, sillas y sofás, y en las altas paredes se abrían puertas que daban a un delicatessen, un bar, una sala de banquetes, una tienda de regalos y hasta una peluquería. Había columnas cuadradas cubiertas de espejos, y el techo, también espejado, era muy alto.

Mavranos se sentó a tomar una cerveza; Crane y Ozzie se separaron.

Crane bajó el tramo de peldaños más cercano y atravesó cojeando el laberinto de mesas.

Las partidas eran rápidas. Los crupieres barajaban las cartas sin levantarlas apenas de la mesa y las hacían deslizar por el tapete verde, y los jugadores pasaban, se tiraban y apostaban de manera tan ágil y discreta que, en varias ocasiones, a Crane se le escapaba cuáles eran las apuestas, y de quién. Junto a algunos jugadores había carritos de

madera con hamburguesas o hasta cenas completas, con salsa y puré de patatas, y de cuando en cuando sacaban un momento para inclinarse sobre la comida y echarse algo a la boca sin apartar los ojos del tapete.

En torno a algunas mesas se arremolinaban grupos de asiáticos, que observaban un juego a base de naipes, cubiletes de dados y pilas altas de fichas negras, las de cien dólares. Los jugadores comían pasta con palillos a toda velocidad.

Se oían anuncios frecuentes por los altavoces: «J. T., una y dos cartas», «D. F. para el póquer descubierto de uno tres»… y, de fondo, el golpeteo y repiquetear continuos de las fichas de plástico.

Crane dio sus iniciales al encargado de la pizarra del póquer cubierto de cinco y diez dólares. Mientras aguardaba turno para que le asignaran mesa, se apoyó en la barandilla y observó la partida que le quedaba más cerca.

Era tan rápida como las otras que había visto: el botón blanco de plástico que marcaba la posición de repartidor honorífico se movía por la mesa a toda prisa, casi como una fuente de comida en la cena de Acción de Gracias. Si un jugador quería pensarse el siguiente movimiento sin arriesgarse a que lo saltaran, tenía que entonar: «Tiempo… Tiempo… Tiempo…».

Desde que era adolescente no se había sentido así de intimidado ante la idea de meterse en una partida con desconocidos. «Es como una danza popular rápida y complicada de la que no me sé todos los pasos.»

—S. C. para el póquer cubierto de cinco diez —dijo el encargado al micrófono.

Crane bajó las escaleras, agitó una mano y se dirigió al asiento que le indicaron. Los jugadores de la mesa parecían llevar horas allí; por su aspecto, se habían hecho viejos en aquella sala o en otras similares.

Crane compró un par de pilas de fichas amarillas (las de cinco dólares) y aguardó a que le dieran la primera mano. La crupier, una mujer inexpresiva vestida con el uniforme del casino, barajó y repartió con celeridad. Crane fue el primero en recibir las cartas; no se había dado cuenta de que el botón estaba situado delante del hombre con barba que tenía a la derecha.

«Soy mano», pensó.

Recogió las cartas, levantó las esquinas… y tuvo que reprimir una sonrisa. Era un claro ejemplo de suerte del principiante: tenía full de dieces y damas. Primero pasó y, cuando otro jugador abrió y volvió a tocarle apostar, subió. Al llegar el momento del descarte, tiró las dos damas bocarriba.

—¡Sé que puedo completar el color! —comentó con tono alegre.

Aquella jugada irracional suscitó comentarios en voz baja e hizo

arquear alguna ceja…, pero una de las dos cartas que recibió era el último diez, con lo que tuvo póquer de dieces en la mano. Además de él, cinco jugadores siguieron en la partida, y cuando llegó el momento de mostrar las cartas, después de tres subidas, aún quedaban dos. En la mesa se hizo un silencio absoluto cuando enseñó las suyas y barrió hacia él el montón de fichas amarillas y marrones.

En la siguiente mano le llegaron un dos, un cinco, un siete, un nueve y un diez, de distintos palos. Un jugador abrió, otro subió y Crane subió a su vez. Cuando la apuesta llegó de nuevo a él, resubió, y en el descarte tiró las cinco cartas y pidió nuevas.

Dos jugadores mascullaron, furiosos, como si Crane estuviera tomándose a broma la partida. Recibió un siete, un ocho, un nueve, un diez y una dama, otra vez de palos distintos. Le llegó el turno de apostar, sacudió la cabeza y tiró las cartas bocarriba.

—Casi saco la escalera —dijo, pensativo, con el ceño fruncido.

Después empezó a jugar de manera más conservadora: antes del descarte se quedaba solo si tenía pareja de ases o una mano superior, y después, solo con doble pareja alta o algo mejor. La imagen de lunático que se había labrado en las dos primeras manos hizo que al menos un jugador le igualara la apuesta en cada ocasión.

Tras hora y media de juego, cuando llevaba ganados unos 350 dólares, vio que el humo del Camel que tenía en el cenicero empezaba a arremolinarse en el centro de la mesa. Se fijó en el vaso de Coca-Cola tibia: el líquido, desnivelado, se inclinaba hacia el tapete.

Era el momento del descarte y tenía en la mano tres corazones (la jota, el más alto) y el joker. Le habría gustado quedarse e ir a por el color, pero dejó las cartas en la mesa y las empujó hacia el centro. Recogió las fichas, le tiró cuatro amarillas al crupier y se levantó.

—Gracias a todos —dijo.

Se alejó entre las mesas y volvió a subir al corredor. Mavranos estaba tomándose una Coors en una mesa junto a la barandilla; Crane acercó una silla y se sentó.

—Fíjate en el humo —le dijo Mavranos.

Crane miró la mesa más cercana, donde jugaban una partida de póquer descubierto de cinco y diez dólares: se había formado una nubecita en el centro de la mesa. Mavranos encendió un Camel y sopló; el humo se alejó hacia la zona de juego.

—Y la cerveza está inclinada —apuntó.

—¿Y Ozzie?

—Allí, a la derecha, en aquella partida de póquer de siete cartas.

Crane se levantó y fue a la parte del corredor que estaba más cerca de la mesa de Ozzie. Este contemplaba el cigarrillo que tenía en el cenicero; el crupier tuvo que recordarle que era su turno de apostar.

Estaban a punto de recibir la séptima carta y solo quedaban Ozzie y

dos jugadores más. Estos no mostraban más que pareja baja, y Ozzie tenía tres damas a la vista.

Dio la vuelta a las damas y empujó las cartas al centro de la mesa.

Pasó una camarera. Crane estuvo a punto de hacerle un gesto, pero pensó en las tres damas que Ozzie acababa de abandonar. «Habrá que sacrificarse.» Dejó escapar un suspiro y volvió a concentrarse en la mesa.

El ganador tenía full y, mientras recogía las fichas, Crane se preguntó, distraído, qué tipo de suerte habría vendido.

Ozzie jugaba todas las manos; solo se retiraba después de que repartieran la carta número seis, que los jugadores de póquer de siete cartas llamaban la sexta calle. Incluso desde la barandilla, Crane se dio cuenta de que su manera de jugar llamaba la atención del resto; hubo un momento en que se retiró con doble pareja alta a la vista cuando en la mesa no había nada más.

Mientras miraba, Crane se bebió tres Coca-Colas y se fumó medio paquete de Camel. El humo siguió arremolinándose sobre las mesas y Ozzie siguió retirándose antes de que acabaran las manos.

Por eso Scott se sorprendió tanto cuando en una mano, al llegar la sexta calle, Ozzie titubeó.

Tenía a la vista un dos de picas, un tres de tréboles, un cinco de diamantes y un nueve de corazones. Uno de sus oponentes mostraba cuatro corazones, y otro, doble pareja de reyes y dieces negros. Este último apostó diez dólares y el de los cuatro corazones subió diez más. Era probable que tuviera el color.

—Veinte al nueve —dijo el crupier a Ozzie.

«Aparenta cien años», pensó Crane con inquietud mientras miraba a su padre adoptivo. El anciano tenía los ojos fijos en sus cartas.

—Tiempo —dijo, tan bajo que Crane tuvo que leerle los labios arrugados para deducir qué había dicho—. Tiempo… Tiempo… Tiempo…

El humo formaba un embudo encima de la mesa y, de pronto, el golpeteo constante de las fichas le sonó más agudo, como una serpiente de cascabel al girar la cola. El aire acondicionado era seco como el aliento del desierto.

Ozzie sacudía la cabeza.

—¡Tiempo! —pidió de nuevo, tan alto que hasta Mavranos lo oyó y levantó la vista de la cerveza. Ozzie frunció los labios en una mueca de desafío o de resentimiento. Alzó la vista—. Y diez más —dijo con claridad mientras empujaba tres fichas marrones al centro.

Crane advirtió que los otros jugadores miraban con curiosidad a su viejo competidor, cuya mejor mano podía ser doble pareja de nueves y cincos. Desde su punto de vista, solo podía aspirar a un full, y el de reyes y dieces prometía más.

El de los reyes y los dieces subió, igual que el del posible color.

Ozzie suspiró y puso más fichas.

—Voy.

El crupier dio otra carta, bocabajo, a cada jugador.

El de los reyes y los dieces apostó; el del color subió.

—Voy —dijo Ozzie con claridad mientras empujaba más fichas.

Había llegado el momento de enseñar las cartas; los jugadores dieron la vuelta a las que estaban bocabajo.

Los reyes eran, en efecto, un full de reyes y dieces, que ganaba al color de corazones que Crane había adivinado. La mano que Ozzie mostró, de manera casi ceremonial, se componía, además del dos, el tres, el cinco y el nueve que tenía bocarriba, de un ocho de diamantes, un as de picas y un cuatro de corazones.

Al final le había salido la escalera, pero no tenía nada que hacer contra el color y el full que habían resultado (como tenía toda la pinta) las otras manos.

Ozzie le dejó el resto de las fichas al crupier como propina, se levantó y cruzó la moqueta granate hasta la otra punta de la sala. Crane se volvió hacia Mavranos y señaló a Ozzie con la cabeza, indicándole que lo siguieran. Mavranos asintió, cogió la cerveza y echó a andar por el corredor.

Ozzie estaba de pie junto a un toldo encima del cual se leía, en letras de neón, RINCÓN DEL JUGADOR.

—Voy a tomarme un par de copas —anunció—. Tú te limitarás al café o la Coca-Cola, ¿no? —le dijo a Scott.

Crane asintió, algo tenso.

El anciano, con paso lento pero con la cabeza muy alta, encabezó la marcha hasta el fondo del bar. Se sentaron en un reservado con asientos forrados de tartán.

El bar estaba casi desierto, aunque el amplio óvalo de parqué del centro y la bola de espejos que colgaba apagada del techo sugerían que había visto tiempos más alegres. Pese al uso y abuso del tartán, los carteles deportivos enmarcados y las columnas de madera oscura con florituras victorianas, las paredes tenían aspecto de paneles sin ensamblar, por efecto de la franja de espejo que circundaba el techo y los espejos verticales que las dividían cada pocos metros. Parecía que fueran a desmontarse de un momento a otro. En una pared, una gran pantalla de televisión emitía sin sonido un noticiario en blanco y negro.

—¿Qué has comprado en la última mano? —quiso saber Crane.

—Suerte —respondió Ozzie—. No es difícil hacer una lectura rápida de las manos, al menos de lo esencial, mientras van pasando; es como identificar animales en un estanque de aguas agitadas. Pero si vas a entrar a coger uno, más te vale saber con exactitud de qué se trata. He

tenido que esperar una mano que fuera… que nos ayudara. Que pudiéramos… que fuera aceptable. Y cuesta mucho calcular siete cartas y todas las posibles interacciones, sobre todo en una mesa atestada de jugadores que no te dejan en paz. —Se frotó la cara con las manos nudosas y llenas de manchas—. Ha tardado mucho en aparecer una mano… aceptable.

Mavranos se repantigó en el asiento y observó la decoración con gesto reprobador. Recitó, sarcástico:

Donde reposen los pescadores,
allí donde el muro
de San Magnus hable
del oro y el blanco jónicos y su esplendor inefable.

—¿Más Eliot? —preguntó Crane.

Mavranos asintió. Le hizo un ademán a la primera camarera que vio, y miró a Ozzie.

—Bueno, ¿y qué tiempo tenemos?

—Tormentoso. —El viejo sacudió la cabeza—. Muchas picas, que es la versión moderna del palo de espadas de la antigua baraja del tarot. Cualquier carta de picas es mala, pero el nueve es la peor, y la he visto muchas veces. Un Ballantine's doble con hielo —le pidió a la camarera, que se había acercado a la mesa con la libreta.

«Una Coca-Cola —pensó Crane—. Un agua con gas, quizá con bíter. Mierda. Un zumo V8. Un Seven-Up.»

—Hola, preciosa —dijo Mavranos—. Por favor, disculpa a nuestro amigo: no le gustan las chicas guapas. Para mí una Coors.

—A lo mejor no le parezco guapa —replicó la camarera.

Crane dio un respingo y la miró. Era delgada, de pelo oscuro y ojos castaños, y sonreía.

—Claro que me pareces guapa —respondió—. Un agua con gas, con un chorrito de angostura, por favor.

—Ahí tienes, con convicción. —Mavranos mostró una sonrisa bajo el bigote descuidado—. Con pasión.

—A mí no me ha parecido sincero —comentó la camarera.

—Por Dios, si te doblo la edad —replicó Crane, que seguía distraído por la sobriedad y por el mal tiempo del que hablaba Ozzie—. Hace diez años te habría saltado encima.

—¿Saltado? —La camarera puso los ojos como platos.

—¿Encima? —añadió Mavranos.

—Dios, no; quería decir… —Pero la camarera ya se había marchado.

—Los corazones, que antes eran copas —continuó Ozzie, que se había abstraído de la conversación después de pedir el whisky—, se han aliado con las picas, y eso también es malo. En teoría, los corazones están relacionados con la familia y el hogar, con el

matrimonio, con los hijos… Pero ahora están al servicio de… de la ruina. El rey y la reina de corazones alternaban con las peores picas. —Miró a Crane—. ¿Estabas jugando cuando se ha movido el humo?

—Sí.

—Seguro que tenías la jota de corazones y el joker en la mano.

Crane ya había decidido creer en todo aquello; aun así, la demostración le resultó incómoda.

—Pues sí.

—Ya eran tus cartas en los viejos tiempos, lo recuerdo muy bien. La jota tuerta y el Loco.

En aquel momento llegaron las bebidas. Ozzie pagó a la camarera, que se alejó a toda prisa.

Crane se quedó mirándola y se sobresaltó al darse cuenta de que, a pesar de que era guapa, no le resultaba más atractiva que el estampado de la alfombra. Podía imaginársela desnuda, pero no haciendo el amor con él.

—Bueno, ¿y qué significa para nosotros todo eso? —Mavranos bebió un trago de Coors.

—Pues… que la jota de corazones está en el exilio —respondió Ozzie con el ceño fruncido— y el reino de corazones se ha vendido a las espadas. Si la jota tiene intención de volver, más le vale que sea disfrazada. Todas las cartas de agua que he visto estaban rodeadas de corazones, lo que significa que el rey y la reina de corazones han amansado el agua. Como nos dirigimos a Las Vegas, significa que tenemos que desconfiar del agua mansa, lo cual apunta al lago Mead.

—Teme la muerte en el agua —dijo Crane a Mavranos con un atisbo de sonrisa.

—Y el… el equilibrio… el equilibrio no está ni mucho menos estabilizado —siguió Ozzie—, así que la cura de tu cáncer parece un poco menos improbable, Archimedes. Es como si la bola de la ruleta estuviera rebotando a lo loco y no fuera a caer en un número, sino directa al suelo. Ahora mismo, cualquier cosa es posible. —Se volvió hacia Crane—. Tu situación es demencial. ¿Te he dicho ya que el rey y la reina de corazones se comportan como si fueran la misma persona? Hasta donde yo veo, es la persona que te persigue, y es tu progenitor, y es al mismo tiempo macho y hembra.

—¡Hermafrodita a la vista! —comentó Mavranos.

—Puede que mi padre biológico siga con vida. O quizá mi madre —dijo Crane, pensativo.

—Es tu padre biológico, casi seguro —repuso Ozzie con impaciencia—. El rey malo. No debió de reconocerte en aquella condenada partida. No se habría molestado en convertirse en tu progenitor con las cartas si hubiera sabido que ya era tu padre.

Crane se quedó boquiabierto.

—¿Cómo…? No es posible. ¿Cómo iba a ser mi padre Ricky Leroy?

Pensó en el hombre mayor que tantas veces lo había llevado a pescar al lago Mead cuando tenía cuatro o cinco años.

—Es un cuerpo nuevo —apuntó Mavranos.

—Exacto —convino Ozzie—. Es un poder que tiene. ¿No me escuchas cuando hablo? Y quizá desde la última vez que lo viste se ha operado para cambiarse de sexo.

—O quizá trabaja mediante cuerpos masculinos y femeninos —dijo Crane.

—Sí, claro. —Ozzie frunció el ceño—. Debería habérseme ocurrido a mí. Espero no estar viejo para esto… —Bebió un trago de whisky—. También he visto muchos nueves y dieces de diamantes juntos; eso significa, a todas luces, «acción ya».

—Yo estoy listo para salir —dijo Mavranos.

Ozzie miró el cigarrillo de Mavranos: el humo se elevaba más o menos en línea recta. Alzó el vaso y lo contempló. Se volvió en el asiento para ver la pantalla de televisión; en ese momento emitía en color.

—¿No queréis comer algo?

—A mí no me vendría mal —reconoció Crane.

—Creo que el momento adivinación ha pasado —dijo Ozzie—. Me vuelvo a la mesa con el whisky. Ahora que todos creen que tengo un alzhéimer de libro, voy a darles una paliza.

Crane y Mavranos se dirigieron al pequeño delicatessen que había al otro lado de la sala del casino y pidieron sándwiches de rosbif mientras Ozzie volvía a la planta de juego.

En un momento dado, Crane se levantó para ir al baño. Cuando regresaba, se puso a sonar un teléfono público y, casi sin pensarlo, lo cogió.

—¿Sí? —No obtuvo respuesta, pero se le aceleró el corazón y le flaquearon las rodillas—. ¿Susan…?

Solo se oyó un clic y enseguida el tono de marcado. Cuando por fin colgó, tuvo que reconocer que, pese a lo sucedido con la camarera, la respuesta sexual de su organismo funcionaba correctamente.

Al cabo, Ozzie asomó por las escaleras, subiendo despacio con el bastón de aluminio; llevaba todo lo que había perdido antes y cuatrocientos dólares más.

—¿Preparados, muchachos?

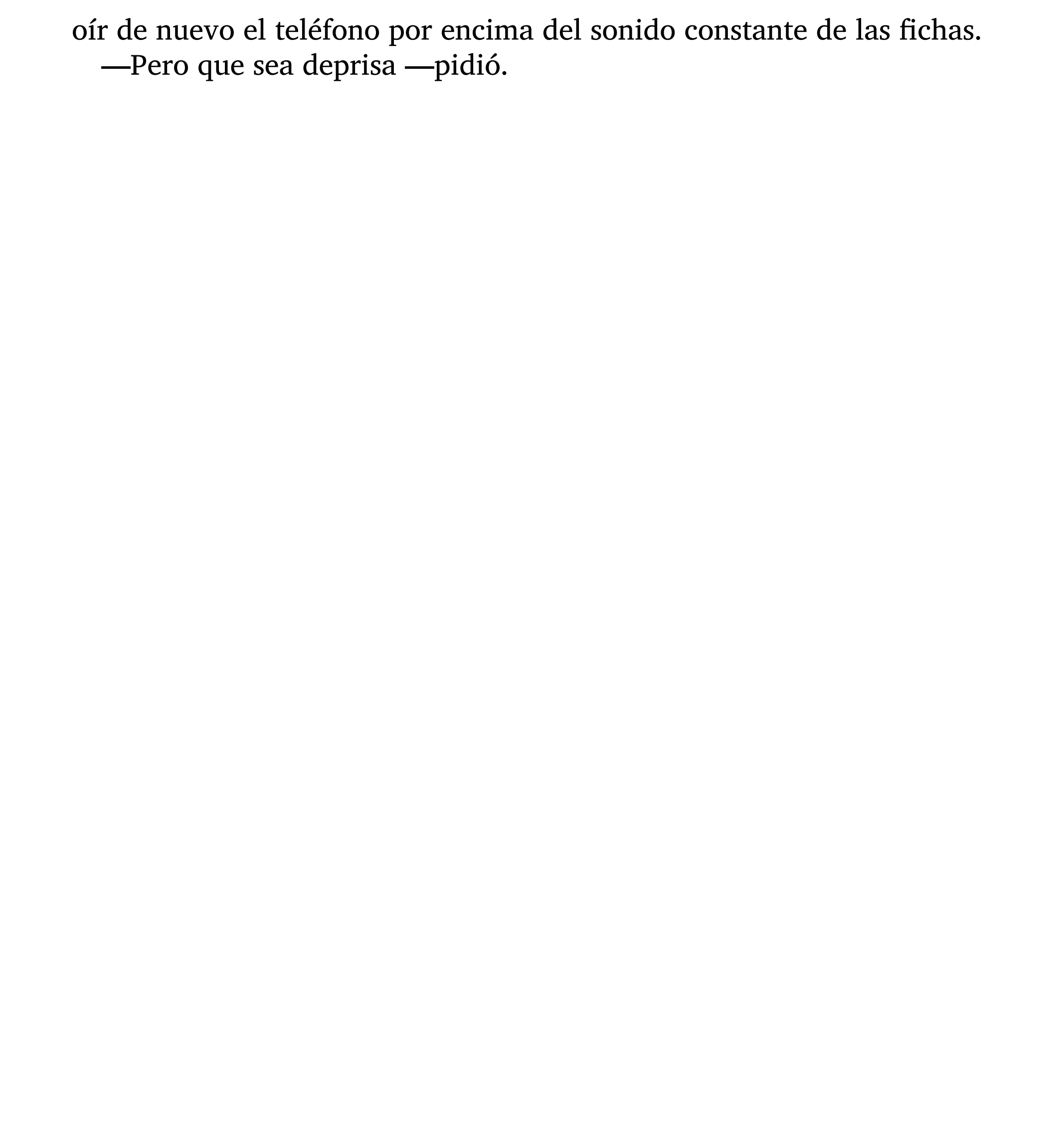
—La furgoneta aguarda. —Mavranos se levantó y apuró la cerveza —. ¿Adónde vamos?

—A una tienda tipo Target o Kmart; necesitamos provisiones. Y luego… —Miró alrededor con gesto inexpresivo—. Rumbo a Las Vegas.

De repente el aire era muy seco. Al levantarse, a Crane le pareció

oír de nuevo el teléfono por encima del sonido constante de las fichas.

—Pero que sea deprisa —pidió.



LIBRO SEGUNDO
Mistigris

Así que, si os dijeren: «Mirad, está en el desierto, no salgáis»…

Mateo 24, 26

Qué es ese sonido penetrante
murmullo de lamentos maternales
Qué son esas plagas embozadas que invaden
las llanuras sin fin, se agolpan en tierras yermas
cercadas por el horizonte solo
Qué es esa ciudad encima de montañas
Crujidos y mudanzas y ráfagas de aire violeta
torres que caen…

T. S. ELIOT, *La tierra baldía*

Pues sois buenos y malos cual monedas,
que lucen, si ligeras o de ley,
el retrato del rey…

LORD ALFRED TENNYSON, *Los idilios del rey*

Mistigris: póquer que se juega con un joker.

Enciclopedia británica, 11.ª edición, 1911

CATORCE
Hacia la conducta terminal

Al sudeste de la cordillera de Sierra Nevada se extiende el desierto de Mojave, más de ciento cincuenta kilómetros de terreno inhóspito en cuyo término se alzan los picos que dan relieve a la frontera oriental de California, con nombres tales como Parque del Diablo o Montañas de la Vieja. Al sur del desierto se encuentra la sierra de San Bernardino y, más allá, el valle de Coachella y el valle Imperial, formados por campos de zanahorias y lechugas, de melones y palmeras datileras, como grandes colchas de retales de colores. El agua de riego parte al oeste desde el río Colorado, amansado por las presas Hoover, Davis y Parker, y surca el desierto de Sonora en líneas de plata que discurren hacia el horizonte.

Pero el Colorado aún tiene arranques de rebeldía. En 1905 se desbordó, reventó las compuertas más cercanas a Yuma y abrió un canal nuevo que atravesaba pueblos y granjas hasta la extensión salobre en otro tiempo conocida como salina de Salton. Al cabo de dos años, la compañía ferroviaria Southern Pacific consiguió cortar la corriente y devolverla a su cauce original, pero la salina se había convertido en el mar de Salton. Aún es una masa de agua de sesenta kilómetros, que se vuelve tan salada a medida que se evaporan las aguas que a menudo las mareas rojas las tiñen como si fueran sangre, y los que practican esquí acuático tienen que esquivar los bancos de corvinas muertas que flotan como sargazos.

El río ha hecho florecer el valle de Coachella y el valle Imperial, pero el mar de Salton, una llanura desolada compuesta de viento, sal y arena, se extiende entre los dos como el ojo paciente de la tierra baldía.

En Laughlin (Nevada), ochenta kilómetros al sur de la presa Hoover por el río Colorado, el viento de las escarpadas Montañas Muertas encrespaba las olas que centelleaban al sol.

En el embarcadero del transbordador, un hombre vestido de esmoquin se dedicaba a sacarse de los bolsillos puñados de fichas de colores y lanzarlos a las aguas revueltas. A las preguntas de los turistas, contestaba que trabajaba en un casino y que estaba deshaciéndose de las fichas viejas de la manera habitual, pero susurraba entre dientes mientras vigilaba el recorrido que trazaban en el aire. Tras tirar el último puñado, se quedó media hora contemplando el río; al final, hizo una reverencia, se dirigió al coche y se alejó hacia el norte a toda velocidad.

Ochenta kilómetros al sur, en Lake Havasu City, el río corría entre los enormes pilotes del puente de Londres, la misma construcción de arcos de granito que cruzaba el Támesis hasta hacía veinte años. La orilla era verde, pero el desierto acechaba detrás de los hoteles y los restaurantes nuevos, y las montañas resecas parecían más cercanas gracias a la claridad del aire.

Un hombre de barba blanca conducía una camioneta polvorienta por la acera, en la zona de aparcamiento de cerca del puente. Pisó a fondo el acelerador hasta alcanzar los cincuenta kilómetros por hora; los turistas gritaban y corrían. De pronto dio un volantazo a la derecha e hizo virar el vehículo sobre la hierba mojada como la aguja de una brújula.

Cuando se detuvo, derrapando, apuntaba al norte. Volvió a arrancar el motor, que se había calado, y avanzó en esa dirección.

Muy lejos, entre las matas de artemisa que bordeaban el desierto, los hombres y mujeres que vivían apartados en casuchas, caravanas y chamizos de cemento de Kelso, de Joshua Tree y de Inyokern olfatearon el aire reseco y, uno tras otro, se palparon los bolsillos para ver si tenían las llaves del coche o fueron a buscar el horario de los autobuses.

Mientras tanto, en Baker, Dondi Snayheever abandonó para siempre su caja para ir en busca de su madre.

Para los viajeros, Baker no era más que una breve sucesión de gasolineras, hamburgueserías y talleres de coches en la I-15, en medio del vasto desierto que separaba Barstow de la frontera de California con Nevada. A decir verdad, no era mucho más. Al oeste de la calle principal de Baker había solo unas pocas carreteras cortas y polvorientas y un par de aglomeraciones de casas prefabricadas tras unos pinos altos, a resguardo del viento. Más allá de los patios sin hierba, los columpios abandonados, las barbacoas viejas y las herramientas; más allá de los coches sin capó y alguna que otra parabólica, que se cocían al sol devastador bajo el cielo impoluto, se encontraban los terrenos vallados de la prisión de baja seguridad, que marcaban el límite occidental del pueblo. Al otro lado de las vallas de la cárcel se extendía el desierto hasta las lejanísimas Montañas Avawatz. Unas rocas escarpadas salpicaban la arena como restos de un planeta hecho añicos tiempo atrás, medio enterrados en la explanada interminable.

Dondi Snayheever había dejado el trabajo en el taller de tapizado de Barstow hacía un mes. Llevaba un tiempo durmiendo mal y oyendo voces que le hablaban en tono apremiante, pero tan bajo que no las entendía, de modo que había regresado al lugar donde se había criado: una caja grande de contrachapado detrás de la casa donde había vivido su padre. Estaba a dos kilómetros de Baker por una

carretera sin pavimentar, pero siempre que volvía allí se encontraba botellas vacías y condones usados en la alfombra. La puerta ya no cerraba.

La caja, calurosa y oscura, estaba tan atestada de mapas que apenas había espacio, pero lo primero que le llamó la atención fueron los naipes de gran tamaño que había clavado su padre en las paredes y el techo, ocupando hasta el último rincón.

Su padre había construido la caja en 1966, cuando él tenía un año, y él se había quedado allí sin apenas salir hasta 1981, cuando su padre había partido en coche hacia Las Vegas, en teoría para pasar el fin de semana, y no había vuelto más.

Su padre le había construido otras cajas para las escasas ocasiones en las que viajaban juntos: una en los bosques al oeste de Reno, otra en un almacén vacío de Carson City y otra en el desierto, cerca de Las Vegas. Inexplicablemente, esta última tenía hasta una vidriera de colores con una piedad: una Virgen María llorando sobre el cadáver de Cristo.

Dondi no había llegado a conocer a su madre, aunque a veces, al mirar algunas de sus rutas, se imaginaba que la veía.

Cuando tendría doce años, su padre le explicó que el cubo de contrachapado donde vivía era una caja de Skinner, un entorno diseñado para producir una «conducta terminal».

Así interpretaba su padre las teorías de Skinner, un psicólogo que por lo visto había conseguido enseñar a unas palomas a jugar a los bolos usando reproducciones en miniatura de los elementos del juego. Según Skinner, era posible definir las cualidades deseables en el hombre adulto y establecer un procedimiento, una pauta educativa, para encaminar al niño hacia la conducta terminal: hacia el estado deseado.

El padre de Dondi había intentado crear al jugador de póquer definitivo. Había sido un fracaso y su padre había terminado dedicándose a otra cosa.

La caja siempre había estado llena de libros de póquer, cientos de mazos de cartas y un televisor que solo emitía películas de partidas reales. Su padre entraba en la caja a gatas para jugar cien manos al día con él, criticando («extinguiendo») el juego inapropiado, y recompensando con bolsas de M&M's el que lo encaminaba hacia la conducta terminal.

De aquellos tiempos, lo único que quedaba en la caja eran los naipes de las paredes… Pero Dondi Snayheever se quedó mirándolos fijamente, porque sabía que serían ellos, más que los mapas, los que lo ayudarían a encontrar a su madre.

Además, se había estudiado sus rutas y ya sabía cómo era ella.

Era bella como la reina de corazones.

—Voto por cenar temprano en Baker y llenar el depósito —dijo Crane—. Pasado Baker solo hay carretera y más carretera por parajes lunares hasta llegar a la frontera con Nevada.

—Cierto —convino Ozzie.

—Pues venga —zanjó Mavranos—. Ábreme otra cerveza, Pogo.

Crane pescó una Coors en el agua helada de la nevera portátil, la abrió y se la tendió. Mavranos se bebió la mitad de un trago y se puso la lata entre los muslos. Con las ventanillas bajadas, Crane sentía como el viento cálido le azotaba las orejas, le revolvía el pelo gris y se lo ponía de punta.

Llevaban tres horas en la I-15, viajando hacia el nordeste. Desde que habían dejado Victorville atrás, los matorrales que bordeaban la carretera centelleaban, atestados de botellas rotas, en contraste con las largas tiras negras de caucho desprendidas de los neumáticos de los camiones. Entre los espejismos y los cristales rotos, Crane tenía la sensación de estar rodeado de agua, ilusión que se reforzaba con la abundancia de lanchas que remolcaban los coches y con lo que les había dicho Ozzie: que antes toda aquella zona pertenecía al lecho marino y que en los cortes transversales de las rocas era fácil encontrar fósiles de conchas.

Crane había pensado a menudo en su primer viaje por aquel desierto, hacía ya cuarenta y dos años, cuando se había pasado cinco horas acurrucado junto a un imbornal de la barca, bajo la inerte ecosonda, ocultándose por instinto de las estrellas que brillaban en el cielo negro.

Pese a la valla de alambre que flanqueaba la carretera, pese a la arena y los retorcidos árboles de Josué que se adivinaban al otro lado, la travesía del desierto le pareció (más aún que en aquel trayecto) un viaje por mar.

Crane veía geometría por todas partes, líneas rectas: en los espejismos de la llanura desértica, en las largas pendientes casi horizontales que nacían de las montañas bajas y parecían abarcar medio mundo, en la línea que formaba la propia autopista. A veces hasta el horizonte le parecía inclinado, y Crane se inclinaba con él.

La furgoneta de Mavranos era el único punto que contrastaba con la regularidad y la vastedad eternas del desierto.

El vehículo azul y cuadrado, vulgar y polvoriento aquella misma mañana, en ese momento parecía sacado de la caravana de un circo modesto. Ozzie había comprado docenas de silbatos negros de plástico, de los que se pegaban a la carrocería del coche y se activaban con el viento para espantar a los animales y evitar accidentes, y los había puesto por todo el capó y el techo del vehículo, algunos en diagonal en vez de hacia el frente y otros alineados para que el aire saliera por uno y entrara por el siguiente. «Como los prismas de

Newton», les había explicado. También había ordenado a Crane y a Mavranos que se hicieran cortes en los dedos para manchar de sangre un puñado de banderolas y cartelitos, que luego había colgado de la antena, los parachoques y la baca. Por último, había pegado con cola montones de cartas a las llantas y a los guardabarros.

Crane lo había oído mascullar algo sobre pelo y contrapelo mientras se ocupaba de las ruedas, pero estaba demasiado abochornado por sus excéntricas precauciones y por la impasibilidad con que las aceptaba Mavranos para decir nada, no fuera a provocar que añadiera más adornos a la furgoneta.

Por fin se habían puesto en marcha y habían salido de Los Ángeles por la autopista de Pomona, pero habían tenido que pasar tres horas de viaje ininterrumpido para que se planteara parar, ya un poco más tranquilo y relajado.

Resultó que el legendario Bun Boy de Baker se había quemado hasta los cimientos, así que, cuando salieron de la autopista, se detuvieron a cenar en un local llamado Mad Greek.

Era pequeño, decorado en azul y blanco, con mesas en el exterior y una valla blanca y baja; Ozzie se sentó a la sombra mientras Crane y Mavranos entraban a pedir.

El menú era el típico griego, con platos como *souvlaki*, kebabs de *kofta* o sándwiches Onassis, pero todos pidieron hamburguesa con queso. Mavranos y Ozzie tomaron cerveza; Crane tuvo que conformarse con una bebida fría llamada Tamarindo.

No hablaron gran cosa durante la cena. Pese a la risa despectiva de Ozzie, Mavranos insistió en que los monos marinos hibernaban y salían del lecho de los lagos secos cuando llegaban las lluvias primaverales. Crane se limitó a dar tragos al Tamarindo con la vista clavada en los dos vasos de plástico con cerveza y la mente en el teléfono que había cogido en el casino Commerce.

Cuando se disponían a marcharse, después de que Ozzie cogiera el bastón que había colgado del borde de la mesa y Crane dejase el dinero de la cuenta y la propina, una mano huesuda se adelantó como un relámpago y agarró el cuenco de terrones de azúcar.

La mano pertenecía a un chico joven que tenía la otra metida en la chaqueta, de pana marrón; le iba pequeña y parecía que hubiera dormido con ella puesta. De pronto arrancó a reír y los dientes se le vieron más grandes; tenía un brillo febril en los ojos.

Crane, Ozzie y Mavranos se quedaron mirándolo.

—Ah, sí, se me olvidaba. ¡Tengo un arma! —comentó el intruso mientras sacudía la cabeza para quitarse el pelo apelmazado de la frente—. Es la única forma a la que saben los botones de las perforadoras, ¿me habéis oído?

Crane advirtió que olía a ambientador y a sudor rancio. Mavranos

sonrió y extendió los brazos como diciendo: «No queremos problemas»; Crane vio como clavaba los talones en el suelo.

—Si la madre de alguien fuera la luna —siguió el joven muy serio —, podría encontrarla por… la podría encontrar…

Ozzie hizo un gesto brusco a Mavranos con la cabeza y este bajó las manos.

—Por donde dejó… ¡la cara! O la cara del cuervo, ¡el ojo del cuervo! —El chico dejó el cuenco en la mesa y se frotó la cara con la manga—. La reina de corazones —dijo con voz más sosegada—, y la jota va en su busca. —Acercó una silla de otra mesa y se sentó. Sin apartar la mano derecha de la chaqueta, se sacó del bolsillo un mazo de naipes azules marca Bicycle y lo tiró sobre la mesa—. ¿Jugamos?

Una camarera miraba al desaliñado visitante desde el interior del local. Ozzie le dirigió una sonrisa y un ademán tranquilizador, y pareció que se quedaba satisfecha. Luego, Ozzie se volvió hacia el recién llegado con el ceño fruncido. A todas luces, trataba de calcular cómo encajaba en la situación actual y en qué sentido los afectaría jugar con él.

—¿Con qué… apuestas? —preguntó.

—M&M's contra vuestros terrones —dijo el joven. Señaló el cuenco que había cogido antes y se sacó del bolsillo dos paquetes de M&M's—. Chocolate y azúcar. Es malo para los dientes si no te los lavas. —Intentó matar una mosca, sin éxito—. Y a las moscas les encanta —añadió—. En inglés, *mosca* es «fly», como volar.

Dejó escapar otra risita y sacudió la cabeza.

—¿Y sabes dónde… «dejó la cara» la luna? —preguntó Ozzie.

—Me llamo Dondi Snayheever. Sí, oye, tengo… en el coche, mapas, tengo mapas en el coche. Es muy difícil decirlo, cómo se dice, mapas en el coche.

—Vamos a jugarnos unos mapas —dijo Ozzie, asintiendo—. Tú te juegas los mapas, nosotros cubrimos la apuesta con pasta.

—Cartas, medallones y unidades didácticas, te los tienes que quedar porque son… son… son los eslabones que iluminan a padre y madre a contravela. —Miró a Ozzie con fijeza—. No puede ver mis mapas, señor.

—¿A qué vamos a jugar? —preguntó Crane con cautela.

Snayheever lo miró con un respingo de sorpresa.

—A ¡pesca!

—Claro, claro —dijo Ozzie. Miró a Crane y arqueó una ceja blanca como diciendo: «Ve».

«Quieres que vaya a su coche y le robe un par de mapas —pensó Crane—. Muy bien, pero a cambio pienso llevarme una recompensa. Son mis normas.»

—El motor ya debe de haberse enfriado; voy a quitar la tapa del

radiador. —Se puso de pie y miró a Mavranos—. ¿Las llaves?

—¿Las llaves? —repitió Snayheever—. ¿El radiador está dentro del coche?

—El capó está cerrado —dijo Mavranos con calma. Se sacó el llavero del bolsillo y se lo lanzó a Crane—. En la zona donde vivimos te roban la batería en menos de lo que tardan en sonarse la nariz.

—¿Dónde vivís? —quiso saber Snayheever.

—En Oz —soltó Ozzie con tono irritado; la voz le salió atiplada, de viejo—. ¿Cortamos para repartir?

Crane echó a andar hacia el aparcamiento y, antes de rodear los arbustos que tapaban los coches, oyó que Snayheever decía:

—No, para este juego reparto yo.

«Seguro que hará trampas —pensó Crane con una sonrisa cansada —. Al final nos quedaremos sin un solo terrón que llevarnos a la boca.»

Se preguntaba cómo iba a reconocer el coche de Snayheever hasta que, al pasar junto a la Suburban de Mavranos, vio el extraño vehículo aparcado al otro lado.

Era pequeño, como una versión inglesa de Volkswagen de los años cincuenta, con los guardabarros abombados y el techo curvo, pero los laterales trazaban una ligera pendiente hacia fuera. Era imposible adivinar el color original: se diría que lo habían bañado en aceite hacía décadas y desde entonces lo habían conducido sin piedad por remotas carreteras desérticas.

Crane avanzó con la sensación de que caminaba contra el viento abrasador y dejaba tras de sí una lenta turbulencia, como la estela de un barco.

Leyó el logo oxidado de la parte delantera del capó: un Morris.

Miró por la ventanilla del acompañante, llena de polvo. El interior estaba hecho un desastre, con la tapicería rajada, montones de periódicos en el asiento trasero y sin tapa en la guantera. De esta sobresalían unos cuantos mapas con los bordes rotos.

El coche no estaba cerrado con llave, de modo que Crane abrió la puerta, metió la cabeza y sacó unos mapas del medio; después cerró y se dirigió a la furgoneta, buscando la llave correcta.

Entró y se quedó mirando la neverita.

—¡Pesca! —susurró.

Muy despacio, metió la mano en el agua helada y sacó una lata de Coors.

«Una sola no me hará daño. El aire del desierto me dejará más seco que una rata muerta.»

Abrió la lata. Se hizo espuma, pero no se desbordó.

Echó una mirada atrás; no había nadie.

Cansado de estar alerta, vació la cerveza a tragos largos. El líquido

le ardió en la garganta y le llenó los ojos de lágrimas. Se le relajaron los músculos.

Hacía más calor dentro que fuera, y olía a cerveza y a ropa sucia. Crane tiró la lata a la parte de atrás, donde no llamaría la atención, y escondió los mapas de Snayheever bajo un anorak viejo. Salió, cerró la puerta con llave y rodeó los arbustos, cansado, de vuelta a la mesa.

Ozzie y Mavranos alzaron la vista cuando se acercaba. El joven Snayheever siguió mirando las cartas que tenía en las manos mientras movía los labios sin emitir sonido alguno.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Ozzie.

«O sea, que si el chiflado se va a dar cuenta de que le he robado los mapas y tenemos que poner pies en polvorosa antes de que se le ocurra volver al coche.»

—No. —Crane volvió a ocupar su asiento y apuró el Tamarindo aguado que le quedaba en el vaso—. Todo está igual. Esto… Le iría bien enfriarse un poco más.

—Vale, Scott. Tengo que ir al baño, coge mis cartas.

Se puso en pie con dificultad y cojeó hasta los aseos, apoyado en el bastón. Crane tomó los naipes.

—¿Me toca preguntarle al señor Snayheever? Bien. Eh… ¿Tienes algún nueve?

Snayheever sonrió y se meció en la silla.

—¡Pesca!

Mavranos señaló la pila de cartas sin repartir y Crane cogió la de arriba. La jota de corazones.

—¿Y algún…?

—¡Tienes que apostar! —chilló Snayheever, emocionado; el pelo sucio le caía sobre los ojos.

—Ah. Esto… ¿Qué límite hay?

—Dos.

Crane sonrió de soslayo y sumó dos terrones al montón de azúcar y M&M's que había en el centro de la mesa.

—¿Alguna jota? —dijo.

Pasó rugiendo un semirremolque grande; las ventanas del restaurante traquetearon.

—¡Pesca! —exclamó Snayheever.

Crane levantó la carta de arriba. Era el as de picas. Nada más cogerla, Ozzie apareció a su lado.

—Nos vamos —dijo con voz tensa—. No terminamos la partida. Tira las cartas.

Crane se encogió de hombros y obedeció. Al caer en la mesa, el as de picas quedó cubriendo casi por completo dos cartas que había tenido en la mano: el as y la reina de corazones.

—Nos vamos ahora mismo —dijo Ozzie con voz trémula.

—¡Bien! —Snayheever recogió las cartas con dedos largos, temblorosos—. ¡Bien! ¿A mí qué? ¡Marchaos! ¡No me hacéis falta!

Mavranos cogió a Ozzie por el brazo mientras se alejaban de la mesa, porque estaba algo alterado y jadeaba. Crane echó a andar de espaldas para no perder de vista a Snayheever; ¿tendría de verdad un arma? Pero este parecía haberse olvidado de ellos: estaba concentrado en envolver un M&M y un terrón de azúcar con un naipe. Justo antes de que quedara oculto por los arbustos, Crane vio como se llevaba a la boca el extraño burrito y, con gran esfuerzo, le daba un mordisco.

El aire cálido soplaba del oeste, del horizonte cada vez más rojo, y lanzaba velos de polvo y arena abrasiva sobre el aparcamiento. El pueblo de Baker se asemejaba a una construcción temporal, un puesto avanzado que pronto quedaría a merced de los elementos. Crane observó a Ozzie, cojeante, tan frágil con el traje azotado por el viento, y se le pasó por la cabeza que aquel era su lugar, que en ese paisaje vasto y exhausto encajaba su figura menuda y exhausta.

Si se metían en la furgoneta y se marchaban sin él, Crane podría beber la cerveza que quisiera. La de hacía unos minutos le oscilaba en el estómago, fresca, agradable.

Sin embargo, mientras ayudaba a Mavranos a aupar al anciano al asiento trasero, se obligó a recordarlo tal como había sido cuando eran padre e hijo. Y a recordar a Diana, y cómo Ozzie había dado con ella y la había convertido en su hija, en la hermana de Crane.

Después de sentarlo, Mavranos cerró de un portazo.

—¿Las llaves? —Crane se las sacó del bolsillo y se las puso en la palma de la mano—. ¿Crees que estará bien?

—Lo único que quiere es que nos vayamos —repuso Scott, encogiéndose de hombros.

Mavranos asintió y escudriñó el cielo de levante, donde la autopista se fundía con el horizonte. Luego observó su propia sombra en el asfalto, que se alargaba en la misma dirección.

> Ven que te muestre una cosa diferente
> a la sombra que al alba escapa de ti
> o aquella de tarde que va en pos de ti,
> y tengas temor de un puñado de polvo.

Habló tan bajo que Crane oía más el viento que sus palabras, pero supo que estaba recitando a Eliot otra vez.

Se subió al asiento del copiloto y cerró la puerta justo cuando Mavranos arrancaba y metía la marcha en el cambio automático. Volvió la vista a Ozzie, que se había echado hacia atrás para recostar la cabeza. Tenía los ojos cerrados y respiraba por la boca.

QUINCE
¿Qué opinaría tu marido?

—Una hamburguesa caníbal —dijo Al Funo a la mujer con una sonrisa—. Muy poco hecha y con cebolla cruda. —Le dio un mordisco y asintió con gesto de aprobación.

—Yo no puedo con la carne medio cruda —comentó ella—. Siempre pido el filete muy hecho.

Funo tragó y se limpió los labios.

—Seguramente es porque viviste la Depresión. En aquellos tiempos no se recomendaba tomar la carne poco hecha. Ahora hasta el cerdo se puede comer así.

—¡Yo no viví la Depresión! ¿Cuántos años crees que tengo?

—Me gustan las mujeres mayores que yo —comentó Funo con el ceño fruncido, asintiendo—. A Ben Franklin le pasaba lo mismo. Oye, ¿por qué no dejas aquí el coche y te vienes a Las Vegas conmigo, en mi Porsche? ¿Qué opinaría tu marido?

La mujer le dedicó una sonrisa coqueta; ya le había perdonado lo de la Depresión.

—¿De que me presentara en el motel en Porsche con un chico guapo? Madre mía, se organizaría la Tercera Guerra Mundial.

Comía una ensalada grande; seguramente estaba a dieta. Le sobraba algo de peso, pero a Funo le parecía atractiva. Le sonrió y le guiñó un ojo, y la hizo sonrojar.

Estaban en el restaurante Harvey House, de Barstow. Funo había parado a tomar algo caliente y se había fijado en la mujer madura que comía sola junto a los ventanales, desde los que se veía el atardecer en el desierto. Había llevado el plato a su mesa y le había preguntado si podían compartirla: no le gustaba comer solo; prefería tener una buena conversación con buena gente ante una buena comida.

—¿Y qué vas a hacer tú en Las Vegas? —preguntó la mujer.

—Voy a ver a un amigo. Creo que está herido.

—¿Un buen amigo?

—Baste decir que hace poco le regalé un Dunhill. Y de oro —dijo Funo sin perder la sonrisa.

—Ah.

Funo dio otro mordisco a la hamburguesa caníbal y masticó, pensativo.

«Está vivo, pero este ya no te toca a ti, Al —le había dicho poco antes el hombre de Obstadt por teléfono—. Se van a encargar de él los de Las Vegas.»

«Conque los de Las Vegas, ¿eh?», había pensado él. El Jaguar gris tenía matrícula de Nevada.

Pues no, no iba a dejar a su amigo en manos de unos desconocidos. Había cumplido con un último encargo, de esos que denominaba autoencargos; se había metido en el Porsche, y había arrancado rumbo a Las Vegas.

El último encargo había sido una mujer madura, como aquella. La había seguido hasta un 7-Eleven, donde había trabado conversación con ella sobre las novelas de Danielle Steel. Funo era capaz de hablar con soltura sobre cualquier tema, aunque no supiera nada al respecto. Tenía ese don. Luego, en un pasillo que quedaba fuera de la vista del cajero, la había dejado inconsciente con una pistola eléctrica negra, la había sentado sobre una pila de periódicos, junto a los videojuegos, y le había clavado en el corazón, con sumo cuidado, un picahielos que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Después había salido sin apresurarse.

Un autoencargo.

Las mujeres mayores le gustaban de verdad. No le avergonzaba confesar que su madre era la mejor persona que había conocido; estaba seguro de que el atractivo de las mujeres residía en los años de experiencia, en los años de vida. Las jóvenes le parecían, por lo general, superficiales. A Al Funo no le gustaba perder el tiempo con gente superficial.

—En fin, me tengo que ir —dijo su nueva amiga, poniéndose en pie—. Aún me quedan unas horas hasta Las Vegas y, si llego tarde, Stu se va a preocupar.

—Te acompaño al coche —se apresuró a decir Funo, levantándose.

—No, de verdad, gracias. —La mujer cogió el bolso.

—Le echaré un vistazo al aceite y al agua —insistió él—. Cuando estás en mitad del desierto, lo que menos quieres…

—No, en serio.

¿Estaba… preocupada? ¿Desconfiaba de él?

—Te acompaño al coche —repitió Funo, quizá con un poco de brusquedad.

La mujer se alejaba ya sin levantar la cabeza. Cuando estaba pagando, la encargada de la caja lo miró sin sonreír. ¿Qué le habría dicho la vieja zorra?

En fin, eso tiraba por tierra cualquier posibilidad de convertirla en un autoencargo. Lo que menos le interesaba era llamar la atención. Lo malo de los autoencargos, las misiones que asumía por su cuenta por la mera satisfacción de ser importante para un desconocido, era que requerían aún más cautela que los encargos de negocios, porque no contaba con ninguna protección. Ni se los pagaban, claro.

Apartó la vista de la cajera e hizo un esfuerzo por relajarse y

respirar hondo.

Contempló el cuadro que colgaba encima del mostrador de la cocina. Se veía una diligencia saliendo de un pueblecito del oeste, pero la perspectiva hacía que la diligencia pareciera grande como una montaña, o bien le daba al pueblo apariencia de miniatura, de juguete. Imposible calcular la proporción.

Tampoco le molestaba. Las escalas, el tamaño de las cosas, carecían de importancia. Las gente era gente. Aquella mañana había sido la mujer del 7-Eleven; pronto sería Scott Crane.

Lo único que quería Al Funo era ser importante para la gente.

La autopista era una línea recta hacia el crepúsculo, un tenue nexo entre el horizonte oscuro que tenían por delante y el horizonte rojo que dejaban atrás. La vieja Suburban surcaba el asfalto a velocidad constante, entre chirridos y bamboleos, pero las luces verdes del salpicadero indicaban una temperatura razonable y un buen nivel de gasolina. A ambos lados se extendía la arena clara, salpicada hasta donde alcanzaba la vista por unas protuberancias que parecían aspersores, pero que obviamente no lo eran.

La brasa del Camel de Mavranos brilló un instante cuando dio una calada, y le cayó un centímetro de ceniza en los vaqueros, ya grises por el polvo. Expulsó el humo, que se enroscó como una serpiente contra el parabrisas agrietado.

—Bueno, ¿y cómo es Las Vegas? —preguntó en voz baja.

Crane dio una larga calada a su cigarrillo. Aquella parte del desierto era mucho más inhóspita e imponente que el tramo anterior a Baker; ni siquiera había cristales en la cuneta, de modo que había que atesorar cada sonido, cada olor, cada brillo de la furgoneta.

—Hace veinte años que no voy por allí.

—Bueno, lo que recuerdes.

—Es… pura —respondió Crane—. Todo exceso, sin… sin florituras.

—Suena a caligrafía antigua eso de las florituras.

Crane se agachó para echar la ceniza en el cenicero, pero cayó al suelo. Volvió a recostarse en el asiento.

—Sí. ¿Leíste que los científicos le habían sacado el corazón a un pollo y habían conseguido mantenerlo con vida? El corazón, digo. Lleva ya como cincuenta años latiendo, y es del tamaño de un sofá. Las Vegas es así, todo exceso: le han amputado los demás aspectos de la vida y ha crecido hasta convertirse en un monstruo. No solo como ciudad, ya me entiendes, con edificios, barrios y todo eso… No, ha crecido hasta ocupar todo el espacio psíquico. Y lo que hay ahora, el resultado, debe de ser como ese corazón de pollo: una cosa insípida con regusto a quemado.

—¿Cómo te trata la gente? La de los casinos, digo.

—Todo el mundo es muy simpático, muy servicial. Los polis que te

ven por la calle con una copa en la mano te sonríen y ya está. Igual pasa en los casinos, o sea, en el centro, por la calle Fremont y en el Strip. No necesitan decirte «jódete»: ya te están jodiendo, de maneras que ni te imaginas y por orificios que ni sabías que tenías.

—Menuda juerga.

Mavranos dio un trago a la lata que tenía entre los muslos, que debía de estar llena de ceniza. Crane se quedó mirando el asfalto que se abalanzaba hacia ellos, monótono, para alejarse rodando por los neumáticos.

—Pues la verdad es que sí —dijo al cabo.

Ozzie, que llevaba un rato jadeando, se puso a toser, cambió de postura y luego ya respiró con normalidad.

—¿Te molesta que beba cerveza? —preguntó Mavranos a Crane en voz baja.

—No, tranquilo. Me he llenado con la cosa esa de tamarindo; no me apetece beber nada.

—¿Cómo lo vas a llevar, lo de no empinar el codo?

Crane recordó la cerveza que había despachado en Baker.

—No creo que sea problema. Es solo una costumbre, como tomar café por las mañanas o hacerte la raya a la izquierda. La sustituiré por… yo qué sé, batidos de chocolate, chicles, crucigramas…

Bostezó. El cigarrillo se le había consumido hasta el filtro; lo estrujó en el cenicero y sacó otro del paquete.

—No crees que seas alcohólico, ¿no?

—No lo sé. Define «alcohólico».

Mavranos se encogió de hombros sin apartar la mirada de la carretera.

—Uno que no puede parar de beber.

—Pues yo he parado hace horas y estoy bien.

—Entonces, nada.

Una enorme Harley-Davidson de gama alta los adelantó rugiendo; la ancha parte trasera, llena de luces, semejaba la popa de una lancha motora. Al poco no era más que un punto rojo que se alejaba en la oscuridad, con el rugido del motor transformado en un sollozo distante.

Crane llevaba cuarenta horas sin dormir y estaba agotado. Lo único que deseaba era acurrucarse contra la puerta y cerrar los ojos durante cincuenta kilómetros. La furgoneta de Mavranos era un concierto de chirridos, zumbidos y traqueteos, así que estaba seguro de que la voz que oía en la parte de atrás era imaginaria.

—*… de todos modos; y, si se lo quieren llevar, pregúntales qué hicieron con la desbrozadora, o con el rastrillo. Además, ¿te acuerdas que Steve nos contó que tenía una planta en la entrada y se la pisaron…?*

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, adormilado.

—Vamos a ver al Mago —respondió Mavranos. Atipló la voz—: ¿Crees que el Mago podrá curarme el cáncer?

—No veo por qué no —repuso Crane, agotado, con voz de soprano —. Vamos a verlo para que salve a mi hermana adoptiva y no acaben pegándole un tiro en la cabeza, como a su madre; y, de paso, a ver si impide que mi padre biológico me robe el cuerpo.

—Eh, Pogo —dijo Mavranos de pronto, apartando la mano derecha del volante—, vamos a hacer un pacto, como los tres mosqueteros. Uno para todos y todos para uno, ¿vale? ¿De la cuna a la tumba?

Crane se la estrechó.

—De la cuna a la tumba. —Él también recordaba *West Side Story*.

—La estadística es lo que me salvará. —Mavranos sonrió de oreja a oreja y volvió a agarrar el volante con las dos manos—. Si digo que voy en busca de su castillo, lo estoy personificando, ¿no? Voy en busca del mazo de Oz.

—Qué bueno. —Crane bostezó tan fuerte que le corrieron lágrimas por las mejillas—. Me falta poco para los cincuenta. ¿Cómo es que no estoy…? ¿Qué hora es? Supongo que está muy oscuro para jugar al baloncesto con mi hijo. Debería estar poniendo unas hamburguesas en la sartén o… Joder, si tuviera un hijo no sería ningún niño. Tendría veinte o treinta años, y estaría en casa jugando a la pelota con su hijo. Bueno, pues debería estar…

«Haciendo espaguetis para Susan y para mí —pensó—. Ella estaría en el cuarto de invitados, escuchando a Queen, o a Styx, o a Cheap Trick, mientras yo salteo cebolla, ajo y pimiento, y le voy dando tragos a la Budweiser fresquita de la repisa de la ventana. No habría ninguna taza de café en el horno…»

—*Tomar café por las mañanas* —dijo la voz tenue que parecía hablarle desde la parte de atrás de la furgoneta— *o hacerte la raya a la izquierda. Batidos de chocolate, chicles, crucigramas… ¿Por qué siempre me dejas mal delante de tus amigos?*

De pronto muy despejado, Crane miró el montón de trastos en penumbra que había al fondo de la furgoneta, más allá de la silueta de Ozzie, que dormía. Un sudor frío le perló la frente.

—¿Qué pasa? —dijo Mavranos—. ¿Has oído algo?

—No. —Crane hizo un esfuerzo para que no se le acelerara la respiración—. Nada.

—*Nada* —repitió la voz—. *Para un polvo rápido en la furgoneta sí te valgo, pero cuando estás con tus amigos no soy nada.*

Ozzie levantó la cabeza. Miró alrededor con agitación, frunciendo el ceño, y se limpió la baba que tenía en la barbilla.

—¿Quiénes sois? ¿Adónde me lleváis? —exigió.

—Soy yo, Scott, ¿te acuerdas? —El miedo le hacía hablar más alto de lo normal; intentó sobreponerse—. Vamos a Las Vegas, a buscar a

Diana. Está… ¿Cómo dijo, exactamente?… Sobrevolando la hierba.

—Ah, sí. —El anciano volvió a encogerse, pasado el arrebato de autoridad. Se estremeció y se arropó con la chaqueta—. Sí, claro.

—Dentro de nada vamos a entrar en Nevada —comentó Mavranos sin apartar la vista de la carretera.

Ozzie se frotó los ojos y miró por la ventanilla.

—Me habría gustado ver mejor California —murmuró. Y añadió, con voz más firme—: Una vez que crucemos la frontera, estaremos en su territorio. Mejor no enseñemos las cartas.

Mavranos sacó otra lata de cerveza de la nevera portátil y movió la mano en el agua. Las latas se entrechocaron.

—¿Cuánto nos queda?

—¿Hasta Las Vegas? Una hora o así —respondió Crane.

—Tengo entendido que ahora hay un casino nada más pasar la frontera —dijo Ozzie, cambiando de postura con incomodidad—. El Dirty Dick's o algo por el estilo. Paremos ahí. Me parece que voy a vomitar la hamburguesa de Baker, y luego debería comer algo… Un sándwich de atún o una sopa. —Buscó el puño del bastón de aluminio con las manos nudosas y lo asió con firmeza.

—A mí tampoco me iría mal comer —apuntó Mavranos—. Algo con cebollas y salsa mexicana.

Ozzie cerró los ojos y apretó los dientes.

—*¿Vas a dejarme en el coche otra vez? ¿Por qué no me llevas contigo? Antes me querías. Antes me…*

—Ozzie, ¿qué ha sido lo que no te ha gustado de mis cartas cuando estaba jugando con el chiflado? —preguntó Crane con atropello—. Eran el as y la reina de corazones, y el as de picas, creo. —La voz incorpórea había enmudecido, así que se permitió dejar de balbucear. Ozzie y Mavranos se quedaron mirándolo con expresión de desconcierto e incomodidad—. Bueno, lo digo por la cara que pusiste —siguió en tono más calmado—. Acabo de acordarme y te lo quería preguntar antes de que se me olvidara. —Sabía que si gesticulaba le temblarían las manos, así que las mantuvo entrelazadas en el regazo.

—Uf. Ya. Bueno, probablemente no fuera nada, porque estábamos jugándonos azúcar y golosinas. Y no he notado nada raro en el humo ni en el nivel de las bebidas.

—Leí una vez que a los dioses vudús les gusta el azúcar —intervino Mavranos.

—Y a los monos marinos —soltó Crane—. Pero ¿qué has visto en las cartas?

—Bueno, ya te lo he dicho —empezó el anciano, restregándose la cara—, los corazones son el palo del rey y la reina. El rey sol y la reina luna, eso ya lo sabes. El as de corazones es la unión de los dos, como el yin y el yang, pero a tu padre no le conviene que se produzca a

menos que la encarne él. Y la reina de corazones sigue siendo la carta de Diana, al menos hasta cierto punto; al fin y al cabo, es la hija de esa tal lady Issit, que era la diosa.

—¿Y el as de picas? —preguntó Crane, pensando en la carta que había quedado encima del as y la reina de corazones.

Ozzie hizo un ademán con la mano, salpicada de manchas por la edad.

—La muerte.

Aquello le recordó algo a Crane; pero, antes de que consiguiera enfocar la memoria, intervino Mavranos.

—Ahí delante hay un casino, creo que es ese el que querías decir. Se llama Whiskey Pete's.

Se oyó el clic, clic, clic de los intermitentes; Mavranos tomó la salida de la autopista y empezó a frenar.

—¿Cuántos mapas le has cogido? —preguntó Ozzie de repente.

—Mapas… —repitió Crane, desconcertado. Le resultaba alarmante no entender a qué se refería; apretó con más fuerza las manos entrelazadas.

—Al loco —dijo Mavranos—. Cuando has ido a su coche.

—Ah, sí… Pues no sé, tres o cuatro. Están ahí, bajo el anorak de Arky.

El Whiskey Pete's era un castillo de color barro, iluminado por focos y neones, compuesto de arcos, torreones y murallas coronadas por almenas en las que parecía que los arqueros fueran a regresar de un momento a otro. En la muralla más alta se veía la figura caricaturizada de un buscador de oro, encima del gigantesco letrero que rezaba: CASINO; en los extremos de la muralla de debajo había dos figuras de bailarinas de cancán. Más allá del edificio iluminado, las colinas del desierto se alzaban como jorobas negras contra el cielo violáceo.

—Dios —comentó Mavranos mientras conducía por el amplio aparcamiento—. Parece una trampa, un cebo de extraterrestres para cazar personas y largarse a Marte con ellas antes del amanecer.

—¿Funciona la luz del techo, Archimedes? —preguntó Ozzie.

—Claro.

—Pues veamos esos mapas antes de salir del coche. No me gusta la idea de mirarlos ahí dentro.

Mavranos aparcó, apagó el motor y los faros, y encendió la luz interior mientras Ozzie sacaba con cuidado los mapas de debajo del anorak. Empezó a desplegar el primero.

En la oscuridad anónima de la autopista, surcada por los faros de los coches, el Morris polvoriento pasó de largo la salida que llevaba al Whiskey Pete's y continuó al este, hacia Las Vegas.

DIECISÉIS

¡Hay una jota!

—¿Polonia? —Crane miraba un mapa con los ojos como platos—. ¡No puede estar sobrevolando la hierba en Polonia! Joder, mira la leyenda: «El reparto de Polonia, 1939».

Lo extendió encima del respaldo para que los otros dos lo vieran.

—Pero mira. —Mavranos entrecerró los ojos para ver algo con el humo del cigarrillo—. Ha marcado unas cuantas rutas entre distintos puntos.

Recorrió con un dedo encallecido una de las gruesas líneas a lápiz que serpenteaban por el mapa.

—Este es de California y Nevada —dijo Ozzie con voz tensa. Acababa de desplegar otro mapa—. Hay más rutas marcadas.

Se lo mostró a los otros y Crane trató de interpretar las líneas recorridas a lápiz. Una seguía el río Colorado entre Laughlin y Blythe, y luego se adentraba hasta un pueblo llamado Desert Center. La autopista 62 tenía un trazo a lápiz desde la frontera de Nevada hasta la intersección con la 177, al oeste, y otra línea se limitaba a seguir la frontera de California desde la I-15 hasta el río, aunque no había río ni carretera en esa ruta, solo un trazo recto, imaginario. Además, había dos nombres tachados con fuerza. Crane sacó de la guantera un lápiz con goma y borró los tachones brillantes de grafito: dejó al descubierto los nombres de las cordilleras Big Maria y Sacramento, lo que no les aclaró nada.

—Parece un largo viaje en círculo —comentó—: de Riverside a la frontera, luego bajando por la frontera hasta Blythe, vuelta hacia arriba hasta la 40 por carreteras sin asfaltar y otra vez a Riverside.

—Con un montón de desvíos —apuntó Ozzie—. Fíjate en las líneas más flojas que van por caminos de tierra, cerca de la 95.

—Señores, les recuerdo que ese hombre estaba como una cabra —señaló Mavranos con tono cansado.

Pero Ozzie sacudió la cabeza, dubitativo.

—La luna, la jota y la reina de corazones. No sé cómo, pero él estaba conectado con esto. No te deshagas de los mapas.

Había dos más: uno de Michigan y otro de Italia, los dos surcados de marcas a lápiz.

—¿Creéis que los echará en falta? —preguntó Crane.

—Seguro —dijo Mavranos sin atisbo de compasión—. La próxima vez que vaya a Polonia, estará más perdido que un pulpo en un garaje, como decía mi madre. ¿Entramos o qué?

—¿Puedes caminar? —le preguntó Crane a Ozzie mientras salía del coche.

—A mí no me pasa nada —replicó Ozzie de malos modos.

Ozzie fue directo al baño; Crane y Mavranos se quedaron en la entrada tratando de habituar los ojos a la penumbra salpicada de puntos de luz.

Al otro lado de las puertas de cristal, acordonado con un cerco de postes metálicos unidos por cuerdas de terciopelo, reposaba en la moqueta roja un coche clásico de los años veinte, perforado a balazos de gran calibre. Un cartel anunciaba que era el vehículo en el que habían muerto Bonnie y Clyde.

«Bienvenidos a Nevada», pensó Crane.

Ozzie regresó a los pocos minutos apoyado en el bastón, muy pálido y con los ojos rojos.

—Bueno, pues ya estamos los tres —comentó Crane como si no viera nada fuera de lo corriente.

Era la primera vez que pisaba un casino de Nevada en más de quince años, pero mientras enfilaba hacia el restaurante, en medio del estrépito de las tragaperras, sintió como si solo hubiera pasado unos días lejos de aquellos pasillos ruidosos y ubicuos, a los que se podía acceder desde centenares de puntos de Nevada. Ya se entrara por la puerta de Tahoe, Reno o Laughlin, ya por una sucia acera de Glitter Gulch (en el centro de Las Vegas), ya por una escalinata de mármol en el Strip, parecía siempre la misma sala oscura, ruidosa y enorme, enmoquetada y con olor a ginebra, a billetes, a tabaco y a aire acondicionado. Además, un inquietante porcentaje de las personas que ocupaban las mesas y las tragaperras eran deformes, tullidas o increíblemente obesas.

Mavranos observaba la escena con desconcierto visible.

—¿Dónde se mete toda esta gente cuando no está aquí? —preguntó a Crane en voz baja.

—Creo que solo bajo esta luz parecen gente —aportó Ozzie con una sonrisa cansada—. Antes de cruzar las puertas, al anochecer, eran remolinos de polvo, plantas rodadoras y mudas de serpiente, y en vez de dinero tenían trocitos de espejismos. Si te fijas en ellos al amanecer, cuando se vayan, verás como recobran su apariencia y se alejan volando.

Crane sonrió, tranquilo de que Ozzie aún fuera capaz de hilar aquellas fantasías extravagantes, pero se dio cuenta de que Mavranos parecía aún más preocupado.

—Es una broma —le dijo.

—Ya lo sé —replicó este, irritado.

Sin cruzar palabra, recorrieron las hileras de tragaperras. En el restaurante, Ozzie pidió un sándwich de queso fundido y una Coors;

Mavranos, un cuenco de chili con carne y una Coors, y Crane tomó una Coca-Cola y se comió las galletas saladas de Mavranos.

Este se puso a hablarle a Ozzie del hombre gordo de Mandelbrot, así que Crane se levantó y dijo que iba al baño.

Por el camino, metió un cuarto de dólar en una tragaperras, tiró de la palanca sin siquiera mirar la máquina y, una tras otra, esta escupió veinte monedas iguales.

Las cogió en dos puñados, se las guardó en los bolsillos de la chaqueta y dio una palmadita a la palanca.

—Gracias.

Se imaginó que la máquina le respondía: «De nada». Luego se imaginó que añadía: «Al menos, dale un beso de despedida a la pobre».

—No… no puedo —susurró Crane.

«Es lo mínimo que se merece —pareció decirle la máquina—. ¿Te da miedo mirarla a la cara por última vez?»

«No lo sé —pensó Crane—. Ya te lo diré.»

Se alejó cojeando hacia la barra y dejó caer unas monedas en la superficie reluciente.

—Un Wild Turkey y dos Budweiser, por favor —le pidió al camarero.

«Solo un beso de despedida —pensó—. Si soy un manojo de nervios desmemoriado, no voy a serles muy útil a mis amigos.»

En la barra del bar había una máquina de videopóquer; Crane introdujo un cuarto de dólar en la ranura y apretó el botón de repartir. Los dorsos de los naipes parpadearon antes de girarse y mostrar una mano basura, con todas las cartas de distinto palo y sin corazones.

En aquel mismo instante, unos sesenta kilómetros al este de donde estaba Crane, cinco bocas exclamaron a la vez: «¡Hay una jota!».

Los pasajeros del autobús se volvieron hacia el viejo que había gritado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó alguien.

—Que hay una jota —le respondieron.

—¿Por qué mira así por la ventanilla?

—Seguro que quiere ir al baño… Míralo, se ha meado encima.

—Joder, ¿por qué va por ahí solo? Debe de tener como cien años.

En el residuo de mente que ocupaba la cabeza del doctor Meados coleteaban fragmentos de pensamiento como peces abisales, frágiles chispas de luz que surcaban veloces la oscuridad insondable.

«Noventa y uno, noventa y uno, noventa y uno —resonaban, inconexas, las palabras en su mente—. Cien, no. Nacido en el 99, nacido en… Era una jota. Una jota de mil demonios, al oeste… No huele a rosas, menos mal… No huele a nada… Bueno, a meados…»

Al final, Art Hanari se dejó convencer y se tumbó de nuevo en la

camilla. El masajista ya había dejado de preguntarle qué quería decir que había una jota, y volvía a frotarle con lanolina los pectorales y los deltoides desarrollados.

Hizo caso omiso de la erección permanente de Hanari. Al principio, curioso, había echado un vistazo a su historia clínica y se había encontrado con un «implante peneano»: una vara de silicona implantada quirúrgicamente en el órgano para solucionar un problema de impotencia severa. Un despilfarro, porque Hanari no tenía contacto con ninguna mujer, aparte de algunas enfermeras y fisioterapeutas, y no mostraba el menor interés por ellas… ni por nadie. Apenas si hablaba y hacía al menos ocho años que no recibía visitas.

Pero el masajista no se había sorprendido al leer lo del implante. Los pacientes de La Maison Dieu podían permitirse de todo; había visto casos mucho más llamativos de cirugía plástica.

Lo que de verdad le había llamado la atención había sido la fecha de nacimiento de Hanari: 1914. Tenía setenta y seis años, pero la piel se le veía tersa y suave, y el pelo castaño parecía natural. Con ese rostro pálido, plácido, no aparentaba más de treinta.

El masajista terminó, se irguió y se secó las manos con una toalla. Miró al hombre de la camilla, que al parecer había vuelto a dormirse, y negó con desaprobación.

—Jota de joder —masculló antes de dirigirse a la puerta.

—Veinte a los seises —dijo el crupier pacientemente.

El viejo Stuart Benet siempre necesitaba que lo avisaran. En ese momento tenía el inhalador para el asma metido en la boca.

—Te lo dice a ti, Beanie —le indicó el jugador de su izquierda.

—¡Ah!

El anciano gordo de barba blanca dejó el inhalador en la mesa, levantó una esquina de la séptima y última carta, y la miró con los ojos entrecerrados.

—Acabas de decir que era una jota, Beanie —comentó otro jugador con impaciencia—. Si lo es, tienes doble pareja, así que te gano.

Benet sonrió y empujó cuatro fichas color naranja al centro de la mesa.

Los demás igualaron la apuesta y, cuando llegó el momento de enseñar las cartas, resultó que Benet solo tenía la pareja que le habían repartido bocarriba.

—¿Dónde está esa jota que decías, Beanie? —dijo el ganador mientras reunía las fichas.

El crupier trató de aparentar normalidad mientras recogía las cartas y barajaba. Benet trabajaba como jugador de pega para el casino, ayudando a llenar las mesas de póquer vacías, y, aunque lo habían contratado para hacer un favor a una socia importante, se le daba

bien: se mostraba siempre alegre, dispuesto a ver manos y a perder dinero. Pero los jugadores de pega nunca debían ir de farol ni subir las apuestas, y aquel «¡Hay una jota!» podía considerarse un farol.

El crupier tomó nota: le diría a la señorita Reculver que le recordara las normas a Benet. El viejo solo le hacía caso a ella.

A las seis de la tarde, la recepción de la biblioteca de la Universidad de Nevada se llenaba de bote en bote. Los estudiantes que trabajaban parecían ponerse de acuerdo para presentarse todos a la vez; se acercaban titubeantes a la mesa y empezaban siempre del mismo modo: «¿Dónde puedo encontrar…?»; o, más a menudo aún: «Una pregunta rápida…». El bueno de Richard Leroy escuchaba con paciencia las complicadas descripciones que formulaban y luego, de manera casi invariable, los desviaba al mostrador de información o les indicaba dónde estaban el catálogo y el índice de materias de psicología. En ese momento estaba concentrado en devolver a los estantes un montón de libros.

Algunos estudiantes aún le lanzaban miradas cautelosas, pero él ya no se acordaba de haber gritado; volvía a estar sumido en lo que sus compañeros de trabajo llamaban el modo «Rick automático».

Y Betsy Reculver, la única que había pronunciado voluntariamente la frase repetida a coro, recorrió a paso lento la acera ancha e iluminada (y siempre transitada) del Flamingo Hilton.

Se pasó un rato contemplando la procesión de flamencos de líneas simples que desfilaban, inundados por la luz de un millón de bombillas, ante los paneles de espejo que coronaban las ventanas de la fachada nueva. Detrás del casino, a salvo de las miradas procedentes del Strip, había una piscina larga; al otro lado, empequeñecido por los rascacielos de cristal que conformaban las alas modernas del hotel, se alzaba el Flamingo original: el castillo que Ben Siegel se había construido en 1946.

En ese momento le pertenecía a ella, aunque los trabajadores del Hilton jamás lo sabrían.

Pero a otros no se les escapaba, sin duda: a las jotas, aspirantes a usurpadoras versadas en magia, les encantaría arrebatárselo. Por ejemplo, a esa que acababa de aparecer, fuera quien fuese.

«Tengo que reunir a mis peces y esquivar a las jotas en el proceso», pensó.

Miró al otro lado de la calle, más allá de las imponentes fuentes y columnas del Caesars Palace, bañadas en luz dorada; más allá de la abstracción geométrica iluminada de azul que formaban las mil seiscientas habitaciones del hotel, y observó el cielo del oeste, que aún conservaba un poco de claridad.

Una jota del oeste.

La sola idea le resultaba preocupante. No le apetecía pensar por

qué, pero, muy a su pesar, le vinieron a la mente la imagen de un ojo hendido por una carta de tarot, el disparo y el impacto demoledor de un cartucho del 410, y unas manos llenas de sangre que sujetaban una entrepierna destrozada. Y un casino llamado Moulin Rouge, que no había llegado a aparecer hasta 1955.

«Sonny Boy», pensó.

Rechazó los recuerdos, algo resentida: ¿por qué la habían seguido desde el cuerpo viejo?

«No importa quién sea esa jota —se dijo—. He derrotado a hombres más válidos; y también a mujeres, sí. A Siegel, a lady Issit, a muchos más. No me costará repetirlo.»

De pronto notó en la mente un sabor a licor, seguido por una oleada de cerveza fría. Estaba aún mirando hacia el oeste y supo que la sensación procedía de allí.

«Aquí viene uno de los peces —pensó con satisfacción contenida—. Un varón, probablemente, visto lo que bebe. Ya ha cruzado la frontera, directo a Nevada, a mi territorio, porque no puede resistir el impulso de abandonar el mar por el desierto, de huir de todo para venir hasta aquí. O quizá viaja en el maletero del Jaguar de Trumbill, atado, si es que tenemos suerte y se trata de ese pez.

»Si no está con Trumbill, espero que la jota no dé con él. No puedo permitirme el lujo de perder mis futuros vehículos, mis trajes a medida…, las identidades que voy a necesitar los próximos veinte años.»

Ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de que el pez y la jota fueran la misma persona.

Sonrió al ver que el semáforo de peatones de la calle Flamingo se ponía en verde justo cuando llegaba. Sin prestar atención a las miradas de curiosidad de los turistas, ataviados con sus bermudas de colores, sus camisetas estampadas y sus gorros ridículos, declamó cuatro versos de *La tierra baldía*, de Eliot:

> Yo, Tiresias, aunque ciego, entre dos vidas,
> anciano, con las ubres secas, veo
> de la tarde el violeta ardor que mira
> al hogar y trae al marino de regreso…

Sonrió al cielo púrpura del oeste. «Regresa», pensó.

«Regresa.»

Crane apuró la segunda Budweiser e insertó en la ranura la última moneda. Pulsó el botón de repartir y miró las cartas que aparecieron: una pareja de doses, un cuatro, una reina y la jota tuerta de corazones.

Tocó los botones necesarios para quedarse con los doses y apretó la tecla de robar. Las demás cartas desaparecieron con un parpadeo y fueron sustituidas por un cuatro, un rey y un dos. Trío. La máquina le escupió tres monedas.

Se levantó y las recogió. Estaban calentitas, casi quemaban, y le vinieron a la memoria como un fogonazo los óvalos de cobre resplandecientes en que se convertían los centavos al pasarles por encima el tren de Los Ángeles y la imagen de su padre biológico haciéndolas saltar en el sombrero para enfriarlas.

Volvió cojeando a la sala de juego. Al pasar junto a la tragaperras que le había pagado las bebidas y el videopóquer, vio que en la abertura de los premios había un caramelo de menta envuelto en celofán.

—Gracias —le dijo a la máquina mientras lo cogía y lo desenvolvía —. Eres una ladronzuela, pero estás de mi lado, ¿verdad? —Se metió el caramelo en la boca y se fijó en la palanca, que le daba el aspecto de tener un único brazo—. Porque eres manca. Estás tullida, igual que toda esta gente. Yo también, mira. —Se tocó el ojo derecho—. Es falso, ¿ves?

Un hombre al que parecía faltarle la mandíbula inferior se acercó arrastrando los pies y le planteó como pudo una pregunta.

—No, no estoy jugando con la máquina —respondió Crane—. Solo charlaba con ella.

«Regresa.»

Era hora de seguir camino al este. Volvió con Mavranos y Ozzie, que aún hablaban del hombre gordo imaginario ante los platos vacíos.

Ozzie escudriñó a Crane con ojos cansados.

—¿Por qué has tardado tanto?

—La hamburguesa de Baker, que no me ha sentado bien a mí tampoco —repuso Crane alegremente—. Entre tú y yo debemos de haber dejado el servicio intransitable.

—Por lo que te dijo Diana anoche por teléfono —dijo Ozzie, como si no lo hubiera oído—, creo que trabaja en un supermercado, en el último turno. Cuando lleguemos a Las Vegas podemos empezar a recorrerlos uno a uno.

Cuando salieron a la autopista, Ozzie volvió a quedarse dormido en el asiento trasero y Mavranos se puso a silbar sin ninguna armonía, con la vista fija en el asfalto que se deslizaba bajo la luz de los faros. Crane, con la pierna herida en alto, iba dando cabezadas, adormecido por el agotamiento y desvelado por los ocasionales agudos de Arky.

No paraba de repetirse que se quejaría y, cuando ya había decidido quedarse alerta a la espera del siguiente agudo, Mavranos dejó de silbar.

—Llevamos detrás a un cagaprisas —dijo.

Crane se volvió en el asiento y miró por la sucia luneta. Unos faros se les acercaban a toda velocidad.

—¿A cuánto vamos?

—A más de cien. —Encima de los faros apareció una luz roja que

transformó la luneta de la Suburban en una superficie rosada—. Despierta al viejo, métete atrás y abre el estuche de las armas. Venga —lo apuró al ver que abría la boca para oponerse.

—¡Pero si es la poli! —protestó Crane.

Aun así, pasó la pierna por encima del respaldo. Sin querer, le dio un rodillazo a Ozzie en el brazo.

—Antes de encender la luz roja, parecía una camioneta —apuntó Mavranos.

—No pares —dijo Ozzie, despierto, mirando alrededor con los ojos muy abiertos.

—Creo que es una camioneta —insistió Mavranos—. Esta gente que nos busca ¿nos tiene tantas ganas como para hacerse pasar por la policía?

—No te quepa duda —aseguró el anciano—. Yo llevo el arma en el bolsillo todavía. ¿Dónde está la tuya?

—En el estuche. ¿Lo has abierto ya?

—Sí. —A Crane le temblaba la voz—. ¿Te paso el revólver?

—Con discreción.

Crane se arrodilló entre los libros y la ropa para impedir que vieran como se lo pasaba.

—Es mejor que pares —dijo Ozzie con la respiración entrecortada —. Si no son polis, no salgáis del coche. Y… y si tienen armas… Yo qué sé. Si nos apuntan, vamos a tener que matarlos. Que Dios nos asista. Que Dios nos asista.

Mavranos pisó el freno y el vehículo dio un bandazo. Crane tuvo que agarrarse para coger la recortada negra y, con dedos temblorosos, meter cinco cartuchos en el cargador. Luego quitó el seguro, deslizó el guardamanos atrás y adelante para que entrase el primer cartucho en la recámara e introdujo otro en el cargador.

Escondió el arma bajo el asiento de Ozzie, cogió el revólver del 357, lo cargó y se lo metió en la cintura de los vaqueros; luego se cerró la chaqueta y se subió un poco la cremallera.

—Los tenemos justo detrás —oyó decir a Mavranos.

Crane agarró la empuñadura de plástico de la escopeta; tenía la respiración acelerada y el corazón le latía a toda velocidad, pero ya se visualizaba sacando el arma de debajo del asiento, apuntando el cañón y disparando desde la altura de la cadera.

«Pega los seis tiros a través de la ventanilla —se dijo, tenso—, recargando tan deprisa como puedas, y luego coge el revólver con las dos manos para apuntar mejor. Dios.»

La Suburban se detuvo con un chirrido en el arcén arenoso. Casi al instante, Crane oyó como se abría y se cerraba una portezuela y, acto seguido, unos haces de linterna recorrieron el polvo de las ventanillas y la calva de Ozzie.

—Mierda —dijo una voz en el exterior—. Aquí solo van tres.

—Son dos —comentó Mavranos en voz baja—. Uno está aquí mismo y el otro se ha quedado atrás.

Golpearon la ventanilla del conductor con los nudillos y se oyó como bajaba la manivela: seis chirridos. Enseguida entró el aire seco y fresco del desierto.

—Salga del coche —dijo la voz del exterior, ya más clara.

—No —respondió Mavranos.

—Te podemos sacar a rastras, gilipollas.

Crane vio la comisura de la sonrisa de Arky.

—Pobre del idiota que lo intente —dijo tan alegre, en una imitación pésima de Mr. T.

El de fuera soltó una carcajada seca.

—Tenemos armas.

—Hijo… —Ozzie se inclinó hacia delante. Tenía la voz cascada, pero firme—. Si empiezas pasando así en una partida sin límite como esta, las apuestas van a subir enseguida.

El otro retrocedió un paso. El haz de la linterna bailoteó por el revoltijo de la parte trasera de la furgoneta.

—Sí, son tres —gritó a su compañero—. Puede que lleven escondido un perro o un bebé, pero no hay más adultos.

A contraluz, Crane vio que el otro se acercaba a la furgoneta de Mavranos. Era una silueta alta de perfil escultural y cabello ondulado, repeinado.

—No —dijo el recién llegado—. Ya no creo que sea este el vehículo lleno de gente que buscamos. Pero está muy cerca. —Se volvió hacia Mavranos—. ¿Han visto pasar un autobús, una autocaravana o una furgoneta grande por esta carretera en la última media hora? —le preguntó con una voz de barítono cuidadosamente modulada.

—Pues en la última media hora, no lo sé —dijo Mavranos arrastrando las palabras—, pero desde que ha oscurecido nos hemos cruzado con más autobuses que con coches normales. Esto es Las Vegas —añadió, haciendo un ademán hacia la carretera.

—Ya lo sé.

El hombre se volvió hacia la parte trasera de la furgoneta y escupió en el cristal.

—¿Te importa limpiar la ventanilla, Max? —pidió.

El otro, obediente, la restregó con la manga del anorak; cuando estuvo más limpia, apuntó a la cara de Crane con la linterna.

Aun cegado por la luz, Crane sintió la mirada del cabecilla clavada en él; parpadeó y trató de mantener el rostro inexpresivo.

La luz desapareció al medio minuto y el cabecilla se acercó de nuevo a la ventanilla abierta de Mavranos.

—¿Qué le pasa a ese de atrás? —preguntó.

—Qué no le pasa, y acabamos antes.
—¿Es… retrasado?
—Con diagnóstico —confirmó Mavranos. Era una de sus expresiones favoritas como argumento de autoridad—. Es retrasado con diagnóstico. ¿A que sí, Jizzbo?
Crane sudaba de puro pánico y el corazón le latía desbocado, porque notaba que la tensión iba a hacerlo estallar en una risita histérica. Se mordió la lengua con todas sus fuerzas.
—No le hables así —intervino Ozzie.
Crane ya no aguantaba más; soltó un graznido ronco, ahogado, incapaz de contener la histeria. Tosió y expulsó la sangre de la lengua por la nariz; con un bufido, se inclinó hacia delante entre arcadas.
—Joder —dijo el tal Max.
—Vale, vale, pueden marcharse —concedió el alto.
Mavranos subió la ventanilla, puso la palanca en posición de marcha, salió a la carretera y pisó el acelerador.
Ozzie y él estallaron en carcajadas. Después de limpiarse la nariz con una camisa vieja de Mavranos, Crane también se echó a reír, revolcándose sin parar entre los trastos con cuidado de no disparar la escopeta. Habría dado cualquier cosa por un trago.

DIECISIETE
Bocinas y motores

Cuando se les pasó el ataque de risa, Ozzie se secó los ojos y se volvió hacia Crane.

—No habrás bebido nada en el Dirty Dick's, ¿no?

—La Coca-Cola que has visto, nada más.

Crane se alegró de estar a oscuras. Nunca había sido fácil colarle un farol a Ozzie.

Este asintió y frunció el ceño, pensativo; Crane cayó en que en los viejos tiempos habría añadido: «¿De verdad?». Por lo visto, la aparente madurez de Crane y la importancia innegable de lo que se llevaban entre manos lo empujaban a confiar en él.

—Y no has jugado a las cartas, claro.

—Por supuesto que no —le aseguró Crane, intentando no pensar en el videopóquer. Se incorporó y guardó la recortada en el estuche.

—Entonces es culpa mía por dejarte jugar en aquella puñetera partida de ¡pesca! —dijo Ozzie con voz queda—. Es lo único que ha podido alertarlos. —Cerró los ojos y negó con la cabeza—. A veces creo que ya no tengo… la velocidad que hace falta para esto. Ya no pienso tan deprisa.

—Venga, hombre, pero qué dices —replicó Crane—. Seguro que esos tipos no tenían nada que ver con nosotros. Estaban buscando un autobús o algo así.

—Venían a por nosotros, seguro, y lo del autobús es la prueba. Lo que me recuerda una cosa… Para en cuanto puedas, Archimedes; tenemos que quitar el camuflaje.

—Preferiría no parar, y menos con esos tipos acechando por aquí —objetó Mavranos.

—Si no lo quitamos, nos volverán a parar, y la jota esa del pelo repeinado y la voz afectada empezará a preguntarse por qué el coche sigue pareciéndole un autobús lleno de gente. ¿Qué tiene de malo parar aquí mismo?

—Nada a lo que no podamos adaptarnos —repuso Mavranos, cansado, mientras maniobraba hacia el arcén y pisaba el freno.

—¿Por qué parecíamos un autobús? —quiso saber Crane.

—Cuando estamos en marcha, somos una ondulación de lo más enérgica y agitada —le explicó Ozzie—. Los silbatos de plástico para ahuyentar animales emiten ondas ultrasónicas que interfieren unas con otras, se amplifican y se amortiguan entre sí. Además, los banderines manchados de sangre suponen un gran movimiento

orgánico, multitud de fragmentos de protoplasma muy juntos que no paran de cambiar de sitio. Pero lo principal son los naipes de las ruedas, que pasan zumbando junto a los naipes de los guardabarros y forman decenas de combinaciones por segundo, decenas de configuraciones. Las configuraciones de cartas no son personalidades, claro, pero sí descripciones de personalidades, así que un clarividente, a primera vista, supondría que se trata de un montón de personas juntas a bordo del mismo vehículo.

—Y cuando hemos parado ha cesado todo —comprendió Crane—. Los silbatos, los banderines, los naipes de las ruedas…

—Exacto. El autobús se ha desvanecido en el aire y solo estábamos nosotros. Pero, si pasa dos veces, se dará cuenta de que nosotros somos el autobús y de que el tipo al que busca, o sea, tú, está en este coche, en esta furgoneta.

Ya se habían detenido, y Mavranos salió del coche y se puso a arrancar las cartas del neumático delantero izquierdo. La brisa del desierto barrió el aire rancio del interior y lo lanzó al cielo nocturno; el coche olía a piedra fresca.

—¿Por qué ha pensado que yo era retrasado?

—No lo sé. Me imagino que te percibe como un borrón: por un lado, eres una víctima del rey y, por el otro, su hijo. A ojos de un clarividente debes de ser como una doble exposición, de día y de noche. Sea como sea, cualquier jota con ambición querrá matarte.

—Eh, vosotros tranquilos, no hace falta que ayudéis ni nada —protestó Mavranos desde fuera.

—Ya voy. —Crane abrió la puerta trasera derecha.

—Dile a Archimedes que cambie un neumático de lado sin quitar las cartas de ahí ni del guardabarros, de modo que el neumático que antes iba a pelo vaya ahora a contrapelo, o viceversa. Me da igual si son radiales.

—Cambiar de lado un neumático —repitió Crane—. Aunque sean radiales.

Mientras arrancaba los silbatos negros del coche y los banderines manchados de la baca, bajo el millón de estrellas lejanas que salpicaban el cielo nocturno, Crane se preguntó si se atrevería a beber de nuevo, con lo cerca que había estado del desastre; y, si no, cómo demonios evitaría volverse loco o suicidarse. ¿Y qué había querido decir el viejo con «a pelo» y «a contrapelo»? Y ser hijo del rey ¿lo convertía en una jota? ¿En un aspirante al misterioso trono de la tierra baldía?

Los adelantó un sedán anónimo y, nada más fijarse en él, le pareció que la mujer que iba en el asiento del copiloto, que había mirado un instante en su dirección, era Susan. Siguió el coche con la mirada. La mujer se había mostrado inexpresiva, pero al menos no estaba

enfadada.

«Le has dado un buen beso de despedida», se dijo al recordar el bourbon y la cerveza.

Volvieron a ponerse en marcha en cuanto Mavranos y él terminaron de quitarle el camuflaje a la furgoneta. Iban a unos ciento diez por hora, pero no dieron alcance al coche en el que Crane quizá había visto al fantasma de Susan.

Al cabo de un rato pasaron junto al Nevada Landing, que era como un oasis luminoso: un casino en forma de dos barcos del Misisipi de arquitectura recargada, con las proas apuntando al este. Los falsos barcos, que habían surgido del horizonte, volvieron a hundirse enseguida en él, y circularon de nuevo en la oscuridad.

«Puede que se haya detenido ahí —pensó Crane—. Puede que se haya subido a un barco.»

Volvió la vista atrás. ¿Lo encontraría de nuevo su mujer?

—Dos lunas —comentó Mavranos con un cigarrillo entre los labios.

Crane dio un respingo y cambió de postura en el asiento traqueteante.

—¿Eh? —Había estado a punto de quedarse dormido de nuevo.

—Ahí delante. ¿No te parece como si fuera a salir la luna en cualquier momento? Pero la tenemos detrás.

—La de delante es Las Vegas.

Mavranos soltó un gruñido y Crane supo que pensaba en el castillo del azar.

Poco a poco, las torres bañadas de sinuosidades blancas, azules y anaranjadas asomaron de la fracción iluminada del horizonte y apagaron la luz de las estrellas.

Al fin salieron de la I-15 en la avenida Tropicana y giraron a la izquierda para incorporarse al bulevar Las Vegas, el Strip. Incluso ahí abajo, en el extremo sur, la iluminación era deslumbrante: el Tropicana, el Marina y el Excalibur, aún cerrado, hacían retroceder la noche.

—Joder —soltó Crane, mirando por la ventanilla; las torres blancas del Excalibur se alzaban gigantescas, con los tejados cónicos de vivos colores—. Eso parece el agujero más grande del minigolf de Dios.

—Excalibur —dijo Mavranos, pensativo—. Un motivo artúrico, supongo. ¿Tendrán un restaurante llamado Sir Gawain o El Caballero Verde?

Ozzie también miraba el edificio.

—Tengo entendido que van a abrir un bar enorme y lo van a llamar Ginebra. El colmo de la moderación y el buen gusto. Pero sí, es como si Las Vegas supiera de manera inconsciente lo que es. En qué la convirtió Siegel.

—¿Ben Siegel la convirtió en la capilla peligrosa de Arky? —quiso

saber Crane.

—Bueno, supongo que no es que la convirtiera; más bien la invocó. Antes de que llegara Siegel, la ciudad estaba madura, pero nada más.

—¿Sigo hacia el norte? —preguntó Mavranos.

—Sí —dijo Crane—. En Charleston tiene que haber un montón de supermercados; es la primera calle que cruza de este a oeste pasado el Sahara. —«Donde encontramos a Diana cuando era un bebé, en 1960. A saber dónde la encontraremos ahora», pensó—. Tira a la izquierda o a la derecha, como quieras.

—Y, cuando veas una cafetería, para —pidió Ozzie—. No, mejor una tienda de bebidas; así podremos comprar hielo y unas Coca-Colas y guardarlas en la nevera. El turno de Diana debe de terminar al amanecer, así que vamos a necesitar cafeína para seguir despiertos. —Bostezó—. Luego nos buscaremos un motel barato donde sea.

Mavranos miró a Ozzie por el retrovisor.

—Esta noche vamos de supermercados, pero mañana de casinos, ¿no? Que tengo que empezar a buscar mi… cambio de fase.

—Hecho —respondió Ozzie—. Te enseñaremos lo básico. —Se recostó en el asiento, con la cabeza sobre el hornillo de Mavranos, y cerró los ojos—. Despertadme cuando encontréis un supermercado.

—Sí. —Crane miraba al frente, soñoliento.

Tras la imponente intersección del Tropicana, la calle recuperaba la iluminación habitual de una ciudad hasta llegar al Aladdin; luego se alzaban el Bally's, el Dunes y el Flamingo, majestuosos, surcados por millones de bombillas sincronizadas.

Crane se quedó mirando el Flamingo. Las puertas y el amplio camino de la entrada aparecían bañados por un baile ascendente de luces rojas, doradas y anaranjadas, como si el lugar estuviese en llamas. Recordó la torre modesta que conformaba el hotel hacía veinte años, en el extremo norte, con un letrero de neón en la entrada, y vislumbró el edificio bajo y alargado, separado de la autopista por una ancha extensión de césped, al que iba con su verdadero padre a finales de los años cuarenta.

«Primero era de Siegel —pensó Crane—. Luego, de mi padre. Quizá todavía sea suyo.»

Era medianoche, y aun así los tres carriles de la calle Fremont, de sentido único, centelleaban con el blanco de las luces que revestían el Binion's Horseshoe; los turistas que salían del taxi miraban alrededor asombrados y se sonreían con timidez. La carrera costaba once dólares y pico, y uno de los turistas le entregó a Bernardette Dinh un billete de veinte.

—¿Está bien así? —preguntó ella con rostro inexpresivo.

Tal como había esperado, el turista supuso que le estaba preguntando si estaban lo bastante al centro y asintió con entusiasmo.

Ella asintió a su vez, se guardó el billete en el bolsillo y descolgó el micrófono de la emisora como si fuese a pedir otro cliente. El hombre, demasiado avergonzado para reclamar el cambio, cerró la portezuela y fue a reunirse con sus compañeros, apelotonados bajo la luz de los focos, incómodos.

«Pánico escénico —se dijo la taxista—. Se creen que todo el mundo está mirándolos y tienen miedo de no saberse ni los pasos ni el guion.»

Unos cuantos huelguistas de los sindicatos de cocineros y camareros desfilaban frente al Horseshoe con pancartas; una joven de pelo muy corto llevaba un megáfono.

—¡Mala suerte! ¡Mala suerte! —entonaba con voz extraña, inexpresiva—. ¡El Shoe da mala suerte! ¡Salid de ahí, perdedores!

«Dios —pensó Dinh—. Hasta yo tendría pánico escénico.»

Todos los años, por Acción de Gracias, el Binion's regalaba un pavo a los taxistas, y Dinh, Nardie para los noctámbulos de Las Vegas, siempre dejaba allí a los que le pedían que los llevara «al centro». Tal vez pronto tendría que dejarlos antes, en el Four Queens.

Al otro lado de la calle, frente al Golden Nugget, había aparcados dos coches de policía, pero los agentes, apoyados contra los vehículos, se limitaban a mirar a los huelguistas. Aquella noche de sábado o madrugada de domingo, la ciudad hervía de turistas: deambulaban por las aceras y cruzaban la calle, atraídos por el tintineo de las monedas que escupían las máquinas tragaperras, un repiqueteo veloz y constante bajo los cláxones de los coches, los gritos de los borrachos y el zumbido del megáfono de la huelguista. Nardie Dinh optó por esperar allí mismo al próximo cliente.

Encajada entre los formidables edificios refulgentes no podía ver el cielo: apenas si llegaba a distinguir los semáforos en aquel mar de luz artificial. Sin embargo, sabía que a lo lejos, en el desierto, brillaba una casi media luna. Dinh era consciente de que estaba funcionando a medio gas: aún le quedaban unos días de coger centavos sin ennegrecerlos, tocar la hiedra sin secarla, vestir de violeta sin desteñirlo o llevar ropa de lino sin oscurecerla.

Pero al mismo tiempo era vulnerable y lo sería toda la semana: solo podría ver de verdad mediante los patrones que trazaran los dados de su otro empleo, grabados con sus iniciales, y para defenderse dependería de su ingenio, su agilidad y la pequeña Beretta automática del 25, de apenas trescientos gramos, que llevaba en la cintura, bajo la camisa.

Nueve días más para la luna llena. Cuando llegara, ya habría derrotado a su hermano y al rey actual… o no. Si era que no, seguramente estaría muerta.

Un hombre barbudo con chaqueta de cuero y aspecto de estar muy borracho se dirigió hacia el taxi. Dinh lo miró con cierta intriga,

recordando a los imbéciles que, en ocasiones anteriores, habían decidido que a aquella joven asiática, delgada y menuda se la podía robar o violar sin problema. Pero cambió de opinión cuando el barbudo abrió la puerta trasera y se asomó al interior.

—¿Me puede llevar a una capilla donde se celebren bodas? —preguntó con voz dubitativa.

«Tendría que habérmelo imaginado.»

—Claro.

Tras la barba poblada se escondía un rostro rollizo e inseguro; Dinh supo que no haría falta que avisara de su destino a la central ni que les diera la identificación del hombre. Además, parecía adinerado y en baja forma, así que no era necesario cobrarle diez dólares por adelantado. Aquel no era de los que se daban a la fuga.

Cuando se hubo sentado, puso el coche en marcha y salió a la calle. Las capillas no daban propinas por clientes sueltos, así que decidió llevarlo a las que quedaban poco más allá de Charleston.

En un semáforo en rojo a dos manzanas, en la calle principal, tuvo que contener la sonrisa, pues los cientos de bombillitas blancas del amplio camino circular del Union Plaza brillaban contra la chapa de los coches que dejaban a los pasajeros en el hotel, con lo que parecían una procesión nupcial.

Matrimonios.

«El enlace entre el yin y el yang, entre el yoni y el lingam.» Por lo que le habían comentado los demás taxistas, no era la única que llevaba dos semanas acercando a las capillas a un número excepcional de pasajeros solitarios, gente de todo tipo. Cuando los dejaban allí, se quedaban en las pequeñas oficinas, embobados, mirando los votos matrimoniales enmarcados y las placas de recuerdo que vendían.

Era como si el cielo y la tierra estuviesen experimentando una vibración creciente, algo relacionado con una combinación de masculinidad y femineidad, y aquella gente lo notara de manera subconsciente. Seguro que los garitos y los burdeles de las autopistas 95, 93 y 80 también estaban recibiendo más visitas que de costumbre.

Pero aquel pensamiento le evocó recuerdos de DuLac, a las afueras de Tonopah, y de su hermano, y de la estancia de cuyas paredes colgaban veintidós cuadros… Pisó el acelerador, giró a la izquierda saltándose el semáforo y bajó a toda velocidad hacia Bridger por la calle principal.

—Oiga, que no tengo prisa —protestó el cliente.

—No la tendrá usted.

La matrícula de Snayheever solo estaba atornillada por un lado, así que no costaba nada apartarla para meter la manivela de arranque por el agujero del parachoques.

Separó los pies para afianzarse y se apoyó bien en ella para hacerla

girar. El motor no arrancó, pero la costura trasera de la vieja chaqueta de pana, la que creía que le daba un aire a lo James Dean, se le rasgó un poco más. Por lo menos no tenía tics: la discinesia tardía estaba dándole una tregua esa noche.

Los coches hacían sonar el claxon tras él; sabía que eso quería decir que los conductores estaban enfadados, pero los transeúntes de la acera parecían de lo más alegres.

—¡Mira, un coche de cuerda! —gritó uno—. ¡Ten cuidado, a ver si romperás el muelle!

—No soportaría tener que dar cuerda al coche —rio la mujer que lo acompañaba.

El coche arrancó a la segunda vuelta. Snayheever entró, metió primera y cruzó la calle Seis hacia El Cortez. Antes de que el coche se le calara, se había pasado casi una hora dando vueltas por el centro, sin suerte: seguía sin dar con el lugar donde vivía la luna.

Pero aún brillaba la media luna, aunque ya baja en el oeste; prestó atención a las nubes, al viento y a cualquier resto que transportara.

Snayheever sabía muy bien por qué no había llegado a triunfar en el póquer. Los jugadores de primera tenían una serie de cualidades: conocimiento de las probabilidades, aguante y paciencia, brío y arrojo… Y, quizá lo más importante, tenían la capacidad de meterse en la cabeza de sus rivales. Sabían cuándo estaban intentando recuperar las pérdidas, cuándo estaban dejándose llevar por el orgullo herido o cuándo fingían un estilo de juego conservador o desprendido.

Snayheever era incapaz de meterse en la cabeza del otro.

Todos los hombres con los que había jugado le habían parecido… átomos. Le resultaba imposible diferenciarlos; para él, eran meros emisores: así como los átomos emitían fotones, los jugadores emitían pases, vistas, apuestas, subidas… Pero sin seguir pauta alguna, sin sistema; no eran predecibles.

«A veces los átomos emiten partículas beta y a veces los jugadores emiten un "voy con todo" o enseñan escalera de color —pensó Snayheever mientras atravesaba Fremont—; entonces toca retirarse y lamerse las heridas.»

Todo cambiaba cuando trataba con cosas: pautas en los ríos o en las autopistas, piezas de rompecabezas desparejadas, la posición y el movimiento de las nubes… Estaba seguro de que sería capaz de leer los posos del té si le ponían delante una taza, y comprendía a la perfección a los griegos o a quienesquiera que fuesen los que predecían el futuro mirando las entrañas de los animales.

En ocasiones, las personas con las que se tropezaba le recordaban a las grabaciones femeninas del teléfono de información horaria. En cambio, la voz de las cosas era real, aunque débil y lejana, como si viniese de un teléfono al que le habían quitado el altavoz.

Tras el cambio constante en la distribución de las cosas tenía que haber alguien. ¿Quién si no podía ser su madre?

Esperaba que existiera la reencarnación y que, después de morir como el humano desconectado que era, volviera como una de las infinitas cosas conectadas. Recordó qué había dicho la mujer que pasaba por la acera cuando intentaba arrancar el motor: «No soportaría tener que dar cuerda al coche».

«Hay cosas mucho peores que dar cuerda al coche», pensó mientras giraba a la izquierda para recorrer otra vez el centro de la ciudad.

Un kilómetro al sudoeste de Snayheever, el Jaguar gris avanzaba rumbo este por la avenida Sahara.

«El hombre delgado que llevas dentro.»

Al recordar la frase, Vaughan Trumbill frunció los labios tirando de las comisuras regordetas. La chica tenía algo que ver con el ejercicio físico. Era entrenadora o algo así.

En el asiento trasero del Jaguar, el viejo doctor Meados masculló algo.

—Creo que ha dicho sur —comentó con voz cascada Betsy Reculver, que iba sentada atrás, junto al anciano.

—De acuerdo —fue la respuesta de Trumbill.

Giró el volante y torció a la derecha para salir a la calle Paradise, al este del Strip. Avanzaron un trecho entre solares amplios, bajo la luz de las farolas.

La chica había intentado que se apuntara a un programa de régimen. Por lo visto, a los clientes les daban bolsitas de alimentos deshidratados y tenían que hervirlas. El objetivo era perder peso y no recuperarlo.

«Sé que en alguna parte de ti hay otra persona. El hombre delgado que llevas dentro quiere salir a la luz.»

Se lo había dicho entre risas, con los ojos entornados y tocándole el brazo… para demostrar afecto, o compasión, o interés.

Reculver resopló, toda irritada.

—Me lo has dicho, pero se me ha olvidado. ¿La tal Diana va a venir aquí?

—No me lo parece —respondió Trumbill, paciente—. El hombre del teléfono dijo que la conocía y me dio la impresión de que vivía en la zona, en el sur de California. Hemos tenido vigilada la casa de Crane desde primera hora del viernes, y su teléfono, desde el sábado al amanecer. Si dan con alguna pista de su paradero, me lo harán saber, y si consiguen localizarla la mataremos.

Reculver se revolvió en el asiento; Trumbill oyó como se mordía las uñas.

—Entonces sigue ahí. En California. Ahora que se acerca la partida, tengo la percepción por las nubes: si hubiera cruzado la frontera de

Nevada, lo habría notado como si estuviera echando una piedra del riñón.

Trumbill asintió, con la chica de la fiesta aún en la cabeza.

—¿Me acompañas? —le había preguntado él mientras se obligaba a sonreír. La había tomado por el brazo y había salido con ella al vestíbulo del casino, donde un par de guardias de seguridad lo había reconocido de inmediato—. Estos señores se encargarán de llevarte a casa.

La joven lo había mirado boquiabierta, sin entender que estaba echándola de la fiesta. Al darse cuenta, había empezado a protestar, pero los guardias se la habían llevado a la parada de taxis siguiendo un gesto de Trumbill. Era obvio que lo había dicho sin mala intención, pero no iba a permitir que nadie le endilgara esa carta, ni siquiera una pobre inconsciente.

—En cambio, la jota y el pez han entrado en el estado —comentó Reculver—. He notado como entraban, casi al mismo tiempo. Puede que el pez sea el tal Crane, que viene por su cuenta.

—Es posible —respondió Trumbill, impasible, listo para cortar de raíz cualquier insinuación de que era culpa suya que aún no hubieran pillado a Crane.

Pero el silencio reinó un rato.

—Estoy muy nerviosa esta noche, mucho —dijo Reculver al cabo, en voz baja. Parecía que hablaba con el anciano que estaba sentado a su lado—. Quédate. Háblame. ¿Por qué nunca me hablas? Habla ya. ¿Qué estás pensando? ¿En qué piensas, en qué? Ya nunca sé en qué estas pensando, piénsalo.

El viejo doctor Meados se movió y dejó escapar una risita. Trumbill no entendía qué le veían a ese juego, qué sacaban de recitar juntos los versos de T. S. Eliot.

—En la calle de las ratas —dijo el viejo con voz asexuada—, donde a los muertos deshuesan.

«El hombre delgado que llevas dentro.» Trumbill apretó el claxon a fondo ante un Volkswagen inofensivo: sonó un discordante tu-tuuut-tut.

—¿Acaso no sabes nada? —Reculver seguía recitando, o eso parecía, pero con tono malhumorado, intranquilo—. ¿No ves nada? No recuerdas… ¿nada?

Trumbill miró por el retrovisor. El doctor Meados estaba sentado muy erguido, impasible, con las manos en las rodillas.

—Recuerdo —repuso el viejo— que esas perlas fueron ojos.

—¿No estás vivo? —preguntó Reculver con un suspiro. Trumbill, que no se sabía ningún poema, no tenía ni idea de si estaba recitando o hablando… Y, si hablaba, no tenía ni idea de con quién—. ¿Queda algo en tu cabeza?

—Jugaremos la partida de ajedrez —respondió el anciano—, prietos los ojos sin párpados, a la espera de los golpes del portón.

Aquel tramo de la calle Paradise, al sur de los neones que surcaban de rojo la torre del Landmark, estaba muy oscuro; casi todos los coches con que se cruzaban eran taxis que se dirigían a los casinos principales dando un rodeo para evitar el tráfico del Strip.

—Ya no los percibo —dijo Reculver—. Puede que estén los dos en la ciudad, igual que otros peces y otras jotas, y yo ni me haya enterado: están demasiado cerca, como briznas de hierba delante de unos prismáticos. ¿Has conocido a alguien, Vaughan? ¿Has hecho algún… trato del que no me hayas informado?

—No, Betsy. —Ella ya le había explicado qué tenía que decirle cuando se pusiera así—. Acuérdate de lo que leíste sobre la paranoia en las mujeres de edad. —«En este coche, todos vamos recitando algo esta noche», pensó—. Y sobre la inteligencia fluida en contraposición a la cristalizada. Son como la RAM y la ROM de los ordenadores: los jóvenes tienen una, y los mayores, la otra. Piénsalo.

—No puedo pensar. Nadie me ayuda. Tengo que hacerlo todo yo sola… y las jotas podrían estar en cualquier parte.

«Vamos con la fase dos», pensó Trumbill.

—¿Hanari está despierto?

—¿Por qué iba a estar despierto? ¿Tienes idea de qué hora es?

—Creo que deberías meterte en su cabeza y echar un vistazo desde allí.

—¿Qué pasa aquí? —gritó la mujer—. ¡No voy a meterme en su cabeza! ¡No voy ni a pensar en él! ¿Ha tenido una crisis nerviosa? ¿Qué quieres, que me quede atrapada en una cosa como esta? —Abofeteó al doctor Meados, que dejó escapar una risita y se tiró un pedo estrepitoso.

Trumbill tenía la esperanza de que la vieja durara las dos semanas que faltaban hasta Pascua. Bajó la ventanilla.

—No estás siendo razonable. Estás disgustada, y no me extraña. Y cansada de tener que hacerlo todo tú. Pero ahora es cuando más necesitas estar alerta, y el cuerpo de Art Hanari está tranquilo y descansado. Además, ¿no sería un alivio volver a ser un hombre, al menos un rato?

—Pfff.

Trumbill giró a la derecha por la avenida Sands, desierta y oscura, flanqueada de casas y bloques de pisos; el Mirage era un monolito de luz dorada que se alzaba a lo lejos, tras las edificaciones bajas. Se preguntó si Betsy Reculver habría aceptado su consejo o si no le hablaba porque no quería. Suspiró.

«El hombre delgado.»

Trumbill tenía sesenta años y no quería perder el puesto. Gracias a

Reculver tenía su jardín, sus peces tropicales y los acuerdos sobre cómo debían disponer de su cuerpo el día en que muriera. Entre desconocidos, no habría nada asegurado, y menos lo último, lo más importante. Isaac Newton le echaría al fin el guante con su segunda ley de la termodinámica de las narices y lo… lo uniformizaría, le lijaría el número de serie y lo despojaría de todos los extras, como si dijéramos: los retrovisores especiales, los faros antiniebla, las fundas de los asientos. Sería solo el equivalente a un chasis en un desguace lleno de chasis.

Del todo indistinguible.

«Si se puede eliminar una diferencia es que nunca ha sido una diferencia», pensó con un escalofrío. Flexionó los enormes brazos, con la certeza de que le ondularían los tatuajes bajo las mangas.

Oyó el zumbido del móvil.

—¿Sí?

—Soy yo, Vaughan, desde el Hanari. No he dicho más que tonterías, tenías razón. Oye, ¿me he bañado lo suficiente?

Trumbill siempre se sobresaltaba cuando el jefe cambiaba de cuerpo con aquella facilidad aparente, como quien se acomoda en la silla para mirar por otra ventana.

—¿Que si te has bañado? Claro.

—Vigílame, ¿eh? He leído que las mujeres mayores a veces descuidan la higiene. Mira, parece que esta noche no vamos a dar con ellos. Volvamos a la casa.

—Volvamos a la casa —repitió Trumbill.

—De vez en cuando se oyen por aquí —intervino el doctor Meados, con un bostezo— bocinas y motores, que traerán a doña Porter, Sweeney en abril.

Trumbill oyó el ja, ja, ja inexpresivo del cuerpo de Art Hanari al otro lado de la línea. Reculver le había comentado que reírse así no causaba arrugas. Luego, Hanari empezó a cantar:

Ay, esa luna que alumbra a las doñas,
a la cachorra
y a la señora.
Los pies se lavan en agua de soda
y bien que deben,
que así no huelen.

Trumbill colgó el teléfono y continuó la marcha con las dos manazas al volante.

Cuando salió del supermercado Smith, franqueando la puerta iluminada que daba a la calle Maryland, la luna ya había desaparecido y el cielo se perfilaba azul claro tras las Montañas Muddy. Cansada, arrastró los pies hasta el Mustang color crema; entró en el coche, arrancó, salió del aparcamiento y giró al norte por Maryland.

Al norte de Bonanza se cruzó con una Suburban azul oscuro que se dirigía hacia el sur. No le dedicó una segunda mirada, y los tres hombres que viajaban en ella tampoco le prestaron atención.

Sin embargo, los muros altos y los aparcamientos de la ciudad resonaron un instante con un grito lejano, ronco, una exclamación rasgada que arrancó de las gargantas de yeso de las estatuas romanas y egipcias que había ante el Caesars Palace, y de las damas sureñas y los oficiales de barco de la cubierta del casino Holiday, y de los árabes a lomos de camellos de piedra de enfrente del Sahara, y del minero acuclillado sobre un montón de bombillas doradas en el tejado de la tienda de recuerdos del Western Village, y de los cuellos de contrachapado de las dos figuras que sonreían ante la academia de crupieres de Charleston, y de la viga transversal de acero del cuello de Vegas Vic, la silueta de hombre de cinco pisos que se alzaba en el tejado del Pioneer. Y, en las fachadas en forma de barco del casino Holiday, el Showboat y el Paddlewheel, las luces de neón que recorrían las ruedas de paletas parpadearon un instante en la inmovilidad del aire previo al amanecer, como si estuvieran a punto de moverse, y se sacudieron motas de polvo que se perdieron entre las sombras azules.

DIECIOCHO
El Día del Loco

Y cincuenta kilómetros al sudeste, junto al bucle de la autopista 93, cerca ya del arco que describía la coronación de la presa Hoover, los dos ángeles de bronce de diez metros de altura esculpidos por Oskar Hansen flexionaron las altísimas alas y se movieron un poco sobre las bases de diorita. A sus pies, el mapa estelar grabado en el terrazo vibró débilmente con el reflejo insondable del cielo del amanecer.

La amplia superficie del lago Mead, que se extendía desde la cala de Lost City y la rambla de Little Bitter, en la punta norte del brazo de Overton, hasta los confines de la rambla de Grand, al este, y de la cuenca de Boulder, al oeste, pasando por la amplia cuenca de Temple (bautizada por el gigantesco monolito cuadrado que la dominaba), experimentó un millar de flujos de marea minúsculos y aleatorios, que sobresaltaron a los turistas que dormían en las incontables casas flotantes alquiladas.

Y en la ladera de la montaña, bajo el aliviadero de Arizona, el agua contenida entre las compuertas de acero de la presa sufrió una turbulencia momentánea; los técnicos de la enorme sala de control detectaron la irregularidad en el suministro hidroeléctrico mediante los transformadores que había bajo la presa, pues las paletas estáticas y giratorias de los generadores eléctricos titubearon un instante antes de proseguir con la rotación de las turbinas.

En el gran túnel de hormigón que corría bajo la presa, un ingeniero notó un temblor y alzó la vista; tuvo que cerrar los ojos y volverlos a abrir, porque en vez de la pared de la presa, de más de doscientos metros de altura, le había parecido ver un precipicio rocoso y, en lo alto, una figura que bailaba.

Diana Ryan se había quitado el uniforme rojo del Smith's, el supermercado donde trabajaba, y se había puesto un chándal verde. Estaba bebiendo un chardonnay bien frío mientras leía el *Las Vegas Review-Journal*. Pensaba volver a llamar al viejo un poco más tarde. Era domingo por la mañana; mejor dejarlo dormir un rato más si estaba en casa.

Oyó como se abría la puerta del dormitorio principal y como corría el agua en el baño. Al rato, Hans entró en la cocina con andares somnolientos, deslumbrado por el sol que caía a chorro por la ventana. De un extremo de la barba le salía un bucle extraño.

—Qué pronto te has levantado —dijo Diana, arrepentida de no haber llamado nada más llegar.

—Es más tarde de lo que parece —replicó Hans—. En primavera, el cambio de hora resta tiempo de sueño.

Encendió la cafetera y se dejó caer en la silla forrada de vinilo, frente a Diana. Ella ya había terminado la sección local del periódico, así que él se la deslizó hacia sí y empezó a leer.

Diana aguardó el consabido «Menuda panda de babuinos ignorantes». La noche anterior, Hans le había dicho que trabajaría un rato en el guion, y el fulgor de la inspiración nocturna se transformaba siempre en resentimiento llegada la mañana.

Diana oyó que Scat y Oliver ya andaban levantados, así que se bebió el último trago de vino y fue a aclarar y guardar la copa antes de que llegaran a la cocina.

—No me digas cómo tengo que educar a mis hijos —advirtió a Hans, que, por supuesto, ya había abierto la boca para soltar alguna de las suyas—. Y ya sé que no has dicho palabra.

Hans se abstuvo de poner los ojos en blanco, pero dejó escapar un ligero suspiro mientras volvía a concentrarse en el periódico.

Diana descolgó el teléfono y marcó el número otra vez; impaciente, se apartó los largos mechones rubios de la cara. Mientras escuchaba el lejano tono de llamada, los chicos entraron en la cocina y se apoderaron de las cajas de cereales y de un cartón de leche.

Se volvió hacia ellos. Scat se había puesto la camiseta de los Boston Red Sox; Oliver, la de camuflaje, que en opinión de Diana le marcaba demasiado la barriga. Oliver le lanzó lo que ella tenía catalogado como su mirada sarcástica, y supo que Hans habría puesto los ojos en blanco.

«Hans no tiene madera de padre —pensó, aún atenta al repetitivo tono de llamada—. ¿Dónde están… Mel Gibson o Kevin Costner, o, aunque sea, Homer Simpson?»

—Menuda panda de babuinos ignorantes —dijo Hans, sacudiendo la cabeza mientras leía. Diana tenía entendido que era una frase de *Esperando a Godot*.

Acabó por colgar el teléfono.

—¿Aún no ha vuelto el abuelo a casa? —preguntó Scat, levantando la vista del cuenco de Krispies.

—Seguro que está por ahí con tu hermano —dijo Hans, mirándola—. Te preocupas sin necesidad.

—A lo mejor vienen para acá —apuntó Scat—. ¿Por qué no vienen a vernos nunca?

—Seguro que no les gustan los niños —dijo Oliver. Tenía diez años, uno más que su hermano.

—A vuestro abuelo, sí. —Diana volvió a la silla.

«Seguro que Scott ha convencido a Ozzie de huir, de marcharse adonde sea —pensó—. Ozzie solicitará que le conserven el número de

teléfono. Seguro que la gente que mató a mi madre no ha seguido a Scott ni los ha secuestrado a los dos. Seguro que no les han hecho daño. Ni los han matado.»

—¿Podemos ir en bici al parque Herbert? —preguntó Scat—. Todo el mundo lo llama así —le dijo a Oliver, que, como era de esperar, ya había empezado a replicar que el nombre correcto era Hebert.

—Claro —respondió Hans, y a Diana le molestó.

—Sí, os doy permiso —dijo esta, tratando de dejar claro con el tono que el permiso que importaba era el suyo.

—Hoy necesito paz y tranquilidad para acabar el tratamiento fílmico —explicó Hans—. Mike, el del Golden Nugget, conoce a un tío que conoce a Harvey Korman. Si consigue que lo lea, tengo unos cincuenta mil asegurados.

Como los niños estaban ahí, Diana se obligó a sonreír y dio unos golpecitos debajo de la mesa.

Pero cuando hubieron terminado de desayunar, después de que dejaran los cuencos en el fregadero y salieran como tornados en busca de las bicis, Diana se volvió hacia Hans.

—Pensaba que ya no tenías trato con ese tal Mike.

—Son negocios, Diana —dijo Hans, inclinándose sobre el periódico —. ¡Harvey Korman!

—¿Y cómo has averiguado que conoce a alguien que conoce a alguien? Habrás hablado con él, digo yo.

—Soy escritor. Tengo que hablar con gente de todo tipo.

—Es un camello, Hans —dijo Diana mientras enjuagaba los cuencos en el fregadero. Se esforzó en poner un tono razonable para no parecer una gruñona—. La única vez que fuimos a su casa no podía quitármelo de encima. Pensé que… te molestaría.

Hans le dirigió una mirada altanera, típica de él, más estúpida que nunca con el mechón que le salía de la barba.

—Los escritores no podemos ser tan moralistas. Además, confío en ti.

Diana suspiró y se secó las manos con un paño de cocina.

—Bueno, pero no te metas en ninguna historia con él. —Bostezó—. Me voy a la cama. Hasta luego.

Hans, simulando estar muy concentrado en el periódico, asintió y se despidió con la mano.

Las sábanas aún conservaban el calor de su cuerpo. Diana se subió la manta hasta la barbilla y escudriñó la penumbra. ¿Volvería Hans a la cama cuando terminara de leer el periódico?

Tenía la esperanza de que sí y tenía la esperanza de que no. En primavera, cuando se acercaba la Pascua, siempre estaba más… ¿más qué? ¿Cachonda? Era lo que habría dicho Oliver y, si Diana lo hubiera reprendido, Hans habría replicado, en su tono más satírico: «Para mí,

el sexo es una cosa muy bella que sucede entre dos personas que se aman».

Pese al zumbido del aire acondicionado, oyó chirriar la silla de la cocina; se dedicó una sonrisa despectiva al darse cuenta de que se le había acelerado el corazón. Pero enseguida le llegó el golpeteo sordo de la máquina de escribir eléctrica. Se puso de lado y cerró los ojos.

«Es mejor que nada —se dijo—. ¿Serán todos así, mejor que nada y punto? Como marido, Wally Ryan fue de lo peor; hasta me contagió la gonorrea porque no podía tener la bragueta cerrada. Les dijo a sus amigos que yo era frígida, pero seguro que todos sabían que lo que pasaba era que le intimidaba estar casado y tener hijos de verdad. Es fácil tratar con las mujeres cuando son seres bidimensionales, poco más que animales sacados por arte de magia de las páginas de un *Penthouse*. Hasta que tienes que… vivir con una y tratar con ella día a día como si fuera un ser humano auténtico.»

¿Cómo le habría ido a Scott con su mujer? Diana estaba segura de que la muerte de ella era lo que lo había golpeado con tanta fuerza poco antes de Año Nuevo. Había sido una pérdida emocional muy dura. En su momento pensó en llamarlo, pero dejó pasar una semana y le pareció que sería incómodo llamar tan tarde, y al final lo dejó pasar. Aun así, el sufrimiento de su hermano la había dejado insomne muchos días.

Para sus adentros, la esposa de Scott siempre había sido «la zorra esa», pero sabía que era injusto: al fin y al cabo, no había llegado a conocerla ni había hablado con ella; ni siquiera la había visto nunca.

Diana había intentado racionalizar el rechazo tan intenso que sentía diciéndose que su hermanastro era un jugador borracho y que ninguna mujer que se casara con alguien así podía estar a la altura de Scott, que en el fondo tenía un corazón de oro. Pero sabía que la verdadera raíz del resentimiento era el impacto que había sentido aquel día de verano, con dieciocho años, al saber que Scott estaba casándose, que estaba diciendo «Sí, quiero» delante de un sacerdote y mirando a los ojos a una mujer.

En aquel momento hacía nueve años que no lo veía, pero siempre había dado por hecho que se casaría con ella. Al fin y al cabo, no tenían parentesco alguno.

Le había costado reconocerlo, pero al año siguiente se había casado con Wally Ryan para vengarse de Scott, con la seguridad de que él también sabría que se casaba.

Wally era muy buen cazador y pescador, estaba bronceado y llevaba bigote, pero tras aquella fachada viril era inseguro, bravucón y mezquino. Igual que todos los hombres con los que había salido desde entonces. Los hombros anchos y los ojos pícaros y rasgados la volvían loca, pero cuando llegaba la hora de romper siempre estaba más que

harta. Hacía dos años, cuando el abogado divorcista le había dicho que Wally se había matado por conducir borracho, no había sentido más que una punzada de pesar que era, sobre todo, compasión.

Les dijo a los niños que su padre había muerto. Scat lloró y quiso ver fotos antiguas de Wally, pero, gracias al colegio y a sus amigos, en un par de días se olvidó del duelo por el padre muerto; al fin y al cabo no había vuelto a verlo desde los seis años. En cambio, Oliver pareció alegrarse, como si pensara que se lo tenía merecido… ¿por abandonarlos? Seguramente, aunque el divorcio había sido cosa de Diana. Oliver siempre había sacado buenas notas, pero a partir de entonces le bajaron en picado. Y engordó.

Debería casarse de nuevo; debería darles a los chicos un padre de verdad, no un Hans tras otro.

Se dio la vuelta en la cama y estrujó la almohada para acomodársela. Ojalá Ozzie estuviera bien. Y ojalá Scott estuviera recuperándose de la puñalada en la pierna.

Unos chicos habían montado una rampa con un tronco caído y un tablón de contrachapado y se dedicaban a bajarla en bicicleta. Los más atrevidos levantaban el manillar cuando llegaban al extremo, de modo que, al aterrizar, se desplazaban unos segundos haciendo un caballito. Scat los observó un rato; luego se montó en la bici y saltó un par de veces él también. En el último salto se levantó, subió mucho el manillar y acabó cayendo de culo mientras la bicicleta seguía adelante por la hierba. Los demás niños le aplaudieron.

Mientras tanto, Oliver se había subido a la valla del parque y estaba sentado en el saliente diagonal, algo hundido, que sobresalía del borde superior de la valla. Cada vez que un ciclista bajaba volando del tablón, le apuntaba con su pistola de plástico.

Pensaba en los apodos. Cuando su hermano y él se habían mudado a Las Vegas del Norte, todo el mundo los llamaba los chicos de Venus porque vivían en un pareado de la avenida Venus. No estaba mal; de hecho, había también dos chicos de Marte, que era la calle que quedaba cuatro manzanas al norte. Pero, mientras que Scott había conservado su apodo de siempre, Scat, que no tenía ningún problema, a Oliver habían empezado a llamarlo Hardy porque estaba gordo.

Eso no estaba bien, aunque solo lo llamaran así porque le tenían miedo.

Había padres que le tenían miedo o a los que, como mínimo, les caía mal. Le gustaba asustarlos saltándoles delante de repente y apuntándoles a la cara con la pistola de plástico. Como el arma no era de verdad, no podían decir nada, y menos cuando se reía y les gritaba: «¡Pum! ¡Estás muerto!».

Pero lo de Hardy no le gustaba nada.

Últimamente habían empezado a llamarlo Perro Rabioso, que estaba

mucho mejor. El perro de un chico del barrio había aparecido muerto en la calle hacía un mes, y se decía que lo habían envenenado. Cuando le preguntaron a Oliver si había sido él, desvió la mirada.

—Era un perro rabioso… —fue su respuesta.

Tal como esperaba, todos dieron por hecho que había sido él, aunque no era cierto.

Había visto a Scat caerse de la bici al saltar por la rampa. Al principio se había asustado, pero se había relajado al verlo levantarse sonriente y sacudirse la tierra del culo.

Se acomodó en la valla, que chirrió bajo su peso. Le habría gustado tener valor para saltar él también por la rampa, pero era demasiado consciente de los huesos de los brazos, las piernas y la base de la columna vertebral. Y era verdad que estaba gordo. Podía subirse a la valla, sí, pero a nadie le importaba.

¿Oliver? Vaya mierda de nombre. ¿Y qué si su abuelo se llamaba así? Seguro que a él tampoco le gustaba. Además, no lo veían nunca. No era justo que, por ser el mayor, le hubiera tocado el nombre de chiste mientras que a su hermano pequeño le ponían el de su tío. Al que tampoco veían jamás.

A esa distancia del suelo era capaz de reconocer, aunque solo muy flojito y para sí, que el nombre que le habría gustado era… Walter. No entendía cómo no se lo habían puesto; su padre no podía estar tan avergonzado de él nada más nacer para no darle su nombre, ¿no? Era el primogénito.

De repente, uno de los alambres que sujetaban el saliente al travesaño se rompió con un estallido seco y la valla entera tembló. Oliver se agarró con todas sus fuerzas; el rostro se le perló de sudor. En cuanto estuvo seguro de que no iba a caerse, miró hacia la rampa. Por suerte, los otros chicos no se habían dado cuenta. Las bromas sobre el gordo de Hardy que había roto la valla habrían durado semanas. Aún tembloroso, se metió la pistola en la cintura y bajó muy despacio hasta la sección vertical del entramado.

Una vez en terreno firme, suspiró y se despegó la camiseta empapada del pecho y la barriga.

«Y mañana, colegio», pensó.

Ojalá sucediera algo. No quería seguir viviendo la vida de un niñito insignificante.

A veces se quedaba mirando las nubes doradas y rojizas que se escalonaban en el cielo aún azul del atardecer, e imaginaba que veía un carro de caballos a lo lejos, diminuto, a la carrera por la cresta de las nubes. Si alguna vez se topase con una imagen así y el carro se deslizase hasta posarse en la tierra, en aquel parque, para recuperar el aliento antes de despegar otra vez hacia el reino de las nubes, Oliver saldría corriendo por la hierba y se subiría de un salto.

Jugaba mucho al Mario Bros en la Nintendo que tenían conectada a la tele de casa; al pisar la hierba, recordó los ladrillos invisibles que pendían de la nada en el mundo de Mario. El jugador que no los conociera haría correr al muñequito por el suelo, pero el experto sabía que tenía que hacerlo saltar en el punto exacto… y dejar que se diera un cabezazo contra el aire, que de pronto se había convertido en un ladrillo con una seta brillante encima. Si cogías la seta, te volvías grande. Y si en vez de la seta cogías una flor, podías escupir bolas de fuego.

Dio un salto. Nada. Solo aire.

El tocado indio de plumas de Snayheever no había llamado mucho la atención mientras conducía por el Strip en el Morris polvoriento; ni siquiera cuando caminaba por el centro a la sombra del casino Binion's Horseshoe.

Lo había comprado al amanecer por cinco dólares en Bonanza, la tienda de recuerdos; se lo había puesto al salir y aún no se lo había quitado. Pero ya de mañana, mientras conducía lentamente por las calles de Las Vegas del Norte, entre las urbanizaciones de bloques de pisos y casitas idénticas que quedaban al oeste de la base Nellis de la fuerza aérea, los adultos empezaron a reírse, a señalarlo y a hacer sonar el claxon, y los niños arrancaron a gritar y correr tras el coche.

Era inevitable. Aquel día tenía que llevar plumas.

No había mucho tráfico. Miró a su alrededor: las palmeras proyectaban sombras alargadas en las aceras tranquilas. Los únicos transeúntes parecían personal de la fuerza aérea y estudiantes, seguramente del Colegio Universitario del Condado de Clark, que había dejado atrás en la calle Cheyenne.

Era la tercera vuelta que daba por aquel tramo de Cheyenne; esa vez se obligó a girar a la derecha por la calle Civic Center, aunque se paró junto a la acera de inmediato para comprobar los trazados una vez más.

Desplegó el mapa y siguió con una uña mugrienta la línea que había recorrido a lápiz.

Sí, no cabía duda, el dibujo seguía pareciéndole un pájaro de líneas estilizadas y angulosas; un grajo, un cuervo, algo así. Por lo general trazaba las pautas implícitas en las carreteras, los ríos y las fronteras, pero la silueta del pájaro se había impuesto a las demás.

Los vértices de la figura eran calles con nombres como Luz de Luna, Bruma Lunar o Mar Lunar. El punto más alto de la cola del pájaro lo formaba la confluencia de dos calles, Luz de Estrellas y Luz de Luna, que discurrían junto a la 95 hacia la base de la fuerza aérea de Indian Springs; la punta del pico la delineaban tres calles: Fulgor de Luna, Hechizo y Observatorio Estelar, en los límites orientales de la ciudad, en el bulevar Lake Mead. La diagonal que unía los dos puntos tenía

que pasar por el ojo del pájaro y, en efecto, Snayheever había encontrado una maraña interesante a unos dos tercios del recorrido hasta la punta del pico: una urbanización entera con calles como Saturno, Júpiter, Marte, Cometa, Sol o Venus.

Estaba a una manzana de aquella urbanización.

Sin duda, su madre tenía que vivir en Venus.

Pisó a fondo el embrague, se peleó con la palanca para meter primera y volvió a ponerse en marcha. Una vez en Venus, giró a la izquierda.

La avenida Venus estaba llena de casas pareadas y pisos de dos plantas. Avanzó muy despacio, en primera, por el centro del carril derecho, con los ojos entrecerrados para protegerse del aire caliente que entraba ya por las ventanillas bajadas.

¿Cómo iba a identificar la casa de su madre? ¿Vería alguna pista en las plantas del jardín delantero, en la pintura de la fachada, en…?

El número de la casa. Uno de los pareados tenía cuatro números de madera desgastados en la pared estucada blanca. Los números eran 1515, pero Snayheever los leyó como letras:

ISIS.

Isis, la diosa egipcia de la luna.

Había dado con la casa… Pero metió segunda, pisó a fondo el acelerador y pasó de largo, porque no podía acercarse a ella aquel día.

Si establecía contacto aquel domingo en concreto sería como… como un rey que visitara a otro acompañado por todo su ejército. Snayheever era demasiado poderoso en aquel momento; ella lo percibiría como alguien altivo en lugar de como quería que lo percibiera: como alguien… suplicante, humilde. Tal vez tuviera que pasarse un poco de la raya para captar su atención, cierto, pero no tendría la insolencia de utilizar el… protocolo. Además, aún no era cuarto creciente, pero por muy poco, o sea que su madre seguiría en la mitad débil del ciclo. Eso por no mencionar que siempre estaba más débil de día y solo era realmente ella de noche. Por eso dormía durante el día.

La noche siguiente, el lunes 2 de abril, la luna estaría justo en cuarto creciente. Era un dato de gran valor que había descubierto hacía solo una hora, en el periódico.

Sería el momento de abordarla.

Crane se incorporó dentro del saco de dormir, en el suelo de la habitación del motel, y trató de quitarse de la cabeza las imágenes del sueño.

Una copa de oro y una punta de lanza. ¿Dónde las había visto antes? Colgadas de cables encima de un sillón, hacía ya muchísimo tiempo, en… ¿en su casa? El ojo de plástico le dolió con el recuerdo; no lamentó en absoluto quedarse con la duda. En el último fragmento

deslavazado del sueño, los dos objetos estaban colocados, con suma reverencia, encima de un cajón de madera cubierto con un tapete verde. La luz que se proyectaba sobre ellos parecía entrar por una vidriera de colores, porque era roja, azul y dorada.

Crane tenía la boca seca, aunque le parecía notar el sabor de… ¿de qué? De un vino blanco seco. ¿Un chardonnay?

El aire acondicionado rugía y hacía frío. Se veía luz al otro lado de las cortinas, pero Crane no tenía ni idea de qué hora era. Al fin y al cabo, estaban en Las Vegas: podía ser medianoche y que la luz del exterior fuese artificial.

Resopló y se frotó la cara con manos temblorosas.

Otra vez.

Otra vez había soñado con la partida del lago.

Estaba tan cansado después de las cuarenta y ocho horas de vigilia que esa vez no había logrado despertarse cuando uno de los dos rostros gigantescos que estaban bajo él había abierto el cañón que tenía por boca y lo había absorbido como si fuese un jirón de humo.

Palpó el interior del saco de dormir y suspiró de alivio al notar que no había aflojado la vejiga durante esa parte del sueño.

Impotente, se había precipitado en espiral por el abismo de la boca, iluminado por la luz de la luna; había bajado por la garganta hacia la oscuridad, y de pronto se había encontrado en las profundidades del lago.

Había notado movimientos muy abajo, siluetas inmensas que no alcanzaba a ver y que, de todos modos, no tenían forma real, pero cuyas vibraciones le despertaban imágenes en la mente, como sucesiones de terremotos que retorcieran las cuerdas de un piano para cobrar voz:

Había visto a su verdadero padre, viejo y cansado, con una túnica roja de armiño y un sombrero que parecía un ocho tumbado. Estaba sentado en una mesa al borde de un precipicio, y en la mesa había una buena colección de monedas apiladas, un cuchillo y un bulto sanguinolento que bien podía ser un globo ocular…

Había visto el Buick del 47 de su verdadero padre, tan nuevo y resplandeciente como lo recordaba, avanzando bajo la lluvia por el asfalto brillante tirado por dos criaturas con cuerpo de caballo y cabeza humana…

Había visto a su hermana adoptiva, Diana, coronada con una tiara que representaba una luna creciente ceñida a un disco solar. Iba ataviada con una sotana de aspecto papal y escoltada por perros que aullaban a la luna…

Se había visto a sí mismo entre las ramas cargadas de hojas de una guirnalda ovalada. Estaba desnudo, paralizado a media zancada, con una pierna flexionada, y alrededor de la guirnalda había un ángel, un

toro, un león y un águila. De pronto, la perspectiva cambió y se vio cabeza abajo, colgado por la pierna estirada y con la otra doblada por la gravedad…

Vio decenas de figuras más: a Arky Mavranos, que se alejaba por el desierto cargado con un fardo de espadas largas como varas; al viejo Ozzie, encima de una duna, con una espada a modo de bastón; a su difunta esposa, Susan, que iba colgando lo que parecían tapacubos de la rama de un árbol muerto…

… y vio una cabeza de querubín sin cuerpo, atravesada por dos varas de metal.

El querubín solo tenía un ojo y miraba con fijeza el único ojo de Crane. Este gritó y trató de correr, pero los músculos le fallaron; no podía darse la vuelta, ni siquiera cerrar los ojos. Apenas había luz y le faltaba el aliento. La cabeza del querubín y él estaban inmersos en las profundidades, ocultos al sol y a la luna, a las estrellas y a la figura que bailaba al borde del acantilado distante. Crane dejó escapar un gemido de terror ante la sola idea de que aquella cosa abriera la boca y hablara. Sabía que si hablaba tendría que obedecer.

Luego el sueño se volvió irrelevante y repetitivo hasta la extenuación. Le pareció que estaba en un estanque subterráneo natural, amplio y sin aire, y que iba en busca de un pozo que le permitiera nadar hasta la superficie. Había muchos pozos, sí, pero cada vez que subía por uno, después de muchos chapoteos, pataleos y burbujas, aparecía en casa de alguien: veía la columna de humo que ascendía de un cenicero, o ropa limpia en una silla y el sonido de la ducha de fondo. Le daba mucha vergüenza que lo cogieran en una casa ajena, así que en todas las ocasiones había vuelto a sumergirse, a expulsar el aire de los pulmones y a darse impulso con las piernas para volver al estanque oscuro del que salían los pozos. Después de tanta repetición inútil acabó por despertarse y se quedó mirando la alarma de incendios, una caja blanca de plástico en el techo rugoso del motel.

La casa del último sueño había sido la misma donde la copa y la punta de lanza aparecían bañadas por la luz de colores en el tapete verde. No le hizo falta tratar de tocarlas para saber que no existían de verdad, que aquel no era su lugar; si estaban allí, aunque fuera bajo aquella forma ilusoria, era porque al menos en ese momento su lugar no existía.

Crane consultó el reloj digital de la mesilla. Las 14:38. Habían dejado una nota bajo una lata de Coors, para que no la volara el aire acondicionado.

Recordó que Ozzie, Mavranos y él se habían registrado en el motel a las seis y media de la mañana. Era un establecimiento pequeño, diez bungalows adyacentes pasado el Gold Coast, en el lado contrario de la

I-15, y les habían exigido una tarjeta de crédito para alojarse. Crane llevaba dos Visas en la cartera, una a su nombre y otra al de Susan Iverson-Crane, y Ozzie le había hecho usar la de Susan para evitar que los localizaran si alguien buscaba a un tal «Crane, Scott».

Crane y Mavranos le habían dejado la cama a Ozzie y habían cogido un par de sacos de dormir de la furgoneta.

Ya más despierto, Crane salió del saco; esbozó una mueca de dolor al notar la punzada ardiente en la pierna vendada.

Algo iba mal, pero ¿qué?

Intentó rememorar todo lo que había sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas.

«Gardena; y Baker, donde estaba aquel chaval raro que jugaba a ¡pesca!, y la cerveza que me bebí a escondidas en el coche… El Whiskey Pete's, con la cerveza y el bourbon que me tomé camino del lavabo… La camioneta, el hombre del pelo repeinado y la voz afectada, y su amigo Max, con sus armas… Las calles del centro, la docena de supermercados de las narices, y en ninguno trabajaba Diana…»

Nada de aquello le resultaba tranquilizador, pero tampoco justificaba el terror que le aceleraba el corazón y le congelaba el sudor en la cara. Sentía como si hubiera pasado algo por alto, como si se le hubiera escapado un detalle y una persona que dependía de él estuviera… asustada, a solas con mala gente, herida.

«Por mi culpa.»

Cogió la nota, escrita a bolígrafo en el reverso de un trozo de bolsa de papel.

> Archy y yo hemos ido a ver un par de casinos. A ti te hacía falta dormir. Volveremos a eso de las cuatro.
>
> Oz

Crane miró fijamente el teléfono y se dio cuenta de que tenía la mano suspendida sobre el auricular.

«¿Qué pasa? —se preguntó, inquieto—. ¿Quieres llamar a alguien o esperas una llamada?»

Tenía la boca seca y el corazón desbocado.

Un Porsche blanco se detuvo fuera, en el aparcamiento del motel.

Al Funo salió del coche y contempló con cierta diversión la hilera de puertas y ventanas. Cada puerta era de un color diferente, a cuál más vivo.

«Pobre Crane —pensó—. ¿Aquí es donde se aloja cuando viene a Las Vegas?»

Se encajó las gafas de sol en el pelo rubio oscuro bien peinado y se dirigió a la recepción. En aquella ocasión tendría que acercarse a Crane con más cautela. Se había asustado, quizá por la bala que le

había destrozado el parabrisas, y había empezado a adoptar precauciones básicas. Si Funo no se hubiera tomado la molestia de usar el número de identificación de una joyería para conseguir el historial de crédito de Crane, no habría descubierto la Visa a nombre de su mujer.

Las campanillas que colgaban de la puerta sonaron cuando entró en la recepción, una sala refrigerada y en penumbra. El suelo era de linóleo verde brillante y, aparte de un exhibidor lleno de folletos y cupones de descuento para turistas, el sofá de vinilo verde constituía todo el mobiliario.

«Qué falta de clase», pensó Funo con tristeza.

Una mujer de pelo blanco salió de la minúscula oficina del fondo.

—Hola —dijo Funo con una sonrisa de afecto sincero—. Necesito una habitación, por favor. Lo más seguro es que sea solo para una noche. —Empezó a rellenar el impreso que le tendió la mujer—. Tengo un amigo que también se iba a alojar aquí. Crane, Scott Crane. Hemos tenido que venir cada uno por su cuenta porque a mí no me dieron el día libre en el trabajo.

—Sí, Crane —confirmó ella—. Cuarenta y tantos, con dos amigos, uno muy viejo y el otro con bigote. Están en la seis, pero acaban de salir.

—¿En la camioneta roja?

—No, era azul, bastante grande. A medio camino entre una ranchera y un todoterreno. —Bostezó—. Si quiere lo pongo junto a ellos, en la cinco o en la siete.

—Ah, perfecto, muchas gracias. Eh… ¡Je, je…! No les diga que he llegado, ¿de acuerdo? A ver si les doy una sorpresa.

La mujer se encogió de hombros.

Funo le dio la MasterCard en vez de la American Express porque sabía que la recepcionista tendría que llamar para comprobar la tarjeta; al fin y al cabo, así había dado él con Crane. Aquello estaba empezando a salirle caro, tanto en dinero invertido como en tiempo de trabajo perdido. ¿Habría alguna manera de rentabilizarlo, de que dejara de ser un autoencargo? Recordó el Jaguar gris y el número de teléfono que había conseguido junto con los datos de registro de la matrícula de Nevada. El gordo que lo conducía iba tras algo, sin duda. Parecía tener dinero, pero… ¿qué quería?

Al firmar el resguardo, advirtió la fecha: 1 de abril de 1990. El Día del Loco, equivalente al Día de los Inocentes.

Vaya, qué fastidio. Como si lo que se llevaba entre manos fuese una broma, como si él fuese insignificante.

Miró a la señora y, cuando alzó la vista, le guiñó un ojo y le dedicó su sonrisa más juvenil.

Ella se quedó mirándolo como si fuera una mancha en la pared, una

a la que, si se miraba con los ojos entrecerrados, se le podía encontrar forma de ser humano.

Funo se alegró de haber firmado ya el recibo, porque las manos le temblaban.

Mavranos salió del aparcamiento de varios pisos que se alzaba detrás del Flamingo y guio la Suburban por el camino de entrada, más allá de la parada de taxis y la zona de carga, en dirección al Strip. Pasó despacio por los reductores de velocidad, pero el coche traqueteó y los cubitos de la nevera saltaron y chapalearon. El Strip estaba despejado en ambos sentidos; no había coches a la vista a menos de cien metros, así que giró a la izquierda con la misma facilidad que si estuviera en un barrio tranquilo del medio oeste.

—¿Qué probabilidades había de girar a la izquierda como si nada delante del Flamingo? —le preguntó a Ozzie entrecerrando los ojos y esforzándose por no sonreír.

—Joder —bufó el anciano—, tienes que buscar olas estadísticas grandes, ¿entendido? Como empieces a fijarte, yo qué sé, en los números de las matrículas o en dos gordas que llevan las mismas bermudas floreadas, nos vamos a…

—¡Que te estaba tomando el pelo, Oz! —dijo Mavranos con una carcajada—. Pero hemos visto un par de cosas interesantes, no digas que no.

Habían estado observando una mesa de dados en el Flamingo; habían entrado en el Caesars Palace, al otro lado de la calle, para escuchar las pautas del tintineo y el traqueteo de las tragaperras, y luego habían ido al Mirage y habían escrito cien números consecutivos que habían salido en la ruleta. En dos ocasiones, Mavranos había oído un ladrido y un bocinazo simultáneos, una vez al cruzar la calle en sentido este y otra al cruzar en sentido oeste; en ambas había alzado los ojos, había captado el reflejo del sol en el parabrisas y se había pasado medio minuto viendo bolas rojas mirase adonde mirase. En el Caesars, tres desconocidos sin relación alguna habían susurrado «siete» al pasar junto a él. Lleno de ansia, le había preguntado a Ozzie si le parecía que aquellas coincidencias tenían algún significado, pero este las había descartado con impaciencia.

Estaban parados en un semáforo en el carril de la derecha, para girar por la calle Flamingo; Mavranos se sacó del bolsillo la lista de números de la ruleta y la examinó.

—Verde —anunció Ozzie a los pocos segundos.

—Voy a amar a solas, deprimido… —comentó Mavranos, pensativo, mientras levantaba el pie del freno y giraba el volante, todavía mirando la lista.

—¡Atento a la carretera! —le espetó Ozzie—. Como estrelles la furgoneta sí te vas a deprimir.

—No, quería decir pi. ¿Sabes, pi?

Ozzie se lo quedó mirando.

—Claro, tienes que ir a mear. Si te soy sincero, creo que bebes demasiado.

—Mira ahí. —Mavranos le pasó la lista, se concentró un momento en el tráfico y pisó el acelerador—. Pi, la relación entre la longitud de una circunferencia y su diámetro, ¿sabes lo que quiero decir? Pi erre al cuadrado, seguro que lo has oído mil veces. Pi es un número irracional, un tres con una sarta infinita de decimales detrás de la coma. Hay varios trucos mnemotécnicos para memorizar los decimales; por ejemplo, esta frase que leí en un libro de Rudy Rucker, que empieza así: «Voy a amar a solas, deprimido…», o sea, tres, uno, cuatro, uno, cinco, nueve…, ¿entiendes? Es el número de letras de cada palabra. Lo malo es que no me acuerdo del resto de la frase mnemotécnica…

Habían cruzado la I-15 por encima. Ozzie miraba por el parabrisas polvoriento.

—Nuestro motel es ese de ahí a la derecha, no te vayas a pasar —dijo Ozzie, señalando—. No te sigo, la verdad, Archimedes…

—¿Ves que, hacia la mitad, los números que han salido en la ruleta son tres, uno, cuatro, quince…? Mira el papel, que el que va conduciendo soy yo. ¿Qué números vienen después?

—Eh… Nueve, veintiséis, cinco, treinta y cinco, ocho…

Mavranos entró en el aparcamiento y detuvo el coche cerca de su bungalow. Apagó el motor.

—Sí, estoy seguro de que es pi. Eso tiene que significar algo, ¿no? Que la puñetera ruleta se ponga a recitar pi porque sí… ¿Qué números estarían saliendo en las otras mesas? Me imagino que la raíz cuadrada de dos o la raíz cuadrada de menos uno.

Ozzie abrió la puerta y salió con cautela al calor del asfalto. Mavranos cerró con llave y rodeó el coche.

—No lo sé —dijo Ozzie con el ceño fruncido—. Puede que sí, si los números son eso que dices de pi… Pero no creo que sea lo que andas buscando. Esto es otra cosa; aquí está pasando algo más…

En la plaza contigua, un joven de aspecto elegante estaba sacando una bolsa de viaje del asiento trasero de un Porsche blanco. Tenía buen cuidado de no mirarlos, así que no vio que Ozzie se había adelantado y le dio un golpe en la espinilla con la bolsa.

—Un poco de cuidado —saltó Ozzie, irritado.

El joven murmuró algo, se precipitó hacia la puerta número siete y metió la llave en la cerradura con atropello.

—Putos zombis, son una plaga en esta ciudad —le dijo Ozzie a Mavranos.

Este se preguntó si su vecino habría oído el exabrupto. El joven

entró en la habitación y cerró de un portazo.

«Me parece que sí», pensó.

El viento que soplaba, procedente de las escarpadas Montañas Virgin, agitaba las flores de incienso amarillas que recorrían el perímetro del cañón y hacía ondular las aguas azules y vastas del lago Mead. Los excursionistas maniobraban con torpeza entre los muelles del círculo recreativo con las barcas que habían alquilado; la gasolina impregnaba la brisa e irisaba el agua en torno a los atracaderos.

Ray Joe Pogue aceleró la lancha y dejó atrás el supermercado y la tienda de cebos del embarcadero. Avanzó cien metros en línea recta, hasta que el lago se volvió más agitado; el viento levantaba olas. Tras unas cuantas sacudidas en el asiento, sacó el pie del acelerador y dejó que la lancha alquilada se meciera en el agua, bajo el inmaculado cielo azul.

Entrecerró los ojos y observó las islas dispersas y la orilla remota de la cuenca de Boulder, aprovechando el silencio que se había impuesto al detener el motor. Se veían muchos barcos, como cualquier tarde de domingo, pero no le costaría encontrar una cala discreta en la que hundir la cabeza. La caja metálica había resbalado del asiento contiguo y estaba en el suelo; la recogió con cuidado, volvió a ponerla en su sitio y dejó encima el rollo de maroma.

La cabeza de la caja de metal.

Había matado a mucha gente a lo largo de su vida y no le había supuesto problema alguno, así que le sorprendía lo mucho que le había dolido matar a Max. Se sentía desorientado, como si tuviera una resaca de las gordas, y cada vez que miraba la caja notaba una punzada de inquietud.

Había conocido a Max en el instituto. Este había pasado una época enamorado de Nardie, la hermanastra de Pogue, que era asiática. Llevaban años preparándose juntos para aquel verano, el año de la elección, el cambio de rey que tenía lugar una vez cada dos décadas. Max debería haber sido su… ¿su qué? ¿Su Merlín, su Lancelot, su Gawain? Pero la noche anterior, tras fracasar en el intento de dar con el misterioso autobús de la I-15, Pogue le había ordenado a Max que parara y saliera de la camioneta, y le había disparado por la espalda con la escopeta del 12.

Se estremeció pese a estar a pleno sol; sintió el viento frío en la cara y no quiso mirar la caja. Se aferró al plástico blanco de la borda y contempló las aguas.

No le había quedado más remedio. En circunstancias ideales no habría tenido que llevar a cabo aquel antiguo ritual fenicio del Adonis, pero había demasiadas incertidumbres. La noche anterior, en la autopista, una jota le había dado esquinazo, y los tres tipos de la furgoneta azul adornada con cintajos y mierdas tenían una pinta

sospechosa: el pirata, el viejo y el retrasado. Tampoco tenía conexión con Nardie Dinh; llevaba meses sin percibir ninguno de sus sueños. ¿Cómo era posible que no soñara? ¿Había alguna droga para reprimir los sueños?

Era imprescindible que la localizara antes de Pascua. Su hermanastra era la única que podía ocupar el puesto de diosa lunar, su reina. Los dioses y los reyes de la fertilidad, de una manera u otra, siempre se emparejaban con sus hermanas: Tammuz y Belili, Osiris e Isis, hasta el rey Arturo y Morgana le Fay… Creía que la había doblegado con el encierro de un mes en el prostíbulo de las afueras de Tonopah: la dieta a la que la había sometido, los rituales de sangre, la estancia de los veintidós cuadros… La había preparado a conciencia para que asumiera su papel de diosa, pero de repente, cuando creía que era la perfecta sonámbula sin voluntad, Nardie había apuñalado a la madama, había robado un coche y había huido a Las Vegas. Y ya ni siquiera soñaba.

Pogue escudriñó las olas que lamían un islote rocoso, a un par de millas, y consultó el mapa del lago Mead, doblado por la cara de la cuenca de Boulder. El islote tenía nombre: la isla del Muerto. Encajaba a la perfección.

Hizo girar el timón y pisó el acelerador. La inercia lo lanzó contra el respaldo del asiento y, al enderezar el timón, la espuma que levantaba la lancha se le vino encima con el viento; la cara se le llenó de goterones y el agua le pegó a la frente el pelo negro.

Siguió sujetando el timón con una mano mientras sacaba el peine y se echaba el flequillo para atrás, donde debía estar. Hasta que llegara la Pascua, la perfección física era esencial.

El hombre que ocupara el trono no podía tener defectos.

Rodeó la isla acelerando a impulsos la lancha; al otro lado, dio con una cala pedregosa donde no se veía ningún excursionista. Se acercó todo lo que pudo y echó por la borda el bloque de hormigón que servía de ancla.

De mala gana, cruzó la borda con la caja en las manos y, sosteniéndola en alto para que no se mojara, fue andando hasta la orilla por el agua fría.

En la antigua Alejandría, los fenicios representaban todos los años la muerte de Tammuz arrojando al mar una cabeza hecha de papiro; siete días más tarde, sin falta, la corriente estival la había arrastrado a Biblos, donde la sacaban del agua para celebrar la resurrección del dios. El intervalo de tiempo que pasaba en el mar era el único momento en que la ubicación, la identidad y la existencia misma del dios de la fertilidad se ponían en duda.

Las dos semanas que quedaban hasta Pascua iban a ser el periodo más complicado de aquel ciclo. Pogue quería asegurarse de que fuera

su cabeza, simbólicamente, la que sacaran del agua el Domingo de Resurrección.

La cabeza cortada del pobre Max llevaba las Ray-Ban de Pogue y una corbata suya anudada al muñón del cuello; además, por supuesto, Max se había sometido a las mismas restricciones alimentarias que Pogue y Nardie: se había abstenido de comer carne roja y cualquier alimento cocinado en recipientes de hierro, y no bebía alcohol. Por eso Pogue no había podido decapitar a un turista cualquiera; la cabeza tenía que ser una representación lo más fiel posible de la suya.

Le temblaban las manos. Habría querido abrir la bolsa y volver a hacerle el nudo de la corbata. Max no sabía; Pogue había perdido la cuenta de las veces que le había dado la corbata para que se la anudara. Él se la ponía al cuello, hacía el lazo y luego se la quitaba para ponérsela a Max.

«Esta mañana, al amanecer, junto a la autopista Boulder, le he hecho el nudo de la corbata por última vez.»

Apretó los dientes y respiró hondo.

«Joder, ya está bien: mete la caja en el agua, amárrala en cualquier sitio donde no vaya a encontrarla un puto turista borracho, al menos hasta dentro de dos semanas, y lárgate de aquí a toda leche.»

Miró entre las rocas y los matorrales de gayuba en busca de un lugar adecuado, y se fijó en la bandada de golondrinas que sobrevolaba el lago.

Dio por hecho que eran golondrinas. Volaban disparadas como flechas, como era habitual… Pero algo no encajaba. Las alas. De repente vio más bandadas, montones de bandadas, a distancia. Hizo visera con la mano.

Le dio un vuelco el corazón; la frente se le llenó de sudor.

Eran murciélagos.

«Murciélagos —pensó, anonadado—. Pero si los murciélagos no salen de día… ¿Qué pasa, están rabiosos, se han vuelto locos? ¿Qué sucede aquí?»

Intentó ver adónde se dirigían y descubrió que, hacia el sur, el cielo también estaba salpicado de puntos negros que se movían a bandazos.

«Vienen aquí, a este puto islote. Desde todas partes.»

Corrió a trompicones hasta unas rocas y tiró la caja metálica al agua, que se zambulló mientras ataba el extremo de la cuerda a una piedra semihundida.

De repente se vio rodeado por las sombras, que revoloteaban en torno a sus pies como motas en los ojos. Los murciélagos, cada vez más numerosos, trazaban círculos bajos, sin emitir más sonido que el batir de las alas coriáceas. El viento que levantaban lo despeinó.

Alzó los ojos, horrorizado. Las diminutas cabezas, todo pelo y colmillos, pasaban como centellas junto a él. Los ojillos brillantes lo

miraban de hito en hito.

Se oyó un borboteo frenético y volvió la vista, aterrado.

Donde había tirado la cabeza, el lago hervía y… Parecía imposible, pero la pesada caja salió a la superficie, brillante, girando en el tumulto del agua.

«El lago la rechaza —pensó, aturdido—. ¿Han sido los peces? ¿Ha cambiado el agua de densidad para no engullir la cabeza?»

El batir de alas era cada vez más cercano, más ensordecedor; hasta le pareció olerlos, y olían a muerte.

«Corre —se dijo—. Te han derrotado, al menos por hoy.»

Contuvo los sollozos de terror y arrastró la caja hasta la orilla mientras se protegía la cara de los murciélagos. Con la caja chorreante aún colgada de la cuerda, fue dando tumbos por la playa y chapoteó de vuelta a la lancha.

Tiró la caja al asiento, subió a bordo y puso en marcha el enorme motor de coche oculto bajo la cubierta de plexiglás. Los murciélagos trazaron círculos más altos. Hizo girar el volante y metió primera para alejarse de la isla a toda mecha.

Cuando vio que los murciélagos no lo seguían, sino que se dispersaban por el cielo, puso punto muerto y contempló, jadeante y tembloroso en la calma repentina de la lancha, cómo se alejaban de vuelta a las cuevas, de las que nunca habrían salido antes del anochecer en un día de cordura.

Por primera vez desde que había comprendido la naturaleza de aquel reinado místico occidental, un día ya lejano en la biblioteca del colegio, sintió deseos de saltarse el régimen y beber. De emborracharse a conciencia.

Al cabo de un rato puso la embarcación en marcha, tan despacio como le permitió el errático acelerador, y navegó de vuelta al puerto deportivo del Círculo Recreativo del Lago Mead. Por el rostro, de belleza clásica, le corrían regueros de sudor y lágrimas.

«He matado a Max para nada —pensó, descorazonado—. Mi sacrificio, como el de Caín, ha sido rechazado.

»¿Cómo ha podido pasar? ¿Me he descalificado al matar a Max? No, los reyes de antaño cometieron ofensas mucho peores. ¿Debería haber esperado o he llegado tarde? ¿Es que ya hay una cabeza de rey en el lago Mead y no queda espacio psíquico para otra?»

Para cuando estuvo de vuelta en el muelle ya se había liberado de los profundos sentimientos de pérdida y desesperación.

«Aún puedo ser rey —se dijo mientras aminoraba la velocidad y maniobraba entre los barcos—. Pero tengo que dar con mi puñetera hermanastra. Tengo que dar con Nardie Dinh.»

El sol del atardecer intensificaba el naranja de las cortinas del motel. Crane barajó los diminutos naipes de cartulina y repartió sobre

la cama: cinco para Ozzie, cinco para Mavranos y cinco para él. Era pronto para retomar la inspección de los supermercados y Ozzie había prohibido que se acercaran a cartas de verdad, así que Mavranos había sacado de la furgoneta una baraja infantil de ocho loco que le habían regalado en una hamburguesería Carl's Jr.

En cada carta aparecía un animalito alegre y colorido, y a Mavranos le hizo gracia la selección de bestias y pajarillos sonrientes que fue adornando la colcha a medida que avanzaba la partida y los naipes descartados quedaban bocarriba en la cama.

—¿Sabéis a qué jugaban en el Arca? —preguntó.

Crane puso los ojos en blanco, pero Ozzie alzó la vista con cautela.

—No, ¿a qué?

—A las parejas —soltó Mavranos tras beber un trago de cerveza.

Un trueno estival retumbó al sur, sobre la cordillera McCullough.

«Venga ya —pensó Crane—. No ha tenido tanta gracia.»

DIECINUEVE
El hombre delgado que llevas dentro

El micrómetro parecía una llave inglesa diseñada para mecánicos obsesivos, de una precisión cristalina que desentonaba en el despacho abarrotado del casino, entre las calculadoras, las bandejas compartimentadas para fichas y los escritorios con quemaduras de cigarrillo. Nardie Dinh arrimó la herramienta a la luz del fluorescente y leyó el número que indicaba el mango de metal.

—Este también vale —le dijo al ceñudo jefe de sala. Aflojó la palanca de la base y soltó el segundo dado que le había llevado el hombre.

Se acercó el cubo rojo traslúcido y examinó las diminutas iniciales, casi imperceptibles, que había tallado en la cara del uno; luego le dio la vuelta y localizó el microscópico símbolo de la luna que había grabado con delicadeza en la cara del seis. Por supuesto, las dos marcas seguían tal como las había dejado a medianoche, cuando empezaba su turno como encargada nocturna de las mesas de dados del casino Tiara.

Dejó el dado y el micrómetro y se secó las manos, distraída.

—Todo correcto —le dijo al jefe de sala con tono seco—. No los ha cambiado por los suyos.

—Pues parece abonado a los ojos de serpiente: ¿cómo puede ser que todo el rato le salgan dobles unos? El supervisor dice que tira bien los dados, que siempre los hace rebotar contra la pared.

«Porque esta noche, al poner mi marca en los dados, he preguntado a las mesas si tendría éxito, y los ojos de serpiente significan: "Sí, si nadie interfiere"», pensó Nardie.

—No lo sé, Charlie. —El último café que había pedido aún quemaba, así que cogió el vaso de cartón e inhaló el vapor revitalizante—. ¿Está pinchando cada vez o está buscando algún número?

—No, va perdiendo —repuso Charlie, el jefe de sala, negando con la cabeza—. Juega a línea de pase con fichas de a dólar. Pero otros han empezado a hacer esas apuestas; puede que alguno esté compinchado con él.

—Tiene que ser casualidad, pero vamos a sacar dados nuevos. Los marcaré y podremos retirar todos los que hay ahora. —«Y esta vez no preguntaré nada a las mesas», se dijo.

—¿Todos? —inquirió Charlie, desconcertado.

—Puede que el último lote estuviera mal. Más vale prevenir que

curar.

—Tú mandas. —Charlie se encogió de hombros y salió a buscar las cajas.

Nardie se levantó del escritorio y se desperezó. Había solicitado el empleo en el Tiara porque probablemente era el único casino de la ciudad donde los encargados de turno aún marcaban los dados con sus iniciales. Era tal el alineamiento de Nardie con la luna que muchas veces había recibido respuestas de los dados grabados con su símbolo.

Pero era la primera vez que recibía una respuesta tan evidente que llamaba la atención.

«Si preguntara algo la semana que viene, con la luna llena, me imagino que todos los pares de dados del local sacarían el mismo resultado, una y otra vez. —Volvió a desperezarse, levantó los codos y se masajeó los hombros estrechos—. Hace cuatro horas que he aparcado el taxi y me he quitado el uniforme, y aún me siento como si estuviera tras el volante. Me muero por salir de aquí en cuanto amanezca y volver a la tranquilidad de Henderson.»

Como empleo de día, había encontrado un puesto de contable en una pequeña agencia de seguros de Henderson. Cuando brillaba el sol solía estar en su momento de mayor letargo, así que sumar cantidades le resultaba ideal, porque podía poner el piloto automático. Además, allí no era probable que la reconociera ningún contacto de sus trabajos nocturnos, porque la agencia estaba a treinta kilómetros de Las Vegas.

Y menos mal; si no, empezarían a preguntarse cuándo dormía.

Frunció el ceño al recordar que había estado a punto de quedarse inconsciente el día anterior, justo al amanecer, cuando estaba guardando las cajas de seguridad para el encargado del turno siguiente. Casi se desmaya. Cuando se le pasó el mareo, bajó corriendo a la sala, a la mesa más cercana, donde se desarrollaba una desganada partida de blackjack con apuestas de dos dólares.

Después de observar la mesa un par de minutos, descubrió que la jota y la reina de corazones aparecían con mucha más frecuencia de lo que dictaba la estadística, como las figuras que se fundían al apagarse la pantalla del ordenador. Así fue como supo que una jota y una reina, ambos muy poderosos, se habían cruzado en algún punto de las calles de la ciudad.

Dinh estaba decidida a ser la que luciera la corona de Isis cuando llegara la Pascua; ¿qué tendría que hacer para evitar que se le adelantara aquella reina misteriosa de extraordinario poder?

No quería matar a nadie, solo a su hermanastro.

Se oyó girar una llave en la cerradura.

Funo se despertó pensando que le habían abierto la puerta de la habitación del motel y cogió la pistola de la mesilla de noche. Pero se dio cuenta de que no había nadie más; el sonido venía de los

auriculares que llevaba puestos mientras dormía.

—Seguro que se ha mudado —dijo una voz masculina muy lejana; debía de estar de espaldas a la pared que separaba las dos habitaciones—. Cuando Scott la llamó, se asustó, levantó campamento y se largó a Ohio o adonde fuera.

Funo dejó el arma, se incorporó en la cama y se puso los pantalones con cuidado de que no se le cayeran los auriculares. Miró el reloj de la mesilla. Eran las siete de la mañana.

—No creo —respondió otro cuya voz se oía más alta—. Sigo recibiendo… sensaciones que no son mías, como ráfagas de preocupación o de diversión. Y sabores, como ayer, que noté un vino que no había bebido. Tengo la impresión de que está cerca.

—Bueno, pues puede que nos mintieran y trabaje en una de las tiendas a las que fuimos. Me imagino que los supermercados no dan los nombres de sus empleados al primero que pasa, y menos si tienen pinta de haber dormido vestidos.

—Qué va… —Esa voz era de un tercer hombre; parecía mucho más mayor—. Si fuera así, no nos habríamos encontrado con tres Dianas diferentes. Vamos a encontrar a la nuestra. No ha tenido el sentido común de trabajar al menos en Las Vegas del Norte, así que debe de estar en una tienda del Strip. Habrá un par como mucho. Esta noche daremos con ella.

Funo se subió la cremallera del pantalón y fue a sacar una camisa limpia de la bolsa, agachándose tanto como se lo permitía el cable de los auriculares.

—¿Y si se ha cambiado de nombre, Ozzie? —insistió la primera voz —. Con todo lo que le contaste sobre esta ciudad, seguro que se lo ha cambiado.

—Entonces la veremos —repuso el viejo—. Y sí, han pasado doce años, pero la reconoceré.

—Tú no hace falta que vengas, Arky —dijo el segundo hombre; Funo dedujo que era Scott Crane—. Quiero decir, podemos ir en taxi. Pareces cansado y la pasta no es problema.

—¿Yo? ¿Qué coño quieres decir? Yo no estoy cansado. Va, una noche más. Si os metéis en una pelea, más vale que esté cerca. Hoy me dedicaré a rastrear las probabilidades, y por la noche juguetearé con las tragaperras de la entrada de las tiendas mientras vosotros vais a preguntar.

—Una cosa está clara: mañana nos pegamos un desayuno como Dios manda —dijo Ozzie—. Otro de esos especiales de uno noventa y nueve, y vomito hasta la primera papilla. Chicos, es hora de dormir. Si queréis seguir charlando, os vais fuera.

A Funo le llegó un retumbo por los auriculares y comprendió que como mínimo uno tenía intención de dormir en el suelo. Observó con

inquietud el cable que desaparecía por el agujero que había taladrado en la pared; esperaba que pasara desapercibido.

Al poco se relajó. Ya solo se oían las respiraciones lentas y acompasadas.

Se quitó los auriculares, se levantó y se abrochó el cinturón. Se llevó el teléfono al baño y marcó el número que constaba en el registro del Jaguar gris.

Sonó un tono de llamada y saltó una grabación que le recitó el número que acababa de marcar. De inmediato sonó el pitido del contestador.

—Eh… —balbuceó Funo, desconcertado por la grosería—. Sé dónde están las personas de California que buscaba el sábado. O sea, las personas que usted buscaba en California. Scott Crane, Ozzie y Diana. —Esperó, pero no cogieron el teléfono—. Volveré a llamar a este número dentro de tres horas, es decir, a las diez en punto, para negociar el precio de mis servicios.

Colgó. Con eso debería bastar.

Se dirigió al armario para elegir una camisa, pensando en cuánta razón tenía el viejo Ozzie: era importante desayunar bien. ¿Habría cerca algún Denny's? Podía comprar el periódico, sentarse en la barra y quizá trabar conversación con alguien.

Después de fregar los platos del desayuno y pasar la aspiradora por la sala de estar y el pasillo, Vaughan Trumbill se había sentado en el escritorio de su cuarto y se había puesto a extender cheques con el viejo talonario de Betsy. A las diez menos cuarto cuadró las cuentas y escribió el saldo en la base de la página; cerró la chequera y la guardó en el cajón.

Se dirigió al acuario, al otro lado de la habitación, y se permitió el lujo de pescar con la red un bagre de cinco centímetros de largo. Lo sostuvo con cuidado por detrás de la cabeza y le arrancó el cuerpo de un mordisco. Sin dejar de masticar, metió la mano en el acuario y sacó un alga, una espada amazónica; la hizo girar en el agua para limpiar de tierra la raíz y se la llevó también a la boca. Envolvió la cabeza del bagre en varios pañuelos de papel y se la guardó en el bolsillo de la camisa blanca mientras seguía masticando el tentempié.

Los tentempiés vivos eran los más satisfactorios, aunque siempre resultaban escasos.

Las paredes de la habitación, blancas, estaban desprovistas de cuadros, y la ventana daba a una superficie de gravilla y a un muro gris y alto de cemento. Como de costumbre, paseó la mirada por la estancia sencilla y estéril antes de abandonarla, e inhaló el aire gélido, inodoro, para grabárselo en la mente; el resto de la casa de Betsy Reculver era un amasijo de estanterías, muebles recargados y fotos enmarcadas, y últimamente se pasaba con el perfume.

LaShane, el dóberman enorme, se acercó a él corriendo por el pasillo; Trumbill le dio unas palmaditas en la cabeza afilada, distraído. Antes de entrar en la sala de estar, echó un vistazo reflejo a las pantallas de televisión de encima de la puerta para comprobar que no hubiera nadie en los patios laterales ni en el de atrás, ni tampoco ante la puerta delantera.

Betsy Reculver estaba sentada en el sofá y se miraba las manos, que reposaba en el regazo; cuando entró en la estancia, alzó hacia él los ojos inexpresivos.

—Beany —dijo, antes de volver a contemplarse las manos.

Trumbill asintió y ocupó la única silla de la sala donde Betsy le permitía descansar su peso. Se sacó del bolsillo el envoltorio con la cabeza del bagre y lo tiró con discreción a la papelera. No le gustaba dejar materia orgánica en la papelera de su habitación, ni siquiera un momento.

Recorrió la sala de estar con la mirada y recordó los tiempos en los que albergaba a media docena de hombres que aguardaban las órdenes de Betsy. Trumbill la había conocido en 1955, y ese mismo año había empezado a trabajar para ella; tenía veintiséis y acababa de volver de Corea, de descubrir la verdad sobre el mundo y la vida. Algunos hombres, como Abrams o Guillen, llevaban con ella desde antes de 1949, cuando aún habitaba el cuerpo de Georges Leon.

El pobre cuerpo ajado de Georges Leon, al que llamaban doctor Meados.

A mediados de los sesenta, cuando Betsy habitaba a Ricky Leroy, había tenido que matarlos a todos.

Hasta el último de ellos había llegado a codiciar el trono para sí y, con él, la inmortalidad que se podía adquirir mediante la asunción de los vástagos. Trumbill sabía que ella… que él… que aquello…; en fin, que Georges Leon también se había planteado matarlo a él, antes de comprender que no sentía el menor interés en vivir más allá de su cuerpo.

«El hombre delgado que llevas dentro.»

Conocía a la perfección al hombre delgado. Lo había visto muchas veces en Corea: el esqueleto en la zanja, reseco, con los fluidos derramados o evaporados por el sol, y apenas una película de piel correosa sobre los huesos intolerables… Un ser que había perdido toda la sustancia, que la había entregado para nutrir otras vidas: insectos, plantas, pájaros, perros.

Vacío.

En Corea había decidido que estaría siempre lleno, que contendría toda la vida orgánica que le fuera posible, que enterraría el esqueleto bien lejos de la superficie de su piel. Y Betsy le había jurado que, cuando muriera, ella misma se encargaría de que lo sumergieran en

cemento fresco antes de enterrarlo, para que ninguna parte de él se perdiera jamás.

Reculver se levantó, se dirigió a la estantería y volvió a su sitio.

—Ufff. Espero que no se ahogue antes de que le dé tiempo a llegar al inhalador nuevo —comentó, molesta—. No lo he dejado descansar ni un momento desde la llamada de las siete.

—¿Algún indicio?

—He tenido a Beany todo el tiempo en una partida de siete cartas para ver más. No deja de salir la puñetera reina de corazones, así que la tal Diana debe de estar en la ciudad. Habrá otras que quieran la corona de Isis, pero Diana tiene ventaja porque es la hija biológica de la antigua reina, la Issit a la que retiraste en 1960. Joder, ojalá te hubieras encargado también del bebé.

Trumbill no podía aportar nada, así que se limitó a mirarla, impasible.

—Y la jota de corazones ha salido demasiado, en general con el cuatro de corazones.

—¿El cuatro qué es?

—Es… una especie de imagen de solterón. No lo percibo como amenaza para mí, pero me pregunto quién coño será.

—Lo importante es averiguar quién es la jota. —Trumbill se revolvió en la silla. Ojalá se hubiera llevado otro pez tropical; en aquel momento le habría sentado de maravilla un cíclido. Últimamente no le gustaba tratar temas delicados con Betsy; habría preferido que usara más a menudo el cuerpo de Richard, o hasta que le quitara las telarañas al de Art Hanari—. Debe de ser la jota que sentiste anoche, ¿no? Me pareció que era la grande, la que debería preocuparnos.

—Es una jota —bufó ella—. De las jotas me puedo encargar sin problema. Soy el rey.

—Sí, pero… —«Ay, Dios, vamos allá»—. Pero da la sensación de que es… de que les saca ventaja a las otras jotas, igual que la tal Diana a las demás aspirantes a reina. Lo de Diana se entiende porque es la hija de Issit. —Respiró hondo, intentando que no se notara—. Hace tiempo, cuando estabas en el cuerpo de Georges Leon, ¿no tuviste otro hijo, además de Richard? ¿Otro hijo biológico?

Cuando Betsy lo miró, tenía el labio inferior fruncido y los ojos llorosos.

—No. ¿Quién te ha dicho eso?

—Tú, Betsy, una vez, en los sesenta, cuando estabas en Richard. En Ricky Leroy, ¿te acuerdas? No pretendo… ofenderte, pero, si puede que sea esa jota, ¿no crees que deberías pensar en ello?

—No puedo pensar. Tengo que hacerlo todo yo sola y…

Trumbill flexionó los rollizos brazos y piernas, y se levantó de la silla.

—Es la hora —dijo al ver que Betsy lo miraba con alarma—. Tengo que poner la cinta en marcha.

—¿La hora? Ah, de la llamada. Claro, ve, ve.

Acababa de encender la grabadora cuando sonó el teléfono. Lo cogió antes de que saltara el contestador.

—¿Sí?

Conectó el altavoz para que Betsy oyera la conversación.

—Soy el que ha llamado antes. Es sobre Scott Crane, Ozzie y Diana. Sé dónde están y se los puedo conseguir. ¿Le interesa?

—Sí —respondió Trumbill—. Le pagaremos veinte mil dólares, la mitad cuando nos lo diga y el resto cuando comprobemos que la información es correcta.

—Eh… De acuerdo. Con eso me vale. ¿Dónde quiere que nos reunamos?

Trumbill miró a Betsy, que articuló en silencio: «En el Flamingo».

—En el Flamingo —respondió—. Esta tarde a las dos. En la cafetería, el Lindy's Deli. Estaré en una mesa a nombre de Trumbill.

Deletreó el apellido y colgó.

—Voy contigo —dijo Betsy.

—No me parece…

—No quieres que vaya, ¿es eso? ¿Y quién es ese tipo con el que te vas a reunir?

—Sabes tanto como yo, Betsy. —Se planteó pedirle que se metiera en el cuerpo de Art Hanari y lo llamara, pero la notaba demasiado nerviosa para acceder—. Betsy, no quiero que te pongas triste, pero me ayudarías a ayudarte si me dijeras el nombre de tu otro hijo, el que se escapó en el 48.

—No me acuerdo —replicó, y le sacó la lengua.

Funo llegó temprano y dio una vuelta por el hotel. Se sentó en un sofá de recepción, cogió un folleto y se puso a leerlo; así descubrió que el hotel lo había fundado un gángster, un tal Bugsy Siegel.

En otras circunstancias le habría parecido un dato fascinante y se habría propuesto buscar información sobre el gángster, pero estaba demasiado nervioso. Se echó un par de Tic Tacs de mentol en la palma de la mano y se los metió en la boca para librarse del sabor a vómito.

Durante el desayuno había trabado conversación con un hombre que le había parecido muy amable y culto… Pero había llevado la conversación por unos derroteros que Funo no había sabido seguir. Había fingido entenderlo y estar de acuerdo con él, pero de pronto se había dado cuenta de que lo había tomado por homosexual. Se había disculpado y había ido al baño, había vomitado hasta la última miga del desayuno y había escapado a toda prisa del local. Tendría que mandar por correo a Denny's el importe de la consumición. Diez veces el importe, para que la camarera no pensara que era un don nadie. No,

no mandaría el dinero, volvería en persona durante su turno y no solo pagaría la factura, sino que además le regalaría alguna joya cara.

«Pero para eso hace falta dinero», pensó.

Sabía que los hombres con los que iba a reunirse querrían encargarse de Scott, Ozzie y Diana en persona, pero siempre podía explicarles que él también era un profesional. El hombre gordo, suponiendo que fuera él quien había respondido al teléfono, parecía estar al mando, no contratado por Obstadt en Los Ángeles. Seguro que agradecería la ayuda de otro trabajador competente.

¿Qué tal les estaría yendo a «los de Las Vegas» de Obstadt para localizar a Crane? Con un poco de suerte no habrían descubierto la tarjeta de crédito a nombre de Iverson-Crane.

Según el reloj con el huso horario del Pacífico que colgaba encima del mostrador de recepción, eran las dos menos dos. Se levantó y se dirigió a la escalera mecánica que llevaba al Lindy's Deli.

Funo llegó junto a la caja registradora y observó las hileras de reservados y mesas señoriales de madera oscura; al instante reconoció la calva del hombre gordo, que sobresalía de un reservado del fondo.

Sonrió y se encaminó hacia allí. El local olía de maravilla, a carne en conserva y a ensalada de col.

Trumbill estaba sentado con una mujer mayor, muy atractiva.

—Hola, soy Al Funo —saludó con una reverencia—. ¿He hablado con usted, señor? Antes, por teléfono. Conseguí su número gracias a la matrícula del Jaguar.

—Siéntese —dijo el gordo con tono gélido—. ¿Dónde están las personas que nos ha dicho?

Funo le guiñó un ojo a la mujer mayor, como buscando complicidad ante los malos modales de Trumbill.

—¿No me va a presentar a su encantadora amiga?

La mujer asintió.

—Le presento a Elizabeth Reculver —dijo Trumbill.

Era el nombre al que estaba registrado el coche.

—Es un p… p… placer.

Funo se las arregló para mantener la sonrisa, pero se sonrojó ante la reaparición del tartamudeo que creía haber erradicado de niño. Se sentó a toda prisa en el reservado, junto a ella.

—¿Dónde están las personas que nos ha dicho? —insistió Trumbill.

—Sé dónde están, que es lo que importa, porque…, bueno, trabajo para ustedes, por así decirlo. Estoy familiarizado con este tipo de trabajo.

—Este tipo de trabajo —repitió Trumbill con el ceño fruncido. Echó la cabeza atrás y suspiró—. El dinero es a cambio de la información, Alvin. Cuando nos la proporcione, cogerá el dinero y se largará.

¿«Alvin»? ¿Como el de las ardillas? ¡Y le hablaba como si le

importara más el dinero que la gente! Funo notó que estaba poniéndose rojo otra vez.

—Yo s… s… soy… —«Mierda», pensó—. Soy un profesional y no me gusta…

—Para, Vaughan —dijo Reculver, inclinándose hacia delante con los ojos clavados en los del gordo—. Vamos a ver qué nos cuenta el joven Al. Podría sernos de gran ayuda.

De pronto, Funo lo vio todo claro. ¡El estúpido de Trumbill estaba enamorado de la mujer! Y le molestaba que ella lo encontrara tan atractivo.

—De acuerdo —convino Trumbill tras una pausa—. En ese caso, tengo que llamar a nuestros hombres y decirles que esperen nuevas instrucciones. Por lo visto, vamos a hacerlo a su manera, señor Funo.

Deslizó su mole por el banco y se puso en pie.

—Sabía que nos entenderíamos, señor Trumbill.

Funo también tenía la habilidad de mostrarse elegante.

—¿Por qué no comemos mientras hablamos? —preguntó Trumbill al levantarse y otear las otras mesas. Debía de haberle gustado lo que vio, porque se relamió y se le dilataron las aletas de la nariz—. Pedidme un sándwich Reuben con doble de ensalada de col y pepinillos. Y un zumo V8 grande.

—Perfecto, comamos —convino Funo con tono alegre. Estaba seguro de que no volvería a vomitar—. Una buena conversación con buena gente ante una buena comida, ¿eh?

—Exacto.

Trumbill se dirigió a la salida y Funo, con el corazón acelerado, se volvió hacia Reculver.

—La comprendo —dijo con voz amable y su sonrisa juvenil.

La mujer, algo insegura, le devolvió la sonrisa.

—¿Qué comprende?

—Sus… sentimientos. De verdad.

—Bien. Me alegro. Vaughan…, o sea, el señor Trumbill, a veces es… —Se detuvo, porque Funo se había acercado mucho a ella y estaba presionándole el muslo contra el suyo—. Perdone, me parece que será mejor que vuelva a sentarse más allá, donde estaba.

¿Estaba coqueteando con él? Claro, ¡el viejo truco de hacerse la difícil! En otras circunstancias le habría seguido la corriente y habría desplegado el repertorio de guiños, miradas breves pero intensas, dobles sentidos ingeniosos… Pero en aquel momento necesitaba un poco de confianza.

Echó un vistazo alrededor. Nadie los miraba.

Le rodeó los hombros con el brazo y, con lentitud deliberada, le acercó la boca a los labios.

Ella los entreabrió…

… y dejó escapar una carcajada seca, una risita tensa, avergonzada, como si se hubiera visto envuelta en una situación de lo más violenta y no supiera cómo salir de ella sin ofenderlo, sin dejar clara la repulsión que sentía. No había mostrado ni la menor reacción con los labios ni con el cuerpo.

Funo se sintió como si hubiera intentado besar a un viejo.

Se levantó y salió corriendo; para cuando cruzó las puertas que daban a la acera radiante del Strip, tenía los ojos llenos de lágrimas.

El tipo se había esfumado. Reculver volvió al reservado y se sentó; al poco regresó Trumbill, con paso oscilante y pesado. Al ver que estaba sola, arqueó las cejas.

—¿Ha ido al baño?

—No… Ha huido. —Betsy negó con la cabeza, desconcertada—. Lo he juzgado mal, Vaughan. Creía que era, no sé, un matón ambicioso de tres al cuarto. Los muchachos de Moynihan se lo habrían llevado discretamente, le habríamos metido un chute de pentotal sódico o de lo que fuera y, cuando le hubiésemos sacado la información, lo habríamos enterrado en el desierto y a otra cosa. Pero… ¡ha intentado besarme! ¿Quieres sentarte de una vez? Ha intentado besarme y creo que no he reaccionado… bien.

Trumbill se quedó mirándola y frunció los labios en una sonrisa cargada de ironía, insólita en él.

—Ya me imagino que no.

—No sé si volveremos a saber de él.

—Si nos llama, más vale que le digas que estabas con la regla o algo así. —Trumbill se sentó—. Pero que ya estás bien y que te parece muy atractivo.

—Imposible.

Dos hombres con camisa de flores y bermudas se acercaron a la mesa, jadeantes.

—Se ha evaporado, señora Reculver. Cuando hemos llegado a la acera, ya se había metido en un taxi. Veníamos de la cocina y, de repente, vemos que se levanta y sale corriendo.

—Sí —confirmó el otro, nervioso—. ¡No nos ha dicho que vigiláramos que no se levantara y saliera corriendo!

—Ya lo sé —dijo Reculver, aún distraída—. Fuera de aquí. La próxima vez, a ver si sois más rápidos.

—Será mejor que vuelva a llamar a Moynihan y le diga que no vamos a necesitar a sus muchachos. —Trumbill se levantó con desgana—. ¿Habías llegado a pedir?

—No; tenemos que irnos.

Trumbill compuso una mueca, pero no discutió. En casa lo esperaban los peces tropicales.

VEINTE
Isis, tengo a tu hijo

Ya había oscurecido, pero las luces blancas de las capillas nupciales bailaban por el parabrisas de Arky y surcaban las grietas del cristal.

«Una cerveza —pensó Crane mientras avanzaban hacia el sur a toda marcha por el bulevar Las Vegas y las latas de Coors entrechocaban en la nevera portátil—. ¿Qué daño puede hacerme una simple cerveza? En esta ciudad, la gente va por la calle con vasos de whisky en la mano. En los casinos te dan una bebida gratis; te la puedes llevar, dejar el vaso en el siguiente y coger otra.

»Pero no sería solo una —se dijo—, por mucho que lo jurases y lo prometieras. Y si todavía hay alguna posibilidad de que salgas con vida de esta, mejor que Dioniso no te tenga más atrapado de lo que ya lo estás.»

La Serie Mundial de Póquer iba a empezar a finales de mes en el Binion's Horseshoe; si todo se desarrollaba como en 1969, las partidas de asunción del lago se celebrarían antes, en Semana Santa. Es decir, a la semana siguiente. Crane no tenía ningún plan, pero, si había algún modo de eludir la muerte que le tenía preparada su padre biológico, más le valía mantenerse sobrio.

«Pero… Ozzie dice que estoy condenado. Si es así, ¿para qué voy a morir sobrio?

»Bueno —se dijo—. Tal vez. Pero esta noche no, ¿estamos? Puedes tirar sin beber por una noche. Si damos con Diana, hará falta que estés al máximo, ¿a que sí? Por insignificante que sea tu máximo.»

—Atento a Charleston —indicó Ozzie desde el asiento trasero—. Hay que doblar a la izquierda.

—Ya lo sé, Oz —dijo Mavranos, cansado.

—Vale, es que no quiero que te pases y luego haya que hacer piruletas para volver, con este tráfico.

—¿Piruletas? —Mavranos dio un trago rápido a la cerveza que llevaba entre las piernas—. ¿Como chupachups, pero planos?

Crane estaba partiéndose de risa.

—¿Dónde está la gracia? —saltó Mavranos—. Ah, hacer una pirula, quieres decir.

—Quiere decir que no hagas el tonto —apuntó Crane.

—Pues que lo hubiera dicho y ya. Y no os preocupéis tanto, que yo no hago pirulas. —Después de un rato ceñudo, añadió—: Eso sí, me toco la pirula.

Hasta Ozzie se echó a reír.

Los neones de un establecimiento anunciaban FOTO – IDEAS, pero Crane leyó «fotoides». ¿Qué eran los fotoides? ¿Una especie de fotones? ¿Luz falsa? ¿Luz artificial, como se la solía llamar? Tal vez toda la luz de la ciudad era así…

De repente se le aceleró el corazón y se le helaron las palmas de las manos.

«Debería haber hecho algo —pensó sin saber cómo ni por qué—. Tengo que volver a casa.» Tenía las manos apoyadas en la tapicería del asiento, pero durante un instante notó el tacto de un teléfono; con la derecha estaba haciendo el gesto de colgar.

«No soy yo —comprendió—. No son mis pensamientos ni mis percepciones.»

—Diana está preocupada —dijo con voz tensa—. Asustada. Es por algo que acaban de decirle por teléfono. Se va a casa.

—Esta es Charleston —señaló Ozzie, echándose hacia delante.

Mavranos asintió. Se metió en el carril de la izquierda y se detuvo en mitad del cruce, a la espera de que el tráfico en sentido contrario le diera ocasión de girar. Solo se oía la respiración acelerada de Crane y el ¡clic, clic!, ¡clic, clic! del intermitente.

Crane percibió como Diana caminaba deprisa, se paraba y hablaba con alguien en tono apremiante. Miró el avance lento de las luces de los faros y sintió un deseo irrefrenable de salir del coche y correr hacia el este, al siguiente supermercado de la lista: el Smith's.

—Más vale que demos con ella esta noche —dijo—. Creo que la están despidiendo del trabajo. Si pudieras pillar todos los semáforos que quedan en verde…

—Ya te he oído —replicó Mavranos.

El semáforo se puso en ámbar y Mavranos consiguió girar. Condujo a toda velocidad hasta pasar la calle Maryland y giró a la derecha para meterse en el amplio aparcamiento del supermercado Smith's, bañado por la luz que se derramaba por las puertas abiertas del establecimiento.

En cuanto Mavranos aparcó, Ozzie abrió la puerta, pero Crane se giró y lo agarró por el hombro.

—Espera. Siento asfalto bajo los zapatos, bajo los zapatos de Diana. Y aire cálido. Está fuera.

El viejo asintió y se apresuró a cerrar la puerta.

Mavranos arrancó y salió marcha atrás, lo que le valió el bocinazo airado de un Volkswagen.

—Da la vuelta a la manzana —pidió Ozzie—. La reconoceré. —Observó a una mujer que cruzaba con un niño de la mano, luego a otra que estaba abriendo la puerta del coche—. ¿Es aquí? ¿Trabaja en esta tienda?

—Pues… no lo sé —dijo Crane.

—Puede que esté en otra.
—Sí…
Crane también miraba alrededor. Mavranos pasó junto a la entrada reluciente, junto a un establecimiento cerrado con un cartel de COMPRO ORO, y volvió a girar a la derecha para seguir dando vueltas al supermercado.
—¿Sigue caminando? —preguntó con voz áspera—. ¿Se ha metido ya en el coche?
Crane trató de percibirla, pero había perdido el contacto.
—No lo sé. Tú sigue.
«La han despedido —pensó—. Si no la encontramos ahora, ya no la encontraremos nunca.»
—Mierda de parabrisas —protestó mientras bajaba la ventanilla y sacaba la cabeza.
Mirase adonde mirase había coches que arrancaban, que salían del aparcamiento y que desaparecían calle abajo o calle arriba, en la oscuridad.
—Está a… —chilló Ozzie—. No. Joder, no veo. ¡Ya no sirvo para nada!
Crane entrecerró los ojos y miró al frente, a los lados y atrás tratando de enfocar la vista mientras intentaba a la desesperada recibir sensaciones mentales.
—¿Paso otra vez por la entrada? —preguntó Mavranos.
—Eh… —empezó Ozzie, desesperado—. Sí. No. Gira por aquí.
—Seguro que hay como seis o siete mujeres que ya se han ido —replicó Mavranos.
—Obedece y calla. —El anciano bajó la ventanilla y sacó la cabeza—. ¡Diana! —gritó con voz cascada, mucho menos audible de lo que le habría gustado.
Crane recordó cómo había tratado de darle alcance, exhausto como estaba, en la escalera del hotel Mint en 1969, cuando se había ido a la partida de asunción; los ojos se le llenaron de lágrimas.
—Mierda —susurró, esforzándose por contenerlas.
Se obligó a tranquilizarse y a observar con atención a cada uno de los que recorrían el aparcamiento.
Al fondo, más cerca del restaurante Jack in the Box, en el lado de la calle Maryland, vio a una mujer que abría la puerta de un Mustang color crema. Esta se echó hacia atrás la cabellera rubia y subió al coche. Al momento se encendieron los faros y salió humo del tubo de escape.
—¡Es ella! —gritó Crane, señalándola—. ¡La del Mustang!
Mavranos giró el volante y pisó el acelerador, pero el Mustang estaba ya a punto de salir del aparcamiento; el intermitente indicaba que iba a girar a la derecha.

—La has sentido, ¿no? —dijo Ozzie, sin aliento, mientras volvía a meter la cabeza en el coche.

—No, la he… reconocido.

—¿Desde tan lejos? ¡Pero si no la ves desde que tenía nueve años! Seguro que no es ella. Da media vuelta, Arky…

—Estoy seguro de que es ella —lo interrumpió Crane.

El Mustang había girado a la derecha. Mavranos se precipitó hacia la salida mientras Crane se preguntaba hasta qué punto estaba seguro.

«Al menos estoy sobrio —pensó—. Si es un error, será un error de sobrio.»

Mavranos dobló a la derecha por la calle Maryland y aceleró tras el Mustang; en pocos segundos tuvo que cambiar de carril dos veces.

—Creo que Scott tiene razón —gruñó—. Esa mujer va a toda leche.

—¿Puedes ponerte a su altura? —preguntó Ozzie. Crane notaba su aliento en la nuca—. Si me ve y le hago gestos, seguro que para.

—Ya será mucho si no la pierdo de vista. —Por una vez, Mavranos tenía las dos manos al volante. La lata de cerveza se le había caído al suelo y rodaba contra la puerta con cada cambio brusco de carril—. Si nos empieza a perseguir la poli, ¿qué hago?

—Ay, Dios —dijo Ozzie—, tú sigue.

—Y ya busco en la cárcel el cambio de fase para curarme el cáncer, ¿no?

Nadie respondió. El único sonido era el rugido intermitente del motor, al ritmo al que el pie de Mavranos pasaba del acelerador al freno.

Cuando se detuvo delante del pareado blanco de la avenida Venus, la mujer ya sabía que la seguían; salió del coche de un salto y echó a correr hacia la puerta como un cohete.

Crane se asomó por la ventanilla.

—¡Diana! —gritó—. ¡Soy Scott! ¡Estoy con Oz!

Ella se paró en seco, los miró a él y a Ozzie, que saludaba con ímpetu asomado a la ventanilla trasera, y arrancó a correr de nuevo por el césped, pero esa vez hacia ellos.

—¿Sabéis dónde está mi hijo?

—No —respondió Crane—. Eh… Lo siento.

Ozzie abrió la portezuela y salió con cuidado, apoyándose en el bastón de aluminio.

—Vamos adentro —dijo.

En el raído sofá de la sala de estar había un joven rollizo de barba desaliñada; tenía los ojos cerrados y agitaba las manos como si dirigiera una orquesta.

—¿Sería posible que nos calmáramos todos? —pidió en un grito que terminó en un agudo—. ¡Un poco de silencio, por favor!

Todos dejaron de hablar y lo miraron. Ozzie tenía el ceño fruncido y

el labio inferior arrugado y temblequeante de indignación. Crane supuso que había captado el olor de la colonia del joven.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Ozzie.

—Hans, el compañero sentimental de Diana, y quiero a Scat como si fuera mi hijo, pero es que ¡solo lleva un cuarto de hora de retraso! —Abrió mucho los ojos y miró a su alrededor—. Siento haberte llamado, Di. Seguro que vuelve de un momento a otro.

Crane miró a Diana y apartó la vista enseguida. Se había convertido en la mujer hermosa que siempre había sabido que sería: alta, esbelta y de cabellera dorada. Estaba desesperado por saber qué había sido de ella los últimos veinte años, y, si Ozzie y él tenían éxito aquella noche, no volvería a verla.

Diana se volvió hacia el niño rechoncho que estaba de pie junto a la chimenea.

—¿Dónde lo has visto por última vez, Oliver? ¿Cómo se te ha podido perder? ¿No te he dicho mil veces que cuides de tu hermano pequeño?

El chiquillo puso los ojos en blanco.

—¿Qué pregunta quieres que responda primero? —replicó, desafiante y nervioso a la vez—. ¡Vale, vale! —se apresuró a añadir al ver que Diana daba un paso hacia él—. Hemos ido en bici al parque Hebert y yo me he puesto a hablar con…, bueno, con unos chicos mayores. Me llaman Perro Rabioso —añadió, mirando de reojo a Mavranos y a Crane.

—Has vuelto a dejarlo tirado, ¿no? —le espetó Diana.

—¡Anda ya! Volverá a casa en cualquier momento, como dice Hans.

—Doy por hecho que te han despedido, Diana —dijo Hans con voz neutra.

Sin hacerle el menor caso, Diana se volvió hacia Crane, que se encogió de manera instintiva.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que me dijiste el viernes por teléfono?

—No… no lo sé —reconoció Crane—. Por ahora diría que no.

—¿Qué tal la pierna?

—Mejor.

—Ozzie… —Diana se acercó a él y lo abrazó—. No sabes cuánto me alegro de verte, solo que es mal momento.

—Ya lo sé, cariño. —Ozzie le dio unas palmaditas en la espalda con la mano arrugada y llena de manchas—. Oye, tenéis que salir de la ciudad en cuanto vuelva el niño, ¿entendido? Esta noche. Haz el equipaje lo más ligero que puedas, que yo te daré dinero, y largaos lejos. Deshaceos del coche en cuanto podáis y seguid en autobús. Llámame y ya veré cómo me las apaño para mandarte más dinero. Creo que por Western Union es rápido: me llamas y, en menos de diez

minutos, recibes el dinero y te esfumas. Lo siento por la vida que tuvieras aquí, pero seguro que ya sabías que no era nada inteligente vivir en esta ciudad.

Diana tenía la cara hundida en el hombro de Ozzie, pero Crane la vio asentir.

—De acuerdo, Ozzie —dijo con voz ahogada—. Wally, mi marido, se empeñó en que viviéramos aquí y, cuando nos divorciamos, me pareció una tontería marcharme.

—Porque es una tontería —intervino Hans, airado, poniéndose en pie—. ¿De qué estáis hablando? No podemos irnos de Las Vegas. Tengo el asunto del guion con Mike. ¿Qué te están diciendo estos… estos tíos?

—¿El asunto del guion? —le espetó Ozzie, mirándolo con los ojos como platos. Diana ya se había apartado de él—. ¿Sabes qué? Creo que es mejor que te quedes. Seguro que enseguida encuentras otra compañera sentimental.

Crane se fijó en el niño, que arrastraba tranquilamente la suela de la zapatilla por la moqueta. Por lo visto, no le preocupaba lo más mínimo marcharse de la ciudad ni dejar atrás a aquellos amigos que lo llamaban Perro Rabioso. ¿Cómo sería su padre, el tal Wally?

Hans se tragó la respuesta impulsiva.

—Tengo confianza en mí mismo, sí —replicó, altivo—. Eso de lo que algunos aquí carecen.

—Pues ya veo de lo que te ha servido —dijo Mavranos, con una sonrisa de oreja a oreja bajo el bigote descuidado.

—¡No nos peleemos! —terció Diana, agitando las manos en el aire —. Siempre he sabido que este no era mi lugar. Además, de esta casa lo único mío es el equipo de música. Oliver, mete un poco de ropa en la bolsa de viaje: calzoncillos, calcetines, camisetas, el cepillo de dientes y la ortodoncia.

Sonó el teléfono. Hans pidió silencio con un ademán teatral y se volvió para cogerlo.

—No —saltó Mavranos—. Que responda la señora. Ve con ella y escucha, Scott.

Diana miró a Mavranos como si la hubiera abofeteado, pero fue con Crane hasta la encimera de la cocina y cogió el teléfono.

—¿Dígame?

—Isis —respondió un hombre joven de voz nerviosa—, tengo a tu hijo.

VEINTIUNO
Imágenes antiguas en las ruinas

—Aquí no hay ninguna Isis, se ha equivocado de…

Mavranos y Ozzie la miraban y asentían.

«Tú eres Isis», le dijeron moviendo los labios.

—Vaya si eres Isis. —El hombre del otro lado del teléfono soltó una risita—. He visto tu rostro, madre. En la reina de corazones y en las líneas de los mapas. Si no, ¿a qué se referían las señales?

Crane hizo un gesto a Ozzie y Mavranos, que se dirigieron a toda prisa a la cocina americana, y escribió a lápiz en la encimera de formica blanca: EL LOCO DE BAKER, MAPAS, ¡PESCA!

«Quizá podamos ayudar —pensó, emocionado—. Quizá podamos rescatar a su hijo. Por Diana soy capaz de mantenerme sobrio.»

—Necesito hablar contigo, madre —dijo el que llamaba—. Ahora mismo estoy al aparato contigo, ya lo ves, pero luego me iré a mi caja de Las Vegas, que no tiene teléfono, y allí está tu hijo, atado a la silla con cinta aislante. Es una caja de Skinner, como la de las palomas que jugaban a los bolos. Está en las afueras, por la autopista Boulder, pasada la calle Sunset. Cuando veas una gasolinera a la derecha toda tapada con tablones, justo después sale un camino de tierra por detrás. Ahí está mi caja, pero no se ve desde la carretera, solo eso.

—¿Mi hijo está bien?

—Dice que se llama Scat, pero su verdadero nombre es Aristarco. Está bien; no le he puesto cinta aislante en la nariz. Si vienes a hablar conmigo esta noche, no le haré ningún daño. Si no vienes, le cortaré la cabeza y hablaré contigo después. —Se rio entre dientes—. Ayer un tipo trató de hundir una cabeza en el lago Mead, ¿te lo puedes creer? El lago le mandó los murciélagos para ahuyentarlo.

—Iré a hablar contigo —dijo Diana sin dilación.

Crane, que tenía la mejilla pegada a la mano de Diana para oír la llamada, le notó los dedos helados.

—Oye —siguió el joven—, sé perfectamente cuánto se tarda en coche desde el templo de Isis, donde estás tú, hasta mi caja, así que no se te ocurra ir a la policía. Si la policía se mete, mato a Aristarco. Pero no llamarás a la poli, así que podremos hablar. Sé que esto te preocupa y que debe de sonarte muy frío. No quería… no quería preocuparte, pero tenía que hacer algo para que hablaras conmigo. Al menos, no fui a verte ayer, ¿eh? Ayer era mi día y habría sido de mala educación que fuera a verte con las plumas puestas.

Crane garabateó: MARIDO. Y encima: VAS CON TU.

Diana asintió.
—Yo no… Es que… tengo que ir con mi marido. Si no viene, no me dejará ir a verte.
Hubo una pausa larga y Crane empezó a pensar que lo había echado todo a perder, que el joven iba a colgar.
—¿Está mi padre contigo? —dijo al final la voz al teléfono.
Crane tensó los labios en una mueca de indecisión; luego se encogió de hombros y asintió.
—Sí.
—Claro. Poneos en marcha ahora mismo. Empieza la cuenta atrás.
Se produjo un chasquido distante y se oyó la señal de llamada.
Diana colgó.
—Vamos, Scott.
—Claro —respondió Crane, expectante, casi alegre pese al miedo que reflejaba el rostro de Diana, blanco como la leche—. Vosotros, seguidnos de lejos —le dijo a Mavranos—. Vamos a meternos por un camino de tierra, tras una gasolinera de las afueras cerrada con tablones, en la autopista Boulder, pasada una calle llamada Sunset, a la derecha. Llevaré el revólver bajo la camisa.
—¡Estáis locos! —aulló Hans—. ¡Voy a llamar a la policía! Cuando hay un secuestro, hay que llamar a la policía; están entrenados para…
—Ese tipo supo quién era Scott, Diana —dijo Ozzie, con el rostro contraído como si lo obligaran a mirar una luz muy intensa—, y sabe quién eres tú: la reina de corazones, Isis, o al menos su hija. Si avisáis a la policía, puede que se entere también. Además, la poli os obligaría a quedaros en la ciudad un tiempo, y estoy convencido de que entonces os matarán, y a vuestros hijos también.
—Pero ¿de qué va todo este rollo sobrenatural? —chilló Hans—. ¿Crees que es Isis, la diosa egipcia? Dame el teléfono.
—Yo soy su madre y decido yo —replicó Diana con vehemencia—. Voy a ir y nadie va a llamar a la policía. En marcha. Ya.
Hans sacudió la cabeza; tomaba aire a bocanadas cortas y silbantes.
—Vale, vale, la madre eres tú y tú decides. Pero entonces yo voy contigo. Yo soy tu marido en la práctica y está claro que sé comunicarme con más eficacia que este don nadie.
Diana, ya en la puerta, se volvió.
—No. Tú de marido no tienes nada.
Ozzie señaló al niño.
—Oliver debería venirse con Archimedes y conmigo.
Hans soltó una carcajada de desprecio.
—¿Archimedes? ¿Y a quién más lleváis en el coche, a Platón? Pues que hable él, entonces.
—Quédate aquí —le ordenó Diana—. Te llamaré cuando sepa algo.
Los cinco se fueron corriendo a los coches, haciendo oídos sordos a

las protestas de Hans.

A Al Funo le castañeteaban los dientes; tenía el rostro hinchado y surcado de lágrimas, pero se secó los ojos con la manga de la camisa de seda al ver a varias personas salir a toda prisa del pareado que había al final de la manzana.

«Ahí está Scott Crane —pensó—. Y ella debe de ser la famosa Diana. El señor Bigotes le pasa a Crane algo del otro vehículo. Crane y Diana se meten en el Mustang; el señor Bigotes, Ozzie y un crío, en el otro coche, esa copia barata ridícula de todoterreno.

»Aunque corre, vaya si corre —tuvo que reconocer—. Dudo que nadie que no fuera un conductor profesional hubiese podido seguirles la pista así desde el supermercado. Menos mal que me he dado cuenta a tiempo de que iban tras el Mustang y no intentaban darme esquinazo; si no, me habría puesto a su altura para dispararles. Y entonces no habría tenido ocasión de conocer a Diana.

»Y mira que es atractiva. Pero no me importa. No soy de esos tíos que se sienten amenazados por las mujeres atractivas.»

Arrancó y dio unas palmaditas al volante.

«Tampoco se me van a escapar esta vez —pensó—. A este Porsche no hay quien lo supere. La gente sin importancia no va por ahí en Porsche.»

Diana iba al volante. El viento nocturno que entraba por la ventanilla le hacía ondear la cabellera rubia.

—El loco —dijo con voz inexpresiva—. Baker. Mapas. ¡Pesca! —Miró a Scott—. ¿Quién es ese tío y cómo ha dado con mi hijo?

—Se llama… —Crane chasqueó los dedos dos veces, impaciente—. Snayheever, Dondi Snayheever. Creo que está chiflado. Nos tropezamos con él en Baker, y habla…, bueno, habla como un loco. Es uno de los que se han… despertado, motivado, estimulado, con todo lo que está pasando ahora que se acerca la Pascua. La semana que viene volverá a haber partida en el lago, la primera desde hace veintiún años. No es el único con el que nos hemos tropezado en el desierto; hay más, y seguro que vienen desde todas direcciones. En Baker, este no paraba de hablar de ti, o sea, de la reina de corazones. Tenía un montón de mapas y estaba seguro de que lo llevarían a ti. Le robamos unos cuantos, pero alguno debió de hacerle el apaño.

—¿No lo habéis guiado vosotros hasta mí?

—No. Hemos llegado justo a tiempo de ayudar con la llamada. Llevamos desde el sábado por la noche buscándote por todos los supermercados de la ciudad; hoy te hemos encontrado por los pelos. Te he reconocido.

—Entonces, ¿toda esta mierda sobrenatural es verdad? —preguntó Diana, furiosa. La luz de una farola le resaltó los rasgos un instante.

Crane pensó en el ser que parecía el fantasma de su difunta esposa.

—Me parece que sí.
—Dios mío. —Respiró hondo—. La verdad es que nunca llegué a creerme del todo las advertencias de Ozzie.
—No te sientas culpable. Yo tampoco.
—¿Cómo que no me sienta culpable? Hablas como el pirado del teléfono: «Sé que debes de estar preocupada». Mi hijo está en peligro de muerte porque no seguí palabra por palabra los consejos del viejo.
—Diana, mi esposa, murió porque yo no le hice caso. No quería ser frívolo.
—Lo sé —dijo Diana, lanzándole una mirada—. Lo siento. Cuando murió, lo percibí. Quería llamarte, pero no sabía qué decirte, y luego ya era… Me pareció demasiado tarde.
—Habría fingido que estaba viva. Conseguí engañar a todo el mundo, hasta a mí mismo.
—Bueno, ¿y ahora? ¿Qué vamos a hacer con esto?
—Dios, no tengo ni idea. Creo que es verdad que solo quiere hablar contigo, pero también es posible que quiera matarte. No me parece que tenga nada contra tu hijo… ¿Scat?
—Es un apodo; se llama Scott. Por ti.
Crane recordó cómo había escrito «Scott» en el retrato que le había pintado a cera a los ocho años, con una sola barra cruzando las dos tes, cosa que a ella le parecía muy estilosa. Se le llenaron los ojos de lágrimas.
—Te juro que os sacaremos de esta, Diana, a ti y a tus hijos.
Ella no respondió. Mantuvo la mirada clavada en el tráfico, pero le cogió la mano y se la apretó.
Era la primera vez que se tocaban en dos décadas.
Nardie Dinh se desmayó al volante del taxi mientras esperaba a un cliente frente al Four Queens, en la calle Fremont. Solo perdió el conocimiento un instante; por suerte, no lo bastante para que los sueños le alumbraran el inconsciente y le señalaran a su hermano dónde estaba, pero el coche rodó hasta topar contra el parachoques del taxi de delante.
Abrió la puerta y salió con paso inseguro. La calle era un hervidero de gente, ruidos y luces ondulantes. Ojalá se despertara con el dolor de la caída si volvía a desmayarse. Se sacó un bote de plástico del bolsillo de la camisa y se metió dos anfetaminas en la boca.
El conductor del otro taxi estaba junto al parachoques. Cuando se dio cuenta de que la causante de la negligencia era una asiática joven y atractiva, pasó de soltar tacos a mostrarse simplemente molesto.
—Espere un momento, vuelvo enseguida —le dijo Nardie.
Cruzó a trompicones las puertas abiertas del casino y la penumbra fría impregnada de tabaco, hasta dar con una mesa de blackjack. El crupier usaba varias barajas, y dos manos del tapete rojo exhibían,

juntas, la jota y la reina de corazones.

—Mierda —masculló.

Por primera vez desde que escapara de DuLac, estaba asustada de verdad.

Dondi Snayheever aguardó con el coche en marcha en el aparcamiento de la gasolinera abandonada hasta que no vio luces de faros cerca en ninguna dirección; entonces apagó los suyos, avanzó muy despacio por el asfalto agrietado y enfiló el camino de tierra.

Su padre había comprado aquella parcela a principios de los cincuenta; tal vez aún fuera suya. Siempre decía que allí había vibraciones muy intensas, que era un buen sitio para que el chico aprendiera, que las cartas estarían más vivas.

Su padre. Su padre venía a verlo por primera vez en nueve años. ¡Y con su madre!

Snayheever era incapaz de albergar un sentimiento claro hacia su padre. Desde 1981, lo había extrañado tanto que había llegado a volver a la caja de Baker, se había metido dentro a gatas y lo había llamado a gritos hasta quedarse ronco; pensaba que así podría dar marcha atrás en el tiempo hasta un momento en el que aún no hubiera desaparecido. Otras veces, en cambio, deseaba matarlo por haberlo dejado solo frente a un mundo incomprensible.

El cochecito se detuvo con una sacudida en la cima de la loma, desde donde alcanzó a ver, a la izquierda, la caja de contrachapado, entre unas hileras de yucas.

Se le ocurrió entonces que el pequeño Aristarco era su hermano. Para ser su hermano, estaba tratándolo con cierta brusquedad; debería levantarlo y ponerle un cojín en la silla.

Ya fuera de la ciudad, aparte del brillo débil y plateado de la media luna, la única luz que se veía era la que arrojaba el Mustang a toda velocidad contra el asfalto.

«Tendría que haber sacado a los niños de la ciudad en cuanto le colgué el teléfono a Scott el viernes por la noche, aunque fuera —pensó Diana—. Como la madre de Moisés, que puso a su hijo en un cesto y lo echó río abajo. ¡Cualquier cosa habría estado bien, cualquier cosa menos dejarlos aquí! Eso no es propio de una buena madre. Al menos Oliver está detrás con su abuelo, en la furgoneta, a cien metros de nosotros.»

—Ahí está la gasolinera cerrada —dijo Scott.

—Ya la veo.

Redujo la velocidad, accionó el intermitente derecho… y vio algo por el rabillo del ojo. Pisó el acelerador a fondo y, de un volantazo, hizo un trompo y se detuvo en la gravilla de la cuneta, bamboleándose a costa de los amortiguadores. El morro apuntaba a la ciudad. El motor se había calado y estaba en silencio.

—¿Qué pasa? —inquirió Scott, apremiante. Tenía la mano bajo la camisa, en la culata del revólver.

—Un coche… —El polvo que había levantado al derrapar se arremolinaba ante las ventanillas, pero Diana veía con suficiente claridad para saber que había sido una alucinación—. Me estoy volviendo loca. Me ha parecido ver un coche que se salía de la carretera a toda velocidad y volaba por los aires… justo ahí. —Apuntó a un muro de cemento medio derruido, en el extremo sur del aparcamiento de la gasolinera.

Crane entornó los ojos y miró adonde señalaba; durante un momento, vio una bola de fuego amarilla que ascendía y se expandía en absoluto silencio, festoneada de negro. Desapareció enseguida, aunque le dejó un borrón oscuro en el campo de visión.

—Yo también lo he visto. Ha sido solo un instante… —empezó.

Y se detuvo, aún con la boca abierta.

Porque la había visto con el ojo derecho. Con el ojo de plástico.

—¿Qué pasa? ¿Qué era?

—No lo sé.

Crane abrió la portezuela y salió al asfalto de la autopista. El muro de cemento en ruinas estaba erosionado, lleno de grietas y rodeado de basura arrastrada por el viento; parecía que nadie se había acercado allí en décadas.

Diana también había salido del coche; estaba en el arcén. El viento nocturno lanzaba al desierto el polvo que habían levantado.

Crane la miró y se encogió de hombros.

—Puede que aquí sucediera algo hace mucho tiempo y, al llegar la jota y la reina de corazones juntas, hayan despertado imágenes antiguas en las ruinas.

—Venga, volvamos al coche; el camino de tierra está…

La interrumpió el estallido sordo de un disparo. Crane oyó el silbido de la bala al rebotar en el asfalto, unos doce metros a su derecha.

Rodeó el coche a toda velocidad, agarró a Diana, la arrastró a la cuneta y la obligó a agacharse tras el guardabarros.

—¡Mi padre primero! —oyeron gritar desde la cima de una loma, tras la gasolinera—. Que mi madre espere en el coche un minuto, nada más. ¡No pasa nada! ¡No pasa nada!

«Ah, sí, se me olvidaba. ¡Tienes un arma!», pensó Crane, repitiendo lo que les había dicho Snayheever en Baker dos días antes.

—Oye —susurró Crane—, Ozzie y Arky han aparcado ahí detrás; tienen los faros del coche apagados, ¿lo ves? Si oyes otro disparo, ve corriendo con ellos. Ya se les ocurrirá algo.

—¡Pero tú no eres el padre de ese tipo! ¿No se dará cuenta al momento?

—Es noche cerrada y, además, está loco. Si consigo llegar y no tiene

a tu hijo encañonado, lo mataré. Supongo que me apuntará a mí.

—¡Pero entonces te matará!

—Puede que no. De todos modos, ya estoy muerto. Que te lo diga Ozzie.

Se levantó y dio la vuelta al coche cojeando, muy despacio. Diana había apagado los faros del Mustang, así que la única luz visible procedía de la luna, pero bastaba para alumbrar la gasolinera abandonada, el aparcamiento y el camino que serpenteaba por detrás hasta la cima de la colina.

—Scott. —Volvió la vista. Diana se había puesto de pie detrás del coche y corrió hacia él para abrazarlo con fuerza—. Te quiero. Ten cuidado.

—«El conejo de la suerte ha salido esta mañana… —cantó Snayheever desde el montículo—. Tú besarás al chico o a la chica que te guste más.»

—Por Dios, aleja a mi hijo de ese hombre —susurró Diana.

—Te lo prometo. —Crane echó a andar de nuevo—. Ponte detrás del coche y quédate ahí.

Crane subió cojeando por el empinado camino de tierra, cubierto de sudor; la brisa no solo era gélida: le escocía como si se hubiera frotado linimento por todo el cuerpo. La herida de la pierna le ardía de dolor. ¿Por qué no había cogido una cerveza de la furgoneta de Mavranos, además de la pistola?

¿Hasta qué punto se parecería al padre de Snayheever? Tal vez el joven demente le pegaría un tiro desde lejos en cuanto viera que no era la persona que esperaba.

Quizá ya tuviera el dedo en el gatillo.

Crane se estremeció, pero siguió cojeando colina arriba.

Intentó imaginarse cómo sería recibir un tiro, con la remota esperanza de que visualizarlo lo ayudara a enfrentarse a ello, a no pararse en seco, a no dar media vuelta y volver al coche a trompicones, hecho un mar de lágrimas.

«Sientes como si te dieran un martillazo y caes —se dijo—, y notas como la herida se entumece, arde y se abre.»

No le sirvió de nada. Cada segundo era una ardua encrucijada entre seguir adelante y volver corriendo a la preciada penumbra del coche.

«Si te mata, irás a reunirte con Susan. —Pero la única imagen de Susan que le vino a la mente era la del ser que se revolvía en el armario el viernes por la noche, cuando había saltado por la ventana rota del dormitorio—. De todos modos vas a morir —pensó, desesperado—, y todo por haber sido tan estúpido como para jugar aquella partida de asunción. Así al menos morirás intentando salvarle la vida al hijo de Diana. Morirás por una causa en vez de por nada.

»Pero la muerte por asunción no sería esta noche. Si escapas ahora,

mañana aún podrás desayunar. Sí, un buen desayuno con un señor bloody mary en algún bar bonito, con Ozzie. ¿Me guardaría rencor Ozzie si me doy media vuelta ahora mismo?

»Sí —concluyó Crane desazonado, casi furioso—, claro que sí.»

Apretó el paso; las punzadas del muslo le arrancaban gruñidos.

—¡Papá! —gritó Snayheever.

Crane se detuvo en seco y miró hacia arriba. El sudor le escocía en los ojos. No veía nada.

—¿Sí, hijo?

—¡Has cambiado! ¡Has hecho el truco ese del que hablan todos! ¡Has conseguido que las cartas te den un cuerpo nuevo! —Soltó una carcajada de emoción—. ¿Ahora también eres mi hermano?

—¡Claro! —repuso Crane, incapaz de extraer ninguna lógica de aquello, y siguió cojeando camino arriba.

—Eso ha sido un disparo —dijo Mavranos, con la vista fija en un redondel que había limpiado en el parabrisas.

—Sí, pero Scott ha subido por la colina sin esconderse —replicó Ozzie—. ¿Diana sigue junto al coche?

—Agachada detrás, sí. ¿Cuánto quieres que esperemos antes de subir con el coche?

—No lo sé.

Se oyó el chasquido y el siseo de una lata de cerveza al abrirse en el asiento de atrás. Mavranos se volvió y se la arrebató al joven Oliver.

—Gracias, chaval… Pero de ahora en adelante, el único que tocará las cervezas seré yo, ¿entendido?

—Yo bebo cerveza —replicó Oliver, a la defensiva—. Dadme un arma. Soy pequeño, puedo acercarme a hurtadillas y reventar a tiros a ese cabrón.

—Ojo con esa boca, Oliver —dijo Ozzie, severo, sin apartar la vista del Mustang.

—Llamadme Perro Rabioso. —Los acontecimientos de la noche parecían tenerlo fuera de sí por la emoción—. De verdad, yo he metido al crío en esto al dejarlo tirado y yo puedo sacarlo de ahí.

—Quédate sentadito, Oliver —replicó Mavranos con impaciencia—. Como se te ocurra salir del coche, pienso darte de azotes en el culo, como si fueras un niño pequeño, ¿entendido? Aquí mismo, junto a la autopista, para que lo vea todo el mundo.

Los adelantó un deportivo blanco; las luces de freno se iluminaron y se detuvo detrás del Mustang.

—¿Y ese quién coño es? —saltó Ozzie.

—No sé, cualquiera; seguro que ha pensado que Diana necesita ayuda. Espero que se lo quite de encima.

—Prepárate por si hace falta salir corriendo para allá.

Diana albergaba esperanzas de que fuera un coche de policía, pero

se le esfumaron al ver al joven bien vestido que se bajó y echó a andar hacia ella. Se mordió el labio y fingió estar examinando las tuercas de llanta.

—No necesito nada, gracias. —Alzó la vista y le sonrió—. Mi marido ha ido a buscar un teléfono hace ya un buen rato. Volverá con la grúa en cualquier momento.

—No deberías estar así, agazapada en la cuneta, Diana —dijo el desconocido—. Podría atropellarte un coche. Y, por lo que sé de Scott, me juego lo que sea a que se ha ido a ver si encuentra una partida de póquer.

Diana se levantó muy despacio, incapaz de respirar hondo. Aquel hombre debía de estar compinchado con el chiflado de la colina.

—¿A que podemos ser amigos? —preguntó el joven. Sonreía, pero a la luz de la luna se le veía el rostro hinchado y enrojecido.

—Claro —se apresuró a responder Diana.

Por lo visto, aquel también estaba loco. «Síguele la corriente», se dijo.

Él respiró aliviado y le rodeó los hombros con el brazo. Diana se esforzó en no retroceder y en mantener la especie de sonrisa que le tensaba los músculos de las mejillas.

—Dime la verdad, ¿te parezco atractivo?

«Madre mía.»

—Pues claro. —El hombre no se movió; seguía con la cabeza ladeada, como escuchando. Por lo visto no había oído suficiente—. Cualquier… cualquier mujer te consideraría atractivo —siguió a la desesperada.

«¿Qué estás haciendo, Scott? ¿Tienes ya a Scat? Mata al chiflado de arriba y baja a por este.»

—En esta ciudad hay mujeres de lo más raras, Diana, y no exagero. —El hombre soltó una risita—. Scott puede llevar el coche de vuelta a la ciudad, ¿no? ¿Qué te parece si tú y yo nos subimos a mi Porsche y vamos a cenar? Las Vegas puede ser una ciudad muy romántica —dijo, dándole un apretón en los hombros— si tienes la madurez y la confianza necesarias para abrirte a experiencias nuevas.

—Pensaba que tú… que vosotros… queríais hablar conmigo, los dos, o sea, ¿qué pasa con mi hijo?

—¿Tienes un hijo? ¡Qué bien! Me gustan las mujeres con cierta experiencia de la vida y…

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Por una avería, supongo. Seguro que es algo sencillo que Scott no es capaz de arreglar con sus conocimientos de mecánica. Después de cenar podemos…

Diana se escabulló del abrazo y retrocedió un par de pasos.

—¿Eres… un tipo cualquiera? ¿No estás involucrado en todo esto?

—Quiero involucrarme —le aseguró—. Deja que te ayude. Me manejo bien en las crisis…

—¡Vete a tomar por culo, cabrón! —Diana sollozaba de rabia—. ¡Métete en tu coche de mierda y lárgate de aquí! ¡Fuera!

El hombre estaba retrocediendo.

—D… D… Diana, no tolero ese…

Diana abrió la puerta del copiloto del Mustang, entró y cerró de un portazo.

—¡Lárgate, mariconazo!

Él corrió de vuelta al coche, arrancó con un acelerón y pasó rozando el Mustang. Diana se agarró para protegerse del impacto, pero el coche pasó de largo por los pelos y se alejó hasta transformarse en un par de puntos rojos cada vez más diminutos en el espejo retrovisor.

—Debería matarte, papá.

La brisa de la cima le enfriaba a Crane el sudor del rostro.

—Hay muchas cosas que no sabes —dijo entre jadeos, sobre todo por el esfuerzo de subir colina arriba.

Habría querido mirar abajo, donde aguardaba Diana, pero se contuvo y sonrió a Snayheever con confianza, vigilando de reojo la pequeña automática que empuñaba.

—¿No he visto antes este cuerpo?

—No creo —respondió Crane. Por suerte, el sudor le pegaba el pelo a la frente; además, se había pasado casi toda la partida de ¡pesca! del sábado en el aparcamiento del Mad Greek.

Snayheever lo tuvo encañonado diez largos segundos más mientras el viento silbaba en la maleza escasa y seca; luego se dio la vuelta y apuntó al desierto.

—Vamos a la caja. La verdad, me alegro de que estés aquí. Necesito más información sobre mi madre antes de hablar con ella.

Crane sabía que tenía que sacar el arma y matarlo en ese mismo instante. Se llevó la mano al faldón de la camisa, agitado por el aire… Pero, en aquel momento, Snayheever volvió a encararlo con la automática, con el cañón directo al plexo solar.

Había perdido la oportunidad.

—Tú primero, papá —dijo el joven.

Crane se encogió de hombros y echó a andar con paso lento, reprochándose el momento de indecisión.

Resultó que la caja era una cabaña baja de contrachapado. Crane tuvo que agacharse para pasar. La luna se filtraba por una claraboya e iluminaba al niñito sentado en la silla; la misma luz hacía brillar la cinta aislante que le cubría la boca y le ataba las muñecas a las patas traseras de la silla. El niño tenía los ojos como platos.

Crane volvió la vista hacia Snayheever, que acababa de entrar en la caja y apuntaba a un punto intermedio entre el niño y él.

«Aún no —pensó—. Espera a que apunte hacia otro lado o, por lo menos, a que te apunte a ti de lleno.»

Echó un vistazo a la choza tratando de aparentar calma. En un rincón había una caja cubierta con un paño de franela. Con un sobresalto, levantó la vista a la claraboya. Era una vidriera de colores, aunque en aquel momento proyectaba solo una gama de grises. El día anterior había soñado con aquel lugar. En el sueño, había una copa y una punta de lanza encima de la caja.

—Sí. —Snayheever asintió con gesto espasmódico—. Ayer fui el custodio. El Sábado Santo, todos os enfrentaréis para ver a quién pertenecerán el próximo ciclo. —Tenía el ceño fruncido y temblaba. Crane se visualizó sacando el revólver del 357, apuntando y disparando—. Este temblor es por tu culpa. Discinesia tardía, por todo el Thorazine que me dieron. —Apuntó al niño entre tembleques—. Madre está aquí y no necesito ningún hermano. A veces tengo visiones, se me ponen los ojos en blanco, y Aristarco se levanta y me mata para no compartir a madre.

El niño tenía los ojos muy abiertos y se tiraba de las ataduras de las muñecas. De la cinta de la boca escapaba un zumbido estridente. Crane no podía disparar a Snayheever si apuntaba a Scat; el impacto de la bala le haría apretar el gatillo.

—Mira qué he traído —dijo Crane en voz baja. Le zumbaban los oídos.

Snayheever blandió la pistola hacia Crane mientras él se sacaba el revólver de la cintura.

La pequeña automática descargó una bala; Crane sintió que una llama le perforaba el costado, justo por encima de la cadera, mientras él abría fuego con el revólver. Lo amartilló y saltó a un lado, tiró la silla y cayó de rodillas al lado para escudar a Scat.

Le retumbaban los oídos por el estallido del revólver y el fogonazo lo había dejado medio ciego, pero alcanzó a ver que Snayheever buscaba a tientas la automática, que giraba en el suelo bajo un haz de luna.

Crane trazó un arco con el revólver y se lo estampó a Snayheever en la nuca con todas sus fuerzas.

Se le disparó sin querer y casi se le dislocó la muñeca; perdió el equilibrio y cayó encima de Snayheever bajo una lluvia de fragmentos de cristal.

Se incorporó, cogió el arma del joven con la mano izquierda y la arrojó por la claraboya destrozada. Luego se puso en pie como pudo, agarrándose a la caja del altar.

Snayheever parecía inconsciente. Crane se metió el revólver caliente en la cintura y, entre violentas sacudidas, se sacó la navaja automática del bolsillo.

La furgoneta ya estaba aparcada justo detrás del Mustang cuando Crane llegó con el niño a la cima de la colina. Mavranos corría encogido; había subido media pendiente por la ladera de la autopista, y el revólver del 38 le relucía en la mano. Ozzie, junto al Mustang, abrazaba a Diana o tal vez la retenía.

—¡Todo bien! —gritó Crane con voz ronca. Se tambaleó; llevaba el brazo derecho apretado contra el costado—. ¡Soy yo, tengo al niño!

Mavranos subió a toda prisa el resto del camino y se detuvo jadeante junto a él.

—Mierda, Pogo, ¿te han disparado?

—Sí —respondió Crane, apretando los dientes—. Pero vámonos de aquí; ya nos ocuparemos luego de eso. El chiflado está ahí, en un cobertizo, inconsciente. No hace falta que vayamos a matarlo, ¿verdad?

—Qué va. Larguémonos cuanto antes, como dices. Diana y los críos estarán en Provo o donde sea antes del amanecer. ¿Estás bien, chaval? —Scat asintió—. Tu madre está ahí abajo. Corre con ella.

El chico echó un vistazo al pie de la colina y salió corriendo al ver el Mustang de Diana.

—¡Con cuidado, chaval! —le gritó Mavranos. Se agachó y le levantó a Crane el faldón de la camisa, empapado de sangre—. Bah, no es para tanto. Un arañazo de nada, ni siquiera ha entrado en el tejido muscular. Es la misma hemorragia que si te hubieras hecho un buen corte, no hay sangrado arterial. Esto te lo puedo vendar yo; comparado con lo que te hiciste en la pierna, no es nada.

Crane relajó los hombros.

—Perfecto, pero cuando estemos bien lejos. —Durante el apresurado trayecto desde la caja hasta la cima de la colina se había imaginado mil veces que se desmayaba por la pérdida de sangre; que, en el mejor de los casos, despertaba en una cama de hospital, lleno de tubos y vías intravenosas, y con una bolsa de colostomía—. Arky —dijo con voz débil—, cuando lleguemos abajo me voy a tomar una de tus cervezas muy deprisa y luego otra muy despacio.

Mavranos se echó a reír.

—Y yo contigo. Y si el viejo Ozzie nos pone trabas, le diré cuatro cosas bien dichas.

Mavranos le pasó un brazo a Crane bajo los hombros y cargó con él cuesta abajo. Crane vio como Diana se liberaba de Ozzie y corría por el aparcamiento de la gasolinera, más allá del muro de cemento en ruinas.

—Ahí viene Diana —dijo, tan feliz que se olvidó de respirar hondo —. He salvado a su hijo.

—Y te has llevado una herida de guerra —añadió Mavranos—. Igual dejo que te vende ella.

Por la autopista se aproximaba un coche procedente del sur, que aminoró la marcha al acercarse a los dos vehículos aparcados en el arcén. Crane intentó fijar la vista en él, rezando por que no fuera la policía.

No: era un coche deportivo blanco, un Porsche.

Un Porsche blanco.

«No —pensó, con el corazón acelerado—. No, ves Porsches blancos por todas partes… Demonios, si hasta había uno aparcado en el motel, en la plaza contigua a la nuestra.

»Había uno aparcado en el motel, en la plaza contigua a la nuestra.»

—¡Al suelo! —gritó a pleno pulmón, ajeno al dolor del costado—. ¡Todo el mundo al suelo! ¡Oz, que se agachen!

Se sacudió el brazo de Mavranos, sacó el revólver y trató de apuntar al coche blanco, que se había detenido en el arcén contrario.

—¿Qué? —saltó Mavranos, que también se había sacado el revólver de la cintura—. ¿Ese coche blanco?

—¡Sí!

«No puedo disparar —pensó Crane—. ¿Y si es un buen samaritano? Y a esta distancia, con este cañón tan corto, lo mismo le doy a Ozzie o a Diana.»

—¡Todo el mundo al suelo! —gritó de nuevo.

Nadie le había obedecido. Scat seguía corriendo cuesta abajo, Diana subía a su encuentro y Ozzie iba tras ella, a buena distancia, a la que debía de ser su velocidad máxima. El crío gordo se había bajado de la furgoneta y estaba de pie al lado.

Un estallido hueco resonó en la autopista al tiempo que la ventanilla del Porsche emitía un destello amarillo.

A mitad del camino de tierra, Scat cayó de bruces y se deslizó un metro hacia delante. Luego quedó inmóvil.

El grito de Diana recorrió el desierto y casi ahogó los rugidos de los revólveres de Crane y Mavranos al vaciarse contra el coche blanco, que cobró velocidad y se alejó sin siquiera un respingo.

VEINTIDÓS
Sangre de caimán

Diana fue la primera en llegar junto a Scat, pero, una vez allí, se detuvo en seco y se arrodilló con las manos en el aire.

Mavranos dejó atrás a Crane, que bajaba a trompicones, sudoroso; Crane vio que reculaba al mirar al niño.

Cuando por fin consiguió llegar adonde estaban, entendió por qué.

El disparo parecía haberle atravesado la cabeza a Scat. La sien derecha, destrozada y ensangrentada, apuntaba al cielo nocturno; el ojo derecho le sobresalía demasiado, y tenía la oreja medio arrancada. El niño respiraba con jadeos entrecortados que salpicaban de sangre la tierra iluminada por la luna.

Diana alzó la vista hacia Crane.

—Al hospital, deprisa… En la parte de atrás de la furgoneta. ¿Cómo lo vamos a llevar?

—Trae una manta, Arky —dijo Crane—. Lo llevaremos con una manta.

El corazón le latía desbocado.

Mavranos tenía la cara rígida y no apartaba la mirada del niño. Crane recordó que su amigo también tenía hijos.

—¡Arky! ¡Una manta! —insistió.

Mavranos pegó un respingo y asintió, y salió corriendo hacia la furgoneta, cuesta abajo.

Diana respiraba con dificultad y miraba alrededor con los ojos muy abiertos.

—¿Quién le ha disparado?

Era el momento que Crane había temido.

—Un tipo, desde el otro lado de la carretera. Iba en un Porsche blanco. Creo que nos…

—¡Dios mío! ¡Ha estado hablando conmigo! —Diana sollozaba, al borde de la histeria—. ¡El tío del coche blanco, mientras te esperaba ahí abajo! ¡Le he dicho que se vaya a la mierda! ¡Ha vuelto! ¡Quería matarme a mí!

—Diana, no…

—¡Me apuntaba a mí! ¡Ha sido culpa mía! —Sin llegar a tocar al niño, le pasó la mano temblorosa por la cabeza, brillante por la sangre; luego le acarició el hombro, titubeante—. He sido yo.

Scat tuvo espasmos en el brazo derecho y Crane pensó que la respiración entrecortada, sanguinolenta, estaba a punto de cesar para siempre.

—No, Diana —dijo, a sabiendas de que le devolvía la cordura a un alto precio: que lo odiara para siempre. «Hace un momento era un héroe y me adoraba. Aún me quiere, pero solo durante un segundo y medio más»—. Escúchame. No. Me estaba apuntando a mí. Ya me disparó el jueves en Los Ángeles. Creo… creo que nos ha seguido.

Diana alzó la mirada hacia él con los ojos muy abiertos; el blanco quedaba visible alrededor del iris.

—Sí —dijo en voz baja—. Sabía nuestros nombres, el tuyo y el mío. —Le mostró los dientes en una amplia sonrisa—. Tus amigos no tienen muy buena puntería, ¿no?

A Crane no se le ocurrió nada que decir. Diana apartó la mirada y volvió a concentrarse en su hijo.

En ese momento llegó Mavranos con la manta, resollando. La tendieron en el suelo y, con todo cuidado, emprendieron la delicada tarea de tumbar al niño en ella.

Una vez en la sala de urgencias del hospital Desert Springs, en la calle Flamingo, los médicos se lo llevaron al quirófano a toda prisa en una camilla. A Crane le vendaron la herida; después, Diana y él tuvieron que rellenar formularios en el mostrador acristalado de la ventanilla de ingresos.

Estaban de pie, juntos, pero no se hablaban. Cuando terminaron con el papeleo, Diana fue a llamar a Hans desde un teléfono público y Crane se dirigió a la sala de espera con Ozzie, que estaba sentado en un sofá.

—El niño ha sido el primero —dijo este en voz baja, con la mirada abatida—. Ahora Diana no podrá salir de la ciudad. El día de Pascua estaremos todos muertos.

—Es posible —respondió Crane con voz apagada. Al otro lado de la sala, bajo la televisión que parpadeaba sin sonido en la pared, vio una cafetera—. ¿Quieres un café mientras tanto?

—Claro. Solo.

Cuando regresó con dos vasos de cartón humeantes, Diana estaba sentada al lado de Ozzie con una revista abierta en el regazo; miraba de hito en hito un artículo sobre cómo montar una barbacoa en el patio de casa. Crane se dio cuenta de que aún llevaba el uniforme del Smith's: los pantalones negros con rayas rojas, y la camisa roja y blanca, que se había puesto más roja con la sangre de su hijo.

—¿Café, Diana? —aventuró.

Diana negó con la cabeza. Crane suspiró y dejó el vaso de Ozzie en la mesa. Había dejado de intentar hablar con ella.

En el trayecto acelerado hasta el hospital, Ozzie les había dado instrucciones acerca de qué decir a la policía. Crane, sin apartar la vista de la carretera ni de los coches a los que adelantaban, se había puesto a gritarle disculpas entrecortadas a Diana, que iba en la parte

de atrás, agachada sobre el niño.

—Ahora no quiere escucharte, hijo —lo había interrumpido Ozzie.

Así que se limitó a sentarse, dar unos sorbos al café y esperar.

«Ha sido el azar —pensó Crane—. Existía una posibilidad remota de que la bala acertara al niño. Había gente que iba a por nosotros, sí, pero ¿por qué los dados de Dios parecen decididos a jodernos? El corazón de Susan, el cáncer de Arky… Ya le preguntaré qué dicen al respecto sus adoradas estadísticas.»

Mavranos se había llevado a Oliver en el Mustang para esperarlos en el Circus Circus, en el bar en forma de tiovivo. Diana y Ozzie estuvieron de acuerdo en que era mejor que no volvieran a su casa. Crane se preguntó si, durante la breve llamada telefónica, Diana habría convencido a su «compañero sentimental» para que saliera de allí. Seguro que no.

Había otras dos personas en la sala, sentadas más cerca del pasillo: un joven con camiseta sin mangas que se apretaba contra el hombro un trapo empapado de sangre y una mujer que le canturreaba al niño que lloraba en sus brazos. Sin embargo, Crane solo oía las voces de los avisos lacónicos en clave que se emitían de vez en cuando por megafonía.

Unos minutos más tarde llegó un agente de policía con uniforme marrón de manga corta, acompañado por un médico que parecía el jefe de turno, e intercambiaron unas frases junto a la ventanilla de ingresos. El agente llevaba un portafolios. Crane se levantó, pese a los latigazos ardientes en la pierna y en el costado, y se acercó a ellos, con la esperanza de oír alguna noticia tranquilizadora sobre el estado de Scat.

El agente estaba rellenando un informe de hospitalización por arma de fuego; el médico le decía que se trataba de un disparo a distancia y que el arma podía ser desde una pistola del 32 hasta una 9 mm; la bala le había destrozado la órbita ocular derecha, había penetrado en el cráneo y había salido cerca de la oreja, rozando el lóbulo temporal. Sí, el lóbulo temporal estaba afectado; era pronto para saber hasta qué punto, pero la rigidez de la postura y la retracción de los brazos no eran buena señal. Y no, la herida no podía ser autoinfligida.

Cuando terminaron, el agente pasó junto a Crane y fue a hablar con Diana; esta se levantó y lo siguió por el pasillo alfombrado. Crane volvió con Ozzie.

—Seguro que le dice que ha sido un amigo mío el que ha disparado a Scat.

—No, hijo —repuso Ozzie con un suspiro, frotándose la frente llena de manchas—. Sabe muy bien que, si lo convierte en un problema interestatal, intervendrá el FBI y aún tardará más en poder marcharse con sus hijos.

Crane se sentó y tomó un poco de café; tenía que sujetar el vaso con las dos manos para que no temblara.

—Ojalá pudiera intervenir el FBI.

—Claro, claro. Y les contamos que esto es una batalla para ver quién se convierte en la figura mágica del Rey Pescador y que el chiflado la localizó mirando los naipes y un mapa de Polonia. Seguro que así la ponen en protección de testigos.

Cuando Crane se terminó el café, cogió la revista de Diana y examinó las fotos de la barbacoa de bricolaje. Intentó imaginarse a sí mismo, con Ozzie, Diana y los dos niños, preparando hamburguesas, lanzándose un *frisbee* y metiéndose en casa al anochecer para ver *Big* o una película por el estilo… Pero era como intentar imaginarse la vida cotidiana en el Imperio romano.

Diana y el policía volvieron a la sala de espera; Diana se sentó en el sofá.

—¿Es usted Scott Crane, la otra víctima? —preguntó el policía, mirándolo. Era más joven que él, con un bigotito que habría resultado invisible bajo una luz más intensa, pero parecía tan tranquilo como si todas las noches hablase con madres de niños abatidos a balazos.

Crane iba a señalarse la herida vendada, visible bajo la camisa rota, pero la mano le temblaba tanto que la dejó caer sobre el regazo.

—Sí —respondió.

—Venga conmigo, por favor.

Volvió a levantarse y siguió al policía hasta una habitación pequeña que había al final del pasillo. Este cerró la puerta y Crane miró alrededor. Un sofá, un par de sillas, una mesa con un teléfono y una lamparita que emitía una luz tenue… Aquel cuarto impersonal parecía fuera de lugar en el hospital. De repente pensó que habría preferido hablar en cualquier rincón de los pasillos blancos, interrumpido por el ir y venir de los médicos y los enfermeros que empujaban camillas con botellas de suero.

—¿Me permite el carné? —Crane sacó la cartera y le mostró el carné de conducir de California—. Siéntese. —Crane obedeció de mala gana—. ¿La dirección de Santa Ana está actualizada?

—Sí.

El policía tomó nota y le devolvió el carné.

—Estoy escribiendo el informe del tiroteo desde el coche. ¿Por qué no me cuenta todo lo ocurrido?

Crane relató los sucesos al pie de la letra, empezando por la llamada telefónica de Snayheever; aunque, como les había insistido Ozzie en el trayecto acelerado al hospital, dio a entender que habían ido a ver a Diana solo de visita, y no mencionó que le habían disparado el jueves en Los Ángeles ni que habían conocido a Snayheever en Baker. Afirmó que hasta esa misma noche no sabía el nombre de Snayheever. A

mitad de la narración, el agente llamó por radio para que mandaran un coche patrulla al cobertizo de Snayheever, donde Crane lo había dejado inconsciente y, probablemente, herido de bala.

—Creo que el hombre que ha disparado al niño se aloja en nuestro motel —añadió Crane—. El tipo de la habitación contigua tiene un Porsche blanco y el otro día mi padre adoptivo lo llamó zombi. Por lo que me contaron, se enfadó mucho. Y esta noche, en el mismo lugar de los disparos, un tipo que conducía un Porsche blanco y que seguramente era el mismo ha intentado ligar con Diana y ella lo ha mandado a la mierda. Puede que quisiera matarlos a ella o al viejo.

—Está bien. —El agente tomó más notas—. Los inspectores lo comprobarán todo. —Miró a Crane sin atisbo de curiosidad—. ¿Dónde está el revólver con el que ha disparado al secuestrador?

—Fuera, en el coche.

—¿Es suyo?

—Sí.

—¿Lo tiene registrado a su nombre?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Dónde se van a alojar?

—Pues… no lo sé. En el Circus Circus, me imagino.

—Bien. Comuníquenos el número de habitación en cuanto lo sepa.

—Vale.

El agente apretó el pulsador del bolígrafo y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Por el momento trabajaremos como si fueran dos hechos relacionados. Tengo los nombres y las direcciones de los otros testigos, que también dicen que se alojarán en el Circus Circus. Los inspectores irán mañana a hablar con ustedes.

—¿Esto es todo? —repuso Crane, sorprendido.

—Por esta noche, sí. Quédese aquí; el doctor vendrá enseguida con el resto de la familia.

Se puso el portafolios bajo el brazo, salió de la habitación y cerró la puerta.

Crane se recostó en la silla y dejó escapar el aire contenido. Había sido fácil. Se temía que lo metieran en la cárcel de inmediato por haber disparado a alguien o, como mínimo, que le confiscaran el arma.

«Debo de parecer inocente —pensó—. Joder, es que ¡soy inocente! ¡Mi único crimen fue jugar a la asunción hace veintiún años!»

Recordó el bourbon y la cerveza de la noche del sábado en el Whiskey Pete's, pero desechó la idea con frustración.

La puerta se abrió de nuevo y entraron Ozzie y Diana, seguidos por el joven médico. A Crane le molestaba su pelo negro peinado a la perfección. Nadie se sentó, de modo que Crane se levantó y apoyó la

espalda contra la pared.

—Soy el doctor Bandholtz —se presentó el médico—. Ya saben que el niño ha recibido un disparo, claro. La bala le ha fracturado el borde óseo del ojo y el hueso de la sien, junto a la oreja. Ha sangrado mucho porque la cabeza es una zona muy vascular, pero la pérdida de sangre no es grave. Creemos que podemos salvar el ojo y reconstruir la órbita.

—¿Habrá daños cerebrales? —preguntó Diana en un susurro.

Bandholtz suspiró. Se pasó los dedos por el pelo y se lo alborotó.

—Seguramente sí —contestó—, pero, por lo general, el ochenta y cinco por ciento del cerebro no lo usamos nunca y las funciones de las áreas dañadas las asumen otras zonas. El problema al que nos enfrentamos es el edema cerebral. Es grave, porque el cerebro no tiene espacio para expandirse sin cortar el riego sanguíneo. Para evitarlo, le estamos administrando esteroides: treinta miligramos de Decadron por vía intravenosa esta noche y, a partir de mañana, cuatro miligramos cada seis horas. También le estamos dando Manitol, que es un diurético, para reducir el agua de los tejidos. Algunos médicos propondrían administrar barbitúricos para detener la actividad cerebral durante el proceso, pero es un método experimental y prefiero no arriesgarme.

—¿Cuándo recuperará el conocimiento? —preguntó Diana.

—Es difícil de decir. A todos los efectos, el ordenador se ha apagado para curarse. El cerebro es… es como una especie de copa de helado. La guinda es el córtex, que es lo que nos hace humanos, seres pensantes, conscientes y demás. Debajo están los cacahuetes y el chocolate, que rigen otras funciones. Y, debajo de todo, el propio helado, que es el nivel de mantenimiento, la parte que se encarga de la respiración, el latido del corazón, etcétera. En casos de trauma como este, lo primero en desconectarse es la guinda… Y por ahora es lo único que se ha desconectado.

Crane pensó con hastío que el médico había elegido una metáfora alegre y trivial para paliarles un poco la conmoción. Miró a Ozzie y a Diana, sopesó lo que él mismo sentía, y llegó a la conclusión de que solo había conseguido desorientarlos más.

Diana dirigió una mirada ausente a Ozzie y se volvió hacia el médico.

—¿Está en coma?

—Es la palabra que mejor lo describe, sí —respondió Bandholtz—. Pero es muy joven y está recibiendo los mejores cuidados. Miren, no va a recuperar el conocimiento esta noche. Les conviene estar bien despiertos cuando lo vean mañana, así que váyanse a casa. Puedo proporcionarle un sedante si cree que…

—No —replicó Diana—. No necesito nada. Pero me gustaría verlo

antes de marcharnos. —Lanzó una mirada a Crane—. A solas.

—Claro —convino el médico—, pero que sea breve. Supongo que se da cuenta de que está bajo soporte vital. Tiene un catéter de tres lúmenes insertado bajo la clavícula para que no le suba la presión arterial pulmonar y…

—Solo quiero verlo.

—De acuerdo, sígame. Los señores pueden volver a la sala de espera.

Ozzie se sentó al lado de Crane en la furgoneta; Diana, en el asiento de atrás. Siempre que el tráfico se lo permitía, Crane le echaba un vistazo por el retrovisor: tenía los ojos fijos en la ventanilla, entrecerrados, y su perfil oscuro se iluminaba con las luces que pasaban.

No abrió la boca hasta que Crane giró a la derecha para tomar el Strip, bajo los destellos rojos y dorados del Barbary Coast.

—Aunque accedieran a llevar a Scat en helicóptero a un hospital de fuera de la ciudad, sería fácil seguirle la pista —dijo, pensativa—. Y yo iría con él, claro. Y esos tipos lo saben.

Pareció que Ozzie tomaba aliento para discutir, pero soltó el aire y asintió.

—Así es.

A la derecha tenían el Flamingo, un baile ondulante de luces ígneas. De repente, delante de los coches que los precedían, brotaron llamaradas de verdad y nubes de humo radiantes. Crane soltó un taco y levantó el pie del acelerador.

—Es el volcán que hay delante del Mirage —explicó Diana—. Se activa cada veinte minutos. Los que viven aquí ya están acostumbrados, pero, claro, esta gente no vive aquí. —Bostezó. Crane conocía esos bostezos: eran señal de tensión prolongada, no de aburrimiento—. Tengo que quedarme en la ciudad —siguió—, y no les costará encontrarme, aunque vaya al hospital disfrazada. Necesito alguna ventaja. Algún tipo de fuerza. De arma.

—Tenemos pistolas —dijo Crane—. Podemos ayudarte a…

—Puede que quiera tu ayuda y puede que no —replicó—. Y sí, necesito una pistola. Pero lo que quiero decir, lo que me hace falta es… poder de este. —Crane la vio gesticular por el retrovisor hacia los gigantescos casinos que los rodeaban—. Hay quienes quieren verme muerta porque soy una amenaza para ellos, porque soy la reina de corazones, ¿no? Soy carne de la carne y sangre de la sangre de mi madre, a la que pensaron que tenían que matar. —Ozzie iba a decir algo, pero Diana le dio un golpecito en el hombro con el dorso de la mano para hacerlo callar—. Quiero aprender a ser una amenaza activa, no solo pasiva. Quiero ser la presa que reacciona y se transforma en cazadora. Quiero convertirme en la tal Isis, con los

poderes de Isis, con lo que sea que les da tanto miedo.

Habían llegado ya delante del volcán llameante del Mirage. Crane miró a la izquierda, al gentío que se apelotonaba en la barandilla, al otro lado de la acera. Tenía la ventanilla bajada y, por encima del vocerío de la multitud, le llegaba el rugido de las llamas; incluso desde donde estaban le pareció sentir el calor.

Valoró lo que había dicho Diana.

«Esto te lo dejo a ti, Ozzie —pensó—. A mí me viene muy grande.»

Ozzie contemplaba el tráfico con el ceño fruncido.

—Dios mío —dijo al cabo de un minuto, pensativo—, juégatelo todo a una mano. Te han penalizado como al jugador que llega tarde a un torneo porque se ha dormido. Tienes que aguantar que te quiten las ciegas y las apuestas obligatorias de las fichas iniciales… Y esas apuestas involuntarias te han costado muy caras. Ahora estás despierta, pero eres mano y llevas una jota y un cuatro bocabajo, y una reina a la vista. Al menos son del mismo palo. —Se dio la vuelta en el asiento—. ¿Me sacas una cerveza de la nevera, hija? No pasa nada —le dijo a Crane—. El cuatro de corazones puede beber. La jota, todavía no.

Diana le abrió la lata y se la pasó por encima del respaldo.

—Sí —continuó Ozzie tras dar un trago largo—. Has pagado la ciega, la última apuesta involuntaria, y ahora lo único que te queda es jugártelo todo, poner tu montón de fichas en el centro de la mesa.

«Ha vuelto a la caza de la línea blanca —pensó Crane—. Directo a una partida donde lo más probable es que nos maten a todos.»

—Seguro que no esperan sangre de caimán en alguien que ha jugado como semejante roca —remató Ozzie.

Sangre de caimán. Crane recordó que así había descrito el viejo Johnny Moss la dureza de los verdaderos jugadores de póquer. Que él supiera, Moss seguía ganando torneos en el Binion's Horseshoe y ya debía de tener… la edad de Ozzie.

—Vale, ¿cuáles son las fichas y cómo las pongo en el centro? —preguntó Diana.

—Pues… tendrías que consultarle a la reina. Pero está muerta. Era tu madre. —El anciano bebió un trago de cerveza; era obvio que estaba esforzándose por contener el temblor de la mano—. Su espíritu debe de andar agitado con esta semana tan poco santa que se nos avecina, y la luna está a medio camino de ser llena, así que tanto ella como tú debéis de estar volviéndoos cada vez más poderosas. Ahora mismo, en la ciudad, habrá otras mujeres que aspiren a ser la reina, pero tú eres la hija biológica, ya estás donde tienes que estar. Querrán dar contigo, quitarte de en medio y ocupar tu lugar. Tú eres la única a quien la verdadera reina de corazones… recibiría en audiencia.

Crane se detuvo en un semáforo cerca del Caesars Palace y observó

a la multitud que cruzaba la calle en dirección a las antorchas y las estatuas arrogantes de encima del templo de entrada al casino.

—Pero ¿qué hago? —insistió Diana—. ¿Le pregunto a la ouija? ¿Me meto ácido para encontrarme con ella en una alucinación?

—No, no. Con esas cosas solo conseguirías llamar la atención, estoy seguro, y tus rivales sabrían dónde encontrarte. No te acerques a las cartas ni a ningún tipo de apuesta. De hecho, tendrás que alejarte de Scott. Él es al rey lo que tú a la reina; seguro que cuando estáis juntos alumbráis como una bengala.

—Por mí, perfecto —dijo Diana.

Crane no apartó la vista de las grietas del parabrisas, que fragmentaban las luces de neón. No dijo nada, pero apretó los dientes y se le contrajeron los labios.

«Me apuñalé la pierna para poder avisarte hace ya tres días —pensó—. Si hubieras huido entonces, Scat estaría perfectamente. Subí a la colina e hice que el chiflado me apuntara con la pistola para que dejara de apuntar a tu hijo.»

—Agua, agua dulce —iba diciendo Ozzie—. Está relacionada con la diosa de la luna. Creo que si pudieras bañarte aquí, en agua dulce y brava, y pensaras en ella..., en tu madre, lady Issit..., tal vez conseguirías algo.

—¿Que me bañe? —dijo Diana, dubitativa—. Pero, Ozzie, esta misma tarde me he bañado en agua de este lugar y no ha pasado nada. ¡Llevo ocho años bañándome en esta agua todos los días!

—No es verdad. ¿Qué pasa, no lees los periódicos? En Nevada hay una guerra por el agua. *Las Vegas* significa literalmente «tierras bajas, fértiles». La ciudad está en una cuenca artesiana, pero los pozos ya habían empezado a secarse en los años cuarenta; aparecieron sumideros y el nivel freático comenzó a bajar. La ciudad no tuvo acceso al agua del lago Mead hasta el 82, y ya no basta; ahora van tras el agua de Nevada central: el valle Railroad, Ely, Pioche... En teoría, Las Vegas solo puede cogerles el agua de lluvia, pero ha solicitado el derecho a llevarse la que necesite. Es lo que llaman minar los acuíferos.

Crane recordó la visión de los grandes entes en lo más hondo del manto freático psíquico. ¿Habría bajado el nivel allí también? ¿Estaría agotándose a causa de un uso que no quería ni imaginar?

—Seguro que todo esto lo ha alentado el rey malo —siguió Ozzie—. Quiere evitar que una diosa salvaje desate su poder bajo tierra. Necesita agua mansa para contrarrestarlo. Ni te acerques al lago Mead antes de hablar con tu madre.

El casino Holiday, a la derecha, estaba en obras. Al ver la enorme reproducción de un barco de vapor con luces de neón, Crane frunció el ceño. La gigantesca estructura escalonada estaba orientada al norte,

pero habría jurado que la última vez que se había fijado miraba hacia el oeste. ¿Acaso daba vueltas?

—Te refieres a… ¿un pozo? ¿A la lluvia? —dijo Diana muy despacio.

En el espejo retrovisor, el brillo eléctrico de las palabras CASINO HOLIDAY, que adornaban la gigantesca rueda de paletas, le daba una tonalidad blanquecina al lado derecho del rostro.

Crane recordó el aspecto de aquella calle cuando la recorría en coche con su verdadero padre, hacía ya tantos años. El Frontier era un sitio informal de aire ranchero, y El Rancho Vegas, poco más que una posada de estilo colonial, mientras que el Flamingo se alzaba en toda su gloria mucho más lejos, en la oscuridad, hacia el sur.

—O a los cubitos de las bebidas que lleven aquí desde los años cuarenta —le dijo a Diana.

VEINTITRÉS
Venga, haz un cerdito

El bar del tiovivo del Circus Circus estaba en la primera planta, que en realidad era una espaciosa terraza alrededor de la circunferencia del casino; si uno se asomaba a la barandilla, veía las hileras ruidosas de tragaperras sumidas en la oscuridad del piso inferior. De hecho, el casino era como un cascarón hueco: en la parte superior, al otro lado de las amplias redes que colgaban a cierta distancia, había acróbatas vestidos con trajes de lentejuelas ajustados que surcaban el firmamento entre trapecios, bajo un techo distante y lleno de luces.

El propio bar iba rotando muy despacio. Crane se apresuró a entrar en la superficie giratoria por la misma puerta que Diana, así no tendría que esperar a que llegara la siguiente, y recordó lo que se le había pasado por la cabeza poco antes: ¿estaba dando vueltas el casino Holiday?

Mavranos estaba en un reservado con el joven Oliver. Diana se sentó a su lado y lo abrazó; Crane apartó la vista ante la expresión desdeñosa del niño.

—Dicen que saldrá de esta —explicó Diana.

Mavranos arqueó las cejas y miró a Crane, que se encogió de hombros con impotencia.

—Voy a ir a recepción con Diana y Oliver para que les den habitación —dijo Ozzie, tocándole el hombro a Diana—. Vamos, cielo.

Ella se levantó y siguió al anciano hasta los taburetes del centro, con Oliver de la mano. Al parecer, Ozzie le dijo que esperase allí mientras él volvía un momento al reservado. Crane se había sentado frente a Mavranos.

—En realidad no te culpa a ti —le dijo Ozzie en voz baja—. Te quiere, pero quiere más a su hijo, claro, y ahora mismo no piensa con claridad.

—Gracias, Ozzie. Yo también la quiero. Y a ti —añadió, y el anciano asintió.

—Coged una habitación para los dos, a nombre de Arky si es posible. Me pondré en contacto con vosotros si veo que podéis ayudar de alguna forma.

Ozzie regresó con Diana y el niño, y los tres salieron de la terraza giratoria para perderse en el torrente de la multitud.

—¿Aún quieres las dos cervezas?

Mavranos daba vueltas al vaso medio lleno.

Crane se estremeció. Claro que las quería, las dos que había dicho

en la cima de la colina, cuando la vida era bella, pero antes quería otras seis. ¿Qué demonios le impedía emborracharse en ese mismo instante?

«Que suenen los teléfonos todo lo que les dé la gana —pensó—. Casi seguro que ya no volveré a ver a Diana, y Susan, o esa cosa que confundiré con Susan si estoy como una cuba, debe de ser ya muy sólida.»

Pero Ozzie decía que Diana aún lo quería y que lo llamaría si necesitaba su ayuda. Si llegaba el momento y había bebido, solo conseguiría guiar a Dioniso hasta ella.

«Pero no puedo ayudar. En nada.»

El tiovivo ya había dado media vuelta. Crane quedaba de espaldas a las tiendas iluminadas de la primera planta, al otro lado del abismo tintineante.

—Claro —dijo.

Mavranos se encogió de hombros e hizo una seña a la camarera; poco después aparecieron dos botellas de Budweiser, heladas y oscuras, delante de Crane. Mavranos se había pedido otra Coors.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó, después de dar un trago—. Te hacía en la cárcel a estas alturas.

Crane le relató la breve conversación con el policía.

—Supongo que ha visto muy claro que fue en defensa propia —concluyó—. Aunque me ha dicho que lo informara de dónde nos alojábamos.

—Ya. Oye, tendrías que haber oído a Perro Rabioso cuando veníamos para acá.

—¿Perro Rabioso? —preguntó, distraído—. Ah, ya, Oliver. ¿Qué te ha dicho?

Mavranos miró a Crane con los ojos entrecerrados. ¿Cómo explicárselo?

El chico olía a cerveza, así que estaba claro que, en cuanto le había visto coger el revólver y salir corriendo al camino de tierra, se había lanzado sobre la nevera. Le pareció extraño que hubiera tenido esa urgencia mientras su hermano pequeño corría peligro, pero Mavranos pensó que no era el momento de regañarlo por robar una cerveza; además, tampoco era tarea suya.

Sin embargo, cuando arrancó el Mustang de Diana y enfiló hacia el norte por la autopista Boulder, mientras las luces de su furgoneta se alejaban ante ellos a toda velocidad, el chico soltó una risa queda.

—¿Me he perdido algún chiste, Oliver? —le espetó Mavranos con una mirada severa.

—Mi nombre… —El chico había pasado a fruncir el ceño.

—Perro Rabioso, ¿no?

—¿Algún chiste? —repuso Oliver, más relajado—. No sé. Igual tiene

gracia que un niño se haga mayor en una sola noche.

—¿Qué niño? ¿Tú?

—Claro. Mis amigos me han dicho que la vida y la muerte se debaten en las cartas y que, si se te muere alguien cercano, te encoges de hombros y sigues jugando. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero es verdad.

Mavranos recordó la noche en que habían detenido a una de sus hijas por robar en una tienda de discos del barrio, a los quince años. Cuando había ido a recogerla a la tienda, la niña se había mostrado desafiante, como si no le aguardase más que una vida de crímenes y tuviera que empezar a meterse en el papel.

—No tienes la culpa —le dijo al niño en tono amable—. Vale, sí, lo has dejado tirado mientras jugabais, y ha estado mal, pero esto no es culpa tuya…

—Lo hecho, hecho está.

—Y estos amigos tan listos ¿quiénes son? —Mavranos empezaba a impacientarse—. ¿Los mismos tiarrones que te llaman Perro Cariñoso?

—¡Mira quién habla, Archimedes! —saltó Oliver—. ¡Para nombre de mierda, el tuyo! —Respiró hondo un par de veces y recuperó aquella calma extraña—. Pero sí, más o menos. La gente ya me llamaba así, lo que pasa es que esta noche se ha convertido en mi nombre de club. Es mi distintivo, si es que sabes qué significa. Van en camionetas blancas modelo El Camino, pero han borrado el «El» y la «C» del logo del guardabarros, así que ahora dice «Amino». Se hacen llamar los Aminoácidos.

—¿En camionetas? ¿Qué edad tienen esos niños?

—No son niños, son…

El chiquillo se calló en seco; Mavranos le echó una ojeada y le pareció que estaba a punto de romper a llorar, pero vio como abría los ojos y los ponía en blanco y pensó que tendría que seguir a Crane al hospital, porque parecía que estuviera sufriendo un ataque. Sin embargo, al cabo de un momento Oliver se relajó y se concentró en mirar al frente con gesto hosco.

—¿Estás bien, niño? —preguntó Mavranos, nervioso.

—No soy ningún niño.

No volvieron a cruzar palabra hasta que Ozzie, Diana y Crane se reunieron con ellos en el bar del tiovivo.

Mientras el bar giraba lentamente, Mavranos le relató la conversación a Crane, un poco extrañado de que su amigo no hubiera tocado las cervezas.

—El hijo de tu hermana es un bicho raro —concluyó—. El que hablaba era un niño, pero parecía como si parte de él se hubiera resecado, como si se le hubiera escapado la infancia y se hubiera convertido en adulto por defecto. He leído que a algunas larvas se les

puede quitar una glándula para que formen el capullo mucho antes de lo normal, y se ve que, cuando sale, la mariposa adulta es deforme y horrorosa.

Crane estaba pensando en el club de los Aminoácidos y en lo de «la vida y la muerte se debaten en las cartas», y decidió que había que informar a Ozzie.

—¿No te las bebes? —Mavranos señaló las dos cervezas.

Crane cogió una y la olisqueó. Dejó escapar un suspiro.

—No, para ti —resolvió.

Mavranos se llevó una a la boca, pero se atragantó y la dejó en la mesa. La espuma le resbalaba por el cuello y salía de la botella a borbotones; estaba formándose un charco encima de la mesa. Mavranos tosió y miró alrededor, avergonzado.

—Debo de haber echado ceniza dentro sin querer. La ceniza hace que suba así la espuma.

Crane asintió, pero sospechaba que era cosa de Susan. Debía de estar furiosa por su grosería: pedir las cervezas para acabar dándoselas a un amigo era todo un desaire.

—Voy a pedirte una Coors, Arky —dijo, tratando de sonar despreocupado—. Me parece que con la otra tampoco vas a tener suerte.

No les pusieron problemas para pagar la habitación en efectivo. En cuanto Mavranos abrió la puerta, Crane fue directo al teléfono. Llamó a la policía metropolitana y lo pasaron con el inspector Frits, que tomó nota del número de habitación.

—Ah, una cosa, señor Crane —añadió Frits—. Unos agentes han cogido la autopista Boulder y han encontrado el cobertizo que nos ha descrito. Había sangre, cristales rotos, una silla con restos de cinta aislante y fuera, en la arena, un arma, pero no han visto a nadie. Había roderas de neumáticos detrás del cobertizo, así que puede que se haya marchado en un coche muy pequeño.

—Sí, he visto el coche —saltó Crane—, se me ha pasado comentarlo. Es un Morris, un cochecito cuadrado, como un Volkswagen pero británico. Tenía tanto polvo encima que era imposible saber el color.

—Ah, eso nos servirá de ayuda. Gracias.

Cuando Crane hubo colgado, Mavranos abrió la puerta.

—Voy a salir un rato, Pogo. Tienes llave, ¿no?

—Claro. Que te diviertas.

—Cómo no me voy a divertir en una noche así —repuso con voz apagada.

Al salir, cerró la puerta y agitó el pomo para comprobar que no se abriera desde fuera.

Crane miró a su alrededor. La moqueta y las sillas eran de un color

rojo vivo, y las paredes estaban cubiertas de papel pintado a rayas rojas, rosas y azules. Apagó la luz.

Se desnudó en la agradable penumbra y se metió en la cama del lado de la ventana. ¿Sería capaz de conciliar el sueño? En las cien últimas horas se había convertido en un ave nocturna, pero en Las Vegas no desentonaba.

Entró en un sueño ligero, pero a las pocas horas abrió los ojos y se puso tenso. El sudor le brotaba por todos los poros.

Al otro lado de la habitación, pegada a la pantalla de la lámpara, había una rata del tamaño de una comadreja. Estaba devorando un insecto enorme, pero muy despacio, girando la pata libre y subiendo y bajando la cabeza, de manera que un rayo de luz que entraba por las cortinas le hacía brillar los ojos. El insecto era una especie de grillo blanco al que los mexicanos llamaban «cara de niño» y «niño de la tierra», y también se movía muy despacio, meneando en el aire las largas y gruesas patas articuladas. Ninguno de los dos emitía el menor ruido.

Crane se limitó a mirar la escena con el corazón desbocado. Tenía la mente en blanco.

Rígido como una estatua y sin apenas respirar, se quedó observando a la rata mientras ingería el grillo, hasta que, a los diez minutos, empezó a detenerse. Primero fue la cabeza, que dejó de subir y bajar; luego la larga cola, que, hasta entonces estirada, se enroscó en torno al cuerpo y desapareció. No quedaba rastro del insecto. La rata replegó las patas delanteras, y cesó todo movimiento del bulto oscuro en la pantalla de la lámpara.

Con una lentitud agonizante que rivalizaba con la de las bestezuelas, Crane extendió el brazo y encendió la lamparilla de la mesita.

A la repentina luz amarillenta, vio que la masa oscura de la pantalla de la lámpara no era más que su camisa, que había tirado de cualquier manera al quitarse la ropa.

Mavranos no había regresado aún. Crane se levantó de la cama y fue hasta la lámpara. Se quedó contemplando la camisa un rato, temeroso, antes de levantarla con sumo cuidado y lanzarla a un rincón.

Aún con la mente en blanco, volvió a meterse en la cama, cerró los ojos y esperó a que le llegara el sueño.

—He visto entrar y salir al novio, pero ella aún no ha aparecido —explicó Trumbill con paciencia.

Estaba sentado en una silla junto a la ventana de carpintería de aluminio, y solo llevaba puestos unos pantalones cortos blancos y holgados. Aparte de la silla, los únicos objetos que había en el austero piso eran una mesa con un televisor, un teléfono, dos ventiladores en

marcha, una neverita de porexpán y un montón de botes gastados de desodorante Ban tirados entre las patas de la silla; en aquel momento se frotaba con uno los tatuajes de colores vivos que le cubrían la enorme barriga.

Había alquilado el piso al amanecer, a toda prisa. El propietario había conseguido instalarle un teléfono, pero el aire acondicionado no funcionaba y, pese a los antitranspirantes, Trumbill estaba perdiendo la valiosa hidratación corporal.

—Les insistiré con lo del aire acondicionado, pero tienes que quedarte aquí —dijo Betsy Reculver, de pie tras él—. No podemos perderla como perdiste a Sc… a Crane en California. —La moqueta barata no amortiguaba en absoluto los ecos chillones de su voz.

Sin apartar la vista de la ventana, Trumbill le tendió el bote de Ban.

—¿Me lo pones en la espalda?

—Ni en sueños. —Su voz rezumaba repulsión.

Trumbill se encogió de hombros y siguió pasándose el desodorante por la piel, profusamente ilustrada, sin dejar de mirar el pareado blanco del otro lado de la calle por la abertura de las cortinas.

Le habría gustado estar en casa, ocupándose de las tareas del hogar, rastrillando el jardín de grava o llevando al cuerpo viejo de Leon en el Jaguar con el aire acondicionado al máximo, pero esa misión era importante. Aquella era la Diana a la que habían estado buscando, sin duda. El informe policial relacionaba a la Diana que vivía en el pareado con Scott y Ozzie Crane, y, tal como había señalado Betsy casi al instante, la dirección era Isis en Venus.

—¿No lo has gastado todo? —quiso saber Betsy.

Durante un momento pensó que se había replanteado ayudarlo con la espalda, pero vio que estaba junto a la mesa y sostenía un trozo rosa de Semtex del tamaño de un puño.

—Si lo usara todo, volaría por los aires la mitad de la calle —respondió—. Con lo que he puesto en las rejillas del sótano, basta: dos trozos como bolas de golf. De todos modos, no pienso quedarme en la ventana cuando lo haga estallar. Me pondré en el pasillo, al otro lado de la pared.

—Parece… un dulce de mazapán.

—Venga, haz un cerdito. Sin detonador no puede estallar. Hasta podrías comértelo sin peligro.

La mujer se estremeció y dejó el explosivo en la mesa.

—Te gusta la decoración, ¿no? —añadió luego.

Trumbill echó un vistazo a las paredes amarillentas desnudas y el techo rugoso.

—Pintado de blanco y con otra temperatura no estaría mal.

—¿Qué tienes en contra de las cosas más… vivas?

«Me encantan, Betsy —pensó—. Pero prefiero tenerlas todas dentro

de los límites de la piel.»

—¿No tenías que ir a ver a Newt?

—No, es esta tarde… Pero de acuerdo, ya te dejo a solas. —Trumbill oyó que se alejaba arrastrando los pies por la moqueta—. Eso sí, te llamaré cada quince minutos o así —añadió Betsy.

—No hace falta.

Pero ya estaba cerrando la puerta.

Eso quería decir que lo tendría buena parte del día al teléfono, a menos que Diana apareciera de una vez. Trumbill suspiró y volvió a observar el pareado mientras buscaba a tientas una tira de cordero crudo en la nevera portátil.

El sol del mediodía entraba por la ventana y reverberaba, rojo como el fuego, en el pisapapeles de cristal que había en el desordenado escritorio del inspector Frits; el despacho, sin embargo, estaba helado. Crane, sentado en una silla giratoria frente al inspector, lamentaba no llevar chaqueta. La taza de café que había dejado al borde del escritorio seguía humeando; estaba casi vacía, pero no quería terminársela aún.

Frits, a quien había relatado la misma historia que al agente de la noche anterior, iba pasando las hojas de una libreta, aparentemente al azar. Era alto, flaco y de frente ancha, y tenía el pelo castaño rizado y un tanto alborotado, con entradas incipientes; como había pensado Crane al estrecharle la mano, seguro que había sido músico de rock en su juventud, no muy lejana.

Crane tenía la cabeza muy lejos del despacho del inspector desgarbado.

«Juégatelo todo a una mano.»

No sabía a ciencia cierta si la alucinación de la noche anterior, la visión de la rata que devoraba el escarabajo, había sido un caso leve de delirium tremens. Fuera como fuese, estaba decidido a seguir sobrio.

Aquella mañana, cuando iba con Mavranos a desayunar a la cafetería del Circus Circus, una mujer de mediana edad les había cortado el paso con un carrito de niño para pedirle a Crane que lo sanase imponiéndole las manos. Crane, abochornado, le había acariciado la frente para quitársela de encima; fuera la que fuera la dolencia, no había habido mejora visible. Pero más tarde, ante el plato de huevos fritos con beicon, se le ocurrió que tal vez la mujer no estuviera loca. Tal vez había percibido que era una especie de… príncipe heredero.

Y se le ocurrió que, pese a haberse llevado el dinero de la mano de asunción del 69, tal vez podía, como Diana, pasar de presa a cazador; en palabras de Ozzie, podía jugárselo todo a una mano. Quizá la única manera de sobrevivir era desafiar a su padre en su propio juego.

Frits se detuvo en una página de la libreta y alzó la vista.

—Así que los tres decidieron venir a ver a su hermana adoptiva.

—Sí. —Crane salió de su ensimismamiento y se esforzó por concentrarse.

—Y Mavranos es vecino suyo en Santa Ana.

—Sí. Tiene cáncer y nunca había estado en Las Vegas.

—¿Dónde vive su padre adoptivo?

—No lo sé. —Crane sonrió y sacudió la cabeza en gesto de disculpa —. Nos lo encontramos por casualidad en la isla de Balboa. —Se encogió de hombros—. Fue todo muy improvisado.

—Como casi todos los viajes aquí. —Con un suspiro, Frits pasó las páginas hacia atrás.

Crane asintió y cogió el café con mano firme, sin permitir que el alivio se le trasluciera en el rostro, la respiración ni el pulso.

Frits levantó la vista y, por la sonrisa, Crane pensó que iba a comentar algo más sobre los viajes irreflexivos a Las Vegas.

—¿Por qué gritó «Todo el mundo al suelo» cuando se detuvo el Porsche?

—Vi muy claro —empezó Crane al instante, dando una respuesta de apariencia espontánea a costa de comprometerse con un comienzo arriesgado— que no era un buen samaritano que se paraba a ayudar. Ya había dos vehículos detenidos frente a frente, como si estuvieran haciendo un puente, y había cuatro adultos y dos niños a la vista. —Ya lo tenía—. Era evidente que no necesitábamos ayuda. Me imaginé que sería un cómplice del secuestrador, alguien que habría estado vigilándonos desde lejos y habría acudido al ver que Arky se acercaba en la furgoneta y salía con un arma.

—Y luego, en efecto, disparó contra el chico.

—Eso es —convino Crane. Recordó qué le había contado al agente la noche anterior y añadió—: Pero luego Diana nos dijo que el tío del Porsche había intentado ligar con ella, y por la descripción se parecía al que Ozzie había llamado zombi el día anterior, así que seguramente no era cómplice del secuestrador. —Negó con la cabeza—. Aunque, tal como acabó la cosa, como si lo fuera.

Frits se quedó mirándolo. Crane le devolvió la mirada, al principio con gesto inexpresivo y luego con un atisbo de sonrisa interrogante, como si el otro estuviera tomándose mucho tiempo para pensar si se tiraba o veía el farol.

—Podría arrestarlo —apuntó Frits.

—¿Por qué? —repuso Crane al momento, sin necesidad de fingir la alarma—. ¿Por dispararle al secuestrador chiflado? ¿O por disparar al Porsche?

—Digamos que por lo del Porsche. —Frits siguió mirándolo un rato más. Crane le sostuvo la mirada, con los ojos un poco más abiertos

que antes—. ¿De qué conoce a Alfred Funo?

Crane dejó escapar el aire contenido.

—¿Es el tipo al que teníamos en la habitación de al lado? Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿De qué iba a conocerlo? ¿Vive en el condado de Orange?

—En el de Los Ángeles.

—El nombre no me suena de nada. No había visto el coche hasta ayer, a no ser que me lo haya cruzado alguna vez en la autopista.

Después de tres segundos más que se le hicieron eternos, Frits volvió a centrarse en los papeles.

—¿Se aloja en el Circus Circus?

—Sí. La habitación está a nombre de Mavranos.

—De acuerdo. —Frits se acomodó en la silla y sonrió—. Estaremos en contacto. Gracias por venir.

—Oiga —dijo Crane, inclinándose hacia delante y frunciendo el ceño con preocupación—, puede que esta sea la manera normal de hacer las cosas: la… la actitud amenazadora, las insinuaciones, todo eso… Pero, si de verdad cree que estoy involucrado, preferiría que me lo dijera para aclararle lo que sea. No es…

Frits, que había asentido con gesto comprensivo mientras hablaba, le tendió la mano y Crane se calló.

—Gracias por venir —le repitió.

Crane titubeó, pero acabó por dejar la taza en el escritorio.

—Pues… gracias. —Se levantó y salió del despacho.

Mavranos lo esperaba en la furgoneta.

—Ha sido rápido —le dijo a Crane cuando se sentó a su lado—. ¿Estaban también Diana y Ozzie?

—No. Supongo que habrá hablado antes con ellos. Ojalá Ozzie nos hubiera dejado consensuar un poco la historia antes de separarnos. «¡Nos encontramos a Ozzie en Balboa por casualidad, lo dejamos todo y nos vinimos a Las Vegas!» ¿Cómo ha estado el inspector contigo?

—Como si fuera… puro trámite. —La furgoneta se estremeció al arrancar—. Me ha hecho repetírselo todo y se acabó. ¿Por qué? ¿Contigo se ha puesto borde?

—Un poco, sí.

—Uf. Bueno, por lo menos sigues suelto. —Cruzó el aparcamiento para tomar la salida al Strip—. Oye, voy a probar las apuestas deportivas del Caesars. Tienen una sala del tamaño de un hangar como con cien pantallas de televisión en las paredes, y lo que se ve en las pantallas se proyecta los espectadores como si fueran ondas, como viento en un trigal. A lo mejor ahí encuentro alguna pista. ¿Quieres venir o te dejo en alguna parte?

—Sí, déjame… en el primer sitio que veas donde echen las cartas.

—Creía que Ozzie te había dicho que ni te acercaras a las cartas —

repuso Mavranos, mirándolo con curiosidad.

Crane se frotó la cara. ¿Aparentaba todo el cansancio que sentía?

—Eso sería si quisiera huir y esconderme. Pero si quiero hacer… algo, cualquier cosa, tengo que darme la vuelta y enfrentarme a… eso, a ellos, a lo que sea.

Mavranos suspiró y se tocó el pañuelo que llevaba al cuello.

—«¿No había tumbas en Egipto para que nos trajeras a morir en el desierto?» —recitó en voz baja, casi para sus adentros.

—¿Otra vez tu amigo Eliot?

—El Éxodo. Hay muchas cosas interesantes en la Biblia, Pogo.

Crane negó con la cabeza.

—Ozzie me dijo que no me empezara ningún libro largo.

VEINTICUATRO
Fragmentos del Libro de Thot

Era poco después de mediodía y Betsy Reculver ya había llamado a Trumbill doce veces para preguntarle si había aparecido Diana o tal vez Crane, y de paso para quejarse de todo, desde el dolor de las articulaciones hasta las malas lecturas que le daban las cartas en los solitarios.

En esa última llamada, tras la enésima advertencia de que no dejara escapar a Diana Ryan, se oyó de fondo el timbre de la puerta, seguido por los ladridos de LaShane.

—¿Ya está ahí Newt? —quiso saber Trumbill.

—Dame tiempo a que llegue a las pantallas; tengo los huesos molidos.

La oyó jadear y la conexión se perdió un momento cuando cruzaba la puerta con el inalámbrico.

Trumbill pensó que iba a ser un auténtico alivio cuando terminaran las nuevas partidas y el alma de Georges Leon tuviera un nuevo lote de cuerpos que animar: todos los que había concebido y pagado en 1969.

«Seguro que echa de menos los huevos —se dijo—. Si te hacen falta hijos, veinte años es un periodo de gestación muy largo, y más si tienes que concebir otros antes de que te llegue la camada anterior.

»Qué manera tan extraña de ser rey.»

Trumbill se imaginaba que, en otra época, los Reyes Pescadores se limitarían a tener hijos, que no matarían la mente a los hijos para robarles el cuerpo; y que señorearían tierras verdes y fértiles, no desiertos yermos; y que compartirían su poder con la reina; y que tratarían cara a cara con las entidades vastas y antiquísimas conocidas como arquetipos o dioses, y sin valerse de la mediación formal y distante de las espantosas cartas.

Oyó el gruñido de sorpresa de Reculver.

—¡Dios, Vaughan! ¡Pero si es ese tipo, Al Funo! Y está hecho un desastre: viene sin afeitar y parece un manojo de nervios. —A Trumbill le llegó el clic del interfono de Reculver—. ¿Sí?

—Tengo que hablar con usted, señora Reculver. —La voz de Funo tenía un sonido metálico filtrada por los dos altavoces.

—Concierta una cita —dijo Trumbill—. ¿Dónde podemos reunirnos con él?

—Eh… Podemos vernos… otra vez en el Lindy's, en el Flamingo —propuso Reculver muy alto por el interfono.

—¡Tengo que hablar con usted ahora mismo! —insistió Funo.

—No —dijo Trumbill al instante.

Se oyó el clic de desconexión del interfono.

—¡Si no hablo con él, se marchará, Vaughan! ¡Y es la única pista que tenemos para dar con Diana! Esa mujer no va a volver a la casa que estás vigilando, no es tan idiota. ¡Es una pérdida de tiempo que te quedes ahí sentado como un imbécil! ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

—Betsy, hazme el favor de meterte en Hanari. Ese tal Funo está chiflado.

—Se está marchando… —Trumbill oyó un golpe y comprendió que Betsy había dejado el teléfono en la mesa, junto a la puerta de entrada. De nuevo llegó el clic del interfono—. Muy bien —la oyó decir—. Pase. —Y el chasquido de la cerradura al girar la llave.

En el austero piso que daba a la avenida Venus, Trumbill se levantó; la barriga multicolor se mecía ante la ventana.

—¡Por lo menos coge un arma! —gritó al teléfono—. ¡Joder, Betsy, coge un arma!

Por el auricular, oyó ladrar a LaShane y, acto seguido, le llegó el estallido inconfundible de un disparo. Un segundo más tarde se oyó otro disparo y el perro dejó de ladrar.

—Mierda —masculló Trumbill. Miró con impaciencia el pareado del otro lado de la calle y sujetó con más fuerza el teléfono—. ¿Betsy? —gritó—. ¿Estás bien, Betsy? ¡Respóndeme ahora mismo o llamo a la policía! —Sabía que, de oírlo, Betsy se pondría de inmediato para ordenarle que no llamara.

Pero lo único que le llegó fue un susurro tenue de fondo que indicaba que no habían colgado.

—¡Betsy! —gritó de nuevo. Al otro lado de la ventana, la calle desierta se abría ante él, amenazante—. ¿Qué ha pasado, Betsy?

Tiró el bote de Ban y apagó los dos ventiladores para percibir mejor cualquier sonido que saliera del auricular.

Al final se oyó un clic, como si alguien hubiera cogido otro teléfono, y le llegó la voz de una mujer joven.

—Cinco, cinco, cinco, tres, ocho, uno, cero; aquí la operadora, esto es una interrupción de emergencia solicitada por Richard Leroy, desde el cinco, cinco, cinco, tres, cinco, nueve, tres. ¿Puede dejar libre la línea?

—Sí —respondió Trumbill con los dientes apretados.

Llegó otro clic y luego la voz agitada de un hombre.

—Vaughan, soy yo, estoy en Richard. —Richard tenía la respiración entrecortada—. ¡D… Dios santo, me ha disparado! —Se interrumpió para toser; Trumbill se alegró de que no lo hubiera llamado desde el cuerpo asmático de Beany—. Ha sido Funo. Me he desangrado en la

puerta, en diez segundos. ¡Me ha pegado un tiro y se ha ido corriendo! —Durante unos instantes solo se oyeron sus jadeos—. Mecachis, Vaughan, ¡el cadáver de Reculver está ahí, atravesado en la puerta! —dijo al final Richard.

—¿Dónde estás?

—¿En Richard, dices? No lo sé, en un vestíbulo con teléfono. Supongo que en la biblioteca de la facultad; solo lo he visto un instante, lo justo para llegar al aparato y llamarte. Ahora mismo solo veo a través de Beany. En Beany estoy parando un taxi delante del Flamingo. Así llegaré a casa más deprisa que si tengo que coger el coche aquí en el campus. Joder, espero que nadie haya visto el cadáver ni haya llamado a la policía por el disparo.

—¿El viejo Newt tendrá el sentido común de arrastrarlo adentro?

—Newt. Bien pensado. Puede que sí, me debe el alma desde hace treinta años y no querrá tener que tratar con la policía. Pero, claro, si lo ve desde el coche, igual pasa de largo.

—Creo que debería quedarme aquí —dijo Trumbill con un suspiro hondo.

—Sí, claro. He dicho que Diana no va a volver, pero era una tontería. Quédate ahí y mátala. Ahora que ya solo tengo tres cuerpos, no me conviene que ande por ahí una reina de corazones. Trabajaré a través de Richard y de Beany.

Trumbill sabía que aún no quería utilizar el cuerpo de Art Hanari. Era la joya de la corona, como lo había sido el de Richard la última vez. Le interesaba tener el Hanari descansado y con buen aspecto para dirigir la nueva edición de partidas de asunción.

—¡Paseo Renaissance, entre Tropicana e Eastern! —ordenó Richard de pronto. La comunicación se cortó.

Trumbill comprendió que el último grito había sido un eco involuntario de la dirección que el viejo Beany le había dado a voces al taxista, delante del Flamingo, para transmitírsela por medio de Richard desde la biblioteca de la universidad.

Las cortinas estampadas de la habitación estaban echadas; había algunos fluorescentes encendidos en torno a las estanterías y las vitrinas de la pared del fondo, pero, cuando Crane entró y cerró la puerta, vio que la fuente principal de luz era la lámpara negra de hierro que había en la enorme mesa redonda.

Un hombre delgado de barba blanca dejó un libro y se levantó; vestía una túnica azul satinada.

«Al menos se trabaja la atmósfera», pensó, nervioso.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—Eh… Eso espero —dijo Crane—. Necesito que me eche las cartas.

El aire gélido olía un poco a incienso y a ambientador de moqueta, lo que le recordó que el aliento debía de apestarle a cebolla. Mavranos

se había empeñado en parar a tomar unas hamburguesas, aunque a la hora de la verdad solo le había dado unos bocados a la suya.

—Muy bien. —Si había notado lo de la cebolla, no dijo nada al respecto—. Siéntese a la mesa, por favor. Yo soy Joshua.

—Scott Crane. —Joshua tenía la mano fría y blanda; Crane se la estrechó un par de veces y la soltó.

El anciano abrió la puerta del despacho, colgó del picaporte un cartel de plástico de NO MOLESTAR y volvió a ocupar su asiento en el lado norte de la mesa. Crane se sentó en el extremo opuesto, en un cómodo sillón de cuero. El tablero de cristal era tan grande que, de haber estado jugando una partida de ajedrez, casi habría tenido que levantarse para mover las piezas más lejanas.

—La lectura normal, o sea, una tirada de diez cartas con los veintidós arcanos mayores, son cincuenta dólares.

—¿Hay una lectura más… a fondo?

—Sí, señor Crane. Le puedo hacer la tirada de la herradura, con las setenta y ocho cartas. Se tarda bastante más, pero también es más reveladora. Son cien dólares.

—Que sea la de la herradura.

Crane se sacó del bolsillo un billete de cien dólares y lo puso sobre el cristal. Si hubiese habido alguien mirando, seguro que habría esperado que el anciano sacara otro y se pusiera a repartir las cartas, como si fuesen a jugar un mano a mano de póquer; pero este asió el billete a toda prisa con dedos largos y pálidos.

—¿Le han echado alguna vez las cartas del tarot? —preguntó Joshua mientras desdoblaba un paño cuadrado de seda de color malva que envolvía una caja de madera pulida.

—No, creo que no. No. ¿Se… se puede hacer con cartas normales, de las de jugar?

—De manera rudimentaria, sí. —Joshua sonrió, abrió la caja y sacó un mazo de cartas de gran tamaño con el dorso de cuadros—. Pero sería una tirada tan imprecisa que yo no cobraría por ella, ni la recomendaría para ninguna pregunta importante. El tarot es el instrumento original; las otras cartas son una versión simplificada, truncada, para jugar. —Alzó la vista hacia Crane. Había dejado de sonreír—. Esto no es un juego.

—No estaría aquí si pensase otra cosa. —Se recostó en el sillón para disimular el nerviosismo. Era tan solo la tercera vez que se exponía a una baraja de tarot y la primera que las cartas iban a hablarle, a responderle una pregunta. No le apetecía en absoluto—. ¿Cómo funciona? O sea, ¿cómo… cómo me conocen las cartas?

—Mentiría si le dijera que lo sé a ciencia cierta. —Joshua había extendido las cartas bocabajo en el paño de seda y las barajaba cuidadosamente moviéndolas por el paño—. Hay quien cree que es

magia pura. Según un folleto estúpido que tengo, son los rayos vibratorios que salen de los dedos del que pregunta, que se combinan con el oxígeno de la habitación y le indican qué cartas tocar. —Volvió a reunirlas en un mazo y lo igualó por los bordes—. El caso es que funciona. —Juntó los dedos bajo la barbilla y dejó el mazo frente a él—. Puede que sean fragmentos del Libro de Thot que han llegado hasta nuestros días —siguió—. En teoría lo compuso el dios Thot, que lo hizo pasar a escondidas desde los primeros reinos egipcios. Jámblico, el filósofo sirio del siglo IV, decía que en los cultos mistéricos de Osiris se encerraba a los iniciados en una habitación con veintidós imágenes simbólicas muy poderosas pintadas en las paredes. En los arcanos mayores hay veintidós cartas, las figuras sin palo que se han suprimido de la baraja moderna. Sea lo que sea lo que representan las cartas, resuena con fuerza en ciertos elementos de la psique humana, igual que un diapasón hace vibrar una copa de cristal al otro lado de la estancia. Creo que a nivel microscópico, o quizá macroscópico, tienen sensibilidad; son conscientes de nuestra existencia.

«En ese caso, seguro que me reconocen —pensó Crane—. Siéntate en mi regazo, Sonny Boy.»

Se secó las manos sudorosas contra el pantalón.

—Bien —siguió Joshua—. Voy a pedirle que vacíe la mente y se concentre en la pregunta que va a formular. Esto es serio, así que tómeselo en serio.

«Despeja la mente para las cartas», pensó Crane. Asintió y respiró hondo.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Cómo puedo ocupar el puesto de mi padre? —dijo Crane con tono sereno, conteniendo una sonrisa desesperanzada.

Joshua asintió.

—Baraje, por favor —pidió, y empujó el mazo hacia él.

—Claro.

Crane cortó y dio siete barajaduras rápidas; por puro instinto, dejó el mazo bocabajo para que no se pudiera entrever la carta inferior y se lo devolvió a Joshua.

—¿Quiere cortar?

—No.

El anciano repartió las cartas en dos montones, uno el doble de alto que el otro. Luego dividió de la misma manera el montón más alto, y repitió la operación una última vez. Acabó con seis montones desiguales. Cogió el de más al oeste y empezó a distribuir las cartas en la mesa formando una columna.

La primera carta fue la sota de copas, una imagen de un joven con vestimenta renacentista, de pie ante un océano de trazos estilizados; el

chico sujetaba un cáliz del que asomaba una cabeza de pez.

Crane, más relajado, sintió una mezcla de alivio y decepción. Era un dibujo lineal de estilo decimonónico, nada que ver con las vívidas ilustraciones del *quattrocento* que le había visto a su padre.

«Seguro que con esta baraja no pasa nada.»

Al tenue chasquido de la carta al rozar la seda lo siguió el repiqueteo de la lluvia contra los cristales, al otro lado de las cortinas.

«Si el cielo se pone gris», pensó Crane.

La siguiente carta fue el Emperador, un rey viejo sentado en un trono con las piernas cruzadas en una posición extraña, como si estuviera herido.

Cerca retumbó un trueno y sacudió la ventana. Llegaron los chirridos y el topetazo de un accidente de coche, y la lluvia caía densa y siseante en el asfalto.

Joshua alzó la vista, sobresaltado, pero sacó la tercera carta.

Era el Loco, un joven que bailaba al borde de un precipicio mientras un perro le lanzaba mordiscos a los talones.

El resto de las cartas se le escaparon de la mano y salieron disparadas contra Crane, que se agachó y las vio pasar silbando. Una le golpeó de canto el ojo de plástico y, durante un momento aterrador, volvió a ser el niño conmocionado por el dolor y por un sentimiento insoportable de traición.

Pero hizo un esfuerzo por pararse a pensar, por recordar quién era y qué hacía allí.

«Las cartas —se dijo con dureza—, piensa en las cartas. No llores, que ya no tienes cinco años. Has venido a consultar las cartas.

»Supongo que, a fin de cuentas, vale cualquier baraja de tarot.»

El corazón le latía a toda velocidad.

«Pero la respuesta no me gusta o no la entiendo.»

Dejó escapar el aliento y se puso derecho mientras las cartas repiqueteaban contra la moqueta, a su espalda. Se dio la vuelta en el sillón con sumo cuidado. Las cartas vibraban y se movían de un lado a otro, como si un terremoto sacudiera el edificio entero.

Fuera, la lluvia era ya un diluvio.

Joshua echó la silla atrás y se levantó.

—Fuera de aquí —le dijo a Crane en un susurro. Estaba muy pálido—. No quiero saber quién es usted. Váyase. Váyase ahora mismo.

Crane seguía jadeante, con las manos engarfiadas de lo desesperado que estaba por una copa, pero negó con la cabeza.

—Aún no me ha dado una respuesta a mi pregunta —repuso con cautela.

El anciano dejó escapar un lamento desesperado.

—¿No salta a la vista que no puedo ayudarlo? Dios mío, ni…

Crane supo al instante que había estado a punto de mencionar a

alguien, de decir algo como: «¡Ni fulano de tal podría!».

—¿Quién? ¿Quién cree que podría ayudarme?

—Y yo qué sé, hable con el papa. Si no se marcha ahora mismo, voy a llamar a la policía…

—Sabe de alguien que aceptaría una partida sin límite de este juego. Dígame quién.

—No, se lo juro, voy a llamar a la policía…

—De acuerdo. —Crane se levantó y le dirigió una amplia sonrisa—. Si no me dice quién es, volveré aquí…; no, mejor: averiguaré dónde vive y… y… —¿Qué lo asustaría más?—. Y me plantaré desnudo delante de su casa y me pondré a hacer solitarios en su porche con una puñetera baraja de estas, y… —Estaba hablando a gritos—. Y jugaré a la asunción con una docena de cadáveres, y en vez de fichas usaremos hostias consagradas, ¡y seré la puta jota tuerta y me jugaré el ojo!

Se llevó la mano a la cara, se sacó el ojo artificial y, con la mano temblorosa, se lo enseñó al anciano.

Este se había derrumbado en la silla en mitad del arrebato de Crane y lloraba a lágrima viva. Se hizo el silencio.

—Qué más da —dijo Joshua al final entre sollozos—. Tras esta tirada… tras esta tirada parcial, no puedo quedarme en Las Vegas por nada del mundo. —Tenía la túnica azul enroscada en el torso de un modo ridículo, patético—. Maldito seas, tendré que buscarme otro trabajo. No puedo volver a echar las cartas. Ahora conocen mi rostro. Por Dios santo, ¿por qué has venido a verme a mí?

—Pura suerte; has sacado la carta más alta. —Crane se esforzó por no sentir compasión de él. Volvió a meterse el ojo en la órbita y se dirigió a la ventana—. ¿Quién es?

Joshua se sorbió la nariz y se levantó.

—Por favor, si te queda una pizca de humanidad… ¿Cómo me has dicho que te llamabas?

—Crane, Scott Crane.

—Si te queda una pizca de humanidad y de compasión, Scott, no le digas quién te manda. —Se secó los ojos con la amplia manga—. No sé su verdadero nombre. Lo llaman Joe el Araña, y al parecer vive en una caravana en el paseo del Rancho, en la autopista de Tonopah. Está a la derecha de la carretera, a dos horas de la ciudad: una caravana y unas cuantas chozas, con un dos de picas gigante en la entrada.

Las cartas habían dejado de girar por la moqueta y Joshua se arrodilló, cauteloso, para recogerlas con el paño de seda, teniendo mucho cuidado de no tocarlas.

—¿Puedes hacerme otro favor, Scott? —siguió, en tono quejumbroso. Crane asintió—. Llévate estas cartas, mis cartas. Y toma, tus cien dólares. No, yo no voy a usarlos, es imposible. Y si quemara el

billete, podría ser que atrajera más atención psíquica.

—De acuerdo —convino Crane, encogiéndose de hombros. Había descorrido la cortina para observar la lluvia.

Joshua, exhausto, se bajó la cremallera de la túnica de satén azul y se la quitó. Debajo llevaba pantalones cortos y un polo de Lacoste; parecía en forma, como si hiciera ejercicio a conciencia, y Crane cayó en que debía de tener un nombre mucho más corriente que Joshua.

—Tengo entendido que hay que pagarle con plata —dijo el anciano, cansado—. Lleva encima dos dólares de plata, de plata de verdad. Según él, impide que las cosas lo vean; ciega a los muertos. Tiene que ver con la antigua costumbre de poner monedas en los ojos de los muertos.

Tiró el billete de Crane a la mesa, junto al manojo de cartas. Crane lo recogió todo, billete y cartas, y se lo metió en los bolsillos de la chaqueta.

—Iré a verlo hoy mismo —dijo.

—No. —Joshua estaba detrás de la caja registradora, junto a las estanterías. Con una serie de clics sordos, fueron apagándose los fluorescentes—. No hará nada mientras brille este mismo sol. Tiene que ser otro día. Hoy todo está demasiado… despierto.

Crane advirtió que seguían cayéndole lágrimas por las mejillas.

—¿Y si te doy un billete de cien diferente? —preguntó con torpeza.

—No puedo aceptar dinero tuyo. —El anciano iba sacando billetes de la caja, pero ocultándolos con el cuerpo, como para protegerlos hasta de la mirada de Crane—. ¿Puedes marcharte de una vez? ¿No te parece que ya has hecho bastante?

Crane fijó el ojo en un estante de REMEDIOS FLORALES y se preguntó con tristeza para qué dolencias necesitaban remedios las flores. Asintió, avergonzado, y se dirigió a la puerta, pero a los dos pasos se detuvo y se giró.

—Oye, ¿de verdad pensabas que no había nada de real en todo esto? —inquirió en tono brusco—. Te ganas la vida así; bueno, te la ganabas. ¿Creías que no era más que un guateque para ancianas y colegialas? ¿No sabías que había monstruos ahí fuera?

—Ahora lo sé, desde luego —repuso el anciano—. Y creo que tú eres uno de ellos.

Crane contempló en la penumbra los inofensivos cuadros, libros y tarros de hierbas.

—Eso espero —dijo.

Salió a la calle, bajo el aguacero, y dejó atrás el salón de tarot echado a perder.

Su día había pasado hacía ya cuarenta y ocho horas, pero Snayheever volvía a lucir el tocado indio de plumas. Las plumas chorreaban bajo la lluvia.

Estaba sentado en la hierba mojada, en la estrecha franja de parque situada ante el Mirage, ante la fachada que daba al Strip. Enfrente de él, al otro lado de la valla en la que, por mucho que lloviera, se apelotonaban, cámara de vídeo en alto, las siluetas oscuras de los turistas, las aguas revueltas del estanque se extendían hasta el pie del volcán. Aunque la brisa nocturna le llegaba cargada de olores a tubo de escape y a ropa mojada, se sentía como si estuviera bajo el agua, muy abajo. La brisa hizo aletear ante él las plumas empapadas, y le pareció estar entre algas y gorgonias.

Eso le ayudaba a reprimir el dolor de la mano destrozada. La noche anterior, al recobrar el conocimiento, tendido en el suelo de contrachapado de la caja de la autopista Boulder, se miró la mano derecha y se echó a llorar. La bala se la había reventado y le faltaba un dedo entero. Había intentado volver a Las Vegas con el viejo Morris, pero le costaba demasiado manejar la palanca de cambios con la mano izquierda y, además, no veía bien: percibía por duplicado cada par de faros que se acercaba de frente, y en el cielo brillaban dos lunas. Acabó por abandonar el coche en el arcén y regresar a pie a la ciudad.

La caminata fue larga. A medida que se le enfocaba la vista, el dolor de la mano creció hasta convertirse en un latido al rojo, así que se esforzó en devolver la mente a la nebulosa de la conmoción.

Se sintió como el buzo que suelta el aire para sumergirse y, vagamente, comprendió que estaba entregando su identidad, su voluntad, su personalidad, aunque nunca las había tenido en mucha estima.

Nunca le había parecido que el resto de la gente estuviera viva de verdad, pero en aquel momento ya no eran más que móviles angulosos agitados por una brisa cualquiera, sin pretensión alguna de tridimensionalidad. Supo de repente que si las personas parecían tener profundidad y volumen era solo porque siempre estaban frente a él, y que, en cuanto se movía, su superficie cambiaba.

Como las personas ya no lo distraían, podía ver a los dioses.

Los había visto aquella tarde al caminar por el Strip bajo la lluvia, sintiéndose como si nadara y utilizando la mano mal vendada a modo de aleta; los había visto, y el tamaño aparente era tan irrelevante que en un momento parecían empequeñecer los altos edificios de los casinos y, al siguiente, remedar los ornamentos del capó de los coches que pasaban.

En la entrada del Imperial Palace había visto al Mago, sentado ante una mesa cubierta de fieltro verde en la que había una pila de monedas, una copa y un ojo. Y la Muerte, momificada, había bajado por el centro de la calle con las patas largas y delgadas como zancos (excepto por las rodillas nudosas), y había provocado escalofríos entre

las multitudes de figuras de palotes. Y bajo el cielo oscuro que cubría el Flamingo se mecía cabeza abajo el Ahorcado, que había mirado a Snayheever con rostro plácido.

Las siluetas que tenía delante estaban cada vez más inquietas y Snayheever se levantó. Empezaban a brotar llamas del volcán.

Pero de pronto no era el volcán del Mirage. Era la Torre, alta e imponente, tan antigua que las piedras erosionadas parecían un afloramiento de la tierra, y un relámpago cegador hendió el cielo y azotó los bordes rotos de las almenas; enormes trozos de escombros rodaron por los aires y cayeron a cámara lenta, y con ellos cayó una figura vestida con túnica que solo podía ser el Emperador.

Snayheever se dio la vuelta y se alejó nadando hacia la relativa penumbra de los casinos que flanqueaban el Strip.

VEINTICINCO

Y te has reservado para mí

En las afueras de la ciudad, sobre el desierto, los nubarrones se arremolinaban como barcos inmensos y la lluvia recia levantaba neblinas de polvo antes de llenar las cañadas y los lechos fluviales de torrentes turbios. La línea larga y curva de la I-15 se oscureció, pero al poco volvió a brillar con las luces de los coches, que la recorrían como lentas balas trazadoras.

Los coches mojados reflejaban los arcoíris de neones de la calle Fremont. Los niños que esperaban a sus padres en las aceras enmoquetadas se apiñaban a la entrada de los casinos. El siseo de la lluvia dominaba los demás sonidos: amortiguaba las ráfagas de tintineos de las tragaperras y los gritos de la joven manifestante, menos estridentes sin el megáfono, aunque seguía arriba y abajo con las pancartas delante del Binion's Horseshoe, con los demás huelguistas.

Dentro de los casinos, la gente solo podía saber que llovía por el olorcillo ocasional a pelo mojado. Sin embargo, en las mesas de blackjack salían figuras la mitad de las veces, y no era fácil encontrar ruletas activas: muchas estaban en pruebas por la frecuencia extraordinaria con que salían el cero y el doble cero. Además, hubo que acompañar a la salida a unos cuantos jugadores de tragaperras de edad avanzada, que aseguraban entre lágrimas que las máquinas los miraban con odio.

Al sur de la calle Fremont, el tráfico era denso: había autobuses, escarabajos viejos de Volkswagen, Rolls-Royces nuevos y una procesión de Chrevrolets El Camino blancas. Ante las capillas nupciales, bajo la luz blanquecina de la lluvia, hacían cola con paciencia hileras de personas ataviadas con vestido y esmoquin. Los grandes casinos de la parte sur, el Sands, el Caesars Palace, el Mirage y el Flamingo, eran explosiones de colores chillones en la noche húmeda.

En medio del bosque de antenas, cables y conductos de la azotea del Circus Circus, que se alzaba imponente, rosa y blanco, Diana se arrebujó en la bata, estremecida por el repiqueteo de la lluvia.

La ciudad que se extendía a sus pies, con los palacios y las arterias incandescentes, parecía tan lejana como las nubes oscuras del cielo; y la luna distante, ni siquiera visible en aquel momento, más cercana.

Al llamar al hospital, hacía una hora, el doctor Bandholtz la había informado de que el estado de Scat se había agravado un poco.

El niño ya tenía insertado un catéter bajo la clavícula, que le atravesaba una vena y el «corazón derecho» para alojarse en la arteria pulmonar. Su objetivo era asegurar que no le subiera la presión pulmonar, porque en ese caso no podría absorber oxígeno; no obstante, para ayudarlo a respirar le habían puesto un tubo endotraqueal, pegado a la boca con cinta adhesiva. Si la respiración no se le estabilizaba pronto, tendrían que pasarlo a VMI, que Diana suponía que debía de ser una especie de respirador artificial para casos graves.

Después de colgar, llamó a casa; se le escapó un suspiro de alivio y frustración cuando Hans cogió el teléfono. Al menos seguía con vida.

—Tienes que salir de ahí, Hans; no es seguro —le dijo.

—Diana, yo confío en la policía.

Se puso en guardia por si le decía que, si hubiera dejado que la policía se hiciera cargo del secuestro, Scat no estaría agonizando en el hospital. Era lo que le había dicho al llamarlo la noche anterior, y Diana le había colgado el teléfono. Si lo repetía, sabía que volvería a colgar. Pero no lo repitió.

—Además, tu hermano adoptivo le pegó un tiro a ese tío, ¿no?

—No, ¿es que no me escuchas? El que le disparó a Scat fue otro, que sabe dónde vivo y puede que siga en la ciudad. ¡Sal de casa de una vez!

—¿Me estás desahuciando? Porque tengo derecho a treinta días de preaviso —saltó Hans con tono grandilocuente.

—¡Esta gente no te dará ni treinta segundos de preaviso, imbécil! —Se le ocurrió que Hans era culpable de lo que Ozzie denominaba estupidez criminal—. ¡Voy a llamar a la policía y les voy a hablar de tus plantas de maría y…!

—¿Has ido a ver hoy a Scat? —la interrumpió, enfadado.

—No… —respondió ella en voz baja.

—Hum, me lo imaginaba. ¿Vas a ir esta noche?

—No lo sé.

—Ya veo. ¿Por qué no le preguntas a la ouija si es seguro? —La fuerza del sarcasmo le hizo temblar la voz.

—¡Sal de ahí! —le chilló antes de colgar.

«“Si es seguro”.

»Alfred Funo —pensó mientras la lluvia repiqueteaba en los charcos en torno a sus pies descalzos—. Espero poder ocuparme del señor Alfred Funo algún día.»

Este había dejado el motel la noche anterior, antes de que la policía fuera a buscarlo, pero por lo visto se había marchado con prisas y habían encontrado un par de balas de 9 mm bajo la cama. A Diana no le cabía la menor duda de que era Funo quien había disparado a su hijo.

Y había otros al acecho: el tal Snayheever, el gordo del Jaguar y, según Ozzie, muchos más; decenas de enemigos.

«Si pudieras bañarte aquí, en agua dulce y brava…», le había dicho Ozzie.

Tras quitarse los zapatos, había colgado la falda, la blusa y la ropa interior, todo empapado, del cable tenso de un aparato grande de aire acondicionado. Se abrió la bata, la dejó caer y se quedó desnuda bajo la intensa lluvia.

«Madre —pensó, mirando al cielo—. Madre, escucha a tu hija. Necesito tu ayuda.»

Pasó un minuto entero y lo único que ocurrió fue que empezó a amainar la lluvia y el aire se hizo más fresco. Los charcos que pisaba burbujeaban, como si estuviera bañándose en agua de soda. Se estremeció y apretó los dientes para que no le castañetearan.

«¿Qué demonios hago aquí? —se preguntó de repente—. Me van a detener. Nada de esto es real.»

Se volvió en la oscuridad hacia donde había dejado la ropa, pero se detuvo.

«Ozzie cree en esto. Le debes mucho. ¿No puedes hacer un esfuerzo por creerlo tú también, aunque solo sea por un rato?

»Además, ¿qué otra esperanza os queda a ti y a tus hijos?

»¿Y, de todas formas, en qué creo yo? ¿Acaso creo que encontraré un hombre con quien compartir la vida? ¿Que Scat se pondrá bien? ¿Que Oliver es un niño normal? ¿Que tendré lo único que necesito tanto como las flores la luz, una familia que no sea la caricatura patética de una familia? ¿Cuándo he tenido yo motivos para creer nada de eso?

»Voy a hacer un esfuerzo por creer en esto —pensó mientras las lágrimas se le mezclaban con la lluvia fría—. Soy hija de la diosa de la luna. Lo soy. Y puedo llamarla.»

Volvió a alzar la vista hacia el cielo nublado. De pronto, la lluvia arreció y le aguijoneó la cara, los hombros y los pechos. Pero ya no tenía frío, aunque las ráfagas de viento la hicieron retroceder para no perder el equilibrio. El corazón le latía con fuerza, los dedos estirados le cosquilleaban, y el abismo de veintinueve pisos que la había puesto nerviosa al forzar la puerta y salir a la azotea le resultaba estimulante.

Durante un instante deseó, por puro reflejo de tiempos antiguos, que su hermano adoptivo, Scott, estuviera allí para compartir aquella experiencia con ella, pero rechazó la idea.

«Madre. —Trató de proyectar el pensamiento hacia el cielo como una lanza—. Ahora quieren matarme a mí. Ayúdame a combatirlos.»

Divisó la luna creciente entre las nubes oscuras que surcaban el cielo.

Las nubes eran como alas enormes, o capas, y a Diana le pareció oír

música bajo el siseo de la lluvia, un coro de miles de voces atenuado solo por la distancia titánica.

Otra ráfaga de viento creó una cortina de lluvia casi horizontal y de pronto supo que ya no estaba sola en la azotea.

Se aferró al cable tenso, porque el viento hizo balancear la superficie de tela asfáltica como si fuera la cubierta de un barco. Las fosas nasales se le dilataron con el olor imposible a salitre, a mar, y el retumbar del trueno sonó igual que un rugido de olas inmensas contra un acantilado.

La espuma salada le escocía en los ojos y, cuando volvió a mirar alrededor, aturdida y con un feroz estremecimiento, estaba de verdad en la cubierta de un barco, apoyada contra una barandilla de madera; a pocos metros, sobre las tablas de la cubierta, quedaba la escala del castillo de proa. En alguna parte, en la oscuridad, las olas rompían contra las rocas.

«Ha ocurrido cuando he pensado en un barco —se dijo, frenética—. Aquí está sucediendo algo de verdad, pero toma la forma de lo que me pasa a mí por la imaginación.»

Volvió a ver la luna creciente, pero se dio cuenta de que no era la luna… ni lo había sido un minuto antes, porque, como recordó, estaba en fase media. Lo que le había parecido una luna creciente formaba parte de la corona de una mujer alta, de pie en el castillo de proa. Llevaba túnica y tenía un rostro fuerte, hermoso, pero sin rastro de humanidad en los ojos.

El coro llegaba con más fuerza, tal vez desde la orilla envuelta en la oscuridad, y los sonidos del cielo eran, ya sin duda, batir de alas.

Diana se dio cuenta de que se había postrado cuanto tocó la cubierta con la frente.

Porque, en lo más profundo, en lo más antiguo de su mente, había comprendido que aquella era la diosa. Era Isis, que en el antiguo Egipto recompuso el cuerpo desmembrado de Osiris, su hermano y esposo; era Ishtar, que en Babilonia rescató a Tammuz del inframundo; era Artemisa, la melliza de Apolo, y también Palas Atenea, la diosa de la virginidad, e Ilitía, la diosa de los nacimientos.

Los griegos sacrificaron a una doncella en su honor antes de zarpar hacia Troya; ella le devolvió la vida a su hijo Horus después de que lo matara un escorpión; para ella los animales eran sagrados, pero al mismo tiempo era la cazadora de los dioses.

Era Perséfone, doncella de la primavera y amante de Adonis, arrastrada al inframundo por el rey de los muertos.

Diana consiguió sobreponerse al asombro, o se rompió el hechizo, y volvió a ser consciente de quién era: Diana Ryan, residente de una ciudad llamada Las Vegas.

Se levantó con cautela entre los balanceos del barco.

La mujer de la cubierta superior la miraba a los ojos y Diana se dio cuenta de que esta la quería, de que la había querido de niña y había seguido queriéndola durante los treinta años de separación.

«¡Madre!», pensó, y dio un paso adelante.

Sintió los tablones desiguales y resbaladizos bajo las plantas de los pies.

Pero de pronto unas figuras se interpusieron entre la escala y ella: la miraban de frente y le cortaban el paso. Escudriñó a la más cercana a través de la cortina de agua… y de golpe le cayó encima el frío de la noche.

Era Wally Ryan, su exmarido, que había muerto hacía ya dos años en un accidente de coche. Los ojos que la miraban bajo el pelo empapado eran plácidos e inexpresivos, pero se hizo evidente que no iba a dejarla pasar.

Junto a él estaba Hans, con la barba rala oscurecida por la lluvia.

«No, no —pensó—. ¿También es un fantasma? ¿Lo han matado mientras intentaban dar conmigo? ¡Pero si he hablado con él hace menos de una hora!»

Había dos figuras más, pero no las miró a la cara. Alzó la vista hacia la mujer, que la contemplaba con amor y compasión.

Diana retrocedió un paso. El rugido de las olas era más alto. El coro de voces distantes había adquirido una cadencia monótona y amenazadora.

«No son fantasmas —pensó—. No se trata de eso. Hans no está muerto. Son las imágenes de mis amantes.

»Los hombres con los que he vivido me impiden acercarme a mi madre.»

Diana se esforzó por hacer desaparecer a los fantasmas, como con algunos sueños, que había conseguido disolver hasta despertar; pero siguieron donde estaban, en apariencia tan sólidos como la borda y la cubierta. Era su imaginación, pero ella no mandaba allí.

«¿Por qué? —pensó, contrariada—. ¿Es que tenía que haberme mantenido virgen todos estos años?»

Miró a la diosa con los ojos entrecerrados por la lluvia y quiso creer que la respuesta era que no. Durante un tiempo, tal vez no más de un minuto, mientras las figuras inmóviles se mecían con la cubierta y la lluvia martilleaba los tablones como perdigones de barro, siguió intentando creer que no.

Al final se rindió.

Trató de transmitir con la mente que aquello no era justo; que ella vivía en ese mundo y no en otro.

Luego se miró los pies descalzos e intentó recordar, para su madre, las circunstancias de cada uno.

Y no pudo.

«Madre —pensó, volviendo a alzar la vista con desesperación—, ¿no hay manera de que llegue a ti?»

Un concepto le centelleó en la mente, abstracto, sin imágenes, sin nombre. Mientras se desvanecía, intentó traducirlo en palabras.

«¿Prenda? —pensó—. ¿Reliquia, eslabón, talismán, recuerdo? ¿Algo del tiempo en que estuvimos juntas?»

El concepto se esfumó y solo le quedaron las palabras en las que había intentado encajarlo.

Un relámpago rasgó el cielo sobre las luces de la ciudad. El retumbar que siguió fue el del trueno, no el de las olas. Estaba en la azotea del Circus Circus, sola, tiritando bajo la lluvia.

Se quedó contemplando el cielo varios minutos. Al final, de mala gana, se puso la ropa empapada y echó a andar hacia la puerta.

Nardie Dinh había sentido la llegada, la espantosa cercanía de la luna, que aún no era su madre.

Por suerte no llevaba a ningún cliente. De un volantazo, cruzó dos carriles del Strip bajo la lluvia, lo que arrancó bocinazos enfurecidos de los conductores de detrás, y acabó frenando bruscamente contra el bordillo del Hacienda Camperland, en la parte sur de la avenida Tropicana, pese a la marca de prohibido aparcar.

Perdió el conocimiento mientras apagaba el motor.

Y soñó. En el sueño volvía a estar en la habitación alargada de techo alto del prostíbulo de los alrededores de Tonopah; las veintidós imágenes de las paredes parecían moverse en los marcos, pero no las miró.

A su alrededor, los tabiques crujían y retumbaban como si las chicas de los cuartuchos contiguos estuvieran atendiendo a clientes gigantescos, a minotauros y sátiros, y no a los camioneros y hombres de negocios habituales. Nardie se sentó en el suelo enmoquetado y se esforzó por acompasar la respiración; aunque fuera un sueño, albergaba la esperanza de que siguieran cumpliendo las órdenes de su hermano: que su hermanastra, Nardie, debía permanecer prisionera en medio del foco carnal, pero sin tomar parte en él.

Las imágenes de los cuadros habían empezado a emitir sonidos. Oyó risas tenues, gritos, música militar. Los marcos repiqueteaban contra las paredes de yeso.

Y se oyó otro repiqueteo: el del pomo de la puerta que tenía delante. Retrocedió a cuatro patas hasta dar con la pared del fondo. Justo encima debía de tener el cuadro del Loco.

Se abrió la puerta y su hermano entró en la habitación.

Tenía el pelo negro empapado en brillantina y peinado hacia atrás con un tupé, pero lucía una incongruente túnica de marta cibelina que le llegaba a los pies. En la mano derecha sostenía una cruz de oro muy alta rematada con una lazada: un anj egipcio.

—Por fin sueñas, mi querida hermanita asiática —dijo Ray Joe Pogue con su voz afectada, meliflua. Avanzó despacio hacia ella con el rostro anguloso retorcido en una sonrisa. Los cuadros golpeteaban las paredes con violencia cuando pasaba junto a ellos—. Y te has reservado para mí.

—No, no ha sido para ti —replicó Nardie, consiguiendo hacerse oír por encima de todo el jaleo.

«Despierta —se apremió—. Aprieta el claxon con la frente, abre la puerta del coche, atiende a las llamadas de la centralita.»

—Y en la mismísima ciudad, ¿eh? —dijo él—. Al sur de donde estoy yo, entre el Marina y el Tropicana. Ya voy. Tenemos que recuperar el tiempo perdido. Me he tropezado con obstáculos por no tener la mitad femenina de la magia. Tuve que matar a Max, y el lago Mead no aceptó su cabeza. Pero creo que a ti sí te la aceptará, o a los dos, cuando hayamos copulado. Habrá que probar, ¿no?

Ella se puso en pie muy despacio, arrastrando la espalda contra la pared, y no se detuvo al notar el traqueteo del marco del Loco contra los hombros.

El cuadro se desprendió del clavo y cayó, y a Nardie le dio tiempo a ver que su hermano abría la boca de par en par, desolado; cuando el cuadro chocó contra el suelo, no se oyó el golpe de la madera contra la moqueta.

Se oyó un claxon, que cesó cuando Nardie levantó la cabeza del volante, se incorporó en el asiento del conductor del taxi y se quedó mirando cómo los limpiaparabrisas barrían la cortina de lluvia.

Hizo girar la llave con mano temblorosa, puso la palanca en posición de marcha y se incorporó al tráfico con precaución.

«Por esta vez he escapado, pero ahora ya sabe que estoy en la ciudad —pensó, estremecida—. Me meteré en la 15 hacia el norte y saldré a la altura de la calle Fremont. —Tenía el rostro cubierto de sudor helado—. Si me supiera alguna oración, rezaría por el alma del pobre Max, que estuvo enamorado de mí. Rezaría para que ardiera en el infierno para siempre.»

Al Funo se tumbó en el asiento trasero del Dodge del 71 que acababa de comprar, aparcado en una oscura callejuela, y trató de ponerse cómodo. Al parecer, los propietarios anteriores tenían un perro al que le encantaba viajar en coche pero detestaba que lo bañaran.

Había vendido el Porsche a un concesionario del bulevar Charleston para comprarles regalos caros a Diana y a Scott. En el asiento delantero llevaba, envueltas en la chaqueta, dos cajas negras de joyería con sendas cadenas de oro macizo que le habían costado casi mil dólares cada una.

Tenía que comprar regalos para sus amigos, para aclarar cualquier

posible malentendido, pero seguía enfadado con el empleado del concesionario, que había tachado el Porsche 924 de «Volkswagen con pretensiones» y no le había dado más que tres mil quinientos dólares por él. El Dodge le había costado mil, así que ya solo le quedaban unos quinientos dólares en el bolsillo. No quería utilizar la tarjeta de crédito si podía evitarlo: a aquellas alturas, la policía ya debía de saber quién era, y si usaba la tarjeta dejaría rastro.

Tendría que salir de la ciudad cuanto antes. Además de la policía, Vaughan Trumbill también iba a por él… La tensión se mascaba en el ambiente, como si hubiera alguien apoyándose cada vez más fuerte contra una lámina de vidrio o como si estuviera desatándose una fiebre, con convulsiones y alucinaciones. Iba a suceder algo, algo relacionado con el hombre gordo, con Scott y con Diana, y, cuando estallara, Funo quería estar a salvo en Los Ángeles, en cualquiera de sus identidades alternativas.

Se dio la vuelta en el estrecho asiento y trató de hacer caso omiso del tamborileo de la lluvia contra el techo. Si quería hacer las paces con Diana al día siguiente, más le valía dormir un poco.

VEINTISÉIS

¡Vaya, Diana, muchas gracias!

Al amanecer, Diana pidió café al servicio de habitaciones del Circus Circus. Oliver seguía durmiendo, pero ella se acercó al teléfono con la taza en la mano y marcó el número de la habitación de Ozzie.

—¡Oaaa…! ¿Sí? —Ozzie tenía la voz ronca—. ¿Diana?

—Sí. He…

—¿Desde dónde llamas? ¿Fuiste ayer al hospital? Te dije que no te acercaras…

Diana apretó los labios.

—No, no fui. Me rajé. Scat ni se habría enterado de que estaba allí, claro, pero aun así me siento… me siento como si lo hubiera abandonado. Oye, Oz, ayer… —Dejó escapar una risita incómoda—. Ayer por la noche me duché bajo la lluvia y creo que vi a mi madre. Me dio la impresión de que no podía acercarme a ella, de que no podía hablar con ella, porque no soy virgen.

Oliver se había despertado. Puso los ojos en blanco y se metió dos dedos en la boca, como si se provocara arcadas.

—Espera un momento —dijo Ozzie. Diana oyó como dejaba el teléfono; al poco le llegó el débil sonido del agua corriente—. Ya me gustaría a mí que fueras virgen —dijo al cabo de un rato en tono gruñón—. Los tipos con los que… En fin, da igual. Es cierto, puede que sea importante que la hija de la luna sea virgen, pero sigues siendo su hija de verdad, su hija biológica. Tiene que haber algún modo… simbólico de que recuperes la virginidad, ¿entiendes? ¿Te dio algún atisbo de esperanza?

—Bueno, justo al final me vino una idea, cuando le pregunté si había alguna forma de llegar a ella. Fue como un pensamiento, algo semejante a «reliquia» o «eslabón». Algo de cuando estábamos juntas, hace treinta años. Me he pasado casi toda la noche pensando y creo que si tuviera algo que le perteneciera, algo que nos conectara a lady Issit y a mí, podría llegar a ella.

—Vaya, pues no se me ocurre cómo. Puede que si supieras de dónde vino o algo así…

—Oye, Oz, ¿y la mantita de bebé con la que me llevaste a casa cuando Scott y tú vinisteis a por mí en 1960? ¿La llevabas en el coche o estaba envuelta en ella cuando me encontrasteis?

—¡Sí! —exclamó el anciano—. ¡Sí, estabas envuelta en ella, entre los arbustos! ¿Aún la tienes?

—Aquí no, claro. Pero está en casa y me parece que sé dónde. Voy a

mandar a Oliver a tu habitación. Iré a por la manta esta mañana y, si no me matan, a eso de las diez te haré llamar por megafonía en… en el vestíbulo del Riviera, al otro lado de la calle. Si pregunto por Oliver Crane es que todo va bien. Si pregunto por Ozzie Smith es que me han atrapado. En ese caso, quiero que lleves a Oliver a casa de una amiga mía que vive en Searchlight. Se llama Helen Sully, está en la guía; trabajé con ella una temporada. Helen Sully, anótalo, por favor. Lo acogerá encantada; tiene muchos hijos. —Había decidido mostrarse fría y eficaz, pero empezó a temblarle la voz y las mejillas se le llenaron de lágrimas—. Que Scott proteja a Scat como sea, aunque le cueste la vida. Es culpa suya que le pegaran un tiro.

—No quiero ir a ninguna parte con el viejo… —empezó Oliver, que se había incorporado en la cama con expresión de impaciencia y hastío, pero su madre lo hizo callar con un ademán.

—No, Diana —iba diciendo Ozzie con voz temblorosa—. Iré yo, que no valgo nada para ellos…

—No sabrías dónde buscar, Ozzie. Puede que no esté exactamente donde creo. Seré rápida… No, préstame atención, me pondré cojines para parecer gorda, y una peluca. Iré en taxi: así, si hay alguien vigilando la casa, no sabrá si soy yo… —Tenía que hablar cada vez más alto para acallar las protestas estridentes—. Luego saldré por la puerta de atrás, saltaré la valla e iré a parar a la avenida Sun, y cogeré otro taxi en Civic Center.

—Lo pondré todo patas arriba hasta que la encuentre, Diana… —chilló Ozzie—. Te lo…

—También van a por ti, Oz. Si están ahí, no te darán tiempo. A las diez en el vestíbulo del Riviera. Si pregunto por Ozzie Smith, huid.

Colgó en mitad de las súplicas del anciano.

Ozzie también colgó y, al instante, marcó el número de emergencias. En cuanto se lo cogieron, empezó a hablar con atropello, tratando de dar con las palabras que más deprisa llevarían a la policía a casa de Diana.

Sentado en la cama del hotel, inclinado sobre el teléfono, Ozzie apretó el auricular con la mano flaca y salpicada de manchas.

—Me llamo Oliver Crane —dijo con voz chillona—. Ella es Diana…, eh…, Ryan. ¡Ya estoy tranquilo! Venus quince quince, en Las Vegas del Norte. A su hijo lo secuestraron la otra noche y recibió un disparo, ya tienen ustedes la denuncia. No, no sé cómo es él. Se llama Alfred Funo… El inspector dijo que hoy… ¡Hágame caso, Diana corre peligro…! ¿Qué…? Sí, también estará allí el imbécil de su novio, un tal Hans… No, no sé cómo se apellida… Metro ochenta, gordo, barba desaliñada. Diana va a ir en taxi… ¿Cómo voy a saber de qué compañía? No, no me voy a quedar aquí; voy para allá ahora mismo… No, claro que voy, tengo que ir. Y mejor que sean dos unidades, ¿me

oye?

Ozzie colgó el teléfono, pero apenas le había dado tiempo a ponerse los pantalones y una camisa cuando llamaron a la puerta. Era el niño gordo; lo dejó pasar.

—¿Dónde está tu madre? —le espetó, mientras salía de la habitación para escudriñar el pasillo.

—Se ha ido. —Oliver se encogió de hombros—. Se ha quedado en el ascensor aguantando la puerta hasta que te ha visto abrir. Antes de que te dé tiempo a ponerte los zapatos, ya se habrá metido en un taxi. —Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas.

Ozzie hizo una mueca cuando entró la luz blanca del sol del desierto.

—Ya verás a qué velocidad me pongo los zapatos, chaval.

Por costumbre, lanzó una mirada a la cafetera portátil.

«No, no hay tiempo —pensó. Titubeó—. Pero… me va a hacer falta.»

Se dirigió a toda prisa al tocador, abrió una bolsita de plástico con dedos temblorosos y echó una buena cantidad de café instantáneo en un vaso del hotel.

—Escúchame bien —dijo mientras iba al cuarto de baño con el vaso—. Voy a dejarte en la zona infantil. —Abrió el grifo de agua caliente del lavabo—. Quiero que me esperes allí, ¿entendido? —gritó para hacerse oír con el sonido del agua. Enseguida salió caliente; echó un poco en el vaso y removió el líquido espumoso con el mango del cepillo de dientes del hotel—. No tendría que tardar más de una hora, pero, si ves que no he vuelto a mediodía, llama a la policía y cuéntales todo lo que ha pasado. Diles que tienen que protegerte de la gente que disparó contra tu hermano.

—Todo el mundo me deja tirado —dijo Oliver.

Ozzie volvió a la habitación y se sentó en la cama, cerca de donde tenía los zapatos.

—Lo siento —le dijo al chico—. Es que hay problemas y no queremos que te afecten a ti. —Vació el vaso de café, tibio y extrafuerte, de un par de tragos—. Dios. —Sacudió la cabeza—. Ah, y nada de llamar a esos amigos tuyos, los Aminoácidos, ¿entendido? ¿Me lo prometes?

El niño se estremeció.

—Ya soy mayor. Yo decido con quién hablo.

—Ahora no, chaval. Estamos en medio de una muy gorda. —Ozzie dejó el vaso vacío y, con un gruñido de esfuerzo, se agachó, cogió los zapatos y empezó a ponérselos—. De esto no sabes nada, créeme. Soy tu abuelo. Todo esto lo hacemos por tu madre.

—Llámame Perro Rabioso —dijo el niño con voz más grave.

Ozzie cerró los ojos.

«No puedo irme —pensó—. Si dejo solo a este crío, llamará a sus amiguitos, seguro.

»Bueno…

»Bueno, pues me quedo aquí y no voy a la avenida Venus. Estará la policía. ¿Qué puede hacer por ella un viejo que no pueda hacer la poli? Y menos uno al que le fallan las tripas y que no ha tenido tiempo de ir al baño…»

—Muy bien, señor Perro Rabioso, quizá tenga algo de razón en que todo el mundo le deja tirado —dijo con voz cansada—. ¿Qué tal… qué tal si nos vamos a desayunar a…?

—A un bar donde tengan cerveza —lo interrumpió el niño—. Tú la pides y yo me la bebo cuando no miren, ¿vale?

—No, nada de cerveza. Señor, pero si no son ni las ocho de la mañana.

Aún tenía sujetos los cordones del zapato derecho y advirtió con cierta sorpresa que estaba haciéndose la lazada.

«Los calcetines —se dijo—. Si no vas a Venus, te da tiempo a ponerte los calcetines.»

Terminó de hacer la lazada y los dedos se movieron hacia el otro zapato como por voluntad propia.

—Ah, y eres demasiado joven para beber cerveza —siguió—. Antes de que me interrumpieras, iba a decir que podemos ir a desayunar adonde quieras, después de ir a casa de tu madre para ver si está bien. —Ya tenía los zapatos atados y se levantó; se sentía débil. El café le había sentado como una palada de alquitrán—. ¿Listo para salir? Tenemos que llegar antes que ella. Vamos a darnos prisa y ella no; además, espero que tenga la sensatez de decirle al taxista que dé un par de vueltas a la manzana. Pero nos lleva ventaja, así que vamos.

—¿Y si no me da la gana de ir…? —empezó el chico, pero Ozzie le lanzó una mirada que lo hizo callarse y retroceder un paso.

—Vamos —repitió Ozzie con voz amable.

Oliver lo miró un momento, dejó caer los hombros y volvió a ser un niño. Siguió a su abuelo y salió de la habitación.

Hans estaba enfadado, y con razón.

La policía aporreaba la puerta y, cuando había ido a abrir, se los había encontrado apuntándole con los revólveres, en plan película de John Wayne; pero los habían enfundado al dejarlos pasar, con los ojos adormilados cargados de sorpresa. Las manos le temblaban mientras hacía el café en la pequeña cocina. El padre adoptivo de Diana estaba como una cabra, pero al menos había proporcionado su descripción a la policía. Era obvio que, si no lo hubieran identificado como el «novio» de Diana, lo habrían tirado al suelo y lo habrían esposado.

Levantó la vista de la encimera y miró a los dos agentes, que estaban junto a la ventana, en un rectángulo de moqueta iluminado

por el sol.

—¿Quieren café, muchachos?

El más mayor, Gould, le dirigió una mirada inexpresiva y negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Ya. —Hans observó el vapor que salía de la jarra de cristal mientras empezaba a caer un hililllo de café caliente—. Como cabras —dijo, intentando no hablar demasiado deprisa ni sonar demasiado complaciente—. El viejo y el hermano de Diana, digo. Creen que es Isis, la diosa egipcia.

—No nos interesan sus creencias religiosas, señor Ganci.

—Entendido. —Hans se encogió de hombros y asintió, muy digno—. La otra noche les insistí para que acudieran a la policía.

—Ya nos lo ha dicho.

El agente Gould señaló la ventana con la cabeza.

—Creo que Hamilton ha visto un taxi.

Hans rodeó la encimera y se puso a mirar con ellos por la ventana. Uno de los agentes que había junto al segundo coche de policía miraba fijamente calle abajo, hacia Civic Center. Poco después, un taxi amarillo se detuvo tras el coche de policía y de él se apeó una mujer rolliza.

Hans estaba a punto de decirles que aquella no era Diana, pero en aquel momento le vio la cara. Se restregó los ojos, sorprendido. Sí que era Diana, pero se había metido relleno en la parte trasera de los pantalones y en la delantera de la camisa, con lo que parecía gorda y embarazada a la vez.

—Sí —dijo, intrigado—. Es ella.

El policía que estaba fuera, el tal Hamilton, se dirigió a Diana mientras pagaba al taxista y la acompañó a casa. El taxi se marchó y ellos dos se apresuraron por el camino de la entrada; Hans advirtió, molesto, que Diana no parecía disgustada por la intromisión de los policías.

«Es lo que quiere, que le preste atención un hombre de uniforme», pensó.

El agente de mayor edad empujó a Hans para abrirse paso hacia la puerta. Diana y Hamilton entraron en la penumbra enrarecida, acompañados por el olor a césped y a asfalto.

«Ojalá el padre de Diana me hubiera llamado para avisarme de que venía la policía. Me habría duchado.»

—Como ya le habrá dicho el agente Hamilton, señora, nos han llamado para avisarnos de que estaba usted en peligro —informó Gould a Diana—. Un tal Oliver Crane. Tengo entendido que es su padre adoptivo.

—El chiflado de su padre —contribuyó Hans.

—Cállate, Hans —le espetó Diana.

—¿Por qué no va a sentarse un rato mientras nosotros hablamos, señor Ganci? —dijo Gould con escasa cortesía.

El taxi de Ozzie dobló la esquina de Venus justo cuando el agente entraba en casa de Diana con ella y su ridículo disfraz; soltó un suspiro y se relajó en el asiento negro de vinilo.

—Parece que tu madre está bien —le dijo a Oliver, que estaba en el asiento de atrás.

—Aquí huele a vómito —replicó el niño.

El taxista, que tenía pinta de boxeador retirado, miró irritado al crío por el espejo retrovisor.

—¿Quiere que pare?

—Eh… —Ozzie no podía entrar con el niño: en cualquier momento podía empezar un tiroteo. Pero si lo dejaba solo en el taxi se escaparía, seguro—. No, no. Aparque aquí. Quiero verla salir con la policía.

—A la orden.

El taxista se detuvo a un par de números del pareado de Diana y dejó el motor al ralentí.

Hamilton había registrado la casa para asegurarse de que no había asesinos escondidos en las habitaciones mientras Hans lo observaba con interés, tomando nota mental de todo para incorporar al guion una escena de esa clase. No había nada como la observación de primera mano.

Pero, cuando el agente dijo que iba a echar un vistazo al patio trasero y bajó los escalones de madera, Hans se sentó y cruzó los dedos para que nadie notara lo pálido y sudoroso que se había puesto de repente.

«Las plantas de maría —pensó, desesperado—. Van a encontrar las plantas de maría; me van a meter en la cárcel. Diré que no sabía nada, que creía que eran malas hierbas. ¿Pensarán que soy un traficante? ¿Descubrirán que soy amigo de Mike, que sí es traficante? Hunter Thompson decía que en Nevada te puede caer la perpetua si te condenan por camello. ¡Pero seguro que eso ya no pasa!

»Dios mío, que no las encuentre. —Tenía miedo de mearse encima ahí mismo, sin más—. Por favor, por favor, Dios, iré a la iglesia, haré que el protagonista de mi guion sea cristiano, me casaré con Diana, pero que vuelva sin haber visto nada, que el mundo siga como hasta ahora.»

Le daba miedo coger la taza. Los polis se darían cuenta de que le temblaban las manos: estaban entrenados para fijarse en detalles de ese tipo. Así pues, se dedicó a mirar alrededor. Los objetos cotidianos, como las bicicletas y las cañas de pescar que se veían de fondo en las fotos antiguas, cobraron valor al sentir que los perdía. Miró a Diana y

la quiso como nunca había conseguido quererla.

La puerta trasera crujió y oyó las pisadas de las botas en el suelo de linóleo. Hizo ver que examinaba el calendario que había encima del teléfono.

—Usted es la madre del niño al que secuestraron y dispararon anteanoche, ¿verdad? —oyó decir a Hamilton. Diana debió de asentir —. ¿Y ese señor es su novio? ¿Vive con usted? —Otra pausa—. De acuerdo. —Hans lo oyó suspirar—. Volveré en un par de horas, cuando compruebe en comisaría la forma de ciertas hojas, ¿comprendido? —Otra pausa—. ¿Comprendido?

Hans levantó la vista y se dio cuenta de que el policía estaba hablando con él. Se puso rojo como un tomate.

—Comprendido —dijo con un hilo de voz.

Gould terminó de hablar por radio y se guardó el aparato en el cinturón.

—Frits dice que el viejo tiene ochenta y dos años y que no explicó nada con claridad, ni siquiera qué hace aquí. Según la operadora de emergencias, casi parecía que estuviera inventándoselo todo sobre la marcha. Creo que solo está disgustado y desorientado por lo de su nieto. —Alzó la vista hacia Diana—. Yo creo que podemos marcharnos. Pero cuídese de abrir la puerta a desconocidos, señora Ryan, y llámenos si recibe llamadas o visitas extrañas.

—Claro —respondió Diana con una sonrisa. Estrechó la mano al policía—. Gracias por venir, aunque fuera una falsa alarma.

Al fin se marcharon. Hans esperó a que se cerrara la puerta y se alejaran los coches para coger la taza y estamparla contra la pared. El café caliente salpicó toda la cocina, y los fragmentos de loza repiquetearon y quedaron girando en el suelo.

—¡La culpa es de tu puta familia! —gritó. Diana había entrado en el dormitorio a toda prisa; Hans fue tras ella hecho una furia—. ¿Qué hago ahora con esas plantas? ¿Las entierro? No puedo llevarlas a la basura, ¡eso es lo que esperan que haga! —Diana había abierto el baúl donde guardaba los recuerdos (anuarios del instituto, muñecas, cajas de música…) y estaba sacando trastos a toda prisa—. ¡Me tendrán vigilado! —continuó Hans—. ¡Me seguirán cada vez que salga a la calle! ¿Cómo voy a ir a ver a Mike ahora? —Dio un puñetazo en la pared y quedó una marca en el yeso—. ¡Vaya, Diana, muchas gracias! ¿No te habías marchado?

Ella se puso en pie, con una especie de mantita raída y amarillenta en las manos.

—Me marcho ahora —dijo.

El teléfono de la cocina empezó a sonar.

—¡No lo cojas! —gritó, desesperada; así que él fue corriendo a la cocina y descolgó con gesto triunfal.

—¿Dígame?

Diana estaba detrás de él, con la ridícula mantita en las manos. Hans comprobó, complacido, que se le había borrado aquella expresión de «Ahora mismo tengo en la cabeza cosas más importantes que tú». En aquel momento estaba asustada. Perfecto.

—¿Cómo? ¿Que quiere hablar con Diana? —dijo, prolongando el placer del momento.

Ella estaba muy pálida y negaba con la cabeza, con el gesto más implorante que Hans había visto jamás en un rostro humano.

—No, por favor, Hans… —susurró.

Estuvo a punto de ceder, de decir: «No, se fue ayer y no ha vuelto; aquí está su hermana, si quiere hablar con ella». Diana ya había sufrido bastante en las últimas veinticuatro horas. Había dejado atrás todo lo que tenía, su hijo agonizaba en el hospital…

Pero ella se lo había buscado, desoyendo todos sus consejos. Y por su culpa había perdido las plantas de maría y la policía lo había fichado.

Esbozó una sonrisa retorcida, cargada de maldad.

—Claaaro. Ahora se pone.

Nada más pronunciar la primera palabra, Diana echó a correr hacia la puerta trasera gritándole que la siguiera. Hans dejó el teléfono y llegó a dar un paso antes de que se impusiera el orgullo.

«No necesito ninguna histérica de mierda —se dijo—. Soy escritor, soy creador, y por méritos propios.»

VEINTISIETE

El coche no me importa, pero ¿podemos irnos ya?

Trumbill echó un último vistazo al pareado de la acera de enfrente, dejó el teléfono en la mesa, cogió el pequeño radiotransmisor y se levantó. Al ver llegar a la policía se había puesto los pantalones, la camisa y los zapatos, así que dobló la esquina y se llevó el transmisor al pasillo para alejarse de la ventana delantera.

Diana se lanzó a correr entre la barbacoa y los cubos de basura; pisoteó la hierba descuidada que llevaba hasta la valla de secuoya del final del patio, y, preguntándose si no estaría haciendo el idiota, dio un brinco, se agarró a los bordes astillados de los tablones y saltó al patio contiguo.

Un perro levantó la cabeza, sobresaltado, pero, antes de que le diera tiempo a ladrar, Diana cruzó el patio, trepó por la reja de la puerta y enfiló a la carrera el camino de la entrada, que llevaba a la avenida Sun, amplia y desierta. La mantita amarillenta le ondeaba en el puño mientras corría.

Ozzie había abierto la puerta del taxi. Ya tenía los pies en la acera y había empezado a levantarse…

… cuando la explosión sacudió el aire y cerró de golpe la puerta del coche, que lo derribó sobre la hierba, junto al bordillo.

La fachada de casa de Diana había volado en un millón de fragmentos de madera y mampostería. Ozzie se incorporó, aturdido, y observó la nube de humo sucio que ascendía hacia el cielo azul como un hongo gigantesco. Solo oía un zumbido estrepitoso, pero vio la lluvia de tejas y ladrillo que caía en el césped, a la derecha, y se estrellaba a su alrededor contra la acera, envuelta en humo. Lo asaltó un olor a productos químicos, denso y penetrante como el ozono.

Oliver había salido del taxi y corría hacia las ruinas de la casa. El taxista ayudó a Ozzie a levantarse, gritando algo, pero este se liberó de él y echó a correr tras el chiquillo.

Era como caminar en un sueño frustrante de esos que tenía a menudo. El esfuerzo de arrastrar una pierna y luego la otra, en medio del aire espeso como leche condensada, era tan agotador que tuvo que mirar a la acera llena de escombros para asegurarse de que estaba avanzando y no solo moviéndose y sudando sin desplazarse del sitio.

Una fracción de cañería de medio metro le aterrizó delante, rebotó y fue a destrozar un arbusto; la oyó resonar al caer, de forma débil y lejana, así que tal vez la sordera no fuera permanente. Continuó caminando, aunque el trayecto no se volvió más sencillo.

La casa era un cascarón vacío: solo quedaban en pie tres paredes, inclinadas hacia fuera, y el tejado había desaparecido. Del lugar donde había estado la cocina salía una llamarada de un metro. La casa contigua parecía relativamente íntegra, aunque no quedaba un solo cristal en las ventanas.

Oliver, de pie en el camino con los brazos muy abiertos, cayó de rodillas. Pareció que vomitaba o que tenía convulsiones y, aunque daba la impresión de que los espasmos le reventaban las costillas, Ozzie tuvo la sensación de que estaba forzándolo, como quien se hace tiras la mano en el intento de arrancarse una astilla que le resulta de una intrusión insoportable.

Un instante después, Ozzie se restregó los ojos, anonadado: ¿acaso había sufrido una conmoción por el portazo del coche? Veía doble. Junto al niño encogido en mitad del camino, casi superpuesto a él, había una imagen duplicada y semitransparente del mismo niño.

En aquel momento, aunque el pequeño Oliver no se movió, la imagen duplicada se levantó, dio media vuelta y se hizo invisible.

A Ozzie le costaba respirar. Al expulsar el aire, se dio cuenta de que sangraba por la nariz. Debía de tener la pechera de la camisa cubierta de sangre.

Trastabillando, consiguió acercarse a Oliver, que se había arrodillado. Ozzie se puso de rodillas junto a él. El niño tenía el rostro congestionado, retorcido por los violentos sollozos, y cuando lo estrechó entre sus brazos se aferró a él como si fuera el único ser humano del mundo.

En la lavandería del edificio, al otro lado de la avenida Sun, Diana se apoyó contra una lavadora para recuperar el aliento y esperar a que se le acompasaran los latidos del corazón.

Después de la explosión que había sacudido la calle, estaba demasiado aturdida para llorar, pero en la cabeza solo tenía «Hans, Hans, Hans…», repitiéndose en un lamento interminable.

Consiguió respirar por la nariz y se irguió. Como estaba frente a una lavadora, se sacó tres monedas del bolsillo, las metió en la ranura y apretó el botón.

La lavadora se puso en marcha con un traqueteo y oyó correr el agua. El aire olía a detergente y a lejía.

«Hans, puñetero engreído, imbécil arrogante, no es que te merecieras gran cosa, pero… te merecías algo mejor.»

Hizo un esfuerzo por no recordar las veces que había sido atento, cariñoso y divertido, no solo en la cama, sino también haciendo la cena o cuando salían de vacaciones con Oliver y Scat.

—¿Ha sido una bomba? —preguntó tras ella una voz de mujer.

Diana se volvió. En la puerta había una anciana de pelo blanco que caminaba con andador y hacía avanzar a patadas una cesta de plástico

con ropa para lavar.

Diana sabía que tenía que decir algo; tenía que aparentar curiosidad.

—No lo sé, pero lo parecía, ¿verdad?

—Me gustaría ir a ver. Venía empujando esto por el corredor y, de repente, ¡buuum!, y venga cascotes por el aire. Una fábrica de drogas, seguro.

—Una fábrica de drogas.

—PCP —explicó la anciana—. ¿Le importa meterme ahí la ropa? Me hace polvo agacharme.

—Claro. —Diana se remetió la mantita amarilla en el bolsillo del pantalón, cogió la ropa de la cesta y la echó en una lavadora.

—Para fabricar PCP utilizan muchos productos químicos, éter y cosas así, y lo tienen que cocinar. Como todos son drogadictos, se descuidan y ¡buuum! —La anciana miró la otra lavadora, que giraba con el tambor vacío—. Estas lavadoras son solo para residentes, hija.

—Acabo de mudarme. —Diana se sacó un billete de veinte dólares del bolsillo—. Aún no tengo coche. ¿Puedo pagarle a alguien para que me lleve a trabajar? Es… cerca, donde la universidad.

La anciana contempló el billete.

—Te puedo llevar yo si esperas a que termine la colada, y si no te importa que te vean en un Plymouth de hace diez años lleno de abolladuras.

—El coche no me importa, pero ¿podemos irnos ya?

—¿Y tu colada?

Diana señaló el estante de madera que había en la pared blanca.

—Seguro que el próximo que venga a lavar la ropa me la deja ahí.

—Seguro. —La anciana cogió el billete—. Muy bien, pero tienes que sacarme la ropa y llevarme el cesto al piso. Ya la lavaré más tarde.

—Genial —dijo Diana.

Le temblaban los codos y las rodillas; iba a romper a llorar en cualquier momento, y no quería que fuera en aquella zona de cuerpos celestes aciagos.

Cuando Crane estaba a punto de salir de la habitación del Circus Circus, sonó el teléfono.

Había dejado una nota para Mavranos, que andaba por la ciudad en busca del cambio de fase estadístico; Crane llevaba el revólver del 357 en la cintura y se había abrochado la cremallera de la cazadora. Se detuvo con la mano en el pomo y miró el teléfono.

«Ozzie o Arky —pensó—. Ni Diana sabe que estamos aquí. Si es Arky, seguro que quiere que le eche una mano con alguna tontería, y tengo que ir a la caravana de Joe el Araña. Pero, si es Ozzie, puede que tenga noticias de Diana, que sepa cómo puedo ayudar, alguna manera de redimirme aunque sea en parte.

»Por Diana dejaré lo de Joe el Araña para mañana.»

Se acercó al teléfono y lo cogió.

—¿Sí?

Al principio no supo quién era: solo se oían sollozos.

—¿Qué? —insistió, intranquilo—. ¡Diga algo!

—Soy Ozzie, hijo —dijo el anciano, ahogado en lágrimas—. Estoy otra vez en comisaría. Quieren que vengáis, tú y Archimedes.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, dime?

—¡Ha muerto, Scott! —El anciano sorbió por la nariz—. Diana ha muerto. Ha vuelto a casa a por algo y la han volado por los aires. Yo estaba allí, lo he visto todo… La habría seguido, pero iba con Oliver… Oh, Dios mío, no os he servido de nada a ninguno de los dos…

Diana había muerto.

Toda tensión y esperanza se esfumaron.

—Has… has sido un buen padre, Ozzie —dijo Crane, con el tono tranquilo que confería la desesperación absoluta—. Todo el mundo muere, pero nadie ha tenido un padre mejor que tú. Diana te quería, yo te quiero, y los dos hemos sabido siempre que nos querías. —Suspiró y bostezó—. Oz…, vuelve a casa. Vuelve con todas esas cosas que dijiste que te gustaban: las novelas de Louis L'Amour, las pipas Kaywoodie.

«Entra en la noche libre de inquietud —pensó—; que te arrope la muerte de la luz.»

El teléfono le pesaba como una losa, pero consiguió colgar sin hacer ruido.

Se quedó un rato sentado en la cama, con la mente casi en blanco. Sabía que la policía quería hablar con él, que tarde o temprano irían a buscarlo, pero no tenía energía para ir a verlos ni tampoco para esquivarlos.

Sonó de nuevo el teléfono. Lo dejó sonar.

Había leído que la presión atmosférica al nivel del mar era de cien kilopascales. ¿Sería capaz de superarla y levantarse, de impedir siquiera que lo aplastara contra la cama?

Al cabo, un olor se abrió paso hasta él, un olor matutino. Sabía qué era: café recién hecho.

Se volvió hacia la mesilla de noche… y le dio un vuelco el corazón.

Junto al reloj había una taza humeante, una taza blanca de McDonald's que deseaba «¡Buenos días!», como la media docena que había ido juntando con Susan.

Se levantó y salió de la habitación.

Seguramente la policía iría a buscarlo al bar del tiovivo, así que tomó el ascensor hasta la planta baja, salió por la puerta principal del Circus Circus y atravesó el extenso aparcamiento hasta el bulevar Las Vegas, donde un simio blanco y gigantesco de piedra saludaba a los

coches que circulaban hacia el sur bajo el sol deslumbrante. Paró un taxi y pidió que lo llevaran al Flamingo.

Al bajar del coche, cruzó a paso lento la acera abarrotada, subió las escaleras del casino y franqueó las puertas de vidrio y metal. Una vez en la penumbra enmoquetada, se encaminó al bar del fondo sorteando las tragaperras y las mesas de blackjack.

—Un Wild Turkey —le pidió a la camarera que acudió a su mesa del rincón al cabo de un rato—. Y una Bud para acompañar. Ah, ¿y me puede traer un teléfono a la mesa? Estoy esperando una llamada.

El bar estaba casi vacío de buena mañana, y tan iluminado que el casino, al otro lado del arco de la entrada, quedaba envuelto en la oscuridad, lleno de destellos y tintineos sin sentido.

—Mira, guapo, yo te traigo el teléfono, pero más vale que llames tú. Tenemos muchas líneas, así que las posibilidades de que te llegue una llamada son más bien pocas.

Crane se limitó a asentir. Luego se acomodó en el asiento y miró con nerviosismo los cuadros de las paredes.

«Esto era de mi padre —pensó—. ¿Seguirá viniendo por aquí? ¿Tendrá todavía un escondite para las cosas que pueden hacerle daño? Si lo tiene, vete a saber dónde estará. Es imposible que siga siendo el mismo, el agujero en el estuco bajo los peldaños de la entrada, porque la escalera ya no existe, igual que ya no existen la Torre de Champagne, el jardín de rosas de Siegel ni el césped delantero. Sí, puede que siga viniendo por aquí. Puede que vuelva en este cuerpo, en mi cuerpo, cuando se apodere de él.»

Crane pensó en su padre, el que lo llevaba a pescar de niño al lago Mead, el que le había enseñado las corrientes de las cartas; el mismo que le había hecho daño y había salido de su vida para siempre.

El whisky y la cerveza llegaron junto con el teléfono. Crane pagó a la camarera y se quedó mirando los tres objetos dispuestos en la superficie de madera oscura.

«Adiós a lo de pasar de presa a cazador —pensó—. Adiós a lo de jugárselo todo a una mano. Estoy a punto de ponerme al descubierto a cuerpo limpio, de retirarme tras ver todas las apuestas excepto la última, la más atroz.

»¿Qué ha dicho Ozzie exactamente?

»“La han volado por los aires.”

»Supongo que por eso no he sentido su muerte a través de nuestra conexión psíquica: porque ni ella la ha sentido. Destrucción instantánea; nada que transmitir.»

Alzó el vaso de whisky y contempló el líquido ambarino.

«Podría plantarme aquí —pensó—. Podría dejar el vaso, coger un taxi e ir a la comisaría. Igualar la apuesta, seguir viviendo.

»¿Para qué?

»No he compartido su dolor porque no ha habido dolor, pero tal vez estoy compartiendo su muerte.»

Vació el vaso de un trago largo; el ardor delicioso le bajó por la garganta y le templó el estómago. Luego se bebió media Budweiser helada, se acomodó en la silla de lona y aguardó con la mirada perdida.

El teléfono que tenía delante empezó a sonar. Se llevó el auricular a la oreja.

—Hola, Susan —dijo. Tomó aire y miró alrededor en busca de algo que lo detuviera. No lo encontró, así que soltó el aire y continuó—: ¿Me perdonas?

Mientras tanto, en el Riviera, en el vestíbulo, el casino y los restaurantes, en medio del runrún de huéspedes y jugadores y del repiqueteo incesante de las fichas, sonó un aviso por megafonía.

—Llamando a Oliver Crane. Llamando a Oliver Crane.

La voz siguió así un rato, pero al final se rindió y pasó a otros anuncios y llamadas.

LIBRO TERCERO
El juego de las manos

Se oyó entre los cánticos sagrados
una voz que bramaba desde el fondo
del agua, calma, ajena a las tormentas
que sacuden el mundo, y que progresa
como el Señor, quien sobre aguas anduvo.

LORD ALFRED TENNYSON, *Los idilios del rey*

En un cielo al rojo blanco,
sol púrpura a mediodía,
justo en el mástil asoma
menor que la luna fría.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE, «La balada del viejo marinero»

NANO: Os ruego, alma bendita, mirando en derredor, ¿qué cuerpo elegiríais, que fuer digno de vos?
ANDRÓGINO: Este en el que me encuentro; aquí seguiré yo.
NANO: ¿Quizá fuera el motivo gozar de variedad?
ANDRÓGINO: ¡Ay, placeres caducos, casi olvidados ya!

Ben Jonson, *Volpone*

De anhelos esas tumbas son testigos,
de la pena vivida y de la gloria
que resiste al tiempo y su victoria
si perdura la fe entre los amigos.

ALGERNON CHARLES SWINBURNE, «Dedicatoria»

VEINTIOCHO

Por fin es hora de acostarse

Ozzie llevaba veinte años sin pisar Las Vegas, pero conocía muy bien los bares como ese, de fuera del Strip. A última hora de la tarde se llenaría de obreros fornidos que se tomarían la cerveza de después del trabajo. En ese momento, la clientela se componía sobre todo de tramoyistas y trabajadores de los teatros, y la bebida más común era el vino blanco bien frío. Pasada la medianoche se dejarían caer las prostitutas para satisfacer a saber qué deseos.

Para Ozzie era el ojo del huracán, el momento de calma entre la primera pelea y la última.

Quitó el celofán a un paquete de Chesterfield que había comprado en la máquina del rincón y sacó un cigarrillo. Había dejado el tabaco en 1966, pero no había olvidado del todo el placer, a veces tan profundo, de encenderse uno e inhalar el humo hasta llenarse los pulmones.

El camarero puso una caja de cerillas en la barra, junto a la jarra de cerveza de Ozzie.

—Gracias. —Ozzie le sonrió con cansancio, encendió una cerilla y aspiró para prender el cigarrillo.

Antes de descartarlas, volvió a sopesar las demás posibilidades.

«Un mensaje en la sección de contactos del *Sun* o del *Review-Journal* —pensó—. No, Scott no estará para leer el periódico.

»Y quizá baste con el mensaje que he dejado en la recepción del Circus Circus. "He llevado a Oliver a casa de una tal Helen Sully, en Searchlight. Su dirección está en la guía. El último deseo de Diana fue que cuidaras de sus hijos. Es lo que puedes hacer por ella, así que hazlo. Besos, Ozzie."»

Pero era posible que Scott no volviera al Circus Circus.

Bebió un trago de cerveza fría y frunció el ceño al recordar cómo le había suplicado el niño gordo que se quedara con él.

—No eres demasiado viejo para ser nuestro padre —le había dicho Oliver por la tarde, entre lágrimas, mientras él conducía el Mustang de Diana, rumbo a Searchlight por la 95 en dirección sur—. Scat y yo necesitamos un padre.

Se había vuelto dócil y asustadizo, sin rastro de arrogancia. La explosión de su casa y la muerte de su madre se la habían borrado de un plumazo.

—Voy a hacer lo posible por que tengas un padre, Oliver —le había respondido Ozzie—. Perdón… ¿Te importa que te llame Oliver?

—Es tu nombre; no me importa. Nunca vuelvas a llamarme… de la manera que quería antes. Era el… Ni lo sé. Me he liberado de él, me lo he quitado de encima.

La señora Sully vivía en una casa grande, más bien un rancho, en las afueras de Searchlight. Había trabajado con Diana hacía cuatro años en una pizzería, se habían caído bien y se habían hecho amigas. Tenía seis niños propios y había accedido de buena gana a encargarse de uno de los de Diana, o de los dos si hacía falta, hasta que su tío pudiera ir a recogerlos.

«Me he liberado de él, me lo he quitado de encima.»

Ozzie dio una calada larga al cigarrillo, pero no tosió. Sus pulmones se acordaban del humo; se notaba que lo habían echado de menos.

«El niño no hablaba en sentido metafórico —pensó mientras tomaba otro trago de cerveza—. La personalidad de Perro Rabioso se esfumó delante de las ruinas de la casa, lo vi con mis propios ojos.

»No, puede que Scott no reciba el mensaje del hotel, y no servirá de nada poner un anuncio en el periódico.»

Apuró la cerveza, apagó el cigarrillo en el cenicero y llamó al camarero.

—¿Tendría una baraja, por casualidad? —preguntó.

—Creo que sí.

El camarero rebuscó en el batiburrillo que había junto a la caja registradora y puso un estuche de cartulina frente a Ozzie. En la carátula había una foto en color de una mujer desnuda y sonriente. Ozzie abrió la cajita, sacó los naipes desgastados y vio que en el dorso de todos ellos aparecía la misma imagen.

—Para adultos, ¿eh? —dijo con tono seco.

—Y que lo diga. ¿Se sabe algún truco de cartas?

—No. —¿Por qué nunca había aprendido nada con las cartas que no fuera ganarse la vida discretamente?—. Siempre les he tenido miedo. —Al levantar la vista hacia el camarero advirtió que, aunque era de mediana edad y la barriga prominente le tensaba el delantal, era más joven que Scott, y de una juventud abismal comparado con él. «No hay tiempo que perder.» Golpeteó la patética baraja usada—. ¿Me las vende?

La mirada del camarero pasó de la sorpresa al desprecio mal disimulado.

—Quédeselas, abuelo —concedió, y se volvió hacia la televisión que había en el estante de arriba.

Ozzie se sonrió con amargura.

«Se cree que voy a volver corriendo al hotel a… a hacer trucos de cartas, con este harén de papel tan triste y repetitivo. En fin. Lo que opine de mí un camarero no tiene mucha importancia ahora mismo.»

Pero notó que se ponía rojo y se tocó el nudo de la corbata,

incómodo. Se la había atado a conciencia.

Recordó que el norte quedaba a la izquierda. Barajó con brío siete veces y puso cuatro cartas en forma de cruz. La jota de corazones apareció en la punta norte.

«Pues hacia el norte», pensó. Se apoyó en el bastón de aluminio para bajarse del taburete y se rebuscó en el bolsillo para pagar la cerveza y dejar una propina exacta del quince por ciento, como siempre.

Crane se removió en la silla y observó la sucesión de apuestas en el tapete verde.

Estaba en la sala de juego del Binion's Horseshoe, al lado de la puerta que habían abierto con el Mint, el casino contiguo, después de adquirirlo. En las paredes paneladas colgaban retratos enmarcados de los miembros del Salón de la Fama del Póquer: Bill el Salvaje, Johnny Moss, Doyle Brunson… Crane dio un trago al último bourbon con hielo que se había pedido y se preguntó qué opinarían de su juego los maestros de antaño.

Había sido el primero en hablar, a la izquierda del botón, y había abierto con tres jotas. Aquella noche, jugara donde jugara, no le daban ni una mala mano. Tres jugadores igualaron la apuesta de cincuenta dólares. Perfecto. Se descartaría de las otras dos cartas y se quedaría con las jotas, y los demás jugadores pensarían que estaba tan borracho que con suerte tenía pareja con apoyo, o incluso proyecto de color, o nada de nada… Pero no trío alto.

Estaba borracho, vaya si lo estaba. El campo de visión no paraba de oscilarle, como un televisor mal sintonizado, así que tenía que bajar la vista constantemente para enfocar los ojos en algo.

Y cada vez que miraba las cartas tenía que cerrar el ojo derecho, el artificial, porque de lo contrario las veía como cartas de tarot. No la baraja mortífera de su padre, a Dios gracias, ni la que había intentado echarle el pobre Joshua, sino una con la que había soñado, en la que el dos de bastos era una cabeza de querubín atravesada por dos varas de metal.

—¿Cartas? —preguntó el crupier elevando la voz.

Crane se dio cuenta de que hablaba con él; debía de ser la segunda vez que se lo preguntaba. Levantó dos dedos y se descartó del cuatro y del nueve de corazones. A cambio obtuvo el nueve y el dos de picas, que no le servían de nada.

Los dos jugadores que tenía a la izquierda dieron dos toques en la mesa para indicar que no querían cartas. Tenían manos inmejorables, o al menos lo fingían.

«Hasta ahora no han corrido riesgos —pensó Crane con tristeza—. Si tienen doble pareja baja, abandonan la mano; no buscan el color con tres cartas ni persiguen los proyectos de escalera barrigona, y parece que nunca van de farol.»

Seguramente era verdad que tenían manos inmejorables. Uno de ellos, seguro.

Adiós, jotas.

Pasó. Un jugador apostó, el otro subió y, cuando volvió a tocarle a Crane, puso dos jotas bajo sus fichas y tiró el resto de las cartas. Cuando le pidieran que mostrara con qué había abierto, enseñaría la pareja, que era la mano mínima para abrir. Abrir con pareja de jotas siendo mano era de idiotas; así reforzaría la opinión de que era un borracho manirroto.

Llevaba dieciséis horas jugando al póquer por toda la ciudad. Había empezado en el Flamingo tras la primera llamada del fantasma de Susan. Lo había llamado varias veces cuando estaba cerca de un teléfono para decirle con voz ronca, siempre brevemente, que lo perdonaba, que lo quería. Crane sabía que, acabara donde acabara el día, se la encontraría en la cama del motel, pero, como un novio nervioso en la noche de bodas, quería un par de copas más antes de… retirarse.

Entre los fragmentos de conversaciones deshilvanadas ya había oído mencionar dos veces, una en el Sands y otra en labios de un taxista que le había preguntado a qué se dedicaba, la serie de partidas que iba a disputarse a la semana siguiente en una casa flotante del lago Mead: desde el miércoles por la noche hasta el Viernes Santo.

Trató de no pensar en ello.

Fue a coger la copa, titubeó un instante y miró a la derecha, pero, por supuesto, allí no había ninguna mujer. Llevaba todo el día captando destellos por el rabillo del ojo artificial. Era raro, pero no le preocupaba ver por la semiesfera de plástico: en cierto modo, siempre había sabido que su padre podía devolverle lo que le había quitado.

A quince metros de él, Richard Leroy y Vaughan Trumbill observaban la partida parapetados tras sendas máquinas de videopóquer. El Horseshoe estaba abarrotado pese a ser miércoles, ya bien entrada la noche. Para conservar la posición, los dos iban metiendo monedas en las máquinas y pulsando botones, distraídos.

—A Beany le va a hacer falta más dinero para fichas —dijo Trumbill, impasible, contemplando la partida.

—¿Eh? —Richard le siguió la mirada—. Ah, sí.

El rostro se le tornó inexpresivo y, en la mesa de póquer, el hombrecillo canoso con el inhalador para el asma se sacó la cartera del bolsillo de la chaqueta y cogió veinte billetes de cien dólares. Se los tiró al crupier y este le acercó varias pilas de fichas verdes.

El rostro de Leroy volvió a cobrar vida un momento más tarde.

—Ya está —dijo—. Eh, ¿has visto que nuestro pez abría con jotas en primera posición? Está tan maduro que va a soltarse del árbol de un momento a otro.

—Eso es lo que ha enseñado, Betsy. Perdón, Richard —se corrigió Trumbill—. Puede que se haya tirado con doble pareja o con un trío. No sé si está tan suelto como dices.

En el cuerpo de Betsy Reculver, tal vez el anciano se habría enfurruñado, pero en el de Richard se echó a reír.

—¿No has visto lo que lleva bebido? Está más suelto que un coágulo en una arteria.

Trumbill se encogió de hombros, pero estaba inquieto y no le gustó la comparación. Varios coches con matrícula de Nevada se habían presentado en el motel donde se había alojado Crane y habían estado preguntando por Scott Smith, el Espantapájaros. Trumbill temía que hubiera alguna jota tras su pista para eliminar uno de los cuerpos que Georges Leon estaba a punto de asumir, uno de sus valiosos peces. Además, el asesinato de aquella mañana lo tenía preocupado, quizá porque las explosiones solían despedazar los cuerpos y lanzar los trocitos a los tejados y las copas de los árboles para que se secaran allí. Y encima LaShane le había sentado mal al estómago. Aquella tarde había salido desnudo al patio trasero, sin más vestimenta que el esplendor de los miles de tatuajes, había sacado con él al perro muerto y había devorado cruda la mitad. Luego Richard lo había limpiado con una manguera.

Un chico enfundado en una sudadera se le acercó con discreción.

—Uno de los coches que había en el motel acaba de aparcar junto a la licorería, en la esquina de la calle Uno —le susurró—. Tres hombres que van lanzando monedas al aire. Vienen hacia aquí.

Trumbill asintió.

—Seguid vigilándolos —ordenó en voz baja. El joven asintió y se fue corriendo. Richard lo miraba arqueando las cejas—. No somos los únicos que hemos percibido que jugaba —explicó Trumbill—. ¿Tres hombres? Seguro que trabajan para una jota si vienen hacia aquí. ¿Puedes manejar ya al pez?

—No; hasta la víspera de Pascua, no.

—¿Por qué no lo intentas? Si tenemos que huir, nos vendría bien que colaborase.

Richard titubeó, pero al final asintió y miró fijamente a Crane.

Mientras se llevaba el vaso a los labios, Crane sufrió un espasmo en el brazo y se golpeó la nariz contra el borde; el bourbon le salpicó los ojos. Abrió la boca de par en par y ululó como un búho.

Se quedó parado y notó que se ponía rojo de vergüenza y ebriedad. Con cuidado, dejó el vaso vacío en la servilleta de papel, encima del tapete verde.

—Eh… —se excusó, viendo que el crupier lo miraba sorprendido—. Lo hago para espabilarme.

—A lo mejor es hora de acostarse —sugirió este.

Crane visualizó una cama de motel a la luz blanquecina de las farolas, tamizada por las cortinas, y se imaginó una silueta que le tendía los brazos níveos desde la cama.

—No, aún no. ¡Todavía tengo dinero!

—Claro que sí, déjelo jugar —intervino el hombre de negocios trajeado, con pinta de inglés, que había ganado el bote abierto por Crane. Tenía las entradas canosas empapadas de sudor. Hasta el momento se había mostrado muy conservador y había ido siempre sobre seguro, así que Crane imaginó que no se sentía cómodo jugando con apuestas altas y que estaría encantado de tener un borracho imbécil en la mesa. El inglés le dedicó una sonrisa nerviosa—. Esto es un país libre, ¿no?

—Por supuesto —convino Crane con cautela.

—Y un gran país, en mi opinión —siguió el otro con tono ansioso—. Aunque tienen muchas almas.

El crupier se encogió de hombros y empezó a repartir. El botón que indicaba la última posición señalaba a Crane, así que la primera carta fue para el jugador de su izquierda, el inglés.

—¿Que tenemos muchas qué?

—Almas —repitió este—. Aquí todo el mundo tiene almas.

El crupier era rápido: los ocho jugadores tenían ya delante cinco cartas bocabajo.

—Puede —respondió Crane, desconcertado.

—Es inútil —dijo Richard Leroy, acodado en la tragaperras.

Metió una moneda en la ranura y apretó el botón de repartir con gesto distraído; la chaqueta del traje se le iluminó con los colores de las cartas que aparecieron en la pantalla.

—Pues sí, a menos que quieras que monte un escándalo —reconoció Trumbill.

Crane se secó la barbilla con la manga de la camisa y le hizo un gesto a la camarera con el vaso vacío.

«Ahora espasmos y sonidos animales —pensó, aturdido—. Bueno, al menos estoy creándome una imagen sensacional en la mesa. Espero no vomitar, que no se me suelten las tripas ni nada por el estilo.»

El inglés había abierto en primera posición; Crane sabía que tenía como mínimo pareja de ases. Los demás jugadores no vieron la apuesta de cincuenta dólares y, cuando le llegó el turno a él, se acordó de levantar las esquinas de las cartas y mirarlas con el ojo derecho cerrado. Tenía reyes de tréboles y picas, doses de tréboles y diamantes, y el siete de corazones. Una doble pareja estupenda. Soltó las cartas y puso en el centro una ficha negra de cien dólares.

—Subo —dijo con voz clara.

El inglés igualó la apuesta y pidió una carta. Crane no creía que tuviera valor para ir a por la escalera o el color después de la subida:

probablemente tenía doble pareja, y no superaría la de sus reyes.

Pensó en pasar para asustarlo, pero el otro creería que iba de farol o que estaba tan borracho que veía color donde no lo había, así que optó por descartarse del siete, a ver si le venía otro rey u otro dos y conseguía el full: una posibilidad entre once.

Pero, cuando tiró del siete, el dos de diamantes se fue con él, como si estuvieran pegados.

Sorprendido, levantó las cartas de la mesa y abrió el ojo derecho. Luego cerró el izquierdo.

A través del ojo de plástico, el rey de tréboles estaba sentado en un trono con forma de león, con una vara de metal en las manos, y el de picas era un extraño rey de espadas: estaba en el agua, y solo asomaba la cabeza coronada y un brazo con una espada. El dos de tréboles era el dos de bastos que ya se conocía bien: la cabeza de querubín atravesada por las dos varas de metal.

Los tres rostros pintados estaban vueltos hacia él y parecían mirarlo con apremio al ojo de plástico.

Crane, aturdido, habría querido que todo terminara de una vez. ¿Y dónde demonios estaba la copa que había pedido?

Pero decidió mostrarse obediente: tiró las otras dos cartas y se quedó con los reyes y con el querubín.

Cerró el ojo derecho y abrió el izquierdo, el de verdad. Tanto guiño y parpadeo, sumado a la salpicadura de bourbon, le había dejado los ojos llorosos.

—Dos —le dijo al crupier con tono sereno, muy tranquilo pese a las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Al mirarlas con el ojo izquierdo, el bueno, las tres cartas volvían a ser el rey de picas, y el rey y el dos de tréboles. Ningún experto en póquer habría aprobado que rompiera la doble pareja y se quedara con un dos como apoyo, pero el crupier le repartió los reyes de corazones y diamantes. Tenía póquer de reyes, una mano que era muy difícil que el inglés superase.

Este puso cuatro fichas de veinticinco dólares en el bote y Crane subió la apuesta a ocho. El inglés resubió, y luego él, y fueron alternándose así, con una única pausa para que Crane apurara la copa que acababan de servirle y pidiera otra, hasta que toda la pila de Crane estuvo en el centro de la mesa: mil doscientos y pico dólares en fichas. Llevaba efectivo en los bolsillos; ojalá las reglas permitieran comprar más fichas en medio de una mano.

Miró con curiosidad al inglés, que parecía también a punto de echarse la bebida en la cara y ponerse a ulular. Estaba temblando y tenía los labios blancos.

—A ver —dijo con voz áspera.

Crane puso las cartas en la mesa, bocarriba.

—Póquer de reyes.

El inglés lo miró con los ojos como platos. Se había puesto muy pálido, pero sonreía y sacudía la cabeza. Se levantó de la silla para mirar las cartas de Crane.

Movió los labios en silencio, como si contara los reyes, y de repente empezó a convulsionarse. Cayó hacia atrás, volcó la silla y se desplomó en la moqueta.

El crupier se levantó e hizo una seña; dos guardias de seguridad se acercaron al instante, examinaron la escena de un vistazo y se arrodillaron junto al inglés.

—Parece el corazón —dijo uno al momento—. Sí, se le han oscurecido las uñas.

Empezó a bombearle el pecho con un puño mientras el otro sacaba la radio y decía algo con urgencia.

Pese a todo lo que había oído Crane sobre la concentración obsesiva de los jugadores de Las Vegas, muchos se alejaron de las tragaperras y hasta abandonaron las mesas de póquer para ir a ver al hombre desplomado. Mientras especulaban en susurros sobre sus posibilidades de supervivencia, Crane se alegró de que no supieran que había sido él quien había acabado con el inglés inofensivo. Volvió a secarse los ojos con la manga.

«Podría haberme limitado a tirar las cinco cartas —se dijo—. Pero ¿cómo iba a saberlo? No ha sido culpa mía. ¿Por qué jugaba ese hombre si no podía permitirse perder?»

El crupier se inclinó sobre la mesa (las puntas de la corbata quedaron colgando encima del tablero, con las letras de HORSESHOE en plateado)y volvió las cartas del inglés con un movimiento lento, preciso.

Un ocho y cuatro reinas. El ataque estaba justificado.

Crane cerró el ojo izquierdo y miró sus cartas. Los reyes y la cabeza de querubín le sonreían con gesto triunfal.

—Que venga alguien con bandejas para las fichas —le dijo al crupier con brusquedad—. Quiero cambiarlas.

El crupier le dirigió una mirada inexpresiva.

—Por fin es hora de acostarse.

Cuando Trumbill vio que Crane se levantaba, se giró e hizo una seña al chico de la sudadera, que pulsaba botones de una tragaperras de forma mecánica, tres hileras más atrás. El chico asintió e hizo a su vez un gesto a alguien situado más atrás.

—En cuanto estemos fuera, lo cojo —le dijo Trumbill a Leroy—. No me ha visto nunca, y los gordos inspiramos confianza.

—Solo si sonreís —replicó Leroy con voz tensa mientras Crane ponía las fichas en una bandeja de madera—. ¿Sabes sonreír? —Volvió la vista a él.

Trumbill tensó las mejillas, frunció el labio inferior y entornó los ojos, centelleantes.

—Jo, jo, jo —soltó.

—Déjalo correr. —Crane había cogido la bandeja y se dirigía a la caja, sorteando a la multitud; Leroy echó a andar tras él, con Trumbill al lado—. Pon cara triste, como si hubieras perdido los ahorros de toda tu vida —le dijo mientras se abrían paso a codazos en la marea de jugadores—. Nos conformaremos con un gordo triste.

Crane dejó la bandeja en el mostrador y la cajera la cogió.

—Joder, más efectivo —dijo Trumbill segundos más tarde al ver que Crane agarraba un fajo de billetes, lo doblaba y se lo guardaba en el bolsillo—. Con lo que ha ganado en el Dunes y en el Mirage, debe de llevar encima como veinte mil.

—Te los puedes quedar cuando lo cojamos. Va hacia la puerta… Los muchachos de Moynihan tendrán una furgoneta aparcada fuera. Mételo dentro.

—Hecho.

—¡Mala suerte! ¡Mala suerte! —Los huelguistas seguían desfilando por la calle Fremont, acera arriba, acera abajo, y la mujer de pelo corto volvía a tener el megáfono en la mano—. ¡El Shoe da mala suerte! —zumbó la voz monótona, amplificada en el aire caluroso, cuando Crane emergió en la noche deslumbrante de Las Vegas—. ¡Salid de ahí, perdedores!

«Ya voy —pensó Crane mientras se palpaba los bolsillos en busca de tabaco—. Por suerte para el medio ambiente, soy sociodegradable.» Dio con un paquete de Camel de Arky y se puso un cigarrillo entre los labios secos. ¿Cerillas? Se palpó los bolsillos de nuevo.

El ojo sano le picaba por el humo y el cansancio, así que lo cerró y miró alrededor con el de plástico. La calle y los casinos se transformaron en alucinaciones exóticas, escenas imposibles de Samarcanda, con palacios luminosos y almenados, y amplios bulevares por los que caminaban reyes y reinas ataviados con túnicas.

Sonrió y respiró hondo, con la música del alcohol en las venas.

De pronto, todo empezó a cambiar. El tintineo metálico de las tragaperras se tornó en la rápida percusión de una música salvaje que solo podía tocar una orquesta de cláxones de coches, tacones contra el asfalto y gritos ebrios.

—¡Es hora de irse a casa, perdedores! —graznó la huelguista; su voz era un contrapunto estridente.

Los transeúntes se movían a trompicones, como participantes involuntarios en un baile mecánico y humillante.

A Crane lo invadió el pánico; abrió el ojo, respiró hondo y se llenó los pulmones del humo de los coches, del sudor y del aire eterno y abrasador del desierto.

Estaba en la calle Fremont, rodeado de simples turistas y muy borracho.

Aún tenía el cigarrillo entre los labios; si pudiera encenderlo, se sentiría mejor, se le pasaría un poco la borrachera.

—¿Quiere fuego? —preguntó alguien a su lado.

Crane se volvió con una sonrisa de alivio, pero se detuvo en seco ante la imagen de doble exposición con la que se encontró cara a cara.

Por el ojo izquierdo vio al hombre gordo que había registrado su casa, el hombre gordo del Jaguar gris y la nota acerca de Diana (el RETIRAR CON URGENCIA que llevaba en un sobre en el asiento), el hombre gordo que se había comido unas hojas de jengibre en la acera de enfrente, en Santa Ana.

Y por el ojo derecho vio una esfera negra del tamaño de un ser humano, con una cabeza negra y verrugosa, y muñones negros y erizados a modo de brazos; alrededor, ligeramente separada, bullía un aura kirlian de tentáculos verdes, caparazones añiles, aletas también verdes y arterias rojas.

«¡Mandela! —pensó Crane—. No… Mandelbrot, el hombre de Mandelbrot…»

Echó a correr con torpeza entre la muchedumbre pese al dolor lacerante de la pierna, sin oír más que los gemidos que le resonaban en la mente.

Debía de haberse puesto verde un semáforo bajo los soles blancos y azules de neón del Horseshoe, porque la multitud se expandió de lado a lado de la calle y Crane se encontró en la acera de enfrente antes de darse cuenta de que había bajado del bordillo.

Había menos gente a la izquierda, así que echó a correr en esa dirección; los zapatos se le pegaban al suelo pringoso. Dobló una esquina a la derecha, pero estuvo a punto de caerse porque la rodilla izquierda se negó a acompañarlo, así que tuvo que avanzar mitad a saltos, mitad a trompicones, hacia las luces azules y rojas que anunciaban cerveza en una licorería.

Advirtió desconcertado que aquella calle estaba casi desierta; había un taxi aparcado más adelante y, por la otra acera, bajo el alero de un garaje, pasaba sin energía un hombre solitario vestido con un mono de trabajo. Crane corrió hacia el taxi… Pero, por el rabillo del ojo sano, vio que el hombre del mono lanzaba una mirada de advertencia a la calle Fremont y lo señalaba.

—¡Sí! —gritó alguien detrás de Crane.

De pronto, el hombre del mono estaba de cara a él, con las rodillas flexionadas y los puños juntos, apuntándole.

¡Bang!

Un destello blanco ocultó los puños un instante y, detrás de Crane, saltaron esquirlas de la pared.

Sin pensar, casi como si no fuera él quien actuaba, se bajó la cremallera de la chaqueta y sacó el revólver del 357. A sus pies voló el bordillo de la acera de otro disparo, pero Crane levantó el arma con ambas manos, apuntó al hombre del mono y apretó el gatillo.

Cegado y ensordecido, sintió como si el retroceso le destrozara los huesos de la muñeca que tenía medio dislocada. Retrocedió y cayó sentado en la acera.

Otros dos estallidos secos resonaron cerca de Fremont. Crane miró hacia allí, intentando librarse de la mancha roja que le había quedado grabada en la retina, y vio al ser que era a la vez hombre gordo y esfera negra aumentando de tamaño y agitando los brazos deformes mientras corría hacia él.

Se levantó, amartilló el revólver sin querer ni pensar qué sería de su muñeca con otro retroceso… y por el rabillo del ojo de plástico vio junto a él a una mujer. Se volvió para mirarla, de nuevo sin voluntad propia.

En aquella ocasión era real: una asiática menuda de veintitantos años, con uniforme de taxista, que lo agarró por el brazo.

—¡Sigue disparando desde el taxi! —le dijo, apremiante—. ¡Pero vámonos! ¡Entra, deprisa!

Crane bajó el percutor del revólver mientras se metía por la puerta del copiloto; ella ya se había sentado al volante. La aceleración repentina lo empotró contra el asiento mientras cerraba la puerta.

VEINTINUEVE

El señor Apolo, hijo, en carne y hueso

Crane se guardó el revólver en la cintura. El taxi giró a la izquierda por Bridger con un chirrido de neumáticos, sin encender las luces; pasó a toda velocidad junto a las sombras de los tribunales, cruzó el Strip y se adentró en la oscuridad con varios semáforos en verde.

—¿Le he dado a ese tipo? —jadeó Crane, aferrado al reposabrazos y con la vista fija en el asfalto que se deslizaba bajo ellos—. Ese… al que le he disparado.

—No —respondió la conductora—; pero el gordo que iba detrás de ti, sí. Dos disparos, dos dianas y adiós. ¿Quién era el gordo?

Crane frunció el ceño y, entre las brumas de la borrachera, intentó imaginarse por qué querría salvarle la vida el hombre gordo, pero lo dio por imposible.

—La verdad es que ni idea. ¿Y tú quién eres?

—Bernardette Dinh. —Giró a la derecha por la calle Maryland y aminoró la velocidad; estaban en un barrio arbolado, con farolas y casas antiguas. En el asiento que quedaba entre ellos había dos gorras; ella cogió una y se la puso con un movimiento diestro, de atrás adelante, para que le recogiera la abundante melena negra—. Llámame Nardie. Y ponte la otra gorra.

Crane obedeció.

—¿Estás metida en esto?

—Un momento. Abre la guantera; verás una cosa que parece un pellejo de ratón. Es un bigote postizo. Póntelo.

Crane abrió la guantera. El bigote parecía más bien una tira de cuero; se pegó el adhesivo encima de la pelusa del labio superior y los pelos le cayeron sobre la boca. Debía de parecerse a Mavranos.

Se acomodó en el asiento para que el tambor del revólver no se le clavara en la cadera.

«Muchas armas esta noche en la calle Fremont», pensó.

Aquello le despertó un recuerdo y no pudo contener una risa triste: acababa de entender qué había querido decir el pobre inglés con lo de «muchas almas».

—Daremos la vuelta a la manzana del Flamingo a contrapelo, para asegurarnos de que no te perciban —dijo Nardie.

Crane se secó los ojos con el puño de la camisa.

—¿Del Flamingo a contrapelo?

—Vamos a dar la vuelta a contrapelo, o sea, en sentido opuesto a las agujas del reloj. Las agujas del reloj van a pelo.

Eran los mismos términos que había usado Ozzie cuando les había hecho cambiar a Arky y a él los neumáticos de la Suburban. Así que a eso se refería. Gilipolleces inútiles. Suspiró y se reclinó contra el asiento raído.

—Apestas a alcohol —dijo Nardie con sorpresa—. ¡A alcohol del fuerte! ¿Estás borracho?

Se lo pensó antes de responder.

—Menos que en el casino, pero sí, estoy borracho —concluyó.

—Y aun así los dados me han llevado hasta ti —comentó Nardie, intrigada—. Eres el hijo biológico, de acuerdo. Cualquier… contendiente con ambiciones, como mi hermanastro, habría quedado descalificado para siempre por tomar un trago de cerveza. Yo no he probado el alcohol en mi vida.

—Ni falta que te hace —repuso Crane. Las farolas desfilaban con ritmo monótono y le estaba entrando sueño—. No es para aficionados.

Vio como se acercaban las luces del supermercado Smith donde había trabajado Diana, pero por suerte Nardie giró a la derecha por la avenida Sahara.

—No soy ninguna aficionada, amigo. —Lo dijo con tal agresividad que Crane se volvió para mirarla; el perfil afilado se recortaba contra las luces que pasaban—. ¿Entendido?

—Entendido. ¿Y qué eres?

—Una contendiente. Mira, ya sé que has conocido a la principal aspirante a reina de corazones. Cuando os tocasteis por primera vez, el lunes por la noche, lo percibí. Pero ahora te encuentro aquí haciendo lo que menos te interesa, emborrachándote y dejando que los hombres de Neal Obstadt casi te maten…

—Ha muerto —dijo Crane, abstraído—. A la reina de corazones la han matado esta mañana.

—¿Esta mañana? —Nardie Dinh le lanzó una mirada penetrante.

—Temprano, sí.

Nardie abrió la boca y volvió a cerrarla, estupefacta.

—Vale —resolvió—. Vale, entonces está fuera de juego, ¿no? Mira, eres… —Lo miró un instante—. Sabes qué está pasando, ¿no? ¿Sabes quién eres?

Crane se había derrumbado en el asiento y se le cerraban los ojos.

—Soy el hijo del rey malo —recitó—. Oye, ¿podemos parar en algún bar a tomar algo?

—No. ¿No sabes que el alcohol te debilita, te deja a merced del rey y de las jotas? Tienes muchas posibilidades de destronar a tu padre, si no la cagas. —Se pasó la mano por la cara y resopló—. Aunque te falta una cosa.

—Un diploma —respondió Crane, distraído, recordando la película de *El mago de Oz*—. Una medalla. Un testimonio.

—Una reina —dijo Nardie, impaciente—. Esto es como el póquer descubierto, ¿entiendes? Para empezar necesitas dos cartas, en este caso un rey y una reina.

Crane recordó que había dicho que era una contendiente. Se incorporó en el asiento y la miró de hito en hito con los dos ojos, aunque ya casi no veía nada por el artificial.

El ojo izquierdo le confirmó que era una joven asiática, delgada y bonita con el uniforme, a pesar del gesto adusto de la boca. ¿Captaba alguna diferencia el ojo artificial? ¿Un atisbo de fulgor, la sombra de una luna creciente prendida en la gorra?

—¿Te… te estás ofreciendo voluntaria? —preguntó con torpeza.

—Si la hija de la luna ha muerto, soy la mejor candidata que queda. He estado expuesta a las imágenes. Doy por hecho que sabes a qué imágenes me refiero…

Crane suspiró. Necesitaba una copa. Susan estaba esperándolo.

—Sí, las puñeteras imágenes, ya sé a cuáles te refieres. —Divisó un rótulo luminoso por la ventanilla:

BAR RESTAURANTE ART
PLATOS ESPECIALES DE NOCHE

«¿Y por la mañana qué tienen, platos vulgares?», pensó.

—Llevo años sin comer carne roja ni nada cocinado en sartén de hierro. Y… —Le lanzó una mirada fulminante—. Y soy virgen.

«Dios.»

—Qué bien. Perdona, ¿cómo te llamabas?

—Nardie Dinh.

—Qué bien, Nardie. Mira, pareces buena chica, así que voy a darte el consejo de tu vida. Márchate de Las Vegas y olvídate de todo. Vete a Nueva York, a París, lo más lejos que puedas, y nunca juegues a las cartas. Si te metes en estas historias, no saldrás viva. Dios mío, si acabas de verlo, han matado a tiros a un tío…

—Cie-rra-la-pu-ta-bo-ca.

Estrujaba el volante con las manos y resoplaba por la nariz, con las fosas nasales dilatadas. Crane le doblaba la edad, pero agachó la cabeza, cohibido ante su rabia.

—¡Osiris! —escupió ella—. Adonis; Tammuz; el señor Apolo, hijo, en carne y hueso… Además de un borrachuzo viejo e inútil, eres un… un idiota engreído que no ve lo que tiene delante de las narices. Joder, a tu lado mi hermano parece la leche, en serio.

Se paró en el carril para girar a la izquierda y entrar en el Strip.

—Mejor me bajo aquí… —dijo Scott muy digno, tirando de la manija de la puerta.

Ella pisó el acelerador, dio un volantazo a la izquierda y se metió de lleno en el tráfico del Strip, en medio de la maraña de faros que se acercaban. La puerta del copiloto se abrió de par en par y Scott tuvo

que apretar los pies y agarrarse al salpicadero para no caer al asfalto. Se oyeron bocinazos, chirridos de neumáticos y al menos un choque entre dos vehículos antes de que Nardie enderezara el volante y enfilara un carril en sentido sur, por fortuna despejado.

Crane intentó relajarse y, cuando el viento de frente le devolvió la puerta, la cerró con tanta fuerza que se quedó con la manija en la mano.

«Los coches son armas letales, y no quiero morir más sobrio de lo imprescindible; tengo que seguirle el juego a esta chiflada.»

—Lo que quería decir… —empezó, en un tono tan normal que resultaba grotesco; pero ella lo interrumpió.

—No, cariño, deja que termine de hablar —replicó con falsa simpatía. Pisaba a fondo el acelerador y adelantó a otros coches mientras pasaban junto al espantoso payaso rosa y blanco del Circus Circus—. A ver. Para empezar, no soy ninguna «chica», ¿entendido? No he sido una «chica» en mi vida. Y no soy buena. En Nochevieja apuñalé a una anciana en una casa de las afueras de Tonopah y espero, de verdad, no tener que matar a nadie más que a mi hermano de aquí a Pascua, pero, si hace falta, no me temblará la mano. Si tu reina de corazones no estuviera muerta y se interpusiera en mi camino, no me temblaría la mano. —Se le había escapado la rabia por la boca; sacudió la cabeza como si estuviera desconcertada—. Si fuera una «buena chica», no podría salvarte la vida.

Crane se había recostado de nuevo en el asiento; tenía que esforzarse por mantener los ojos abiertos.

—Tampoco creo que puedas salvarme, Nardie. Mi padre me tiene bien pillado. Creo que no ha habido esperanza para mí desde que jugué a la asunción en su barco, en el 69.

Nardie giró bruscamente para meterse en el aparcamiento del Caesars Palace, aceleró por el camino de asfalto y se detuvo en la cola de los taxis. Se volvió en el asiento y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Que jugaste a la asunción? —preguntó, y Crane asintió, abatido.

—Y gané… Bueno, ya me entiendes. Me llevé el dinero de la mano concebida.

—Pero… No, ¿para qué iba a hacer semejante cosa? ¡Si ya eres su hijo!

—Él no lo sabía. Ni yo.

—¿Cómo demonios acabaste en su barco? ¿Te llevaron a la fuerza o algo así?

—No lo sé —dijo Crane, encogiéndose de hombros—. Me dedicaba al póquer, igual que mi padre adoptivo, y aquello era una partida de póquer.

—Fuera del coche.

—Tendrás que abrirme la puerta. —Le enseñó la manija.

Dicho y hecho: Nardie salió del coche, dio la vuelta por delante y le abrió. Crane salió y se desperezó; la noche era seca, calurosa. Nardie clavó en él una mirada indescifrable.

—¿Quieres un consejo?

—Te toca a ti, supongo —repuso Crane con una sonrisa.

—No te ofendas, pero a estas alturas lo mejor que puedes hacer es suicidarte.

—Gracias. Me lo pensaré.

Nardie volvió a sentarse al volante y puso la palanca en posición de marcha. Crane se fijó en la pegatina que llevaba en el parachoques trasero:

UNA FAMILIA TRADICIONAL
PUEDE FASTIDIARTE EL DÍA

Al alejarse el taxi, Crane contempló la enorme pira de neón que se alzaba al otro lado del bulevar Las Vegas: el Flamingo.

Cuando empezó a crecer ante sus ojos, comprendió que estaba caminando hacia allí.

«Es miércoles por la noche. Seguro que tienen habitaciones.»

TREINTA
Te dejaremos jugar con chatarra

Susan lo esperaba, por supuesto. Ávida. Crane se desnudó a toda prisa, se metió en la cama con ella e hicieron el amor horas y horas, salvajemente.

No era consciente de haberse rendido al olvido del sueño. Había una botella entera de bourbon Wild Turkey en la habitación y, cada vez que Susan empezaba a desvanecerse bajo él, Crane apartaba la boca de la cálida humedad de la de Susan y se llevaba la botella a los labios; el alcohol le devolvía siempre la solidez sudorosa y exigente. Pero cuando se despertó, horas más tarde, el impacto fue casi audible.

Estaba tendido en la moqueta, desnudo en un retazo de sol, y pasó varios minutos sin mover más que los músculos precisos para respirar; necesitaba las últimas gotas de energía para contener el dolor que lo atenazaba de pies a cabeza y lo tenía clavado al suelo. Sentía el cráneo y la entrepierna vacíos, sucios, resecos como esqueletos de animales atropellados en la cuneta de la autopista.

Al final, un pensamiento se abrió paso como el superviviente que trepa por las ruinas de un edificio bombardeado: «Si eso ha sido sexo, aceptaré la muerte de buena gana».

Divisaba desde allí la botella vacía de Wild Turkey, tirada en la moqueta. Se dio cuenta, aletargado, de que ya no veía nada por el ojo de plástico.

Esos fueron todos sus pensamientos. Se incorporó de rodillas muy despacio y advirtió, medio mareado, que la cama estaba manchada de sangre y de bourbon, pero vacía. Consiguió ponerse en pie y caminó haciendo eses hasta la ventana, que no tenía cortinas.

Debía de estar en el piso décimo. Abajo se veía la enorme piscina ovalada, con los extremos curvados hacia el interior; y al borde oriental, como un paréntesis, el tejado rugoso de un edificio que reconoció al instante, aunque era la primera vez que lo veía desde arriba.

Se trataba del Flamingo original, el edificio escalonado de tres y cuatro pisos, una miniatura al lado de los rascacielos de cristal que lo rodeaban por tres costados y lo ocultaban del Strip. Lo asaltó una extraña melancolía al ver que, en el lugar donde había estado el jardín de rosas de Ben Siegel, había una explanada de cemento y tumbonas rosas ocupadas por figuras bronceadas.

Se apartó dando tumbos de la ventana y cogió los pantalones con manos temblorosas.

«Si tu ojo te hace pecar, arráncatelo —pensó—. Si la lucidez te hace pecar, sal y ahógala.»

Había una licorería en la calle Flamingo, justo detrás del edificio de aparcamiento del hotel. Después de recorrer los pasillos de la tienda de arriba abajo, separó un billete de cien dólares de un fajo que llevaba en el bolsillo y compró dos paquetes de seis Budweiser, y algo que de repente le pareció de la máxima importancia: una gorra de cuero barato con forma de corona, con animalitos plateados de plástico colgados por todas partes y LAS VEGAS impreso en dorado en la parte delantera. Al dependiente no le costó nada encontrar cambio de cien.

Crane se caló la gorra, se metió la bolsa bajo el brazo y echó a andar de vuelta al Flamingo. A los pocos pasos bajo el sol ardiente, sacó una lata de la bolsa de papel y la abrió.

«Aquí es legal beber por la calle», se dijo.

Tomó un trago frío y espumoso, y sonrió al sentir cómo le refrescaba los mecanismos recalentados. Pensó, citando a A. E. Housman:

> Sin duda, la malta explica mejor
> que Milton la guía de nuestro Señor.

Había aflojado el paso para disfrutar del calor seco matutino en la cara, y empezó a cantar:

> Desayuno de cervezas pop-pop-pop-pop-pop-pop… ¡las seis!,
> luché con la bebida y… me ganó,
> luché con la bebida y… me ganó.

Soltó una carcajada, dio otro trago largo y atacó otra canción:

> Empino el codo otra vez,
> y cargo esta pesada cruz otra vez,
> vuelvo al olvido otra vez
> y no recuerdo nada, nada, no recuerdo nada.

Detrás de la licorería había seis hombres sentados en círculo junto a un contenedor, y Crane se dirigió a ellos con paso tambaleante. Cuando estaba a pocos metros, lo miraron con desconfianza, y Crane advirtió que estaban jugando a las cartas. Cinco de ellos tendrían entre veinte y treinta años, pero el último aparentaba como cien: llevaba un traje informal verde lima de fibra sintética, y tenía el cuero cabelludo y las manos huesudas llenos de manchas marrones.

—¿Algún problema, borracho? —le soltó uno de los jóvenes a Crane, lanzándole una mirada hostil.

Crane sonrió y recordó que se había dejado el arma en la habitación.

—Pues sí, sí que tengo un problema: un montón de cerveza y nadie con quien beberla.

El otro se relajó y sonrió, aunque seguía con el ceño fruncido.

—Aquí nos gusta ayudar a los desconocidos. Siéntate.

Crane se sentó en el asfalto y apoyó la espalda en el metal caliente del contenedor. Estaban jugando al póquer a la baja, una variante en la que ganaba la peor mano, y las apuestas eran de veinticinco centavos. Pero, cuando le tocó hablar al viejo, vio que apostaba con óvalos marrones: eran centavos aplastados.

—Al doctor Meados lo dejamos apostar así porque es quien paga el alcohol —explicó el que se había enfrentado a Crane. Por lo visto se llamaba Wiz-Ding—. Si sigues portándote bien, a ti también te dejaremos jugar con chatarra.

Crane se rebuscó en los bolsillos hasta reunir un par de dólares en monedas de veinticinco y jugó unas cuantas manos, pero, como el día anterior, no paraban de salirle tríos altos y fulls servidos, que en póquer a la baja eran manos perdedoras.

—¿Jugáis mucho por aquí? —preguntó al cabo de un rato.

—Yo llevo toda la vida —respondió el viejo, el tal doctor Meados—. Antes jugaba junto a los cubos de basura del Flamingo… Había una especie de bungalows… y ahí estaba Frank Sinatra con Ava Gardner… —Dejó escapar una risita distraída—. Menuda boca tenía la muchacha. Qué palabrotas.

Entre trago y trago de cerveza, Wiz-Ding daba sorbos a una botella barata de vino generoso. No paraba de perder.

—Desde que has llegado, cada vez que pido carta saco pareja, aunque pida solo una —le dijo a Crane con gesto amenazador.

La cerveza empezaba a surtir efecto, pero Crane se dio cuenta de que era mejor que se marchase.

—Con las cartas que me han salido a mí, ya me gustaría estar jugando al póquer normal —dijo en tono pacificador—. Os habéis quedado con todas mis monedas. —Se apoyó en el asfalto para darse impulso y levantarse—. Voy a sacar el dinero del plan de pensiones y vuelvo.

Wiz-Ding le pegó un puñetazo cuando aún estaba levantándose y lo hizo caer de costado. Crane agitó los pies en el aire, aturdido; sentía un dolor lacerante en la cuenca del ojo izquierdo. Cuando consiguió darse la vuelta y ponerse en pie, tenían agarrado a Wiz-Ding entre dos para contenerlo.

—¡Lárgate! —le gritó a Crane uno de ellos.

El doctor Meados miraba alrededor con los ojos desorbitados.

—El ojo —masculló—. ¿Qué le ha pasado en el ojo?

Crane recogió la gorra, se la puso y se levantó. No era tan idiota para soltar una frase lapidaria a modo de despedida ni para intentar recuperar las cervezas que quedaban. Saludó con una inclinación de cabeza y se volvió a la licorería.

Recordando sus lecturas de Omar Jayam, pensó:

> Una copa tras otra en las que ahogar
> el recuerdo de aquella impertinencia.

Cogió otros dos paquetes de seis cervezas de la nevera y los llevó al mostrador, pero el dependiente le echó un vistazo al ojo izquierdo, que se hinchaba por momentos, y negó con la cabeza.

Crane suspiró y salió con las manos vacías al calor de la calle Flamingo.

En cuanto vio el Camaro azul descapotable parado junto a la acera, recordó que esperaba que acudiese. Susan, al volante, parecía completamente sólida: la luz del sol se reflejaba sin artificio en el rostro fino y de piel blanca, y lucía una sonrisa radiante.

Crane se detuvo diez segundos y se dirigió al coche a rastras. Al abrir la puerta del copiloto, había una lata de Budweiser recién abierta en el asiento, así que dejó que las circunstancias decidieran por él.

«Esto también es legal —pensó mientras se llevaba la lata a los labios; se sentó y cerró la puerta con la mano libre—. Es el conductor el que no puede beber.»

—¿Qué te ha pasado en el ojo, cariño? —preguntó Susan. Se incorporó al tráfico y cambió al carril izquierdo para girar.

—Un tal Wiz-Ding.

Tenía el ojo tan hinchado que casi se le cerraba, pero por suerte volvía a ver por el de plástico. Por el momento, todo parecía normal: el cielo azul; la fachada roja del casino Barbary Coast, a la derecha; el cartel alto del Dunes, al frente, con el baile de luces ondulantes aún perceptible pese al sol.

—Ah, él. —Susan se echó a reír y Crane comprendió que, fuera lo que fuera aquella cosa con forma de mujer, conocía muy bien a todos los bebedores suicidas. Aquello lo puso celoso—. Nada de elefantes rosas para él, pues. ¿Qué te parece apropiado que le mande?

—¿Qué tal un bicho blanco de esos, un niño de la tierra? —respondió Crane, que se sentía aún como si le hubieran dado una paliza con bates de béisbol.

Susan se echó a reír de nuevo y giró a la izquierda por el Strip.

—No me digas que aún me guardas rencor por eso. Era una mujer despechada. Te había protegido del delirium tremens; luego vas y me reclamas; acudo, cambias de idea y me entregas a tu amigo. —Clavó un momento en él los ojos plateados—. Podría haberte mandado algo mucho peor que una rata y un bicho en la otra punta de la habitación.

Crane se imaginó que se le metían en la cama unos niños de la tierra gordos y de patas gruesas, y se estremeció pese al calor sofocante.

—Sin rencor —dijo con un ademán despreocupado—. ¿Adónde vamos?

—Has perdido la memoria casi del todo —señaló Susan con aprobación—. Vamos a dar un paseo por el desierto; allí nos espera una capilla en ruinas. Te dará un gran beneficio espiritual: te ayudará a prepararte para… convertirte en el rey.

«O viceversa —pensó Crane, distraído—. Ayudará al rey a prepararse para convertirse en mí.»

Ya se había terminado la lata que tenía en la mano.

—Vamos a parar en una licorería para aprovisionarnos —dijo Susan, que, por supuesto, se había percatado del problema. Dejó escapar una risita—. Oye, cuando te dije que te compraras un sombrero, me refería a algo más…

Crane arqueó una ceja con insolencia.

—¿Tienes algo en contra de mi criterio en materia de complementos masculinos?

—En fin, es un amarillo canario tirando a negro —concedió Susan.

Pese a la neblina alcohólica en la que estaba sumido, le dio un vuelco el corazón. Aquella frase era de uno de los libros favoritos de Susan (de la verdadera Susan, de la Susan muerta) y suyos: *Entrebrumas*, de Hope Mirrlees. La protagonista, distraída, se ponía ropa amarillo canario estando de luto y, cuando se lo reprochaban, respondía que era un amarillo canario tirando a negro.

¿Acaso aquello que estaba al volante era, en cierto modo, la verdadera Susan? Y si pretendía insinuar que Crane debería guardar luto, ¿era por Diana? ¿O por la propia Susan? ¿O tal vez por él mismo?

Se detuvieron en el aparcamiento de una pequeña licorería al sur del Aladdin, desde donde se veían las estridentes torres multicolores del Excalibur. Encima de la puerta, un cartel estilo años cincuenta anunciaba: PARAÍSO DEL LICOR.

—Te espero aquí. —Susan apagó el motor.

Crane asintió y salió del coche. Miró con sorpresa la puerta de cristal, porque le había parecido ver entrar a un niño encogido… y, sin embargo, la puerta estaba inmóvil, probablemente desde hacía horas o días. Se encogió de hombros y pasó.

En el interior, tras la luz implacable del desierto, reinaba la penumbra, y las estanterías le parecieron abarrotadas de verduras en conserva con etiquetas descoloridas. Bajo un estante alto, lleno de polvorientas licoreras de cerámica de coleccionista en forma de Elvis, se veían el mostrador y la caja registradora; y también, aunque no a primera vista, una anciana con una estrella tatuada en la cara, de oreja a oreja y de la barbilla a la frente.

La saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió al fondo de la tienda. Por lo visto, era el único cliente.

En la parte de atrás había una nevera, pero estaba llena de botellitas

de alcohol barato: Thunderbird, oporto blanco Gallo y Night Train, entre otras marcas de vino generoso. «A buen hambre no hay pan duro», pensó con una sonrisa.

En la cara interior del cristal de la nevera había un anuncio de un vino llamado Perro Rabioso. «¡Di guau!», recomendaba.

La marca le recordó algo, algo de lo que un niño herido, al parecer, podía desembarazarse, algo que otro podía recoger y encontrar reconfortante, pero no le pareció oportuno tirar del hilo de los recuerdos. Abrió la puerta, cogió dos botellas en cada mano y se dirigió a la caja.

Ozzie acababa de pasar junto a la licorería en el Mustang color crema de Diana cuando el Camaro entró en el aparcamiento, pero el Jaguar gris se detuvo tras él junto a la acera del Strip y comprendió, abatido, que era el gordo. Mientras seguía al Camaro desde la licorería cercana al Flamingo, aún tenía esperanzas de que fuera un Jaguar cualquiera.

Se metió en el aparcamiento de una agencia de viajes y dio la vuelta; así estaría listo para salir en cuanto arrancaran los otros dos coches.

Llevaba la baraja de mujeres desnudas esparcida por el asiento del copiloto. Era deprimente mirarlas, aunque al final lo habían guiado hasta Scott. Las recogió, alineó los cantos y se las guardó en el bolsillo de la camisa.

«Cartas sucias en el bolsillo», pensó. Se pasó los dedos por la barbilla. Ojalá le hubiera dado tiempo a afeitarse, por lo menos.

Contempló la autopista abrasadora y el solar de hierbajos resecos de más allá, al otro lado del parabrisas polvoriento.

«Las Vegas —pensó—, donde el nivel freático espiritual es tan bajo como el real; donde tienen el índice de suicidios más alto del mundo; donde esta zona del Strip se llama Paradise no porque tenga el menor parecido con un edén, sino porque antes había un club llamado Pair O'Dice.

»No es el lugar que habría elegido, pero sabía perfectamente qué había… en las cartas. Compré esta mano el sábado por la mañana en aquella partida de póquer de siete cartas con apuestas de dos y cuatro dólares, en el casino Commerce, en Los Ángeles.

»El dos de picas significaba separación, partida, decir adiós a los seres queridos; el tres de tréboles, un segundo matrimonio para uno de los seres queridos, o para los dos; el cinco de diamantes era un regalo de bodas, una promesa de prosperidad y felicidad para ese o para esos matrimonios, y el nueve de corazones, la carta de los deseos, era otro regalo de bodas, para hacer las ambiciones realidad.»

Esas eran para Scott y Diana. Las tres cartas que tenía bocabajo eran lo que debía comprar para sí mismo si quería comprarles vida a ellos:

el cuatro de corazones, la carta del solterón, que lo representaba a él; el ocho de diamantes, una persona de edad avanzada que se alejaba de casa, y, por supuesto, el as de picas, que era la muerte.

Se removió en el asiento y le llegó una vaharada del perfume de Diana.

«Tiempo —pensó—. Tiempo… Tiempo… Tiempo.»

Pero se dio una palmadita en el bolsillo de la chaqueta y sintió una calma lúgubre al notar el bulto del pequeño revólver del 22 cargado con balas de punta hueca.

«Has tenido tres días —se dijo—. Es suficiente.»

TREINTA Y UNO

¿Buscas a tu padre?

Susan se incorporó a la I-15 al sur de la ciudad. Durante un trecho, los conos rojos limitaban la autopista a un solo carril, pero apenas había tráfico, así que no tuvo que bajar de sesenta por hora. Al dejar atrás las obras, aceleró hasta ciento diez o ciento veinte. Las casitas y los ranchos dispersos del desierto eran como fuertes defensivos a ojos de Crane.

Allí, al sur de Las Vegas, una vez quedaban atrás las torres y las calles, el paisaje se ensanchaba; la vasta llanura que los rodeaba no era plana por completo, sino que iba elevándose hacia las montañas distantes. Crane imaginó que, si un coche aparcara allá a lo lejos sin echar el freno de mano, rodaría hasta la autopista, aunque no se vería desde allí.

En el descapotable, la brisa caliente le agitaba el pelo entrecano y el sol le pesaba en los brazos y las piernas, así que abrió una botella helada de Perro Rabioso y dio un trago largo.

El vino, oscuro y mucho más áspero que la cerveza, le encendió un fuego que repelía el calor del desierto. También le sirvió para despertarse, para quitarse de encima la neblina de estupor; se dio cuenta, satisfecho, de que ya no la necesitaba. La muerte de Diana y los problemas de Ozzie y Arky le eran indiferentes.

«Por fin —pensó—. Esto es la madurez pura y dura; así se siente uno cuando no necesita un padre en absoluto.»

—¿Quieres de esto? —le preguntó a Susan, tendiéndole la botella.

—Yo soy esto, cariño —respondió ella sin apartar la vista de la carretera—. ¿Cómo te encuentras?

Crane pensó un momento para darle una respuesta sincera.

—Desapegado —dijo.

—Bien.

Junto a la autopista, a la derecha, se divisaba un edificio de piedra ruinoso; Crane se echó hacia delante al notar que el vehículo aminoraba la marcha.

Observó el edificio al que, por lo visto, se dirigían. Era difícil distinguir el contorno por culpa de los espejismos: los muros grises y semiderruidos parecían alejarse tierra adentro y, al cabo de un instante, semejaban los restos de una iglesia abandonada.

Sintió una punzada de desconfianza en medio del nítido optimismo de la borrachera matutina.

—¿A quién venimos a buscar? —preguntó con cautela.

—¿Buscas a tu padre? —preguntó Susan con voz burlona. Era un chiste que su verdadera esposa, su esposa muerta, le había contado hacía muchos años—. Claro, ¡aquí se perdió!

Giró el volante y se detuvo en la cuneta de gravilla. Al apagarse el motor, el silencio inundó el coche, pero se desvaneció ante el silbido del viento en la escasa maleza, en torno a los muros de piedra desiguales.

Al salir del coche, con la bolsa en una mano y la botella que estaba bebiéndose en la otra, Crane vio que detrás de ellos, a cien metros, aparcaba un Jaguar gris; un momento más tarde, un Mustang color crema pasó de largo y levantó una nubecilla de polvo.

Sabía que, si hiciera un esfuerzo, se acordaría de los dos coches; pero no pensaba hacerlo. Estaba bastante convencido de haber dejado atrás las emociones, junto con el cascarón vacío de su juventud.

Susan se había alejado tres pasos por la arena, hacia la entrada coronada por un dintel de piedra erosionado, como un fragmento de Stonehenge. Se volvió.

—Vamos.

Crane levantó la botella y bebió otro trago frío de Perro Rabioso.

—¿Por qué no?

La entrada daba a una zona circular sin techo, con un suelo de arena ondulante color hueso. Por el terreno irregular había cactus secos que parecían crucifijos colocados al azar. Crane se frotó el ojo de plástico, perplejo, incapaz de calcular la distancia hasta la pared del fondo.

Susan le quitó la bolsa y lo cogió de la mano. Mientras avanzaban lentamente por la arena, a ella se le resecó la mano y se le tornó nudosa; Crane dio unos tragos al vino para devolverle la carne y enseguida tuvo que dar otros más.

El sol era un trozo de magnesio que ardía en la bóveda del cielo, blanquecino. Crane sentía que se encogía con el calor seco.

Hasta las piedras que pisaba parecían debilitadas por la podredumbre, esponjadas por dentro; vio escabullirse serpientes y escorpiones inorgánicos, compuestos de piedras preciosas y minerales pulidos, y cascarones secos de pájaro que rodaban por el aire chirriando como el cristal al romperse.

Sabía que, si pudiera abrir el ojo izquierdo, vería un paisaje muy diferente del que le mostraba el derecho, el artificial.

Al salir del coche, había avistado retazos verdes y flores blancas, rojas y anaranjadas que habían brotado con la lluvia de la noche del martes; pero, después de entrar en las ruinas de la capilla y recorrer un trecho, no había visto más que piedra, arena y cactus pardos. Al pasar junto a los primeros cactus, se dio cuenta de que estaban abiertos por la mitad y mostraban un interior poroso endurecido,

como médula de huesos resecos.

También a él se le estaban empezando a secar y agrietar las manos, así que soltó la botella, ya vacía, y sacó otra de la bolsa que llevaba Susan; desenroscó el tapón y fue bebiendo con más frecuencia, para mantener la sustancia de los dos. Un sudor acre le perlaba la frente, bajo la visera.

El viento cantaba entre los bordes salientes de las paredes, como un coro monótono que escapase de la garganta reseca del estúpido desierto y al que una senilidad profunda y maligna hubiese dejado sin mensaje.

Ozzie había dado media vuelta en la cuneta y conducía el Mustang rumbo norte, de camino a las ruinas solitarias que, como sabía, no tenía ningún sentido que estuvieran allí. Aminoró la marcha y se apartó al margen oriental de la autopista al ver que el gordo y un hombre de pelo blanco franqueaban la entrada de piedra. Un tercer hombre, más joven, con uniforme marrón de guardia de seguridad, había salido también del Jaguar gris, pero se había quedado en la cuneta vigilando a Ozzie mientras aparcaba al otro lado de la autopista.

Ozzie se fijó en la cartuchera que llevaba al cinto.

«Bueno, yo también voy armado —pensó mientras apagaba el motor—. Solo tendré que encargarme de él, sin olvidar para quién trabaja.»

Se abotonó la chaqueta con dedos temblorosos, abrió la puerta al calor del desierto y emprendió el laborioso proceso de desencajar el bastón de aluminio del lado del acompañante.

A su espalda, oyó las pisadas del guardia contra el asfalto, cada vez más cercanas. Hizo caso omiso del grito desesperado y horrísono que le llenaba la mente, y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta del traje.

En toda su vida, que había sido larga, solo había tenido que apuntar a alguien con un arma en cuatro ocasiones, y las cuatro había acabado con náuseas y tiritando. Nunca había disparado a nadie.

El joven le gritó algo.

Ozzie volvió la cabeza y lo miró; ya había llegado detrás de él.

—¿Qué?

El tipo tenía la mano morena en la culata de cuadros del revólver del 38, aún enfundado.

—He dicho que se aparte del coche, joder. —Desenfundó y le apuntó a las rodillas—. No lleva plumas, así que debe de ser el viejo. El doctor Meados, ¿no?

«Hecho», pensó Ozzie.

—El mismo, hijo.

—El señor Leroy ha dicho que igual se presentaba aquí. No puede pasar. Tengo instrucciones de matarlo si intenta seguirlos, y no me lo

pensaré dos veces.

—¿Puedo sentarme en el Jaguar y poner el aire acondicionado?

El joven le clavó una mirada severa; seguía apuntándole a las rodillas. Desvió la vista hacia el Jaguar, al otro lado de la autopista, pero fue solo un instante.

—Claro, por qué no.

—¿Me sacas el bastón del coche? No me puedo agachar…

El joven miró a Ozzie exasperado; saltaba a la vista que se preguntaba si valía la pena registrarlo.

—Bah, qué más da —resolvió. Se guardó el arma y se dirigió hacia el Mustang.

«Que Dios me perdone —pensó Ozzie—. No olvides para quién trabaja. Es uno de sus soldados.»

Se apartó de la puerta. Cuando el guardia se inclinó, Ozzie se sacó el revólver del bolsillo de la chaqueta, alargó la mano y le rozó el cabello rizado de la nuca con el cañón.

Sintió que el alma se le marchitaba en el pecho cuando apretó el gatillo.

El hombre cayó de bruces contra el asiento, dobló las piernas y, durante un instante, las estiró mientras se revolvía, resoplaba y gruñía; al final quedó inerte. Ozzie miró a un lado y a otro de la autopista desierta con los ojos empañados por las lágrimas.

El disparo, amortiguado por el coche, había sido apenas un chasquido, y sabía que el viento se había llevado el sonido antes de que nadie lo oyera.

Se planteó doblarle las piernas y colocárselas bajo el volante; luego se planteó sacar el bastón de debajo del cadáver.

Al final se inclinó sobre las anchas espaldas del hombre, resuelto a clavar la vista en la cartuchera y no en la sangre; extrajo el revólver, se dio la vuelta y cruzó cojeando, sin ayuda, la autopista, hacia la capilla peligrosa de la tierra baldía.

TREINTA Y DOS
Más cerca

Crane y Susan caminaban entre filas de zanjas paralelas, como si recorrieran las ruinas del Coliseo; parecían un laberinto de pasillos subterráneos cuyo techo se hubiera derrumbado tiempo atrás. Las zanjas les protegían los ojos de la arena arrastrada por el viento, pero nada podía defenderlos del azote del sol.

Cada vez que ascendían por una loma de arena para volver al nivel del suelo, Crane advertía que la pared del fondo se había acercado un poco.

La herida del muslo, que ya tenía casi curada, había empezado a sangrarle otra vez; estaba dejándole una mancha negra y brillante en los vaqueros.

Por fin, tras un último ascenso, vio que entre el muro y él solo se interponía una llanura arenosa, y advirtió una antigua abertura en el muro, tapada por un estepicursor.

Se dio la vuelta para calcular la distancia que habían recorrido, pero dio un respingo y soltó un taco al ver qué pendía del cactus más cercano.

Era un cadáver reseco colgado cabeza abajo. Tenía un tobillo atado a la parte superior del cactus y, en su momento, la gravedad había flexionado la rodilla de la otra pierna, seca ya como un leño, y la había paralizado para siempre en esa posición. La deshidratación había conferido una expresión de sosiego al rostro.

En aquel momento, el cadáver abrió los ojos; el blanco resplandecía contra el pellejo parduzco de la cara. Crane soltó un grito y retrocedió a trompicones para alejarse de la mirada perdida y llena de maldad que encerraban las pupilas negras.

—Ya lo recuerdas —dijo Susan tras él, tocándole un brazo—. Ve a conocer a los otros.

Crane, entumecido, se dejó guiar hacia la entrada.

El estepicursor que la bloqueaba era grande como un horno. Mientras lo enfocaba con la mirada, estalló en mil ramitas; una explosión hueca sacudió el aire recalentado, y Crane comprendió que alguien había disparado contra la planta.

Se detuvo y miró los restos de la mata seca y redonda.

Solo se volvió cuando oyó los dos chasquidos metálicos: la recarga de la escopeta.

A pocos metros, el hombre gordo caminaba con cautela por el terreno desigual; iba vestido con traje y llevaba la escopeta bajo el

brazo, apuntando al suelo. Crane se alegró en cierto modo de que aquel día no apareciera como la esfera verrugosa. Lo seguía a pocos pasos otro hombre, pero Crane no consiguió enfocarlo con el ojo artificial. Por lo visto, los habían seguido por una zanja paralela.

—Ven a conocerme —dijo Susan, que aún tenía los dedos huesudos en el brazo de Crane.

Este se dejó llevar a través de la puerta de piedra. Se adentró unos pasos en la explanada de arena sin techo del otro lado, y se volvió hacia Susan.

Empezó a darle vueltas la cabeza, conmocionado, pero apenas si reculó un par de pasos.

Susan se había despojado de toda la ropa mientras no la miraba. Si Crane se hubiera dado cuenta, la habría alertado de lo que sucedería, de lo que ya había sucedido: se había resecado de pies a cabeza y su desnudez resultaba espantosa.

Era un esqueleto cubierto de pellejo fino y arrugado por el sol. Los pechos eran colgajos vacíos, y la entrepierna, un agujero abierto en una muñeca rellena de serrín. Había abierto tanto los ojos y la boca que no podía cerrarlos; la lengua y los globos oculares se le marchitaban y dejaban escapar vapor.

Pero no había dejado de sonreír. Con un pie huesudo y parduzco, arrancó de una patada un bejín grande. Luego avanzó a zancadas hacia otro y lo arrancó también.

Crane se dio cuenta de que la arena estaba llena de bolas como esas; al enfocarlas, descubrió que eran cabezas de personas, enterradas hasta el cuello en el desierto, que lo miraban con los ojos muy abiertos y con cara de sufrimiento. También los brazos sobresalían del suelo, con abanicos de naipes en las manos.

Susan iba dando brincos de acá para allá, agitando en el aire los largos brazos parduzcos como un mono, y solo se detenía entre salto y salto para arrancar a patadas otra cabeza más.

El coro senil del viento entre las ruinas se oía allí más alto y a Crane le entró un ansia irrefrenable de beber.

Apenas quedaba un dedo de líquido reconfortante en la botella; se la llevó a la boca… y se atragantó, bajó la cabeza y la llenó de vómito sanguinolento. La lanzó por los aires y la sangre que salpicaba se convirtió al momento en polvo reseco.

Susan se había alejado por el desierto, saltarina, con las otras dos botellas. Tal vez aminoraría el ritmo por él.

Georges Leon observó, a través de los ojos legañosos de Richard Leroy, cómo se tambaleaba Crane tras la figura saltarina de la Muerte, y Leroy frunció los labios con la sonrisa satisfecha de Leon.

Todo iba bien. Si había acompañado a Trumbill en aquella iniciación era porque Scott Crane tenía algo que le había causado

inquietud cuando estaba en el cuerpo de Betsy Reculver.

Suspiró al pensar en Reculver, a la que Trumbill había enterrado intacta, siguiendo sus órdenes, en el patio trasero de la casa del paseo Renaissance.

Betsy Reculver tenía diecinueve años cuando la conoció, en la primera partida del lago, en 1949. Por aquel entonces era una belleza pícara de piernas largas; el flequillo castaño le caía sobre los ojos cuando miraba las cartas, y esbozaba una sonrisa traviesa cada vez que subía una apuesta. Al cortar la baraja para la asunción y ganar su cuerpo, Leon había recordado con amargura las cicatrices que le surcaban la entrepierna amorfa y había deseado poder convertirla en su reina literalmente, y no uno de sus hijos honorarios.

En 1969, veinte años después, en aquella misma capilla en ruinas conjurada por arte de magia, había visto por última vez a la persona que había sido. Claro que, para entonces, el alcohol y las pesadillas ya le habían arrebatado el encanto, pero tenía treinta y nueve años y seguía siendo una belleza despampanante. Y había seguido con la cabeza muy alta a Dioniso-Muerte, que para ella, según recordaba Leon, había adoptado la forma de su padre, allí mismo, en la capilla ruinosa de la tierra yerma.

Todos solían proyectar la imagen de un familiar en el rostro destructor de Dioniso. En el caso de Crane, había sido durante un tiempo el fragmento ajado de un chiquillo, pero allí, al final, había vuelto a adoptar la forma de su esposa muerta…, hasta que se había despojado de todos los disfraces para alzarse, desnudo e innegable, ante él.

Aun así, como cabía esperar, Crane aún lo seguía.

Leon se volvió hacia los muros irregulares que ocultaban la autopista. No percibía ninguna personalidad humana por allí, ni siquiera la del guardia de seguridad. Quizá se había dormido y no soñaba.

¿Los seguiría hasta allí su cuerpo original, que tenía ya noventa y un años? Leon sabía que debería tener más vigilado al vejestorio; cuando menos, contenía su ADN. Si alguna vez se hacía realidad la clonación humana, aquel recipiente senil de sangre podría utilizarse para fabricar una copia de su cuerpo real, con genitales incluidos; así, Leon podría asumirlo en una partida y volvería a estar como en 1948, antes del catastrófico disparo.

Escupió en la arena, a sus pies, y observó cómo chisporroteaba la saliva. Sin embargo, el doctor Meados era una caricatura humillante, y Leon se había asegurado de que hubiera muestras suyas repartidas por bancos de sangre de todo el mundo.

«A ver si el viejo de mierda se pone delante de un autobús un día de estos —pensó—. Yo no seré responsable; no habré matado en ningún

sentido nada que se pueda decir que sea yo.»

Leon miró a Trumbill, que estaba a su lado masticando otro palito de apio y no paraba de sudar. La velocidad con que se sacaba tentempiés de los bolsillos había aumentado desde que la figura de la Muerte se mostraba sin disfraz.

—Voy a seguirlo a través de otro arcano mayor —le dijo Leon.

Trumbill asintió con la boca llena y echaron a andar otra vez.

Ozzie había recorrido el muro semiderruido por fuera, agazapado, con el sudor entrándole en los ojos. Iba jadeando y rechinando los dientes por el dolor del hombro, que se le había entumecido de tener que aguantar cinco naipes todo el rato. Los llevaba frente a él, mirando hacia delante, así que cada vez que levantaba la vista veía cinco veces a la mujer desnuda y sonriente del dorso. No dejaba de acordarse de los soldados de Macduff, en *Macbeth*, que se camuflaban con ramas para acercarse con sigilo al castillo de Dunsinane.

Cada treinta metros se detenía, caminaba a contrapelo trazando un círculo en el sentido contrario a las agujas del reloj, estiraba los dedos y cogía con torpeza cinco cartas diferentes para ocultarse. Siempre buscaba cartas llenas de contradicciones, como impotencia y promiscuidad, o infancia y senectud, o histeria y astucia. Aquellas combinaciones formaban conjuntos de medida nula y no denotaban ninguna premeditación humana; al mismo tiempo, eran un reflejo fiel del lugar y, por tanto, le servían como camuflaje psíquico.

Las enormes piedras grises de las paredes parecían erosionadas por siglos de inclemencias, pero de cuando en cuando distinguía figuras grabadas con tanta profundidad que aún resultaban visibles, siquiera como tenues rasguños a la luz directa del sol. Divisó lunas y soles angulosos, inscripciones que parecían rutas de autobuses (líneas largas con sombreados a rayas en ángulos diferentes) y, en un punto concreto, un pez rudimentario que le mordía el vientre a un venado.

Algunas piedras contra las que se apoyaba estaban frías; otras, oscuras como si estuvieran a la sombra, aunque en el cielo azul cobalto no se veía ni una nube, y dos rezumaban una agüilla que sabía a salitre, como descubrió Ozzie al llevarse las yemas de los dedos a la boca. Estaba claro que aquella catedral en ruinas, o lo que fuera, no se encontraba por entero allí, y quizá tampoco en ningún otro tiempo.

Había tenido buen cuidado de no barajar las cartas: solo Dios sabía qué poderosas combinaciones antiguas adoptarían y qué atención atraerían sobre él.

Cada vez que llegaba a una fracción muy derruida del muro, se arriesgaba a echar una mirada. Crane y la mujer con la que iba habían tardado tanto en recorrer las zanjas que había conseguido seguirles el ritmo pese a su andar titubeante; el hombre gordo y su compañero canoso, por supuesto, se limitaban a seguir a Crane.

Las cuatro figuras del interior se habían detenido ante la segunda puerta, vacilantes; Ozzie las observó agazapado tras una sección del muro que le llegaba a la cintura. El gordo disparó la escopeta; Ozzie se irguió al instante y le apuntó a la espalda con el cañón reluciente del revólver del guardia, pero enseguida se dio cuenta de que solo había volado una planta.

Bajó el martillo del revólver con dedos temblorosos. Estaba demasiado lejos para disparar; el del pelo blanco se habría puesto a cubierto para devolver los disparos, y era el que le interesaba de verdad.

El padre biológico de Crane, que seguramente había ordenado la muerte de Diana, debía de estar en ese cuerpo. Hasta cabía la posibilidad, aunque remota, de que fuera el único cuerpo que le quedaba al caníbal psíquico.

«Ya va siendo hora de que me deje de rodeos y llegue más cerca —pensó—. Pero ¿seré capaz de disparar a alguien por la espalda, sin previo aviso?»

Aún no podía asumir que le había descargado un tiro al guardia en la nuca; era demasiado traumático, como mirar al sol del mediodía con los ojos abiertos.

«Cuando llegue el momento lo veremos.» Se metió el revólver en la cintura y se encaramó con torpeza al muro, frío y húmedo bajo el sol abrasador.

Crane apenas había recorrido diez metros en pos de su espantosa prometida cuando le falló el muslo herido y cayó de bruces contra la arena ardiente. Las hormigas, como virutas de cobre enrolladas, le treparon rápidamente por las manos.

Oyó pisadas tras él y se volvió. El hombre gordo y su difuso acompañante habían cruzado la última puerta y estaban a pocos pasos. Por el ojo artificial, Crane percibía el rostro del acompañante como un borrón luminoso, titilante, como si fuese un remolino.

Y de repente vio a un tercer hombre a la sombra de la puerta semiderruida, detrás de los otros dos. Tardó un momento en reconocerlo: era su padre adoptivo, Ozzie, que llevaba una bolsa de malla con tres copas de oro, y una cuarta copa en la mano derecha.

No sintió más que impaciencia; estaba seguro de que su padre adoptivo no tenía nada importante que aportar allí, pero cerró el ojo derecho y se abrió el izquierdo con las manos.

Ozzie tenía un revólver de acero y apuntaba con mano firme a los otros dos, a la espalda. Parecía titubeante.

—¡Alto! —gritó al final.

Los dos se volvieron hacia la voz repentina y, cuando aún no habían terminado de girarse y el gordo levantaba el cañón de la escopeta, el arma de Ozzie rugió dos veces.

El hombre del rostro difuminado se sacudió con violencia; la sangre salpicó a Crane mientras el hombre salía despedido hacia atrás y caía de espaldas, con la nuca reventada en la arena. El hombre gordo también se tambaleó, pero consiguió apuntar la escopeta y disparar.

El impacto levantó a Ozzie por los aires y la camisa blanca le estalló en un surtidor rojo.

La madurez seca de Crane también saltó en pedazos con la explosión; abrió la boca en un grito de negación sin palabras y echó a correr hacia Ozzie.

El gordo se volvió con torpeza y, con una mueca, deslizó el guardamanos atrás y adelante. El mecanismo del arma no hizo el menor ruido en el zumbido del aire rasgado.

El cañón apuntaba a la rodilla de Crane, que se detuvo deslizándose en la arena.

El gordo estaba blanco como la leche y le caía sangre por la ceja derecha y por el cuello: el disparo de Ozzie le había abierto una brecha en la sien. Estaba diciendo algo muy despacio, pero Crane era incapaz de oír nada. Y entonces el gordo miró el cadáver de su compañero.

Crane se sentía vacío y vapuleado, como si el disparo le hubiera acertado en el pecho a él. No podía mirar a Ozzie, así que siguió la mirada del gordo.

El remolino cambiante de los rasgos del cadáver se detuvo un poco y Crane distinguió los rostros que se sucedían: era un hombre mayor con corona, luego un hombre moreno muy bronceado y luego un niño. El hombre moreno era Ricky Leroy, claro, el que había organizado la partida de asunción del lago en 1969… Pero Crane cayó de rodillas, conmocionado, al reconocer el rostro del niño.

Era Richard, su hermano mayor, al que casi había olvidado; su compañero de juegos de la infancia, antes de que perdiera la personalidad y ocupara su puesto como vigía en el tejado del bungalow de la avenida Bridger.

Los rostros cambiantes se sucedían cada vez más despacio; al final solo quedó el hombre mayor, ya sin corona, tendido en el suelo pedregoso.

Crane se afianzó en la arena con una mano, extendió la otra con un titubeo y tocó el pelo blanco salpicado de sangre, pero aquello era un cadáver desde hacía mucho tiempo, al menos desde 1949.

Por fin, levantó la cabeza y se arrastró a gatas hasta Ozzie, que yacía ensangrentado e inmóvil sobre la gravilla.

Vio por el rabillo del ojo que el gordo se agachaba a recoger el revólver y se alejaba con pasos pesados por donde habían venido, hacia donde esperaban la autopista y el Jaguar, y de pronto advirtió una silueta acuclillada junto al cadáver de Ozzie.

Era Susan, la Susan reseca, que miraba a Crane con una sonrisa hambrienta, como una luz brillante vista a través de una pecera envenenada. Las cabriolas enloquecidas le habían hecho trizas el pellejo correoso: se había convertido en un esqueleto asexuado, envuelto apenas en unos frágiles jirones de tejido orgánico.

Crane comprendió que ya no era la bebida, Dioniso. Era la Muerte indiferente. Sin aliados.

Y se había llevado a Ozzie. Crane no podía ni mirar el pecho destrozado, así que clavó la vista en las manos arrugadas que tantas cartas habían sostenido, descartado y robado, y que ya no tenían nada de nada.

Muy despacio, la Muerte extendió un dedo esquelético y le tocó la frente a Ozzie. Este se desintegró en polvo gris, y solo quedó el traje triste y arrugado.

Un instante después, una ráfaga de viento ardiente le llenó a Crane de arena los ojos y, con un remolino, se llevó la ropa y el polvo más allá de los muros en ruinas, hacia el inconmensurable desierto.

Crane, derribado por el viento repentino, esperó a que soplara hacia las montañas para incorporarse y quitarse la arena de los ojos. El esqueleto animado había desaparecido; su única compañía entre las ruinas desoladas era el cadáver de Leroy.

El viento le había arrancado a Crane la ridícula gorra y el sol le abrasaba la cabeza. Se puso en pie con dificultad y miró las ruinas que lo rodeaban.

«Te parece que a tu viejo le falta un tornillo, ¿verdad?», recordó que le había dicho Ozzie aquella noche de 1960, cuando habían acudido en busca de Diana; lo vio salir corriendo tras él desesperado por las escaleras del hotel Mint, entre sollozos y súplicas, cuando se iba a la partida del lago, en 1969, y recordó lo frágil y pulcro que le había parecido el sábado anterior por la mañana, ¡hacía tan solo cinco días!, cuando se había reunido con él en Balboa, en compañía de Arky.

«Vuelve con las novelas de Louis L'Amour, con las pipas Kaywoodie», le había dicho Crane el día anterior. Pero el viejo había preferido no entrar en esa noche libre de inquietud, no dejarse arropar por la muerte de la luz.

¿Y Crane? ¿Querría dejarse llevar?

Observó las salpicaduras negras del muro de piedra; sangre de Ozzie, seguramente.

«No, de momento no.» Echó a andar cojeando hacia la autopista.

TREINTA Y TRES
También tengo un regalo para Scott

Diana recorrió a grandes pasos la balconada de la primera planta, a la luz dorada del atardecer. Iba mirando los números de los pisos. Abajo, en el patio, había una piscina y el aire olía a cloro.

Se había pasado el día en la ladera de césped del Colegio Universitario del Condado de Clark, la mitad del tiempo dormitando con la mantita hecha una bola como almohada, la otra mitad angustiándose. Recordó todas las veces que había pensado en lo maravilloso que sería tener tiempo para ella, sin Scat ni Oliver, pero no dejaba de pensar en ellos. ¿Habría llevado Ozzie a Oliver a Searchlight, a casa de Helen Sully? Diana la había llamado, pero no le cogía el teléfono. Tal vez Funo o algún otro los había seguido y los había matado a los dos. Tal vez algún contrincante de ese juego terrible había ido al hospital a asesinar a Scat desde su última llamada.

Desde la explosión, no había dejado de repetirse que los niños estaban más seguros lejos de ella, pero la sola visión de la luz del sol sobre los árboles la hacía sentir tan culpable que se le revolvía el estómago. No podía ni pensar en Scat despertándose solo en el hospital, ni muriendo solo, ni en Oliver dándola por muerta y rodeado de gente desconocida.

Se detuvo en la puerta 27; hizo un esfuerzo por respirar hondo y recordar su objetivo. Solo había estado allí una vez, de noche, y no tenía muy fresco el camino, pero según los buzones de la planta baja allí vivía Michael Stikeleather.

Llamó con los nudillos y al poco vio como se oscurecía la mirilla; oyó que descorrían la cadena y se abrió la puerta.

«Un surfista mayorcito perdido en el desierto», pensó cuando Mike le dedicó una sonrisa de grata sorpresa.

Vestía pantalones azul celeste y una camisa blanca abierta hasta medio pecho para mostrar los rizos de vello dorado. Llevaba la camisa por fuera, probablemente para disimular la barriga incipiente.

—¡Me acuerdo de ti! —dijo en tono alegre, levantando la mano—. Eres… —De pronto dejó de sonreír; por lo visto, había recordado quién era y puso cara de circunstancias, como tocaba—. Eres la novia de Hans. Sentí mucho la noticia; era un tío estupendo. Pero pasa, pasa.

Diana entró en el salón, iluminado por hileras de focos de estética moderna. En las paredes color crema colgaban pinturas al pastel con marco de aluminio, en las que se veían tigres y mujeres hermosas. Al

fondo, en un mueble negro con puertas de cristal, junto a un sofá bajo también de color crema, había un equipo de música.

—Lo que no recuerdo es cómo te llamabas…

—Doreen —respondió Diana.

—Claro, sí, Doreen. Doreen. ¿Quieres beber algo?

—Sí, por favor; algo bien frío.

Mike le guiñó un ojo, asintió y pasó a la zona de la cocina, iluminada con fluorescentes. Diana oyó como abría y cerraba la puerta del congelador y golpeaba la bandeja de cubitos contra la encimera.

—¿Te apetece hablar de ello? —preguntó.

Diana se sentó en el sofá. En la mesita de cristal había seis ejemplares de la revista *Penthouse* desplegados en abanico.

—Claro.

Mike volvió con dos vasos altos.

—Whisky con Seven-Up —informó mientras le tendía uno. Se sentó junto a ella en el sofá—. Por lo que he leído en el periódico, la policía cree que ha sido una bomba.

—No lo creo —respondió Diana tras beber un trago largo—. Hans intentaba hacer PCP en el cuarto de atrás y tenía… no sé, éter y cosas así. Creo que por eso voló por los aires.

Mike tenía el brazo estirado en el respaldo del sofá, tras los hombros de Diana, y le dio una palmadita en la cabeza.

—Joder, la poli no tiene vergüenza; supongo que, para el turismo, lo de la bomba no es tan malo como lo de la droga, ¿eh? —Se echó a reír, pero enseguida se acordó de poner cara de circunstancias—. Mierda, polvo de ángel. Tendría que habérmelo dicho; yo le habría conseguido el que quisiera.

—Siempre decía que eras de fiar. —Diana hizo un esfuerzo y miró a Mike a los ojos azules—. Que, si alguna vez necesitaba ayuda, viniera a verte.

Saltaba a la vista que las cosas iban tal como Mike había deseado. Estaba masajeándole el hombro a Diana, con el rostro redondo y bronceado muy cerca del de ella. El aliento le apestaba a Binaca. Debía de tener una botellita de colutorio escondida en la cocina.

—Te comprendo, Doreen. ¿Necesitas quedarte a dormir?

Ella bajó los ojos a la bebida.

—Sí, y además… quiero que alguien vaya conmigo al funeral, mañana por la mañana.

«Un camello, por más señas, por si las cosas salen como espero.»

—Eso está hecho —contestó él con dulzura.

Parecía a punto de besarla, pero Diana sonrió y se recostó en el sofá para apartarse de él.

—¿Te importa si llamo a mi hijo? Está en casa de una amiga. Es aquí, en Nevada. Llamada local.

—Claro, Doreen. El teléfono está en la encimera de la cocina.

Diana se levantó y se dirigió al teléfono. Marcó el número de Helen Sully, consciente de que Stikeleather no había salido de la habitación.

Al sexto tono, cuando el corazón le galopaba ya en el pecho, oyó por fin un clic y luego la voz de Helen.

—¿Dígame?

Diana soltó el aliento de golpe y dejó caer el peso contra la encimera.

—Helen… Soy yo. ¿Está ahí Ollie?

—¡Dios mío! —exclamó Helen—. ¿Diana? ¡Oliver y el señor ese nos dijeron que habías muerto! ¿Eres tú, Diana? Dios mío, no…

—Sí, soy yo. Ha habido un error. Salta a la vista, ¿no? Oye, ¿está Ollie? Tengo que hablar con él.

—Claro, cielo; a ver si tú puedes sacarle dos palabras o conseguir que mire a alguien a la cara. ¿Cuánto tiempo tendremos…? O sea, ¿cuándo lo vas a…?

—Antes de Pascua. Pasaré a recogerlo antes de Pascua… —«Si no estoy muerta para entonces. ¿Qué será de mis hijos si me muero? Señor, Señor…»—. No sé cómo decirte cuánto te lo agradezco, Helen. Estoy en deuda contigo.

—Venga ya, Diana, semana y media, ¿qué importa un niño más en casa? A mí… Sí, es tu madre.

Se oyó un ruido al otro lado de la línea y Oliver se puso al teléfono, jadeando.

—¿Mamá? ¿Eres tú?

—Sí, Ollie, cariño, estoy bien. Estoy bien.

—¡Pero si vi cómo explotaba la casa!

—¿Lo viste? Dios mío, lo siento muchísimo, seguro que pensaste… No importa, estoy perfectamente, ¿lo entiendes? Y te voy a…

—¡Mamá, perdóname!

—¿Por qué? Si no has…

—Por hacer que casi maten a Scat, por hacer que volaran la casa…

—¡Nada de eso es culpa tuya! Cariño, es como cuando le cae un rayo a alguien: ¡no has sido tú! Y Scat se pondrá bien; los médicos dicen… —Fingió un ataque de tos para disimular los sollozos—. Scat saldrá enseguida del hospital; como nuevo, ya verás. Iré a buscarte el día de Pascua, o antes si puedo. En una semana y media como mucho. —Tapó el auricular y respiró hondo un par de veces—. ¿Y qué, qué tal con Helen? ¿Te gusta la comida? —Al momento se arrepintió de la pregunta; recordó todas las veces que había intentado ponerlo a dieta, incluso cuando solo quería una manzana o unos pepinillos.

—Pues aún no hemos comido nada, en realidad. Creo que hay perritos calientes para cenar. ¿Cuándo vienes a buscarme? Mamá…, ¿sabes una cosa?

—No… ¿Qué, Ollie?

—Pues… que te quiero mucho. Que lo sepas.

A Diana le dio un vuelco el corazón. No se lo había dicho nunca. Tal vez ella tampoco se lo había dicho a él.

—Dios mío, yo también te quiero, Oliver. Iré a por ti… —Miró a Mike Stikeleather, al otro lado de la habitación enmoquetada—. Iré a por ti en cuanto me ocupe de un par de cosas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondieron Oliver y Stikeleather a la vez.

Las aspiradoras zumbaban entre las mesas, y entre las hileras de tragaperras trajinaban hombres uniformados, que introducían llaves en las cerraduras laterales de las máquinas y volcaban la calderilla en grandes cubos de plástico bajo la mirada aburrida de los guardias de seguridad.

Archimedes Mavranos se apoyó en el reborde mullido de la mesa de dados; ojalá no hubiera pensando en comerse el pez que llevaba en el bolsillo.

Una hora antes había llegado a la conclusión de que en el mundo real debía de estar a punto de salir el sol, así que se había obligado a ir a la cafetería del casino en el que estuviese (no tenía ni idea de cuál era) a comer unos huevos revueltos y una tostada. Pero se había mareado y había tenido que ir corriendo al baño a vomitar. Al salir, la cajera lo esperaba en la puerta de los lavabos para cobrarle.

Pero aún tenía hambre y, hacía un momento, tras preguntarse si seguiría vivo el pez de colores que llevaba en el bolsillo en una bolsa con agua, se le había pasado por la cabeza la idea de comérselo.

Contuvo las náuseas y miró su apuesta. En la línea de pase había dos fichas negras de cien dólares cuando él solo había puesto una, y fuera de la línea, donde había hecho la apuesta suplementaria, había tres. Había ganado cuando no estaba atento y los dados volvían a rodar, así que, sin querer, estaba dejando correr la apuesta. Recogió las tres fichas de fuera de la línea, preparado para devolver un par en cuanto el tirador estableciera el punto.

El crupier movió el disco blanco al cuatro situado en la parte superior del tapete verde. Era la sexta vez consecutiva que el tirador establecía el punto en cuatro, y el supervisor, un señor de gesto adusto con una corbata de lazo tan apretada que parecía a punto de ahogarlo, cogió los dados y los examinó de manera ostentosa.

Mavranos se acordó de poner dos fichas negras fuera de la línea de pase para la apuesta suplementaria; al momento siguiente, el tirador sacaba otro cuatro.

El supervisor miró a Mavranos con frialdad; saltaba a la vista que se preguntaba si estaba compinchado con el tirador para hacer trampas. Era comprensible: ¿qué probabilidades había de ganar seis veces seguidas una apuesta difícil como cuatro? Y más con ese tipejo con

pinta de enfermo apostando con fichas negras y dejando correr la última apuesta.

Mavranos había ganado casi dos mil dólares solo con ese tirador, que se había limitado a apostar por su suerte con fichas color naranja, de diez dólares. Pero estaba mareado y tenía náuseas; no podía evitar tocarse el pañuelo que llevaba anudado al cuello y palparse el bulto de debajo de la oreja. Desde que habían salido de California le había crecido, sin duda. Estaba perdiendo peso, perdiendo sustancia, así que no era de extrañar que comerse el pez de colores le hubiera parecido, durante un instante, buena idea.

Y estaba viendo cosas raras en el juego, pero nada que le fuera de utilidad.

¿Qué tal les iría a Scott, a Ozzie y a Diana, cada uno en su misión imposible? ¿Estaría mejorando el niño en el hospital? Se estremeció al recordar la herida de bala en la cabecita.

Sintió una punzada de culpabilidad por haberse marchado del Circus Circus sin dejarles manera de contactar con él.

Sacudió la cabeza. Que se buscaran un chófer. Mavranos ya tenía bastante con sus propios problemas.

Cogió las fichas con las dos manos y se alejó de la mesa. Mejor no llamar la atención. Aquella misma noche (o la anterior, si ya había amanecido), en otro casino, había ganado tanto dinero al blackjack subiendo y bajando las apuestas para adaptarlas al ritmo, casi de reggae, de las tragaperras que el personal había dado por hecho que era un contador de cartas consumado. Dos hombres le habían exigido que les enseñara el carné de identidad y le habían advertido que, si volvía a entrar en ese casino, lo denunciarían por allanamiento.

Dejó caer el montón de fichas en el mostrador de caja y frunció el ceño, preocupado. No recordaba de qué casino lo habían echado. ¿Y si volvía allí por accidente?

—Joder —dijo alguien detrás. Mavranos se volvió y se encontró con un hombre que lo miraba con desprecio burlón—. ¿Qué pasa, tío, te iba tan bien que no has querido ni parar para ir al baño?

Al seguirle la mirada, vio que tenía la pernera izquierda de los vaqueros completamente empapada. Presa del pánico, pensó que quizá sí, que se había meado encima del agotamiento, sin darse cuenta. Pero entonces se acordó del pez y se llevó la mano temblorosa al bolsillo de la cazadora.

La bolsa se había abierto. Debía de haberla reventado con el codo mientras acarreaba las fichas. El pez de colores, que llevaba encima como cristal semilla porque había leído que nunca morían por causas naturales, estaría muerto o moribundo.

Hacía veinticuatro horas que no dormía y, sin saber por qué, la idea del pececito que agonizaba en su bolsillo le resultó de una tristeza

insoportable, tanto como pensar en el padre de sus hijas en un casino, al amanecer, con los pantalones meados.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando cruzó las puertas del local y salió a la calle, dominada por el calor ardiente de la mañana, tenía la respiración entrecortada.

Mike Stikeleather llevaba un retrovisor atornillado a la puerta del copiloto de la camioneta, una Nissan; cuando terminó el funeral, breve y poco concurrido, y volvieron al aparcamiento, Diana giró el espejo para ver el tráfico que tenían detrás… y sintió una alegría tensa al ver que el Dodge blanco los seguía.

La noche anterior, Mike la había llevado a cenar a un restaurante italiano cerca del Flamingo. Al volver a casa, había intentado besarla y ella lo había esquivado, pero con una sonrisa melancólica, alegando que Hans acababa de morir. Mike se lo tomó bastante bien y le cedió la cama de agua; él durmió en el sofá, aunque dejó bien claro que era solo por esa noche.

Al rayar el alba, Diana se levantó y registró el dormitorio, atenta a los ronquidos que llegaban de la sala. Encontró un maletín en el armario. Memorizó la posición exacta (apoyado contra un par de botas de esquí) y lo abrió. El polvo blanco que llenaba la bolsita de cierre hermético tenía el sabor entumecedor de la cocaína, y los fajos de billetes de veinte sumaban más de veinte mil dólares. Lo dejó todo como estaba y regresó a la cama. Más tarde, mientras hacía el café, se las arregló para meterse en el bolso un cuchillo de carne, aunque no entraba en sus planes utilizarlo.

Todo iba según lo previsto.

Y pocas horas después, cuando vio que uno de los asistentes al funeral era Alfred Funo en persona, elevó una plegaria de gratitud a su madre.

Diana albergaba la esperanza de verlo allí. Era la única manera que se le ocurría de que Funo la encontrara, y encajaba con la concepción que tenía él del asesinato como un acto social extraño.

Y sí, allí había estado, bajo el toldo de lona, de pie tras los padres de Hans, lanzándole sonrisas tristes desde el otro lado del brillante ataúd de fibra de vidrio. Ella le había devuelto las sonrisas, había asentido y le había guiñado el ojo, incapaz de comprender cómo podía pensar que quería verlo; pero, por el guiño que obtuvo en respuesta, supo que así era.

El coche en el que montó Funo tras el funeral no podía distar más del Porsche que conducía el lunes por la noche, desde el que había disparado a Scat, pero consiguió seguirle la pista a la camioneta de Mike.

Cuando este se detuvo frente a su edificio, el Dodge blanco paró treinta metros detrás.

Diana salió de la camioneta y esperó a Mike junto al parachoques delantero.

—No mires, pero un amigo de Hans nos ha seguido —le dijo con voz queda—. Creo que quiere hablar conmigo.

Mike frunció el ceño con preocupación, pero no se volvió.

—¿Cómo que nos ha seguido? No me gusta nada…

—Ni a mí. Es otro traficante; Hans no se fiaba de él. Mira, dame las llaves; lo seguiré cuando se vaya.

—¿Que lo seguirás? ¿Para qué? Tengo que ir a trabajar…

—Solo quiero asegurarme de que se va de la zona. Vuelvo enseguida, no tardo ni diez minutos.

—Vale, vale. —Mike extrajo una llave del llavero—. Por ti, Doreen —añadió con una sonrisa.

Diana se guardó la llave en el bolsillo, le lanzó un beso y se dirigió hacia el Dodge blanco.

«Métete en casa, Mike —pensó mientras caminaba a paso lento, repiqueteando en la acera con los zapatos mientras el bolso se le mecía de lado a lado—. No te quedes mirando, no me espantes al tipo.»

No se giró para comprobarlo, pero, al parecer, Mike no hizo nada que alarmara a Funo. Cuando Diana se acercó más, Funo quitó el seguro de la puerta del copiloto. Diana abrió y se sentó sin cerrar la puerta.

Funo sonrió, pero estaba pálido y agotado. Sin embargo, la camisa blanca y los pantalones marrones de vestir parecían nuevos, y llevaba las Reebok blancas relucientes.

«Como la panza de una langosta albina», pensó.

—Mi hombre misterioso.

—Oye, Diana, siento que empezáramos con mal pie —se apresuró a aclarar él—. No me di cuenta de que estabas preocupada por tus hijos.

Diana se obligó a conservar la sonrisa tímida. ¿Cómo podía decirle semejante cosa después de disparar a uno de sus hijos?

—Los médicos dicen que se pondrá bien.

Si Funo había llamado al hospital, sabría que estaba mintiendo. Aunque seguramente no importaba; le daba la sensación de que solo estaban allí para intercambiar frases amables, como en una especie de parodia de té de las cinco.

—Vaya, cuánto me alegro. —Funo chasqueó los dedos—. Te he traído una cosa.

Diana, muy tensa, se preparó para sacar el cuchillo del bolso, pero lo que Funo cogió de debajo del asiento era una caja de joyería negra y larga. Al abrirla y ver la cadena de oro que reposaba sobre el terciopelo rojo, tuvo la astucia de mostrar solo deleite y no sorpresa.

—¡Es preciosa! —dijo con voz suave y susurrante—. No tenías

que… Dios mío, ¡si ni siquiera sé cómo te llamas!

—Al Funo. También tengo un regalo para Scott. Díselo, por favor.

«Se lo diré cuando me lo encuentre en el infierno», pensó.

—Claro que sí. Seguro que quiere darte las gracias.

—Ya le regalé un encendedor Dunhill de oro —dijo Funo.

Diana asintió. Anhelaba la normalidad de la calle, al otro lado de las ventanillas. ¿Cuánto tiempo más sería capaz de aguantar aquel diálogo surrealista?

—Scott estará encantado de tener un amigo tan generoso.

—Bah, hago lo que puedo —dijo Funo, quitándole importancia—. Tengo el Porsche en el taller. Este es el coche de sustitución.

—Ajá. ¿Por qué no vamos algún día a cenar juntos los tres?

—Me encantaría —respondió Funo con toda seriedad.

—¿Me das…? ¿Tienes algún número de contacto?

—Ya os encontraré —repuso Funo con un guiño y una sonrisa.

Al parecer, la audiencia había terminado.

—De acuerdo —dijo ella con cautela, y apoyó el peso en el pie derecho, el que tenía en la acera—. Esperaremos noticias tuyas.

Funo arrancó el coche.

—¡Sí, nos vemos!

Diana salió y se quedó de pie en la acera. Funo cerró la puerta y se alejó calle abajo. Hasta que el Dodge dobló a la derecha en la esquina, se esforzó por caminar despacio hacia la Nissan; luego echó a correr.

No había mucho tráfico aquella mañana en la calle Bonanza, así que tenía que mantenerse a distancia para que hubiera varios coches entre el Dodge y ella. En dos ocasiones temió haberlo perdido, pero al final lo divisó a lo lejos entrando en el aparcamiento de un Marie Callender's. Pasó de largo, dio la vuelta sin prisas y se metió en el aparcamiento.

El Dodge, vacío, estaba en una plaza frente a una pared del restaurante que no tenía ventanas.

Perfecto.

Se detuvo lo justo para memorizar el número de la matrícula; luego salió del aparcamiento y condujo a toda velocidad hasta casa de Mike.

Se lo encontró deambulando de un lado a otro de la cocina.

—¿Qué, adónde ha ido? —quiso saber, impaciente.

—No lo sé, se ha marchado por Bonanza. Oye, he anotado su matrícula, porque me ha preguntado si eras Mike, el amigo de Hans. Sabe que tú también traficas. Debió de decírselo Hans.

—¿Que se lo dijo Hans? ¡Tiene suerte de estar muerto! —Parecía a la vez furioso y al borde de las lágrimas—. ¡Lo que me faltaba, menuda mierda!

Diana se acercó a él y le dio unas palmaditas en el pelo rubio lleno de laca.

—No sabe cómo te apellidas, ni cuál es tu piso.

—Ya, pero debería contárselo a mi… al que… Joder, me dirá que me mude.

—Tienes que ir a trabajar —le dijo Diana con una sonrisa—. Esta noche veré si puedo… distraerte de tus preocupaciones.

Mike se animó ante la perspectiva.

—A sus órdenes. Dame la llave.

Diana se la entregó, y esperó a que saliera y arrancara la camioneta para pedir un taxi por teléfono.

Luego entró en el dormitorio a toda prisa, se colgó de la muñeca una percha de alambre y sacó el maletín. Se metió en el bolso los fajos de billetes, echó la cocaína por el retrete y tiró pacientemente de la cadena hasta vaciar el depósito tres veces seguidas.

Aún estaba llenándose la cisterna cuando salió con el maletín vacío y cerró la puerta a su espalda.

El Dodge seguía en el aparcamiento del Marie Callender's. Menos mal que a Funo le gustaba desayunar sin prisa.

«Voy a necesitar nervios de acero unos minutos», pensó después de pagarle al taxista.

Se dirigió al coche de Funo tratando por todos los medios de no apresurarse, se quitó la percha de la muñeca, deshizo la doble hélice del cuello, la estiró y cerró un poco el gancho. Al llegar junto al coche, introdujo el gancho entre el cristal y el marco de la ventanilla del conductor.

Le temblaban las manos, pero el gancho se mantuvo firme al otro lado de la puerta y se las arregló para engarzarlo a la primera en el seguro. Tiró hacia arriba y lo subió con un sonido amortiguado.

Miró nerviosa alrededor, pero no había nadie a la vista y Funo aún no había salido del restaurante.

Abrió la puerta y deslizó el maletín vacío bajo el asiento.

Volvió a cerrar la puerta con seguro, rodeó el coche por delante y levantó el capó. Chirrió, pero Diana se obligó a mantener la calma; buscó el tapón de llenado de aceite en el colector del motor de seis cilindros y lo desenroscó. Se sacó del bolso un puñado de calderilla, la echó por el agujero y oyó como tintineaba entre los muelles de las válvulas.

En un abrir y cerrar de ojos había vuelto a poner el tapón, había bajado el capó y se marchaba por el aparcamiento. A cada paso que daba para alejarse del coche del hombre al que acababa de condenar a muerte, respiraba más ligera.

Se había reservado una moneda para pedir otro taxi.

TREINTA Y CUATRO

Ray-activo

Resultó que a los patos del estanque les gustaba aún más el queso que el pan, y el parco almuerzo de Nardie Dinh no tardó en esfumarse.

Se sentó a la sombra de un álamo y posó la vista más allá del estanque, al otro lado de las lomas del parque, en el edificio de oficinas donde trabajaba durante el día. Pronto terminaría la hora del almuerzo y regresaría allí sin haber comido nada.

Otra vez.

No había probado bocado desde la ensalada de la cena temprana del miércoles, hacía ya cuarenta y ocho horas, justo antes de rescatar a Scott Crane de los asesinos de Neal Obstadt.

Y por supuesto no había dormido desde principios de año, salvo por dos cabezadas brevísimas aquella última semana.

Había celebrado el Tết en Las Vegas entre el estrépito, los cláxones y los neones de los casinos del Strip y la calle Fremont, en lugar de entre los mercados de flores, los fuegos artificiales y los tenderetes de té y fruta confitada del Hanói que recordaba; a su alrededor, la gente acudía al festejo en coche, no en bicicleta, pero en ambos lugares imperaba el espíritu festivo bajo la sombra del desastre. Sepultados en las aceras de Hanói había refugios antiaéreos cada pocos metros, con entradas redondas como alcantarillas, para que los ciudadanos se escondieran cuando sonase la alarma dos: la que indicaba que los aviones estadounidenses estaban a treinta kilómetros; en Las Vegas, tenía anfetaminas para cuando los hechizos antisueño se debilitaran.

Estaba ayunando porque la sola visión de la comida (y en especial la perspectiva de metérsela en la boca, masticarla, tragarla y asimilarla) le revolvía el estómago; no era una medida consciente, a diferencia de la vigilia, pero no podía dejar de ver el paralelismo mitológico. En la traducción inglesa de *Mort Artu*, el texto francés del siglo XIII, la doncella de Astolat, que en el poema de Tennyson se convertiría en la dama de Shalott, se ofrecía a Lancelot; cuando él la rechazaba, se mataba negándose a comer y a dormir. Su cadáver acababa en una barcaza que bajaban por el Támesis.

El miércoles por la noche, Nardie se había ofrecido a Scott Crane y, en cierto modo, se habían rechazado el uno a otro. ¿Por eso estaba matándose de hambre?

Los patos emprendieron el vuelo todos a la vez, con un súbito chapoteo y un batir de alas. Alzó la vista hacia ellos, alarmada, para ver qué rumbo tomaban, pero se dispersaron en todas direcciones por

el cielo despejado y no tardó en encontrarse a solas junto a las aguas picadas del estanque.

Se levantó con un movimiento ágil.

«Está aquí —pensó. Se dio cuenta de que el corazón le latía a toda velocidad y tenía la boca seca—. Ray Joe Pogue está aquí, en alguna parte. Me ha encontrado, ha llegado hasta Henderson.»

Desesperada, se puso a escudriñar las lomas verdes, pero no había nadie a la vista.

«Tengo que huir —pensó—, pero ¿hacia dónde? Si me ve, me alcanzará: estoy débil de no comer.

»¡Tengo que huir! ¡Tengo que huir! ¡Tengo que huir! ¡Cada segundo cuenta!»

Sentía como si el cielo la clavara en el sitio; tenía miedo de que la mera visión de su hermanastro recorriendo aquellas lomas, con su porte alto, esbelto y pálido y su atuendo de Elvis Presley (otro rey que no podía morir), la dejara paralizada por completo.

Estaba recostada contra la corteza rugosa del álamo; de golpe se dio media vuelta y se abrazó al árbol. No era consciente de que hubiera decidido trepar hasta que se encontró agarrada al tronco gris a varios metros del suelo, destrozándose la falda y la chaqueta de lana.

El follaje era una masa densa de hojas redondas, amarillentas y verdosas; confiaba en que la ocultaría si se subía a una rama casi vertical. Las bocanadas rápidas y ardientes le desgarraban la garganta, y la vista se le inundó de chispas multicolores, pero no se desmayó; sin embargo, temía caer de espaldas en la hierba, inconsciente y a merced de su hermano, con solo imaginar una figura de la baraja.

Alcanzó la horcadura de la rama más baja con las manos llenas de arañazos, se rasgó la costura de la falda al levantar la pierna, y consiguió llevar el tobillo junto a la mano izquierda. Luego, con un esfuerzo que la hizo gruñir, se dio impulso hasta quedar a horcajadas en la rama, pero no se detuvo hasta estar de pie con la espalda contra el tronco y los pies bien afianzados. Entonces se quedó quieta y se concentró con todas sus fuerzas en acompasar la respiración.

Por fin consiguió respirar en silencio, aunque aún por la boca. Oía el murmullo del tráfico en la calle McEvoy, que en aquel momento le recordó al de las cintas transportadoras de maletas de los aeropuertos, y el ligero repiqueteo de las hojas que la rodeaban sonaba como un montón de castañuelas distantes. Mirando por entre las ramas, divisó una loncha de queso amarillo que flotaba aún en el estanque.

Trató de convencerse de que se había equivocado, de que él no estaba allí, pero no lo consiguió. Y, cuando oyó un susurro de pasos en la hierba alta, solo cerró los ojos un instante.

—Bernardette —dijo él con voz amable.

Nardie tuvo que morderse el labio para no responder, para no gritar

como gritaría un niño para acabar con el espantoso suspense del escondite.

—Nada de jamón —siguió él.

Las palabras sonaron claras, las había entendido bien, pero aquella frase sin sentido le hizo venir aún más ganas de gritar. ¡Seguro que había descubierto su escondite y solo quería torturarla!

—Queso —dijo él—. Y pan. Muy bien, así me gusta, sigues sin comer carne. Aún eres la hija de doña Porter.

Nardie recordó que, en cierta ocasión, Ray Joe le había hablado de una canción muy antigua que había sobrevivido hasta la actualidad, aunque el nombre de Perséfone había degenerado fonéticamente hasta convertirse en doña Porter.

Bajó la vista… y notó que el pendiente se le desprendía del lóbulo. Apretó el codo contra el tronco y atrapó como pudo la bolita de oro entre la corteza y la chaqueta. Notó el bulto contra la piel, justo por encima del codo, y se preguntó con un interés casi científico cuánto tardarían en empezar a temblarle los músculos del brazo.

Pogue recitó alegremente:

> Se arregla la ropa y se apresta
> en su dormitorio;
> la doncella acude y le ofrece
> todo su repertorio.

Eran los canturreos dementes de Ofelia en *Hamlet*. Ray Joe le había leído la obra con frecuencia cuando la tenía prisionera en el sucio prostíbulo, en DuLac. Nardie recitó para sus adentros unos versos que seguían:

> Si es joven y puede, la usa
> y de su polla abusa.

¿Sería capaz siquiera de resistirse si descubría su escondrijo?

Su hermanastro se echó a reír.

—¡Ray-activo! —se dijo en tono de arenga—. ¡Ray Joe, Las Vegas libre!

Se había puesto a la vista de Nardie, justo debajo de ella, con el clásico tupé engominado al estilo de Elvis y, debajo, el cuello de la chaqueta blanca de cuero, adornado con pedrería. Llevaba una pistola de aire comprimido cuya munición se conocía muy bien: unos dardos tranquilizantes como el que la había tumbado una mañana de diciembre en el desierto de Tonopah, con las plumas rojo vivo de la cola, que habían quedado sobresaliéndole de la manga de la blusa como un adorno excéntrico.

El brazo empezó a temblarle, el mismo que había recibido el impacto del dardo. No tardaría en dejar caer el pendiente. Miró hacia abajo y calculó que aterrizaría junto al pie izquierdo de su

hermanastro. Él lo oiría, miraría al suelo y alzaría la vista.

—Me pregunto si me oirás de alguna manera —dijo él en voz baja —. En la mente. Si me quedo esperando, ¿volverás aquí, a este árbol? Los dos sabemos que es lo que quieres. Lo conociste el miércoles por la noche, ¿verdad? Conociste al hijo del rey, al príncipe, a la jota de corazones genética. Y te volviste localizable. Si te lo hubieras follado, no serías localizable, estoy seguro. De lo que se deduce…

«¿Que me estoy reservando para ti? —pensó ella—. ¿Eso te crees? —El dolor del hombro era intolerable—. ¿Estaré reservándome para él? Todo lo que he hecho (apuñalar a madame DuLac, huir a Las Vegas, utilizar los poderes que me dio para no dormir) ¿habrá sido solo un gesto desafiante, una concesión a mi dignidad antes de aceptar el seguro papel de reina zombi que me tiene preparado? A lo mejor me dio miedo pensar que Scott Crane podía derrotar a su padre y me aferré a cualquier excusa para huir de él.

»A lo mejor quiero entregarme a Ray Joe Pogue.

»¡No! —pensó—. Aunque así fuera, no. Si me he pasado estos tres meses viviendo una farsa, por la presente declaro que esa farsa es verdad.»

Presionó el codo con más fuerza contra el árbol, como si quisiera clavarse el pendiente hasta el hueso.

Un sonido despuntó del rumor del tráfico: un coche que se acercaba.

Vio que Pogue lanzaba una mirada al otro lado del parque y dedujo que el coche se acercaba por la hierba. Y entonces se dio cuenta de que no era un coche, sino varios.

—Joder —masculló Pogue.

Lo observó alejarse del árbol con una zancada; después solo oyó sus pasos rápidos por la hierba. Levantó el brazo y dejó caer el pendiente, aunque al instante se preguntó si no se habría precipitado, si no lo habría dejado caer adrede demasiado pronto.

Oía neumáticos arrancando la hierba; dio la espalda al estanque y apartó unas hojas. Divisó un coche blanco que pasaba zumbando: una camioneta de esas, ¿cómo se llamaban…? El Camino. Luego vio otra idéntica. ¿Habrían seguido a Pogue hasta allí?

No oyó disparos ni gritos, pero a los pocos minutos le llegaron sirenas de policía, cada vez más cerca. Los coches en la hierba, en cambio, se habían alejado.

Cuando percibió el sonido inconfundible de un coche patrulla que llegaba, frenaba y paraba el motor, y el ruido entrecortado de una radio de policía cercana, se relajó y empezó a bajar del árbol.

«“Cuando esos coches se han acercado por la hierba como locos, solo se me ha ocurrido trepar, agente —ensayó—. Bernardette Dinh, señor. Trabajo allí, en la compañía de seguros.”

»Esta vez he tenido suerte.»

Diana vio a Mike al anochecer, cuando aparcaba la camioneta en la calle, y pensó que no iba a tener que fingir el miedo. Solo esperaba que actuase como ella había calculado.

Hacía ya horas que había extraído el panel deslizante de vidrio de la ventana del salón; luego había entrado en el dormitorio, había vaciado todos los cajones, había sacado las cajas del armario y también las había vaciado. Ojalá se hubiera fijado en la marca de cigarrillos de Funo, porque habría encendido uno y lo habría pisoteado en la alfombra.

La puerta principal estaba abierta, así que oyó como las pisadas de Mike se acercaban por la balconada del primer piso.

Apareció por la puerta sonriendo, arreglándose el pelo engominado y apestando a Binaca desde dos metros.

—¿Qué pasa, preciosa? —inquirió con una mirada que a ella le pareció un «Ea, ea, mi niña bonita».

—Han entrado a robar mientras estaba en la tienda —dijo, tensa. A Mike se le esfumó la sonrisa, pero no se acordó de cerrar la boca—. No sabía si querrías que llamara a la policía, así que te he esperado. No veo que falte nada, pero a lo mejor tú sí. Lo peor es el dormitorio.

—¡Por Dios! —susurró Mike con un gemido mientras corría hacia el dormitorio—. Maldita zorra, el dormitorio. Dios mío, que no sea cierto, que no sea cierto.

Diana lo siguió y vio que iba directo al armario. Mike se quedó mirando las botas de esquí, despejadas, y luego el suelo.

—Dios —decía una y otra vez—. Me puedo dar por muerto, me puedo dar por muerto. Ha sido tu amigo, el amigo de Hans, ¡eso no era mío!, le vas a decir a Flores que ha sido culpa tuya… No, no puedo decirle que he metido aquí a una mujer, a una mujer que… que me ha echado encima a otro camello. Joder, maldita seas, lárgate de aquí y no vuelvas, y llévate toda la mierda que has traído. —Cuando la miró, estaba tan pálido y asustado que Diana dio un paso atrás—. El número de matrícula —dijo, apremiante—. ¡Como no recuerdes el número de matrícula, te mato!

Ella se lo recitó.

—Es un Dodge blanco —añadió—. Del 70 o así. El tipo se llama Al Funo: efe, u, ene, o. —Trató de seguir dentro del personaje y le lanzó una mirada de desamparo—. Lo siento mucho, Mike. ¿No puedo quedarme? Yo pensaba…

—Ve a buscarte un chulo —dijo él mientras se dirigía al teléfono—. A mí ni te acerques.

Diana ya había metido en el bolso la mantita amarillenta. De camino a la puerta, lo cogió y se lo colgó del hombro.

Mientras bajaba los peldaños de cemento y se alejaba por la acera, pensó en Scat, que estaba a punto de pasar su quinta noche en el

hospital, conectado a catéteres y a un respirador artificial, y esperó que con lo que había hecho consiguiera vengarlo.

Tal como había anunciado el crupier, la bolita blanca había caído en la casilla verde del doble cero de la ruleta. Este recogió con el rastrillo la última ficha azul que quedaba en la tabla periódica mística del tapete.

Archimedes Mavranos acababa de perder todo el dinero que había ganado en tres días de apuestas. Perderlo había sido aún más rápido que ganarlo. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y el crupier lo miró expectante: por lo visto, pensaba que iba a comprar más fichas. Pero Mavranos solo quería palpar la bolsa de plástico. El agua seguía fría, así que aquel pez de colores aún debía de estar vivo.

Sin embargo, no había encontrado el cambio de fase que podía llamar al orden a las células insurgentes de su sistema linfático.

Pero había visto otras cosas: ancianas que jugaban de manera tan obsesiva como él y que tiraban de la palanca de las tragaperras con las manos enfundadas en guantes de jardinería, como para fertilizar un suelo frío y árido. Había visto a jugadores deslumbrados por lo que habían ganado antes del amanecer que no daban propina al crupier después de horas y horas de juego y miles de dólares de ganancias, o que dejaban, sin prestar atención alguna, billetes de cien a la camarera que les llevaba un vaso de agua con gas. Había visto a jugadores tan obesos o deformes que su sola presencia arrancaría gritos de asombro en cualquier ciudad excepto en aquella, donde la acción y los hechos convertían la apariencia física en irrelevante. Y a jugadores que, sin pestañear, se habían quedado en la ruina, como se decía allí, y buscaban la manera de subir la apuesta una vez más, sabiendo de antemano, sabiendo casi con placidez de antemano, que iban a perder. Un jugador de aquellos le había dicho a Mavranos que, después de jugar y ganar, lo mejor del mundo era jugar, a secas.

En aquel caos, a veces seguía viendo las líneas maestras de su propia salvación. O eso quería creer.

Recordó a Arthur Winfree, que había roto el ritmo circadiano de una caja de mosquitos con una ráfaga de luz en el momento preciso, de manera que durmieran y zumbaran carentes de sincronización temporal, y que con otra ráfaga de luz volvieran al ciclo de vigilia al anochecer y duermevela al amanecer. Por lo visto, Winfree había dado con el punto vulnerable, con la singularidad geométrica, estudiando la forma de los datos sobre los mosquitos, más que los números que constituían esa forma.

En Las Vegas, la gente seguía el modelo conmocionado, desincronizado, de los mosquitos de Winfree. En los casinos no había relojes ni ventanas, por descontado, y el tipo que comía a tu lado bien podía ser un insomne que se había escabullido de la habitación para

tomar un tentempié de medianoche. Tal vez alguna prueba nuclear nocturna de los años cincuenta había proyectado una ráfaga de luz sobre la ciudad en un momento que constituía una singularidad.

Mavranos esbozó una sonrisa amarga al pensar que, tal vez, la mejor oportunidad que tenía para curarse del cáncer era que estallara otra bomba atómica cerca de allí.

La ruleta estaba girando otra vez. Aquel era el único juego del casino en el que las fichas no tenían un valor fijo, sino que a cada jugador se le asignaba un color diferente. Mavranos se apartó de la mesa para que otro pudiera jugar con las azules.

Aún le quedaban unos cincuenta dólares en efectivo en la furgoneta, metidos en uno de los mapas del demente de Dondi Snayheever, y… y no sabía qué hacer con ellos. Podía intentar comer otra vez, aunque empezaba a ser un ejercicio inútil y humillante, o podía usarlos para entrar en alguna mesa. ¿Qué le faltaba por probar? El keno, la rueda de la fortuna…

Cuando empujó las puertas de cristal y salió a la calle, se encontró con que era de noche, a saber qué hora, y había estado en el casino Sahara.

Echó a andar hacia el aparcamiento, mareado y con paso lento, mientras intentaba pensar qué quería de verdad. Se vio a sí mismo arreglando un coche viejo en el garaje mientras su esposa removía un puchero en la cocina y las dos niñas veían la tele en la sala de estar, sentadas en el sofá que él mismo había vuelto a tapizar.

«Si invierto esos cincuenta dólares en gasolina, estaré allí mañana por la mañana, y me quedará… un mes de esa vida, con suerte.

»Luego estaré tan enfermo que tendré que ir al hospital.»

Tenía seguro médico, una póliza que le costaba la friolera de doscientos dólares al mes y estipulaba que le correspondía a él pagar los primeros dos mil dólares de gastos médicos del año; luego, el seguro cubría el ochenta por ciento o algo así. Pero, aunque morir fuera gratis, iba a dejar a Wendy y a las niñas con una pensión ridícula y ningún otro ingreso. Wendy tendría que volver a buscar trabajo de camarera.

Se detuvo a la luz blanca de una farola y se miró las manos. Las tenía llenas de callos, recuerdo de los años de manejar herramientas, y de cicatrices en los nudillos, fruto de colisiones juveniles contra mandíbulas y pómulos. Hubo un tiempo en que aquellas manos le servían para hacer cosas.

Se las metió en los bolsillos y siguió caminando.

TREINTA Y CINCO

El reparto de Polonia, 1939

Mavranos se detuvo a pocos metros de la furgoneta. Entre las sombras del aparcamiento, distinguió una figura apoyada en el capó.

«¿Qué demonios es esto? —pensó, nervioso—. ¿Un ladrón? Ahí tengo dos armas y el dinero que me queda. Pero ¿qué hace repantigado en el capó? A lo mejor no es más que un borracho que se ha parado a vomitar en la furgoneta.»

—Aparta, tío, que voy a salir —dijo, alzando la voz.

La figura levantó la cabeza.

—Tienes que ayudarme, Arky.

La voz era débil, pero Mavranos la reconoció. Era Scott Crane.

Se dirigió al lado del conductor y abrió la puerta. La luz interior del coche le iluminó a Crane la cara en un tenue claroscuro, y Mavranos hizo una mueca al verle el ojo morado, las mejillas hundidas y el pelo apelmazado.

—Ey, ey, ey, Pogo —dijo en un susurro—. ¿Qué problema tenemos hoy? —Se metió en el coche y abrió la puerta del copiloto—. Sube y me lo cuentas.

Crane se acercó cojeando hasta la puerta, se sentó y echó la cabeza atrás con los ojos cerrados. Estuvo un buen rato así, respirando por la boca. El aliento le olía a arena de gato.

—¿Quién te ha pegado? —dijo Mavranos mientras encendía un Camel.

—Un borracho de mierda. —Crane abrió los ojos y se incorporó—. Espero que Susan le mande un montón de bichos, de los gordos.

Mavranos sintió que los ojos le ardían y se le llenaban de lágrimas, de puro agotamiento. Su amigo, su mejor amigo en esos días, en esos días malos, estaba destrozado. Era obvio que no había conseguido resolver sus problemas.

«Pero yo tampoco —pensó Mavranos—. Tengo que irme a casa ahora que aún puedo. Tengo que pasar el tiempo que me quede con mi familia. No puedo desperdiciar ni un segundo más ayudando a un condenado, aunque sea… aunque fuera mi amigo.

»De la cuna a la tumba.

»Cállate.»

—Ozzie ha muerto —le dijo Crane—. El hombre gordo le ha pegado un tiro. Ha muerto para salvarme. Me ha liberado de ellos, al menos por el momento. Me ha salvado la vida, me la ha devuelto.

—No puedo… —empezó Mavranos. Pero Crane no lo dejó

continuar.

—Cuando iba al colegio, siempre me ponía… un plátano en la bolsa del almuerzo —siguió con una mueca que quizá fuera una sonrisa—. ¿Quién quiere un plátano blandurrio y caliente a media mañana? Pero yo no podía tirarlo. Siempre me lo comía, porque… porque se había molestado en ponérmelo. Y ahora se ha molestado en… Dios mío, ahora ha muerto para devolverme la vida.

—Scott. —La voz de Mavranos era tensa—. No voy a…

—Y luego encontré una nota que me había dejado. Decía que tengo que cuidar de los hijos de Diana. Diana también ha muerto, en una explosión, la han volado por los aires. Pero sus hijos siguen con vida. —Resopló. Mavranos bajó la ventanilla—. Tenemos que salvarlos.

Mavranos meneó la cabeza con pesadumbre y le dio un apretón en el hombro. Todo eso era un sinsentido: bichos, plátanos y a saber qué más; se temía que fuesen alucinaciones.

—Ve tú a salvarlos, Pogo —dijo con suavidad—. Estoy demasiado enfermo para ser de ayuda, y mi mujer y mis hijas tienen que verme antes de que me muera.

—Puedes… —Crane respiró hondo—. Puedes apretar el gatillo. Ves bien, puedes conducir de día. En cuanto amanezca, tengo que ir a ver a un tipo que vive en una caravana fuera de la ciudad. Iba a ir ayer, pero… —Se echó a reír—. Pero me dio una depresión de mierda. Un delirium tremens de la hostia. Me pasé el día sentado en el coche de Diana, en un aparcamiento, llorando. Me salían bichos de los orificios de la cara, ¡imagínate! Pero ahora que he comido algo creo que ya estoy bien.

«Al menos tú puedes comer», pensó Mavranos con rabia.

—Pues ve —le espetó—. ¿Dónde has dejado el coche?

—Aparcado en esta fila, más abajo. Me he recorrido los aparcamientos de todos los casinos de la ciudad hasta dar con tu furgoneta. En el Circus Circus me han dicho que te habías ido de la habitación sin dejar un mensaje ni nada.

—No te debo ningún mensaje, ni a ti ni a nadie. Joder, Scott, tengo mi vida, la poca que me quede. ¿Qué demonios crees que podría hacer? ¿Y contra quién quieres que… que apriete el gatillo?

—No lo sé… Puede que contra mí. —Crane miraba en todas direcciones. Cogió los mapas de Snayheever—. Si me convierto en Perro Rabioso otra vez, por ejemplo. Al menos así me aseguro de que mi padre no pueda usar este cuerpo para joderle la vida a nadie más.

Pasó un coche a toda velocidad; el reflejo de las luces traseras relampagueó por las grietas del parabrisas como las chispas de una colilla lanzada al aire.

—Querrás decir que así me aseguro yo —dijo Mavranos—. Y que de paso me caigo redondo en la cárcel del condado de Clark, en vez de en

casa con mi familia. No sabes cómo lo siento, tío, pero…

Se interrumpió. Crane había desplegado un mapa de California, sin hacer el menor caso del billete de veinte dólares que había caído al suelo, y estaba concentrado en las líneas que había trazado Snayheever en la frontera irregular del este del estado.

—Esto no son rutas —comentó, distraído—. Son perfiles, ¿ves? El lago Havasu, donde está el antiguo puente de Londres, es el puente de la nariz, y Blythe es la barbilla, y la autopista 10 es el contorno del pómulo. Ahora caigo… Es Diana.

Crane tenía el rostro inexpresivo, pero le rodaban lágrimas por las mejillas. Muy a su pesar, Mavranos echó un vistazo al mapa. Sí, las líneas a lápiz dibujaban el perfil de una mujer, con la cara vuelta y el ojo cerrado. Podía ser Diana, claro.

Crane desplegó el mapa de «El reparto de Polonia, 1939» y, en esa ocasión, Mavranos distinguió que los gruesos trazos a lápiz delineaban a una persona de sexo indeterminado, rolliza y vestida con túnica, bailando grácilmente con un diablo con patas de cabra. Pensó, desolado, que aquello también tendría que ver con los problemas de Crane.

—No puedo ayudarte, Scott —dijo—. Ni siquiera me queda dinero que gastar. Si vas al sur, te dejo donde sea antes de salir de la ciudad.

Crane parecía tranquilo. Mavranos albergó la esperanza de que le pidiera que lo llevara al Flamingo o algo por el estilo; así sentiría que le hacía un último favor, por insignificante que fuera.

—Ahora no —respondió Crane con calma—. Cuando salga el sol. Tengo que dormir un par de horas.

Mavranos negó con la cabeza, con los ojos entrecerrados y apretando los dientes, intentando no recordar las muchas tardes que se había pasado en el porche de Crane, bebiendo cerveza.

«De la cuna a la tumba.»

—No —dijo con esfuerzo—. Me voy ahora mismo.

Crane asintió y abrió la puerta.

—Te espero al amanecer en el aparcamiento de la capilla nupcial Troy and Cress. —Bajó a la acera—. Ah, toma. —Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros, sacó un fajo grueso de billetes de veinte y lo tiró al asiento—. Por si vas corto de pasta.

—¡No! —gritó Mavranos con un nudo en la garganta—. No voy a ir. No puedes… ¡No puedes pedirme eso!

Crane no respondió; Mavranos se quedó mirando la figura delgada de su amigo mientras desaparecía en la oscuridad. Al poco oyó un coche que arrancaba y se alejaba.

Se palpó los bolsillos en busca de calderilla, salió de la furgoneta y se encaminó de vuelta al casino. Tenía que oír la voz de su esposa cuanto antes.

Saliendo del vestíbulo del Sahara había una hilera de teléfonos. Uno no paraba de sonar, así que dejó caer una moneda en el más alejado del ruido y marcó el número de su casa.

El auricular metálico le transmitió la voz de Wendy, turbia por el sueño.

—¿Dígame? ¿Arky?

—Sí, Wendy, soy yo; siento llamar a estas horas…

—Gracias a Dios, no sabes lo preocupadas que estábamos…

—Escucha, no puedo hablar mucho rato, pero vuelvo a casa. —Se tapó la otra oreja y dedicó un par de tacos mentales a quien no dejara de hacer sonar el otro teléfono.

—¿Estás…?

—No. No, sigo enfermo, pero quiero… lo que sea, pero contigo y las niñas. —«Ser y no ser», pensó con amargura.

Se hizo una larga pausa y Mavranos se puso a contar, impotente, los timbrazos del teléfono del extremo de la fila.

—Te entiendo, cariño. Las niñas quieren verte. Sea como sea, tienen un padre del que sentirse orgullosas.

—Llegaré antes de la hora de comer. Te quiero, Wendy.

—Yo te quiero a ti, Arky —respondió ella, con lágrimas en la voz.

Mavranos colgó y echó a andar hacia la entrada, pero se detuvo irritado junto al teléfono que no paraba de sonar y lo descolgó.

—¿Qué pasa? —gritó.

—Yo te quiero a ti, Arky —dijo una mujer, con una risotada estridente—. Por favor, dile a Scott que lo quiero.

—Adiós, Susan —contestó Mavranos con voz tranquila, aunque estaba temblando.

Colgó y salió del casino.

Una vez en la furgoneta, arrancó… y se quedó sentado a oscuras, mirando el dinero que Crane había tirado al asiento.

«Un padre del que sentirse orgullosas.» ¿Qué quería decir eso? Debería ser un padre que no las abandonara. «Un padre del que sentirse orgullosas.» ¿Y por qué no un padre al que querer unas pocas semanas? ¿Qué coño tenía eso de malo?

«Yo te quiero a ti, Arky», había dicho Wendy. ¿A quién se refería con eso? ¿A quién quería? ¿Al hombre que se había marchado, orgulloso, a recuperar la salud y se mantenía fiel a sus amigos? «Ese hombre está rendido, nena, ya no existe.»

Cogió el dinero y se lo metió en el bolsillo; Wendy y él iban a necesitarlo.

«Joder —pensó—, ¿en serio prefieres a un hombre muerto del que sentirte orgullosa que a… a un hombre acabado al que poder abrazar?

»¿No podemos hacer como si no hubiera conocido a Scott Crane?»

Al amanecer había menos coches en los amplios carriles del Strip; la

mayoría, Cadillacs que regresaban a los hoteles tras una noche de apuestas altas y rancheras destartaladas en busca de un desayuno barato. Crane se alegró de dejar por fin el Mustang en el aparcamiento de la capilla Troy and Cress y alejarse de él. La policía debía de andar buscando el vehículo y, aunque no tenían motivos para retener a Crane, este recordaba demasiado bien al teniente Frits diciéndole que podía meterlo entre rejas.

Crane pasó en silencio junto a las puertas multicolores de los bungalows para las lunas de miel. Una sonrisa frágil le curvó los labios.

«Que seáis felices, recién casados —pensó—. Poneos las placas de recuerdo en la matrícula del coche, atesorad las fotos y los vídeos, enmarcad los votos matrimoniales y colgadlos en la pared de vuestro nuevo hogar.»

Una vez en la acera, se apoyó en una farola y paseó la mirada por el Strip en busca de la furgoneta azul. El aire seco estaba inmóvil, suspendido entre el frío de la noche y el calor abrasador del día que se avecinaba. No le temblaban las manos. Acariciaba la idea de parar a desayunar de camino a la caravana de Joe el Araña, pero temía que Mavranos (si es que se presentaba) no quisiera comer. La noche anterior le pareció que no había comido mucho últimamente.

Tal vez en ese mismo momento estuviera por Barstow, de vuelta hacia la maraña de autopistas del condado de Orange. Crane esperaba que no fuera así.

Al otro lado de la calle, los primeros rayos de sol teñían de amarillo la cúspide del Vegas World; al volver la vista al este, distinguió la torre del hotel Landmark recortada contra la claridad del sol naciente.

Recorrió la calle con la mirada. Ni rastro de la furgoneta azul.

Suspiró y se volvió hacia el aparcamiento de la Troy and Cress; de pronto se sentía mucho más viejo.

«¿Me llevo el coche? —se preguntó—. ¿Cuánto tiempo podría retenerme Frits? También puedo ir en taxi, pero ¿me esperará el taxista junto a la caravana de Joe el Araña? Si empiezan a volar cosas por los aires, como el martes en el salón del pobre Joshua, no lo creo.»

Se metió en el coche de Diana y arrancó.

«Ve al primer concesionario que encuentres y cómprate otro coche —pensó—. Pasta no te falta, desde luego.»

Pero no se puso en marcha todavía. Contempló el interior del coche, los casetes de música country de Diana, el cepillo viejo y el paquete de Chesterfield del salpicadero. ¿Era lo que fumaba Diana? Ozzie siempre había fumado Chesterfield antes de dejarlo. ¿Acaso este había decidido que ya daba todo igual y se había comprado un paquete?

Un disparo de escopeta en el desierto… y polvo que se dispersaba sobre la arena yerma. Crane apoyó la cabeza en el volante y, rodeado

de los recién casados anónimos y durmientes, por fin lloró la muerte del hombre que lo había encontrado hacía tanto tiempo, lo había acogido y lo había tratado como a un hijo.

Tardó un rato en advertir el traqueteo de un motor grande tras él, uno con el silenciador estropeado que ahogó el ronroneo constante del motor V8 del Mustang.

Miró por el retrovisor y, entre lágrimas, sonrió al ver la mole azul de la Suburban, y a Mavranos al volante, con el rostro delgado, fulminándolo con la mirada.

Apagó el motor y salió del coche. Mavranos le abrió la puerta del copiloto.

—Anoche me diste ochocientos pavos —dijo en tono beligerante mientras Crane se subía y cerraba la puerta—. ¿Tienes muchos más?

—Sí, Arky, unos… —Crane sorbió por la nariz y se secó los ojos—. No lo sé, veinte o treinta mil, diría. —Se palpó el bolsillo de la chaqueta—. Te di los billetes de veinte que llevaba encima. Por mucho que juegue, no pierdo a nada, solo al póquer a la baja.

—Vale. —Mavranos avanzó un poco y metió marcha atrás—. A cambio de mi ayuda, lo quiero todo menos lo que se nos vaya en gastos. A mi familia le hará falta.

—Claro. —Crane se encogió de hombros—. Cuando tengamos un par de horas libres, te conseguiré mucho más.

Mavranos retrocedió hasta una plaza de aparcamiento, cambió a posición de marcha y giró el volante para salir.

—¿Es probable que nos maten en el recado de hoy?

—No, diría que no es probable. —Crane frunció el ceño—. En cuanto toque las cartas, el gordo sabrá dónde ando, pero nos habremos marchado mucho antes de que llegue; eso, si no está en el hospital. De todas formas, parece que trabaja para mi padre, así que me quiere vivo. —Miró la montaña de trastos de la parte de atrás de la furgoneta—. ¿Aún tienes el revólver del 38 y la escopeta?

—Sí.

—Espero que nos encontremos con el gordo.

—Genial. Oye, antes de ir adonde sea, tenemos que parar en un Western Union para mandarle pasta a Wendy.

—Claro, tío. —Crane lo miró—. ¿Has… hablado con ella?

—Sí, anoche… Y he vuelto a llamarla antes de venir a buscarte —respondió Mavranos—. Le he dicho que… que no iba a rendirme. En ningún sentido. Lo ha entendido. —Su rostro cansado permaneció inexpresivo—. Me parece que está orgullosa de mí.

—Qué bien —dijo Crane, desconcertado—. Oye, no hagamos mucho ruido por aquí. Son todo recién casados durmiendo la mona tras el cava de la noche de bodas.

Cerró los ojos con una mueca, pues la reacción de Mavranos fue

ponerse a soltar tacos y a tocar el claxon hasta que salieron a la calle.

TREINTA Y SEIS

¿Qué eres, un sacerdote católico o algo así?

—Es ahí —dijo Crane al cabo de dos horas. Se inclinó hacia delante y señaló la señal oxidada con el dibujo del dos de picas, que parecía ondular a causa del calor.

—Joder. —Mavranos apuró la lata de Coors y la tiró a la parte trasera de la furgoneta—. ¿No decías que tenías tanta pasta?

Crane tuvo que reconocer que el conjunto solitario que formaban las chozas y la caravana junto a la autopista del desierto no parecía precisamente próspero.

—No creo que el tío lo haga por la pasta. —Le mostró los dos dólares de plata que llevaba en la mano—. Esto es todo lo que me dijeron que trajera.

—Ya.

Apenas habían hablado durante el trayecto. Crane estaba concentrado en vigilar si los seguían, pero no había visto ningún Jaguar gris. Tal vez el gordo había muerto por la herida de escopeta, o quizá no podía seguirlo cuando… evitaba a Susan.

Mientras Mavranos reducía la velocidad y ponía el intermitente para salir de la autopista, Crane examinó el extraño asentamiento al que se dirigían. El núcleo original parecía ser una caravana grande, inmovilizada con un armazón de madera, parcheada y pintada de cualquier manera en varios tonos descoloridos de verde; pero en la parte de atrás se habían añadido varios cobertizos con tejado de chapa ondulada, y a un lado se veían gallineros y corrales. En el patio sin pavimentar que se extendía entre la caravana y la autopista había dos camionetas del 57, oxidadas y en la ruina, y, tras ellas, una furgoneta Volkswagen algo más nueva. Saltaba a la vista que el lugar llevaba décadas deformándose y abrasándose bajo el sol implacable.

—*Chez* Joe el Araña —comentó Crane con alegría fingida.

—El que te mandó aquí te tomaba el pelo —apuntó Mavranos mientras aminoraba casi hasta detenerse y se incorporaba a la explanada de tierra. La furgoneta traqueteó y los neumáticos chirriaron al girar—. Ya te digo.

Por fin apagó el motor; Crane esperó a que el polvo se posara un poco antes de abrir la puerta. La brisa era ardiente, pero le enfrió el sudor de la cara.

Aparte del traqueteo del motor al perder temperatura y el sonido de las pisadas mientras se encaminaban hacia el porche, solo se oía el zumbido del aire acondicionado. Crane sintió que los observaban y se

dio cuenta de que llevaba dos kilómetros con esa sensación.

Se adelantó y llamó con los nudillos a la puerta mosquitera. Al otro lado se abría una sala en penumbra donde se veían un sofá y una mesa.

—¿Hola? —dijo, nervioso—. ¿Hay alguien ahí?

Distinguió unas piernas enfundadas en vaqueros: había alguien dentro, sentado en una silla. Pero un sonido procedente de la esquina de la caravana, un arañazo rápido, le hizo volver la vista.

Se le encogió el corazón al ver surgir, de la sombra de la caravana, una especie de araña gigante.

Mavranos y él se bajaron del porche de un salto, pero, cuando Crane miró más de cerca a la figura, que se había detenido ante ellos, vio que era un hombre con decenas de antenas metálicas que le brotaban del cinturón y le oscilaban en todas direcciones, cada una en un arco diferente: unas rozaban la pared de la caravana y otras trazaban surcos en la tierra. Eran como los alambres que se ponían en el coche para avisar si uno se acercaba demasiado a la acera al aparcar.

—¡Dios mío! —exclamó Mavranos con la mano en el pecho—. ¿Qué pasa, señor, le preocupa arañar los sofisticados tapacubos cuando aparque el monopatín?

El hombre, de barba grisácea, tenía la cabeza alzada al cielo y llevaba gafas de sol. Crane advirtió ese detalle.

—No te pases, Arky —le dijo, agarrándolo por el brazo—. Me parece que es ciego.

—¿Ciego? —gritó Mavranos. Era obvio que aún estaba resentido por que lo hubieran asustado—. ¿Me has hecho traerte hasta aquí para que te eche las cartas un ciego?

—Creo que no es él —dijo Crane, recordando a la otra persona que había dentro—. Perdone, señor —siguió en voz más alta, con el corazón acelerado aún por la repentina aparición del hombre con patas de insecto—. Hemos…

—Yo soy Joe el Araña —dijo el otro, que tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima de las carcajadas de Mavranos—. Y soy ciego.

Tenía la barba descuidada, y el rostro tostado por el sol y surcado de arrugas. Llevaba un mono sucio que le daba aspecto de mecánico de un taller de mala muerte.

—Es que… —titubeó Crane—. Me han dicho que… que echaba las cartas del tarot.

Mavranos se partía de la risa, doblado hacia delante y con las manos en las rodillas.

—¡Te han tomado el pelo a base de bien, Pogo! —dijo entre jadeos.

—Y echo las cartas del tarot cuando me parece que debo —repuso el otro con calma—. Pasad.

Crane recordó que Joshua sabía de cartas y que el miedo que había

sentido no era fingido en absoluto; se encogió de hombros y echó a andar.

—Vamos, Arky.

Joe el Araña levantó un brazo flaco y señaló la puerta.

—Después de vosotros.

Volvieron a subir al porche y abrieron la puerta mosquitera; a Mavranos aún se le escapaba la risa, pero más forzada. La estancia olía a libros viejos y a comino.

La persona de la silla era una anciana menuda y sonriente, que los saludó con una inclinación de cabeza y les indicó el sofá del fondo de la sala. Crane y Mavranos rodearon la mesita de madera con paso inseguro (Crane se tambaleó porque sentía que se hundía la moqueta) y se sentaron.

La silueta de Joe el Araña se recortó contra la puerta; tuvo que maniobrar entre chirridos y arañazos para meter los alambres rígidos en la sala. Crane se fijó en que el viejo papel pintado estaba lleno de desgarrones; la funda del sofá era áspera y raída, y habían colgado las estanterías altas para apartarlas del camino de las antenas de Joe el Araña.

—Moco —dijo este. Crane se quedó mirándolo—. ¿Les preparas un café a estos señores?

La anciana asintió, se levantó y salió de la habitación sin dejar de sonreír. Crane comprendió que se llamaba Moco, pero no se atrevió a mirar a Mavranos porque sabía que sucumbirían a la risa nerviosa y acabarían revolcándose por el suelo a carcajada limpia.

—Perdone, señor… —empezó. Hizo un esfuerzo por controlar la voz.

—Todo el mundo me llama Joe el Araña —respondió el hombre de la barba gris. Se quedó de pie en medio de la sala, con los brazos cruzados—. ¿Para qué quieres mi nombre? ¿Vas a extenderme un cheque? No acepto cheques. Espero que hayas traído dos dólares de plata.

—Claro, solo…

—Tanto ella como yo teníamos otros nombres, pero los abandonamos hace tiempo. Así nos llama ahora la gente de Indian Springs cuando vamos a comprar.

—Son apodos graciosos —señaló Mavranos.

—Son insultos —replicó Joe el Araña. No sonó a queja, sino a simple información.

—Lo que quería decir —insistió Crane— es que ¿cómo echa las cartas si es ciego?

—Las cartas del tarot solo deberían echarlas los ciegos —repuso Joe el Araña—. Los cirujanos no utilizan bisturíes con dos filos, uno en la punta y otro en el mango, ¿verdad? Mierda.

Se volvió con estrépito y palpó una estantería donde había varias cajas de madera, colocadas como si fueran libros. Recorrió los cantos con los dedos y eligió una.

Se sentó a la mesa con las piernas cruzadas; las antenas oscilaron y vibraron al engancharse en la lanilla de la moqueta raída. Puso la caja sobre la mesa.

—Esta es la baraja que suelo usar —explicó mientras destapaba la caja y retiraba el paño que envolvía las cartas—. Cualquier baraja de tarot es peligrosa, y esta configuración es de las más potentes. Pero percibo que vosotros dos ya estáis jodidos, así que de perdidos…

Crane observó la habitación; se fijó en las manchas de comida de la moqueta, en el montón de ejemplares desgastados de *Woman's World* que había en una mesa, y recordó el ambiente cuidado y sugestivo que se respiraba en el salón de Joshua.

«Si tienes material de primera, puede que no haga falta ponerle adornos», pensó.

El ciego volcó las cartas bocabajo y dejó a un lado la caja. Luego les dio la vuelta con manos expertas y las extendió por la mesa.

Crane se relajó al ver que no era la misma baraja que había utilizado su padre; pero, pese a la penumbra, reconoció el estilo macabro y opulento de los finos grabados con sombreado de líneas cruzadas.

—Yo he visto antes esta baraja —dijo—. O algunas cartas.

—¿De veras? —Joe el Araña se irguió; dos antenas se desprendieron de la moqueta y vibraron en el aire—. ¿Dónde?

—Bueno… —Crane dejó escapar una risita nerviosa. «La última vez, en una partida de póquer cubierto en el Horseshoe», pensó—. El dos de bastos es una cabeza de querubín atravesada por dos varas de metal, ¿no?

Joe el Araña soltó un bufido.

—¿Qué eres, un sacerdote católico o algo así?

Mavranos se echó a reír, pero enseguida se contuvo.

—No —respondió Crane—. De ser algo, soy jugador de póquer. Le diré la verdad, que bastante raras están ya las cosas: estas cartas las he visto solo en sueños y alucinaciones.

—Lo que describes es una variante de la baraja Sola Busca —dijo Joe el Araña, pensativo—. Casi no he oído hablar de ella, y no la he visto nunca. La única que se conoce está a buen recaudo en una cripta del Vaticano, en teoría, y ni los eruditos más cualificados tienen permiso para verla. Solo se sabe de su existencia por una carta de un tal Paulinus da Castelletto, de 1512.

La anciana, Moco, volvió a entrar con una bandeja en la que tintineaban tazas y cucharillas. Se agachó y la depositó con cuidado en la moqueta, al lado de la mesa.

—¿Leche o azúcar? —preguntó Joe el Araña.

—Solo —dijo Mavranos.

Crane asintió y Moco les tendió sendas tazas humeantes. Luego disolvió tres terrones en cada una de las otras y entregó una a Joe el Araña.

—Esta baraja es la Sola Busca estándar, lo siento. Pero nos bastará. Es la copia de una que pertenecía a la familia milanesa Sola Busca, que se podría traducir como «la única partida de caza». Permitieron que se tomaran fotos de la baraja en 1934. Ni la familia ni las cartas se han visto desde entonces.

Mavranos tomó un sorbo de café y se inclinó hacia delante para tocar el borde de una carta.

—¡Están marcadas! —exclamó—. O escritas en braille, más bien.

Crane las observó: cada una tenía al menos un agujero, una perforación en algún punto del margen, como si las hubieran clavado repetidas veces en varias paredes y posiciones.

—Sí, así las leo —explicó Joe el Araña—. Pero también es una especie de medida de seguridad: las cartas de cualquier baraja poderosa deben tener al menos un agujero de chincheta. No hay baraja seria de los siglos XV y XVI que no los tenga.

—Ah, eso suena como clavar estacas a los vampiros en el corazón o disparar balas de plata a los hombres lobo —comentó Mavranos.

—Me gusta esa comparación. —Joe el Araña sonrió por primera vez —. Sí, más o menos así funciona, pero solo en… en la mente del que mira. Si no hay nadie, si no hay ninguna persona mirando de verdad, estas cartas no son más que rectángulos de cartulina. El poder se genera cuando entran en la mente a través de los ojos, y los agujeros de chincheta violan la superficie para mitigar su poder. Son como los filtros anticontaminación de los coches modernos. —Se meció en el suelo y las antenas se mecieron con él—. A ver, los dos, tocaos los ojos con los dólares de plata y luego dádmelos a mí.

Crane se llevó las monedas a los ojos; se dio un golpecito con la derecha en el ojo de plástico para darse suerte. Después se las pasó a Mavranos, que cerró los ojos, se los rozó con las monedas y las depositó en la superficie de formica.

Joe el Araña palpó hasta dar con ellas y se las introdujo tras los cristales de las gafas de sol. Igualó el mazo y lo empujó hacia Crane con las cartas bocabajo.

—Baraja —ordenó.

Crane barajó siete veces, aunque le costaba volver a formar el mazo, porque los bordes se enganchaban con el relieve de los agujeros. Joe el Araña buscó la baraja a tientas y la llevó a su lado de la mesa.

—¿Cómo te llamas?

—Scott Crane.

—¿Y cuál es exactamente tu pregunta?

Crane extendió los brazos con cansancio, hasta que se dio cuenta de que su anfitrión no veía el gesto.

—¿Cómo puedo ocupar el puesto de mi padre?

Joe el Araña giró la cabeza de un lado a otro, como si repasara con la mirada el salón destartalado.

—Eh… Ya sabes que estás en apuros, ¿no? Y que tiene que ver con una partida que debiste de jugar en el lago Mead hace veinte años. —Sonrió y mostró los dientes amarillos y desiguales—. ¿De verdad quieres preguntar eso? ¿Algo sobre tu papaíto?

—Sí —respondió Crane, devolviéndole inútilmente la sonrisa.

Moco emitió un sonido gutural y Crane comprendió, con retraso, que era muda.

—Oye, estoy aquí para ayudarte —dijo Joe el Araña, enfadado—. Es lo único que quiero. Debes de ser hombre muerto, un desahuciado, pero igual hay una salida. Pregunta a las cartas sobre eso, no sobre un puto trabajo.

—Es mi padre —dijo Crane—. Quiero su puesto. Dime qué dicen las cartas.

—Prueba a ver —intervino Mavranos—. Reparte. Si al final no quedamos todos satisfechos, iremos a la ciudad a por un par de dólares más.

Joe el Araña siguió meciéndose en la moqueta varios segundos, sin asomo de expresión en el rostro curtido.

—De acuerdo —resolvió, y cogió la baraja.

TREINTA Y SIETE
Un muerto que no sabes quién es

La primera carta que apareció bocarriba en la mesa fue la sota de copas: un grabado de un joven con atuendo renacentista mirando un farol que remataba un pedestal.

Crane se dio cuenta de que se había asido al sofá desvencijado en la penumbra del salón, alerta ante la posibilidad de que se pusiera a llover, de que se oyeran coches estrellándose en la autopista o de que las cartas le saltaran a la cara. La luz que entraba por las rendijas de las persianas parecía más vidriosa, como filtrada por una capa de gelatina transparente, y el sonido de la carta contra la mesa había sido líquido y definido, pero el único cambio físico en la estancia fue el zumbido de un par de moscas que llegaron trazando círculos desde la cocina.

La siguiente carta mostró la imagen de un hombre con armadura ante un globo dividido en tres secciones. El título era NABVCHODENASOR, seguramente un intento de reproducir la palabra *Nabucodonosor*.

Crane advirtió que aquellas cartas no tendían a volar en brisas psíquicas y, sin saber muy bien por qué, recordó que Joe el Araña había dicho que era una baraja poderosa.

Habían entrado más moscas en la habitación y zumbaban en torno a las imágenes como si olieran a comida.

Joe el Araña palpó los agujeros de los márgenes de las dos cartas y soltó un gruñido brusco. Abrió la boca y empezó a entonar con voz ronca:

—Hagioplastia un, dos, tres. —Parecía escupir las palabras como flemas sanguinolentas—. Gumby gumby, budín pineal, y no hay tu tía y la luna es mi madre. Puedo presentar cargos y largos amargos y ríos y pescadores, allá pesca todo el tiempo, así se dice *fisher*.

Las palabras sin sentido resonaban con estrépito en la mente de Crane, que de pronto tuvo la sensación de que era él quien las pensaba y Joe el Araña se limitaba a repetirlas. Parecía que se relajaran las restricciones del cerebro, que aquello fuera una invitación a dejar volar los pensamientos en todas direcciones, como si fuesen pájaros. Y era vital que el ciego se callara, que no dijera aquellas cosas delante de las moscas.

Todo era vital. Supo que tenía que salir a leer lo que intentaban transmitirle las nubes.

Mavranos, sentado junto a él, se echó hacia delante, boquiabierto. Las moscas zumbaban con fuerza; debía de haber más de cien

revoloteando sobre la mesa. ¿Acaso su amigo pensaba comérselas para descubrir qué sabían? Porque las moscas sabían muchas cosas, seguro. La anciana se había levantado y bailaba despacio, con torpeza; tenía los brazos extendidos e iba derramando el café.

—El padre juega al póquer a la baja con chatarra, tras la jota tuerta —siguió Joe el Araña.

—No —intervino Mavranos con voz ahogada. Tiró las dos cartas de la mesa con mano temblorosa, se levantó y dio un palmetazo a la baraja de Joe el Araña—. No —repitió, más alto—. Esto no lo quiero.

Joe el Araña hundió los hombros y se quedó en silencio, con la mandíbula caída, libre ya de aquel parloteo demencial; parecía que las antenas arqueadas eran lo único que lo mantenía erguido. Las moscas se dispersaron por la habitación.

—Y tú tampoco lo quieres —le dijo Mavranos a Crane con voz temblorosa.

Crane respiró hondo e intentó recuperar las riendas de los pensamientos.

—No —reconoció en un susurro; se apartó las moscas del ojo.

Joe el Araña cerró la boca de golpe y se levantó con agilidad; los alambres rígidos vibraban entre los círculos aleatorios de las moscas.

—Ni vosotros ni nadie. —Se sacó los dólares de plata de detrás de los cristales y los dejó en la mesa—. Salgamos. Uno de los dos que traiga a Moco.

La anciana había dejado de bailar; Mavranos la cogió por el codo y la guio tras Joe el Araña, que cruzó la puerta con dificultad y bajó los peldaños de madera. Crane fue tras ellos, pero se cuidó bien de no mirar las cartas que habían caído en la moqueta.

El resplandor del desierto y de la autopista le hizo entrecerrar los ojos; el sol caía a plomo, pero el paisaje abierto y llano fue un verdadero alivio después de la claustrofobia de la caravana.

Joe el Araña recorrió el patio a zancadas hasta que arañó el guardabarros de la camioneta más cercana con las antenas; luego desanduvo la mitad del camino.

—Sigo canalizándolos —dijo—. A veces me poseen como… como los loas vudús a los haitianos. Pero es la primera vez que me pasa con el Loco.

«O con Dondi Snayheever, si no me equivoco», pensó Crane.

—El puesto de tu padre —siguió Joe el Araña. Sacudió la cabeza—. Tendrías que haberme dicho quién eras; lo habríamos hecho por teléfono o por correo.

—No soy… —empezó Crane.

—Cállate. —Mavranos y Moco se habían sentado en la escalera; Crane y Joe el Araña estaban de pie el uno frente al otro—. Moco y yo trabajábamos para tu padre. —Se frotó la cara—. Nunca hablo de ello,

así que presta atención. Yo me dedicaba a pintar miniaturas. Estudié en Italia desde niño para pintar la baraja de tarot más poderosa que te puedas imaginar, la bomba de hidrógeno definitiva de las barajas de tarot: la Lombardía Cero. —Señaló a Crane—. Ya viste una de las mías cuando jugaste a la asunción. —Meneó la cabeza y la brisa ardiente le agitó la barba gris—. En el mundo nunca hay más de dos personas capaces de pintarla y, aunque seas joven y tengas salud mental y física, se tarda un año entero en pintar una. Un año muy jodido. Y encima luego tienes que tomarte unas vacaciones largas. Puedes cobrar lo que te dé la gana, créeme.

Caminó describiendo un círculo rápido en el sentido contrario a las agujas del reloj; a Crane le dio la sensación de que era como si un católico se persignara.

—Moco era un pez rémora —continuó Joe el Araña—. Le hacía recados a tu padre a cambio de la vida más lujosa que se podía tener en Las Vegas, que ya en los cuarenta y los cincuenta era una vida de película. En 1960 hubo una mujer que representaba una amenaza para él. Moco se hizo amiga suya y la convenció de que quedara con ella una noche en el Sahara. Pero Moco no se presentó: en su lugar fue Vaughan Trumbill y la mató. Tenía una hija recién nacida que se les escapó, aunque Moco lo había preparado todo para que también muriera.

A Crane se le escapó una mirada a la anciana, que mantenía el rostro inexpresivo.

—Yo le pinté una baraja que necesitaba para la primavera del 69 —siguió Joe el Araña—. Y la utilizó. Un día, Moco y yo nos reunimos con él. —Tenía los puños apretados, pero no se le alteró la voz—. Estaba en uno de los cuerpos que acababa de asumir tras la partida, el de una tal Betsy, y mientras nos hablaba… Solo llevaba un par de días en el cuerpo y ella salió a la superficie unos segundos. De repente era ella, Betsy, la que había al otro lado.

Crane volvió a mirar a Moco. Seguía sin reflejar emoción alguna, pero tenía las mejillas arrugadas llenas de lágrimas.

—Estaba llorando —dijo Joe el Araña en voz baja—. Nos suplicó que… que la retuviéramos, que la ayudáramos a impedir que se hundiera para siempre en el estanque oscuro donde se movían los arquetipos, donde las mentes individuales se disolvían en las profundidades. —Respiró hondo y resopló—. Luego volvió a ser él. Betsy se había esfumado, había vuelto a la oscuridad, y nos… nos dimos cuenta de que sabíamos más que antes sobre la muerte. Moco y yo aceptamos los encargos que nos hizo y, cuando salimos de allí, lo dejamos todo atrás: los coches, las casas, la comida exquisita y la ropa cara, hasta nuestros propios nombres, y no volvimos jamás. Moco se arrancó la lengua y yo me saqué los ojos.

—¡Por Dios! —oyó Crane mascullar a Mavranos detrás de él.

Al principio, Crane se negó a creerlo, pero luego miró las arrugas profundas que le surcaban las mejillas a Joe el Araña y recordó el trauma psíquico que le había producido ver las cartas de la Lombardía Cero… Y trató de imaginar el horror de descubrir que los muertos no siempre se perdían en el olvido, sino que podían regresar, atormentados, para enfrentarse a ti. Al fin y al cabo, quizá fuera verdad que aquella mujer había elegido quedarse muda antes que volver a organizar una muerte con mentiras, o que aquel hombre había preferido quedarse ciego a volver a pintar otra baraja como aquella.

—El puesto de tu padre. —Joe el Araña se encogió de hombros—. Tu padre ya casi te tiene, si te soy sincero. Ya te ha hecho llevar a cabo un sacrificio humano y…

—¿Cuándo? —Crane negó con la cabeza—. ¡Nunca he matado a nadie!

«Solo a Susan —pensó—. De las enfermedades del azar. Por mi culpa. ¿Y he matado también a Diana?»

—Puede que no te dieras cuenta —dijo Joe el Araña casi con voz bondadosa—, pero te tendió el cuchillo y tú lo utilizaste, hijo. La tirada de cartas ha sido muy breve, pero saltaba a la vista en tu perfil como una marca de nacimiento. Ya te digo, puede que no te enteraras. Ha debido de ser esta última semana, una noche, eso seguro; probablemente guarda relación con las cartas, y la víctima debía de ser de un lugar separado de aquí por aguas indómitas… Por el mar.

—Ay, Dios —gimió Crane en un murmullo—. El inglés.

«“Muchas almas en este país”, decía. Y tenía razón. Más almas de las que vemos, almas hundidas, almas perdidas.» Con un pestañeo rápido, se deshizo del recuerdo de aquel rostro frágil y alegre.

—El puesto de tu padre —repitió Joe el Araña una vez más—. Es tu padre, así que en teoría sí, puedes ocuparlo. No sé cómo. Tendrás que consultar a un antiguo rey.

—¿A quién?

—No lo sé.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé. Puede que en un cementerio… Los antiguos reyes son casi siempre reyes muertos.

—Pero ¿cómo…?

—Se acabó —lo interrumpió Joe el Araña—. La tirada ha terminado. Fuera de aquí. Creo que debería mataros… Podría mataros. Y lo haré si se os ocurre volver.

Una ráfaga de brisa hizo sisear los arbustos resecos y escasos que bordeaban la autopista.

—Pues nada, buenos días también a usted —dijo Mavranos

arrastrando las palabras, ya de camino a la furgoneta—. Vamos, Scott.

Crane meneó la cabeza, desconcertado, y se dio cuenta de que había echado a andar tras su amigo.

—Ah, una cosa más —dijo Joe el Araña. Crane se detuvo y se volvió —. El otro día estuviste con tu padre… Bueno, con su antiguo cuerpo, el descartado. Lo he visto cuando me ha poseído el Loco. Su cuerpo jugaba al póquer a la baja con chatarra.

Joe el Araña se giró hacia la caravana y se acercó a Moco arrastrando las antenas por el suelo.

—Bueno, eso lo aclara todo, ¿eh? —Mavranos enderezó el volante y pisó el acelerador. Llevaba la ventanilla bajada. El aire que entraba le alborotó el pelo mientras daba un trago largo a la lata de Coors que acababa de abrir—. Solo tienes que ir a preguntar a un muerto. Un muerto que no sabes quién es ni dónde está enterrado. Joder, esto lo resolvemos antes de la cena.

Crane escudriñaba los arbustos dispersos y las rocas afiladas, que se transformaban en un borrón a lo lejos, hasta que se perdían en la línea nítida del horizonte contra el cielo azul.

—Me pareció que aparentaba cien años —dijo en voz baja—. Pero en realidad este año habría cumplido noventa y uno. ¿Cómo lo llamaban? Coronel Chalado. No. Doctor Meados.

Mavranos sonrió, incómodo.

—¿De quién hablas? ¿Del rey muerto?

—En cierto modo. No, del cuerpo de mi verdadero padre. Está senil, así que me imagino que ya no lo usa y deja que ande suelto por ahí. Me acuerdo… me acuerdo de cuando me llevaba en barca por el lago Mead y me enseñaba a poner el cebo en el anzuelo. El último día que pasamos juntos, cuando tenía cinco años, me llevó a desayunar al Flamingo y luego a comer al Moulin Rouge, que se quemó en los años sesenta, creo.

Meneó la cabeza. Se moría por cogerle una cerveza a Mavranos.

«Una cerveza bien fría —pensó—. Bebérmela deprisa, sentir cómo se desliza, helada, por el estómago… No. Ahora no. Ahora hay mucho que hacer.»

—Aquella noche me dejó ciego del ojo derecho. Me tiró a la cara un mazo de Lombardía Cero y una carta se me clavó en el ojo. No me extraña que me cuadrara la personalidad de Perro Rabioso: es un fragmento roto de un niño herido y abandonado, cauterizado para no sentir.

—Pogo, estoy haciendo un verdadero esfuerzo por pensar que no estás loco, pero vas a tener que ayudarme un poco más.

Crane no le prestaba atención.

—Si hace dos días hubiera sabido quién era ese viejo decrépito, no sé… Creo que me habrían dado ganas de abrazarlo o hasta de pedirle

perdón por… no sé, por lo que hice para que se enfadara conmigo. Creo que aún lo quería; al menos, la parte de mí que sigue teniendo cinco años. —Sacó un Camel del paquete de Mavranos, encendió una cerilla y protegió la llama con la mano—. Pero eso fue antes de que le ordenara al gordo matar a Ozzie. —Apagó la cerilla de un soplido y la tiró al cenicero—. Ahora le destrozaría la cabezota de mierda con una barra de hierro.

Era obvio que Mavranos no había entendido nada, pero asintió.

—Así se habla.

Crane volvió a vigilar la autopista en ambos sentidos por si aparecía el Jaguar gris.

Pero no prestó atención a la caravana Winnebago color crema que llevaban delante, con bicicletas en la baca y una pegatina del CLUB DEL BUEN SAM en la luneta. La adelantaron y los siguió a rebufo tras la estela de polvo que dejaban, pero sin perderse nunca de vista.

Pararon a comer en un Burger King. Crane pidió dos hamburguesas con queso y Mavranos consiguió tomarse a duras penas un batido de vainilla; le costaba tragar.

Pagaron en efectivo una habitación en un pequeño motel de la calle Maryland. Mavranos se echó a dormir un rato para prepararse para la noche; quería ir a una tienda de animales a por un pez de colores y salir una vez más en busca del cambio de fase estadístico. Crane, sin embargo, sacó Coca-Cola tras Coca-Cola de la máquina de recepción y se pasó dos horas dando vueltas a la piscina, siempre mirando el agua, pensando dónde podría dar con un rey muerto.

Cuando Arky regresó a la habitación, a medianoche, tambaleándose de cansancio, se encontró a Crane sentado en el suelo, en el saco de dormir, haciendo garabatos en una libreta.

—Apaga la luz, Pogo —pidió Mavranos con la voz ronca de agotamiento mientras se dejaba caer vestido en la cama.

Crane se levantó, apagó la luz y volvió al saco de dormir, pero se quedó despierto largo rato mirando el techo a oscuras.

Faltaban dos días para la luna llena. Georges Leon colgó el teléfono con cuidado, molesto por que allí, al este de Paradise, la luz de la luna entrara por el parabrisas de la Winnebago con más potencia que las luces artificiales. No le gustaba la luz natural, y menos la de la luna.

No pensaba enfadarse por lo que le había dicho Moynihan por teléfono, ni por el pago que le había exigido.

Le llegaban los golpeteos de Trumbill mientras se bañaba. Incluso con el aire acondicionado al máximo, apestaba a apio, a sangre, a hígado y a aceite de oliva. Leon esperaría a que saliera. No sentía el menor deseo de entrar y ver el repulsivo corpachón tatuado, desnudo, de rodillas en el suelo, con la cabeza y los brazos hundidos en la espantosa ensalada que había ido echando a la bañera.

Leon estaba en el cuerpo patizambo de Benet (tendría que asegurarse de que no volvieran a llamarlo Beany), horrorizado de tener que dar órdenes severas, que transmitir autoridad, desde ese cuerpo. Tenía el rostro demasiado redondo y congestionado, y las mejillas y los ojos, demasiado marcados con la sonrisa fatua que Leon le había permitido adoptar cuando lo dejaba en su trabajo rutinario de jugador de pega para diversos casinos. Se parecía a Mickey Rooney. Hasta la voz tendía a chillona, como había advertido impotente cuando estaba al teléfono.

Aún le quedaba el hermoso cuerpo de Art Hanari, claro, descansado y en perfecta condición física en una cama de La Maison Dieu, pero quería estrenarlo el miércoles por la noche, en la primera partida de Semana Santa del lago.

En fin, solo faltaban cuatro días. Podía trabajar desde el cuerpo de Benet ese tiempo.

Y el Sábado Santo podría por fin empezar a asumir los cuerpos que había definido y pagado en 1969.

Ya era hora, joder. Esos veintiún años se habían hecho muy largos; estaría bien alojarse al fin en huéspedes nuevos. El tal Scott Crane tenía buena pinta. (Leon miró por la ventana para confirmar que la habitación del motel seguía a oscuras.) Y otros a los que Trumbill ya había capturado y sedado tenían muy buen aspecto. Corrían buenos tiempos, la gente se cuidaba más.

Oyó correr el agua y los gruñidos de Trumbill al secarse. La caravana se sacudió con sus movimientos.

Minutos más tarde, Vaughan Trumbill entró con pesadez en la estrecha estancia, con los pies hinchados y venosos a la vista bajo las inmensas perneras del pantalón, mientras se abotonaba una camisa del tamaño de una vela de barco sobre la barriga gigantesca. Volvía a tener la venda de encima de la oreja manchada de sangre. Leon pensó que su presión arterial debía de ser como la que sufrían las compuertas de la presa Hoover.

—¿Vienen ya? —preguntó Trumbill.

—No, dice que mañana. Y dice que donde no haya gente, y que no harán más que llevarse el cuerpo inconsciente. No creo ni que sus hombres vengan armados. —A Trumbill se le movió la venda al arquear las cejas—. Moynihan no me conoce —siguió Leon sin alterar la voz—. Le he dicho que era socio de Betsy Reculver y dice que quiere que lo llame ella, o al menos Richard Leroy. Le he dicho que te pregunte a ti y solo me ha contestado que oyó que te habían disparado. ¿Cómo tienes el brazo y la pierna?

Trumbill hizo rotar la mole del hombro izquierdo.

—Lo noto cansado, nada más, como si hubiera estado cavando zanjas, pero ya no lo tengo entumecido. Y he comido para

recuperarme de la pérdida de sangre. —Lanzó una mirada a la habitación oscura del motel—. Detesto las heridas en la cabeza.

—Pues has tenido suerte. A Richard y al guardia les dio de lleno. —Leon se tocó la frente que tenía en aquel momento—. Ya van dos veces en una semana que me echan a tiros de un cuerpo.

Trumbill se apartó de la ventana y lo miró, impasible.

—Qué lata, ¿no?

Leon amagó una sonrisa, pero se contuvo al recordar cómo le quedaba la expresión en aquella cara de payaso.

—Llamaré al garaje al amanecer para que nos manden el Camaro. Este cacharro sirve para seguir, pero no para perseguir.

—Vale. Ya tengo cargada la pistola de dardos tranquilizantes.

—Yo hago el primer turno de guardia —dijo Leon. Se sentó y giró la silla para mirar por la ventana—. Te despertaré a las… —Echó un vistazo al reloj de la pared de contrachapado—. A las cuatro.

—Muy bien. —Trumbill se desplazó de costado hasta la parte trasera de la caravana, donde estaba el catre—. Puede que por la mañana el baño esté un poco apestoso.

—En cuanto tengamos a Crane, venderemos este trasto como esté.

El sol brillaba en el cielo y ya hacía calor cuando Crane volvió de la recepción del motel, aún legañoso, y llamó a la puerta con un puntapié. Mavranos abrió con los ojos entrecerrados para protegerse de la luz y Crane le tendió una lata fría de Coca-Cola.

—No tienen café. —Entró y cerró la puerta—. Con esto pasaremos; al menos lleva cafeína.

—Joder.

Mavranos abrió la lata, bebió un trago y se estremeció. Crane se apoyó en el tocador destartalado.

—Oye, Arky, ¿alguna vez has hecho submarinismo?

—Era un niño de ciudad.

—Mierda. Bueno, puedes esperar en la barca.

—Hecho, te espero en la barca. ¿Tu rey muerto está bajo el agua?

—Creo que en el lago Mead —repuso Crane—. O al menos su cabeza.

Mavranos bebió otro trago de Coca-Cola, dejó la lata y salió con paso airado. Crane lo oyó cerrar la puerta de la furgoneta, y al poco volvió con una lata chorreante de Coors en la mano.

—Vi las moscas en torno a las cartas —dijo muy despacio tras dar un trago—, y oí las palabras del tal Snayheever en boca de Joe el Bicharraco. Fue raro, lo reconozco. Estoy dispuesto a aceptar que aquí pasan cosas muy extrañas, pero ¿cómo coño vas a hablar con una cabeza cortada debajo del agua? —Soltó una carcajada desprovista de alegría—. ¡Y con un tubo en la boca!

—Ah —dijo Crane con un ademán distraído—. Pues… ni idea.

Mavranos suspiró y se sentó en la cama.

—¿Por qué crees que está en el lago? —preguntó con voz queda.

—Por lo que le dijo Snayheever a Diana por teléfono: que alguien había intentado hundir una cabeza en el lago Mead. —Crane hablaba deprisa y paseaba de un lado a otro de la habitación—. Snayheever está chiflado, pero sabe de estas cosas, así que puede que la gente que está en esto se dedique a tirar cabezas cortadas al lago. Por cómo lo dijo, el lago no quiso la cabeza y fue una estupidez siquiera que lo intentara, como si ya hubiera una cabeza en el agua, ¿me sigues? Como si no pudiera haber otra, o no del mismo tipo. El lago Mead es agua mansa, ¿te acuerdas de lo que dijo Ozzie? Puede que amanse lo que entra en ella, así que sería buen lugar para echar la cabeza de un rey viejo si fueras el nuevo y quisieras tenerlo controlado. Y no creo que fuera mi verdadero padre, el rey actual, el que me hizo…, joder, el que me hizo matar al pobre inglés en la mesa de póquer del Horseshoe. Fue el rey del lago, el mismo que me sonrió desde la carta del dos de bastos, con la cabeza cortada atravesada por varas de metal. —Crane dedicó una sonrisa enloquecida a Mavranos—. ¿Me sigues?

—Estás fatal, cabrón.

—Además de la cabeza cortada del dos de bastos, me salió un rey de espadas muy raro. Era un brazo que asomaba del agua blandiendo una espada, como si alguien bajo la superficie ofreciera un arma.

—¿Y? —Mavranos parecía desconcertado, irritado y exhausto.

—Y siempre que sueño con la partida de asunción del lago Mead, veo al Loco bailando al borde del acantilado, pero también veo… no, más bien siento a un gigante en las profundidades del lago. Aun sin verlo, sé que tiene un solo ojo.

—Orfeo, en la mitología griega. Le cortaron la cabeza, pero siguió hablando un rato, haciendo profecías y cosas así. —Mavranos se levantó—. Vale, vale. ¿Has buceado alguna vez?

—Claro. La última vez me clavé un arpón en el tobillo. —Lo dijo con una sonrisa que se transformó en una mueca al recordar que Diana, con quince años, lo había llamado nada más volver del hospital.

—Bueno, pues vamos cuando quieras —concedió Mavranos—. Total, mi cura mistimática no progresa.

Crane abrió la puerta.

—¡A lo mejor encuentras en el baile lo que estás esperando! —dijo, como Riff a Tony en *West Side Story*.

Mavranos sonrió con amargura y se palpó el bolsillo de la chaqueta en busca de las llaves.

—Riff y Tony acabaron muertos —le recordó.

Vaughan Trumbill pulsó el botón de rellamada del móvil al cruzar

bajo el paso elevado de la 93.

Había echado el asiento atrás al máximo, y aun así el volante le rozaba la barriga. El Camaro aún apestaba a flores, el perfume de vieja de Betsy Reculver.

—Dime, Vaughan —contestó Benet con voz chillona.

—Bets… Esto, Benet…

—En adelante llámame Georges.

Trumbill cayó en la cuenta de que nunca lo había llamado así, en ningún cuerpo. Cuando empezó a trabajar para él, ya estaba en el de Richard Leroy.

—Como quieras, Georges. Van hacia Fremont. O vuelven adonde dispararon al crío, o siguen por la autopista Boulder hacia el lago.

—Donde dispararon al crío. —La voz de Georges, aunque salía de las cuerdas vocales de Benet, sonaba pétrea—. Sí, ya sé dónde dices. Una zorra me estrelló un Chevrolet ahí mismo hace tiempo. —El teléfono quedó en silencio unos instantes; Trumbill solo oyó el ronroneo amortiguado del motor del Camaro—. De acuerdo —siguió Georges—. Si paran ahí, ocúpate de ellos en cuanto salgan de la furgoneta. Es un lugar apropiado y discreto; además, no creo que lleven armas encima. ¿Siguen ahí los hombres de Moynihan?

Trumbill miró el espejo retrovisor. La furgoneta de la floristería lo seguía a un par de coches de distancia.

—Sí.

—Bien. Pues mata al del bigote y métele un dardo a Crane. Pero si pasan de largo y van hacia el lago… ¿Para qué van a ir al lago? Déjalo, es una pregunta retórica. Si es ahí adonde van, no me gusta nada. —Suspiró—. Detenlos en el desierto, al norte de Henderson. Pégales un tiro en una rueda, lo que sea, y enfréntate a ellos.

—En el desierto.

Trumbill hizo un esfuerzo por desterrar el recuerdo de la Muerte, el esqueleto repugnante vestido apenas con unos jirones de piel seca al que había visto en persona hacía solo tres días, haciendo cabriolas por el desierto, al sur de la ciudad.

«Enfréntate a ellos —pensó mientras pisaba el acelerador del Camaro para cruzar la intersección con la calle Desert Inn; miró la polvorienta furgoneta azul que circulaba por la autopista a toda velocidad—. Al viejo le soy útil, pero a la hora de la verdad soy un miembro prescindible de la ecuación. Siempre lo he sabido.»

Dejó escapar un suspiro.

—Si me matan —dijo al teléfono que sujetaba con la papada oscilante—, no te olvides de tu parte del trato.

Oyó que Georges suspiraba a su vez.

—Te meteré en un cubo de cemento, bien prieto, menos de una hora después de que mueras, Vaughan, no te preocupes. Pero dudo mucho

que esos tipos acaben contigo. A ti lo que te matará será la presión arterial, un infarto de aúpa, amigo mío.

Trumbill sonrió, con los ojos gélidos aún clavados en la furgoneta.

—De acuerdo. Te llamo luego.

Colgó el teléfono y volvió a concentrarse por completo en el vehículo azul.

TREINTA Y OCHO

¡El hombre delgado, no!

Ni Crane ni Mavranos dijeron palabra al pasar de largo la gasolinera abandonada.

«Ahí fue donde todo se torció —pensó Crane—. Y pensar que en Baker podríamos haber matado a Snayheever, o haberle roto los brazos, o cualquier cosa. Si lo hubiéramos sabido, si las putas cartas hubieran advertido a Ozzie en el casino de Los Ángeles… Y, sin embargo, aquí estamos. Scat habrá muerto en el hospital a estas alturas; Oliver andará en una casa de acogida pública; Diana y Ozzie están muertos; Arky y yo, a punto… ¿Por qué Ozzie no lo vio en las cartas?»

Se volvió en el asiento y miró atrás.

«Ni rastro del Jaguar, pero hace rato que llevamos detrás ese Camaro verde. Seguro que son turistas que van a ver la presa, pero si no nos adelantan le diré a Arky que pare y los deje pasar.»

Crane contempló la abrasadora llanura cubierta de maleza, que se fundía a lo lejos con las montañas y el cielo inmaculado, y recordó otro trayecto por esa misma autopista, una tarde de 1969, en un Cadillac descapotable con… ¿Cómo se llamaba? Newt, con Newt al volante, que le explicaba, nervioso, las reglas del póquer asunción. Para entonces, Ozzie ya debía de haber salido del Mint; estaría volviendo a casa a toda velocidad para recoger sus cosas, llevarse a Diana y dejarle la renuncia de la casa clavada en la puerta. Nunca lo había pensado, pero debía de tenerla preparada por si el temible padre de Crane se convertía en una amenaza para Diana. Al final la amenaza no la había creado este: la había creado Crane. Él había guiado al gordo hasta su hermana.

Volvió a mirar atrás. El Camaro seguía allí, a varios coches de distancia; los cromados centelleaban bajo el sol. Detrás había una furgoneta que a Crane le dio la sensación de que también llevaba ahí un buen rato.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, se giró y se puso de rodillas en el asiento para rebuscar en la parte de atrás.

—¿Has cambiado de opinión sobre la cerveza? —inquirió Mavranos.

—Seguro que son imaginaciones mías. —Localizó el revólver del 357 y el del 38, el de Mavranos, y los envolvió en una camisa—. Pero ¿por qué no paras para que nos adelanten el Camaro y la furgoneta, si quieren?

Volvió a sentarse y desenvolvió las armas. Al verlas, Mavranos

arqueó las cejas.

—¿Que pare dónde? El arcén es pura gravilla. Antes de parar tendría que aminorar tanto que, o bien nos adelantarían, o bien se nos empotrarían contra el tubo de escape.

Crane se quedó un rato en silencio, mirando al frente.

—Ahí delante sale un camino de tierra, ¿ves? —preguntó al cabo, señalándolo—. Si nos agarramos bien, puedes girar casi sin frenar. Y si de verdad nos siguen, por el camino les cogeremos delantera. Los dos tienen el suelo mucho más bajo que el nuestro.

—Joder, ojalá le hubiéramos mandado cinco mil más a Wendy —bufó Mavranos.

Cogió el revólver y se lo metió en la cintura.

La furgoneta dio un salto cuando los anchos neumáticos entraron en el camino sin pavimentar; el gato, la rueda de repuesto y la caja de herramientas volaron por los aires y cayeron de golpe, y Crane salió despedido contra el salpicadero, aferrado al revólver, con tanta fuerza que casi se le dispara. La furgoneta se sacudía de un lado a otro, y Mavranos intentaba mantener la vista al frente y lanzaba tacos a gritos.

Crane se volvió, agarrado al respaldo del asiento, y miró el remolino de polvo que habían levantado; le pareció que los dos vehículos habían seguido adelante por la autopista y fue a decirle a Mavranos que podía aminorar. Pero en aquel momento vio el morro del Camaro, que se abría camino tras ellos en medio de la polvareda.

Otra vez estuvo a punto de disparar el revólver de un espasmo.

—¡Vienen a por nosotros! —gritó para hacerse oír en medio de la discordancia de chirridos y crujidos—. ¡Corre!

Mavranos asintió, se aferró al volante y se lanzó por el camino a toda marcha, directo hacia el desierto.

Crane volvió la vista de nuevo. El Camaro, que no tenía suspensión para aquel terreno escarpado, estaba quedándose atrás. La furgoneta también se había salido de la autopista y los seguía bamboleante aún más lejos. Un penacho de tres plumas de polvo se dispersaba hacia el sur.

Crane salió disparado contra la puerta por un bache. Volvió a mirar el camino entre las grietas del parabrisas, aturdido. A la izquierda discurría un barranco de poca profundidad; a la derecha, el terreno se elevaba. El camino seguía recto como una flecha. ¿Llevaría hasta la I-15? Habrían dejado atrás a los perseguidores mucho antes, sin duda, siempre que no tuvieran un pinchazo ni se les rompiera un eje.

Pese al estrépito de la furgoneta oyó un disparo, alto y claro.

—¡Más deprisa! —gritó.

Empezó a bajar la ventanilla para devolver el tiro, pero con los saltos del vehículo le costaba hasta girar la manivela y se dio cuenta

de que apenas tenía posibilidades de acertar desde aquella posición tan inestable. Además, si la furgoneta se paraba, iba a necesitar hasta la última bala.

La siguiente detonación llegó al mismo tiempo que un estallido en la parte de atrás de la furgoneta, que no perdió velocidad, pero salió disparada a trompicones hacia la izquierda del camino arenoso. Crane se agarró al salpicadero con la mano libre y ancló los pies en el suelo, convencido de que iban a volcar. Mavranos luchaba con el volante; trataba de girarlo hacia la izquierda para controlar el derrape.

—Nos han reventado la rueda izquierda de atrás —jadeó cuando consiguió enderezar el vehículo.

Pisó el freno y se detuvieron entre golpeteos y sonidos metálicos, atravesados en el camino, con el morro hacia la loma y la parte trasera hacia el barranco.

Mavranos puso la palanca de cambio en posición de aparcar, y Crane y él salieron de la furgoneta.

Crane no sabía dónde estaba su amigo, pero subió agachado la loma junto al parachoques delantero, tosiendo por la polvareda. Entrecerró los ojos para apuntar el revólver, ya amartillado, y lo movió de un lado a otro sobre el capó caliente.

Lo que le retumbaba en la mente no eran los dos disparos que acababa de oír, sino el tiro de escopeta de hacía tres días.

«Dios mío, ponme delante al gordo y luego haz conmigo lo que quieras», rogó.

—¡Quietos! —La voz ahogada, brusca, nacía tras la nube de polvo—. ¡Policía, teniente Frits! ¡Crane y Mavranos, apártense de la furgoneta con las manos en alto!

El viento estaba llevándose el polvo y Crane vio como Mavranos avanzaba muy despacio hacia el barranco, alejándose del parachoques trasero, con las manos levantadas. Él bajó el arma y se irguió.

Una silueta difusa empezaba a perfilarse contra la mole del Camaro.

—¡Crane! —gritó de nuevo la voz—. ¡Apártese de la furgoneta! ¡Ya!

Crane, inseguro, rodeó la parte delantera del vehículo y dio dos pasos por la ladera. Aún sostenía el arma, pero al costado, apuntando al suelo.

Una ráfaga de viento despejó el aire. El gordo, Vaughan Trumbill, estaba delante del Camaro con los dos brazos extendidos: con el izquierdo apuntaba a Mavranos con una automática; con el derecho, a Crane con un fusil. Tenía un vendaje que le oscilaba en la calva esférica, pero no le temblaban las manos.

—Era broma —dijo—. Crane, suelta el arma.

La furgoneta estaba deteniéndose tras el Camaro. Llevaba el parabrisas cubierto de polvo, así que Crane no tenía manera de adivinar con cuántas armas les apuntarían a Mavranos y a él.

«Claro —pensó Crane con hastío—, Frits habría utilizado sirenas o luces, aunque fuera en un coche de incógnito.»

Crane posó la vista en Mavranos, que le devolvió la mirada con los ojos entrecerrados, casi con diversión; llevaba el bigote lleno de polvo.

—Por mí no te detengas —le dijo—. A mí también me caía bien Ozzie.

Trumbill echó a andar hacia Mavranos; la corbata y los faldones de la chaqueta le ondeaban al viento como banderas en un barco.

—Suelta el arma o mato a tu amigo, Crane —gritó, clavándole la mirada. Tenía los ojos hundidos en pliegues de carne.

—¡Ja! —replicó Mavranos con una patada en la arena.

Trumbill se volvió hacia él como un resorte, encarándolo con la automática…

… y Crane, que sentía las armas de la furgoneta tan presentes como un escorpión ante las narices, dio las gracias a su amigo por ponérselo tan fácil…

… para alzar el revólver y apretar el gatillo.

El estallido desgarrador le echó la cabeza atrás; del retroceso, giró hasta caer de rodillas y quedó apuntando con el revólver al parabrisas de la furgoneta.

Esta ya debía de tener metida la marcha atrás, porque antes de que Crane tocara el suelo ya había empezado a retroceder a toda velocidad, levantando sendas nubes de polvo con los neumáticos delanteros.

Crane volvió el arma a la parte de atrás de la Suburban, pero solo encontró a Mavranos, de espaldas a él en el camino, que apartó la vista de la furgoneta y se fijó en el fondo del barranco.

Tras un segundo tenso con la respiración entrecortada, Crane bajó el revólver y se puso de pie. La furgoneta, que tenía el logo de una floristería en el lateral, aprovechó un ensanchamiento del camino para girar en redondo y alejarse veloz hacia la autopista. Crane bajó por la ladera, cruzó el camino y se detuvo al borde del barranco, a pocos pasos de Mavranos.

Trumbill estaba unos metros más abajo, tirado de espaldas en el lecho seco. Tenía la chaqueta abierta y la camisa blanca cada vez más roja. El fusil había caído a la cuneta, cerca de Mavranos, y la automática estaba a medio barranco, apoyada en vertical contra una piedra.

—Buen tiro, Pogo —dijo Mavranos.

Crane lo miró. No estaba herido, pero se tambaleaba, todo pálido, y parecía a punto de vomitar.

—Gracias. —Seguramente él tenía el mismo aspecto.

—Camaro —dijo Trumbill, bien audible—. Llevadme al… teléfono. —Parecía que le costaba horrores hablar, pero sonaba con fuerza—.

Ambulancia.

«No», pensó Crane.

—No —dijo.

«Tengo que matarlo —pensó con asombro y repugnancia—, tengo que acabar con él. No puedo hacer prisioneros. ¿Lo metería la policía en la cárcel? ¿Con qué cargos? El cuerpo de Ozzie se esfumó y, aunque hubiera dejado pruebas que lo incriminaran en el asesinato de Diana, cosa poco probable, seguro que saldría bajo fianza. Pasaría una temporada en el hospital, claro, pero podría seguir trabajando para mi padre aunque estuviera ingresado. No dejaría que Scat y Oliver se le escaparan, como le pasó con Diana cuando era un bebé.

»Y a mí me meterían en la cárcel, al menos una temporada. Puede que larga. ¿Qué historia le contaría a la poli?

»Tengo que matarlo. Aquí mismo. Ahora mismo.»

—¡Mavranos! —exclamó Trumbill—. Puedo curarte el cáncer… Volverías… con tu familia… sano. Décadas. —Respiró tan hondo que lo oyeron desde arriba—. El fusil… Dardos tranquilizantes. Dispara a Crane.

Crane se volvió y observó el fusil, a un metro de los pies de Mavranos; levantó la vista y se encontró con la mirada de su amigo.

Mavranos no tendría tiempo de coger el fusil antes de que él levantara el revólver y disparase, pero se dio cuenta de que era físicamente incapaz de pegarle un tiro. Abrió la mano muy despacio y dejó caer el arma.

—Haz lo que tengas que hacer, Arky —le dijo. Mavranos asintió con lentitud.

—Estoy pensando en Wendy y en las niñas.

Fue poco a poco hasta el fusil y le dio un puntapié en dirección a la furgoneta.

—Wendy te ha salvado —sentenció.

Crane soltó el aliento y asintió; se dio media vuelta hacia Trumbill, tragó saliva y se agachó a recoger el revólver.

—De acuerdo —gimió Trumbill. Estaba muy pálido, con la cara cubierta de sudor bajo el sol inclemente y los puños carnosos apretados—. ¡Un último ruego! Llamad a este número… Decidle dónde está mi… cadáver… Tres, ocho, dos…

—No. —Crane, tembloroso, levantó el arma, centelleante como un espejo—. A saber qué magia haría con tu cadáver. —Tenía lágrimas en los ojos, pero consiguió que la voz le saliera firme—. Será mejor que te pudras aquí, que te devoren los bichos y los pájaros…

—¡Nooo! —Pese a la espantosa herida, Trumbill lanzó un rugido terrible, desgarrador, que retumbó en el desierto y sacudió el cielo distante—. ¡El hombre delgado, no! ¡El hombre delgado, no! ¡El…!

Crane pensó en Ozzie y en Diana, los dos asesinados por él.

Y apretó el gatillo.
¡Bang!
—… hombre delgado nooo…
¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!
Clic.

Los disparos no despertaron ecos en el aire ardiente del desierto. Crane bajó el arma descargada y contempló atónito el cuerpo lleno de sangre que yacía en el lecho seco.

De pronto tenía la tierra a un palmo y las manos apoyadas en el suelo, y vomitaba entre espasmos los restos de la Coca-Cola que se había tomado para desayunar.

Cuando consiguió rodar a un lado, escupiendo y jadeando, vio entre lágrimas que Mavranos había abierto la parte trasera de la furgoneta y arrastraba el gato hacia el neumático reventado.

—Yo me encargo, Pogo —dijo Mavranos—. Tú mira a ver si puedes tirar el Camaro por el barranco. Podemos echarle unas lonas por encima y unas piedras, para que no se vuelen. No pasa nada si tardan unos días en encontrarlo. Algo me dice que los de la furgoneta no van a avisar a la policía.

Crane asintió y se puso en pie como pudo.

Al cabo de quince minutos volvían despacio a la autopista por el camino de tierra. Mavranos mascullaba entre dientes por los daños que habría sufrido la suspensión de la furgoneta; Crane se mecía en el asiento del copiloto y contemplaba las rocas afiladas del desierto, intentando extraer aunque fuera una satisfacción sombría por haber vengado a Ozzie, o sentir orgullo por la habilidad con que había disparado al gordo, o cualquier cosa que no fuera el horror de haber apretado una y otra vez el gatillo resbaladizo de sudor.

Cuando llegaron a la autopista y volvían a dirigirse al sur, hacia el lago, se miró la mano derecha y deseó durante un instante que su padre consiguiera arrebatarle el cuerpo.

TREINTA Y NUEVE
Una mezcla de los dos

—Esto no se parece a Las Vegas —comentó Mavranos mientras avanzaban por las calles silenciosas de Boulder City en la furgoneta polvorienta.

En la radio sonaba la mejor canción de rock de la historia, al menos para Crane: «Una mezcla de los dos», de Big Brother and the Holding Company.

Pero sentía como si hubiera perdido el derecho, la capacidad, de ser parte de ella.

Salió del ensimismamiento y contempló las petulantes casas de estilo colonial con sus jardines de césped.

—¿Eh? No, claro, en nada. —La voz le sonaba extraña. Tenía que hacer un esfuerzo por hablar con normalidad, como… como si no acabara de matar a nadie—. De todo Nevada, este es el único lugar donde el juego no es legal —prosiguió, tenaz—. De hecho, el alcohol de alta graduación no se legalizó hasta 1969.

—¿No hay juego? ¿De ningún tipo?

—No. —Crane esbozó una sonrisa tensa y negó con la cabeza—. A excepción de cierto tipo de póquer que solo se juega una vez cada veinte años en un barco.

«Y que empieza dentro de tres días —pensó—. Cuando terminen las partidas, el Sábado Santo, asumirá mi cuerpo a no ser que se lo impida, y no sé cómo.»

Janis Joplin seguía gimiendo en la radio, pero no se dirigía a él.

—Vaya, entonces no hay nada que me sirva… Igual puedo meterme en una partida de chapas.

Crane miró a Mavranos, angustiado también por él. Estaba mucho más pálido y delgado que cuando habían salido de Los Ángeles, y ya nunca se quitaba el pañuelo del cuello.

«¿Hay alguna posibilidad de que Trumbill le hubiera curado el cáncer? No, seguro que era un farol a la desesperada.»

—Gira a la izquierda ahí adelante, por la calle Lakeshore —indicó.

—¿No íbamos a la presa?

—No. Las playas y los puertos deportivos más cercanos están en la orilla oeste, ahí habrá tiendas para alquilar un bote y equipo de submarinismo. Desde la presa, lo único que podríamos hacer es mirar.

—Pues yo quería ver la presa.

—Ya iremos luego, ¿vale? —repuso Crane, cortante—. Esta semana. Hasta podrás comprarte una camiseta de recuerdo.

—Es una de las siete maravillas artificiales.

—¿En serio? ¿Cuáles son las otras?

—No sé. Una es esa montaña rusa del parque Knott's Berry Farm: la Venganza de Moctezuma, se llama.

—Ahí también pararemos en el viaje de vuelta a casa para comprarte una camiseta.

Soltaron una carcajada breve y tensa. Mavranos se terminó la cerveza y abrió otra. La difunta Janis Joplin siguió aullando a través de los altavoces pegados al techo con cinta adhesiva, tras los asientos delanteros.

En un establecimiento de los alrededores del muelle Government, Crane alquiló un equipo de submarinismo, un traje de neopreno de cuerpo entero con capucha y escarpines, y una bolsa para transportarlo todo. Luego alquilaron una lancha en el Círculo Recreativo del Lago Mead y antes del mediodía ya estaban surcando las aguas bajo el cielo despejado.

No tardaron en dejar atrás a los que practicaban esquí acuático y llegaron a una zona donde el viento levantaba algunas olas. Crane tiró de la palanca para invertir el motor; la lancha se detuvo y quedó meciéndose en el lago. Mavranos se había pasado el trayecto pegado al salpicadero, entre los saltos que daba la lancha y el agua que entraba por la borda; cuando se detuvieron, se quitó la gorra marinera, la sacudió contra la rodilla y volvió a ponérsela.

—¿Se acabó la coctelera? —preguntó, en medio de la tranquilidad repentina—. Iba a abrir la nevera, pero si vas a arrancar otra vez…

—No, tranquilo.

Estaban solos en el agua, bajo la bóveda del cielo azul inmaculado, pero Crane tenía que esforzarse para dejar de ver al gordo saltando y reventando bajo el impacto de las balas. Bostezó para destaponarse los oídos y percibir el bendito sonido del viento y el ronroneo del motor al ralentí.

«En fin, aquí estoy. ¿Qué hago ahora? ¿Salto sin más?»

Un bote de pesca rojo se mecía a cien metros; su ocupante parecía mirarlos. Tal vez habían espantado a los peces con el ímpetu de la llegada.

Mavranos se sentó con una cerveza rebosante de espuma.

—La velocidad y la cerveza son mala combinación —gruñó mientras se limpiaba el bigote—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Dejar reposar las latas antes de abrirlas —respondió Crane—. Es broma. —Se apartó de la frente el pelo alborotado y contempló la amplia extensión del lago—. Eh… Pues no lo sé muy bien. Debe de estar por esta zona, en la cuenca de Boulder. También podría estar en el brazo de Overton, en la cuenca de Temple o en la de Gregg, pasadas las montañas, a muchas millas, pero lo más accesible es esto.

«Debería haber una mano con una espada saliendo de las aguas», pensó con impotencia.

Desplegó el mapa que les habían dado al alquilar la motora.

—A ver qué hay aquí —dijo, recorriendo con el dedo el perímetro de la cuenca de Boulder—. Mira, la cala de la Luna, suena prometedor. Y la isla del Muerto. Aún mejor.

Mavranos se inclinó sobre el mapa y le echó a Crane el aliento cargado de cerveza.

—Cala del Correcaminos —leyó—. No está mal. ¡Bip, bip!

Crane echó un vistazo a la bolsa donde llevaba el equipo; no sabía si llegaría a ponérselo aquel día.

—En fin, en marcha —resolvió—. Iré más despacio, pero agárrate.

Puso rumbo norte, a la cala de la Luna, siguiendo la costa occidental a diecisiete nudos.

«Deja la mente en blanco —se dijo—. Puede que el rey muerto esté intentando guiarte y no lo dejes pasar con el barullo de fondo de tus pensamientos.»

Lo intentó, pero era incapaz de relajarse por completo. En aquellas circunstancias, poner la mente en blanco era como dejar el coche en los barrios bajos, en marcha y sin cerrar.

Solo tardaron unos minutos en rodear la punta norte de la cala. Crane consultó el mapa y descubrió que la ensenada que se abría ante ellos era la cala del Bombeo. Había un barco anclado, con toldos azul vivo, y en una mesa de pícnic de la orilla se veía a una familia con perro incluido.

Sintió que no era el lugar que buscaba. El sol caía a plomo; ¡cómo envidiaba la gorra de Mavranos! Y su cerveza.

Dio media vuelta y se apartó de la orilla, rumbo a un conjunto de islas de la zona meridional de la cuenca, que despuntaban como vértebras de un dios muerto.

—¿Qué se pesca aquí? —preguntó Mavranos a gritos por encima del rugido del motor.

—Bagres bien gordos, tengo entendido. —Crane tenía los ojos entrecerrados por la brisa—. Y carpas. Y róbalos.

—Carpas —repitió Mavranos—. Son como peces de colores gigantes, ¿sabes? He oído que no mueren por causas naturales. Y pueden sobrevivir un invierno entero en un estanque congelado. Las moléculas de sus células se niegan a cristalizarse.

Crane se alegró de que el viento y el motor le impidieran responder. La búsqueda de una cabeza en el lago casi parecía cabal comparada con las ideas científicas y matemáticas de Arky: cerveza anticancerígena, cambios de fase en las apuestas deportivas del Caesars Palace, peces de colores inmortales…

La isla del Muerto, poco más que un peñasco accidentado con una

playa angosta alrededor, era la más cercana. Crane la escrutó y se fijó en el bote rojo, inmóvil, que había junto a la orilla este.

Mavranos se había llevado los prismáticos, unos Tasco destartalados de 8 x 40. Crane soltó el pedal del acelerador y los sacó de la funda.

Se puso en pie en la cubierta de fibra de vidrio y se apoyó en el parabrisas para mantener los prismáticos firmes. Apuntó hacia el bote de pesca e hizo girar la ruedecilla para enfocar.

La barquita cobró nitidez; de pronto parecía solo a diez metros. El pescador era un hombre esbelto de unos treinta años, con el pelo brillante y repeinado hacia atrás, y miraba a Crane con una sonrisa. Agitó la caña a modo de saludo.

—Arky —dijo Crane muy despacio—, ese tipo de ahí, el que está pescando, ¿es el mismo que hemos visto al parar la primera vez? Porque no puede haber llegado tan deprisa…

—¿Qué tipo? —lo interrumpió Mavranos.

—Aquel de allí, junto a la isla. —Crane señaló hacia proa, observando aún al hombre por los prismáticos.

—No veo a nadie. Solo a unos que hacen esquí acuático, pero están muy lejos.

Crane bajó los prismáticos y miró a Mavranos. ¿Estaba tan borracho que ni veía ya?

—Ahí, Arky —insistió con paciencia—, justo al…

Se detuvo en seco. El bote ya no estaba, y no podía haber rodeado la isla en un instante. Era una maniobra de varios minutos.

—¡Ha desaparecido! —exclamó, aun sabiendo que sonaba ridículo.

—Vale. —Mavranos lo miraba, impasible.

Crane soltó el aliento contenido, y se dio cuenta de que tenía el corazón desbocado y las manos sudorosas.

—Bueno… Creo que ya sé dónde sumergirme.

Se sentó y, con mucho cuidado, volvió a pisar el acelerador.

Las aguas estaban bajas y la orilla de la isla del Muerto era una maraña de arbustos en otro tiempo sumergidos: un manto de gayubas con las ramas cortas cubiertas de algas.

«Como cortinas de musgo en los cipreses de un pantano», pensó Crane.

Aquí y allí se veían palos en ángulos raros, también recubiertos de algas, que debían de ser cañas de pescar abandonadas. Las rocas eran montículos difusos de aspecto resbaladizo tapizadas de algas verdosas, cuyo olor húmedo impregnaba la brisa en torno a la isla.

—En menuda sopa te vas a meter —señaló Mavranos mientras Crane, sentado en la borda, se ponía una manga del traje de neopreno.

—Y encima está fría —se quejó este—. Los trajes de alquiler nunca quedan del todo ajustados y, cuando me meto mucho rato en agua fría, me entra un dolor de cabeza que no veas.

Había conseguido ponerse el traje de neopreno y pasarse por la cabeza el dispositivo de control de flotación, que parecía un chaleco salvavidas desinflado.

—Habría sido mejor un traje seco —aportó Mavranos—. O mejor, una campana de buceo.

—O haber escogido otro punto de reunión —replicó Crane.

Ajustó las cinchas del arnés y metió los brazos mientras Mavranos le sujetaba la botella de aire comprimido. Crane se inclinó hacia delante para apretarse las cinchas y comprobó que el cierre del cinturón estuviera accesible y se abriera hacia la izquierda. Tenía muy pocas ganas de zambullirse en el agua fría y turbia, pero al menos todavía se acordaba de cómo se ponía el traje.

Esperaba recordar también cómo se respiraba por el regulador. El monitor de buceo le había repetido mil veces que lo más peligroso era el comportamiento de los gases bajo presión.

Se irguió cuando estuvo listo, con el cinturón de lastre por encima del resto del equipo; se aseguró también de que el botón para soltárselo quedara bien lejos del dispositivo de control de flotación. Le costaba estirar los brazos con el traje, pero aún lo sentía algo suelto en la parte de delante.

«En fin. Nada que no se solucione con una buena ducha caliente en el motel donde acabemos.»

Tenía la máscara en la frente y la boquilla del regulador le colgaba a la altura del codo. Antes de ponérselo todo, se volvió hacia Mavranos.

—Si… si no he vuelto en, pongamos, cuarenta y cinco minutos, lárgate. El dinero está en el bolsillo del pantalón, dentro de un calcetín.

—Vale —convino Mavranos, impasible.

Crane se bajó la máscara, se introdujo la boquilla del regulador entre los dientes, respiró unas cuantas veces y apretó el botón de purga para comprobar la palanca de la válvula. Por último, puso un pie en la borda.

—Eh, Pogo —dijo Mavranos, aunque Crane lo oyó atenuado por la correa de la máscara y la capucha de neopreno. Se volvió. Vio que le tendía la mano derecha y se la estrechó—. No la cagues.

Crane le contestó uniendo el índice y el pulgar en un círculo, se subió a la borda, y saltó al agua con los pies juntos y la mano derecha detrás de la cabeza para sujetar la botella de aire comprimido.

Se sumergió en medio del borboteo, que le llegaba amortiguado por la capucha de neopreno.

El agua estaba fría, a unos quince grados, y lo primero que le invadió, como siempre, fue la entrepierna. Soltó aire por el regulador y una nube de burbujas ascendió ante el cristal de la máscara.

Tragó saliva y movió la mandíbula para equilibrar la presión y destaponar los oídos.

«Ahora, respira despacio y hondo —se dijo mientras estiraba los pies—. Con cuidado, o el frío te provocará una respiración agitada y superficial.»

Iba hundiéndose poco a poco; se relajó y se dejó llevar. La visibilidad era espantosa: en el agua, cada vez más oscura, había un polvo marrón verdoso de algas en suspensión, y las hilachas sueltas se arremolinaban en torno a él como cereales en un tazón de leche.

A dos metros de profundidad atravesó un plano de cambio de temperatura, las llamadas termoclinas, y volvió a soltar aire ante el frío repentino. Extendió las manos y pateó para interrumpir el descenso.

Desde allí vislumbraba la ladera de la isla al otro lado de la neblina de algas. Los guijarros estaban cubiertos de un vello marrón amarillento. ¿Cómo iba a distinguir una cabeza cortada entre todos aquellos bultos peludos?

Pero al pescador lo había visto un poco más lejos. Crane se alejó nadando entre las aguas turbias, tensando los empeines para dar patadas largas.

No tardó en dolerle la pierna izquierda por la puñalada de hacía ocho días.

La rutina de patada y respiración era casi hipnótica. Recordó las inmersiones en Catalina, tras las lluvias de primavera, con una visibilidad cristalina a treinta metros a la redonda y una línea de refracción fluctuante entre la capa superior (de agua dulce) y la inferior (más salada), como las ondas de calor sobre las autopistas. Recordó las sesiones de buceo en las pozas de marea de La Jolla para coger pulpos diminutos y tocar anémonas irisadas; tenía que desenredarse con paciencia las largas tiras de los bosques de algas, y una vez apretó sin querer el botón del cinturón de lastre y lo vio caer en picado en las aguas transparentes.

Allí lo único que oía era el eco metálico de su respiración en la botella de acero. El aire que inhalaba a bocanadas largas por la válvula del regulador era frío y de sabor metálico; como siempre, sin saber por qué, le hizo sentir como si tuviera la boca llena de arenilla.

Había ido mirando el reloj y el indicador de presión, pero llevaba un rato sin consultarlos cuando empezó a percibir un sonido tenue que no era su respiración.

Un sonido agudo, rítmico y áspero, pero demasiado lento para tratarse del eco de una lancha motora. La neblina de algas le impedía ver si subía o bajaba, así que tuvo cuidado de mantener la respiración constante, pues recordaba que contener el aliento durante un ascenso, por corto que fuera, podía reventarle un pulmón sin previo aviso.

Era música lo que sonaba. Una pieza de swing de los años cuarenta, con muchos metales.

Arqueó la espalda y extendió los brazos para detenerse en la penumbra parduzca.

¿Era esa la señal? ¿Estaba a punto de suceder algo? En cierta ocasión había visto un mecanismo sonoro, una sirena que se sumergía en el agua para avisar a los submarinistas de que volvieran a los botes; también sabía de la existencia de costosísimos altavoces acuáticos, y había leído que era posible rastrear un submarino si sonaba música en los camarotes…

Pero nunca había oído música bajo el agua.

El sonido llegaba cada vez más claro. La canción era «Begin the Beguine», y de fondo se oía el murmullo inconfundible de risas y conversaciones.

«Un rey viejo, muerto», pensó con un estremecimiento que no era solo de consternación, y pateó de nuevo hacia delante.

En la penumbra nebulosa divisó la silueta de una torre de piedra con forma piramidal. Volvió a detenerse en el agua para que el dispositivo de control de flotación, ya medio inflado, lo mantuviera en el sitio, y dio brazadas para aproximarse muy despacio a la torre sumergida.

El aire que inhalaba por el regulador se había tornado más cálido y tenía aroma de humo de cigarrillos, de ginebra, de billetes.

Al llegar a un metro de la torre, vio que había una cabeza en el chapitel, un cráneo envuelto en algas en lugar de carne. Los pómulos y las órbitas se habían convertido en coral, y en la órbita izquierda brillaba una perla enorme.

Crane comprendió que aquel cambio de material bajo el agua era una reparación de daños, una curación póstuma, y pensó en la cabeza de querubín del dos de bastos, con las dos varas de metal que le atravesaban la cara.

La música sonaba ya muy alta; casi alcanzaba a entender las palabras en el murmullo de risas y voces. Le llegó con claridad un olor a solomillo a la parrilla con salsa bearnesa.

Tendió la mano despacio en el agua turbia y, con la yema del dedo desnudo, rozó la perla del ojo.

CUARENTA
La mosca

Dio un respingo y dejó escapar una bocanada de aire en un grito de sorpresa.

Estaba sentado en una silla, a la mesa, frente al hombre que había visto pescando. Se encontraban en una estancia alargada de techo bajo con un par de ventanales que se abrían al luminoso cielo azul, detrás del pescador.

Crane se quedó muy quieto.

Aún tenía entre los dientes la boquilla del regulador, pero ya no llevaba la máscara y veía con claridad, así que estaba fuera del agua.

Se quitó el regulador muy despacio.

La boca se le llenó al instante de agua del lago; volvió a ponerse el regulador y expulsó el agua por la válvula de escape.

«De acuerdo —se dijo mientras intentaba contener el pánico—, sigues bajo el agua; esto es una visión, una alucinación.

»Así que este debe de ser el famoso rey muerto.»

Contempló la estancia para demorar el momento de mirarlo a los ojos. En el centro del techo había una viga gruesa de hormigón atravesada por otras de madera; de las paredes color crema colgaban cuadros de paisajes, y la moqueta parda estaba salpicada de mesas, sofás y sillones bajos. Por las ventanas abiertas llegaban risas y el chapuzón de alguien tirándose a la piscina.

Qué confuso.

El aire que le entraba en la boca tenía un deje de cloro y un sabor intenso a cuero y a loción para después del afeitado.

Por fin miró al hombre que estaba enfrente de él.

De nuevo le pareció que rondaba la treintena, con el pelo castaño repeinado hacia atrás; los ojos, de párpados pesados y pestañas largas, conferían un aura de misterio a la media sonrisa que lucía. Llevaba un traje a medida con chaqueta de rayas finas, abierta sobre una camisa blanca de seda con cuello de puntas largas.

Entre ellos, en la superficie pulida de la mesa, había dos azucarillos envueltos, una lata de insecticida marca Flit, una copa dorada que parecía un cáliz y una navaja de quince centímetros, oxidada y sin puño.

Crane recordó que, en la baraja del tarot, su palo eran las copas, de modo que extendió la mano (no se sorprendió al ver que él también vestía una camisa de seda, con gemelos de ónice) y señaló la copa.

El hombre pareció satisfecho, sonrió y se levantó. Crane advirtió

que llevaba pantalones de cintura alta y rayas finas, a juego con la chaqueta, y unos carísimos zapatos de cuero con puntera.

—Sigues siendo tú —dijo el hombre. Crane se dio cuenta de que la voz no estaba bien sincronizada con el movimiento de los labios—. Tenía miedo de que ya no lo fueras —agregó, y se sacó una pistola automática del bolsillo interior de la chaqueta. Crane se puso tenso, listo para saltar sobre él, pero el hombre cogió el arma por el cañón y la dejó frente a él—. Cógela. El seguro no está puesto y hay una bala en la recámara. Solo tienes que amartillarla y apretar el gatillo.

Crane la cogió. Era una Springfield Arms del 45 con cachas de madera. ¿Qué quería que hiciera con ella? Su anfitrión se dio media vuelta, de modo que Crane se encogió de hombros y se la guardó en la cintura del pantalón gris que había sustituido al del traje de neopreno.

El hombre se dirigió hacia las puertas correderas de cristal que daban a la piscina, miró a Crane y le hizo un ademán con la mano; llevaba las uñas bien cuidadas.

Crane se puso de pie y advirtió que llevaba zapatos, no aletas, y que no sentía el peso de la botella de aire en la espalda. Atravesó la moqueta y siguió a su anfitrión hasta la pequeña terraza cuadrada.

Debajo, el césped salpicado de palmeras llegaba hasta el borde de hormigón de la piscina; más allá se encontraba el casino, pintado de verde pistacho. Al otro lado del casino, detrás de la estrecha autopista, el desierto se extendía hasta perderse en el horizonte. Crane tuvo que asomarse a la barandilla para observar el edificio que quedaba a la derecha, una construcción baja y destartalada al otro lado de la carretera, situada a un kilómetro en dirección norte.

Lo reconoció de inmediato. Había estado allí muchas veces, de niño.

Era el Last Frontier, un motel casino decorado como un rancho del antiguo oeste. Detrás tenía una callejuela de pueblo fantasma, con edificios abandonados que habían trasladado allí para entretener a los niños.

Más tarde lo habían vendido, en 1955 había vuelto a abrir las puertas con el nombre de New Frontier y en 1965 lo habían derribado. El Frontier, donde había jugado al póquer la semana anterior, se había construido en 1967 en aquel mismo lugar.

Y sabía dónde estaba, por supuesto. Bajó la vista y se estremeció al encontrarse con el jardín de rosas que tan bien recordaba.

Estaba en la terraza del ático del Flamingo, tal como era a principios de 1947, antes del asesinato de Benjamin Siegel (al que todos llamaban Bugsy, aunque rara vez a la cara). Así había sido el Flamingo cuando no había otro hotel casino elegante en Las Vegas. Era, con cuatro plantas, el edificio más alto en diez kilómetros a la redonda.

Crane se irguió y miró al hombre de atuendo ostentoso que tenía al

lado. «Señor Siegel», quiso decir, pero solo consiguió expulsar aire por el regulador.

—Ya sabes dónde estás —dijo Siegel.

Crane detectó un deje neoyorquino, y vio que el sonido y los labios ya estaban sincronizados. Asintió.

—Es mi castillo. —Siegel se dio la vuelta y volvió a entrar en el salón alargado—. Seguro que tu padre te trajo aquí alguna vez después de matarme.

Se detuvo frente a una estantería empotrada en la pared, con la parte de abajo cerrada. Le guiñó un ojo y levantó la balda que le quedaba a la altura de la rodilla; los libros que soportaba cayeron al suelo. Debajo se abría un hueco rectangular que se perdía en la oscuridad, con una escalerilla de madera en la pared de enfrente.

—Para cuando juego al escondite.

Tiró el estante a un lado, volvió a la mesa y se sentó de nuevo.

—Siéntate —ordenó.

Crane rodeó la mesa y se sentó al borde de la silla, consciente del bulto del arma bajo el cinturón. Recordó que debía respirar a un ritmo constante, sin contener el aliento. Tal vez en el mundo real, el de 1990, estaba subiendo o bajando, o hasta flotando en la superficie.

—John Scarne me enseñó un truco para hacer una apuesta de proposición —dijo Siegel mientras desenvolvía los azucarillos. Los puso en la mesa y destapó el bote de Flit—. Se llama «la mosca». —Sacó el micrófono de un intercomunicador de debajo de la mesa—. Hola, ¿chef? Soy Benny. La jota está aquí. Necesitamos una mosca viva.

Soltó el micrófono, que se transformó en humo. Metió un dedo en el bote y rozó la cara superior de los azucarillos.

—Le gané diez mil pavos a Willie Moretti con este truco, en esta misma habitación. Se trata de apostar a qué terrón elegirá la mosca para posarse. Parece una apuesta igualada, ¿no? Pero el truco está en darle la vuelta al que has escogido tú, de forma que el de tu contrincante tenga el DDT en la cara de arriba y el tuyo en la cara de abajo. La mosca va siempre a por la cara sin veneno, y ganas.

Llamaron con suavidad a la puerta que daba al pasillo, detrás de Crane.

—¡Pasa! —ordenó Siegel.

Crane oyó como se abría la puerta, y una figura vestida con esmoquin se acercó y se detuvo junto a él. Siegel señaló la mesa.

Crane, con el regulador en la boca, contuvo un grito, pero no pudo evitar dar un respingo al ver la mano del camarero.

Era una mano de esqueleto, con los huesos recubiertos de algas pardas y viscosas. Depositó una caja de cartón que sostenía entre los dedos largos. La tapa estaba agujereada y salía un zumbido del

interior.

De pronto, Siegel tenía un ojo blanco, con un brillo perlado, pero sonrió a Crane, dio la vuelta a un azucarillo y destapó la caja.

La mosca era un insecto del tamaño de una ciruela; salió zumbando de la caja, revoloteó alrededor de la mesa con las patas colgando y bajó en picado.

Crane se echó hacia atrás, pero el animal se puso a trazar círculos sobre los azucarillos.

—Pongamos que has apostado cinco mil a que se posa en ese —dijo Siegel con tono alegre, señalando el que todavía tenía DDT en la cara superior.

La mosca se posó en el otro y pareció abrazarlo con las largas patas mientras pegaba la cabeza a la superficie.

La luz empezaba a esfumarse al otro lado de las ventanas. A un ademán de Siegel se encendieron varias lámparas y proyectaron una luz dorada sobre la mesa. El movimiento espantó a la mosca, que echó a volar de nuevo en círculos; Siegel cogió el terrón que había rechazado y lo tiró hacia atrás, por la ventana.

—Eso, para apostar. —De pronto tenía la voz rasgada y Crane se quedó mirándolo. Se le estaba desprendiendo la piel bronceada de las mejillas y, por debajo, se veía la superficie azulada e irregular del coral—. Esto, para que aprendas.

La mosca volvió a posarse en el azucarillo y lo mordisqueó otra vez con un sonido casi inaudible.

—Sabe que hay uno envenenado —dijo Siegel con un hilo de voz—, pero no ve que este también lo está. Solo ve la cara dulce, comestible, y no entiende que oculta el mismo veneno.

Unos puntos parecían parpadear en el terrón de azúcar a la escasa luz, como si fuera un dado blanco; luego le parecieron palos de cartas. En su ansia por devorar el dulce, la mosca hacía volar trocitos de azúcar, con la cabeza enterrada en el agujero que había abierto a bocados.

De pronto se estremeció y cayó a un lado, sobre el dorso, agitando las largas patas en el aire mientras un líquido turbio le goteaba por la parte frontal de la cabeza.

—Y descubre, demasiado tarde, que se ha equivocado —apuntó Siegel con voz ronca.

A su espalda, las ventanas ya estaban cerradas; tras los paneles de cristal se veían, como en un acuario, las aguas revueltas y pobladas de algas del lago Mead.

Las paredes y los muebles estaban esfumándose y la luz desaparecía a toda velocidad.

La cabeza de Siegel colgaba frente a Crane en la penumbra nebulosa. Ya no tenía pelo y la piel era de una suavidad musgosa,

excepto en los puntos por donde asomaba el coral.

—¡Él me mató! —graznó la cabeza—. ¡Me disparó en el ojo, me cortó la cabeza en la morgue y la tiró al lago! Hazlo también en mi memoria.

Crane notó que el reborde de goma de la máscara volvía a succionarle la cara y los laterales le bloqueaban la visión periférica; sentía la capa resbaladiza de agua entre la piel y el traje de neopreno. De una patada, se alejó de la cabeza que coronaba el chapitel; las aletas le respondieron bien, de modo que el cráneo pasó a ser un simple bulto en las aguas turbias, en lo alto de la torre.

Respiró deprisa por el regulador y se lanzó entre espasmos por el agua fría y sucia.

«Piensa —se dijo, nervioso—. Piensa. ¿Qué has sacado en claro? Ahora sé que mi padre mató a Bugsy Siegel, que por lo visto era el rey antes que él. ¿Y qué hago ahora? ¿Tengo que ponerle a mi padre un azucarillo envenenado en el café, o qué?»

No sabía qué había sucedido, pero sí que ya había terminado, así que desanduvo el camino. Sentía la pierna izquierda rígida y, con cada respiración, se oía un sonido metálico en la botella de buceo, señal de que estaba quedándose sin aire.

Arqueó la espalda hacia arriba para ascender… y en aquel momento divisó las siluetas de dos buzos encima de él. Los dos llevaban fusiles de pesca submarina.

Y era obvio que los dos acababan de verlo, porque empezaron a descender y le apuntaron.

Crane, presa del pánico, batió las piernas con la esperanza de sumergirse a toda prisa hacia las aguas más profundas y oscuras, pero los arpones lo alcanzaron al instante.

Uno le arrancó la máscara, que le quedó colgando por la correa y le hizo girar la cabeza de una sacudida; el otro le impactó contra la hebilla y el tejido grueso del cinturón de lastre. Notó como le arañaba la piel. Las trabas del arpón se le habían enganchado en el traje de neopreno desgarrado, y sintió que el submarinista tiraba de él. Si conseguía arrancar el arpón, podría volver a disparar. Seguro que el otro ya estaba yendo a por el suyo, quizá ya lo tenía otra vez en las manos, quizá estaba cargando el fusil.

Crane se palpó el cinto hasta dar con el mango del arpón, localizó el cable y le dio un tirón para impulsarse hacia el submarinista. Tenía los ojos abiertos, pero sin la máscara no veía nada y tenía que echar el aire por la nariz, como un novato. Pese al pánico, advirtió que la música volvía a sonar, el «Begin the Beguine», y también habían regresado las risas y las charlas.

Crane notó que se aflojaba el cable y, aun sin la máscara, distinguió la forma borrosa del submarinista encima de él: había soltado el fusil;

seguro que bajaría con un cuchillo para acabar con él. Lo tenía muy cerca, a apenas un par de metros.

Crane, sin pensar, volvió a llevarse la mano al cinturón, venciendo la resistencia del agua… y allí estaba la pistola del 45 de Siegel. Con un movimiento rápido, la sacó, la amartilló con el pulgar, apuntó a la figura que se le venía encima (ya notaba sus movimientos en el agua) y apretó el gatillo.

La pistola disparó de verdad, aunque Crane no vio el destello, y el estampido bajo el agua sonó como un grito ronco.

Vio que la silueta difusa se convulsionaba.

«Dios, le he dado; igual lo he matado —pensó con vértigo—. ¿Cómo iba a saber que una pistola del 45 funcionaría bajo el agua?»

Oyó un chasquido amortiguado y la correa de la máscara le dio un tirón en el cuello. El otro submarinista había vuelto a disparar el arpón y le había acertado en la máscara; la tenía colgando, rota, bajo la oreja derecha.

Con la mano libre, Crane agarró el mango del arpón. Con la otra alzó la automática.

Le costaba ver en el agua nebulosa, entre las burbujas que le salían de la nariz y ascendían como un torrente… Y de pronto había recuperado la visión del ojo derecho, el de plástico.

Una figura blanca, luminosa, avanzaba hacia él desde un fondo negro como el cielo nocturno. Como en una fotografía de doble exposición, era a la vez un submarinista con máscara y aletas, y un rey barbudo ataviado con túnica, y el objeto que blandía era a un tiempo un fusil de pesca submarina y un cetro.

Crane levantó el brazo derecho, a la vez envuelto en una manga holgada y revestido de neopreno; notaba la empuñadura de la automática del 45, pero le parecía estar sosteniendo un cáliz de oro.

La botella de aire resonaba con cada inhalación. Cada vez le costaba más esfuerzo llenarse los pulmones de aire.

«Tienes que disparar —se dijo, por encima del aullido desesperado que le atronaba la mente—. Tienes que apretar el gatillo y matar a otro hombre… Bueno, quizá la pistola no dispare bajo el agua por segunda vez.»

Tenía casi encima la figura de doble exposición. Si el arma disparaba, no había manera de fallar.

Apretó el gatillo. De nuevo, el agua se estremeció con el grito breve del estallido y ya solo percibió el borrón del lago ante el ojo izquierdo.

Se dio impulso con los pies sin soltar el arpón. Lo único que arrastró consigo fue el fusil, y supo que podía volver a guardarse la pistola del 45 bajo el cinturón desgarrado.

Casi no le quedaba aire y la botella de buceo alquilada era de válvula K: no contaba con reserva. Tenía que subir de inmediato.

Alzó la vista, subió el brazo con el arpón y se dio impulso. Sin la máscara, no veía a qué velocidad ascendían las burbujas, y tampoco tenía ni idea de a qué profundidad estaba, de modo que, pese a las protestas de sus pulmones, se forzó a subir despacio.

No quedaba aire en la botella, o quizá carecía de fuerza para extraerlo con los pulmones, pero apretó los dientes para conservar el regulador y resistir la necesidad creciente de inhalar el agua.

Seguía expulsando el aire por la nariz a ritmo constante, pero apenas le quedaba nada.

«¿Por qué no contengo la respiración? —pensó, desesperado—. ¡La puta botella está vacía, no va a reventarme un pulmón!»

Pero recordó la vez que había visto emerger a un submarinista con el pulmón perforado, con la máscara llena de espumilla sanguinolenta, y siguió expulsando el aire.

«Voy hacia abajo. —Estaba al borde del pánico—. Me he dado impulso hacia abajo. Voy a llegar al fondo, no a la superficie.»

Con el corazón acelerado, se detuvo y se miró las aletas para ver si había más luz en aquella dirección… Y de pronto se encontró con las orejas fuera del agua.

Echó la cabeza atrás, escupió la boquilla del regulador y se pasó medio minuto sin moverse, flotando y contemplando el cielo azul mientras se llenaba los pulmones con bocanadas ansiosas de aire caliente, seco.

«Si me están esperando en un bote por aquí, que me peguen un tiro. Al menos moriré con oxígeno en la sangre.»

Nadie le disparó. Al cabo de un rato se llevó a los labios la boquilla del chaleco y lo hinchó lo justo para flotar sin tener que mover las manos ni los pies. Cuando se quitó la capucha, oyó que lo llamaban a gritos. Se dio la vuelta. Allí estaba la isla del Muerto y, a unos cien metros de él, la lancha, con Mavranos de pie tras el parabrisas.

—¡Arky! —gritó Crane con voz ronca, agitando la mano libre.

La motora rugió, maniobró hacia él y empezó a aumentar de tamaño, remontando las olas y lanzando espuma a los lados.

No sabía si Mavranos sería capaz de conducir la lancha sin pasarle por encima, y menos si seguía señalando y mirando a estribor.

Crane parpadeó para sacarse el agua del ojo y ver mejor. Mavranos no señalaba: apuntaba con el revólver.

Miró en esa dirección y descubrió otra lancha a lo lejos, con dos personas de pie en cubierta. En ese momento, Mavranos detuvo la motora, derrapando y levantando espuma, y le tapó la lancha.

—¡Arriba, Pogo!

Le lanzó un cabo por la borda; Crane lo agarró, tiró, pateó y, con las últimas fuerzas que le quedaban, consiguió subir a bordo, aún cargado con la botella de aire y el cinturón de lastre.

—Tú coge la pistola; yo manejo la lancha —dijo Mavranos mientras le ponía el revólver en la mano, empapada y temblorosa.

Crane, obediente, apuntó a los hombres del otro bote.

—¿Quiénes son? —jadeó.

—Ni idea. —Mavranos se sentó en el asiento del piloto y empujó la palanca del acelerador—. Su jefe y otro tipo han saltado al agua poco después que tú, con fusiles de pesca submarina —gritó para hacerse oír con el rugido del motor—. Nos hemos mirado, pero no teníamos excusa para liarnos a tiros… En cambio, hace nada ha subido uno de los suyos y se han puesto muy nerviosos. Su jefe, supongo.

Lo señaló, separando la mano del volante, y Crane apartó la mirada del otro bote el tiempo justo para ver la cabeza con capucha y máscara que se mecía inerte en la superficie del lago, tras ellos. Al momento la alcanzó la estela de la lancha y se balanceó sin ofrecer resistencia, como si fuera una pelota de baloncesto.

—No saben si está muerto —dijo Mavranos—, así que más nos vale perder el culo y estar bien lejos para cuando se decidan.

La otra motora se había puesto en movimiento, pero Mavranos le llevaba ventaja. Además, seguramente se detendrían a recoger el cuerpo flotante.

Crane se permitió bajar el arma entre temblores. Permaneció sentado, jadeante, el tiempo que tardaban en dar diez saltos sobre el agua; luego se puso de rodillas y se quitó el cinturón de lastre… Y, aunque notaba la sangre cálida que le corría bajo el traje de neopreno roto, se quedó observando el objeto deforme que llevaba sujeto al cinturón.

Era una pistola semiautomática, sin duda, pero no quedaba ni rastro de las cachas de madera; el guardamanos estaba tan oxidado que se había fundido con el armazón, y había tal corteza de herrumbre en el cañón que no pasaría ni una bala del 22.

Depositó la pistola con cuidado en la cubierta. Luego se acordó de la herida del costado y buscó con los dedos la hebilla del arnés.

La sangre le había manchado la pierna casi hasta la rodilla y le había calado la ingle; pero el corte, aunque largo e irregular, no era profundo. Dobló varias veces la camisa, se la puso sobre la herida y se la ató con las mangas, pero no se le empapó de sangre.

Recogió la pistola deteriorada; avanzó a tientas, mareado, y se dejó caer en el asiento, junto a Mavranos. ¡Qué agradable era el frescor de la brisa sobre el pecho sudoroso y el pelo empapado…!

—Es… era su jefe, sí —dijo, levantando la voz—. Y creo que está muerto. El lago no puede aceptar la cabeza de un aspirante a rey. Si yo hubiera muerto ahí abajo, mi cabeza también habría salido a flote.

Mavranos lo miró de reojo, con una ceja arqueada.

—¿Has matado también al otro?

—Me… sí, me parece que sí. —Crane estaba tiritando.

—¿Con qué, con tu cuchillo?

—Con… esto.

Mavranos miró el trozo de metal oxidado que Crane llevaba en el regazo y abrió los ojos como platos.

—Es una pistola, ¿no? ¿Qué has hecho? ¿Darles un golpe con ella?

Crane se apretaba el costado, por encima del hueso de la pelvis. El corte empezaba a dolerle; ¿acaso el agua del lago Mead era más infecciosa de lo normal?

—Tengo que comer algo —le dijo—. Te lo contaré todo mientras cenamos en Las Vegas. Ahora vamos a devolver la lancha y a largarnos de estas montañas. El traje de neopreno está demasiado lleno de sangre, y el cinturón de lastre tiene un arponazo. Haré un bulto con todo y lo tiraré al lago antes de llegar; que la tienda me lo cargue a la tarjeta de crédito.

Mavranos meneó la cabeza y escupió por la borda.

—Joder con la realeza, cómo despilfarra el dinero.

Mavranos salió marcha atrás del aparcamiento del muelle y cambió la palanca a posición de marcha, pero se detuvo y señaló algo al otro lado de las grietas del parabrisas.

—Mira, Pogo.

Crane se adelantó en el asiento y observó la hilera de coches aparcados bajo el sol calcinante. Había tres camionetas blancas El Camino.

—¿Quieres ir a ver si les han borrado el «El» y la «C»?

—No. —Crane llevaba una sudadera turística del lago Mead, pero aún temblaba—. No, vámonos de aquí.

—Tampoco es que haga falta comprobarlo —convino Mavranos. Bajó la rampa que llevaba a la carretera y giró a la derecha, obedeciendo las indicaciones para la calle Lakeshore—. Creo que has matado al rey de los Aminoácidos.

Al otro lado del Strip, justo enfrente del Desert Inn, el mendigo del aparcamiento del centro comercial Fashion Show contempló la caravana aparcada y se tiró del índice de la mano izquierda. ¿Conseguiría algo para comer ese día?

Ya no le servirían más cócteles de gambas gratis en el Lady Luck de la calle Tres, junto a la estación de autobuses de la Continental Trailways. Un camarero le había dado cinco dólares y le había dicho que, si volvía a aparecer con aquellas pintas y aquella peste, llamarían a la policía. Pero Dondi Snayheever aún podía sacar palomitas gratis en el Slots of Fun, en el Strip.

Y en los bares y cafés baratos de la ciudad se había tropezado con especímenes que tenían bastante peor aspecto que él.

Resultó, además, que se le daba bien mendigar. Los seres borrosos

de movimientos mecánicos se convertían unos segundos en Personas cuando se acercaban a él. Entonces, la Fuerza, con el león dócil; o el Ermitaño; o el Mundo, que era un hermafrodita desnudo; o los Amantes, si se trataba de una pareja, le depositaban monedas de oro en la palma de la mano derecha, caliente y flaca. Las Personas desaparecían enseguida y solo quedaban los seres borrosos, que, pese al rostro difuso y quebradizo, mostraban cierto asombro, repugnancia o sorpresa por lo que acababa de pasar. Las monedas de oro se convertían en calderilla o en fichas de casino, pero le servían para comprar cosas. Más que si fueran monedas de oro de verdad, seguramente.

Sabía en qué acantilado estaba destinado a bailar pronto, el viernes siguiente, el Viernes Santo. En el expositor de una tienda de recuerdos había visto una postal con la imagen. Pero aún tenía que dar con su madre.

Y matar al traidor de su padre.

Lo segundo iba a ser difícil, porque podía cambiar de cuerpo. El día anterior, mientras miraba las figuritas de los trapecistas en el Circus Circus, había empezado a hablar con él («Gumby gumby, budín pineal»), pero los guardias lo habían echado y no había podido mantener el contacto hasta localizar su ubicación física.

Todavía tenía los dedos de la mano derecha metidos bajo las vendas sucias de la otra mano, y se zarandeaba el índice izquierdo, helado.

Aquella mañana había visto a un hombre salir de la caravana; estaba casi seguro de que era su padre. Llevaba una chaqueta blanca de cuero con pedrería, botas altas blancas y el pelo engominado en un impresionante tupé, pero se había metido en un taxi antes de que a Snayheever le diera tiempo a cruzar el aparcamiento. Y ya debía de ser consciente de su presencia, porque no había vuelto.

«Ni volverá hasta que me vaya —pensó—. Creerá que así puede marcharse en la caravana y abandonarme otra vez. Pero voy a ponerle un rastreador, para saber siempre dónde está.»

Por fin consiguió desprender el dedo. Se lo extrajo sin dolor alguno, solo con un ligero hedor. Lo sacó del vendaje y lo miró. Estaba muy oscuro.

«A lo mejor me estoy volviendo negro», pensó.

Fue hacia la caravana arrastrando los pies y abriéndose camino por el aire como si nadara a brazadas; se acuclilló junto al parachoques trasero e introdujo el dedo tras la matrícula, bien ceñido.

Ya podía marcharse, así que se alejó nadando por el aparcamiento hacia el Slots of Fun.

CUARENTA Y UNO
Para cuando juego al escondite

Crane se sentó en la habitación del motel, fuera del área de Paradise, y contempló el teléfono. Era lunes por la mañana. El aire acondicionado era gélido, además de ruidoso, y se apretó el vendaje de la cadera con un escalofrío. ¿Debería cambiárselo otra vez?

Habían pasado casi veinticuatro horas desde el arponazo, pero la herida seguía sangrándole; no de forma abundante, pero cada vez que se levantaba la camisa y se retiraba el vendaje había sangre reciente en la gasa.

Le picaba el cuero cabelludo, igual que la cicatriz del tobillo, y la cuenca del ojo derecho le palpitaba… En cambio, no le dolían ni los músculos de los brazos ni los de las piernas después del esfuerzo físico del día anterior: todo lo contrario, hacía años que no se sentía tan fuerte y ágil.

Mavranos, sentado junto a la ventana, pasó un dedo por el fino envoltorio de un McMuffin de salchicha y huevo, y lamió el queso fundido, ya frío. Tragó, pero tuvo que ayudarse estirando el cuello.

—Por mucho que trague, noto el fondo de la garganta seco —dijo de mal humor—. Ni bebiendo agua mejora. —Se fijó en que Crane seguía apretándose el costado—. ¿Aún te sangra el corte?

—Es posible.

—Es que es justo donde te disparó Snayheever. Parece que a esa zona no le dan tregua.

Crane tomó un poco de café. Mavranos, por supuesto, había entrado la neverita y se dedicaba a la cerveza.

—El Rey Pescador tiene que estar herido —comentó Crane—. Puede que sea buena señal.

—Así me gusta. Si por casualidad se te cura, puedes volver a clavarte algo en la pierna. —Mavranos consultó el radiodespertador de la mesilla—. Me parece que ese tipo solo quería librarse de ti.

Crane llevaba desde la tarde anterior llamando a echadores de cartas y tiendas de ocultismo new age, y aquella mañana por fin le habían dado el contacto de un librero de San Francisco especializado en barajas antiguas de tarot.

Al principio, el librero había intentado venderle alguna de las barajas reimpresas en Europa en 1977, año que por lo visto habían declarado el sexto centenario del juego de naipes, pero, cuando Crane le repitió el nombre de la baraja que le interesaba y algunas cosas que le había dicho Joe el Araña, se hizo un silencio tan largo que pensó

que el librero le había colgado. Al cabo, este le pidió su teléfono y le prometió que le devolvería la llamada.

—Quizá sí que me tomaba el pelo.

¿Le habría dado el teléfono de la habitación a un temible agente de la policía secreta del tarot? ¿Aporrearían la puerta de un momento a otro?

No: sonó el teléfono y Crane lo cogió.

—¿Hablo con el caballero interesado en una baraja de tarot antigua? —preguntó el librero.

—Sí, soy yo.

—Muy bien. Disculpe la demora. He tenido que esperar a que volviera de desayunar una empleada; no quería hablar de esto por el teléfono de la librería. Ahora mismo estoy en una cabina. Sí, mire, ya sé de qué baraja me habla. Al principio no he caído, porque no es una baraja de coleccionista y ni siquiera se considera una antigüedad. No se ha conservado ninguna versión anterior a los años treinta, aunque parece que el diseño se remonta muy atrás; puede que sea anterior, como sugeriría el nombre, a las Lombardía I, las veintitrés cartas que se han descubierto hace poco y cuyo propietario prefiere guardar el anonimato. Las utilizan sobre todo algunos psicoanalistas de vanguardia, aunque no quieren que se sepa. No creo que el colegio de médicos lo aprobara, ¿verdad?

—¿Psicoanalistas?

—Eso tengo entendido, sí. Son símbolos muy poderosos, eficaces para recuperar a catatónicos y demás. Hay casos en los que sustituyen a la terapia electroconvulsiva. —Crane oyó el retumbar de un camión que pasaba junto a la cabina. Su interlocutor guardó silencio hasta que pudo hacerse oír de nuevo—. Eh… Deduzco que usted no es psicoanalista, pero conoce las cartas de la Lombardía Cero. ¿Sabe que ahora mismo no hay nadie que las pinte? En otro tiempo hubo una especie de… gremio de pintores, unos pocos elegidos, pero después de la guerra hay países de Europa donde se castiga con la muerte la mera posesión de una baraja. Las leyes no lo dicen por escrito, ya comprenderá usted, pero sí, es un crimen capital. Sin embargo, da la casualidad de que tengo una fuente. Se dará cuenta de que esto es… caro.

—Sí —convino Crane.

—Por supuesto, por supuesto. Bien, necesitaré un depósito de la mitad del coste estimado y luego hablaré con la propietaria, una anciana viuda de Manhattan que guarda las cartas en… —Dejó escapar una risita incómoda—. En un cofre de plomo, en una caja de seguridad. Pongamos… doscientos cincuenta mil dólares, a ser posible en efectivo. Tiene veinte cartas de una baraja pintada en Marsella en 1933 y…

—No —lo interrumpió Crane—. Necesito la baraja completa.

«Y para el miércoles», pensó.

—Es que no existe, señor. Ni siquiera las colecciones Visconti y Visconti-Sforza, por ejemplo, conservan el Diablo ni la Torre. Parece que la… que la terapia de choque era demasiado extrema. Le garantizo que si hay alguna baraja Lombardía Cero completa estará en manos de alguna familia antigua de Europa que ni siquiera reconocerá tenerla, y no estará en venta.

—No me venga con tonterías. He visto dos barajas completas, una en 1948 y otra en 1969. Y he hablado con el hombre que pintó una de ellas.

Se hizo un silencio largo al otro lado de la línea.

—¿Y se encontraba bien? —preguntó su interlocutor en voz baja.

—Bueno, está ciego. —Fue el turno de Crane de guardar silencio unos segundos—. Se… se sacó los ojos hace veinte años.

—Vaya. Y usted ha visto las cartas, la baraja completa. ¿Se encuentra bien?

Crane se apretó el costado y miró con envidia a Mavranos, que estaba bebiendo cerveza.

—No.

—Hágame caso, no le servirá de nada volver a mirar esas cartas. Abstráigase haciendo crucigramas o viendo telenovelas. De hecho, lo más sensato sería que le hiciesen una lobotomía.

La llamada se cortó.

—No ha habido suerte, ¿no? —preguntó Mavranos cuando lo vio colgar.

—No. Me ha dicho que a lo mejor podía conseguirme parte de una baraja por medio millón de dólares. Y luego, que me hiciera una lobotomía.

Mavranos se levantó entre risas, pero tuvo que apoyarse en la pared. Se tocó el pañuelo del cuello y miró furioso la lata de cerveza.

—Esto no me está sirviendo de nada, Pogo.

—A lo mejor es que tienes que beber más deprisa.

—A lo mejor. —Mavranos se acercó a la nevera con paso inseguro y se agachó para sacar otra lata—. Tu padre tiene una baraja.

—Pues sí. Pero, aunque diera con ella, él no podría utilizarla si la tuviera yo.

—No, claro. Quien destaja no baraja, ¡ja, ja! —Abrió la lata—. Pero antes tenía otra.

—La baraja con la que me destrozó el ojo, sí. Seguro que no la usó más, con mi sangre ahí…

—¿Crees que la tiraría?

—No, claro. No sé si alguien se atrevería siquiera a quemar una baraja así. Supongo que… —Crane se levantó y se dirigió a la ventana.

Las palmeras se mecían con la brisa sobre el tráfico matutino—. Supongo que la escondió —dijo en voz baja—, junto con otras cosas que se podrían utilizar para hacerle daño.

—¿Sí? ¿Y dónde debe de esconder esas cosas?

Crane recordó el último día que había pasado con su padre, en abril de 1948. Habían desayunado en el Flamingo, pero, antes de entrar, su padre había guardado algo en el agujero del estuco, bajo el lateral de los escalones de entrada al casino. Aún recordaba los soles con rayos y las figuras de palotes grabados alrededor del agujero.

Pero aquel casino ya no existía. En los años sesenta habían demolido el edificio entero y la Torre del Champagne del lado sur. En su lugar se alzaba un rascacielos de cristal y acero cuya planta baja ocupaba el casino actual, mucho más grande.

Pero seguía siendo de su padre, su castillo en la tierra baldía…, su torre. Crane se encogió de hombros.

—Vamos a echar un vistazo al Flamingo.

Al Funo dio unos golpecitos en el parabrisas del taxi.

—Siga a esa furgoneta azul —pidió al conductor—. Le saldrá a cuenta aunque tenga que ir hasta Los Ángeles, se lo garantizo.

Llevaba en la pistolera la Glock de 9 mm cargada con dieciocho cartuchos Remington subsónicos de 9,53 gramos, y en el bolsillo de la chaqueta, la caja alargada de la joyería.

«Ya es hora de zanjar el asunto de Scott Crane —se dijo—. De darle las buenas noticias. —Se palmeó el bolsillo de la chaqueta. Luego se tocó el bulto bajo el brazo—: Y las malas.»

—No puedo salir de los límites de la ciudad —respondió el taxista.

—Pues más le vale que ellos no salgan —replicó Funo con voz firme.

—Vaya por Dios —dijo el conductor, burlón.

Funo frunció el ceño, pero hizo un esfuerzo por relajarse y clavó la mirada en la furgoneta. Aquella misma tarde volvería a casa, a Los Ángeles, en autobús. El Dodge en el que había estado durmiendo no valía para nada.

El sábado por la mañana, al arrancar el motor en el aparcamiento del Marie Callender’s, había armado el estruendo más espantoso que había oído nunca, pero luego había cesado y había podido seguir conduciendo. La noche anterior, sin embargo, al pasar por un badén del aparcamiento del supermercado Lucky, en la calle Flamingo, el estrépito se había levantado de nuevo bajo el capó y el motor se había detenido definitivamente. Se las había apañado para empujar el viejo Dodge hasta una plaza vacía y había pasado la noche dentro.

Y aquella mañana, mientras desayunaba, ¡le habían abierto el coche! ¡La puerta delantera, la del conductor! No se habían llevado nada. A juzgar por las pelusas dispersas, el ladrón había buscado bajo

el asiento delantero, pero Funo no guardaba nada allí.

Tenía los ojos clavados en la furgoneta azul mientras se balanceaba en el asiento delantero del taxi.

«Zanjar el asunto —pensó—. Pegarle el tiro de gracia, ir a por todas, echar el resto, ganarle la partida, ¡que se chupe esa!»

Mavranos dejó la furgoneta en el aparcamiento de varias plantas que había tras los edificios antiguos del Flamingo. Crane y él bajaron en el ascensor y caminaron hasta la fachada del Strip del Flamingo Hilton, el imponente hotel casino en que se había convertido el Flamingo.

Al norte de la entrada estaban de obras para ampliar la fachada del edificio. Una valla de alambre separaba el tráfico del Strip de la franja polvorienta que se había formado bajo la nueva estructura de cristal, coronada por una procesión de flamencos rosas bidimensionales, algunos todavía con las pegatinas del fabricante. Unos obreros con casco daban martillazos a los encofrados de madera para el hormigón que había repartidos por el suelo. Crane y Mavranos se apoyaron en la valla, del lado de la acera, para dejar pasar a las riadas de turistas.

—¿Dónde decías que guardaba los secretitos tu papá? —preguntó Mavranos.

Una mujer gorda y sudorosa vestida con un mono naranja de manga corta le lanzó una mirada al pasar.

—Allí, más o menos donde está aquel tipo poniendo la barra de acero. Pero han allanado el terreno, no queda nada de los viejos tiempos.

Mavranos soltó un par de bostezos y frunció el ceño, como si no le surtieran efecto.

—Pues no creo que las obras lo hayan pillado por sorpresa. ¿Adónde habrá trasladado el escondite?

«Escondite —pensó Crane—. Para cuando juego al escondite.»

Se apartó de la valla.

—A un lugar que no haya cambiado desde el principio de los tiempos. Vamos a echar un vistazo al Flamingo original, al que ahora llaman edificio Oregón.

Volvieron sobre sus pasos, entraron por la puerta principal y cruzaron la oscuridad fresca del casino, entre las hileras de tragaperras y las mesas de juego, muy pegadas entre sí. Mavranos iba estirando el cuello para ver las partidas de blackjack; seguro que lamentaba no llevar encima un pez de colores. Al salir por la puerta trasera, los recibió el brillo ardiente del sol en la lámina del agua, en la explanada color hueso y en los cuerpos bronceados embadurnados en aceite.

Y allí, al otro lado de la piscina centelleante, enmarcado por los troncos curvos de las palmeras, estaba el edificio bajo y alargado que para Crane sería siempre el Flamingo.

Ya no era verde pistacho, sino color crema; las ventanas tenían rejas de hierro forjado en la parte baja, a modo de balcones falsos, y la terraza a la que el día anterior había salido con Benjamin Siegel estaba tapiada, aunque aún se percibía la estructura. A la derecha, un ala del Flamingo Hilton ocultaba el cielo; a la izquierda se veía una grúa, y, más allá, los tejados en forma de pagoda del Imperial Palace. Pero aquel edificio abandonado a los pies de los gigantes era el corazón del Flamingo, el corazón del Strip, el corazón de Las Vegas.

—Tu lugar, papá —dijo en voz baja mientras bajaba hacia la explanada de cemento y rodeaba la piscina por la derecha.

Abrieron las estrechas puertas de cristal del edificio Oregón y vagaron por el vestíbulo circular de moqueta verde. Crane golpeó la pared con los nudillos y percibió el silencio del mármol frío bajo el papel pintado. Siegel se había construido un castillo sólido.

Cogieron el ascensor hasta el cuarto piso. En una de las puertas dobles de la suite del ático de Siegel se veía una placa de latón que decía: «Suite presidencial». Crane se imaginó que el jugador ricachón que la ocupara no recibiría de buena gana a un par de holgazanes que pretendieran destrozarle las estanterías.

Volvieron a bajar en el ascensor y salieron por las puertas traseras, que daban a una pendiente de césped con un flamenco rosa de metal. Allí, en los recuerdos de Crane, había habido un aparcamiento y un par de bungalows tras los cuales se extendía el desierto; en cambio, en ese momento había un camino asfaltado y, más allá, el edificio Arizona, sobre cuyo tejado asomaba el nuevo edificio de aparcamiento.

—¿Excavamos debajo del flamenco? —propuso Mavranos.

—En la visión, la alucinación o lo que fuera, tenía una escalerilla escondida tras una estantería —dijo Crane, pensativo, con la vista fija en el ático de Siegel—. Una escalerilla para bajar. Me imagino que llegaba al sótano. —Señaló un camino que salía hacia la izquierda, hasta una entrada subterránea de servicio—. Vamos por ahí.

—Espero que en esta ciudad no se tomen muy en serio las invasiones de la propiedad privada —gruñó Mavranos mientras avanzaban.

—Si te preguntan, hazte el borracho y diles que buscabas los lavabos.

—Es que estoy borracho, y tampoco me vendría mal encontrar los lavabos.

Mavranos sacó un Camel del paquete y se lo encendió, caminando de espaldas para proteger la llama; luego le tendió el paquete a Crane.

—No, gracias.

—No has fumado ni un cigarrillo desde que saliste del lago —observó—. ¿También te estás quitando de fumar?

—Es que no me apetece. —Crane se encogió de hombros—. No sé, parece que me estoy volviendo sano.

El camino descendente los apartó del sol y los llevó a la zona de carga y descarga, que quedaba remetida bajo el edificio. Vieron una cinta transportadora que ascendía hasta la superficie y un pequeño toro para carga de palés con cajas grandes de papel higiénico apiladas en las horquillas.

Al fondo había un mostrador verde de madera con un cartel de VENDEDORES, NO en la pared de dentro. No se veía a nadie en la ventanilla, así que Crane esquivó un cubo de fregar y subió a toda prisa los tres peldaños que había. Mavranos lo siguió, maldiciendo entre dientes.

Llegaron al extremo sur de un pasillo extenso, lleno de contenedores azules con ruedas alineados a lo largo de la pared. Las tuberías blancas que discurrían bajo el techo hacían que pareciera de bambú.

—La escalerilla tendría que llegar… más o menos por ahí —dijo mientras enfilaba el pasillo; trataba de mantener una imagen mental de la forma y las dimensiones del edificio.

Todas las puertas que vieron tenían las palabras NO HAY SALIDA impresas en rojo, pero Crane se detuvo ante una y giró el picaporte. Se abrió, y entraron en una habitación de techo alto en la que zumbaba un enorme calentador de agua. Había que agacharse para pasar bajo las tuberías y las válvulas, así que Crane fue sorteándolas hasta el fondo de la estancia… Y se quedó allí, inmóvil, contemplando la escalerilla de madera que recorría la pared de hormigón y se perdía hacia arriba en la oscuridad.

Sabía a ciencia cierta que llevaba a la librería de la suite de Siegel.

«No fue una alucinación —pensó—. Ayer hablé con el fantasma de Bugsy Siegel.»

Apartó la mirada de la escalerilla y examinó la habitación.

—Esto es demasiado moderno —le dijo en voz baja a Mavranos, que seguía junto a la puerta—, pero vamos bien, estoy seguro.

Mavranos echó un vistazo al hormigón, los tablones de contrachapado y la maquinaria zumbante, y olisqueó el aire, que apestaba a desinfectante.

—Si tú lo dices… Pero salgamos de aquí, ¿vale?

Crane desanduvo el camino entre las máquinas, abrió la puerta y asomó la cabeza; no había nadie. Salió, seguido por Mavranos, y continuaron avanzando. El pasillo, cada vez más oscuro, iba estrechándose hasta convertirse en apenas un túnel, surcado de cañerías que recorrían las paredes y el techo, y el suelo verde de linóleo estaba agrietado y lleno de manchas de humedad. Crane tuvo la sensación de que aquellos muros eran más antiguos y más sólidos. A modo de confirmación, vio unas latas color verde oscuro apiladas en

un estante bajo, con etiquetas de defensa civil según las cuales contenían agua potable: por lo visto, aquella parte del edificio era tan resistente que había sido nombrada refugio antiaéreo.

Recordó las paredes de mármol cubiertas de papel pintado, en el piso superior.

—Siegel mandó construir este túnel —dijo en voz baja mientras avanzaba apoyado en las cañerías. La luz de las bombillas ocasionales le permitía esquivar las válvulas que colgaban bajas—. Creo que estamos en lo que fue la salida de emergencia del antiguo rey.

«El escondite», pensó.

Y en aquel momento Mavranos lo vio.

El mango rojo de una navaja sobresalía de la pared, ante ellos.

—Supongo que aquí practicaba el lanzamiento de cuchillo —dijo, señalándolo.

El mango estaba incrustado en un parche circular de cemento más fresco, de unos treinta centímetros de diámetro. Al ver los dibujos grabados que lo rodeaban, Crane se estremeció: soles y lunas crecientes, y figuras dibujadas con palotes, con espadas en la mano.

Mavranos cogió el mango sin mucho ímpetu y tiró del cuchillo, pero no se movió. Soltó un taco y tiró con más fuerza; hasta apoyó un pie contra la pared, pero al final tuvo que darse por vencido.

—Está bien clavado —dijo sin aliento, limpiándose las manos contra los vaqueros.

Crane se adelantó, con la sensación de tomar parte en un ritual antiquísimo, y asió el mango de plástico, cubierto de sudor. Parecía una navaja suiza.

Dio un tirón y la navaja salió del cemento, con tanta facilidad que golpeó con el mango una lata de agua de la pared opuesta.

—Te lo he aflojado —dijo Mavranos.

Crane cerró el ojo derecho con todas sus fuerzas. No quería ver una espada medieval en lugar de la navaja.

Y ya había empezado a oír cosas.

Recorrió el pasillo con el ojo bueno, pero allí no había nadie, solo Mavranos y él, de modo que no hizo caso de las voces de las Andrews Sisters, que cantaban «Rum and Coca-Cola», ni del sonido de las fichas de juego, ni de las risas que parecían levantar eco desde un rincón inimaginable.

Acercó la navaja a la pared y presionó la punta contra el cemento más reciente. La hoja lo penetró como si fuera papel. Ante la mirada atónita de Mavranos, Crane serró el disco de cemento y lo empujó hacia dentro.

—¿No oirás por casualidad… una música? —preguntó.

—Lo único que oigo es cómo me late el corazón, y no quiero tener que preocuparme por eso. ¿Por qué? ¿Tú sí la oyes?

Crane no respondió; miró por el agujero.

Dentro del muro había un espacio de un metro cúbico. Descubrió una carta de tarot muy vieja, de aspecto frágil, pegada a la pared del fondo. Era la Torre, y estaba del revés.

Cerró la navaja y se la guardó en el bolsillo, sonrió nervioso a Mavranos y metió la mano en el agujero.

Palpó con cautela hasta dar con una bolsita de tela que resultó estar llena de dientes, un espejito roto con marco de carey (¿qué habría reflejado en su momento?; ¿qué habría dejado de reflejar?) y, en un rincón, tres bultitos duros que podían ser semillas de granada. Y por fin, debajo de todo y bien sujeta contra el suelo, la caja de madera que recordaba.

La desencajó, la sacó del agujero y la abrió. Se estremeció al ver de nuevo el estampado de cuadros, en apariencia inocente, del dorso de las cartas.

Dio la vuelta a la primera. Era la sota de copas, un joven al borde de un acantilado con una copa en la mano, y tenía la esquina un poco manchada. Crane la lamió, titubeante, y le pareció notar un sabor lejano a sal y a hierro.

Las Andrews Sisters empezaron a cantar «Sonny Boy»:

> Si el cielo se pone gris,
> qué importa que sea gris…

—Nos vamos —le dijo Crane a Mavranos con voz ronca.

Se metió la caja de madera bajo la cazadora Levi's y dejó el resto de las cosas en el agujero.

Un hombre alto de piel morena, con camisa hawaiana, salacot blanco, walkman y cascos, sonreía de oreja a oreja y recorría con la cámara de vídeo el patio trasero del edificio Oregón. Unas deslumbrantes gafas de sol le ocultaban los ojos.

—La entrada de servicio del sótano, bajo el edificio del lado sur —dijo al micrófono de la cámara, sin dejar de sonreír—. Es el momento.

—Recibido —le respondió una voz por los cascos.

El hombre alto apuntó con el objetivo la zona de carga y descarga, y enfocó a un joven de traje oscuro que estaba junto a las cajas de papel higiénico, titubeante. Tenía un objeto alargado en la mano derecha, y el de la cámara se buscó instintivamente el bulto de la automática en la cartuchera, en la cadera derecha, bajo el faldón de la camisa. Ensanchó aún más la sonrisa; mostraba unos dientes muy blancos.

—Es el momento —repitió.

Dos hombres vestidos con uniforme marrón sin distintivos empujaban un contenedor por la rampa, y una ranchera con matrícula de Montana circulaba entre los edificios Oregón y Arizona.

Uno de los uniformados soltó el contenedor y se acercó al joven del traje. Fue una conversación breve de la que el hombre sonriente no

oyó palabra, pero poco después el joven del traje se flexionó por la cintura y los dos uniformados lo agarraron, le quitaron el arma, lo tiraron al contenedor y volvieron a empujarlo por la rampa.

La ranchera se había detenido y tenía la puerta trasera bajada. Sacaron del contenedor al chico a toda velocidad y lo metieron en el vehículo. Los tipos uniformados se subieron con él a la parte de atrás y cerraron la puerta.

El de la sonrisa se puso la cámara bajo el brazo y cruzó el césped en dirección al vehículo. Se quitó el salacot blanco y se sentó en el asiento del copiloto, sin dejar de sonreír ni un momento.

La ranchera volvió a arrancar, giró hacia el este tras pasar el edificio de aparcamiento y luego al oeste por la calle Flamingo. Señalizó debidamente todas las maniobras y en ningún momento superó los límites de velocidad.

A Al Funo le habían tirado una manta en la cabeza; notaba la brida de plástico clavada en las muñecas, a la espalda. También le habían atado los tobillos; con otra brida, sin duda.

El corazón le latía a toda velocidad, pero podía respirar de nuevo y sonreía con dureza, de bruces contra el suelo metálico de la ranchera.

«Siempre has vivido de tu ingenio, chico —se dijo—: encontrarás la manera de salir de esta, ya sea hablando, luchando o huyendo. Además, ¿quiénes son estos tipos? ¿Amigos de Reculver y el gordo? ¡Rayos, y cuando casi tenía a Crane! ¿Querrán quedarse con la cadena que le he comprado? Pues no se saldrán con la suya.»

—Nos da tiempo a comer antes de que venga Flores de Salt Lake —comentó uno de los captores—. No he desayunado.

—Claro —dijo otro desde el asiento delantero—. ¿Dónde quieres parar?

—Vamos al Margarita's —propuso el primero.

A Funo no le gustaba que lo dejaran aparte.

—Lo del contenedor y los uniformes ha estado bien —dijo desde debajo de la manta, orgulloso del tono irónico que le salió—. Es como ponerte un lápiz detrás de la oreja, coger un portafolios y ¡hala, ya eres invisible!

—Cállate, Fulano —bufó el del asiento delantero—. Para el Margarita's hay que ir hasta el Frontier —siguió.

—¿Y qué? —aportó el hombre que estaba sentado sobre Funo—. Tiene las mejores chimichangas de la ciudad y lo sabes.

—Qué chorrada —dijo otro.

—En el sótano del Flamingo hay un tipo que debería invitaros a comer —dijo Funo con una risita—. Le habéis salvado la vida. Yo iba a regalarle la cadena de oro y luego pensaba darle por el culo.

—Que te calles, Fulano.

Funo se alegró de tener la manta sobre la cabeza, porque notaba

que se había puesto rojo. Ay, Señor, ¿cómo se le había ocurrido decir que pensaba darle por el culo? ¡Y después de comentar que iba a regalarle la cadena de oro! ¿Y si se lo tomaban a la letra? ¿Y si pensaban que pretendía sodomizar a Crane?

—M… me acosté con su mujer… —aclaró a la desesperada.

—¡Que te calles, Fulano! —Le hincaron los nudillos en la nuca y Funo sintió un picotazo—. Las tortillas son caseras, las hacen delante de ti.

—Yo solo quiero una hamburguesa, donde sea —replicó el del asiento delantero.

Por el ronroneo constante del motor y la suavidad del movimiento, Funo dedujo que iban por la autopista. No habría sabido decir cuál, pero todas las autopistas de Las Vegas llevaban al desierto en un soplo.

Tal vez entre aquellos hombres estaba el que Al Funo siempre había sabido que existía, en alguna parte; el hombre que lo mataría y se convertiría en la persona más importante de su vida. ¡Y ni siquiera le dirigía la palabra!

Cada vez que intentaba entablar conversación, una conversación sincera, sin ánimo de juzgar, le daban un coscorrón y lo llamaban Fulano. Era humillante. Él, que tantas molestias se tomaba… Además, una cosa era ser asesino a sueldo y otra un fulano.

El coche empezó a aminorar la velocidad y Funo oyó un chirrido de gravilla bajo los neumáticos.

Se preparó. Cuando se detuvieran, daría un cabezazo arriba y atrás con la esperanza de darle en la cara al que tenía encima. Una vez se librara de la manta, intentaría arrebatarle el arma y mover las manos atadas a un lado para disparar.

El vehículo se detuvo bruscamente; Funo aprovechó el rebote de los amortiguadores para coger impulso…

Pero, por lo visto, el hombre que tenía encima se había retirado hacia la puerta trasera desde su última intervención, así que Funo solo rozó el techo y volvió a caer de bruces.

Quizá ni lo habían notado. Oyó como bajaban la puerta trasera y, pese a la manta, le llegó el aire seco y especiado del desierto. Unas manos curtidas lo agarraron por los tobillos y lo sacaron a rastras; otro par de manos lo sujetó por los brazos; lo bajaron al suelo entre los dos, y le quitaron la manta.

Tendido en la arena, levantó la cabeza y echó un vistazo alrededor, deslumbrado. Los hombres habían retrocedido. Uno de los uniformados vigilaba la carretera. El alto, el de la camisa hawaiana, tenía el salacot puesto y sonrió de oreja a oreja mientras metía un cartucho en el arma del propio Funo.

—Os diré una cosa que deberíais saber de mí —empezó Funo en

tono seguro; pero el hombre del salacot, sin dejar de sonreír, le apuntó a la cara y Funo se dio cuenta de iba a matarlo a bocajarro, sin hablar —. ¿Por qué, p… p… por qué? —se atragantó Funo mientras se debatía contra la arena—. M… me llamo Alfred F… F… Funo. Al menos dime tu nombre, somos im… im… portantes el uno para el otro, ¡al m… m… menos dime tu n… n… nombre!

El estallido de la pistola retumbó en el desierto radiante y sobresaltó a algunos lagartos diminutos, que se precipitaron zigzagueando por la arena.

—Porta —dijo el traficante de cocaína. Limpió el arma con un pañuelo y la tiró junto al cadáver—. Quéteim Porta.

CUARENTA Y DOS

¡Teletranspórtame, Scotty!

El martes por la mañana, Mavranos dejó a Crane frente a la licorería de la calle Flamingo, dio la vuelta a la manzana y aparcó en el solar de detrás para vigilar desde allí.

El dependiente de la licorería no era el mismo que el jueves anterior; además, a Crane apenas le quedaba un vestigio amarillento del ojo morado, así que pudo comprar dos paquetes de Budweiser sin llamar la atención.

Cuando se disponía a abrir la puerta que daba al aparcamiento, empezó a sonar el teléfono público de la pared del fondo. Se le ocurrió que quedaría más creíble si se acercaba al contenedor con una cerveza abierta, así que, mientras salía al calor de la calle, metió una mano en la bolsa de papel, sacó una lata y tiró de la anilla. La espuma helada le bañó el dedo.

Ya la tenía a medio camino de la boca, con el dedo mojado extendido, cuando recordó el propósito que se había hecho, y los timbrazos del teléfono público… Bajó la mano y se limpió la espuma en la camisa.

Los jugadores de póquer a la baja estaban sentados en círculo frente al contenedor, como la otra vez, pero Crane no vio al viejo, el tal doctor Meados, ni a Wiz-Ding, el chico que le había puesto el ojo morado.

—Soy yo, el de las cervezas —saludó con fingida alegría cuando un par de muchachos desastrados alzaron la vista.

—Ya era hora —comentó un jugador, y le tendió la mano libre sin apartar la vista de las cartas.

Crane sacó otra cerveza y se la puso en la mano; luego dejó la bolsa en el asfalto caliente.

—¿Dónde anda mi amigo Wiz-Ding? —preguntó.

—Claro, eres el tipo al que pegó la semana pasada, ¿no? —dijo el chico que había hablado, mirándolo—. ¿Qué hiciste? ¿Le lanzaste una maldición gitana?

—No, ¿por qué? —Crane volvió a pensar en los timbrazos del teléfono.

—Esa misma noche, el delirium tremens le dio duro. Salió corriendo entre los coches y se tiró a las ruedas de un autobús.

—Joder. —Crane se llevó la lata a la boca, con buen cuidado de no pasar de humedecerse los labios—. Oye —añadió como si se le acabara de ocurrir o como si quisiera cambiar de tema por educación

—, ¿y el viejo, el doctor Meados?

El jugador volvía a estar concentrado en las cartas.

—Quieres llevarte un botín de centavos aplastados, ¿eh? Pues hoy no ha venido.

Crane no quería que la siguiente pregunta sonara importante, así que se sentó con un gesto ágil y se rascó la cabeza. Ojalá no hubiera perdido la gorra.

—Entro en la próxima mano —dijo—. ¿El doctor Meados viene mucho por aquí?

—Casi todos los días, creo. Suelta los diez pavos.

Crane contuvo un suspiro, se metió la mano en el bolsillo y se resignó a perder una hora de su tiempo y del de Mavranos.

La luna llena pendía en el cielo del este como la marca de un centavo cubierto de ceniza sobre un retal de terciopelo añil.

«Luna llena, por fin —pensó Diana al verla tras el parabrisas—. Nuestros ciclos mensuales van a la par, por arcaico y asqueroso que resulte, y valga para lo que valga. Madre, dame la mano.»

Los alrededores de la calle Shadow y el bulevar Charleston, al norte del Strip y al sur de la calle Fremont, estaban llenos de hospitales. Después de diez minutos dando vueltas, encontró una plaza libre en el aparcamiento del Centro Médico Universitario. Cerró la puerta del Ford de alquiler, se subió las gafas de sol y se dirigió a paso rápido a los edificios grises del otro lado del aparcamiento. Llevaba una camisa holgada (de una tela que no era lino), vaqueros y zapatillas deportivas, por si tenía que salir corriendo. Solo le faltaba el arma. ¿Por qué no les habría cogido alguna a Ozzie y a Scott, o al propio Mike Stikeleather? Caminaba ligera con las Nike blancas nuevas. Extendió las manos ante sí, como si se rindiera, y se apartó la cabellera rubia para mirarse los nudillos y las muñecas.

Las cicatrices viejas le habían desaparecido: la medialuna de un mordisco de perro, la línea de una navaja automática que se le había cerrado sin querer…, todas las marcas blanquecinas de los años. Aquella mañana, al despertarse en otro motel envuelta en la mantita amarillenta, había notado un picor en la frente y, al mirarse en el espejo del baño, se había visto la piel inmaculada encima del ojo izquierdo, donde había recibido la pedrada del niño de cuarto.

Y había soñado por sexta noche consecutiva, claro estaba, con la isla de su madre, donde los búhos ululaban en los árboles cimbreantes, el agua resonaba entre las rocas y los perros aullaban en la oscuridad.

La memoria le rejuvenecía al mismo ritmo que la piel. El domingo había decidido visitar la tumba de Hans, pero ya en el taxi se había dado cuenta de que no recordaba dónde estaba enterrado, ni siquiera qué cara tenía, y mientras improvisaba otra dirección, toda abochornada, cayó en la cuenta de que había olvidado también los

rostros de sus antiguos amantes. No se alarmó. Y el día anterior, tras percibir la muerte del tal Alfred Funo, reparó en que ya no sabía nada del que había sido su esposo aparte del apellido, y eso porque constaba en su carné de conducir.

Sin embargo, sí sabía que su hijo Scat estaba en el edificio que tenía enfrente, acribillado a sondas y tubos, y que su hijo Oliver estaba en casa de Helen Sully, en Searchlight. A ellos los recordaba a la perfección: los rostros, las voces, las personalidades… y cómo los había abandonado. Lo había hecho por su bien, sí, pero le remordía la conciencia como una astilla infectada. Con Oliver había hablado varias veces por teléfono. Scat no había recuperado el conocimiento, pero había telefoneado al médico todos los días y había enviado un cheque para pagar el tratamiento.

Y recordaba a Scott Crane. Había estado muchas veces con ella, en sueños, en la isla de su madre.

Se sonrojó, frunció el ceño y apretó el paso.

En una mesa de la cafetería del hospital había tres ancianos muy nerviosos. Llevaban una hora allí. Dos ya habían tenido que ir al baño y el tercero usaba pañales bajo los pantalones de cintura alta.

Georges Leon miró de reojo a sus acompañantes a través de los ojos alegres de Benet. A Newt se lo veía tenso, y el doctor Meados, como siempre con la mandíbula colgando, parecía que acabara de enterarse de una amenaza inminente.

El doctor Bandholtz había llamado al amanecer, tan resentido como asustado, para decirle que Diana Ryan había vuelto a telefonear al hospital; en esa ocasión quería saber a qué hora podía reunirse con Bandholtz y ver a su hijo en persona.

Bandholtz iba a recibirla en el vestíbulo entre las diez y las doce. Después de razonar con Leon, había accedido de mala gana a pasar antes por la cafetería para que un hombre muy anciano lo acompañara.

Leon lanzó una mirada al doctor Meados.

«¿Dónde te metes cuando te necesito, Vaughan?»

Vaughan Trumbill no había regresado del último intento de hacerse con Scott Crane. Leon había llamado a Moynihan el domingo por la noche, pero la voz aflautada de Benet carecía de autoridad y no había habido manera de sacarle información. El puñetero gorila irlandés hasta negó haber hablado antes con él y, cuando Benet le preguntó por el paradero de Trumbill, se echó a reír y colgó el teléfono. No se lo volvió a coger ni le devolvió las llamadas.

¡Ojalá el tal Funo no hubiera matado el cuerpo de Betsy Reculver!

Se llevó el vaso de cartón a los labios, pero el café seguía demasiado caliente. Lo dejó en la mesa y respiró hondo; se notaba los bronquios constreñidos por la tensión. Se sacó el Ventolín del bolsillo del chaleco

e inhaló dos bocanadas. Eso lo alivió un poco.

Eran casi las once de la mañana, según el reloj de la cafetería. El doctor Bandholtz no tardaría en llegar.

Leon tenía la esperanza de que la policía matara al doctor Meados al arrestarlo. El viejo cuerpo contaba con muchos hechizos de protección, pero nada con lo que no pudiera una buena bala del 38.

Newt se había terminado el café y arrancaba tiritas de cartón del borde del vaso con dedos temblorosos.

—No podrá —susurró—. Es pedir peras al olmo. ¿Qué te juegas a que se le ha olvidado otra vez? Y yo sí que no lo haré, Beany.

—Que me llames Leon, joder. —Se inclinó hacia el cuerpo castrado, espantosamente viejo, que babeaba sentado junto a él—. ¿Qué tienes que hacer? —le preguntó una vez más en voz muy baja.

En aquella ocasión, el doctor Meados lo recordó.

—¡Matarla! —gritó con voz aguda mientras se palpaba la cintura de los pantalones verde lima en busca de la pequeña Walther automática del 380.

—Cállate, imbécil —le espetó Leon, pegando un codazo en el vientre al cuerpo decrépito que le había pertenecido.

Luego, por si alguien había presenciado la escena, sonrió y le dio unas palmaditas en la calva.

—¡Son ellos! —El doctor Meados se atragantó y miró a las enfermeras y los familiares de la sala con los ojos llenos de lágrimas—. ¡La gente de Ciudad Maldita!

Leon abandonó toda esperanza de pasar desapercibido y optó por actuar para el público, por moldear los posibles testimonios futuros.

—¡Para de una vez! —dijo, levantando la voz—. Tu mujer te disparó en 1948, pero ¡ya pasó! ¡Está muerta! ¡No le des más vueltas!

—¡Disparó a mi… mi cosa! —chilló el doctor Meados—. ¡La polla quedó destrozada!

De las profundidades del cerebro de Benet, en absoluto de la mente de Leon, surgió un pensamiento: que los presentes darían por hecho que la esposa había disparado a una mujer de procedencia grecoitaliana: Micosa Lapolla.

—Claro, claro —dijo Leon, conteniendo la sonrisa con rabia. Intentaba adoptar un tono tranquilizador—. Pero eso fue hace mucho.

—Fue muy real —siguió el doctor Meados; por fin había bajado la voz—. Pero a las cartas no las engaña el resto. La gente de Ciudad Maldita, las estatuas de sacrificios humanos de la ciudad. Todos esos fiyis tuyos que han muerto tampoco han servido de nada. —Sonrió con tristeza—. Sigo siendo solo yo.

—¡Teletranspórtame, Scotty! —susurró Newt con los ojos cerrados, rodeados de arrugas.

—Cállate —replicó Leon entre dientes, enfurecido por la cita

inocente—. Cállate ya.

Ray Joe Pogue estacionó marcha atrás la caravana en el aparcamiento del hospital. Dejó la palanca en posición de aparcar, apagó el motor y sacudió dos centímetros de ceniza del cigarrillo.

La ceniza no llegó a caer en la tapicería. Igual que antes, se convirtió en polvo en el aire y se arremolinó en el asiento del copiloto hasta dar forma a una personita gorda.

—*Hinchado, renegrido y fermentado* —dijo la voz en la mente de Pogue—. *Despedazado por los coyotes y plagado de moscas. Lo que queda de mi barriga parece un trozo de beicon frito. Los tatuajes están desgarrados, como un cuadro a manos de unos vándalos.*

—Ya, ya me has dicho que te han jodido bien el cuerpo —replicó Pogue, nervioso.

—*Me mintió* —dijo la voz—. *No mantuvo su promesa.*

—Menudo hijoputa —coincidió Pogue.

Había conocido al fantasma al amanecer, al abrir la puerta de la caravana. Al principio había adoptado forma de colillas y palomitas en el asfalto y le había hablado en la mente con voz entrecortada; luego había intentado sin éxito dar volumen a una página del *Las Vegas Sun*. Habían tardado unos diez minutos en acordar que la ceniza era el mejor medio para que se manifestase.

—*No me importa que mi madre esté muerta* —dijo la voz en la cabeza de Ray Joe Pogue—. *Pero que no me llamen Ollie como a Hardy.*

Pogue agarró la manija de la puerta y contempló con inquietud cómo se arremolinaba la ceniza para dar forma a la silueta del gordo.

—Creía que te llamabas Vaughan.

—*Puedes llamarme Vaughan o Perro Rabioso. Nuestros cuerpos quedaron en el desierto, abandonados. Nuestro nombre es Legión.*

—Como el de la Biblia, ¿eh? Y dices que el rey está aquí, en este hospital, ¿no?

—*Así es.*

Pogue llevaba una pistola bajo la chaqueta, aunque esperaba no tener que usarla. Se sacó un bote marrón de plástico del bolsillo de la chaqueta, una cazadora blanca con pedrería.

—Inderal —leyó en la etiqueta—. Conozco a músicos que lo toman para calmar los nervios antes de actuar; también hay atletas que lo usan. ¿Seguro que hará algo más que tranquilizarlo?

—*Es asmático. Le cerrará los bronquios.*

—Asmático. Vale. Usted manda, doctor.

—*El camuflaje.*

—Tranquilo, no me olvido.

Antes de salir del vehículo, obediente, se puso las gafas de sol Polaroid, se quitó los zapatos y se calzó las plantillas rellenas de agua que acababa de comprar.

—Y me acercaré a él a contrapelo, en el sentido contrario a las agujas del reloj —prometió Pogue al tenue fantasma gris mientras se ponía de nuevo los zapatos.

Por último se caló la gorra del casino Tiara, cuyo logo era la mejor mano posible del póquer a la baja del dos al siete: 7-5-4-3-2 de distintos palos.

—*El… el hombre delgado que lleva dentro quiere salir a la luz* —dijo la voz en la mente de Pogue.

—Hombre delgado a bordo —convino Pogue, nervioso, mientras abría la puerta del vehículo y lo invadía la oleada de calor.

El fantasma se transformó en un montoncito de polvo, apenas un pellizco, que se le depositó en la oreja. Pogue tuvo que resistir el impulso de rascarse al cruzar las puertas del hospital. Esperó que no tuviera ni una pizca en las largas patillas; parecería caspa.

La voz del fantasma se convirtió en un zumbido que lo guiaba por los diferentes pasillos (con frecuentes pausas para caminar en círculo sobre la moqueta, siempre en sentido contrario a las agujas del reloj), hasta que Pogue abrió las puertas de la cafetería.

—*Ese de ahí. En aquella mesa, el hombre de la izquierda.*

—¿Seguro? —murmuró Pogue.

—*El hombre de la izquierda* —repitió la voz.

Pogue dejó escapar un suspiro, mezcla de nervios y desilusión. Sabía que el rey podía estar en cualquier cuerpo, pero le ofendía que estuviera en uno tan rechoncho, de rostro tan alegre y sonrojado.

«Joder, si le pones una barba parece Santa Claus —pensó Pogue—. ¡Y con un traje barato, encima!»

En la mesa contigua a la de los tres hombres había un periódico olvidado; Pogue se sentó a leerlo. La cafetería olía a macarrones con queso. Podía esperar a que el rey se fuera y pegarle un tiro en el aparcamiento, pero ¿se atrevería a esperar tanto? El rey no lo había mirado aún, pero Pogue tenía miedo de que, si le clavaba la vista, lo descubriera, viera dentro de él, aunque estuviera sobre agua, hubiera neutralizado las emisiones electromagnéticas de los ojos con los cristales polarizados y llevara una mano de póquer de camuflaje en la gorra.

Sin sacarse el bote del bolsillo, le quitó la tapa y se guardó una cápsula en la palma de la mano.

—*Pégale un tiro y punto* —le dijo la voz en la mente.

Pogue vio por el rabillo del ojo que el rey levantaba la vista, como si hubiera oído la voz. Se puso lívido y sintió que una gota de sudor le recorría el pecho. Observó la mesa del rey por si se producían movimientos repentinos, por si alguno parecía a punto de sacar un arma. De ser así, Pogue se tiraría al suelo y desenfundaría la suya. Se levantaría disparando y ya vería luego cómo escapar.

—Cállate —murmuró.

—No. Pégale un tiro ya.

El rey echó la silla de plástico atrás y se irguió sobre las ridículas piernecillas zambas. Recorrió la estancia con la mirada, pero pasó de largo a Pogue sin detenerse. Este, con la cápsula aún en la mano, apoyó los dedos sudorosos en la culata de la pistola.

El rey dijo algo a sus acompañantes, que también se levantaron, y los tres se encaminaron a la puerta. Una vez allí, miraron a derecha e izquierda por el pasillo.

Pogue también se levantó. Le cosquilleaba la espalda en perspectiva del balazo. Con una sección del periódico en la mano izquierda, pasó junto a la mesa de los tres viejos y, con la mano derecha, reventó la cápsula como si fuera un huevo diminuto y echó los gránulos en el café del rey.

No se detuvo. La única salida que tenía delante eran las puertas metálicas de la cocina, de modo que las abrió y se sumergió en el vapor y el estrépito del otro lado.

«Volved a vuestro sitio, majestad —pensó mientras buscaba otra salida entre las encimeras humeantes y las personas con delantal blanco—. No pasa nada. Sentaos y terminaos el café.»

Diana, sentada en el sofá del vestíbulo del hospital hecha un manojo de nervios, acabó por dejar la revista que estaba intentando leer.

Habían transferido a Scat a aquel hospital el miércoles pasado. No había ido a verlo hasta entonces, pero sabía en qué habitación estaba. Se suponía que tenía que esperar allí al doctor Bandholtz…, que seguramente era la única persona del mundo que sabía que seguía viva.

¿Habría vendido aquella información? O, lo que era más probable, ¿se habría enterado alguien por la policía de que en la explosión de la avenida Venus solo había muerto una persona? Y, en ese caso, ¿habrían presionado a Bandholtz, que era la conexión más plausible con ella?

Se le aceleró el corazón. Se levantó y recorrió el vestíbulo con la mirada. El recepcionista rellenaba unos documentos; una pareja joven estaba enfrascada en una conversación con una anciana, en otro sofá, y la chica asiática de la puerta miraba a Diana con sorpresa, tal vez por lo brusco de su movimiento.

Pero no iba a quedarse allí esperando a Bandholtz y a quienquiera que lo acompañara.

Se metió en el ascensor a toda prisa y apretó el botón de subida.

Nardie Dinh esperó a que se cerrara la puerta del ascensor, se dirigió al otro y presionó el botón de subida.

Tuvo que contener las lágrimas.

«Claro que soy capaz —se dijo con firmeza—. Y voy a hacerlo. En

cierto modo será en defensa propia, porque si no soy la reina no soy nada. No nací para ello, pero mi maldito hermanastro me moldeó a su voluntad. Será culpa suya, no mía.»

Llevaba unos días comiendo varias veces (sobre todo espinacas, alubias y arroz, con aceite de oliva) y también había bebido varios litros de leche. Esperaba tener fuerzas para hacer lo que tenía que hacer.

Las puertas se abrieron. Se palpó el bulto que llevaba bajo la chaqueta y entró en el ascensor con decisión.

De pronto se dio cuenta de que tenía a alguien detrás. Se volvió justo cuando las puertas se cerraban y se encontró de frente con Ray Joe Pogue, que la miraba sonriente.

—¡Ya te tengo! —exclamó con alegría—. ¿Sabías que estaba aquí? Y te perdono, Nardie. ¿Sabes qué? ¡Acabo de matar a un cuerpo del rey! ¡Se lo he oído decir a una enfermera! Un anciano ha tenido una parada respiratoria en la cafetería y ha muerto de un ataque al corazón, fibrilación ventricular, antes de que pudieran hacer nada. —Le tocó el hombro—. Voy a ganar, Nardie. El sábado nos casamos, tú y yo.

El ascensor había empezado a subir. Nardie se sintió inmediatamente más pesada.

Sabía que iba armado. Bueno, ella también, pero dudaba que ninguno llegara a desenfundar antes de que el otro se le echara encima. Y en un mano a mano la derrotaría, no cabía duda.

«No sabe por qué estoy aquí ni adónde voy —pensó—. Fingiré que me entrego a él.»

Así que suspiró, asintió y se miró los pies.

—Tenía que luchar —dijo—. Era una cuestión de dignidad.

—Y has luchado bien —concedió él con una carcajada—. Un par de veces pensé que te me escapabas, que nos ibas a destruir a los dos.

Se sacudió un polvillo de la oreja.

Las puertas se abrieron en la primera planta y entró una anciana con un andador de aluminio.

—Me alegro de que me hayas encontrado —dijo Nardie en voz baja.

—No te buscaba a ti —soltó la anciana de malos modos.

Nardie alzó la vista y cruzó una mirada con su hermanastro. Los dos sonrieron…

… y ella se dio cuenta de que estaban compartiendo una broma, de que quería matar a Diana de una vez y marcharse con aquel hombre al que, pese a todo, por lo visto aún quería. Abrió la boca para contarle qué hacía allí y pedirle ayuda…

… y, hasta que le estampó el puño en la nariz y Pogue cayó de espaldas contra las puertas que se cerraban, no se dio cuenta de que aún le quedaba fuerza de voluntad. Si no en el cerebro, quizá en los

huesos.

La anciana se puso a aullar y Pogue cayó en un rincón, con la mano en la nariz y los dedos llenos de sangre. Aún reflejaba dolor y sorpresa en la mirada. Nardie se dio la vuelta, forzó las puertas y salió al pasillo.

Subiría por las escaleras hasta la habitación del hijo de Diana Ryan. Volvió a palparse el arma. ¿Se habría roto los nudillos? Aunque no fuera así, el retroceso tendría secuelas. Secuelas dolorosas.

Se preguntó si llegaría a recuperarse.

—Pues no tiene aspecto de haber estado tan enferma para no haber podido venir a verlo —dijo la enfermera con voz gélida; estaba junto a la cama de Scat, en una postura casi protectora—. Más bien parece salida de un balneario. —Miró a Diana a los ojos y suavizó el tono al momento; debía de haber percibido el dolor que sentía—. Bueno, como puede ver, está mejor. Lo alimentamos por sonda nasogástrica, pero ya respira solo; la intravenosa es solo para hidratación y antibióticos, y para tener abierta una vía si hace falta administrarle algo en vena. —Señaló el monitor, sobre la cabecera—. Las constantes vitales son estables. Solo está… dormido. —Se encogió de hombros—. En un sueño muy profundo.

—¿Puedo quedarme un momento a solas con él? —preguntó Diana en voz baja.

—Claro. —La enfermera echó a andar hacia la puerta.

—Tenía que verme con el doctor Bandholtz en el vestíbulo, dentro de unos minutos —añadió Diana—. ¿Le importa no decirle que he llegado ya? Enseguida bajaré.

—De acuerdo.

Diana contempló a su hijo en la cama de hospital, ligeramente levantada, y se mordió los nudillos. La sonda nasogástrica verde le aplastaba los rizos rubios en el lado derecho de la cabeza; el izquierdo lo tenía vendado, pero se veía que se lo habían rapado. Tenía los ojos y la boca cerrados, pero respiraba con normalidad, y el monitor emitía pitidos regulares mientras la línea verde subía y bajaba con trazos firmes por la pantalla negra.

«No se habría dado cuenta aunque hubiera venido todos los días —se dijo—. Seguro que ha soñado conmigo; en ese sentido, he estado mucho más cerca de él que si hubiera estado aquí físicamente.

»Hasta hoy. Hoy, con la luna llena, puede que mi presencia lo cambie todo.»

Rozó la manita inerte sujeta a la barandilla de la cama con una cinta de plástico.

Y en aquel momento oyó tras ella el sonido de una bala al entrar en la recámara.

Se quedó un instante así, con el brazo extendido. Luego lo bajó y se

dio la vuelta.

Era la joven asiática que había visto abajo, en el vestíbulo. El cañón del arma que sostenía se prolongaba en un cilindro grueso de metal. Un silenciador, supo Diana al instante.

—¿Vas a matarme? —preguntó. La voz le salió tranquila, aunque el corazón le galopaba y sentía un cosquilleo en las yemas de los dedos—. ¿A mí o a él? ¿O a los dos?

—A ti. Me llamo Bernardette Dinh.

—Yo soy Diana Ryan. Esto… ¿Por qué?

Dinh estaba demasiado lejos para aspirar a desarmarla de una patada, y tampoco tenía a mano nada para tirarle. Podía lanzarse detrás de la cama, pero si Dinh disparaba le daría a Scat, seguro.

—Para ser la reina. ¿Tienes monedas en los bolsillos? Sácalas muy despacio. Si se te ocurre tirarlas, disparo.

Diana estaba desconcertada, pero se alegró por la demora. Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y la extendió con la palma hacia arriba.

Los cuartos de dólar y las monedas de diez centavos arrojaban un brillo plateado, pero las de un centavo estaban negras.

Dinh se rebuscó en el bolsillo y sacó un centavo. Tenía el brillo marrón rojizo habitual.

—¿Ves? Y si has intentado ponerte una prenda de lino en los últimos días, habrás visto que también se vuelve negra, como las monedas. —Hablaba deprisa y se lamía los labios entre frase y frase en ademán nervioso—. Y si tocas tela morada, se destiñe. Y si te acercas a una colmena, verás que las abejas la abandonan. Todo eso me ha pasado a mí a lo largo de este año, en mi momento, cuando hay luna llena.

—Quieres ser la reina —dijo Diana—. ¿Por qué?

—No he venido a hablar. ¿Que por qué? Pues… por el poder. Por la familia, para ser… madre, en el sentido más profundo de la palabra.

—Yo ya soy madre.

Dinh lanzó una mirada a Scat.

—En términos biológicos, sí. Puede que hayas mandado muchas postales de «Que te mejores».

Diana sitió que se le subían los colores, pero forzó una sonrisa.

—¿Y para obtener eso me matarás? ¿Para obtener eso dejarás huérfano a un niño de diez años?

—Lo… lo adoptaré. Voy a tener una gran familia.

—Pero la hija de la reina soy yo.

—Por eso tengo que matarte, joder. Si te quito de en medio, la sucesora más lógica seré yo. —Dinh suspiró, insegura—. Ha habido muchos muertos en este juego, ya lo sabes. La muerte nos espera a todos en el desierto y en el cielo caliente. He perdido la cuenta de las

veces que he pensado en suicidarme.

—¿Tiene importancia?

—¿El suicidio?

—No, las veces que hayas pensado en ello. ¿Tenemos que perder el tiempo con eso? ¿No podemos decir que unas cien, por poner un número?

Dinh la miró con sorpresa; no pudo contener un atisbo de sonrisa.

Diana extendió el brazo poco a poco al tiempo que se agachaba y le tocó la mano a Scat. Dinh miró al niño y ahogó una exclamación, así que Diana también se atrevió a mirarlo.

Scat había abierto los ojos.

Confuso, posó los ojos azules en su madre, luego en Dinh y luego en su madre otra vez. Los iris adquirieron viveza mientras enfocaba.

Iba a decir algo, pero le salió una tos ronca.

—Mamá —dijo por fin con voz rasposa.

—Hola, Scatto. Vas a volver a casa muy pronto.

Clavó la mirada en Dinh, intentando transmitirle: «Venga, adelante. Presenta tus credenciales como reina terrenal de la diosa madre matando a una madre delante de su hijo herido».

Dinh bajó el arma, toda pálida.

—Pero ¿qué puedo hacer? —susurró. Miró a Diana, turbada—. ¿Y por qué te lo pregunto a ti? —Dobló el brazo del arma por la mitad.

Diana se abalanzó sobre ella y apartó el silenciador de la mandíbula de Dinh justo antes de que disparara.

El estallido sonó como si desgarraran una sábana de un tirón. Dinh cayó de rodillas, pero con la cabeza erguida, y Diana no advirtió rastro de sangre en el pelo negro. Miró hacia arriba: había un agujero limpio en el aislamiento acústico del techo.

Diana se arrodilló junto a ella y la agarró por los hombros.

—Me lo preguntas porque puedo responderte —le dijo con apremio —. Corro peligro y tengo dos hijos que corren peligro. —Dinh la miraba a la cara y Diana le dedicó una sonrisa gélida—. Voy a necesitar ayuda.

—Y te crees con derecho a… —empezó Dinh con una mueca, guardándose el arma en la cintura.

—No. No tengo derecho. Tengo… esperanza. Espero que me ayudes. No respondas ahora. No voy a escuchar lo que me digas con los oídos aún zumbando. Pero si quieres ayudarme, si quieres ayudar a la reina en vez de ser la reina, si te sientes capaz, ven a verme mañana al amanecer a… a la piscina del Flamingo.

Dinh se levantó.

—No… no te mataré —dijo en voz baja—. Parece que no, vaya. Pero no acudiré a esa cita.

—Yo sí —respondió Diana, aún de rodillas, con la vista levantada.

Dinh dio media vuelta y salió de la habitación. Diana se puso en pie y fue junto a la cama de su hijo.

Scat flexionaba débilmente las muñecas atadas y movía los pies bajo las mantas. Gemía; le molestaba el tubo de la nariz.

Diana pulsó el botón para llamar a la enfermera y se dirigió a la puerta; en ese momento entraba un médico a toda prisa. Dinh debía de haberse detenido para avisar de que el niño había despertado.

CUARENTA Y TRES
Falta en el bote

A ojos de Diana, el rocío que perlaba las tumbonas rosas de la piscina era triste e intrépido a la vez: una humedad fugitiva, condensada por el aire frío del alba y condenada a evaporarse en cuanto el sol asomara por el edificio Oregón. Las gotas se habían unido para formar un charquito en el asiento de la tumbona más cercana, pero ni así se salvarían.

La luna, oculta tras la torre sur del Flamingo, ya no era perfectamente redonda, pero Diana sabía que la clarividencia le duraría hasta Pascua, al cabo de cuatro días. Contempló intranquila el edificio Oregón, bajo y alargado, consciente de que era la torre del rey y de que Scott Crane había estado allí hacía poco.

En la piscina no había nadie todavía, pero cada poco tiempo se abrían las puertas del casino y liberaban el estrépito de los juegos perpetuos, que se propagaba por el silencio del amanecer. Diana seguía mirando el ático del edificio Oregón, a oscuras; aun así, cuando se abrieron las puertas, supo que se trataba de Nardie Dinh.

No se volvió. Oyó como bajaba la escalera a paso lento, rodeaba la piscina y pasaba frente al bar, aún cerrado. Finalmente, se detuvo tras ella.

—Ayer me salvaste la vida —le dijo Nardie en voz tan baja que habría sido inaudible desde los setos que rodeaban el edificio—. Procuraré que no se convierta en tu peor error.

Diana se dio la vuelta. Nardie llevaba gorra y uniforme de taxista.

—¿Y cómo lo procurarás?

—Marchándome. Tengo dinero; puede que vuelva a Hanói. Si me quedo, intentaré matarte otra vez. Menuda muestra de gratitud sería.

—Prefiero que te quedes —replicó Diana—. Me queda mucho por hacer antes de Pascua y necesito ayuda.

—Puedo no matarte —dijo Nardie, negando con la cabeza—. Puedo… renunciar a ser la reina. Pero no ayudarte a que lo seas tú.

—¿Por qué no? —repuso Diana con una sonrisa—. Te has esforzado mucho. Si te vas ahora, estarás renunciando a todo. Ni siquiera te enterarás de si esta vez hay reina. No la ha habido desde 1960… Bueno, para ser precisos, desde 1947. Si trabajas conmigo, al menos estarás trabajando por lo que crees. ¿O es que todo esto solo vale la pena si vas a ser tú la reina?

—Valdrás la pena sin mí.

—Ya. —Diana se acercó al borde de la piscina, de aguas tranquilas

como el cristal, y regresó—. ¿Has oído hablar de un tal Nick el Griego? —preguntó—. Era un jugador de póquer que conocía mi padre. Estuvo en la primera partida importante que se celebró en el Binion's, en 1949, un mano a mano de póquer sin límite con Johnny Moss. La partida duró cinco meses y el Griego perdió algo así como dos millones. Años después, cuando se ganaba la vida jugando al póquer cubierto de cinco diez en Gardena, le preguntaron si no había caído muy bajo. Y él respondió: «Sigo jugando, ¿no?».

Durante unos segundos reinó el silencio en torno a la piscina. Los tejados azules estilo pagoda de las torres del Imperial Palace destellaban con la luz de la mañana. Al cabo, Nardie soltó una carcajada ronca.

—¿Ese incentivo me ofreces? —Seguía hablando en voz baja, pero con un deje agudo de incredulidad—. ¿Quieres que sea tu Nick el Griego? Joder, tía, qué mala eres reclutando. Ni en sueños…

—Quieres lo mismo que yo —la interrumpió Diana—. Quieres ser hermana, hija y madre en una familia de verdad, no en un arreglo de mierda que más bien parece una… parodia cruel. Esa familia aún está aquí, al menos en potencia, y te necesita. Quiere que seas parte de ella.

Diana esperó la respuesta. ¿Cuál habría sido la suya si fuese al revés?

Nardie miró al cielo de reojo y resopló. Se echó la gorra atrás y se frotó los ojos.

—Por ahora —dijo con voz ahogada—. De manera provisional. —Bajó las manos y miró a Diana—. Pero si acabo por matarte…

—Entonces te habré juzgado mal.

—¿Qué tal se te ha dado hasta ahora juzgar a la gente?

Diana sonrió y el sol besó las ventanas más altas de las torres del Flamingo.

—Me alegra decir que no me acuerdo.

Aquella mañana, Crane vio al viejo nada más salir de la licorería, cargado con la bolsa de cervezas. Era el único jugador del contenedor que llevaba sombrero: uno de paja con una rosa amarilla de papel.

—Ya viene el hombre de la cerveza —anunció Crane mientras se aproximaba cojeando al desastrado círculo de jugadores.

Tenía la pierna agarrotada y el costado le dolía bajo el vendaje siempre húmedo, pero se sentía joven y fuerte. Aquel día no le hizo falta fuerza de voluntad para limitarse a fingir que bebía de la lata que llevaba abierta.

—Perfecto —lo recibió un chico con alegría—. Sentaos, buen señor. —Sacó una cerveza de la bolsa que Crane había dejado en el suelo—. Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó tras abrir la lata y dar un largo trago al reconstituyente matinal.

—Scotto —dijo Crane, ya sentado, mirando al doctor Meados.

Este lo observó, desconcertado, con el ceño fruncido y la boca abierta como de costumbre.

—¿Scotto?

—Eso es. Eh, chicos, ¿no estamos ya un poco hartos de jugar al póquer a la baja? Tengo una propuesta —expuso deprisa, con tono alegre, como un animador de casino—. Me sé un juego nuevo y, como la idea es mía, os financio las primeras manos, ¿qué os parece? Tomad. —Se sacó del bolsillo de la chaqueta cinco fajos de billetes de dólar sujetos con gomas y entregó uno a cada jugador, menos al cuerpo de su padre—. Cincuenta pavos por cabeza. No os importa que el doctor Meados siga jugando con chatarra, ¿no?

Como si fuera una coreografía ensayada, cada jugador soltó la goma de su fajo y hojeó los billetes con incredulidad.

—Si te pones así, jugamos a lo que quieras, tío —dijo el chico de antes. Le tendió una mano mugrienta—. Me llamo Bobo.

—Encantado. —Crane dio por hecho que se trataba de un apodo y le estrechó la mano. Se había guardado un fajo para sí. Extrajo un billete de dólar y lo puso en medio del círculo—. Venga, la apuesta obligatoria es de un pavo.

El doctor Meados lo miraba y sacudía la cabeza, atónito.

—No —dijo con tono ascendente, casi como si fuera una pregunta —. No voy a jugar contigo.

Se rascó con una mano temblorosa la entrepierna vacía de los pantalones verde lima.

Todos los demás habían colocado la apuesta obligatoria.

—Falta en el bote —dijo Crane en voz baja—, papá.

La última palabra afectó al doctor Meados de forma visible. Miró boquiabierto los billetes que había sobre el asfalto y luego su montón de centavos aplastados y fichas agujereadas. Al final, muy despacio, se inclinó y empujó una ficha al centro.

—No falta en el bote —susurró.

—Muy bien. —Crane estaba tenso como un cable, pero su voz transmitía confianza—. Este juego se parece al póquer de ocho cartas, pero para formar la mano hay que comprar la de otro.

Se sacó del bolsillo las cartas Bicycle que había modificado, barajó y explicó con tiento y claridad las reglas de la asunción.

«Esta noche empieza.»

Alto, musculoso, de pelo negro natural a los setenta y cinco años, vestido con un traje inmaculado, el cuerpo de Art Hanari esperaba impaciente la limusina bajo el sol, ante las puertas de La Maison Dieu.

Georges Leon observaba los camiones con lonas de camuflaje a través de los ojos azules del rostro bronceado y sin arrugas. La Maison Dieu, al norte de Las Vegas del Norte, era un complejo discreto de

bloques de pisos e instalaciones médicas, de césped omnipresente, entre el campo de golf de Craig Ranch y la estación de bombeo de la base Nellis de la fuerza aérea. Allí, en la calle Craig, los vehículos militares constituían la mayor parte del tráfico.

«Esta noche empieza el juego», pensó.

Le había resultado más difícil de lo previsto salir de aquella especie de asilo con pretensiones. Cuando Betsy Reculver había puesto allí el cuerpo perfecto, a buen recaudo, había hecho constar en el contrato que Hanari podría marcharse cuando quisiera; pero la mañana del día anterior, cuando este había intentado ejercer su derecho, el personal había tratado de impedírselo. Los guardias de seguridad lo habían atado a la cama y se habían negado a devolverle la ropa.

En cierto modo, no podía culparlos. El día anterior por la mañana había muerto en el suelo de linóleo de la cafetería del hospital, estrangulado por sus propios bronquios hasta que el corazón se le había detenido en el pecho, y había despertado allí, en el único cuerpo que le quedaba. Cuando hubo conseguido acompasar la respiración y calmar el pulso acelerado, apretó el botón para llamar al enfermero… Pero, cuando llegó, Leon quiso pedir el alta por boca de Hanari y lo que le salió fue una voz chillona de anciana.

Era la voz de Betsy Reculver, que lloriqueaba porque estaba abandonada en el desierto y a punto de perder el cuerpo. Después, la que le hizo vibrar las cuerdas vocales y castañetear los dientes fue la voz de Richard, que murmuraba acerca de estarse en el tejado de un bungalow, bajo la lluvia. Y, por si fuera poco, luego Beany empezó a hablar de póquer y a decir tonterías sobre tríos iniciales que se convertían en full de ases en la quinta.

Cuando recuperó el dominio del cuerpo y pidió el alta en tono sereno, el enfermero se negó en redondo. Leon insistió y amenazó con emprender acciones legales, a lo que ellos respondieron tratando de consultar con Betsy Reculver y Vaughan Trumbill; sin conseguirlo, claro.

Aquella mañana, por fin, decidieron lavarse las manos y le hicieron firmar un montón de declaraciones, renuncias y exoneraciones. Hasta lo filmaron para tener pruebas de que parecía en su sano juicio. Al final, le permitieron vestirse, pedir una limusina y salir. A partir de entonces fueron todo amabilidad, todo sonrisas y palmaditas en la espalda, cosa que detestaba, y le insistieron en que volviera alguna vez de visita. El fisioterapeuta le dijo alguna tontería sobre que al fin podría utilizar el implante peneano y le guiñó un ojo, pero Leon prefirió no perder tiempo presentando una queja.

Tenía que dar con el doctor Meados y prepararse para la partida. Y también tenía que llamar a Newt, para recordarle que tuviera trece jugadores listos en el muelle del lago Mead al anochecer.

Pero lo primero era dar con el doctor Meados.

El día anterior, entre discusión y discusión con el personal sanitario, Leon no había parado de dar vueltas a algo que había dicho el viejo en la cafetería del hospital, hasta que estuvo al borde del ataque de nervios.

«A las cartas no las engaña el resto. La gente de Ciudad Maldita, las estatuas de sacrificios humanos de la ciudad.»

Leon llevaba años sospechando que, aunque no lo sabían ni los técnicos que los habían instalado, los maniquíes de las casas de Yucca Flats (el objetivo de las bombas de los años cincuenta) eran sacrificios a los dioses del caos que iba a invocar la bomba atómica. También creía que las estatuas que poblaban Las Vegas, desde los árabes de piedra del Sahara, en el Strip, hasta la imponente figura de Vegas Vic en el club Pioneer, en la calle Fremont, siempre expuestas al sol y a la lluvia, eran ofrendas a las pautas aleatorias del clima: otra manifestación de los dioses del caos. A fin de cuentas, el caos y el azar, encarnados en el juego, eran los santos patrones de la ciudad y exigían tributo.

A Leon no le importaba que las cartas, las personificaciones del caos y el azar, no se dejaran engañar por aquellos sacrificios humanos simbólicos.

Pero el viejo cuerpo, su viejo cuerpo, había añadido: «Todos esos fiyis tuyos que han muerto tampoco han servido de nada. Sigo siendo solo yo».

Después se le ocurrió que tal vez se refería a los cuerpos que había habitado y que ya estaban muertos, Reculver y los demás. Quizá el doctor Meados quería decir «efigies», y que las muertes simbólicas de Leon no habían engañado a las cartas.

«Sigo siendo solo yo.»

Tal vez, pese a los cambios de cuerpo, Leon seguía destinado a morir cuando muriera el cuerpo senil y castrado del doctor Meados.

El cuerpo de Hanari se estremeció y Leon chasqueó los dedos en un arranque de impaciencia.

¡Qué mal había cuidado del viejo descerebrado todos esos años, con cuánto desprecio! Si estaba en lo cierto, un sinfín de veces había esquivado la muerte por los pelos. ¡Si el día anterior hasta había deseado que la policía le pegara un tiro!

Tenía que asumir que era cierto y tomar las medidas oportunas. Hacía una semana y media, la noche en que había percibido a la jota y el pez importantes cruzando la frontera de Nevada, le había brotado una idea de la nada: la imagen de un corazón de pollo amputado y mantenido con vida de manera artificial durante un tiempo que equivaldría a muchas vidas de pollo. Convertido en un ente del tamaño de un sofá.

Ya mismo, antes de empezar con los preparativos para la partida del lago, tenía que dar con el cuerpo del doctor Meados y ponerlo a salvo. Más adelante sobornaría o amenazaría a un médico para que le sacara el corazón y lo mantuviera bombeando décadas y décadas, y para que la misión se transmitiera de médico en médico durante siglos: de ese modo seguiría latiendo y creciendo hasta que fuera del tamaño de una casa.

Georges Leon, la mente de Georges Leon, seguiría siendo inmortal. Seguiría siendo el rey.

Vio que la limusina se acercaba con parsimonia por la calle Craig, entre las lomas verdes del campo de golf.

«Próxima parada, el aparcamiento de detrás de la licorería —pensó Leon como si diera órdenes al conductor oculto tras el cristal tintado—, donde el viejo imbécil juega a las cartas con andrajosos.

»Y vas a tener que acelerar un poco.»

CUARENTA Y CUATRO
La primera mano

El sol estaba casi en el cénit y Crane ya había tenido que dar dinero dos veces a un jugador para que fuera a la licorería a por más cerveza.

Por fin le tocaba repartir otra vez (por suerte, se había aceptado de común acuerdo que el doctor Meados no repartiera); barajó y dio cartas a los jugadores, dos bocabajo y una bocarriba para apostar.

Al principio, las cuatro cartas que había añadido a la baraja, cuatro reyes con las letras CB escritas en grande con rotulador, habían levantado protestas, pero Crane había acabado convenciendo a los jugadores de que las aceptaran: eran los caballos, que iban entre las jotas y las reinas. Tardaron varias rondas en entender cómo funcionaba la puja y por qué a veces era más fácil ganar dinero vendiendo la mano de cuatro cartas no concebida que comprando las cuatro de otro jugador y quedándose hasta el final. Las últimas manos ya habían sido más fluidas. Bobo y otro jugador habían acumulado muchas ganancias, y Crane había tenido que repartir fajos adicionales a otros dos y comprometerse a repetir el gesto con los demás.

Pero el doctor Meados aún no había comprado ninguna mano y estaba poniéndose nervioso. Se había hecho pis encima y, por lo visto, le molestaba el olor de la orina que se evaporaba en el asfalto.

Crane no sabía si interferir en el desarrollo natural de la partida, pero la del lago iba a empezar aquella noche y el doctor Meados parecía a punto de marcharse.

—Puedes comprarle la mano a otro jugador, ¿sabes? —dijo al cuerpo de su padre.

—¿Crees que no me sé las reglas, Scotto? —replicó este, lanzándole una mirada por debajo del ala del sombrero de paja; a Crane casi le pareció percibir un destello de inteligencia.

Miró aquellos ojos que tan bien recordaba, aunque estuvieran rodeados de piel seca y arrugada, y se sintió insignificante; se dio cuenta de que había bajado la vista.

Mientras los demás apostaban, contempló el aparcamiento para reponerse. La furgoneta azul de Mavranos estaba aparcada al fondo; no muy lejos había un taxi parado, y una reluciente limusina negra dobló la esquina desde la calle Flamingo.

—Te toca apostar, Scotto —dijo un jugador.

Crane vio que el doctor Meados acababa de empujar tres óvalos de cobre al centro con una mueca de dolor, como si le quemaran. Echó tres dólares y repartió una segunda carta bocarriba a todos.

—Habla el as —indicó al jugador de su izquierda.

Entonces oyó un chirrido de neumáticos y se dio la vuelta, alarmado.

La limusina se había detenido a un par de metros de él. Se abrió la puerta de atrás y salió un hombre del vehículo. Era alto, moreno y bronceado. Crane no lo había visto nunca, pero reconoció el disco solar de oro que llevaba al cuello con una cadena. Era idéntico al que tenía puesto Ricky Leroy en el 69 en la partida del lago.

«Es él —pensó Crane con un repentino vacío en el pecho—. Él es mi padre de verdad.»

Vio que tenía un bulto en la parte delantera del pantalón y se preguntó, perplejo, qué habría en aquella escena que le produjera una erección tan evidente.

Se puso en pie despacio; sentía con claridad la pierna agarrotada y el dolor en el costado, pero también el peso del revólver en el bolsillo de la chaqueta.

Las yemas de los dedos le vibraban como diapasones.

«Podría matarlo aquí mismo —pensó—. Pero ¿de qué serviría si tiene un par de cuerpos más a los que cambiarse? Y con tantos testigos… Si hasta ese taxi viene para acá.»

—Estamos en mitad de una mano —dijo Crane, que consiguió dominar la tensión para que no le saliera voz de falsete—. Pero, si quieres, te damos cartas en la próxima.

El hombre alto volvió el rostro sereno, sin arrugas, hacia las cartas del asfalto.

—Por lo que veo, estáis jugando a razz. Vosotros siempre vais a lo más bajo. Pues el doctor Meados se la perderá, lo siento. Cubriré su inversión en el bote.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una billetera de cuero.

—El doctor terminará la mano —dijo Crane.

—Eres Scott Crane, ¿no? —Clavó la mirada en él. No había atisbo de sonrisa en el rostro liso y bronceado—. Te mueves mucho. Ve a jugar donde haya apuestas altas, y a algo que no sea póquer a la baja. Te irá mejor, créeme. —Bajó la vista hacia el viejo de los pantalones mojados—. Ven conmigo, doctor, vamos a darte una ducha.

Crane le puso la mano en el hombro al doctor Meados para que no se levantara.

—Va a terminar la mano.

—Joder, ¿qué más da? —dijo Bobo, detrás de él—. Que se largue el viejo.

—¿Por qué no lo esperas allí? —dijo Crane al desconocido que era su padre—. Serán solo unos minutos.

—Pero si he dicho que cubro sus apuestas con dinero de verdad. —

Arqueó las cejas lo justo para expresar desconcierto y meneó la cabeza —. En fin, de acuerdo, esperaré.

Echó a andar hacia la limusina.

—Bien, porque quiero comprarle el rey y el caballo al viejo —dijo uno.

El hombre alto se volvió, empuñando un revólver chato.

—¡No! —gritó—. ¡No va a jugar a la asunción!

Posó un momento los ojos en el doctor Meados, y Crane aprovechó para desenfundar el revólver y asestarle un culatazo en la cara con todas sus fuerzas.

El hombre cayó contra el lateral de la limusina y se derrumbó en el suelo con un ruido sordo; el rojo de la sangre le cubría el rostro y salpicaba el asfalto.

Algunos jugadores ya se habían puesto de pie, pero Crane los encañonó.

—Sentaos. Vamos a terminar la mano.

La limusina se puso en marcha y se alejó, con la puerta trasera oscilando, aún abierta. Los jugadores volvieron a sentarse muy despacio, nerviosos.

—Habla el as —repitió Crane—. Y deprisa.

«Dios mío, ¿cuánto tardará el de la limusina en llamar a la policía? Seguro que lleva teléfono en el coche», pensó.

El jugador del as bocarriba puso un dólar en el centro del círculo, tembloroso, sin apartar la vista del arma de Crane. Los demás se retiraron, excepto el doctor Meados, que esbozó una sonrisa estúpida y mandó rodando al centro una ficha agujereada. Crane añadió un billete de dólar y sonrió con los dientes apretados.

—La primera mano está abierta a pujas —dijo.

Nadie se movió ni dijo nada.

Mavranos había puesto en marcha el motor de la furgoneta. El taxi seguía en el aparcamiento, más cerca de la entrada de la calle Flamingo, también con el motor en marcha.

Crane alcanzó a oír sirenas, no al lado, pero tampoco demasiado lejos. Miró el cuerpo tendido en el asfalto.

«¿Estará agonizando? —se preguntó al borde de las náuseas—. ¿Y qué opinará de ello el teniente Frits?»

—La mano está abierta a pujas —dijo; hasta él se dio cuenta de que la voz le salía suplicante.

El doctor Meados miró alrededor.

—Voy con dos, Scotto —dijo, y empujó al centro dos centavos aplastados.

—Y yo no pujo, así que ¡es toda tuya! —aulló Crane.

Se guardó el arma en el bolsillo y le arrebató las cartas al doctor Meados: las que tenía en la mano y las cuatro que había comprado. Se

puso en pie de un salto, pasó sobre el cuerpo inconsciente de una zancada y echó a correr por el asfalto hacia la furgoneta azul de Mavranos.

La policía estaba muy cerca. El eco de las sirenas se intensificaba, e incluso oyó el chirrido de los amortiguadores y los neumáticos al entrar en el aparcamiento.

La furgoneta azul estaba maniobrando para enfilar hacia la salida opuesta a la calle Flamingo, y Mavranos tenía abierta la puerta del copiloto.

Crane no podía ir más deprisa; pateaba el suelo con furia, echado hacia delante, pero sabía que los coches patrulla entrarían en el aparcamiento antes de que él llegara a la furgoneta.

Oyó un chirrido de neumáticos y, por el rabillo del ojo, vio que el taxi se lanzaba de frente contra el primer coche de policía. Las puertas del taxi se abrieron al instante, pero él ya estaba al lado de la furgoneta y se centró en mantener el equilibrio para alcanzar la puerta.

Se lanzó de bruces al interior y se arrastró por el asiento, con las piernas aún fuera.

—¡Sal por atrás! —rugió.

Pero Mavranos giró el volante en dirección contraria, como si quisiera dibujar un ocho con las ruedas.

—¡Hay que recoger a las chicas! —gritó para hacerse oír por encima del estrépito del motor.

La fuerza centrífuga tiraba de Crane hacia fuera, y este hundió los dedos en el asiento y arrugó los naipes que aún llevaba en la mano.

—¿A las chicas?

Iba golpeando la puerta con los pies, en un intento de sujetarse a algo.

La furgoneta no redujo la velocidad, pero la puerta trasera se abrió de golpe y dos personas se abalanzaron al interior. El acelerador se hundió hasta el fondo y el carburador de cuatro bocas propulsó el vehículo a todo gas.

Crane consiguió encontrar el marco de la puerta con el pie derecho y se dio impulso hacia el interior, consciente de que Mavranos había girado ciento ochenta grados para meterse por una especie de túnel. Cuando se incorporó y cerró la puerta, vio que estaban en el edificio de aparcamiento del Flamingo, subiendo despacio por la primera rampa, a apenas cien metros de donde había quedado el coche estrellado de policía.

—Ay, Arky, qué peligro de jugada —susurró, sin aliento.

—Joder, como si no lo supiera, Pogo. —Mavranos tenía el ceño fruncido y la cara brillante de sudor—. Pero, si llego a tirar para el Strip, habrían avisado por radio y nos habrían detenido a dos

manzanas.

Dobló la primera curva para subir al segundo piso por la rampa. Aún llegaban sirenas, pero sonaban fuera del edificio.

—Por favor, que salga bien —susurró, agarrado al salpicadero con la mano sudorosa—. Que no se les ocurra buscarnos aquí.

—Entrar aquí era la mejor jugada posible —dijo una voz de mujer desde el asiento trasero.

Crane se volvió. Era una joven asiática con uniforme de taxista. Tenía una herida en la frente y le manaba un reguero de sangre, pero él miraba de hito en hito a su acompañante. El corazón empezó a latirle más deprisa que durante la carrera.

—¿Diana?

A Diana le sangraba la nariz; la llevaba pinzada entre dos dedos.

—Sí —dijo con voz nasal—. Hola, Scott. Me alegro de verte, Arky.

—La vida es bella —gruñó Mavranos.

Crane advirtió con sorpresa que estaba más asustado que hacía un momento. En cierta ocasión, había jugado en un torneo de póquer descubierto con entrada de quinientos dólares; estaba tan borracho que no se había estudiado las normas antes de empezar, así que, cuando se quedó sin fondos y le ofrecieron la opción de recompra, no se lo esperaba. Aceptó alegremente y desembolsó otros quinientos, pero las ciegas y los límites habían ido subiendo y la apuesta mínima era de ciento cincuenta dólares. Demasiado tarde, comprendió que volver a pagar solo le permitiría jugar una mano más.

Era incapaz de recordar si había ganado la mano.

—Vosotras estabais en el taxi que le ha dado al coche patrulla —dijo.

—Sí —respondió la joven asiática—. Ahora sí que estoy metida hasta el cuello —le dijo a Diana—. Mi taxi se ha quedado ahí y nos han visto salir corriendo, así que no puedo alegar que me apuntabas con una pistola.

Mavranos estaba subiendo por la tercera rampa. Seguía sin encontrar ninguna plaza libre, y el rugido del tubo de escape retumbaba contra las paredes y el techo bajo.

—Ozzie me dijo que te habían volado por los aires—le dijo Crane a Diana.

—Casi. Mataron al pobre de mi novio. —Diana lo miró con dureza—. ¿Cómo está Ozzie?

—Lo siento. Ha muerto.

—¿Por tu culpa?

Crane lo meditó un instante con desolación.

—Sí.

—Ya.

Diana tenía el rostro inexpresivo, pero le rodaban lágrimas por las

mejillas y se le mezclaban con la sangre de la barbilla. Nadie dijo nada mientras Mavranos maniobraba para subir al cuarto nivel.

Al final, Crane identificó a la joven taxista.

—Te conozco, ¿verdad? Me sacaste del tiroteo de los alrededores del Binion's. Te llamabas…

—Nardie Dinh. —Se secó la frente con un pañuelo—. Por cierto, retiro lo dicho, no te suicides. Ahora eres nuestra única esperanza, por escasa que sea, y resulta que estoy en tu bando.

Crane miró a las tres personas que viajaban con él en la furgoneta.

—¿Somos un bando? —Le salió una voz frágil, de falsa alegría—. Y yo soy el jefe, ¿no? ¿Qué opinas de tu jefe, Diana?

—Me encuentro en estado de admiración suspendida —repuso esta, igual de inexpresiva.

Mavranos se metió en una plaza vacía. Los neumáticos chirriaron contra el suelo de hormigón pulido.

—Tenemos que buscarnos unos cubos de pintura y cambiar de color este trasto. —Apagó el motor—. ¿Qué has sacado en claro, Scott? ¿Algo que mereciera tanto… ajetreo?

—Sí. —Crane abrió el puño y estiró las ocho cartas arrugadas—. El auténtico cuerpo de mi padre.

CUARENTA Y CINCO

Media dosis no sirve de nada

Crane pagó dos habitaciones contiguas en el Flamingo y, antes de subir, compró dos barajas en la tienda de recuerdos.

Ya en la habitación, que iba a compartir con Mavranos, abrió los paquetes y esparció las cartas por la cama, bocarriba.

Mavranos había subido la neverita y Dinh pidió media docena de Coca-Colas al servicio de habitaciones.

—¿Qué haces? —preguntó a Crane al colgar.

—Busco la manera de trucar la baraja para una variante de póquer muy complicada —explicó este mientras organizaba las cartas con gesto vacilante. Había separado las ocho que correspondían a la mano del doctor Meados: el seis y el ocho de corazones, el caballo de tréboles, y el siete, el ocho, el nueve, el diez y el rey de picas—. Ojalá el cuerpo de mi padre hubiera sacado una mano mejor. No, ojalá fuera él mismo una mano mejor. Esta tiene que ganar y, en una partida de asunción con trece participantes, color al rey no es gran cosa.

—¿Qué pasa, van a jugar con cartas del Flamingo? —preguntó Mavranos tras beber un trago de Coors. Diana estaba junto a la ventana y contemplaba la piscina.

—No, pero así puedo prepararme —explicó Crane—. Eso que llevo adelantado. La partida de verdad se jugará con… —Crane suspiró—. Con una baraja Lombardía Cero.

—Mi hermanastro tiene una carta de esa baraja —dijo Nardie, clavando la mirada en él—. La Torre. Quiere utilizarla para convertirse en rey.

—Perfecto —repuso Crane—. Espero que la mire bizqueando y se vuelva loco.

—Ya está loco. ¿Te refieres a… la partida del lago?

—Sí.

—No irás a jugar otra vez, ¿no?

—Sí.

La joven se estremeció.

—Ahí no me meto ni loca.

—¿Cuándo piensas ir, Scott? —dijo Diana, volviéndose.

—Las partidas son esta noche, mañana por la noche y el Viernes Santo de día. —Crane no levantó la vista de las cartas—. Yo empezaré esta noche y seguiré hasta que consiga lo que busco.

—¿Estará allí el hombre ese al que has tumbado? —quiso saber Mavranos.

—Seguro. Y en ese cuerpo, si es que no ha muerto o está en el hospital. Es el anfitrión.

—Te va a reconocer.

—Me reconocería, pero voy a ir disfrazado.

—¿Cómo?

Llamaron a la puerta. Diana abrió y dejó pasar al botones, que depositó la bandeja de Coca-Colas en la mesa y aceptó la propina de Diana.

—¿Cómo vas a disfrazarte? —insistió Mavranos cuando el botones salió de la habitación.

Crane sonrió con preocupación y meneó la cabeza.

—No lo sé. ¿Me afeito la cabeza? ¿Me pongo gafas? ¿Me pinto de negro la cara y las manos?

—No creo que cuele —apuntó Diana.

—Puedes ir con maquillaje de payaso —dijo Nardie—. En el Circus Circus te pintan gratis.

—O con un traje de gorila —aportó Mavranos—. Seguro que los alquilan en alguna tienda.

—«Todos participaron con sus sugerencias —citó Crane con una sonrisa forzada—. Sus inestimables sugerencias.»

—Eso es de Lewis Carroll —dijo Nardie.

Crane la miró y su sonrisa se volvió sincera.

—Exacto. —Diana y ella le habían explicado ya la conexión que tenía Nardie con todo aquello, pero era la primera vez que Crane se fijaba en ella: en el precioso pelo negro, en el rostro de porcelana—. Ese poema me encanta. «Y no se marchó despacio, con la…»

—De mujer —interrumpió Diana sin rodeos.

—¡De mujer! —Mavranos alzó la cerveza en gesto de brindis.

—¿Qué? —Crane la miró con el ceño fruncido.

—Ve de mujer. Es el único disfraz que puede funcionar.

Crane soltó una carcajada… Pero Mavranos y Nardie arquearon las cejas como si estuvieran sopesando la idea.

—No —se apresuró a decir—. Ya será todo bastante complicado de por sí para que me presente disfrazado de drag queen. Me raparé la cabeza y me pondré unas gafas; con eso…

—No —lo interrumpió Nardie, pensativa—. Tienes una cara muy reconocible. Yo te he visto pocas veces y sabría que eres tú aun sin pelo ni gafas. Lo del travestido no es mala idea. Mucho maquillaje, carmín, una peluca llamativa…

—Me pone hasta a mí —dijo Mavranos.

—No daría resultado —replicó Crane en tono inapelable—. Y mi voz ¿qué? —Y añadió, con voz de falsete—: ¿Quieres que hable así?

—No, habla normal —dijo Diana—. Pensarán que eres un travesti descarado.

—A un travesti nadie lo mira mal —convino Mavranos—. Y si alguien te mira mucho, guíñale el ojo.

De repente, el terror ante aquella sugerencia fue muy superior al miedo a fracasar, al temor de ver morir a Diana, de perder el cuerpo el Sábado Santo cuando su padre asumiera los que había ganado en las partidas de 1969.

«Eso no sucederá —se dijo—. Ni te preocupes.»

—¿Y si es la única manera? —preguntó Nardie con suavidad, poniéndole una mano en el hombro—. ¿Recuerdas a sir Lancelot? —Crane negó con la cabeza, testarudo, así que ella siguió—: Iba a caballo a rescatar a la reina Ginebra y de camino tuvo que montar en un carro. En aquellos tiempos, ir en carro era la vergüenza máxima. A los criminales los llevaban en carro por las calles para que la gente los abucheara y les tirara cosas, ¿entiendes? Lancelot dudó un instante antes de subirse y, cuando hubo rescatado a la reina, esta se negó a hablarle por ese momento de duda, porque durante un segundo había antepuesto su dignidad personal a su deber para con ella. Y Lancelot reconoció que tenía razón.

—Dios mío. —Crane contempló las cartas.

«Sería el mejor disfraz —reconoció para sus adentros—. ¿Y a ti qué más te da si un puñado de desconocidos… y tu padre… te toman por un travesti? No sabrán quién eres. ¿Y la vida de Diana vale menos que tu maltrecha dignidad? ¿Qué dignidad? ¿La de un pobre diablo que solo lleva seis días sin emborracharse? Seis días tirando del carro, y solo tendrías que montarte en él tres días…»

Miró a Diana, que no apartó los ojos.

—Que conste en acta que no he dudado más que Lancelot —dijo con voz grave. Se volvió a Dinh—. ¿Ginebra llegó a perdonarlo?

—Eso es de Chrétien de Troyes, ¿no? —preguntó Mavranos. Dinh se quedó desconcertada ante la horrenda pronunciación de Mavranos, pero al final cayó en la cuenta y asintió—. Sí, al final sí —contestó Mavranos a Crane.

—¿Habéis oído, mi señora? —le dijo Crane a Diana.

Como si quisiera castigarlos, se sacó del bolsillo la caja de madera de su padre, la abrió y, con mano temblorosa, esparció la baraja Lombardía Cero sobre la colcha.

—¡Ah! —exclamó Nardie con un suspiro; de pronto sonaba triste y dolida.

Crane tenía la vista fija en las imágenes malsanas, antiguas, que tan espantoso efecto surtían, pero vio por el rabillo del ojo que Mavranos se levantaba y que Diana se acercaba a él. De pronto se arrepintió y quiso guardar las cartas.

—No —susurró Diana. Le agarró la mano con fuerza—. Tengo que… tengo que conocerlas.

—Ya está hecho —bufó Mavranos—. Media dosis no sirve de nada.

Se inclinó y extendió mejor las cartas con dedos firmes y callosos.

El Loco, los Amantes, la Luna, la Estrella, el Emperador y la Emperatriz… Todos los miraron a los cuatro. Crane se dio cuenta de que tenía cogida a Diana con una mano y con la otra a Mavranos. Mavranos también se agarraba a Nardie.

Las cartas de la cama no se movieron ni cambiaron, pero en la mente de Crane los dibujos ondearon como las escamas de una serpiente de cascabel al desenroscarse. El sol entraba con fuerza por la ventana, pero él cayó por el pozo del fondo de la mente, al estanque subterráneo al que daban todos los pozos.

No habría sabido decir cuánto tiempo pasó antes de que regresara flotando a la conciencia.

Se vio concentrado en la carta del Mundo, una figura hermafrodita que aparecía bailando dentro de una guirnalda ovalada con extremos puntiagudos.

«Voy a tener que ser hombre y mujer», pensó, confuso.

Descubrió que era capaz de sentir las mentes de sus compañeros: la apariencia despreocupada de Mavranos, que ocultaba un miedo aterrador; la preocupación de Diana por sus hijos y el amor reprimido que albergaba hacia Crane; la desesperación orgullosa de Nardie… Y supo que ellos también tenían acceso a sus sentimientos.

Por fin les soltó las manos y recogió las cartas, que parecían estar alerta.

—Voy a organizarlas —dijo, incómodo—. Mientras tanto, ¿por qué no vais abajo y me compráis ropa y esas cosas?

Diana se separó de la cama.

—Me parece que tienes la talla L.

Crane no consiguió olvidar el peso del maquillaje, los polvos y el colorete, ni el de la laca que le domaba las cejas, en ningún momento del trayecto en taxi hasta el lago Mead. Fue humillante poner voz de falsete para darle la dirección al taxista. Humillante e inútil: el conductor arrancó sin miramientos y se pasó unos minutos mascullando groserías hasta que cayó en un silencio ofendido.

Durante la media hora de viaje intentó leer el libro que le había dado Dinh a modo de complemento del disfraz: *Póquer para mujeres*, de Mike Caro. Los consejos que daba le parecieron sensatos, pero no había ningún capítulo dedicado a la asunción, claro.

En el bolso blanco de charol, llevaba la baraja Lombardía Cero, como una pistola cargada y sin seguro.

Cuando el coche se detuvo al fin en el aparcamiento del puerto deportivo, Crane miró el reloj nuevo de oro con correa de eslabones. No eran más que las cuatro y media. Tenía la esperanza de que Leon los dejara subir a bordo con antelación, porque no le apetecía dar

vueltas por allí. Podría esperar en un bar, pero se estremeció solo de pensar que alguien intentaba ligar con él.

—Cincuenta dólares, bonita —dijo el taxista.

Crane le pagó sin decir palabra y salió.

Pasó junto al supermercado y la tienda de cebos de camino a los muelles, reprimiendo el impulso de abrir los brazos para mantener el equilibrio. Caminar con tacones por el asfalto irregular era como intentar andar con patines de hielo. Le corrían gotas de sudor bajo el vestido de algodón, de puro pánico escénico. Al principio, Diana y Nardie le habían comprado un vestido de lino, pero no había podido ponérselo porque Diana lo había tocado y lo había dejado lleno de marcas negras.

El gran barco blanco estaba atracado en el mismo sitio que hacía veintiún años. Crane se quedó mirándolo y lanzó un suspiro.

«Y así se cierra el círculo —pensó—. Vuelta a empezar, el ciclo se repite: el perro regresa a su vómito y el criminal, a la escena del crimen.»

Tenía las manos heladas; abrió y cerró los puños para entrar en calor y respiró hondo.

Tres pescadores viejos y entrecanos, cargados con cajas de jarcias y cañas de pescar, pasaron cerca de él y le lanzaron miradas.

—¡Mira, Joey, si es tu novia! —murmuró uno.

—¿Qué pasa, Ed? —dijo otro—. ¿Ya no saludas a tu mamá?

Crane oyó que reprimían la risa y apretó el paso con torpeza, rojo como un tomate bajo el maquillaje.

Había una camioneta El Camino blanca aparcada junto al amarre, y dos jóvenes descargaban cajas de licores y refrescos. Crane se acercó; no le sorprendió descubrir que habían borrado el artículo y la «C» del modelo.

«Por lo visto, los Aminoácidos tienen un nuevo rey al que servir», pensó.

Uno de los jóvenes alzó la vista y lo vio.

—Joooder —dijo casi con respeto—. ¿Querías algo, nena?

—Vengo a jugar al póquer —contestó Crane, fingiendo acento de Brooklyn (siempre se le había dado bien), y le mostró el libro de Caro.

—De eso se trata —convino el chico—. Llegas pronto. Solo han subido a bordo otros seis. Pasa por el detector.

Crane se fijó en las dos columnas de plástico que se alzaban en el muelle.

—¿Es un detector de metales?

—Exacto.

«Vaya —pensó Crane—. No he venido a ganar tanta pasta para que quieran robármela, y no puedo permitir que me registren el bolso y encuentren la baraja Lombardía Cero.»

Abrió el bolso y, con mucho cuidado, sacó el revólver del 357 por el cañón y se lo tendió al joven.

—Entonces esto hará saltar la alarma.

—La leche. Vaya si la hará saltar. —El aminoácido le cogió el revólver—. ¿Para qué la llevas, si se puede saber?

—Por seguridad —dijo Crane—. En esta zona nunca se es lo bastante precavida.

—Bueno, te la devolveremos al desembarcar. Y si vuelves mañana, déjatela en casa.

Crane pasó por el detector de metales sin activar la alarma. Se encaminó al borde del muelle, se agarró a la barandilla del barco (la visión de las uñas pintadas de rojo le hizo apretar los dientes) y se las apañó para subir a la cubierta.

Oyó pisadas a la derecha y, al volverse, se encontró de frente con su anfitrión, en la puerta de la sala. Los dos contuvieron una mueca.

Georges Leon seguía en el cuerpo que Crane había derribado aquella mañana. Llevaba una gruesa venda blanca sobre la ceja izquierda, lo que daba al traste con la perfección del pelo engominado, y el ojo era una rendija brillante entre los párpados hinchados y ennegrecidos. Se cubría el cuerpo esbelto y musculoso con un traje blanco a medida y seguía con el disco solar sobre el pecho. Crane se imaginó lo rabioso que debía de estar por la herida, que estropeaba la elegancia del conjunto.

También se imaginó qué debía de pensar sobre la recién llegada. Al terminar Diana y Nardie su trabajo, Crane se había enfrentado al espejo con decisión. Sabía que el vestido, el maquillaje y el sujetador con relleno de calcetines constituían un buen disfraz, pero desde luego no lo hacían pasar por mujer.

—Soy Art Hanari —dijo su anfitrión. Tenía una hermosa voz de barítono.

Crane cayó en la cuenta de que no se había pensado ningún nombre.

—Yo, Dicotomía Jones —improvisó. Leon asintió, aunque no parecía contento.

—¿Ha venido a jugar?

—¡Sí, señor! A un juego que se llama asunción, tengo entendido.

—Sí. —A Leon le asqueaba el espectáculo que ofrecía Crane; era obvio por cómo fruncía el labio superior—. Es como un póquer de ocho cartas…

—Ya me han explicado las reglas —lo interrumpió—. Estoy lista.

—Pues vaya a sentarse. Tome algo si quiere. Enseguida habrá un bufé. Zarparemos en cuanto tengamos trece jugadores.

Crane pidió una tónica con lima al joven encargado del bar, sin duda otro aminoácido, y fue a sentarse en un rincón, lejos de la gran

mesa redonda.

Ya allí, sobrio y todo lo preparado que podía estar, se sentía relajado, casi satisfecho. Cuando le tocara repartir, tendría que ser muy hábil para dar el cambiazo y para hacer trampas a la hora de barajar y anular el corte, y encima las cartas eran más grandes de lo normal, pero Ozzie le había enseñado aquellos trucos cuando no tenía ni diez años, y estaba seguro de que no había perdido agilidad en los dedos. Ozzie jamás quiso que hiciera trampas, pero creía que era un conocimiento necesario para un buen jugador de póquer.

Los otros seis presentes eran más jóvenes que él: un par de ejecutivos trajeados de fuera de la ciudad, otros dos hombres con vaqueros que tal vez fuesen jugadores profesionales y dos mujeres jóvenes que ocupaban el sofá y se entretenían viendo la televisión que colgaba sobre la barra del bar. ¿Qué pensarían sobre aquel travesti maltrecho? ¿Qué dirían si supieran que estaba allí, entre otras cosas, para salvarles la vida?

Abrió el libro de Caro y se puso a leer, distraído, sobre el póquer cubierto.

CUARENTA Y SEIS
Ya somos trece

Durante la hora siguiente llegaron varias personas de una en una, y de golpe entraron cuatro juntas, murmurando y arrastrando los pies. Crane levantó la vista y reconoció al único recién llegado que no era joven. Habían pasado dos décadas, pero no había cambiado tanto. Se llamaba… Newt, sí; era el hombre con el que Ozzie y él habían jugado al póquer de cinco cartas en el Mint en 1969, el que había recogido a Crane en el Horseshoe y lo había llevado hasta allí en aquella espantosa velada. Por lo visto, era una especie de agente de Leon.

Luego entró el propio Leon y el motor rugió.

—Ya somos trece —anunció; se sentó a la mesa y, con gesto reverente, depositó encima una caja de madera—. Vamos a jugar a las cartas.

El barco se sacudió al zarpar hacia las aguas bañadas por el crepúsculo.

Por cómo había preparado la Lombardía Cero, Crane tenía que sentarse a la derecha de Leon, y se adelantó por un segundo a una mujer que iba a ocupar el sitio. Leon le lanzó una mirada gélida, pero no puso objeciones.

—La apuesta obligatoria son cien dólares —explicó—. Luego doscientos por apuesta, y después viene el emparejamiento, que es cuando podéis pujar por una mano o vender la vuestra. A continuación hay otra ronda de apuestas, también de doscientos dólares.

«Las mismas apuestas que hace veintiún años —pensó Crane; sacó el fajo de billetes del bolso, cogió uno de cien y lo puso en el centro de la mesa—. Con una entrada demencial, para que hagas la inversión antes de ver siquiera la primera carta, pero luego nada de incrementos bruscos, así la gente no se asusta.»

Su padre abrió la caja de madera y extendió las cartas de tarot sobre el tablero verde.

Volvieron a provocarle un aullido en la mente, pero fue capaz de mirarlas sin dar un respingo, como si le hubieran roto tantas veces la identidad que esta se le hubiera acabado adaptando a ellas. El Ahorcado, la Muerte y el dos de bastos lo miraban de igual a igual.

Los otros jugadores no tenían tanta suerte. Uno de los ejecutivos encorbatados apuró la copa de golpe y se persignó; las dos jóvenes se atragantaron; ninguno parecía contento. Un hombre se echó a llorar en silencio, pero nadie comentó nada al respecto.

Algunos tenían cigarrillos encendidos en los ceniceros, y el humo convergía y se arremolinaba en el centro de la mesa.

Leon separó los veintidós arcanos mayores y los dejó a un lado. Volteó las cartas restantes, barajó siete veces con rapidez y empezó a repartir dos bocabajo a cada jugador.

Crane tuvo que esperar doce manos hasta que le llegó el turno de repartir. No compró ninguna, pero se las arregló para vender la suya en cinco ocasiones y salir ganando; para cuando le tocó repartir, tenía unos cientos de dólares más que al empezar. Varios jugadores preferían pasar, ver o retirarse sin tener que pasar por el suplicio de mirar las cartas.

Por fin, empujaron la baraja hacia él.

—¿Qué hora es? —preguntó con urgencia.

Mientras miraban el reloj o estiraban el cuello en busca de uno de pared, deslizó la baraja hacia el bolso y sacó la que llevaba preparada, tapándose con la otra mano.

—Las ocho y algo —respondió el camarero aminoácido desde el otro extremo de la estancia.

—Gracias. Tengo más suerte a partir de las ocho.

Cortó la baraja y juntó las dos mitades, de modo que las esquinas de las cartas quedaran intercaladas, y luego arrastró la una contra la otra, como si separase dos peines enganchados por las púas. Repitió la operación varias veces y, en cada una, pareció que barajara a conciencia, pero conservó las cartas en el mismo orden.

Por último, pasó la baraja al hombre de la derecha para que cortara. Este levantó la mitad superior y la puso a un lado. Cuando Crane juntó las dos mitades, dejó una carta sobresaliente entre ambas: la «terraza infinitesimal» de Scarne; así, al coger la baraja, podría deshacer el corte con la palma y la base de los dedos.

Había barajado y cortado, pero las cartas estaban en el mismo orden que cuando las había sacado del bolso.

Estaba tan absorto en el juego que se había olvidado del disfraz. Deslizó las cartas por el tablero verde: dos bocabajo y una bocarriba.

El as de copas a la izquierda de Leon abrió la apuesta de doscientos dólares, y todos fueron. La segunda carta bocarriba dio pareja de dieces a una mujer, que apostó doscientos dólares, y de nuevo la mesa entera optó por ir. Tal como Crane había anticipado, se quedaron todos para el emparejamiento.

Se había repartido a sí mismo la mitad de la mano que había comprado el doctor Meados aquella mañana, el diez y el ocho de espadas bocabajo, y el siete y el nueve del mismo palo bocarriba. La otra mitad estaba en la mano de Leon, que mostraba el seis y el ocho de copas. Leon estaba a la izquierda de Crane, así que su mano fue la primera que se presentó para puja.

—Aquí tenemos el seis y el ocho de copas —dijo Scott en tono alegre—. Ha puesto quinientos en el bote.

Necesitaba que al menos un jugador se quedara colgado en el emparejamiento, y el que Crane había elegido, que mostraba un nueve de copas y un dos de bastos, pujó quinientos cincuenta dólares por la mano de Leon. Crane sabía que tenía el dos y el siete de oros bocabajo, así que buscaba la escalera.

Leon negó con la cabeza.

—Seiscientos —ofreció Crane.

Leon se encogió de hombros y aceptó. Crane miró al otro pujador por si lo superaba, pero hizo un ademán de derrota.

Leon volteó las cartas que tenía bocabajo y empujó las cuatro hacia Crane; este se las apropió con mano firme, extrajo seis billetes de cien dólares del fajo y los puso frente a Leon, en el hueco que habían dejado las cartas.

Crane tenía ya la mano completa que había comprado el doctor Meados en el aparcamiento de la licorería: color al rey. Si los demás jugadores actuaban como había previsto, se llevaría la mano y Leon podría pedir la asunción.

Uno de los encorbatados compró la mano que había abierto las apuestas, con el as y el rey visibles; como sabía Crane, así completaba la escalera al as. Tal como había previsto también, la siguiente mano comprada dejó a una mujer con trío de cuatros.

Pero el siguiente jugador, que tenía que vender la mano del tres de copas y el seis de oros a otro que mostraba el nueve y el cinco de oros para darle color al nueve, rechazó la puja.

Crane miró al hombre del nueve y el cinco.

«Ofrece más —pensó, como si tratara de transmitir una orden telepática—. Tienes cuatro oros, y él, uno bocarriba. Vas para color, imbécil, ¡compra!»

Pero el jugador meneó la cabeza. Nadie más pujó por la mano y se pasó a subastar la siguiente.

La secuencia que con tanto cuidado había construido Crane se había ido al garete.

Apoyó la espalda en la silla y se apretó el costado. ¿Qué pasaría si la sangre le traspasaba la venda y le manchaba el vestido? Ya no tenía el control de la situación, así que intentó recordar las cartas que había dado a cada uno para adivinar cómo podía acabar la mano. Su color al rey aún tenía opciones; había tenido buen cuidado de repartir cartas en apariencia buenas, pero no ganadoras.

Sin embargo, cuando salió a subasta la novena mano, que contenía un seis y un cuatro bocarriba, la compró el que no había querido vender el tres y el seis.

«Idiota con suerte —pensó Crane con amargura mientras las cartas y

el dinero cambiaban de manos—. Has pagado por una escalera baja, pero yo sé que te llevas un full de treses y seises. No tengo nada que hacer. Ni siquiera puedo ir de farol porque no tengo ni una pareja a la vista. Es obvio que no puedo llevar nada mejor que color.»

La sexta mano quedó emparejada y concebida, y se abrieron las apuestas. Cuando le llegó a Crane el turno de hablar, esbozó una sonrisa forzada y puso las cartas bocabajo.

—No voy —dijo.

El humo de los cigarrillos flotaba en capas bajo el techo panelado. Crane y Leon estaban fuera de la mano.

A Crane ya solo le quedaba jugar a cambio de dinero y, por supuesto, no comprar nunca ninguna mano de Leon.

En dos ocasiones tuvo que presenciar como Leon se convertía en progenitor de una mano ganadora, igualaba el bote y perdía la asunción. Las dos sonrió bajo las vendas mientras pasaba los dedos por el mazo de cartas, pero no perdió la sonrisa al no encontrar el dos marcado. Debía de pensar que alguien había estirado la carta. De todos modos sacó la carta más baja.

—Te llevas el dinero de la mano —dijo en las dos ocasiones al jugador que se hacía alegremente con el gigantesco bote—, y yo la he comprado. La he asumido.

Ambos jugadores pusieron cara de asombro ante la frase ritual, pero asintieron. Ninguno pareció advertir la intensa satisfacción de Leon.

El barco volvió a atracar cuando ya clareaba tras las montañas escarpadas. Los doce invitados salieron a cubierta, frotándose los ojos y respirando el aire fresco de la mañana mientras los aminoácidos amarraban.

Como ya eran todos camaradas veteranos de una larga noche de juego, varios trataron de entablar conversación con Crane, que se había detenido junto a la borda. Pero él ya estaba pensando en cómo preparar la baraja del bolso para la partida de la noche, y se fueron en busca de alguien menos taciturno.

Un par de jugadores optaron por alojarse en el Lakeview Lodge y Crane volvió a la ciudad en el Cadillac de Newt. Un jugador se quedó dormido en el asiento trasero y no hubo mucha conversación durante el trayecto.

Al abrir la puerta de la habitación, lo recibió el frescor del aire acondicionado. La puerta que conectaba las habitaciones estaba abierta y Crane vio a Diana sentada en una cama. Tenía la mantita amarilla descolorida extendida sobre la almohada, como si hubiera dormitado encima.

—¿Ya te has levantado? —preguntó él—. ¿O no te has acostado aún?

—Lo primero. Ayer cenamos temprano y caímos redondos, así que a

las cuatro de la mañana teníamos los ojos abiertos.

Crane se quitó la peluca y la tiró sobre una silla.

—¿Dónde están los niños?

—En el Caesars, ahí enfrente, buscando la cura para el cáncer en las apuestas deportivas.

Diana se levantó y se desperezó. Pese al agotamiento, Crane no pudo evitar fijarse en los vaqueros ajustados y en cómo se le tensaba la camiseta blanca contra los pechos.

—No se la has vendido, ¿verdad?

—No. —Crane se libró de los tacones con sendas patadas y entró en el baño—. Un jugador ha comprado la mano que no debía —gritó—. Ahora tengo que pensarme otras trece manos para esta noche y asegurarme de que se encadenen bien. —Se enjabonó y se enjuagó la cara, pero al secarse dejó la toalla llena de manchas pardas—. ¿Cómo demonios os quitáis esta mierda?

Diana dejó escapar una risita y entró en el baño.

—Con leche limpiadora —le explicó—. Mira.

Desenroscó la tapa de un bote de plástico y le masajeó la cara con una crema fría, resbaladiza. Crane cerró los ojos y a los pocos segundos le puso las manos en la cintura, como si quisiera mantener el equilibrio. Diana no se inmutó ni dijo nada; siguió pasándole los dedos por el rostro.

—Tienes que afeitarte —le dijo mientras cogía la toalla y le frotaba la frente, la nariz y la barbilla—. Seguro que eras igualito que… ¿Cómo se llamaba…? Rosa Klebb, la de *Desde Rusia con amor*. «La puta más vieja y fea del mundo.»

—Lo que me hacía falta oír ahora mismo, sí, señor —dijo Crane, asintiendo.

Aún tenía las manos en la cintura de Diana y, sin precipitarse, se inclinó y la besó en la boca. Ella abrió los labios y, justo antes de que se apartara, Crane saboreó el rastro de colutorio mentolado que tenía en la lengua.

—Lo siento —dijo mientras bajaba las manos, temblorosas—. No debería haber…

—Cállate —lo interrumpió Diana, cogiéndole la mano izquierda entre las suyas—. Ayer estuvimos todos en la mente de todos: sé que sabes lo que siento. Te… te quiero. Pero ahí hay una cama, y la puerta tiene cerrojo, y no nos detendríamos en un beso, ¿verdad?

Crane sonrió, desolado.

—Claro que sí; tú confía en mí.

—El sábado, cuando haya terminado todo, si ganamos, iremos a una capilla de la ciudad de esas alocadas y nos casaremos. Ya verás cuando Nardie te cuente las historias de la gente a la que lleva a esos sitios. —De pronto se quedó mirándolo con espanto—. ¡Dios mío! Eso

si quieres casarte conmigo, claro.

Él le apretó la mano.

—Tú también estuviste en mi mente. Sabes que sí. —Seguía muerto de agotamiento, pero al mismo tiempo emocionado y avergonzado. Le soltó la mano y se dio la vuelta—. ¿Me bajas la cremallera?

Oyó como se la bajaba.

—Nada de truquitos, ¿eh? —dijo Diana.

Crane se volvió de nuevo hacia ella.

—Voy a ser bueno. Oye, menos mal que queremos casarnos. Dudo mucho que ganáramos, si no.

—El rey y la reina deben casarse y tener hijitos —convino Diana. Le pasó una mano por el pelo—. No te lo estás tiñendo, ¿verdad?

—Qué va. Me están desapareciendo las canas. —La besó en la frente—. Y tú ya no tienes esa cicatriz. Contamos con las bendiciones de los reyes anteriores, los asesinados. ¿Cuánto más vamos a rejuvenecer?

—No más allá de la pubertad, espero. —Le guiñó un ojo y salió del baño—. Dúchate, tienes que dormir aunque sea un rato —le dijo desde fuera—. ¿Cuándo quieres que te despierte?

«¿Despertar? Nunca.»

—No sé, a las dos.

—Vale.

Oyó como se cerraba la puerta entre las habitaciones y empezó a desnudarse, con la mente bulléndole de miedo y alegría.

En la penumbra de la inmensa sala, Mavranos dio unas palmaditas en un pecho a Cleopatra.

El cuerpo tallado y pintado que acababa de tocar era el mascarón de proa de la barcaza mecánica que se mecía junto a los peldaños del Cleopatra’s Barge, un bar del Caesars Palace.

—Claro —les dijo a Diana y a Dinh con una sonrisa cansada—. Adelantaos e id perdiendo unas cuantas fichas. Tengo que poner remedio a mi déficit de cerveza. No me quedo solo, estoy con Cleo.

Diana cogió a Nardie por el codo y se alejaron juntas por el pasillo alfombrado, hacia la zona de juego. Llevaba la mantita doblada en el bolso, que oscilaba entre ellas.

—Deduzco que no le ha vendido la mano del viejo al rey —comentó Nardie con tirantez— y que planeáis casaros el sábado.

Diana la miró, intentando ocultar la sorpresa.

—Has acertado en todo. ¿Te parece bien?

—Lo de fallar con el rey, no, no me parece bien. No me gustaría haber apostado a caballo perdedor. Mi hermanastro es un candidato muy aceptable, ¿sabes? Podría habérmela jugado con él. En cuanto a lo de que os caséis, no es asunto mío.

—Es asunto tuyo si estás con nosotros —replicó Diana—. Sé que la semana pasada intentaste seducir a Scott.

—¿Que intenté seducirlo? —Nardie torció el gesto como si estuviera a punto de escupir—. Hui de él, le dije que se pegara un tiro. —Se liberó del brazo de Diana—. No os necesito, ¿te enteras? Aún puedo competir. Solo porque…

—¿Sientes tentaciones de volver con él? ¿Con tu hermano?

Nardie apretó los dientes y cogió aire… Pero dejó caer los hombros y se limitó a suspirar.

—Joder, sí. Si estuviera con él, no tendría que pasarme todo el rato alerta, pensando. Cada vez que oigo sonar un teléfono público, pienso que puede ser él y me entran ganas de cogerlo. ¿No te pasaría lo mismo a ti?

Desfilaban entre las hileras estrepitosas de las tragaperras. Detrás, en altares de piedra, había jóvenes ataviados con armadura, casco y faldar de soldado romano, inmóviles como estatuas, y Julio César y Cleopatra paseaban entre la multitud para dar la bienvenida a todos al Caesars Palace y animarlos a pasarlo bien. El caos de luces y fogonazos aparecía enmarcado entre columnas dóricas, mármoles y cortinajes morados. ¿Qué habría pensado de aquello un auténtico romano que viajara en el tiempo y acabara allí?

—Arky debería haber venido con nosotras —dijo Nardie. Le dio un codazo a Diana y le agarró la correa del bolso—. Cleopatra va a recibirnos en audiencia.

Así era. La mujer de la falda blanca con cinturón de oro y tocado de Nefertiti se dirigía hacia ellas por la moqueta estampada.

—Vendrá a preguntarnos que por qué no jugamos —dijo Diana.

Las dos tenían la mano en el bolso, en la mantita de bebé, y la notaron cálida, casi caliente.

En aquel momento, Diana sintió que algo se transformaba a su alrededor y en las profundidades de su mente.

Casi todas las luces se apagaron de golpe; cesaron las risas y el sonido de campanas, y el suelo se inclinó. Diana contuvo una exclamación, dio un paso atrás para recuperar el equilibrio y se encontró sobre hierba mullida.

La brisa fresca olía a árboles y a mar en vez de a billetes y a zapatos nuevos, y la mujer que caminaba hacia ellas era más alta, de una altura incalculable, y llevaba una corona rematada por una luna creciente de plata sobre la frente pálida. Los ojos le brillaban a la luz cambiante.

Nardie seguía de pie junto a Diana y le agarraba la mano con fuerza; pero, cuando la diosa se acercó, le soltó la mano y corrió a refugiarse en las sombras, bajo los árboles iluminados por la luna.

Diana entrecerró los ojos para mantener enfocada a la mujer, que estaba cada vez más cerca. El rostro frío de belleza inhumana se hallaba ya sobre ella y parecía parte del cielo nocturno. A lo lejos se

oía aullar a los perros, o quizá a los lobos, y las olas se estrellaban contra las rocas. La espuma salada le roció los labios entreabiertos.

De pronto sintió frío en las rodillas y se dio cuenta de que se había prosternado en la hierba mojada.

La diosa habló con una voz que fue música, literalmente, como notas arrancadas a cuerdas inorgánicas, como una campanilla de plata.

—*Esta es mi hija* —dijo la voz—. *Mi bienamada.*

Pero entonces oyó el golpeteo rápido de una tragaperras que escupía monedas y, durante un instante, fue el sonido de los casquillos que saltaban de una semiautomática y daban en la acera mientras se deslizaba el guardamanos, al tiempo que una mujer se desplomaba con tres agujeros en la cabeza. Diana, frenética, se arrastró por el césped mojado, hacia los árboles entre cuyas sombras se había escondido Dinh.

«Es mi muerte —pensó Diana—. Me están invitando a morir.»

—*A veces hay que arriesgarse a la muerte para salvar a un hijo* —dijo la diosa a su espalda.

Diana se detuvo, mirando aún a los árboles, y pensó en la noche en que su madre había muerto asesinada, en cómo ella había sobrevivido para que Ozzie y Scott la encontraran.

Y volvió a pensar en Oliver y en Scat.

Hizo un esfuerzo por respirar hondo y dejar de jadear.

—¿Eso hiciste? —preguntó en voz baja—. ¿Podrías haber sobrevivido si no te hubieras parado a dejarme en un lugar seguro, donde me encontrarían unos desconocidos?

No obtuvo respuesta. Diana se dio la vuelta, aún de rodillas, y alzó la vista.

Estaba temblando, pero no apartó la mirada de los ojos de la diosa.

—*Levántate, hija* —dijo la voz—. *Recibe mi bendición.*

Diana se puso en pie pese al viento que soplaba de la costa, cada vez más fuerte. Pasaron volando unos búhos.

—Mi amiga… —se atrevió a decir—. ¿Puedes bendecir también a mi amiga, madre?

—*No veo a amiga alguna.*

Diana apartó la mirada del rostro que se cernía sobre ella y se volvió a contemplar las sombras ondulantes de los árboles.

—Sal, Nardie —llamó.

—Voy a morir.

—No a corto plazo —dijo Diana con una sonrisa cansada.

—No voy… —sollozó Nardie entre las sombras—. ¡No voy vestida para esto!

—No hay vestido para esto. Te lo pasará por alto. Sal… si no estás demasiado asustada. Si lo estás, lo comprenderé.

Nardie salió titubeante a la hierba iluminada por la luna y, con esfuerzo visible, se acercó a Diana.

—Tengo mucho miedo, pero más miedo me da qué sería de mí si no hiciera esto. —Respiró hondo sin levantar la vista del suelo—. ¿Entendido?

—Mira arriba —indicó Diana.

Nardie obedeció y, justo antes de que alzara la vista hacia aquella mirada inhumana, Diana vio que se le iluminaba el rostro con la luz reflejada.

—Sé una amiga sincera para mi hija, Bernardette Dinh.

—Lo seré —susurró Nardie.

En aquel momento tomó forma una idea: un baño, una purificación o un bautismo; y en la mente de Diana apareció la imagen clara de un vasto lago tras una presa gigantesca.

El rostro se inclinó más y sopló sobre ellas, y aquella brisa cálida las levantó del suelo. La isla oscura desapareció y viajaron por amplias estancias doradas cuyas columnas retumbaban con los acordes graves, inhumanos, de un coro triunfal, como si el mar y todas las montañas del mundo tuvieran voz y se hubieran unido en un canto más antiguo que la humanidad.

Y a las dos las reconocieron y las saludaron desde lejos.

De pronto ascendían por la oscuridad, y el único punto fijo al que Diana pudo asirse fue la mano de Nardie. Unas luces parpadearon a lo lejos y cobró fuerza un murmullo entrecortado.

El humo de los cigarrillos le hizo cosquillas en la nariz… y, un momento más tarde, se le llenaron los oídos con el sonido de las voces humanas y el tintineo de las fichas, y recuperó la visión del entorno.

Nardie y ella estaban sentadas en sendos taburetes, en otro bar oscuro del Caesars Palace. Se soltaron las manos y se miraron asombradas.

—¿Qué tal van, señoritas? —preguntó el camarero.

Diana cogió el vaso que tenía delante y olfateó el dedo de líquido transparente que le quedaba. No olía a nada. Carraspeó.

—Esto… ¿Qué estamos tomando?

El camarero no puso los ojos en blanco, pero le faltó poco.

—Tónica.

—Eso, pues otra ronda, por favor.

Aún tenía el corazón desbocado y no veía nada por el rabillo del ojo. Tuvo que volver la cabeza para mirar a Nardie. Los restos del cenicero no se movían, pero a Diana le parecía sentir aún en el pelo el viento cálido del aliento de su madre.

Nardie estaba agarrada a la barra.

—¿Crees que vamos a seguir aquí? —susurró.

—Sí —respondió Diana—. Me parece que ya hemos aterrizado.

Sin más explicación, una tortuga con el caparazón del tamaño de un plato llano echó a andar hacia ellas por la barra, empujando los vasos a su paso con las patas curtidas, regordetas.

Llevaba en la boca picuda una ficha de póquer. Tal vez por efecto de la luz artificial, tanto el caparazón como la piel de la tortuga parecían de oro. Y daba la sensación de que resultaba invisible para el resto.

Diana hizo un esfuerzo por no cerrar los ojos.

—Esto… Una tortuga —dijo con voz átona—. Detrás de ti.

Nardie apretó los labios, asintió y, con un suspiro, se volvió.

La tortuga estaba ya junto a su vaso: bajó la cabeza, abrió la boca y dejó caer la ficha en la superficie brillante de la barra. Nardie extendió la mano muy despacio y cogió la ficha; la tortuga inclinó la cabeza de nuevo y… se esfumó.

Las dos se sobresaltaron ante esa desaparición tan brusca y silenciosa, y el camarero, que se había acercado con los vasos llenos, derramó un poco de tónica.

—¿Qué pasa? —preguntó, irritado, mirando alrededor.

—Nada, perdone —dijo Nardie.

Cuando el camarero se dio media vuelta sacudiendo la cabeza, Nardie abrió la palma y le mostró la ficha a Diana.

En el centro del disco se veía una cara sonriente de arlequín, semejante a la del joker de las cartas. En el borde decía: MOULIN ROUGE, LAS VEGAS.

—¿Eso no estaba en París? —preguntó Nardie.

—Aquí había un casino que se llamaba así —dijo Diana, y cogió el vaso—. Creo que se quemó en los años sesenta. Fue el primero donde dejaron entrar a los negros. Fíjate en el traje del arlequín, a rombos blancos y negros.

—«Ébano y marfil» —canturreó Nardie con un hilo de voz—. Entendido. —Las manos le temblaban tanto que el borde del vaso le chocó contra los dientes—. ¿Sabes quién era la tortuga?

—La tortuga D'Artagnan. No. Me rindo.

—Bueno, yo tampoco, pero nací en Hanói, ¿sabes? Y en el centro de la ciudad hay un lago, donde está el edificio de correos: el lago de la Espada Restituida. Se dice que, en el siglo XV, un tal Le Loi iba en barca por el lago y una tortuga dorada nadó hasta él y le arrebató una espada que le habían dado para expulsar a los invasores chinos. Oiga, perdone —dijo en voz más alta.

El camarero volvió a acercarse a ellas.

—Dígame, señorita.

—¿Pueden hacerme una hamburguesa? Frita, poco hecha.

—Claro, como quiera. ¿Con todo?

—Con lo que les dé la gana. Y una… una Budweiser, por favor. —Se

volvió hacia Diana—. Ya vuelvo a notar el aire acondicionado y veo por el rabillo del ojo.

Diana desplazó la vista por el bar y se estremeció.

—Y yo. Eso quiere decir que hemos vuelto del todo.

También captaba el olor de la tónica.

—Pero, cuando aún estábamos en el viaje, la tortuga me ha dado esto. —Nardie se pasó la ficha por el dorso de la mano, haciéndola circular entre los dedos, y se la guardó en el bolsillo de la camisa—. Más me vale guardarla bien.

—Puede que la necesites para ver una apuesta —convino Diana.

A los pocos minutos, Diana se encontraba ya a gusto en el ambiente fresco y con aroma a ginebra, pero Nardie tiritaba. Le preguntó varias veces si le pasaba algo, si quería marcharse, pero Nardie negó con la cabeza.

Al cabo, el camarero le puso enfrente la hamburguesa humeante y la cerveza helada. Nardie cogió la hamburguesa y le dio un mordisco, y Diana tuvo que apartar la vista del panecillo manchado de sangre que envolvía la carne casi cruda.

—Ya está —dijo Dinh poco después, tras dar un trago largo a la cerveza y dejar el vaso en la barra con un golpe. Sonreía, pero tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo que ya está? —Diana la miraba, desconcertada.

—Me… me has elevado hasta tu madre, hasta la diosa. Le has pedido que me bendiga a mí también, y ella nos ha dicho a las dos que nos limpiáramos en el lago. No eres la primera persona que me hace ser más de lo que era, pero sí la primera que no busca un beneficio a cambio. De hecho, has arriesgado tu seguridad. Tras recibir la bendición, podría haberte desplazado.

—De acuerdo —respondió Diana con cautela.

—¿Es que no lo ves, joder? —Las lágrimas le desbordaron los ojos y le corrieron por las mejillas—. Acabo de comer carne roja, probablemente cocinada en una sartén de hierro, y he bebido alcohol. ¡Me he descalificado para ser la reina! Ya no le serviría de nada a mi hermanastro. Acabo de jurarte lealtad.

Diana lo comprendió y la abrazó.

—Qué par de bolleras —murmuró alguien tras ellas.

No hicieron caso.

—Gracias, Nardie —dijo Diana en voz baja—. Juro por nuestra madre que no te dejaré atrás. Te llevaré conmigo.

Nardie le dio unas palmaditas en el hombro y las dos recuperaron la compostura, algo avergonzadas.

—Más te vale —dijo Nardie tras dar otro trago a la cerveza y sorberse la nariz—. Porque ahora mismo soy una huérfana en un barquito, en medio de un océano de narices.

Cuando volvieron al Flamingo, Diana despertó a Crane, que se vistió con cansancio e hizo café.

A la luz del atardecer, que entraba por la ventana fija del hotel, se sentó en la moqueta y distribuyó bocarriba las cartas de la baraja Lombardía Cero de su padre. El día anterior, este había sacado los veintidós arcanos mayores, y Crane probó a colocar las cincuenta y seis cartas restantes en combinaciones de cuatro.

Era como girar lentamente un caleidoscopio en el que los diseños se formaran con caras vivas, en vez de con cristalitos de colores; Crane, pasivo, dejaba que las nítidas entidades le resonaran en la mente.

Una vez más, intentó disponer las cartas de manera que pudiera comprar la mano de su padre sin llamar la atención y que, tras toda la compraventa de manos, su color al rey ganara si había que enseñar las cartas. En dos ocasiones se incorporó y dio un trago al café tibio con la seguridad de haber dado con la combinación, pero acabó advirtiendo una compra que daría full a otro jugador, cuando no póquer, y tuvo que desandar el camino y volver a empezar.

Entramados cristalinos de odios, temores y alegrías extraños se le formaban y se le desmoronaban en la mente, una y otra vez, como el romper de las olas que se alzaban para desintegrarse en espuma.

Al fin dio con una composición satisfactoria y recogió las cartas con cuidado en el orden en que iba a repartirlas.

—¡Maquillaje! —llamó mientras se guardaba la baraja en el bolso.

Fue Nardie Dinh la que apareció en la puerta entre las habitaciones.

—¿Qué soy ahora? ¿El botones?

—Era broma. —Crane se levantó y se pasó los dedos por el pelo—. Perdona. Oye, ¿te importa maquillarme? Creo que el vestido ya sé ponérmelo solo.

—Claro, pasa al baño. —Nardie se adelantó, pero al momento se detuvo y se dio la vuelta con una sonrisa—. Oye, ¡felicidades por la boda! Diana me lo ha contado.

—Gracias. —El ojo sano le escocía ya de cansancio—. Espero que todos vivamos para verlo. Pero ahora tengo que prepararme para la… despedida de soltero. —Le indicó que entrara al baño con un ademán —. No creo que muchos hombres lleven a su padre a la despedida de soltero.

—Bueno, la mayoría tampoco van travestidos —señaló Dinh con sensatez.

CUARENTA Y SIETE
La Novicia Voladora

Una hora más tarde, Crane esperaba frente al escaparate del millón de dólares del casino Binion’s Horseshoe, de pie con los zapatos de tacón. Tras el cristal a prueba de balas se exhibían cien billetes de diez mil alineados en cinco columnas de veinte, enmarcados por una herradura de latón del tamaño de una puerta. Dos fornidos guardias de seguridad miraban a Crane de hito en hito con gesto de desaprobación.

—Debe de ser difícil —señaló alguien junto a él.

Crane bajó la vista y vio a Newt, anciano y ajado, con las orejas enormes y embutido en un traje de cuadros con las solapas anchas.

«Aquí estamos los dos otra vez, veintiún años más tarde y con bastante mal aspecto», pensó Crane.

—Hola —dijo—. ¿Me llevas?

—Eso parece —respondió Newt—. Los otros tres que esperaba no se han presentado. Pesadillas toda la noche, seguro; suele pasar. Vamos a darles unos minutos de cortesía. —Miró el bolso de Crane—. Nada de armas, espero. Esta vez te la tiran al lago y, si te descuidas, a ti también.

—No, no. Parecía un grupo muy tranquilo. —Desde la altura de los tacones miró a Newt a los ojos, vacíos y brillantes como los de un pájaro—. ¿Qué decías que debe de ser difícil?

—Afeitarte con todos esos potitos que llevas encima… digo, potingues. Seguro que te atascan la cuchilla o los agujeros de la maquinilla.

—Me imagino que sí, pero me afeito antes de maquillarme. —Crane estaba cansado y añoraba disfrutar de una cerveza, tal como las saboreaba antes, y de un cigarrillo, como los que se fumaba antes. No podía quitarse de la cabeza el fantasma de Ben Siegel, que tanto esfuerzo había invertido en enseñarle que era posible engañar a una mosca para que se comiera un azucarillo envenenado: bastaba con ocultarle la cara del veneno para que viera solo la inofensiva—. Es una pesadez —añadió con tono ausente—, pero lo hago por nuestro Señor.

El hombrecillo arqueó las pobladas cejas blancas hasta medio camino de donde antaño debía de tener el nacimiento del pelo.

—¿Por nuestro Señor?

—Claro —Crane sacudió la cabeza y se esforzó en volver a la conversación—. No pensarás que me visto así por gusto, ¿no?

Pertenezco a una orden religiosa, de ahí viene todo. Muchos religiosos usan ropa rara.

—Ah. En fin, supongo que ya no vienen. Los otros jugadores, digo, no tus religiosos. Vamos a montarnos. —Levantó al instante una mano arrugada—. En el coche, quería decir, claro; no…

—¡Por Dios! Conmigo no corres peligro, Newt, tranquilo —replicó Crane mientras lo seguía por la penumbra del casino, hacia la puerta por la que entraba la luz de la calle Fremont.

—Y en el coche, nada de truquitos, ¿eh?

«¿Qué les pasa hoy a todos con los truquitos?», pensó Crane.

—Te doy mi palabra.

En medio del estrépito de las tragaperras, Newt dijo algo que sonó como «No veas, timadora».

Crane frunció el ceño. ¿Timadora? ¿Es que aquel hombrecillo intuía el plan de Crane de engañar a su padre? Se inclinó hacia él mientras se abrían camino entre la multitud.

—¿Qué has dicho?

—He dicho «novicia voladora». Por lo de los religiosos con ropa rara. Era una serie de televisión en la que había una monja que volaba, ¿la recuerdas?

Crane se sintió extrañamente aliviado. No estaban hablando de sus intenciones. Ya habían salido a la acera calcinada por el sol; tuvo que continuar la conversación a voces para hacerse oír entre los gritos de la huelguista con el megáfono.

—¡Sí, la recuerdo!

—Imagino que volar compensaba lo de tener que llevar esa ropa todo el tiempo.

—Imagino, sí.

Cruzaron Fremont y enfilaron la calle Uno hacia el aparcamiento de pago del final de la manzana. Allí le habían disparado hacía ocho días y lo habían salvado los dos tiros del gordo, al que él había matado cuatro días más tarde. Rozó la marca del disparo con la punta del ridículo zapato izquierdo y pasó las uñas pintadas de la mano derecha por el agujero de la pared de ladrillo.

En la siguiente mano le tocaría repartir.

Por los ojos de buey, abiertos, se veía el cielo oscuro; el viento, aún cálido, levantaba olas en la superficie del lago, y olía a salvia y a la piedra que se enfriaba ya a lo lejos. En el tapete verde, el líquido de los vasos se mecía, y el humo de los cigarrillos formaba una nube de hongo sobre el montón de billetes del bote.

Newt, sentado a la derecha de Crane, repartió la segunda carta bocarriba al último jugador.

—… y un patito para el siete —entonó Newt—, que no parece servir de mucho. El siete llama a otro siete, poca cosa; la Novicia Voladora

tiene un as, posible proyecto de color; otro diez para el diez de bastos, buena pareja, y el nueve se lleva… un ocho, para escalera. —Se acomodó en la silla—. Los dieces mandan.

Crane no quería repetir posición junto a su padre, de modo que había preparado la baraja para sentarse dos puestos a la derecha, y lo había conseguido. El jugador que ocupaba la silla entre su padre y él era el de la pareja de dieces; dio unos golpecitos en la mesa para pasar. Leon apostó doscientos y todos lo vieron, y el de los dieces subió otros doscientos. El resto de los jugadores vio la subida que había hecho el del pase negro.

La mano de Crane salió a subasta y consiguió venderla a cambio de los setecientos dólares que había invertido en el bote. El hombre de los dieces rechazó una puja de setecientos por su mano y compró la de Leon por setecientos cincuenta.

—Muy bien —dijo mientras ponía las cartas de Hanari bocarriba en su lado de la mesa: ya tenía doble pareja, con los dieces como pareja alta—. Justo lo que quería, muchas gracias, señor Hanari. Ya me imaginaba que podría comprarle la mano. Me he fijado en que siempre la vende, nunca espera para comprar.

Crane advirtió que Art Hanari fruncía el ceño bajo el vendaje; no le había hecho gracia que se dieran cuenta de su estrategia.

—Tendré que cambiar de táctica —dijo Leon, obligando a Hanari a sonreír.

«Todavía no, por favor», pensó Crane.

Siguió la ronda de apuestas y, al final de la mano, el que había comprado las cartas de Leon enseñó full de dieces, que perdió contra otro de ases.

Le tocaba repartir a Crane. Cogió las cartas y, al poner la apuesta obligatoria de cien dólares en el centro de la mesa, tiró el vaso de tónica, que echó a rodar por el tablero derramándose a impulsos, con el patrón de una onda sinusoidal.

Era la distracción perfecta: antes de que los demás llegaran a la segunda sílaba de la exclamación de sorpresa, ya había metido las cartas en el bolso y tenía en la mesa la baraja preparada.

—Lo siento, lo siento —murmuró, mientras daba unos toquecitos a la mesa con una servilleta de papel.

—¡Stevie! —llamó el cuerpo de Hanari al camarero aminoácido—. ¡Trae un trapo, deprisa! —Le lanzó a Crane una mirada iracunda con el ojo sano—. La Novicia Voladora no acaba de entender que estas cartas están pintadas a mano y no se pueden mojar.

—Ya he dicho que lo sentía —dijo Crane.

Su zona del tapete estaba seca, así que empezó a manejar las cartas con destreza para que pareciera que barajaba. El mazo que se había guardado en el bolso era el de la sota de copas con la que su padre le

había destrozado el ojo hacía cuarenta y dos años. Le habría gustado repartir con ese para que le diera suerte.

Tras fingir que barajaba siete veces, pasó el mazo a Newt para que cortara y volvió a dejarlo como estaba con un movimiento rápido. Todo el mundo seguía atento a la limpieza del tablero.

Una vez que hubieron absorbido el líquido con una toalla y lo hubieron secado a conciencia con un secador de pelo que un aminoácido había ido a buscar al baño, el juego pudo proseguir y Crane repartió las tres primeras cartas a cada jugador, dos bocabajo y una bocarriba.

La primera ronda de apuestas arrojó cinco mil doscientos dólares al bote; después, Crane repartió la segunda tanda de cartas bocarriba.

Esa vez su padre tenía el diez y el ocho de espadas bocabajo, y el caballo de bastos y el seis de copas a la vista. Las cartas de Crane eran el resto de la mano que había comprado el doctor Meados en el aparcamiento el día anterior: el nueve y el rey de espadas bocabajo, y el siete de espadas y el ocho de copas a la vista. Era perfectamente plausible que Crane quisiera comprar la mano de Art Hanari, como si buscara la escalera con el seis, el siete y el ocho.

—Se abre la puja por la mano del señor Hanari —dijo Crane al terminar la ronda de apuestas—. ¿Ofertas?

Un hombre ofreció quinientos y una mujer subió a quinientos cincuenta, pero Hanari meneó la cabeza.

—Seiscientos —dijo Crane.

«Y si sabéis algo de cartas, gilipollas, compraréis las manos que he previsto y ganaré con el color de espadas al rey.»

—Eh… —dijo Leon con los labios de Hanari—. No.

—Seiscientos cincuenta —subió Crane, ocultando la impaciencia.

Empezaba a correrle el sudor por la frente, bajo el maquillaje. Si pujaba demasiado por un proyecto de escalera normalito, parecería raro.

—No —dijo Leon—. Esta vez voy a comprar.

«Ha elegido esta mano para cambiar de táctica, por culpa de lo que ha dicho ese imbécil en la mano anterior.»

—Setecientos. —Crane intentaba ocultar la desesperación.

—No —dijo Leon, masticando la palabra de tal forma que sonó casi como el *non* francés—. No se admiten más pujas por estas cartas.

Crane tenía el corazón tan acelerado que agachó la cabeza para que no se le notara el latido de las venas en el cuello.

—Muy bien —dijo—. Se subasta la siguiente mano. —Se permitió dejar escapar un ligero suspiro—. ¿Pujas?

Había vuelto a perder la oportunidad de comprar la mano del doctor Meados y vendérsela a Leon en la asunción.

Leon acabó comprando las cartas de un chico que jugaba muchas

manos. Crane no pudo menos que admirar su táctica: si la mano concebida llegaba a ganar, aquel era el único jugador aparte de él que tal vez optaría por igualar el bote para la asunción.

Pero la doble pareja de Leon perdió contra color y las cartas pasaron a manos del hombre que estaba a la izquierda de Crane.

Una vez más, tuvo que resignarse a jugar por dinero hasta que amaneciera.

Por desgracia, el apodo de Novicia Voladora había hecho fortuna: ya todos lo llamaban así. En un momento dado, el anuncio «¡Un par de reinas para la Novicia Voladora!» arrancó tal oleada de risas que la apuesta se demoró un minuto entero.

Cuando empezó a clarear, se levantaron para ponerse los abrigos. Mientras el barco entraba marcha atrás en el atracadero, en medio del rugido de los motores, Leon golpeó repetidamente una copa vacía con una uña larga y bien cuidada.

—Atención, jugadores. —Estaba sonriendo, pero reflejaba tal severidad en la voz que cortó en seco las charlas banales, cansadas—. Mañana es Viernes Santo y, como muestra de respeto, la partida terminará a las tres de la tarde. Por tanto, para que podamos disfrutar de un rato decente de juego, el barco zarpará a las doce del mediodía. Solo quedan seis horas, así que os recomiendo a todos que os alojéis aquí cerca, en el Lakeview Lodge, y pidáis en recepción que os despierten.

A Crane le corría el agotamiento por las venas como una droga dura, pero le pareció raro que la partida terminara a las tres. Los comercios que respetaban la fiesta del Viernes Santo cerraban de doce a tres.

Si era una muestra de respeto, estaba curiosamente invertida.

«Bailando al borde del acantilado.»

Mientras caminaba por la calle Fremont con paso inestable, inmerso en el frescor de primera hora de la mañana, Dondi Snayheever se vio eclipsado por la sombra del vaquero del casino Pioneer, la figura imponente de acero y neones. Se detuvo a examinar cómo saludaba despacio con la mano mecánica. ¿De qué personaje sería la forma casi exacta?

La mano derecha, mutilada, tiraba de él hacia delante, de modo que siguió avanzando pese a la resistencia del aire matutino.

«Las formas aguardan; son como el remolino implícito de la bañera, a la espera de que alguien quite el tapón para empezar a existir —pensó—. Como si una nube cobrara la forma de un pájaro enorme que esperaba en potencia y acabara convirtiéndose en ese pájaro.»

Pájaros. El ojo del cuervo estaba en lo cierto la semana anterior, pero el templo de Isis había volado por los aires. Según los sueños, era el turno de otro pájaro. De un pájaro rosa.

Snayheever había visto al hombre gordo en un sueño, volando el templo. El hombre gordo también había adquirido una forma: se había convertido en el gigante redondo y atrofiado que había perdido el color verde; se había transformado en la bola negra y verrugosa del campo matemático, la que contenía todos los puntos que no llegarían a infinito.

El hombre gordo ya no era él. Estaba muerto, con los límites rotos, y los puntos no tardarían en dispersarse por el desierto, libres para aspirar a infinito si querían. Snayheever no sabía cuánto tiempo le quedaba a él para seguir siendo la cosa a la que había llegado a representar con tanta precisión.

«Bailando al borde del acantilado, con un perro que le lanzaba mordiscos a los talones.»

Captaba las vibraciones del dedo que le faltaba; estaba muy lejos, hacia el sur, y muy arriba, y resonaba por efecto de una energía hidroeléctrica tremenda.

No le quedaba más remedio que acudir; el personaje en el que se había convertido estaría allí e iba a necesitar su forma.

Pero antes tenía que decir adiós a una persona y perdonar a otra.

CUARENTA Y OCHO

Última ronda

Crane sacó la llave y abrió la puerta de la habitación; lo recibió el olor a café recién hecho. Diana y Dinh estaban junto a la ventana, cada una con una taza, y le lanzaron una mirada inquieta.

—No —dijo Crane. Se quitó la peluca y se dio cuenta, un poco sorprendido, de que la había lanzado contra el espejo—. No, no me la ha comprado. Antes de mediodía tengo que estar allí otra vez, con la baraja preparada, así que no voy a poder dormir nada.

Diana corrió hacia él y le cogió el brazo. Crane hizo un esfuerzo por no apartarse.

—¿Quieres un expreso? —le preguntó Diana.

—¿Un expreso? ¿Uno que ha salido de la cárcel? —respondió con aire ausente; era un viejo chiste, uno de los favoritos de Susan.

Diana le dio su taza, casi llena y aún humeante.

—Toma, ya me haré otro.

—No, gracias. —Crane lo dejó en la mesilla.

El olor del café impregnaba el aire como si fuera humo y no podía quitarse de la cabeza el recuerdo de una taza horneándose a temperatura baja.

Y el de los médicos, y la ambulancia, y luego la botella siempre presente para no recordar los sueños.

—Era un chiste, por si no te has dado cuenta —dijo, malhumorado. Diana se quedó mirándolo sin comprender. Por lo visto no lo había oído nunca—. También me sé chistes de gorilas y de jorobados.

Mavranos acababa de llegar de la otra habitación y Crane vio que intercambiaba una mirada con Dinh.

«Sí, Arky, me estoy volviendo loco, ahora hablo de gorilas y jorobados. Maldita sea, daría cualquier cosa por…»

El teléfono empezó a sonar y todos se sobresaltaron, excepto Crane. Dinh fue a cogerlo, pero Crane estaba más cerca de la mesilla y levantó el auricular.

—¿Sí?

La voz al otro lado del teléfono canturreó:

> ¿A quién encontraréis que os ame a vos,
> salvo yo, y solo yo?

Crane reconoció los versos. Eran de uno de los poemas favoritos de Susan: «El sabueso celestial», de Thompson.

Y también reconoció la voz, claro.

«Es mi esposa.

»No debería hablar con ella.
»¿Por qué no?
»Porque no es mi esposa —se dijo—. Es el alcohol, o la Muerte, o una mezcla de ambas cosas. Así que ni siquiera puedo hablar con ella. Pero ¿y si también contiene una parte de la verdadera Susan? Puede que sea su fantasma y que todo lo malo sea una capa exterior que le han añadido.
»Y aunque no sea ella, ¿y si el alcohol es capaz de conseguir una buena imitación? Mañana moriré, cuando fracase por tercera vez al intentar este truco de mierda, cuando mi padre me eche de mi cuerpo. ¿Se me permite al menos hablar un momento con esta cosa, hablar con ella por teléfono? ¿Qué tiene de malo escuchar lo que me diga? Tal vez me proporcione información. Y su voz suena como la de Susan, y estoy tan cansado que sé que puedo convencerme de que es Susan. Pero necesito que estos me dejen en paz.»
—Un momento —dijo al auricular. Lo tapó con la mano—. Me gustaría hablar en privado, si no os importa…
—Joder, Scott, no… —empezó Mavranos.
—Si no os importa —repitió Crane.
—A mí me importa —dijo Diana con la voz rota—. Por el amor de Dios, Scott…
—¡Será posible que no pueda ni…! ¡Todo lo que…! —Sacudió la cabeza para despejarse—. Hacedme el favor, marchaos a la otra habitación.
Mavranos, Diana y Dinh se quedaron mirándolo unos segundos; al final, Mavranos hizo un gesto hacia la puerta y los tres desfilaron en silencio. Cerraron al salir.
—Estamos a solas —dijo Crane al teléfono.
—¿Qué dicen en el bar a las dos menos diez? —preguntó Susan—. Cuando van a cerrar y ya no vas a poder pedir otra copa.
—«Última ronda» —respondió Crane. Intentaba estar tranquilo, pero le temblaba la voz.
—Esta es la última ronda —dijo Susan—. Es la última vez que te voy a llamar. Cuando cuelgues, desapareceré para siempre o estaré para siempre contigo.
—Pero eres… un fantasma.
Habría dado cualquier cosa por pensar con claridad. El ojo de plástico le escocía; llevaba sin lavarlo ni irrigar la cavidad desde el miércoles. Estaba buscándose una meningitis. También le dolía la pierna, y la sangre estaba empapándole la venda bajo las costillas del lado derecho. Una oleada de agotamiento le hizo cerrar los ojos.
—Tú también lo serás si vienes conmigo. Volverás a ser plenamente tú para siempre. Ve a la partida, ¿por qué no? Finge que me rechazas. Prepara la baraja si quieres, pero no la saques del bolso. ¿Qué más da

quién gane? Y tómate una copa…

—«Y cuando seas mía, bella diosa del vino, te besaré en mi copa…» —citó Crane; era de otro poema que le gustaba a Susan.

—Y yo te devolveré el beso. «Es aún mejor cuando colaboras. Si me necesitas, silba. Sabes silbar, ¿verdad?» —Era una cita de Lauren Bacall en *Tener y no tener*—. «¡Silba y acudiré!» —Y aquella era de un cuento de fantasmas. Bueno, estaban en medio de un cuento de fantasmas.

—Sé silbar —dijo como en un sueño—. Solo hay que juntar los labios con la botella y sorber.

Era reconfortante ver que la sucesión de frases tenía sentido para ella; no lo tendría para nadie más fuera de los límites antaño acogedores de su matrimonio. Era el fantasma de Susan, sin duda.

—Puedes bajar por la colina y dejar atrás la luz del sol… siempre en *Rosebud* —dijo la voz de Susan. Le encantaba *Ciudadano Kane*—. Esta Bud es para ti.

La taza de café seguía humeando en la mesilla. Crane la rozó con un dedo. El asa estaba caliente como si acabara de salir del horno, pero al instante la notó fría y húmeda; se había convertido en una botella de Budweiser.

La cogió y la miró con curiosidad. Parecía una cerveza real.

—Es la única manera que tienes ahora de llegar a mí.

«Un trago nunca ha matado a nadie», pensó. Levantó la botella, pero se detuvo antes de que le tocara los labios.

—Sigue —dijo la voz del teléfono—. Ellos no ven más que una taza de café. Diana no sabrá lo nuestro. ¿Qué más da quién gane?

«Una cerveza —pensó—, y dormir, y tener a Susan en mis sueños.»

—Volverás a tener dos ojos. Tu padre no te habrá hecho daño, no te habrá abandonado. Yo no te habré abandonado.

Crane recordó cómo había adorado a su padre a los cinco años y cómo había amado a Susan. Aquello había sido bueno. Nadie podía decir lo contrario.

Llamaron a la puerta del pasillo y Crane se sobresaltó tanto que se derramó cerveza fría en la muñeca.

—¡Deprisa! —lo apremió Susan.

—¡Heidi! ¡Heidi! —gritaba quien estuviera en el pasillo.

—No es más que uno de mis borrachos —insistió Susan—. Yo me encargo de que se vaya. ¡Bébeme!

Crane notó el frío de la cerveza en la muñeca. Recordó al viejo Ozzie cuando preparaba los biberones para Diana, de bebé: los calentaba en un cazo de agua caliente y se echaba unas gotas en la muñeca para probar la temperatura. Nunca le habría dado algo tan frío.

«No puedo darle algo tan frío —pensó—. El amor que sentí por mi

padre y por Susan fue bueno, pero Diana me ama ahora. Yo la amo ahora.»

¿Estaría percibiendo desde la otra habitación su tentación de aceptar la muerte?

—No. —De pronto, el aire acondicionado lo hizo tiritar bajo el fino vestido de algodón y la voz se le quebró—. No, no voy a… Yo no… Yo, tu marido, no. Si hay algo de… mi esposa en ti, no puedes querer que haga esto, a este precio. —Dejó la cerveza.

—¿Crees que puedes ayudar a tu hermana? —chilló Susan—. Pues no puedes. Por favor, Scott, puedes ayudarme a mí, a tu mujer, ¡y puedes ayudarte a ti mismo! ¡Y a tu verdadero padre! ¡No has pensado en sus sentimientos ni una vez!

—¡Heidi! ¡Heidi! —llamó de nuevo la voz en el pasillo.

—¡Venga ya! ¡Muérete! —gimió Susan.

Probablemente se dirigía al hombre del pasillo, pero Crane, desesperado, se dijo que le hablaba a él.

—Eso haré —respondió—. Y, si muero, al menos seré…

«¿Qué serás? Serás consciente de lo que haces. Serás el hombre al que ama Diana.» Se apartó el teléfono de la oreja y, muy despacio, fue a colgar, pero los dedos se le entumecieron y el auricular se le cayó.

Fue a recogerlo con la otra mano, pero también se le entumeció y apenas fue capaz de rozar la medialuna de plástico con los dedos inertes.

—¡Me quieres a mí! —aulló la voz.

Jadeante, a punto de estallar en sollozos, Crane se dejó caer de rodillas y cogió el teléfono entre los dientes. La voz suplicante de Susan le resonaba en los músculos de las mandíbulas y le vibraba en la cabeza. Empezó a ver borroso y notó que estaba a punto de perder el conocimiento, pero mordió con más fuerza y consiguió incorporarse.

Cuando por fin pudo colgar y silenciar la voz, el teléfono estaba lleno de lágrimas y saliva, y le había dejado las marcas de los dientes.

Se dejó caer contra el lateral de la cama y advirtió en una nube borrosa que la puerta de la otra habitación estaba abierta; Diana y Dinh lo miraban alarmadas, con los ojos como platos, y Mavranos se dirigió a la puerta del pasillo y la abrió de golpe.

Dondi Snayheever entró dando saltitos, de puntillas, al tiempo que agitaba la mano con el vendaje mugriento y sonreía enloquecido, mostrando los dientes.

—¡Heidi Heidi ho! —exclamó.

Mavranos retrocedió a toda prisa hacia la cama y metió la mano en la bolsa de lona donde guardaba el 38.

Crane se limpió la cara con la colcha y se levantó.

—¿Qué quieres? —le preguntó a Snayheever, inseguro; no había dejado de jadear, pero puso la voz más autoritaria de que fue capaz.

Snayheever estaba mucho más flaco. Los huesos del cráneo le presionaban la piel enfebrecida y Crane entrevió un aura roja en torno a su cuerpo anguloso. Seguía teniendo espasmos en el brazo herido. En aquel momento, Snayheever clavó los ojos brillantes en Diana, gruñó como si le hubieran dado un puñetazo y cayó de rodillas.

—El ojo del flamenco, no el del cuervo —dijo—. Por fin te encuentro, madre.

Diana tardó un segundo, pero se dirigió hacia él sin hacer caso del grito de alerta de Mavranos y le tocó el pelo grasiento.

—Levántate —le ordenó.

Snayheever se puso de pie con torpeza, porque de pronto la pierna izquierda le daba sacudidas.

—El otro os encontrará y os matará si no lo impido. Pero lo impediré. Es lo que me queda por hacer. —Se tiró de las solapas de la chaqueta de pana—. Esta chaqueta me la prestó James Dean y voy a cantar por vosotros dos, como un pájaro, como una encantadora cigüeñita que vuela en círculo, ¿vale? Lo que dijo Hemingway. Si el vuelo va bien, picará fetén. Lo que viene siendo. Tengo el dedo tomándole el pulso tras la matrícula: está en las compuertas, las represas, los aliviaderos. Quiere que la rueda siga girando otros veinte años porque ahora tiene la nariz reventada (el pico roto) y le falta la reina. Graznará en la banda de frecuencia para que nadie oiga nada hasta que ya sea tarde, enturbiará el agua del baño para que esté tan jodida que ya nadie pueda usarla. Ray Joe, triste salvación.

—Habla de mi hermano —dijo Nardie—. Y tiene sentido.

—Claro, se le entiende todo —gruñó Mavranos. Era evidente que tenía la mano en el arma, dentro de la bolsa—. ¿Te importaría apartarte de él, Diana?

Diana retrocedió hasta quedar junto a Crane.

—Quiere decir que mi hermano, Ray Joe, está en la presa Hoover —insistió Nardie, tensa— y va a intentar posponer la sucesión, la coronación, la resurrección del rey en los cuerpos nuevos. Va a dejar que se repita el ciclo sin que pase nada. Encaja con él: si le rompí la nariz, no puede aspirar a rey, porque el rey debe tener perfección física, no los ojos morados y la nariz hinchada. Así que piensa... generar una especie de ruido psíquico que ahogue la señal y quizá contaminar el agua a nivel espiritual; de ese modo habrá que esperar otros veinte años para que todo vuelva a estar maduro. Para entonces el viejo rey habrá muerto por falta de cuerpos nuevos y a él le habrá dado tiempo a preparar a otra reina, quizá desde que nazca. Entonces solo tendrá que acercarse al trono y... sentarse.

—Dios mío, ¿y qué tendría eso de malo? —Crane intentó ocultar el alivio que sentía—. Si tu hermano lía la cosa para que mi padre no pueda llevar a cabo sus tretas este año, no perderé mi cuerpo.

Podremos irnos a casa, ¿no? Y tendré veinte años para pensar qué hacer cuando llegue… la ocasión.

—Sí, pero no tendrás esposa —replicó Nardie, mirándolo fijamente —. Ray Joe encontrará a Diana y la matará, como dice este tipo. Nunca querría a alguien como ella de reina, y el solo hecho de que esté viva supone un problema para él, ¿entiendes?

—El teléfono es para llamar al servicio de habitaciones —dijo Snayheever, señalando el aparato mordido de la mesilla—. Por teléfono se pide comida del menú y te la comes. No te comes el teléfono. —Asintió con vehemencia—. Querrá comérseme a mí, no me extrañaría. Siempre tengo un perro. Por ahora se pasa la noche ladrando y tirando de la correa. —Miró a Diana—. Este hijo ha venido a ti, por así decirlo, porque quería decir adiós a su madre —dijo con ternura—. No volveremos a vernos.

Haciendo caso omiso del nuevo grito de Mavranos, Diana se acercó a Snayheever con los ojos llenos de lágrimas y lo abrazó. Crane supo que pensaba en Scat y en Oliver.

—Adiós —dijo un momento después. Y retrocedió.

—No es cosa fácil ser hijo —dijo Snayheever. Clavó en Crane la mirada febril—. Te perdono, papá.

Crane miró el vendaje sucio que remataba el brazo tembloroso y asintió como muestra de que agradecía el perdón.

Snayheever se volvió y salió al pasillo cojeando.

Mavranos, que todavía tenía la mano en la bolsa de lona, se dirigió a la puerta y la cerró.

—Hoy han soltado a todos los chiflados. —Se volvió hacia Nardie—. Tu hermano está en la presa, ¿no? Y si le chafa el plan al viejo, vendrá a por Diana.

—Exacto.

—Un día más. —Mavranos suspiró y se tocó el pañuelo del cuello—. En fin, me toca ir a la presa. Voy hacia el sur, ¿llevo a alguien?

Diana le dirigió una mirada solemne.

—Gracias, Arky. Ojalá…

—Ninguno está aquí por placer —repuso Mavranos, interrumpiéndola con un ademán—. De camino pararé en una tienda de animales a comprar un pez de colores, aunque solo sea para darme suerte. Lo dicho, ¿llevo a alguien?

—Sí —respondió Diana—. Nardie y yo tenemos que bautizarnos.

—Dame media hora para preparar la baraja y me llevas a mí también —dijo Crane, rodeando la cama para a ir a coger el bolso.

El día anterior, Nardie y Diana habían comprado unas brochas y un par de botes de pintura roja, y habían pintado la furgoneta de Mavranos.

Mientras daba tumbos en el asiento delantero, Crane intentaba

mantenerse recto para no captar el rojo chillón del capó entre las grietas del parabrisas. No le gustaba ver esa especie de araña roja de metal en el horizonte.

—Visiones, sueños y las palabras de un loco —comentó Mavranos con resentimiento. Miraba al frente con los ojos entrecerrados y manejaba el volante con los dedos de una mano—. Para mí que estamos todos locos. Mira cómo me han dejado la furgoneta, mami. —Se llevó la cerveza a los labios y bebió un trago espumeante—. Conocí a un tipo que aseguraba que era marciano. Se lo había dicho el televisor. Tenía tan poco sentido como esto. Pobre Joe Serrano, debería pedirle disculpas.

—Ese nombre no es marciano, es mexicano —apuntó Diana, que se removió en el asiento trasero—. ¿A quién quería engañar?

Crane se echó a reír y los demás no tardaron en imitarlo, y Mavranos se puso la cerveza entre las piernas para agarrar el volante con las dos manos.

CUARENTA Y NUEVE
¡Eh, Cenicienta!

Mavranos se detuvo cerca de la playa de Boulder, aún a cierta distancia del puerto deportivo, para que se bajaran Diana y Nardie. La playa quedaba a unos cien metros, más allá de las caravanas multicolores y las roulottes con los toldos ondeantes, y el azul del lago contrastaba con las escarpadas montañas parduzcas de la otra orilla.

—Todo habrá terminado esta tarde —dijo Diana desde el arcén de gravilla, asomada a la ventanilla de Crane—. Nosotras nos daremos el chapuzón y subiremos al puerto deportivo. Nos vemos en el bar del hotel que ha dicho Scott, el Lakeview Lodge.

Besó a Crane en los labios; él le enroscó los dedos en el pelo rubio y la besó con pasión.

—Y mañana —dijo Crane cuando por fin la soltó— nos casaremos.

Tenía la voz ronca.

—No te quepa duda. Arky, Scott, tened mucho cuidado los dos. Nosotras también iremos con precaución. Para la boda hacen falta novio, novia, padrino y madrina. Los cuatro.

Mavranos asintió, levantó el pie del freno y aceleró; en un abrir y cerrar de ojos volvía a estar en la autopista.

—¿Te dejo en el puerto deportivo? —preguntó a voces, para hacerse oír con el viento que entraba por las ventanillas.

—Estupendo, eso me queda cerca. Ya se me da mejor andar con tacones.

—Cualquiera lo diría.

—Ya me gustaría verte a ti.

—Claro que te gustaría, Pogo. —Mavranos dio otro trago a la cerveza—. Por teléfono… ¿ha intentado convencerte para que dejaras a Diana y te fueras con ella?

—Sí. —Crane se estremeció—. Y yo me he convencido de que no.

—Tienes un pico de oro.

—Eso mismo. —Se volvió hacia Mavranos—. Arky, yo…

—No lo digas. No tienes permiso para besarme por muy bien que te quede ese vestido.

—Vale. —Crane sonrió; notaba el maquillaje en las arrugas de expresión—. Esta tarde no faltes a la cita.

Mavranos giró a la derecha, rumbo al puerto deportivo, y Crane aprovechó un semáforo para bajar. Se estiró la falda del vestido, dio unos golpecitos en el capó como el jugador que sopla los dados antes de tirar y, cuando el semáforo se puso en verde, vio alejarse la

furgoneta mal pintada a toda velocidad.

Él bajó sin prisa por la cuesta que llevaba a los relucientes barcos blancos de los atracaderos. Ni siquiera oyó los silbidos groseros que le lanzaron desde un coche que pasaba. Bajo la luz del sol, con la brisa que transportaba el olor del lago, la gasolina y la salvia, pensó en todos los que habían muerto: Susan, Ozzie, el hombre gordo y probablemente también Al Funo, a juzgar por la trampa que le había tendido Diana. Tal vez al día siguiente Arky, Diana, Nardie y él mismo estarían bajo las aguas negras, donde habitaban los arquetipos. ¿Tendrían los fantasmas alguna manera de hablar entre ellos, por precaria que fuera? Y, de ser así, ¿de qué hablarían?

—¡Eh, Cenicienta!

Levantó la mirada y vio que un aminoácido le hacía señas desde la cubierta del barco. Apretó el paso.

—Si esperas al mediodía, te convertirás en una calabaza abandonada en el amarradero —dijo el chico—. Mueve el culo, rarita, y pasa por el detector de metales, dijo la araña a la mosca. Ya tenemos a doce a bordo, eres la número trece.

Con las zapatillas deportivas clavadas en la arena ardiente, Diana contempló la playa, las toallas, las neveritas de plástico y a los niños que correteaban por allí.

—Preferiría que no nos metieran en la cárcel —susurró.

—Por aquí son muy conservadores —dijo Nardie con una risita nerviosa—. Nos arrestarían aunque fuéramos en ropa interior. Así que… tendremos que entrar vestidas.

—Por lo menos me quitaré esto. —Diana se desabrochó la cazadora y la dejó en la arena—. No creo que nos sequemos del todo en el camino de vuelta, y seguro que en el bar hay aire acondicionado.

Dinh se apretó los brazos y negó con la cabeza.

—Yo voy tal cual.

Unos niños bronceados jugaban a salpicarse en la orilla. Diana se detuvo a media pendiente y se quedó mirándolos.

Tenían los rostros inexpresivos, casi como pintados, y le pareció que movían los brazos como si fueran muñecos articulados.

Dinh, que se había adelantado, volvió la vista hacia ella.

—¿Qué pasa…?

—Vamos… un poco más allá.

Nada más subir a bordo, Crane vio al doctor Meados, en una silla de ruedas en el rincón, bajo el televisor. Parecía normal, aparte de que se había mojado los pantalones del traje azul celeste y no paraba de intentar desabrochar el cinturón que lo sujetaba a la silla.

—No hagas caso del anciano del rincón —dijo Leon con su potente voz de barítono.

Crane miró al otro extremo de la estancia enmoquetada en rojo, al

anfitrión, que ya se había sentado a la mesa verde, y se obligó a asentir y sonreír.

El cuerpo de Art Hanari tenía mal aspecto. Por el lado herido del rostro se le ramificaban líneas rojas, en apariencia venillas inflamadas, y los pómulos altos y la mandíbula prominente eran apenas perceptibles con la hinchazón. Seguro que Leon anhelaba huir a un cuerpo nuevo con tanto ahínco como él había ansiado evadirse con la bebida.

El motor se puso en marcha y la cubierta se movió al zarpar el barco.

—Sentaos todos —dijo Leon—. Solo tenemos tres horas, y queremos comprar y vender todas las manos que podamos, ¿no?

«Ni te imaginas cuánto —pensó Crane—. Sobre todo una en concreto.»

Apretó el bolso que contenía la baraja Lombardía Cero, una vez más preparada con precisión agónica, y corrió a ocupar el puesto que había elegido para sí, aquella vez a la izquierda de Leon.

Había pensado comprar un paquete de cigarrillos para tener uno encendido en el cenicero, aunque ya no soportara la idea de dar una calada, y se le había olvidado. Pero no importaba, porque el viejo Newt estaba aplastando un Pall Mall en un cenicero lleno de colillas y tenía ya encendido el siguiente.

Leon abrió la caja de madera y extendió las cartas espantosas en el tablero de fieltro. Dos jugadores del día anterior no habían aparecido, y los que habían ocupado su lugar se estremecieron y se pusieron pálidos.

Leon dio la vuelta a las cartas y empezó a barajar. El humo del tabaco se enroscaba sobre la mesa, y Crane tuvo la sensación de que dos sonidos casi inaudibles, uno por lo grave y otro por lo agudo, hacían vibrar la superficie de las bebidas y le provocaban picazón en las encías. Se le ocurrió que la interferencia entre los dos estaba a punto de formar palabras que iban a resonar para siempre en lo más hondo del cerebro de los presentes.

Leon tenía las manos firmes al pasar la baraja al jugador de la derecha para que cortara.

A Crane le picaba el ojo de plástico y se lo restregó con el pañuelito de encaje que le habían comprado las chicas.

Los niños salieron del agua con rigidez mecánica y echaron a andar por la arena ardiente. Más allá, sus padres movían los brazos y la cabeza muy despacio, como si fueran pistones de pozos petrolíferos.

Nardie y Diana arrancaron a correr hacia la zona desierta de la playa, a la derecha, con los zapatos en la mano. Diana intentó desviarse hacia el agua, pero, por alguna perspectiva engañosa, cada paso que daba por la pendiente de arenas cambiantes parecía alejarla

del lago.

Se dio cuenta de que a Nardie se le habían envarado las rodillas y, con una punzada de pánico, advirtió que ella también impulsaba los brazos con espasmos de metrónomo, y que los pájaros, las olas y los juncos de la orilla se movían con la misma rigidez.

—Qué… está… pasando —preguntó Nardie; era obvio que intentaba con todas sus fuerzas que la voz no le saliera como un graznido inexpresivo.

«Madre —pensó Diana, aterrada—. ¿Qué pasa aquí?»

Un concepto se le materializó en la mente, junto con la imagen de una espada. Diana trató de plasmarlo en palabras.

—Cristalización —dijo con voz neutra, incapaz de entonar la interrogación—. Como… —Rebuscó entre los recuerdos una imagen que encajara con la idea—. Cristales de silicio puro… inútiles… para transferir información. Necesitan… mezcla… de boro… de algo. Si es solo una sustancia pura… es solo un cristal… —Tomó aire y lo soltó con una sacudida.

La imagen de una espada. Nardie le había contado que la tortuga del mito se había llevado una espada.

—Saca… tu espada, tu ficha —dijo Diana.

—Ficha —entonó Nardie—. Dicha ficha dicha ficha chip… de silicio. —Alzó el brazo como un robot que saludara y se dio en la frente con la mano rígida—. No consigo…

—No. —Diana no sabía cuánto tiempo podría seguir hablando. El aire estaba tan inmóvil que parecía gelatina—. Ficha… póquer. Póquer. —Lo único que podía hacer para enfatizar la palabra era repetirla—. Moulin Rouge.

Nardie asintió y luego siguió asintiendo, pero llegó al bolsillo de los vaqueros con los dedos extendidos y, tras unos cuantos movimientos nada elegantes, sacó la mano.

Tenía en la palma la ficha blanca y negra, con el rostro andrógino y sonriente del arlequín bajo el gorro de rombos blancos y negros.

El aire se onduló al contacto con la ficha y Nardie encontró resistencia al mover la mano; tuvo que envolver la ficha con la palma y lanzar el brazo.

Diana percibió las grietas invisibles que se extendían por el espacio que rodeaba a Nardie. El campo de rigidez estaba resquebrajándose.

En aquel momento, el aire se agitó y pareció sacudirse como un muelle; a Diana se le aflojaron las articulaciones y estuvo a punto de caerse.

—¡Dios mío! —exclamó Nardie. Se meció sinuosamente y retorció los pies contra la arena; su voz, liberada, recorrió toda la escala tonal —. ¿Qué demonios ha sido eso?

—La oposición —dijo Diana con un suspiro—. Vamos al agua.

Se volvieron hacia la franja de arena que se interponía entre las olas azules y ellas, y se detuvieron en seco.

En la playa, el aire ya no era de una transparencia cristalina.

Lo poblaba una multitud de figuras traslúcidas y construcciones semejantes a pozos de petróleo, que ondulaban insustanciales como aire recalentado sobre el asfalto de la autopista.

Diana miró con más atención, intentando distinguir las formas escurridizas bajo el resplandor del sol, y descubrió, sin llegar a entenderlo, que no eran figuras vivas, sino estatuas casi transparentes en movimiento, y que quizá no se encontraban a distancias diferentes, sino que las habían construido a distintas escalas. Con un nuevo esfuerzo por enfocarlas, vio que varias llevaban túnicas y tocados árabes; otras, togas romanas, y un par parecían vaqueros o buscadores de oro. Había una que era un simio gigantesco, aunque de movimientos tan irreales como las demás.

Al alzar la vista, comprendió que las dos más altas eran el payaso que daba paso al Circus Circus, y Vegas Vic, el vaquero que saludaba sin parar desde el casino Pioneer, en la calle Fremont.

Se quedó mirándolas un segundo largo, sostenido, con el corazón en un puño y la mente en blanco.

Al final ahogó un alarido de impotencia y trató de oír sus pensamientos pese a los martillazos que le daba el corazón.

—Son las estatuas de la ciudad —dijo con voz temblorosa—. O más bien sus espíritus.

—Sus formas. —Nardie meneó la cabeza, con la ficha muy apretada en el puño—. ¿Por qué se meten en esto?

—Las habrá metido el padre de Scott.

—¿Crees que… nos harán daño? —preguntó Nardie con voz trémula.

—No creo que hayan venido a escoltarnos hasta el agua. —Las dos mujeres retrocedieron—. Es su magia, la magia del rey. Solo hombres: no quiere tener reina. —Diana le puso una mano a Nardie en el hombro delgado y dejaron de retroceder por la arena—. Mi madre nos dio la ficha. Es el yin y el yang, opuestos mezclados y unidos, y la cara es masculina y femenina al mismo tiempo. Puede que a sus… cosas no les guste.

Nardie, que tenía la ficha estrujada, soltó una exclamación y abrió la mano. La palma le sangraba.

—Está afilada —dijo, sorprendida.

—Más vale. —Diana extendió el brazo—. Córtame a mí también y luego veamos si corta a esas cosas.

Ocho kilómetros al sudeste, el abrazo de hormigón de la presa Hoover contenía el lago entre los dos lados del cañón.

Mavranos dejó la furgoneta en el amplio aparcamiento que había

junto al quiosco de bebidas, en el lado de Arizona, y echó a andar hacia la coronación de la presa: la carretera curva por donde había pasado conduciendo entre los turistas aferrados a las cámaras. Lo primero que advirtió cuando empezó a salir del sopor fue el llanto de los niños.

El aliviadero de Arizona era un abismo descomunal que describía una suave curva a la derecha. «Tan grande que Dios podría darse un baño espacioso. O podrían suicidarse a la vez diez millones de chavales montados en monopatín.» Pero lo que captó su atención fue la hilera agitada de personas, que parecían pequeñas como insectos ante la inmensidad de la presa.

Todas corrían al aparcamiento. Los niños aullaban, las ruedas de los carritos de bebé traqueteaban con estridencia contra el asfalto, y los adultos parecían conmocionados, con la mirada vacía y los rostros contorsionados en muecas de rabia, de espanto y de risa histérica. Parecía que les hubieran echado encima de cualquier manera la ropa veraniega y alegre. Ojalá el aparcamiento hubiera estado lleno de autobuses para devolver a toda esa gente al manicomio inimaginable del que había salido.

«Hoy era día de visita para los locos. —Mavranos trató de sonreír, de no tener miedo—. Entrada a mitad de precio si babeas y bizqueas a la vez.»

Intentó apretar el paso, pero al poco empezó a sudar y jadear, así que tuvo que apoyarse en el parapeto, en un soporte de hormigón.

Observó la curva de la presa. Parecía demasiado grande para estar tan lejos. Divisó los coches que se movían despacio por la carretera que la coronaba; vio también las figuras que caminaban por las aceras y los puentes que llevaban a las torres de captación de agua. Desde allí no se distinguía qué había causado tanto pánico.

Pero el miedo invadía el viento como el olor a metal caliente, como una vibración en el aire, como una rata royendo bajo tierra.

Quería volver a la furgoneta, alejarse por el lado de Arizona y no parar hasta que se le acabara la gasolina y tuviera que seguir a pie.

Pero se obligó a soltar el parapeto y a avanzar por la ancha acera en dirección al arco imponente de la presa.

Crane vendió la primera mano de cuatro cartas a un hombre de mediana edad vestido con corbata y chaqueta deportiva, y observó la puja por la mano siguiente. No prestó mucha atención: era progenitor de la mano a la que acababa de vender las cartas, así que aún podía ganar una décima parte del bote, pero ni por asomo iba a igualarlo para pedir la asunción.

Contempló por un ojo de buey a los turistas que practicaban esquí acuático y se concentró en respirar hondo. Estaba sentado a la izquierda de Leon e iba a repartir en la siguiente mano.

La vibración inaudible había disminuido y ya no percibía el sonido agudo ni el grave, pero le pareció que otros jugadores sí. Leon había sacudido la cabeza un par de veces; a Newt se le había caído la primera mano y había enseñado una carta, y el aminoácido del bar había roto una copa al servir el tercer martini a un jugador.

El estrépito del cristal había sobresaltado al doctor Meados de tal manera que el tenue olor a orina de la sala se había convertido de repente en hedor.

Una escalera de color acabó derrotando a un trío. Ni Leon ni Crane eran progenitores de la mano vencedora, de modo que, cuando el ganador recogió el dinero con una sonrisa nerviosa, Leon acercó a Crane las cartas más próximas.

—Tu turno —gruñó la voz de barítono—. A ver si le damos un poco de marcha a la cosa.

—Oiga, señor Hanari —dijo el aminoácido del bar—, ¿quiere que me lleve al capitán a cubierta, le quite los pantalones y lo limpie con la manguera?

—No es el capitán —bufó Hanari—. El capitán soy yo. No, el domingo tiene hora con el cirujano; no se va a morir por quedarse así. —Agitó la mano, irritado—. Abre las portillas si quieres. Entrará aire fresco, si no helado.

Crane pensó que, en circunstancias normales, cualquier jugador habría protestado por el olor y habría exigido que se hiciera como decía el camarero, pero aquel día hasta los más duros parecían inseguros, acobardados.

Le pasaron las últimas cartas con cuidado, y Crane las recogió e igualó la baraja.

«Todos me están mirando —pensó—; no apartan la vista de las cartas. Ahora no puedo dar el cambiazo.»

Cortó y barajó bien.

—Qué cirujano tan amable —le dijo a Leon con una sonrisa—. Atiende a los pacientes en domingo.

Con un poco de suerte, alguien se mostraría de acuerdo o en desacuerdo y atraería la atención de la mesa.

—Pues sí —dijo Leon, mirando las cartas.

Nadie más dijo nada.

—¿Qué hora tienes, hijo? —preguntó Crane al camarero mientras volvía a barajar.

—Las doce y cuarto.

Nadie había apartado la vista.

Siguió barajando. Si cada mano duraba unos quince minutos, podía ser que ya no le tocara volver a repartir antes de que terminara la partida, a las tres. Sí, podía esperar, cruzar los dedos e intentar acelerar el juego, pero lo más probable era que tuviera que decirles a

sus amigos que ni siquiera había sacado la baraja del bolso.

«Y luego, ¿qué? —pensó, impotente—. ¿Me mato para que Leon no se apodere de mí?»

—Venga —apremió Newt.

Crane notó una gota de sudor que le bajaba por la axila y le empapaba el sujetador.

«Solo me queda saltar y esperar que el agua sea profunda.»

Pasó la baraja a su padre para que cortara y, en cuanto hubo cogido la mitad superior y la hubo puesto a un lado, Crane echó la cabeza atrás y empezó a cantar.

—Si el cielo se pone gris…

—¿Qué importa un bledo? —gritó el doctor Meados con voz de falsete.

Crane estuvo a punto de girar la cabeza, igual que todos los presentes, ante lo brusco y estridente de la interrupción, pero consiguió concentrarse, meter la baraja cortada en el bolso y poner la preparada sobre la mesa.

—¡Joder! —exclamó, sin tener que fingir nerviosismo—. ¿Qué le ha dado?

Hanari se había vuelto hacia Crane y lo miraba con fiereza por el ojo que no tenía hinchado.

—¿Por qué te has puesto a cantar eso?

—Ni idea. ¿Ha saltado así por la canción? Es lo que venía oyendo en el coche. Al Jolson, ¿lo conoces? El blanco aquel que se pintaba la cara de negro. Esta canción la cantaba él.

Leon, descompuesto, meneó la cabeza.

—Reparte —masculló—. Acabemos de una vez.

Crane se esforzó por repartir con mano firme. Lo que menos le interesaba era que se le volteara una carta y le exigieran que barajara de nuevo.

Aunque tampoco parecía que nadie fuera a exigir nada. «Acabemos de una vez» resumía muy bien el estado de ánimo de la mesa.

Las estatuas animadas, casi invisibles, de la orilla del lago parecían globos angulosos de ectoplasma. A medida que Nardie los cortaba con el filo de la ficha, se rompían, salían volando como dientes de león hechos de celofán y liberaban el aire caliente, reseco, con olor a sustancia orgánica deshidratada hacía tiempo.

La materia de aquellas cosas arremolinadas en torno a las mujeres distorsionaba la luz del sol como si fuesen lentes. Diana tenía que entrecerrar los ojos e inclinar la cabeza para ver dónde quedaba el agua, pero le resultaba fácil apartar las figuras, como si se tratase de globos de helio blandos.

Sin embargo, eran frías al tacto y, cada vez que las tocaba, las manos se le entumecían un poco más, aunque seguía notando el sol en

la cabeza y en la cara.

En un momento dado, la figura enorme y transparente del payaso del Circus Circus le plantó encima un pie gigantesco y, durante un instante, Diana lo vio todo como a través de una pecera y sintió como si acabara de darse una ducha de mentol.

—De frente, el lago está de frente —jadeó cuando el pie se levantó y la dejó libre—. Esto podría ser peor, ¿no crees?

—Pero cada vez cuesta más cortarlos —dijo Dinh, que seguía ahuyentando con el filo de la ficha a los seres que se le acercaban—. Sobre todo los que tú has tocado.

Diana se dio cuenta de que estaba muy cansada: sudaba y resollaba, con la boca abierta, aunque no hacía más que caminar con lentitud por la arena caliente. Miró alrededor y de pronto le pareció que las formas cristalinas que había tocado al pasar tenían más sustancia, se habían teñido de rosa y actuaban como un filtro tenue de los colores de la arena y el agua, todavía lejana.

De hecho, todas las figuras parecían más sólidas.

Volvió a invadirla un frío gélido, en aquella ocasión debido al miedo, y se puso detrás de Nardie.

—Dios mío, Nardie —dijo entre dientes—. Creo que están drenándome. Como si me hubiesen devorado un poco cada vez que las tocaba. Mantenlas a raya con la ficha, no puedo volver a rozarlas.

—Tenemos que llegar al agua.

Diana se agachó y se escabulló de un vaquero menudo de cristal que agitaba los brazos hacia ella.

—Cuanto antes —convino, sofocada.

El aire apestaba a huesos viejos, rotos.

—¿Por qué quieren devorarte? —Nardie le lanzó una cuchillada a un árabe transparente que sonreía—. ¿O devorarnos?

—Quizá para… que adoptemos su forma. Quieren absorbernos antes de que lleguemos al agua. Mientras aún somos sabrosas, comestibles.

No le cabía duda: la sustancia que había perdido formaba ya parte de los fantasmas. El aire silbaba cuando agitaban los brazos, y dejaban marcas al pisar la arena.

Tenían peso.

El payaso gigante del Circus Circus estuvo a punto de aplastarlas en dos ocasiones, pero Nardie lo esquivó y le dio un tajo en el tobillo. Así le vació una pierna y la hizo desaparecer, pero el payaso siguió saltando por las dunas sobre la otra, con sustancia suficiente para levantar nubes de polvo muy reales, y cada vez más capaz de plantarles encima un pie del tamaño de un coche. Y en aquella ocasión no recibirían ya una ducha mentolada, sino un mazazo.

Las siluetas rosadas y cristalinas subían en pelotón desde la orilla del lago y obligaban a Diana y a Nardie a retroceder hacia la

autopista.

De pronto, las figuras tenían uñas o algo semejante. En dos ocasiones, Diana se agachó y esquivó un golpe por poco, pero le arañaron el brazo con que se protegía y le levantaron ampollas en la piel.

Peor que la posibilidad muy real de morir, que la posibilidad de una muerte física, era la seguridad de que aquellos seres eran capaces de más: de que podían llegar a consumirlas y reducirlas a una sustancia psíquica básica que serviría de relleno a la multitud de formas aún vacías.

Entonces Nardie y Diana ya no serían más que espíritus inconscientes en los muñecos y las efigies que adornaban la ciudad; ya no representarían una amenaza para el rey: serían sacrificios semiconscientes para los dioses inescrutables del caos.

Diana seguía con una mano en el hombro de Dinh; juntas avanzaban, retrocedían, volvían a avanzar paso a paso hacia el agua, en diagonal para que las figuras de menor tamaño quedaran siempre entre los dos gigantes y ellas.

Nardie lanzó otro tajo y una figura bidimensional sonriente, vestida de crupier, se desmoronó en fragmentos traslúcidos.

—Bien —dijo Diana, tensa—. Ya casi hemos llegado.

—Pero la ficha se está gastando —repuso Nardie mientras cortaba a un romano del Caesars Palace—. Mira.

Un instante antes de que blandiera de nuevo la ficha del Moulin Rouge contra la pierna del payaso gigante, con lo que lo hizo recular a saltos, Diana alcanzó a ver que ya solo tenía el grosor de una moneda y estaba blanca como el hueso.

—La espada que nos dio la tortuga se está consumiendo —dijo Nardie con los dientes apretados.

El viento soplaba con fuerza en la carretera, sobre la presa. A Mavranos le pareció que transportaba sollozos y risas, pero luego comprendió que los tenía en la cabeza, que eran el eco de las mentes de los turistas que corrían de acá para allá intentando escapar de la locura inducida.

No lejos de él había un hombre con chaqueta blanca de cuero, inclinado sobre el parapeto que daba al lago; agitaba la mano sobre las aguas, tan lejanas. Mavranos vio que tenía la mano ensangrentada y supo que se trataba de Ray Joe Pogue.

Los guardias de seguridad intentaban dirigir el tráfico en la carretera, a gritos con ese viento, pero los conductores solo querían escapar. Mavranos vio que un guardia tiraba la gorra y echaba a correr hacia el lado de Nevada por el centro de la carretera.

Mavranos quería bajar de las montañas, volver a las llanuras. Aquello estaba demasiado alto. El sol, que emitía un brillo cegador

contra los cromados de los coches, parecía demasiado cercano, y el rugido de los motores se oía menos de lo que cabría esperar, como si el aire de allí arriba no transmitiera los sonidos.

«Esto es cosa de Pogue —se dijo; tenía que pensar muy alto para sobreponerse a los gritos y llantos que tenía en la cabeza—. Está echando su sangre al lago y ha provocado una curiosa reacción psíquica en cadena; las mentes de todos resuenan con ecos de locura, los amplifican.

»Si pudiera dejarlo sin sentido…»

Notó que le nacía un gemido en la garganta; ¿cuánto tiempo podría aferrarse a su propósito con aquel bombardeo de pasiones inducidas?

«O matarlo.»

El viento arrastraba jirones de neblina rosa. Mavranos fue hasta el parapeto y bajó la vista a las aguas; las volutas de niebla se materializaban en el aire justo debajo de Pogue. Al parecer, las gotas de sangre estallaban y se convertían en vapor sin llegar al agua.

Aún no había conseguido envenenar el lago.

Mavranos hizo acopio de fuerzas para dar las últimas zancadas que lo separaban de Pogue. Trató de sonreír como si estuviera a punto de preguntarle una dirección o pedirle fuego, y se metió una mano en el bolsillo de los vaqueros para que los faldones de la camisa no se le subieran con el aire y dejaran al descubierto la culata de nogal del revólver del 38 que llevaba en la cintura.

La chaqueta de Pogue era de un blanco cegador y la pedrería del cuello alto centelleaba como un arcoíris; Mavranos tenía que entrecerrar los ojos para mirarlo. Pogue llevaba una gorra roja encima del tupé, de perfección escultórica, y cuando se volvió hacia Mavranos, con los ojos amoratados y la venda blanca de la nariz, este vio la enorme carta que se había colocado en la visera de la gorra.

Era la Torre de la baraja Lombardía Cero; la imagen, con el relámpago que descargaba contra esa torre como la de Babel y los dos hombres que caían, golpeó a Mavranos como un puñetazo.

Retrocedió, tambaleante, y apartó la vista para no rendirse sin más, para no dejarse violar la mente por aquel poderoso símbolo. Aquello era lo que había causado el caos mental: todo turista que hubiera mirado la carta de frente, que hubiera respirado los vapores de la sangre de Pogue, habría recibido el equivalente psíquico de una terapia de choque. Hasta los que no la habían visto se encontraban en aquella niebla, recibían la señal, la amplificaban y la retransmitían.

Apretó el puño y se volvió hacia Pogue… pero ya no estaba allí. Estaba más lejos, aunque seguía en la misma posición, agarrado al parapeto. Tal vez la aparente cercanía de un momento antes había sido una especie de ilusión óptica en la atmósfera traicionera.

Mavranos cerró la mano derecha en torno a la culata del revólver y

echó a andar hacia Pogue. Pero, mientras lo miraba, este se alejó más sin moverse.

«Es magia de alguna clase —pensó Mavranos—. Está jugando con el espacio, las distancias y las escalas. ¿Qué demonios puedo hacer yo? Parece imposible que lo alcance, y no me atrevo a dispararle sin saber dónde está de verdad; podría dar a algo o a alguien.»

Una mano escuálida lo agarró por el hombro y lo empujó a un lado: era la figura espasmódica de Dondi Snayheever, que pasó cojeando junto a él, hacia la carretera.

Snayheever se meció con el viento que azotaba el asfalto; levantó los brazos flacos, demasiado largos para la andrajosa chaqueta de pana, y abrió la boca.

—¡Estoy ciego! —gritó al cielo—. ¡Estoy más ciego que un topo!

Mavranos sintió que las palabras le resonaban en el pecho y se dio cuenta de que las cuerdas vocales se le habían sincronizado con las de Snayheever. Oyó que Pogue también rugía las mismas palabras y, como si obedeciera, Mavranos fue perdiendo la vista.

—¡Estoy más ciego que un topo! —retumbó de nuevo la voz de Snayheever—. ¡No me parezco a la nieve ni un poco, ni siquiera a un copo!

Para Mavranos, el volumen coral de aquella voz fue lo peor de la escena enloquecida, pues estuvieron a punto de estallarle los pulmones con el esfuerzo de igualar los aullidos de Snayheever.

Se dio cuenta de que se había sentado en la acera; la culata fría del arma se le clavaba en las costillas. La gente estaba bajándose de los coches y ni siquiera se molestaba en apagar el motor ni en poner el freno de mano; solo querían huir de aquella espantosa voz amplificada que les salía de la garganta. Los coches abandonados rodaban e impactaban contra los parachoques de los de delante y, a juzgar por los alaridos, aplastaron las piernas a unos cuantos transeúntes que habían perdido la vista con la sugestión.

Pogue también gritaba, aunque la voz le sonaba hueca y chillona en comparación con la de Snayheever.

—¡Tengo que meter la cabeza en el agua! —bramaba—. ¡Una cabeza imperfecta de rey! ¡Tengo que detener esto! —No se dirigía a nadie, hablaba consigo mismo, como si intentara sacarse de la mente la locura tenebrosa de Snayheever—. ¡En cuanto la puta sangre deje de evaporarse!

Sacudía la mano con rabia, y las ráfagas de vapor se arremolinaban en torno a él.

Snayheever hizo entonar un zumbido vertiginoso a Mavranos y a Pogue.

—¡Como tú dices, los pies de Anteo no pueden despegarse del asfalto, imposible que trepes al parapeto y bajes volando al agua! —

siguió Snayheever.

Mavranos recordó la voz que había salido de labios del ciego, Joe el Araña, en el salón de la caravana polvorienta, y lo absorbente que había sido, y supo que en aquel momento estaba impidiendo que Pogue saltara.

«Bien —pensó Mavranos—. Mejor tú que yo, Dondi.»

Lanzó un suspiro ante la presión del revólver en las costillas y llegó a albergar la esperanza de no tener que utilizarlo.

Alzó la vista al oír barullo. Pogue se había apartado del parapeto y avanzaba a trompicones por la carretera; parecía ciego, pero seguía la voz de Snayheever.

Y tras él, y por encima de él, la bóveda azul del cielo se llenó de motas aleteantes de oscuridad.

Era poco más de mediodía, pero el cielo estaba plagado de murciélagos.

El barco parecía escorado; los jugadores, cansados, tendían a inclinarse hacia la izquierda, como si estuvieran dando vueltas en un remolino inmaterial, en el sentido de las agujas del reloj.

Por el momento, nadie había roto el patrón que Crane tenía previsto.

Todas las manos, excepto las de Crane, Leon y otro jugador, estaban emparejadas y concebidas, y por fin se abría la puja por la mano de Leon.

—Empiezan las ofertas por la mano del señor Hanari —anunció Crane con voz ronca— y me atrevo a ofrecer quinientos cincuenta dólares.

Eso igualaba la cantidad que había puesto Leon en el bote.

—Subo a seiscientos —dijo el joven paliducho cuya mano quedaba sin emparejar; pero pujó de manera automática, sin entusiasmo.

Desde que las sílabas incomprensibles de una voz atronadora habían retumbado por el lago como un lamento de estratos rocosos que se movieran a lo lejos, el barco parecía más pequeño, y los jugadores anunciaban que pasaban, igualaban o subían más con gestos que con la voz, como si temieran que los oyera algo en el lago o en el cielo.

Leon estaba pálido y le temblaban las manos, pero se aferraba a las cartas como si fueran un salvavidas y estuviera ahogándose.

A Crane le refrescaba la frente la brisa cálida que entraba por los ojos de buey. Como desde lejos, se preguntó si se le habría corrido el rímel.

—Siete —dijo, impasible.

El doctor Meados ya no decía nada, pero se retorcía con frenesí en la ropa fétida para librarse del cinturón de seguridad.

—Toda tuya —dijo el joven pálido. Apartó la silla de la mesa y se dirigió al bar.

Leon volteó el seis y el ocho de copas, y los empujó hacia Crane junto con el caballo de bastos y el siete de espadas.

—Que el niño nazca sano, mamá —dijo.

También él se levantó y se alejó con paso vacilante por la pendiente que formaba la moqueta roja. Todos le oyeron murmurarle algo al doctor Meados en tono tranquilizador, si bien con apremio.

Crane deseaba con todas sus fuerzas que el niño naciera sano. Dos jugadores habían comprado la mano que no debían y Scott sabía que uno tenía color de oros al as, que derrotaría al color de espadas al rey que llevaba él si los dos llegaban al final de la mano.

Señaló al jugador, que mostraba dos ases.

—Los ases mandan —dijo con voz inexpresiva.

El chico, ojeroso y con barba de dos días, salió del ensimismamiento y hurgó en el fajo de billetes.

—Los ases valen dos —dijo, y puso en la mesa dos billetes de cien dólares.

Diana dio un salto atrás para esquivar a un par de maniquíes sin rostro, del tamaño de personas, pero perdió pie y cayó sentada en la arena. Antes de que consiguiera levantarse y acercarse a Nardie, que lanzaba cuchilladas a diestro y siniestro con la ficha, los maniquíes le asestaron zarpazos como llamaradas en el hombro y el costado.

Estos se movían con torpeza, como potros mecánicos recién nacidos, y las cabezas sin rostro oscilaban adelante y atrás como metrónomos.

Diana agarró a Nardie por la camisa y tragó a bocanadas el aire caliente, viciado; trataba de mantener a raya la neblina luminosa de la inconsciencia.

Era imposible que se abrieran camino hasta el lago.

¿Podían ya siquiera volver a la autopista? Las formas transparentes y angulosas, cada vez más sólidas, se habían aglomerado también a ese lado, de modo que los coches que circulaban se percibían como borrones titilantes y muy lejanos, multicolores por la refracción de la luz. Se preguntó, desolada, si serviría de algo volver hasta el asfalto. ¿Y si los conductores también se habían convertido en zombis de movimientos mecánicos?

Divisó un par de figuras por el rabillo del ojo.

—¡Detrás de ti! —gritó cuando los dos maniquíes sin rostro se acercaron con pasos rígidos por la arena.

Pero ya no eran maniquíes sin rostro. Aunque seguían siendo inexpresivos, poseían caras sólidas y perfectamente reconocibles: eran Nardie y Diana.

Nardie los esquivó y Diana tuvo que saltar a un lado para evitar que la derribaran.

Y entonces Nardie se lanzó de frente y blandió lo que quedaba de la ficha hacia donde un instante antes estaba la imitación de sus rostros,

pero los dos seres habían retrocedido a trompicones.

Nardie les dio la espalda, jadeante, y se abrió paso entre los fantasmas a tajos enloquecidos, esgrimiendo la ficha del Moulin Rouge como un machete. Arrastraba los pies entre las figuras, reclamando cada metro, cada palmo, cada centímetro, más lejos cada vez de los dos maniquíes y quizá más cerca del agua.

—Han empezado a… digerirnos —dijo Diana, que la seguía entre resuellos, cojeando. Una idea le inundó la mente y dejó escapar un gemido desesperado—. Tenemos que hacer más —añadió, con la voz temblorosa de agotamiento.

—¿Por ejemplo?

—Lo que no pueden digerir, lo que los repele, es la maldita ficha. No basta con que nos cortemos con ella. —Tuvo que arremeter contra un Huck Finn del barco fluvial que hacía las veces de fachada del casino Holiday. Gritó de dolor cuando este le clavó los dientes en la muñeca, muy sonriente, pero al menos la figura cayó hacia atrás—. Cortarnos con la ficha ha sido una muestra, un gesto —sollozó mientras sacudía la mano quemada—. Pero esto no es cuestión de gestos. Mira la ficha.

Nardie lanzó otro machetazo y, en el segundo de paz que se ganó, examinó lo que quedaba de ella: apenas un disco blanco, fino como el papel.

—Rómpela en dos —dijo Diana—. Vamos a comérnosla. —El aire gelatinoso le silbaba en la garganta cada vez que intentaba tomar una bocanada—. Cuando la ficha forme parte de nosotras, no podrán digerirnos.

El simio gigante, transparente como el celofán, echó a correr hacia ellas por la arena; tuvieron que retroceder varios metros antes de hacerlo recular con una estocada.

—Eso nos matará —dijo Nardie.

Las palabras quedaron flotando en el aire caliente.

«¿Nos matará, madre? —pensó Diana—. ¿Deseas que tu hija y la amiga a la que bendijiste mueran por su propia mano en vez de a manos de estos seres?»

No sintió respuesta alguna.

—Dame la mitad —dijo, desesperada.

—Dios mío.

Nardie dudó un instante antes de partir la ficha y entregarle un trozo.

Una vez más, la voz retumbante del otro lado del lago pronunció unas sílabas incomprensibles.

Vegas Vic, el vaquero altísimo del tejado del Pioneer, con la sonrisa fantasmal de neón encendida bajo el sombrero enorme, se agachó y pegó un bofetón a Diana.

Esta rodó por la arena caliente, pero no soltó la ficha y, en cuanto se estabilizó, se la metió en la boca. Tenía los bordes afilados, y se cortó la lengua y el paladar al tragar.

Y de pronto percibió una parte de ella que pertenecía también a Scott y a Oliver, a Scat y a Ozzie, a algo que había en el propio lago, hasta al pobre Hans, y supo que no estaba tan agotada para no volver a levantarse.

Mavranos tenía la certeza de que al final no moriría de cáncer, sino de un infarto.

Cojeó por el asfalto sin saber si la sangre que notaba en la boca era suya o de Pogue. Tenía la garganta irritada de haber gritado «¡Cómeme!» sin poder evitarlo, a coro con la voz retumbante de Snayheever.

Este, envuelto en un torbellino de murciélagos aleteantes, se había subido al parapeto del muro opuesto y danzaba…

… encaramado al parapeto, que daba a una pendiente casi vertical, a una caída de doscientos metros hasta el tejado de hormigón de la central hidroeléctrica.

Pogue iba dando tumbos por la calzada, entre los coches detenidos; de pronto Mavranos lo veía al lado y, cuando se disponía a derribarlo, se había alejado cien metros de él.

Tenía miedo de que empujara a Snayheever a las profundidades del cañón (mitad natural, mitad obra de ingeniería) y, libre ya de la locura y la ceguera que este le imponía, volviera a cruzar la calle y se tirara al lago para detener el reloj y echar a perder el agua. Si lo intentaba, Mavranos tendría que dispararle.

El aire era casi irrespirable: se había cargado de una niebla caliente, húmeda, pegajosa, pero ya no parecía la sangre de Pogue. Mavranos se pasó una mano por la boca y se notó el bigote untado con una sustancia que olía a algas. Sin dejar de seguir a Pogue a trompicones, avanzando entre los coches, se sacó el revólver de la cintura y lo sostuvo en alto.

Y, aunque las palabras imperativas de Snayheever aún lo tenían medio ciego, vio que algunas de las formas que giraban en torno a este eran peces, sin lugar a dudas: róbalos, carpas, bagres con bigotes como tentáculos… Algunos parecían tan diminutos como si volaran en círculo en torno al rostro de Mavranos, mientras que otros, gigantescos, se desplazaban a velocidad astronómica, en apariencia tan lejos como si estuvieran en la órbita de la luna.

También notó movimiento bajo las botas: al bajar la vista, vio grietas que corrían por el asfalto, ensanchándose y estrechándose como arterias palpitantes. ¿Acaso estaba desmoronándose la presa? De pronto se sintió como si pendiera en el aire, también él en la órbita de la luna, y las grietas o arterias se convirtieron en deltas de ríos

caudalosos que experimentaban corrimiento al azul mientras los siglos transcurrían, contra natura, a toda velocidad.

Alzó la vista con esfuerzo y vio que los murciélagos se alejaban de Snayheever en nubes palpitantes, porque había empezado a gritar otra vez.

—Rey y reina de Caledonia, ¿a qué distancia está Babilonia?

Snayheever daba brincos al borde del precipicio, en el parapeto de más de un metro de altura; lanzaba patadas al aire y movía los brazos mientras el viento húmedo le agitaba los faldones deshilachados de la chaqueta. De pronto, a Mavranos le pareció más alto, tanto que se elevaba por encima de las montañas de ambos lados de la presa, con el alegre rostro demente vuelto al cielo.

—A ciento diez kilómetros de trayecto —canturreó con voz ronca. Los murciélagos y los peces le hicieron los coros—. Antes de que salga la luna, habré ido y vuelto.

El cielo estaba oscuro, como encapotado de repente, pero la luna llena brillaba clara sobre las montañas. El corazón de la presa vibró con las turbulencias de las turbinas y los canales.

—En fin, pues subo —dijo Crane, y añadió otros dos billetes al bote.

Fingió cierto tono teatral de desgana, como quien tiene una mano ganadora e intenta parecer más débil para que le vean la apuesta.

Había subido de inmediato la apuesta inicial de doscientos dólares, pero el chico, tras pensar un momento, había resubido.

Crane se sentía como si llevara una hora jugando aquella mano.

El barco parecía girar en el agua; le costaba un verdadero esfuerzo no agarrarse a la mesa, como varios jugadores.

El chico se enfrentaba a otra subida de doscientos dólares; se frotó el mentón mal afeitado y miró las seis cartas visibles de Crane: el seis y el ocho de copas, el caballo de bastos, y el siete, el ocho y el nueve de espadas.

Crane sabía que su adversario tenía en la mano color de oros al as; obviamente, este se preguntaba si sus espadas formarían una escalera de color, que vencería a su mano.

Crane vio que se le dilataban las pupilas y supo que estaba a punto de ver la apuesta y mostrar las cartas.

Iba a perder.

«¿Qué puedo hacer, Ozzie?», pensó, desesperado.

De repente, recordó que el joven jugador había mencionado antes su nombre. Ya lo tenía.

—¿Cómo has dicho que te llamabas, hijo? —preguntó con una sonrisa amplia, sin duda con los dientes llenos de carmín.

—Eh… Teo —respondió el chico, distraído, mientras movía la mano hacia sus billetes.

—¡Lo ve! —gritó Crane al instante, y mostró las dos cartas ocultas,

el diez y el rey de espadas, pero tapando la base del rey con la palma para que solo se viera el palo—. ¡Y tengo escalera de color a la sota!

—¡Yo no he dicho que lo viera! —gritó el joven—. ¡He dicho «Teo»! ¡Todos me han oído!

Crane volteó el rey de inmediato, pero con el diez fingió cierta torpeza, de modo que todos lo vieran antes de que lo ocultase.

—¡Ha dicho «Veo», que lo he oído yo! —protestó, intentando componer un gesto de indignación bajo el maquillaje.

—Ha dicho «Teo», so rarito —replicó Newt mientras se pasaba un pañuelo por el rostro sudoroso.

Los demás asintieron con murmullos y gestos.

—Te morías por que te hiciera otra apuesta —dijo Leon, desconcertado, con el ceño fruncido y la vista clavada en Crane—, pero ha dicho «Teo», sin duda. —Leon volvió el ojo que no tenía hinchado hacia el joven oponente de Crane—. ¿Quieres ver la apuesta?

—¿Ahora que sé que tiene escalera de color? No, muchas gracias. —Dio la vuelta a las cartas y las tiró a un lado—. Que se vaya con Dios la Novicia Voladora.

Crane se encogió de hombros con un mohín de disgusto e hizo ademán de recoger los billetes.

«Gracias, Ozzie», pensó.

—¡Eh, eh! —Leon levantó un brazo bronceado—. Soy progenitor de la mano, por si no te acuerdas. —Dedicó a Crane una sonrisa espantosa, entre el vendaje, la hinchazón y las venas inflamadas—. Reclamo la asunción. —Se sacó un fajo de la chaqueta blanca y empezó a contar billetes de cien—. ¿Cuánto hay en el bote, Newt? —Volvió a sonreír a Crane—. Yo siempre entro en… la última ronda.

Crane abrió las manos y agachó la cabeza para disimular el pulso del cuello, que se le había disparado. Ya no entraba luz y tuvo miedo de mirar por los ojos de buey: temía ver agua marrón por todas partes, como si el barco se hubiera vuelto del revés y lo único que mantuviera a los jugadores en las sillas fuera una extraña fuerza centrífuga.

—De acuerdo… —susurró—. Aunque ya tienes una parte de mí, pase lo que pase.

—Si eres de pies ligeros —rugió Snayheever con una voz que arrancaba la tierra de las laderas de las montañas—, ¡llegarás como un velero!

Ray Joe Pogue seguía intentando cruzar la calle; una anciana se echó a gritar al verle la gorra y él quiso rodearla a tientas. Solo quedaba un puñado de personas en la cima de la presa, y todas parecían heridas. Las demás habían escapado a pie.

Mavranos llegó al lado opuesto al lago, donde danzaba Snayheever, avanzando en zigzag entre los coches parados o estrellados. Extendió

los brazos hacia él. Para darse un respiro, bajó un instante la vista a los conductos de la central, a un abismo de distancia en la densa neblina, y miró aún más allá, al agua que salía a borbotones por las compuertas del aliviadero, apenas visible… De súbito se irguió, apoyado en el parapeto y con los ojos fijos en él, y pasó la mano encallecida por el borde de hormigón.

Era irregular como si hubieran intentado cortarlo con una sierra, como si fuera el decorado teatral de un acantilado. Entonces recordó la carta del Loco de la baraja Lombardía Cero: bailaba al borde de un precipicio tan escarpado como aquel.

Volvió a mirar a Snayheever. Tenía la chaqueta más larga y más suelta, ceñida con una cuerda, y llevaba un tocado de plumas.

Era espantosamente alto.

Pogue llegó a la acera por fin, a apenas unos metros de Mavranos. Aún llevaba la carta en la gorra, como la lámpara en el casco de un minero. A ciegas, en medio del viento húmedo, encañonó a Snayheever con una pequeña automática.

Mavranos, todavía apoyado contra el parapeto, apuntó a Pogue al pecho con el revólver y notó el chasquido de los casquillos de latón de los proyectiles Glaser con punta de plástico dentro del tambor… Y, al poner el dedo en el gatillo, se quedó paralizado, con la certeza fulminante de que era incapaz de matar a nadie.

Pogue disparó. El retroceso le levantó la mano, pero la danza enloquecida de Snayheever no se detuvo; la bala se perdió en el aire denso y cargado de humedad.

«Sigo teniendo puntería —pensó Mavranos, y apuntó a la mano con que Pogue blandía el arma—. Quizá no hace falta que lo mate.»

Apretó el gatillo y pasó el seguro de doble acción sin mover ni un milímetro la mira. Mientras el estallido le golpeaba los tímpanos y el retroceso levantaba el cañón del revólver, Pogue salió despedido.

Sin embargo, se levantó una nube de polvo de hormigón. ¿Se habría soltado la punta del Glaser como un cartucho gastado antes de acertar a Pogue en la mano? Tal vez lo había matado pese a todas las precauciones.

No, Pogue estaba incorporándose y tenía la mano destrozada, un amasijo blanco y rojo que sangraba a borbotones; le había acertado de pleno, estaba claro. Al verle la mano, a Mavranos le subió una oleada de vómito hasta la garganta. Apretó los dientes con decisión y tragó…, pero durante un momento pensó que tal vez había disparado varias balas o, mejor dicho, varias imágenes de balas.

Pogue se puso a aullar bajo la lluvia verde con sabor a algas y se lanzó contra los tobillos de Snayheever.

Mavranos volvió a blandir el revólver del 38, pero las dos figuras estaban enzarzadas y el asfalto temblaba con los latidos del corazón de

la presa. No se atrevió a disparar. Pogue se había subido al parapeto y estaba sentado a horcajadas junto a Snayheever; le rodeaba las piernas con el brazo de la mano sana. El viento le había quitado la gorra y se la había llevado volando hacia la central hidroeléctrica, y tenía el tupé deshecho, con los mechones pegados a la frente.

Snayheever estaba de pie en el parapeto. Ya no bailaba, pero aún sonreía al cielo oscuro y agitaba los brazos.

—¡Más ciego que un topo! —rugió, y Pogue y Mavranos gimieron sincronizados las mismas palabras.

—¿Alguien me oye? —gritó Pogue, con el siseo de la lluvia ardiente de fondo. Tenía los ojos cerrados y el vendaje de la nariz empapado de sangre.

—¡Te oigo, tío! —gritó Mavranos, blandiendo el arma con impotencia.

—¡Por favor, ayúdame! —sollozó Pogue—. Estoy desorientado y ciego, ¡pero tengo que meter la cabeza en el agua ahora mismo! ¡No puedo esperar a que la sangre haga efecto! ¿Estoy en el lado del lago? ¿Tenemos el lago debajo?

«Si le digo que sí, soltará a Snayheever y saltará, y yo agarraré a Snayheever y lo ayudaré a bajar.

»Pero habré matado a Pogue igual que si le hubiera pegado un tiro en la cara.

»Si le digo que no, hará caer a Snayheever y cruzará la carretera sin que nadie se lo impida. Yo no podré alcanzarlo, porque la ilusión óptica volverá a cobrar fuerza. Saltará por el lado del lago y Diana estará perdida.

»¿Y si no digo nada?

»Bueno, venga —pensó, desesperado—. Iré al infierno.»

—¡Estás encima del lago! —gritó; cada palabra se le grabó a fuego en el alma—. ¡En el parapeto del lado norte!

A Pogue se le iluminó el rostro con una sonrisa blanca bajo el pelo apelmazado y el vendaje…

… y le lanzó una dentellada a Snayheever en la pantorrilla. Levantó la pierna que le colgaba por el lado de la carretera y le dio una patada en la rodilla.

Snayheever perdió el equilibrio. Mavranos se abalanzó hacia ellos entre juramentos, horrorizado. No habría sabido decir si Snayheever agitaba los brazos en un intento inútil de recuperar el equilibrio o como parte de la danza enloquecida; el caso fue que se precipitó hacia abajo y Pogue cayó tras él, todavía agarrado a sus piernas y con los dientes hincados en su carne.

Mavranos frenó contra el muro de hormigón y miró abajo.

La figura entrelazada compuesta por Snayheever y Pogue rodó varios segundos en la neblina, más lejana y diminuta cuanto más se

perdía en el vértigo del abismo. Chocaron contra la pared en pendiente, se separaron y siguieron cayendo; los brazos y las piernas les colgaban con una laxitud espantosa. Fueron dando volteretas en el aire hasta el tejado de la central, donde se estremecieron en lo que debió de ser una serie de rebotes asombrosos antes de convertirse en dos formas diminutas e inmóviles.

El aire vibrante se detuvo al momento, como una cuerda de piano al pisar el pedal, y la presa volvió a ser sólida como las montañas bajo los pies de Mavranos. El flujo del agua debió de estabilizarse también en las gigantescas turbinas y los poderosos canales, porque la superficie del río se calmó y pronto estuvo lisa como un espejo.

Dejó de llover agua del lago, cesaron las ráfagas de viento y no quedó ni rastro de los peces ni de los murciélagos. Las nubes volvieron a tapar el sol a intervalos; las sombras que proyectaban contra el asfalto eran tan nítidas como si estuvieran recortadas en cartulina gris.

Mavranos se apartó de la curva gradual del parapeto, que unía las dos montañas en un arco liso. Desamartilló el revólver, se lo metió en la cintura y lo cubrió con los faldones de la camisa. Respiró hondo y tragó saliva varias veces.

Se dio unas palmaditas en el bolsillo de la chaqueta y sacó la bolsa de plástico. Se le había reventado, pero el pececillo de colores seguía dando coletazos en el interior de la bolsa mojada.

Cruzó a toda prisa entre los coches, directo al parapeto que daba al lago, sostuvo la bolsa sobre el abismo y la agitó. Asomó la cabeza y contempló cómo caía el pez, aunque lo perdió de vista mucho antes de que llegara al agua.

Ya no estaba cansado. Echó a correr por el asfalto, cada vez más seco, por el centro de la larga carretera en curva, levantando bien las rodillas, sorteando sin esfuerzo los coches abandonados, hacia el aparcamiento donde había dejado la furgoneta.

Cuarenta kilómetros al noroeste, en Las Vegas, en todas las tiradas de dados salieron ojos de serpiente en el momento de la muerte de Snayheever; las bolitas de la ruleta se detuvieron en seco en el doble cero, y los coches de la ciudad arrancaron a la primera al girar la llave.

En la orilla occidental del lago, el cielo seguía negro como la noche y, aunque ya habían pasado tres días desde la luna llena, el disco brillaba tan redondo y perfecto como la ficha gastada que habían compartido Diana y Nardie.

Estaban solas en aquella zona de la playa. Nardie, ya sin nada en las manos, seguía agazapada en posición defensiva, mientras que Diana se tambaleaba con las manos en el cuello. Cien metros a la izquierda, los niños y los padres regresaban a las toallas y las sombrillas, con paso vacilante pero al menos natural. Era visible que estaban

desconcertados, intranquilos y preocupados por la lluvia inminente.

Unas formas surcaban el cielo a lomos del viento; susurraban y ondeaban, pero Diana no las percibía como amenazas. Las olas eran altas, como si bajo el agua durmieran gigantes inquietos, pero supo que esos gigantes no le harían daño alguno.

Escupió en la arena.

—Estoy sangrando. —Tenía la boca llena de cortes, pero el medio disco se había deshecho antes de llegarle a la garganta. Volvió a escupir—. Y mucho.

—Y yo —dijo Nardie. Se incorporó con agilidad y arrancó a reír, aunque la tos le cortó la risa—. Pero creo que de esto no vamos a morir.

Diana dio un paso hacia el agua y compuso una mueca. ¿Cuántas costillas tendría rotas?

—Vamos a bañarnos —dijo.

CINCUENTA
Subir a ciegas

Crane tuvo que agarrarse un instante al borde de la mesa. El cielo volvía a aclararse al otro lado de las portillas y la luz amarillenta de las lámparas parecía más débil contra las paredes paneladas.

—Qué mareo —dijo mientras Newt terminaba de contar los billetes del centro de la mesa.

El camarero aminoácido había cerrado los ojos de buey al empezar la voz retumbante que desgranaba sílabas por el lago, desde la presa y las Montañas Negras; la estancia apestaba a cigarrillos y al doctor Meados. Crane pensó que el mareo era tanto por las náuseas como por la sensación de estar girando… a pelo, como habría dicho Ozzie.

—Siete mil novecientos —graznó Newt.

Leon sacó un grueso fajo de billetes de cien y de mil, y clavó el ojo sano en el ojo sano de Crane mientras iba tirándolos en el bote.

A Crane le palpitaba la cuenca del ojo artificial y no podía cerrar el párpado.

«Mira que si gano ahora y luego me muero de meningitis… Tendría gracia.»

Se tocó la comisura con cuidado; le dolía. Al retirar el dedo, lo tenía lleno de rímel.

—Corta —ordenó Leon—. Gana la carta más alta.

Crane observó al doctor Meados. Una vez más, tenía un brillo de alerta en la mirada, así que Crane apartó la vista por si se olía algo, por si decía algo que pusiera a Leon sobre aviso.

Pero el cuerpo senil no debió de entender nada, porque siguió en silencio.

Crane flexionó los dedos y se dio cuenta de que se había mordido las uñas pintadas hasta la carne. Bajó la mano y levantó la mitad de la baraja.

Mostró la carta a los otros jugadores y luego la miró.

La sota de copas. Su carta, según le había dicho Ozzie. ¿La sustituiría pronto el rey? Volvió a juntar la baraja a toda prisa por si Leon veía la tenue mancha de la esquina.

—Una carta difícil de vencer —declaró este, sonriente y con la respiración entrecortada.

Newt cogió las cartas, barajó de nuevo y las puso ante el cuerpo de Hanari, que estaba temblando.

Georges Leon levantó la mitad superior del mazo con mano trémula y titubeó.

Crane sintió que el corazón se le paraba.

«No ha encontrado la carta marcada —pensó—. Va a sacar un as…»

Pero la carta que enseñó fue el diez de espadas. Crane soltó una risilla débil y dio un puñetazo en la mesa mientras se le recuperaba el corazón.

—¡Sí! —exclamó sin ocultar la explosión triunfal, pues todos la atribuirían a la satisfacción de haber ganado el bote doble—. ¡Ya te tengo!

—Qué mala suerte —dijo un jugador a Leon.

Este hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Tú ganas —le dijo a Crane—. No sé cuándo aprenderé que es una estupidez de apuesta.

—Gracias. —Crane tenía la voz ronca.

—Te llevas el dinero —dijo Leon.

—Eso parece.

Crane pensó en Ozzie y miró a Leon con frialdad al ojo ileso.

—Vendes la mano y yo la he comprado. La he asumido.

—Te lo aseguro, es toda tuya.

Crane atrajo hacia sí los montones de billetes y dejó uno de cien en la mesa como entrada para la mano siguiente.

Lo había logrado.

Acababa de venderle a Leon la mano que había concebido el doctor Meados en la partida informal de asunción del miércoles, junto al contenedor de detrás de la licorería.

Crane no sabía qué iba a suceder. Tal vez el plan no sirviese de nada. Tal vez perdiese el cuerpo al día siguiente, pero había hecho todo lo posible.

—Te toca, doscientos.

Crane estaba mirándose las uñas mordidas. Alzó la vista. Leon le había hablado a él.

—¿Eh? Ah, perdón. —Cogió cuatrocientos dólares de uno de sus montones y los puso en el bote—. Que sean cuatro.

—¡Si ni siquiera has mirado las cartas! —protestó Newt, irritado—. Eso es subir a ciegas.

—Subo a ciegas, sí.

Aquella tarde de viernes, las calles cercanas al puerto deportivo estaban llenas de rancheras con las bacas cargadas de equipaje. Jóvenes bronceados con bañadores mínimos atestaban las aceras, bebiendo cerveza de latas chorreantes, y conducían motocicletas escandalosas entre los carriles lentos y abarrotados de humo.

«Vacaciones de Semana Santa —pensó Crane mientras subía la calle despacio, con los zapatos de tacón bajo el brazo. Notaba como el asfalto ardiente le destrozaba las medias—. Nos van a sentar de lujo las vacaciones de Semana Santa.»

—¡Ey, ey, ey, Pogo! —oyó gritar entre los cláxones, las risas y la cháchara.

Crane sonrió con cansancio y volvió la vista, haciéndose visera con la mano.

Arky Mavranos caminaba hacia él con sus habituales andares desgarbados. Estaba pálido, pero parecía solemnemente feliz.

—Joder, tío, vaya pinta de mierda que tienes —le dijo Mavranos en voz baja cuando lo alcanzó.

Echaron a andar hacia el Lakeview Lodge, aunque Mavranos se mantuvo en todo momento a un metro o dos de Crane; de cuando en cuando hasta dejaba pasar a un peatón entre ellos.

—Lo has conseguido —dijo.

—Se la he vendido —convino Crane—. Comprada y pagada.

—Bien.

—¿Y a ti qué tal te ha ido? —preguntó cuando quedaron a solas en un cruce soleado.

—Los dos han muerto —dijo Mavranos en voz baja—. Snayheever y Pogue. Pogue no ha llegado a joder la cosa. Te… te lo contaré, os lo contaré a los tres…, pero más adelante. —Tosió y escupió—. Hoy no, por favor.

Crane no sabía qué había sucedido, pero sí que Mavranos había pagado un precio muy alto.

—Claro, Arky.

Crane le dio un apretón en el brazo. Mavranos se apartó de él.

—Nada de mariconadas.

—No, en serio, Arky. Gracias.

—No… no me des las gracias. —Mavranos se desató el pañuelo del cuello y lo tiró a una jardinera al pasar—. La magia de Pogue era… azar. Era desorden, caos. Y cuando… cuando ha muerto, la presa ha recuperado el orden al instante. Ha sido un cambio de fase, pero de los que harían cantar los coros de la *Novena* de Beethoven a los mosquitos de Winfree mientras bailan una coreografía de Busby Berkeley.

Crane miró a su amigo con asombro. Quizá estaba tan cansado que había entendido mal.

—¿Quieres decir que…?

—Te juro que ya está más pequeño, mucho más pequeño que cuando veníamos hacia aquí —dijo Mavranos tocándose el bulto de debajo de la oreja.

Crane rio y se puso a gesticular y a estrecharle la mano a Mavranos.

—¡Es genial, tío! Dios, ni te imaginas cuánto…

Se abrazaron en mitad de la acera, y hasta Mavranos hizo oídos sordos a los silbidos y las burlas.

Atravesaron las puertas del vestíbulo del Lakeview Lodge cogidos de

los hombros y entraron, ya sin aliento, en el bar en penumbra.

Diana y Nardie los esperaban en una mesa. Se levantaron con dificultad, cojeando, como si tuvieran agujetas, pero se abrazaron a Crane y a Mavranos riendo.

Se sentaron a la mesa y Mavranos pidió una Coors. Enseguida se corrigió y añadió otra para Nardie. Crane y Diana pidieron agua con gas.

—Se la has vendido —le dijo Diana a Crane cuando la camarera se alejó hacia la barra.

—Sí, por fin. —Se restregó la cara, sin importarle el maquillaje. Le escocía la órbita del ojo derecho—. Me parece que tengo una infección en el aracnoides.

—Relativo a la araña —tradujo Mavranos—. ¿Tiene algo que ver con Joe el Araña?

—Es una parte del cerebro —respondió Crane, aún frotándose la cara—. Se infecta cuando tienes meningitis. Tengo la órbita del ojo… al rojo vivo. —Bajó las manos y se acomodó en el asiento—. Llevo la pera de goma y el suero fisiológico en el bolso. En cuanto nos hayamos puesto al día, iré a enjuagármela.

—Ni de broma, ¿estás loco? —dijo Diana, apremiante, agarrándolo por el hombro—. Vas al médico ahora mismo. Dios mío, ¿meningitis? Dentro de nada voy a ir a Searchlight a recoger al pobre Oliver. Puedo dejarte en el hospital…

—No, mañana iré al médico. Tengo que estar aquí al amanecer, junto al lago. Mi padre querrá empezar a asumir los cuerpos en cuanto salga el sol y tengo que ver cómo acaba. Además, quiero desmontar las dos barajas y deshacerme de ellas si puedo, si… si se come el azucarillo envenenado. —Le guiñó el ojo sano—. Mañana —repitió—, no antes.

Llegaron las bebidas y Crane dio un trago largo al agua, fría aunque poco reconfortante. Respiró hondo.

—Y vosotras ¿qué? ¿Os habéis bañado?

Diana lo soltó y volvió a acomodarse en la silla, aún con el ceño fruncido.

—Al final, sí —dijo Nardie con un escalofrío, después de beberse un tercio de la cerveza de golpe.

Les habló de las estatuas fantasma que habían intentado impedirlo, y de cómo Diana y ella las habían combatido y derrotado comiéndose la ficha del Moulin Rouge, que sintetizaba el yin y el yang.

Mavranos se limpió la espuma del bigote y le dedicó una sonrisa a Crane.

—Qué sacramento tan raro.

Nardie cogió el vaso de Diana.

—Cuando por fin hemos podido meternos en el lago —siguió casi en

voz baja—, antes de llegar adonde cubre, el agua ha empezado a borbotear alrededor de los pies de Diana, ¡así! —Agitó el vaso de agua con gas, que se llenó de burbujas siseantes—. Y casi no se veían con el sol, pero ¡durante un segundo le han salido llamas alrededor de los tobillos! Luego se las ha llevado el viento.

—Tiene pinta de electrólisis —apuntó Mavranos, con la vista fija en la cerveza. Crane adivinó que era responsable de la muerte del hermanastro de Nardie y por eso no se atrevía a mirarla a los ojos—. Has separado el hidrógeno del oxígeno, Diana. Recuerdo haber oído decir a Ozzie que el agua del lago Mead era mansa. Tal vez la has vuelto indómita.

—Sí. Con ayuda de todos vosotros —convino Diana—. Casi no ha dejado de burbujear mientras me bañaba, y he… sentido el lago, lo he oído, lo he visto, lo he recorrido de cabo a rabo. He sentido como el barco giraba al norte y como temblaba la presa.

Nardie apuró la cerveza e hizo un ademán con el vaso a la camarera.

—¿Y qué? ¿Has matado a mi hermano? —le dijo a Mavranos en tono despreocupado.

Este dejó el vaso sobre la mesa; Crane pensó que tenía miedo de estrujarlo con el puño.

—Sí —respondió con los ojos cerrados—. A efectos prácticos, lo he tirado desde la cima de la presa. Y a Snayheever… Los he matado a los dos.

Crane, que estaba mirando a Nardie, advirtió que los ojos se le abrían y los labios le temblaban un instante. Luego compuso una sonrisa maltrecha y le dio unas palmaditas a Mavranos en la mano, surcada de cicatrices.

—Todos hemos matado a alguien —dijo con la voz un poco ronca—. No ibas a ser menos.

Crane se dio cuenta de que era verdad. Él, a Vaughan Trumbill; Nardie, a la mujer del prostíbulo de las afueras de Tonopah; Diana, probablemente a Al Funo. Mavranos, igual que ellos, acababa de perder una parte de sí mismo.

—Doctor, doctor, me duele el ojo —canturreó Crane en voz baja mientras se levantaba—. Toca irrigar la cavidad.

—Voy a llamar a Wendy. —Mavranos también se levantó con torpeza—. ¿Mañana, en casa?

—Antes de la hora de comer —respondió Crane.

—Arky. —Nardie agarró a Mavranos por la manga de franela—. Si no llegas a hacerlo tú, habría tenido que ser yo. Y a mí me habría dolido mucho más. Gracias.

Mavranos asintió y le dio unas palmaditas en la mano, aún sin mirarla.

—Te lo agradezco, Nardie —gruñó—. Pero no me des las gracias.

Crane y él se dirigieron al baño y al teléfono público mientras Nardie y Diana apuraban en silencio las bebidas.

EPÍLOGO
A ti siempre te tendré

MOSCA: ¿No sois vos el que hoy en los juzgados
despojaba a su propio descendiente?
¿Mentisteis además? ¡Sufrid! ¡Morid y arded!

BEN JONSON, *Volpone*

Pero si yo pudiera irme con ella,
viviríamos juntos esta vida,
con afán de reinar al fin unidos,
alumbrar esta tierra tan sombría
y poder revivir el mundo yerto.

LORD ALFRED TENNYSON, *Los idilios del rey*

El amanecer estaba próximo. Más allá de las montañas, al frente, ya clareaba, pero por las ventanillas traseras de la furgoneta traqueteante seguía viéndose el cielo cárdeno oscuro.

Nardie viajaba en el asiento delantero, junto a Mavranos; Diana y el pequeño Oliver, en el trasero; y Crane, que volvía a llevar vaqueros, camisa de manga larga y unas Adidas gastadas, iba medio tumbado en la parte de atrás, entre libros, herramientas y latas de cerveza vacías. Le dolía el ojo. La furgoneta olía como si Mavranos pusiera aceite rancio de fritura en el motor.

Oliver iba muy pegado a su madre. Habían hablado varias veces por teléfono desde que había visto explotar la casa y la había dado por muerta, pero al parecer no había terminado de creerse que seguía viva hasta abrazarla en el patio de Helen Sully, en Searchlight, el día anterior por la tarde. Y aún tenía que asegurarse de vez en cuando.

Mavranos giró a la izquierda para salir de la autopista 93, dejó atrás la oficina de turismo, aún a oscuras, y enfiló la calle Lake Shore.

Encendió un cigarrillo y Nardie bajó la ventanilla. El aire de la mañana era limpio y fresco.

—Puede que se haya largado con las barajas —comentó Mavranos. Casi parecía esperanzado.

—No —replicó Nardie—. Para apoderarse de los cuerpos, para darse a luz a sí mismo en un parto múltiple, le hace falta una madre simbólica: el lago. Seguirá en el barco.

—Me parece que el lago ya no es símbolo de nada —apuntó Mavranos.

Crane se estremeció ante la perspectiva de enfrentarse a su padre. Notaba el bulto de la baraja Lombardía Cero en el bolsillo interior de la chaqueta vaquera.

Diana se giró en el asiento y lo miró.

—¿Cómo va el ojo? —le preguntó.

—Igual que irá dentro de una hora, cuando vaya a urgencias.

No le dijo que el día anterior, al echarse suero fisiológico, había notado un bulto doloroso en la órbita, una especie de tumor.

Se abrazó para contener el temblor. Diana aparentaba veinte años; había adquirido una belleza casi inhumana, con las líneas delicadas del mentón y el cuello enmarcadas por la cabellera rubia. La posibilidad de conseguirla y que un médico acabara dictándole una sentencia de muerte era tan espantosa que no le cabía en la cabeza. Por primera vez comprendió de verdad cómo se había sentido Mavranos los últimos meses.

—Ahí está el lago —dijo Oliver en voz baja, señalando.

Mavranos detuvo la furgoneta cerca del puerto deportivo, en el aparcamiento de un Denny's que abría las veinticuatro horas, y todos

salieron y se desperezaron en el aire frío de los minutos previos al amanecer.

—Nardie, Diana y Oliver, podéis esperar en el restaurante mientras Scott y yo vamos al barco —dijo Mavranos con voz sosegada. Rodeó la furgoneta y abrió la puerta de atrás con un traqueteo atronador en el silencio del aparcamiento—. Si no hemos vuelto en… ¿En cuánto calculas?

Crane se encogió de hombros. Aún temblaba.

—¿Una hora?

—Pon hora y media. Si no hemos vuelto para entonces, marchaos. Dejadnos una nota en la recepción del Circus Circus. —Miró alrededor —. Si Crane vuelve sin mí…

—Llamad a la policía —terminó Crane en tono desolado. Se llevó una mano a la herida del costado, que seguía sangrándole—. Significará que mi padre ha asumido este cuerpo. Será él, no yo.

—Oye, Oliver, y nada de llamaditas de teléfono, ¿eh? —añadió Mavranos con voz severa.

Oliver apretó los labios, negó con la cabeza y masculló algo.

—¿Qué? —Mavranos se inclinó hacia él.

—Dice que… tampoco te robará más cervezas —explicó Nardie, encogiéndose de hombros.

—Ah. Bueno, vale.

Bloqueando la vista de las ventanas del restaurante con el cuerpo, le pasó a Crane el revólver del 357. Luego envolvió la recortada en un anorak y la dejó en el asfalto.

Soltó los topes de la puerta, la cerró de golpe y echó la llave. Iba a decir algo…

… pero a Crane se le escapó un gemido, y se apretó la frente y la mejilla derecha con una mano. El dolor de la órbita se había convertido en una puñalada de fuego abrasador. Se quitó a toda prisa la semiesfera de plástico y la dejó caer en el asfalto.

—¡Lo está asumiendo! —gritó Oliver, muerto de miedo, al tiempo que se alejaba de la furgoneta.

Diana agarró a Crane por el codo y él comprendió, en medio del dolor, que debía de creer que iba a desplomarse.

«Es una embolia —pensó, aterrado; la presión creciente en la órbita ocular lo hizo gemir entre dientes—. Un derrame. Tengo un derrame.»

—¡Scott! —gritó Diana. Lo agarró también por el otro brazo y lo zarandeó—. ¡No estás en condiciones de seguir!

Crane estaba doblado en dos, con la barbilla contra el pecho, y no paraban de temblarle las rodillas.

El dolor desapareció de sopetón. El ojo le lagrimeaba, tal vez le salía sangre, pero se miró con asombro las rodillas y los zapatos, y observó el asfalto.

Veía en tres dimensiones.

Parpadeó con los dos ojos y, demasiado conmocionado hasta para alegrase, se dio cuenta de que tenía dos ojos.

El nuevo le escocía y tenía que parpadear para habituarse a la luz, pero el dolor lacerante había desaparecido.

—¿Qué has dicho? —preguntó con voz ronca.

—¡He dicho que no estás en condiciones!

Diana aún lo tenía agarrado por los brazos.

Crane respiró hondo, se irguió y la miró con los ojos entrecerrados.

—Todo lo contrario. Me parece que… por fin estoy en condiciones.

Los cuatro lo miraron alarmados, sin entender nada.

—¿Has… has vuelto a ponerte el ojo de plástico? —tartamudeó Diana mientras lo buscaba por el asfalto—. Me ha parecido… ¿No se te había…?

—Le ha salido un ojo nuevo —dijo Nardie con firmeza—. Ahora, Scott y tú sois… físicamente perfectos. Aparte de la herida en el costado, que es propia del rey.

—Joder —masculló Mavranos.

Diana, que aún tenía agarrado a Crane por el codo, tiró de él.

—Ven aquí, Scott. —Se alejó unos pasos con él y se detuvo junto a una polvorienta jardinera de madera—. ¿Te ha salido un puto ojo? ¿De verdad?

—Sí —dijo Crane entre jadeos.

«No me estoy muriendo», pensó sin terminar de creérselo.

—Scott, ¿qué está pasando? —preguntó ella en voz baja, con apremio.

—Creo… creo que vamos a conseguirlo —dijo Crane, inseguro. Notaba un arranque de carcajada o de sollozo en la garganta—. Creo que vamos a convertirnos… en el rey y la reina.

Los dos tenían la respiración acelerada.

—¿Cómo? ¿Hoy? ¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué tenemos que hacer?

—No lo sé. —Crane extendió las manos con gesto de impotencia—. Casarnos, ser fértiles, tener hijos, trabajar, plantar jardines…

—… encargar camisetas especiales, hacernos papel timbrado…

Diana parecía casi furiosa.

Crane le dedicó una sonrisa, pero enseguida respiró hondo y se puso serio.

—Si tú y yo tenemos salud y somos productivos, también lo será la tierra. Seremos como muñecos de vudú de la tierra, y viceversa. —Crane pensó en el dolor, leve pero constante, que sentía en el costado—. Como luces de alerta. —Le pasó los dedos por el pelo rubio—. Puede que durante el invierno perdamos esta juventud honorífica, pero me juego lo que sea a que la recuperaremos casi toda en primavera. Y espero que aún falte para que los inviernos empiecen a

ser demasiado duros.

—No querrás decir que somos… inmortales.

—No. Estoy seguro de que parte de nuestra misión es acabar muriendo para que otro rey y otra reina ocupen el trono. Tal vez nuestros propios hijos. Dentro de veinte años tendremos que estar en guardia por las jotas, y siempre habrá enfermedades, y al final nos haremos viejos. La única manera de conseguir la inmortalidad es…, bueno, convertirte en Saturno y devorar a tus hijos.

—No es que haya sido muy buena madre, pero hasta ahí no llego —repuso Diana, temblorosa.

—Y creo que… no sé, en visiones, sueños o alucinaciones… nos enfrentaremos a los seres que representan las cartas, a los arquetipos que manejan a las personas desde la sombra. Tal vez hasta podamos ser… embajadores, inducirlos a asumir formas que hagan el mundo un poco menos malo. Mi padre no se atrevió a enfrentarse cara a cara a los arquetipos, así que recurrió al canal formal, las cartas, y utilizó a las personas como cerillas para encenderlos. Aquí hay mucho poder. Mi padre lo ha aprovechado a medias; como si tienes un coche estupendo pero solo lo pones en marcha para cocinar en el capó. —Le dirigió una sonrisa asustada—. Nos tocará aprender a conducir.

—Vaya —dijo Diana con voz queda—. En fin, al menos lo intentaremos.

Volvieron con los demás.

—Venga, deprisa —dijo Crane a Mavranos—. El sol saldrá enseguida. Mi padre va a empezar.

Mavranos cogió el fardo que había armado con el anorak y siguió a Crane en la penumbra hacia los barcos.

Los detuvieron nada más poner el pie en el atracadero.

—¡Eeeh, tíos! —exclamó un joven desde la cubierta del barco de Leon. Crane lo identificó al instante: era Stevie, el camarero aminoácido—. Si venís por la partida de póquer, llegáis tarde… Y si venís a robar cámaras o aparejos —prosiguió, saliendo de entre las sombras para que vieran el revólver que blandía—, os habéis equivocado de barco.

—Vengo a hablar con el dueño —dijo Crane—. Seguro que ya está levantado.

—¡Joder! —Stevie abrió mucho los ojos y les apuntó con el revólver—. Sois los del domingo, los dos de la lancha del lago Mead. ¡Vosotros matasteis a nuestro rey!

Mavranos dio un paso a un lado de inmediato y levantó la escopeta envuelta; Crane se llevó la mano bajo la camisa para coger el revólver.

—¡Alto! —rugió una voz grave entre las sombras, detrás de Stevie. Todos se detuvieron en seco—. Suelta el arma, Stevie —siguió Leon con la voz de Hanari—. ¡Obedece!

Stevie continuó apuntándoles un momento, con la mano temblorosa, y Crane se temió que Leon le disparase por la espalda. Al final, Stevie mascculló un taco y tiró el arma por la borda.

Mavranos bajó la escopeta y soltó el aliento con un resoplido que le agitó el bigote.

Leon dio un paso adelante para salir a la luz; seguía llevando el vendaje en la frente, y sonreía. Crane se fijó otra vez en el bulto de la delantera del pantalón; debía de haberse puesto un implante artificial. ¿Era ese su concepto de perfección física? ¿Una erección permanente?

—Eres Scott Crane —dijo Leon con tono frío y satisfecho. Llevaba una automática de calibre grueso, pero apuntaba al suelo—. Parece que entiendes algo de esto, de lo que hicimos tú y yo en la partida del 69. ¿Y aun así mataste al candidato a rey de este tipo? —Se rio de buena gana—. Pues muchas gracias por evitarme la molestia, hombre. ¿A qué… a qué has venido?

Crane se alegró de que no reconocieran a la pobre Novicia Voladora. Contempló el lago, donde había matado al rey de los Aminoácidos con una pistola mágica del 45, y recordó cuál era el tótem físico del rey.

—Voy a asumir el Flamingo —dijo.

—Venga, hombre —soltó Leon con una carcajada—. Tú eres un pez, hijito, no una jota. —De pronto se quedó paralizado y miró el cielo aún oscuro del oeste. Luego levantó la pistola y apuntó a Crane al pecho—. ¡Stevie! —rugió—. ¡Baja y mírale los ojos!

Stevie titubeó un instante, pero cruzó la cubierta y le escudriñó el rostro.

—Eh… Los tiene azules. Los ojos, digo. Y enrojecidos…

—Buena cosa —señaló Leon con cautela—. Acércale un encendedor a los dos ojos (nada de quemarlo) y dime cómo se comportan las pupilas.

Crane quedó deslumbrado cuando Stevie le iluminó el ojo nuevo, pero se las arregló para mantener los dos abiertos, o al menos entrecerrados.

—Las dos pupilas se le han contraído enseguida —declaró Stevie.

Leon se relajó y volvió a reírse con alivio evidente.

—Lo siento, señor Crane. Es que… conocía a alguien que se llamaba como usted. A una vieja amiga mía, Betsy, la tenía preocupada el tema, pero estaba volviéndose paranoica. —Hizo un ademán a Mavranos con la pistola—. Ese tipo tiene un fusil envuelto o algo por el estilo, Stevie. Quítaselo, por favor.

Mavranos miró a Crane, que asintió, y permitió que Stevie le cogiera el arma.

—Suba a bordo, Crane. Usted será el primero. Menudo destrozo hizo en mi precioso Hanari. Su amigo puede esperar ahí, en el atracadero.

Luego tendrán mucho de qué hablar.

Crane se dirigió a la abertura de la borda. No le costó nada franquearla: era lo bueno de calzar zapatillas deportivas.

Las cartas estaban extendidas bocarriba en el tapete verde; en la mesa no había nada más. Ya clareaba el día, pero las lámparas de las paredes proyectaban una luz crepuscular en la estancia alargada. El doctor Meados volvía a estar atado a la silla de ruedas, pero por suerte llevaba un traje diferente. Otro aminoácido armado montaba guardia frente al bar mientras fumaba un cigarrillo.

Se oía el zumbido del aire acondicionado, y la corriente fresca no transportaba olor alguno.

El cuerpo de Art Hanari, aún con el arma en la mano, fulminó a Crane con la mirada desde el otro extremo de la habitación.

—¿Qué haces aquí? Me parece que no sabes qué viene ahora.

«Ahora toca que recojas lo que has comprado —pensó Crane—. Espero no haber calculado mal.»

—Que yo asuma el Flamingo.

La afirmación hizo vacilar a su padre por segunda vez.

—Vendiste la mano —dijo con voz inexpresiva, pero potente—. Te convertirás en rey, pero… ¡a la manera de la comida! No tengo tiempo para…

—¿Por qué no te has librado del payaso ese? —lo interrumpió Crane, con lágrimas en el ojo nuevo, mientras señalaba con la cabeza al doctor Meados—. Eh, doctor, ¿qué tal le va la vida amorosa?

El doctor Meados soltó una risita y se puso a hacer pedorretas.

—¡Teletranspórtame, Scotty! —dijo.

El aminoácido lanzó el cigarrillo a un cenicero y dio un paso al frente.

A Leon se le ensombreció aún más el rostro amoratado. Miró a Crane a los ojos, alzó la mano… y luego cerró los ojos y tomó aire.

Y Crane se sintió caer, descender a la oscuridad de su mente, consciente de los dioses antiguos, mutantes, que aguardaban en las profundidades.

«No ha servido de nada. Ha ganado», fue su último pensamiento coherente.

Bajo él, las cosas giraron como galaxias y, pese a la falta de luz, las distinguió por las vibrantes imágenes que le despertaron en la mente.

Allí estaba el Loco, bailando al borde del precipicio; y las esfinges que tiraban del Carro, esplendoroso; y el Juicio, que invocaba a unas siluetas humanas para que salieran de las tumbas; y la Luna, con la lluvia luminosa que caía en el estanque; y, más cerca, la figura hermafrodita del Mundo. Y entonces se vio a sí mismo.

Tenía la forma poderosa del Emperador, vestido con la túnica, y en la mano derecha llevaba el anj, la cruz egipcia.

Se levantó, y las otras entidades parecieron inclinarse en saludo respetuoso. Oyó un coro de cánticos, gritos y sollozos que evocaban triunfo y esperanza pese a los rugidos de rabia y horror que rasgaban las voces puras.

Siguió levantándose, ascendiendo, en medio de la penumbra reluciente.

Recobró la visión. Estaba en el barco de su padre, de pie en la moqueta roja del salón.

El cigarrillo del aminoácido cayó en el cenicero y este dio otro paso al frente.

El cuerpo de Hanari, de pronto inexpresivo, tuvo que retroceder para recuperar el equilibrio.

—¡No! —chilló el doctor Meados, presa del pánico—. Esto no, amo la vida, ¿mi vida amorosa? ¿Mi amada esposa? Me destrozó el Chevrolet, se llevó a mi hijo, eso hizo. —Respiraba hondo, con los ojos cerrados; Crane vio que había vuelto a mearse encima—. ¡No pienso hundirme en esto! —gritó el cuerpo del doctor Meados—. Pondré los pensamientos en orden. —Volvió a quedarse en silencio y Crane tuvo miedo de que lograra saltar del cerebro senil al cuerpo de Hanari, que tenía los ojos en blanco—. Tengo que poner en orden las… las… Ya sé, las cartas. Se me han caído. Bueno, la verdad es que las he tirado.

El aminoácido miraba a derecha e izquierda con la mano en la empuñadura del revólver enfundado.

—Siéntate —le ordenó Crane.

El joven asintió, volvió al bar y ocupó un taburete.

—Has… Ya lo tengo… Ya lo tengo… —gritó el viejo, con los párpados muy apretados—. Puedo… empujar… —De pronto sonrió y miró alrededor, hasta que vio el cuerpo de Hanari aún de pie al otro lado de la estancia—. Pues no, el muy hijo de puta me cobró, no me acuerdo, ¡doscientos dólares!, por un motor de segunda mano en el 45, espera, no, sí, en el 45. Le… le dejé bien claro que no estaba satisfecho, ya lo puedes jurar.

Crane contempló el cuerpo frenético prisionero en la silla de ruedas y se dio cuenta de que era la primera vez, en más de veinte años, que la mente de su padre estaba en el cuerpo de su padre. El anciano que se debatía volvía a ser su padre al completo, todo él.

Crane apretó los puños y se contuvo para no echar a correr y darle un abrazo.

«Acuérdate de Ozzie —se dijo—. Ozzie era tu padre de verdad. Y lo mató este hombre al que sigues queriendo tanto.»

Al doctor Meados había vuelto a entrarle la risa.

—¿Y creéis que el crío lloró? —Frunció el ceño y miró alrededor como si alguien se lo discutiera—. ¡Ni una lágrima! Le saqué el anzuelo del dedo y no derramó ni una lágrima.

Crane pasó junto al cascarón hueco de Art Hanari y se dirigió a la gran mesa redonda. Se agachó, juntó las cartas de tarot, igualó la baraja y la dejó bocabajo.

—¡Oiga, no toque las cartas! —gritó el aminoácido.

Crane volvió la vista. El chico había desenfundado y le apuntaba con el revólver.

—¿Por qué no? —Sonrió y señaló a Hanari con el pulgar—. Ya verás como no protesta. Pregúntale.

—Apártese de la mesa, por favor —insistió el chico—. El señor Hanari nos ha dicho que matáramos a todo el que intentara coger las cartas.

Era un problema que Crane no había previsto. Recordó el revólver frío que llevaba en la cintura, bajo los faldones de la camisa, pero el aminoácido tendría tiempo de disparar dos veces antes de que él llegara a sacarlo. Y ya lo tenía encañonado. Dejó escapar un suspiro.

—¿A qué viene lo de Aminoácidos? —preguntó en tono distendido.

—¿De qué conoce el nombre? —El joven, muy a su pesar, parecía satisfecho de que Crane los conociera, como el escritor que se encuentra con alguien ha leído alguno de sus libros.

—Me lo dijo Perro Rabioso.

—Ah. —El aminoácido hizo un ademán con el cañón del arma—. Apártese de la mesa. —Crane se dirigió hacia Hanari—. Se le ocurrió a nuestro jefe. Somos un… éramos un club de tíos, todos metidos en el rollo new age. Pero al jefe lo mataron la semana pasada y cada uno se ha ido por su lado. *Amino* viene de *Amón*, el nombre griego del dios solar egipcio, por si no lo sabías. Además, hay veinte aminoácidos que son la base de todas las proteínas, como el ADN, que viene a ser la moneda de cambio de la reproducción sexual, a la que nos oponemos. —Se encogió de hombros—. Éramos veinte. Los arcanos mayores son veinte, si descartas la Luna y los Amantes. Queríamos ser el ADN del estanque psíquico y concebir de manera inmaculada a un Rey Pescador verdadero en la persona de nuestro jefe, sin necesidad de mujer. Cuando lo asesinaron, Stevie y yo dimos con el señor Hanari, que ya es un rey de esa clase. —Entrecerró los ojos y frunció el ceño —. Apártese también del señor Hanari, si no le importa. Más lejos aún. Siéntese en aquella silla. No tengo inconveniente en matarlo. El señor Hanari ha dado instrucciones muy concretas. —Crane se sentó en una silla del fondo y el aminoácido echó un vistazo al cuerpo de Hanari, que tenía la mirada perdida y la mandíbula laxa—. Enseguida me dirá qué hacer, cuando acabe de… pensar.

«Está hueco, chico —pensó Crane—. No volverá a hablar…, a menos que mi padre escape del cuerpo viejo y el cerebro decrépito que lo tienen preso, y aún no lo ha conseguido. —Miró al doctor Meados, que pasaba de las risitas a las muecas de ira—. Pero puede que lo consiga

si le damos tiempo.»

Recordó que en cierta ocasión, muy borracho, se había sumido en el nivel de los arquetipos, al fondo de la mente, y había subido por el pozo de otra personalidad. Se había encontrado en el cuerpo de una mujer. ¿Y si podía repetirlo a voluntad y salir al cuerpo de Hanari para ordenarle al chico que tirara la pistola al lago y se largara? Crane cerró los ojos y dejó que su mente descendiera hacia lo más hondo, que se soltase de las anclas mentales, las redes y los símbolos de la individualidad para hundirse en el nivel común a todos.

Pero no, se encontró en una vívida alucinación hipnagógica, sumergido en la oscuridad de las aguas más profundas del lago. Sabía que seguía sentado a la mesa, en el barco de su padre. Veía las paredes paneladas, las lámparas encendidas y el cuerpo de Hanari meciéndose de pie en la moqueta; pero también veía, entre las sombras, las paredes del ático de Siegel en el Flamingo, y agua oscura del lago al otro lado de las ventanas como de acuario, y la estantería donde se ocultaba el pozo que llevaba al túnel del sótano.

Pero, en la visión, el pozo llevaba hacia arriba.

—*Ahora eres demasiado grande y no puedes subir* —dijo una voz en su mente, tan tenue que casi podría haberla imaginado—. *De mí, en cambio, solo queda una pequeña parte. Iré yo.*

«Gracias por tu ayuda», pensó Crane, y al momento tuvo miedo de que la personalidad deteriorada hubiese captado los sentimientos que subyacían al pensamiento que acababa de enviarle: duda, vergüenza, asco…

Pero la voz le respondió jocosa, sarcástica.

—*Un placer. Sé buen chico y ayuda a alguien cuando te toque.*

«Te estoy agradecido —pensó Crane con más sinceridad—. Gracias por mi familia.»

Una serie de imágenes le titiló en la mente: una ligera reverencia, un toque en el sombrero, una sonrisa.

Luego percibió como los restos de la identidad de Siegel trepaban o subían a nado por el estrecho pozo.

La visión se disolvió y Crane se encontró por entero en la silla, mirando a Hanari…

… que parpadeó y abrió la boca.

Crane lanzó una mirada al doctor Meados, pero este babeaba y contemplaba el televisor apagado.

—Fuera, los dos —dijo Hanari muy despacio.

Crane salió a cubierta, donde corría la brisa, seguido de cerca por el aminoácido. El sol aún no asomaba por las Montañas Negras, pero en los picos distantes se perfilaba ya el halo resplandeciente. Crane apartó la mirada y vio que Mavranos y Stevie estaban en unas tumbonas en el atracadero, muy rígidos. Stevie tenía la escopeta en las

rodillas.

—Scott Crane —dijo Hanari—, saca el arma que llevas en la cintura muy despacio, con la mano izquierda, y tírala por la borda.

Cuando mencionó el arma, Stevie se levantó y apuntó con la escopeta, y el otro aminoácido dio un paso atrás para tener línea de tiro.

Crane deslizó la mano izquierda bajo el faldón de la camisa y asió las cachas Pachmayr. Sacó el arma y se detuvo en seco.

«Si es mi padre el que está en el cuerpo de Hanari —pensó—, debería darme media vuelta, pegarle un tiro y disparar a los dos aminoácidos.»

Estaba cubierto de sudor helado, pero dobló un poco las rodillas y pensó en cómo levantaría el arma para encajar bien el retroceso y en cómo se dejaría caer tras el primer disparo.

—Para cuando juego al escondite —le dijo Hanari en voz baja.

Lo mismo que le había dicho Siegel bajo el lago.

«Tengo que confiar en alguien. —Crane parpadeó; le escocían los ojos por el sudor—. Pero… ¿voy a fiarme de Bugsy Siegel?»

Se irguió y tiró el arma por la borda. Oyó como caía al agua. Respiró hondo y soltó el aire.

—Ahora tú, Frank —indicó Hanari—. Venga, esa arma, al agua.

Hubo un momento de vacilación, pero el revólver voló también al agua.

—Tráeme la escopeta, Stevie —ordenó Hanari.

Crane se volvió hacia el muelle y vio que Stevie subía a cubierta, entregaba la escopeta a Hanari y retrocedía, respetuoso. Hanari la sopesó, deslizó el guardamanos e introdujo un cartucho en la recámara. Y apuntó a Frank.

—Baja del barco con Stevie, chico —dijo la voz de barítono con tono cansado—. Al atracadero. Hay un rey nuevo y no tenéis nada que ver con él.

Frank y Stevie descendieron, temerosos, y permanecieron en los tablones del atracadero.

La calle se bañó de luz blanca; Crane se volvió y quedó deslumbrado por el primer rayo del nuevo sol, que salía por entre los picos de las Montañas Negras.

—¡Largaos bien lejos! —gritó el fantasma de Benjamin Siegel por la boca de Art Hanari—. Olvidad todas estas ambiciones. ¡Fuera!

Echó a andar hacia los dos aminoácidos, que retrocedieron al aparcamiento. Los siguió hasta la entrada y se quedó allí, con el arma entre las manos, mientras corrían por el asfalto, directos a las dos camionetas blancas modelo El Camino que estaban aparcadas juntas.

Mavranos, todavía en la tumbona, los siguió con la mirada y luego se volvió hacia Crane.

—Sube a bordo, Arky —le dijo este en voz baja, invitándolo con un gesto.

Mavranos se detuvo en la puerta y contempló la estancia, desde la gran mesa con tablero de fieltro hasta la figura convulsa del doctor Meados, en la silla de ruedas, que no paraba de preguntar si alguien más olía a rosas.

No había nada sobre la mesa. Las cartas de la Lombardía Cero estaban desparramadas por la moqueta. Crane dejó escapar un gemido ronco.

—Ayúdame a recogerlas —pidió.

Mavranos se dirigió al bar y se acuclilló para juntar las cartas; Crane se puso a cuatro patas bajo la mesa y recogió las que habían caído allí.

El doctor Meados se removió en la silla de ruedas.

—Siéntate en mi regazo, Sonny Boy —dijo.

Crane no hizo caso.

«El dos de espadas —pensó mientras lo recogía—. Y aquí tenemos el diez de copas…»

—Si… el cielo se pone gris… —entonó el doctor Meados.

Crane había reunido un buen montón de cartas; se las metió de cualquier manera en el bolsillo para que no se dispersaran y se alejó a gatas para seguir buscando.

Pero al final no pudo resistirse a la llamada del verso había quedado colgando en el aire.

—¿Qué importa un bledo? —recitó con los dientes apretados.

—Qué importa que sea gris… —cantó el doctor Meados.

Crane se metió más cartas en el bolsillo y avanzó encorvado hasta otro cúmulo en la moqueta. Las caras pintadas lo miraron con expresión estúpida mientras las juntaba a toda prisa y las apretujaba.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó con rabia al ver que recordaba la antigua rutina. «El seis de copas, el as de bastos, el Loco…»

—Contigo vuelve el azul…

«Joder.» Crane tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo me llamo? —preguntó obediente, con la voz entrecortada.

—Sonny Boy.

—Ya las tengo por aquí —dijo Mavranos, y se levantó con los dos puños llenos de cartas. No miraba a Crane ni al viejo.

—De acuerdo. —Crane también se puso en pie—. Ponlas aquí, sobre la mesa —añadió con voz serena—. Así las atravesaré y podremos buscar las que faltan.

Se sacó del bolsillo de los vaqueros la navaja que había arrancado de la pared del túnel que discurría bajo el Flamingo. Cuando Mavranos llegó a la mesa y puso las cartas en el tapete, Crane colocó encima las que había recogido él, abrió la navaja y presionó la punta contra la de arriba. Y entonces, recordando la noche en que se había

apuñalado la pierna, dio un puñetazo al mango de la navaja y ensartó las cartas.

El barco no se balanceó, no repiqueteó la lluvia contra los ojos de buey ni se alzaron voces en el lago.

El cuchillo atravesó el tapete y quedó vertical, clavado en la madera.

—Hay más ahí y allí —dijo Mavranos en voz baja—. En los rincones.

—Vamos a por ellas.

Crane se acuclilló junto a media docena de cartas que habían quedado apoyadas en el rodapié de estribor… y sintió los ojos del doctor Meados clavados en él. Los ojos de su padre.

Alzó la vista. El anciano lo miraba implorante.

—¿Qué harán los amigos? —preguntó Crane en voz baja.

—Hay amigos que se van… —dijo, sonriente.

—Aquí ya no hay más. —Mavranos volvió a la mesa con otro puñado.

—Y con estas creo que están todas —dijo Crane, enderezándose—. Cuéntalas, Arky, por favor. —Notó que le nacía un sollozo en la garganta y aguardó hasta asegurarse de que no se le quebraría la voz —. Yo no puedo.

—Claro.

Mavranos le cogió las cartas. Crane miró a su padre con rabia.

—¿Te importa que se vayan?

—Que se vayan, qué más da…

—Setenta y ocho —dijo Mavranos. La voz tampoco le sonaba muy firme.

—Todas.

Crane se sacó la segunda baraja del bolsillo interior de la chaqueta y la puso al lado de la primera. Cogió el cuchillo y se puso a destrozar las cartas a base de cortes y tajos.

Le pareció que se movían, que se resistían bajo la hoja, que flexionaban los músculos en señal rabiosa de protesta cada vez que el filo acerado violaba las superficies y destruía los dibujos a arañazos. A los pocos minutos no quedó más que un montón de fragmentos irregulares.

Crane se incorporó, aún delante de la mesa.

—¿Qué tendrás siempre? —preguntó, distraído.

—A ti siempre te tendré… —entonó su padre.

«Me imagino que sí —pensó Crane impotente, lleno de amargura—; al menos la parte de mí que aún tiene cinco años.»

—Vamos a proa —dijo a Mavranos tras recoger los restos de las cartas—. Las tiraré al lago como si fueran las cenizas de un muerto.

—Que sea rápido —dijo su amigo—. No sé tú, pero yo ya tengo

ganas de largarme.

Crane se detuvo un momento antes de salir. No quería que la canción quedara incompleta para siempre.

—¿Cómo me llamo? —susurró.

—Sonny Boy.

Media hora más tarde, la furgoneta destartalada cruzaba el desierto por la autopista 95, hacia la cordillera McCullough y Las Vegas, al norte.

—Cuando hemos vuelto a entrar, estaba muerto —terminó de narrar Crane a Nardie y a Diana. Rodeaba a Diana con el brazo; Oliver, a la izquierda de esta, iba recostado en la ventanilla—. No podía… —Dejó escapar un suspiro y le estrechó el hombro a Diana—. No podía llevar muerto más de un minuto, pero, cuando lo he tocado, estaba frío como el agua del lago. He cortado la correa de la silla de ruedas y, cuando hemos vuelto a salir, he tirado la navaja al agua. Entonces…

—Siento lo de tu padre —dijo Diana.

—No tienes por qué sentirlo —respondió Crane—. Ni yo tengo por qué sentirlo.

Oliver cambió de postura. Crane pensó que iba a decir algo, pero el chico siguió mirando por la ventanilla.

—Entonces —continuó Crane—, cuando la navaja iba a caer al agua… No se veía bien con el reflejo del sol en el lago, ¡pero te juro que ha salido una mano y la ha cogido en el aire! Y luego ha vuelto a hundirse, sin levantar ni una ola.

—¿Una mano? —saltó Oliver, girándose hacia él—. ¿Como si hubiera algo vivo bajo el agua?

—Vivo, lo que se dice vivo…

—Sigo pensando que era una tortuga —comentó Mavranos. Dio un trago a la Coors sin apartar la vista de la carretera—. Yo lo que he visto ha sido una tortuga que asomaba el cuello y atrapaba la navaja con la boca.

—Me gusta más la versión de Arky —apuntó Nardie.

—¿Y qué ha pasado con Siegel? —quiso saber Diana.

Crane meneó la cabeza.

—Cuando hemos bajado del barco, seguía donde lo habíamos dejado. Ni nos ha mirado. Y luego ya habéis oído el disparo.

—Me parece que la versión oficial será que Art Hanari, fuera quien fuera en su momento, se ha suicidado en el aparcamiento esta mañana —terció Mavranos.

—La última muerte —dijo Diana.

Crane supo que estaba pensando en Scat, al que darían el alta del hospital en una semana o dos.

—Esperemos que sí, y que nos dure.

Le entraron ganas de cruzar los dedos, pero prefirió apretarle la

mano a Diana.

La furgoneta vieja aceleró bajo el sol de la mañana. En torno a ellos, en el desierto, los árboles de Josué estaban cargados de flores color crema; las ramas de las velas de coyote daban sombra a los brotes de onagra y altramuz, y los carneros bajaban por las montañas con saltos ágiles para beber de los arroyos de agua fresca.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Tim Powers nació en 1952 en Búfalo (Nueva York). Se educó en California y fue miembro del grupo de escritores que rodearon a Philip K. Dick (el llamado «grupo de California», que incluye también a K. W. Jeter, James P. Blaylock y Rudy Rucker). Empezó a publicar en 1976 y alcanzó la celebridad durante los años ochenta, en particular gracias a ganar en dos ocasiones el premio Philip K. Dick.

Su obra se caracteriza por una mezcla indiscriminada de humor y narración culta, así como de temas clásicos de la ciencia ficción con otros puramente fantásticos, y es particularmente popular por sus novelas de fantasía de ambientación histórica.

CICLO DE LOS POETAS MALDITOS:

1989 — *The Stress of Her Regard*
- — *La fuerza de su mirada*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, 1992
- — íd., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 1992
- — íd., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 27, 2004

2012 — *Hide Me Among the Graves*
- —*Ocúltame entre las tumbas*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 54, 2014

TRILOGÍA DEL REY PESCADOR:

1992 — *Last Call*

— *La última partida*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, 1993

— íd., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 1994

— *Última ronda*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 66, 2018

1995 — *Expiration Date*

1997 — *Earthquake Weather*

NOVELAS:

1976 — *The Skies Discrowned*
— *Epitaph in Rust*
1979 — *The Drawing of the Dark*
— *Esencia oscura*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 5, 2000
1983 — *The Anubis Gates*
— *Las puertas de Anubis* (rústica; cartoné), Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, 1988, 1991
— íd., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 1990
— íd., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 2, 1999; col. Omnium núm. 5, 2015; col. Digital núm. 7, 2015
1985 — *Dinner at Deviant's Palace*
— *Cena en el palacio de la discordia*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991
— íd., Ed. Gigamesh, en preparación
1986 — *Forsake the Sky*, revisión de *The Skies Discrowned*
1987 — *On Stranger Tides*
— *En costas extrañas*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, 1990
— íd., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 9, 2001; col. Omnium núm. 6, 2015
1989 — *An Epitaph in Rust*, revisión de *Epitaph in Rust*
2000 — *Declare*
— *Declara*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 17, 2003
2006 — *Three Days to Never*
2016 — *Medusa's Web*

RECOPILACIONES:

2001 — *Night Moves and Other Stories*
2003 — *The Devil in the Details*, en colaboración con BLAYLOCK, James P.
2004 — *Strange Itineraries*
2009 — *El reparador de biblias*, Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de Gigamesh Ficción, edición conmemorativa Día del Libro. Recopila cuatro cuentos del autor
2011 — *The Bible Repairman and Other Stories*, ilustrado por POTTER, J. K.
2014 — *Tiempo de sembrar piedras*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Breve núm. 4. Edición ampliada de *El reparador de biblias*; incluye seis cuentos

SOBRE EL AUTOR:

2009 — BERLYNE, John, *Powers: Secret Histories*

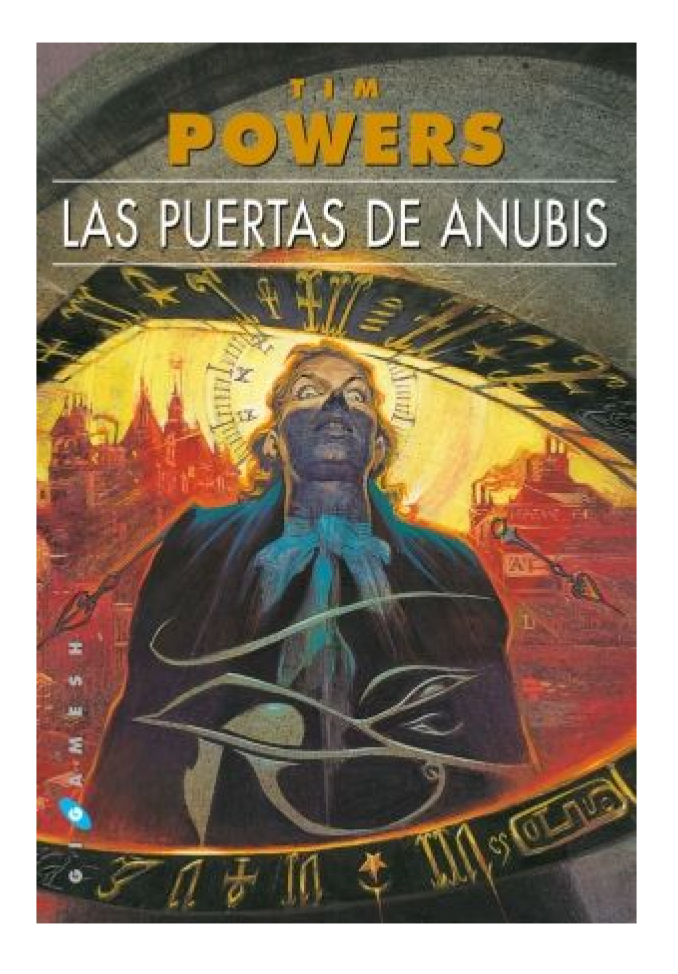
PREMIOS:

1984 — Philip K. Dick por *Las puertas de Anubis*
1986 — Philip K. Dick por *Cena en el palacio de la discordia*
1987 — Apollo (Francia) por *Las puertas de Anubis*
1989 — Gigamesh de fantasía por *Las puertas de Anubis*
1990 — Mythopoeic de fantasía por *La fuerza de su mirada*
1992 — Ignotus (España) por *La fuerza de su mirada*
1993 — Gigamesh de fantasía por *La fuerza de su mirada*
— Locus de fantasía por *Última ronda*
— World Fantasy por *Última ronda*
1996 — Locus de fantasía por *Expiration Date*
1998 — Locus de fantasía por *Earthquake Weather*
2001 — Geffen (Israel) de fantasía por *Las puertas de Anubis*
— World Fantasy por *Declara*
— International Horror Guild's por *Declara*
2010 — Xatafi-Cyberdark (España) por "Un alma embotellada" (en *El reparador de biblias* y *Tiempo de sembrar piedras*)
2012 — Locus por *The Bible Repairman and Other Stories*
— World Fantasy por *The Bible Repairman and Other Stories*
2013 — Lord Ruthven por *Ocúltame entre las tumbas*
2014 — Forry a la labor de una vida

NOTAS

1

«I'll still have you, Sonny Boy», verso de la canción «Sonny Boy», de 1928, enormemente popular en Estados Unidos. (N. de la T.)


TIM
POWERS
LAS PUERTAS DE ANUBIS
GIGAMESH

Las puertas de Anubis

Powers, Tim
9788416035205
439 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La inolvidable odisea de un viaje sin retorno al Londres de 1810.Brendan Doyle, un académico especializado en el romanticismo inglés, recibe una oferta muy sustanciosa si participa, a título de experto, en un viaje por el tiempo: una visita al Londres de 1810 para asistir a una conferencia inédita de Samuel T. Coleridge. Pero Doyle queda varado en el pasado y se involucra con un sinfín de personajes desquiciados: un payaso que realiza grotescos experimentos en sus víctimas; un hechicero capaz de cambiar la historia; un doble de lord Byron programado para asesinar al rey Jorge; una muchacha disfrazada de hombre en busca de venganza; un licántropo que cambia de cuerpo...La odisea personal de Brendan Doyle, inmerso en una desenfrenada trama de intrigas cuyo objetivo no comprende, da forma a una de las novelas de aventuras más apasionantes que ha dado la fantasía moderna. Las puertas de Anubis es una lectura trepidante en la que brillan con luz propia una espléndida capacidad de evocación histórica, un finísimo sentido del humor y un flujo ininterrumpido de imágenes sorprendentes. Mantiene en todo momento un equilibrio ejemplar entre los extremos de la narración culta y la más desquiciada novela de aventuras, que la ha convertido en un libro de culto y en una de los títulos más influyentes de las últimas décadas.Una novela legendaria que originó un nuevo subgénero, el steam-punk.

Cómpralo y empieza a leer


GEORGE R. R.
MARTIN
JUEGO DE TRONOS
CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 1
GIGAMESH

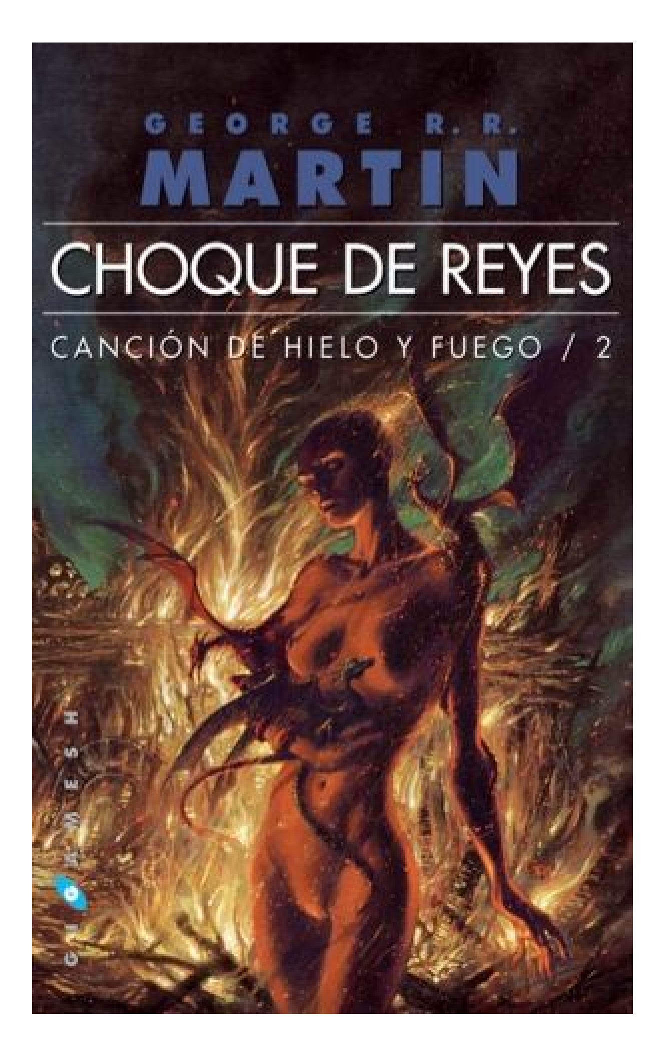
Juego de tronos

Martin, George R.R.
9788416035106
800 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras el largo verano, el invierno se acerca a los Siete Reinos. Lord Eddard Stark, señor de Invernalia, deja sus dominios para unirse a la corte de su amigo el rey Robert Baratheon, llamado el Usurpador, hombre díscolo y otrora guerrero audaz cuyas mayores aficiones son comer, beber y engendrar bastardos. Eddard Stark ocupará el cargo de Mano del Rey e intentará desentrañar una maraña de intrigas que pondrá en peligro su vida y la de todos los suyos. En un mundo cuyas estaciones pueden durar decenios y en el que retazos de una magia inmemorial y olvidada surgen en los rincones más sombríos y maravillosos, la traición y la lealtad, la compasión y la sed de venganza, el amor y el poder hacen del juego de tronos una poderosa trampa que atrapará en sus fauces a los personajes... y al lector. "El regreso triunfal de Martin a la fantasía de más alta calidad, con personajes desarrollados con maestría, prosa hábil y pura obstinación." Publishers Weekly

Cómpralo y empieza a leer


GEORGE R. R.
MARTIN
CHOQUE DE REYES
CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 2
GIGAMESH

Choque de reyes

Martin, George R.R.
9788416035120
928 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un cometa del color de la sangre hiende el cielo, cargado de malos augurios. Y hay razones sobradas para pensar así: los Siete Reinos se ven sacudidos por las luchas intestinas entre los nobles por la sucesión al Trono de Hierro. En la otra orilla del mar Angosto, la princesa Daenerys Targaryen conduce a su pueblo de jinetes salvajes a través del desierto. Y en los páramos helados del norte, más allá del Muro, un ejército implacable avanza hacia un territorio asolado por el caos y las guerras fratricidas. George R. R. Martin, con pulso firme y enérgico, nos deleita con un brillante despliegue de personajes, engranando una trama rica, densa y sorprendente. Nos vuelve testigos de luchas fratricidas, intrigas y traiciones palaciegas en una tierra maldita por la guerra, donde fuerzas ocultas se alzan de nuevo y acechan para reinar en las noches del largo invierno que se avecina. "Martin supera holgadamente las expectativas creadas con el primer título y continúa la que está llamada a ser una de las mejores series de fantasía de todos los tiempos." The Denver Post

Cómpralo y empieza a leer


GEORGE R. R.
MARTIN
TORMENTA DE ESPADAS
CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 3
GIGAMESH

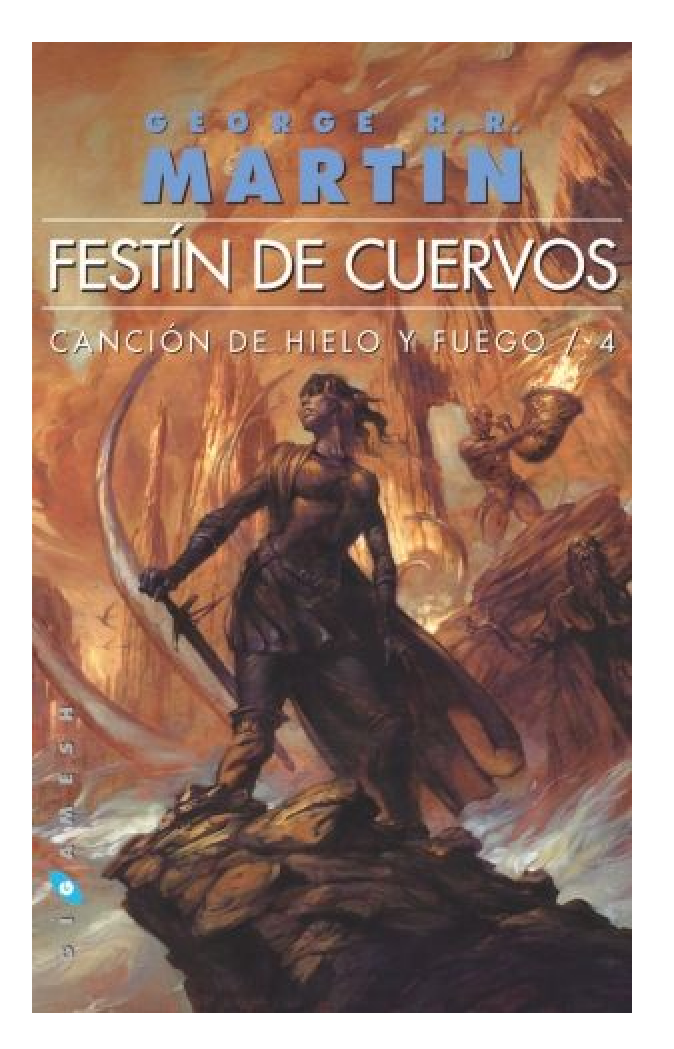
Tormenta de espadas

Martin, George R.R.
9788416035144
1176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Las huestes de los fugaces reyes de Poniente, descompuestas en hordas, asuelan y esquilman una tierra castigada por la guerra e indefensa ante un invierno que se anuncia inusitadamente crudo. Las alianzas nacen y se desvanecen como volutas de humo bajo el viento helado del Norte. Ajena a las intrigas palaciegas, e ignorante del auténtico peligro en ciernes, la Guardia de la Noche se ve desbordada por los salvajes. Y al otro lado del mundo, Daenerys Targaryen intenta reclutar en las Ciudades Libres un ejército con el que desembarcar en su tierra. Martin hace que lo imposible parezca sencillo. Tormenta de espadas confirma Canción de hielo y fuego como un hito de la fantasía épica. Brutal y poética, conmovedora y cruel, la magia de Martin, como la del mundo de Poniente, necesita apenas una pincelada para cautivar al lector, hacerlo reír y llorar, y conseguir que el asombro ceda paso a la más profunda admiración por la serie. "George R. R. Martin sigue elevando la fantasía épica a nuevos niveles de ingenio y elaboración." Locus

Cómpralo y empieza a leer


GEORGE R.R.
MARTIN
FESTÍN DE CUERVOS
CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 4
GIGAMESH

Festín de cuervos

Martin, George R.R.
9788416035168
864 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Mientras los vientos del otoño desnudan los árboles, las últimas cosechas se pudren en los pocos campos que no han sido devastados por la guerra, y por los ríos teñidos de rojo bajan cadáveres de todos los blasones y estirpes. Y aunque casi todo Poniente yace extenuado, en diversos rincones florecen nuevas e inquietantes intrigas que ansían nutrirse de los despojos de un reino moribundo. George R.R. Martin continúa sumando hordas de seguidores incondicionales mientras desgrana, con pulso firme y certero, una de las experiencias literarias más ambiciosas y apasionantes que se hayan propuesto nunca en el terreno de la fantasía. Festín de cuervos, como la calma que precede a la tempestad, desarrolla nuevos personajes y tramas de un retablo tenso y sobrecogedor. De todos los cultivadores de la fantasía épica, Martin es, con mucho, el mejor. Time Magazine

Cómpralo y empieza a leer